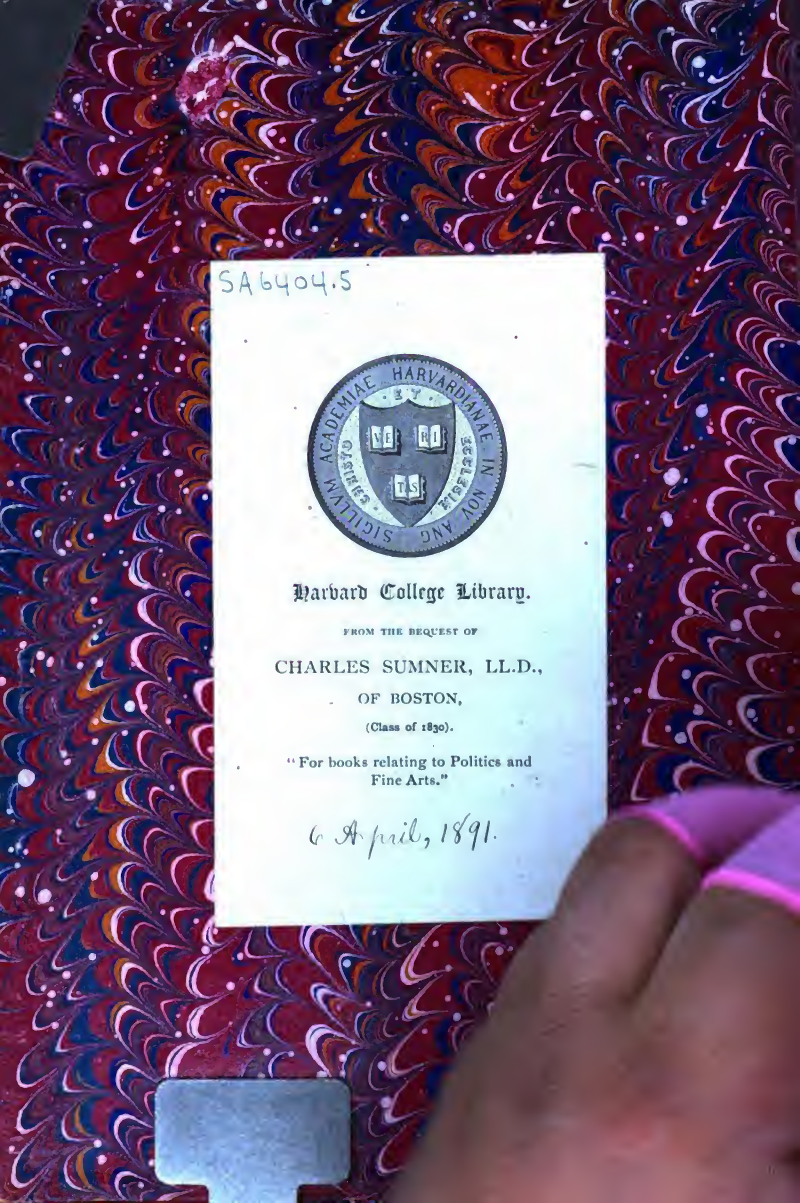
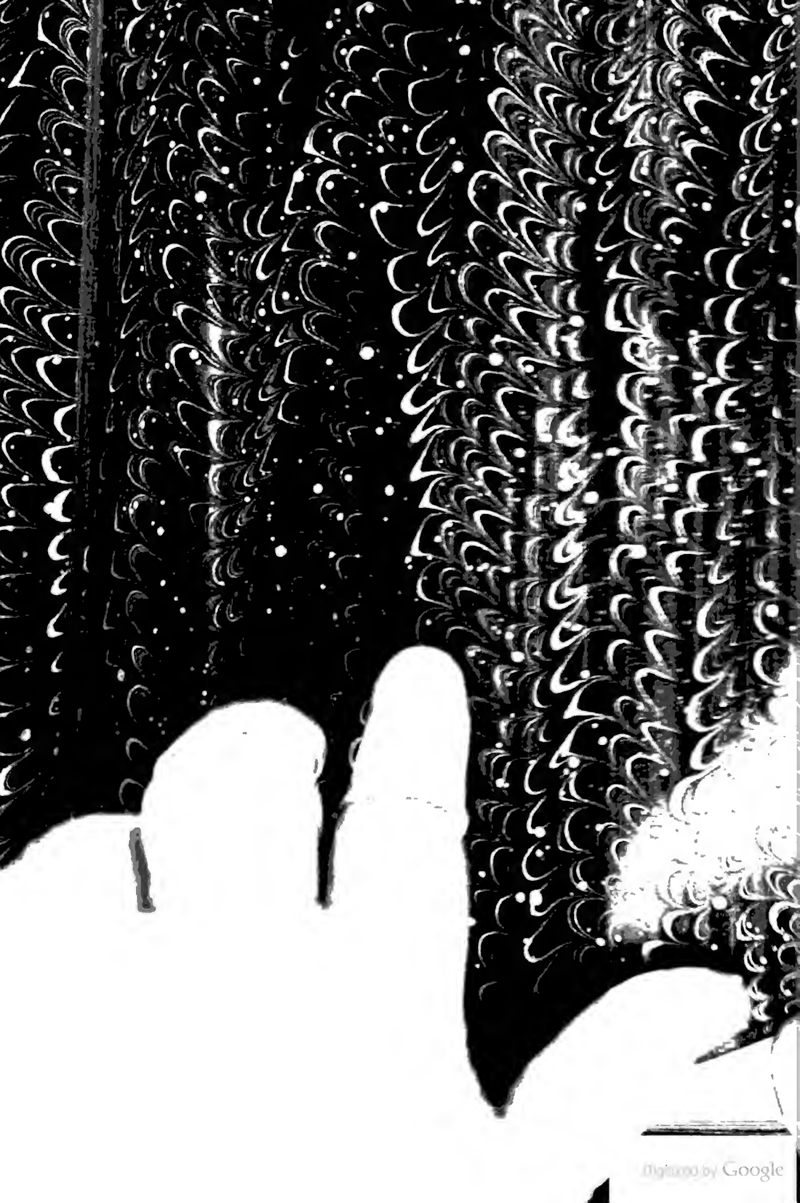
Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la ...

Sociedad Chilena de Historia y Geografía, ...


SA6404.5
ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG SIGILLVM
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS
Harvard College Library.
FROM THE BEQUEST OF
CHARLES SUMNER, LL.D.,
OF BOSTON,
(Class of 1830).
"For books relating to Politics and
Fine Arts."
6 April, 1891.



COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DE DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL

COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DE DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL

TOMO XV

HISTORIA GEOGRAFICA, NATURAL Y CIVIL DEL REINO DE CHILE

POR EL JESUITA FELIPE GOMEZ DE VIDAURRE

TOMO II

CON UNA INTRODUCCION BIOGRÁFICA Y NOTAS

POR

J. T. MEDINA



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA ERCILLA
1889

LIBRO SÉPTIMO

CONQUISTA DEL REINO DE CHILE POR LOS ESPAÑOLES

Las grandes riquezas que del Reino de Chile ponderaban los peruanos, habia encendido el ánimo de los españoles para la conquista de este Reino, que se imaginaban tan fácil, como los que hasta allí habian conquistado de la América.

El Adelantado Francisco de Pizarro pensaba extender tambien por esta parte sus conquistas. Los pretendientes para esta empresa eran muchos, y él no sabiendo como contentar a tantos, fué demorando la cosa. En este intermedio se levantaron las discordias entre el mismo Pizarro y Diego de Almagro, su compañero, a causa de a quien de los dos debia de pertenecer la ciudad del Cuzco, corte de los emperadores del Perú. Almagro, constituido por el Rey nuestro señor adelantado de doscientas leguas de tierra hácia el Estrecho de Magallanes, mudó el intento que tenia de la conquista de los chiriguanaes, y trató luego de la de Chile, así porque su gobierno caia por aquella parte, como tambien por las noticias que habia adquirido de los peruanos de las grandes riquezas de este Reino.





HISTORIA GEOGRAFICA NATURAL Y CIVIL

DEL

REINO DE CHILE

I

PREPARATIVOS DE ALMAGRO PARA LA CONQUISTA DE CHILE

Resuelto Almagro a la conquista de Chile, puesto en el Cuzco, empezó a prepararse a ella. Hizo una fundicion copiosísima de plata y oro. De solo anillos de oro se dice que hizo fundir una carga, esto es, (como se entendia entónces) todo lo que podia llevar un hombre a cuestas. Con esta ocasion nos refieren el genio liberal de este grande hombre. Aficionándose de uno de aquellos anillos Juan Lepe, se lo pidió al Adelantado, el cual prontísimamente le respondió que no solamente aquel anillo, sino que le daba cuantos pudiese coger con ambas manos, como él lo hizo. No satisfecho de esto el Adelantado, sabiendo que el dicho Lepe era casado, le hizo dar cuatrocientos pesos para su mujer. A Bartolomé Perez, porque le regaló una adarga, le retornó otros cuatrocientos pesos y una olla de plata del peso de cuarenta marcos y que tenia por asas dos cabezas de leones de oro, que pesaban trescientos y cuarenta pesos. En suma, en este género dió tantas pruebas de una liberalidad profusa que no tiene ejemplo en las historias, y así no puede explicarse cuan cautivada tenia su gente.

Cuando él se habia ganado los ánimos de todos, mandó pregonar en el Cuzco que se preparasen todos los que no tenian en dicha ciudad en qué emplearse, para acompañarlo a la conquista de Chile que iba a emprender. Todos se holgaron mucho con este pregon, y no hubo quien no se le ofreciese. Escogida la gente, para que todos se armasen y se proveyesen de caballos, abrió sus cofres y repartió entre toda ella ciento y ochenta cargas de plata, y veinte de oro, sin precisar a ninguno que le hiciese obligacion de pagarle de lo que ganasen en la conquista de la tierra que iban a hacer. Recibió sí las de aquellos que de su grado se las quisieron hacer, las que llevó consigo con la resolucion sin duda de hacer lo que hizo con ellas, si el país era como se lo habian pintado los peruanos.

Como se tenia ganados a todos los españoles con sus profusas liberaciones, así tambien con su agrado y dulce trato se habia ganado la voluntad del Inga Mango, que por muerte de sus dos hermanos mandaba en el destrozado imperio del Perú. Este le dió por compañero de su empresa a su hermano *Paullutupac* y al sumo sacerdote *Villaumu*, para que con su autoridad, no solo impidiesen que ninguno de sus vasallos intentase cosa alguna en contra de él, sino tambien para que todos lo recibiesen bien y le presentasen sus dones, como a su misma persona. No podia llevar Almagro cartas mas urgentes de recomendacion que la compañía de estos hombres de tanta representacion entre los indios, como por lo sucedido en su viaje se verá.

Creyó bien Almagro mandar adelante estos embajadores para que le preparasen el campo, y así suplicó al Inca y al sacerdote se sirviesen adelantarse en compañía de tres de sus oficiales castellanos, quienes llevaban instrucciones para fundar un lugar a doscientas leguas de Cuzco. Dispuso que por otro camino fuese Juan de Saavedra con otra gente, y a ciento y treinta leguas de Cuzco fundase otro lugar, como lo hizo, en Paria. A otros oficiales dió órdenes para que le juntasen nuevos reclutas, entregándoles sumas considerabilísimas de dinero para proveer a todo, segun su magnánimo corazon.



II

SALE PARA CHILE ALMAGRO.—SUCESO DE SU VIAJE HASTA LOS CONFINES DE CHILE

Dispuestas así las cosas, partió del Cuzco Almagro tomando el camino que habia llevado Saavedra, a quien halló aun en el nuevo pueblo de Paria. A poco tiempo llególe allí al Adelantado la nueva cierta y auténtica de la merced que Su Magestad le hacia del título de Adelantado con el gobierno del Nuevo Reino de Toledo, que debia comenzar desde los confines de la Nueva Castilla, como se llamaba el de la jurisdicion del Adelantado Pizarro. Con esta noticia le vinieron muchas cartas de los amigos, persuadiéndole que donde quiera que este aviso le llegase, se volviese al Cuzco, porque de comision de Su Magestad habia al mismo tiempo llegado a la ciudad de los Reyes persona autorizada para partir y señalar a cada uno los límites de su territorio o jurisdiccion.

Almagro, o por no creer necesaria su persona para la division, o por hallarse ya puesto en el empeño, o por ambicion de sujetar tan grande y tan rico reino, como le decian era el de Chile, o tal vez deseoso de tener mucho que dar a sus amigos y a tantos caballeros que le seguian, no oyó los consejos de los amigos. Tuvo en nada, como se explica Herrera, la tierra que conocia, por llegar a la nueva que esperaba y se imaginaba que ella podia llenar la magnanimidad de su corazon, y así prosiguió su viaje sin explicarse de esto con sus compañeros, temeroso, sin duda, que ellos reforzasen las persuasiones de los del Cuzco.

Salió de Paria el Adelantado, habiendo dado órden a Juan de Saavedra que lo siguiese con doce caballos por el camino real hácia la provincia de los *Chichas*, en cuya capital *Topisa* lo esperaban el Inga Paullu y el sumo sacerdote Villacumu. Por todas partes por donde pasó el Adelantado, por respeto a dichas personas, fué bien recibido, y



regalado y colmado de ricos presentes. Llegó finalmente a Topisa, donde halló a sus precursores, y de quienes recibió un regalo de oro del importe de noventa mil pesos que ellos hallaron allí, del que enviaban de Chile al Inga en cualidad de su vasallage. Esta fué una bellísima circunstancia para confirmar a Almagro en su proyecto y en los designios benéficos que llevaba sobre sus compañeros.

Los tres oficiales que dije salieron acompañando al Inga y otros dos que se les juntaron, se separaron de esta respetabilísima compañía, y con el deseo de descubrir nuevas tierras se adelantaron hasta Jujuy, que es un territorio de gente belicosa, que se alimentaba de carne humana y a quien habian respetado los Ingas. Esta se armó luego contra ellos, y aunque ellos se defendieron con vigor, y vendiendo a muy caro precio sus vidas, debieron ceder con su muerte a la superioridad de esta gente. El Adelantado, sabiendo esto, determinó vengar la muerte de sus oficiales; y envió para este fin al capitan Salcedo con sesenta caballos y competente infantería. Pero dicha gente, poniéndose en el caso, se habia armado, y convocando sus vecinos, habia hecho un fuerte para su defensa y muchos hoyos en el campo con agudas estacas dentro, de muy dura y récia madera, para que cayendo en ellas los caballos quedasen clavados. Con esto y con haber hecho muchas plegarias a sus dioses, esperaban sin temor a sus enemigos. Salcedo que los encontró de esta manera defendidos, conoció luego ser muy inferiores sus fuerzas, y así envió por ayuda y socorro. Mandóselo inmediatamente el Adelantado con don Francisco Chávez. Viendo esto, los indios no quisieron venir a las manos, ni aun aguardarlo en su fuerte y resolvieron desampararlo. Pero, para no mostrar cobardía y para hacer el daño que pudiesen a sus enemigos, se determinaron hacer al mismo tiempo de su salida un ataque al cuartel y alojamiento de don Francisco Chávez, que era muy inferior al de Salcedo. Como lo determinaron lo hicieron y mataron muchos, particularmente de los *Yanaconas*, que era una especie de linage de indios entre los peruanos destinados a perpétua servidumbre; lleváronse el bagaje y procuraron ponerse en cobro, como lo lograron, sin recibir gran daño de los españoles, los cuales con esto se unieron al Adelantado.

Desde *Jujuy* caminó con la vanguardia el Adelantado en prosecucion de su empresa, dejando el mando de la retaguardia a Noguerol de Ulloa. Llegó a *Chacuano*, donde halló toda la gente sobre las armas. Aunque al principio se admiraron de los caballos y mostraron algun espanto de su ligereza, entrando despues en sí mismos, les perdieron tanto el miedo, que, juntándose todos en un cuerpo, juraron por el alto sol de morir o matarlos todos. Peleó contra ellos el Adelantado, habiendo estado en un gran peligro, porque en la batalla le mataron el caballo. No dejó por esto de combatir, y su gente por lo mismo apretaba mas los puños, de modo que, no pudiendo ellos resistir a la fuerza y snperioridad de las armas, se retiraron dejando muchos muertos en el campo.

Quitado este estorbo de por medio, siguió su marcha el Adelantado con doscientos hombres de a caballo y mas de trescientos de infantería, con muchos indios, así *Yanaconas* como de los otros que cortejaban y asistian

al Inga y sumo sacerdote. Garcilaso dice que entre unos y otros llegaban los indios al número de quince mil. Con toda esta gente llegó el Adelantado a un despoblado muy dilatado, y para pasarlo gastó siete dias. La escasez de víveres se empezaba a sentir en el ejército al entrar en el despoblado, y no habia allí donde buscarlos, porque todo era tierra estéril, arena muerta y salitrales. Agravóse mas el conflicto cuando pensando encontrar remedio en algunas raíces de yerbas o frutas silvestres, saliendo de una quebrada, donde no encontraron cosa alguna con que matar el hambre que los afligia, dieron en los montes nevados de la cordillera, vista que a cualquiera otro hubiera persuadido la última fatalidad.

Bien conoció el peligro el Adelantado y juzgó la dificultad poco menos que insuperable, pero el retroceder era lo mismo que condenarse a la lenta muerte del hambre, y el probar a vencer era propio de un ánimo fuerte. Abrazó este partido y sin mostrar flaqueza, antes bien un ánimo grande, esforzado y superior a todo peligro, y para infundir el mismo en sus soldados les hizo este enérgico razonamiento. Los trabajos, les dijo, son propios de la milicia; en estos resplandece el valor de un hombre y en ellos se prueba la constancia, jamas sin ellos se gana la gloria, y la riqueza no se adquiere sin haber probado antes los aprietos de la necesidad: un poco mas de sufrimiento de aquel en que se hallaban y un esfuerzo les abriria la puerta al goce del felicísimo Reino a que aspiraban, y de las grandes riquezas de que ya tenian las pruebas. Concluyó con estas memorables palabras: el que se hallare con ánimo bastante a superar esta montaña, me siga, y diciendo y haciendo comenzó el Adelantado a embestir la cordillera. Todos sus españoles respondieron no menos valerosamente que lo que él les habia hablado y protestaron seguirle hasta la muerte. Escogiendo algunos mas esforzados, con una buena tropa de caballos, se puso delante de ellos el Adelantado, dejando el restante de su tropa en el mismo lugar, hasta que les hubiese enviado el competente socorro de alimentos, de que estaban muy faltos, lo mas presto que él pudiese.



III

PASA LA CORDILLERA EL ADELANTADO Y MANDA SOCORRO A SU GENTE, DE LA CUAL QUEDÓ ALLÍ MUCHA PARTE MUERTA

No es posible decir ni explicar debidamente el coraje, intrepidez y constancia que mostró en esta ocasion el Adelantado y toda su gente. A cada paso se presentaban nuevos y cuasi insuperables obstáculos; los precipicios contínuos, las muertes frecuentes. Era necesario caminar de contínuo dia y noche, sin tomar reposo alguno, penetrando por asperezas que hasta entónces no habian visto iguales, sin encontrar otra cosa que altísimas nieves, y un viento sutilísimo y frío que los traspasaba hasta las entrañas. Cuando creian hacer vencido su fragosidad, se encontraban con una nueva montaña que dificultaba mas y mas el paso y cuasi quitaba la esperanza de salir bien de aquel peligro. Todos esperaban por instantes la muerte, y haciéndole frente seguian del mismo modo su desastrado camino, hasta que, finalmente, desde la cumbre de un monte descubrieron vecino el ameno valle de Copiapó, que ellos miraron como una tierra de promision, y en efecto la fué, porque llegados a él, los indios, por la autoridad y respeto del inca que los acompañó en esta empresa, los recibieron con mucho agrado, los regalaron con grande agasajo y tanta liberalidad que, no solo se alimentaron muy a su satisfaccion, sino que pudieron enviar un buen socorro a la gente que habian dejado atras.

Mandóselos prontamente el Adelantado y llegó en circunstancias tan críticas, que comenzaban ya a morir muchos de hambre. Con el ejemplo de su caudillo y con saber que él habia superado la muerte y hallarse ya socorridos, se abrazaron con la muerte para luchar con ella en aquella espantosa montaña. Pasaron por las mismas asperezas que el Adelantado, y no obstante que a cada paso veian caer muerto a alguno de sus compañeros, todos se esforzaban a tener la gloria de ha-

ber sido superiores a todos los riesgos, y constantes en la ardua empresa. Aquí se atollaba uno en la nieve y ántes de morir quedaba sepultado en ella; allí otro se arrimaba a una peña y se quedaba riendo, clavado en ella, como si fuese de hielo; si aquel se paraba un instante a tomar resuello, le pasaba de parte a parte el aire, le quitaba todo movimiento y lo dejaba yerto. Diez mil, entre indios y negros, dice Garcilaso, que fueron los muertos, porque de quince mil que salieron con el Inga Paullu, solo cinco mil llegaron a Chile.

De este suceso lastimoso, mal entendido, han aseverado algunos escritores que en Chile se mueren los hombres de frío, sin advertir que todo Chile no es de esta naturaleza, como dejo demostrado en su descripcion geográfica. Es preciso notar algunas cosas en esta primera entrada de los españoles en Chile. Primeramente, que no eran prácticos de los caminos. La segunda, se hallaban sin víveres, cuya falta, a mas de que mató muchos, fué tambien causa de que el frío hiciese mayor impresion en sus cuerpos ya debilitados de hambre. La tercera, los indios traian poca ropa, conforme a su usanza, y así debia haber en ellos menor resistencia. La cuarta, eran todos o cuasi todos nacidos y criados dentro del trópico, donde apenas se sabe, en la mayor parte de sus tierras, qué cosa sea frío, y, por consiguiente, habiendo probado repentinamente uno tan excesivo debian extrañarlo tanto que ántes bien fué un prodigio que se salvase alguno. De los españoles no murieron tantos respectivamente a su número menor, porque, segun dice el mismo Garcilaso, quedaron ciento y cincuenta, con treinta caballos, a motivo de ir mas abrigados que los indios. La quinta, pudo haber consistido mucho el mal tiempo en que emprendieron este pasaje, del cual ninguno habla con claridad; porque aunque dicen que Almagro, al principio del año de 1535, salió de Cuzco para Chile: éste con las detenciones que he referido, llegaria a la cordillera a entradas de invierno, en que empieza a ponerse intransitable, porque si hubiese sido en medio del verano, no hubiera padecido tanto, y si en el invierno hubieran perecido todos; y así yo congeturo que por abril o mayo pasó el Adelantado con su gente la cordillera, lo que me hace persuadir los muchos que peligraron de los que le siguieron despues en el mismo año.

Fué el primero Rodrigo Orgoñez, a quien el Adelantado habia dejado en el Cuzco reclutando gente para que con ella le siguiese, como lo hizo. Este perdió las uñas de los dedos en la cordillera, y hubiera perdido todos estos, si con tiempo no retira la mano del todo que tenia al descubierto; a otro le costó perder los ojos, y a no pocos la vida, entre los cuales se cuenta de toda un brigada que estaba dentro de un toldo, el cual, desarmado de un gran viento que sopló una noche, los encontraron a la mañana siguiente todos muertos y sepultados en la nieve. Perdieron tambien 26 caballos, que en aquellas circunstancias fué una pérdida muy considerable. El segundo fué Juan de Arrada y sus compañeros que traian los despachos y provisiones reales del gobierno del Adelantado Almagro, los cuales, bien que padecieron mucho, no llegó ni a la mitad de lo que sufrieron los dichos. Sensibilísimo fué al co-

razon magnánimo de Almagro la pérdida de tanta y tan buena gente, ni templó su sentimiento la última buena nueva que le habia llegado. Con gente tan probada, esperaba poder concluir la empresa meditada. Dióle en el mismo Copiapó el descanso conveniente a tantos trabajos, y en el ínterin que se reforzaban todos, se ocupó en lo que diré en el párrafo siguiente.



IV

HECHOS DE ALMAGRO EN CHILE Y SU RETIRADA AL CUZCO DONDE ES MUERTO

Puesto Almagro en el valle de Copiapó, fué informado que el que mandaba no era el legítimo señor de aquella provincia, sino uno que, habiendo quedado de tutor de un sobrino suyo, hijo del legítimo señor ya muerto, léjos de ponerlo en posesion de lo suyo, le trazaba la muerte, y se la hubiera ya dado si sus fieles vasallos no le hubiesen escondido. Almagro, inclinándose a los ruegos de aquellas gentes, se apoderó de la persona de este tirano, le quitó la vida y puso en posesion de lo suyo al legítimo señor.

Antes de esto tuvo Almagro una prueba convincente de la riqueza del Reino a que habia llegado, porque el Inga, inmediatamente de su arribo a dicho valle de Copiapó, cuidó que se juntase algun oro entre las gentes que lo habitaban para presentarlo al Adelantado. En el mismo dia de su llegada, dicen Garcilaso y Herrera, que se recogieron mas de doscientos mil ducados, los cuales presentó el Inga en nombre de su hermano Mango al Adelantado, de lo que él quedó no menos contento que admirado. A cualquiera hubiera sorprendido esta riqueza, y cualquiera hubiera dado por bien empleados los pasados trabajos, por la posesion de un país que se mostraba tan rico. Mostró admiracion de la riqueza del país, pero no manifestó deseo de mayores riquezas.

No obstante, el Inga Paullu, viendo la estimacion que habia hecho de su regalo el Adelantado, hizo juntar de la comarca otros trescientos mil ducados de oro, que asímismo los presentó a poco tiempo. Quedó con esto el Adelantado tan contento de la buena suerte que habia tenido en tocarle tierra tan rica, de que ya se juzgaba señor, que hizo llamar toda su gente y sacando en presencia de ella todas las obligaciones que le habian hecho en el Cuzco por la plata y oro que de su hacienda les

habia prestado, las fué rompiendo una a una, diciendo a sus deudores que les perdonaba todo y que sentia que no hubiese sido mucho mas. No contento con esto, abrió allí sus talegos de oro y comenzó a hacer liberalidades con unos y otros, de que quedaron todos tan contentos que se olvidaron de las molestias y trabajos que habian pasado: todo les parecia nada por el goce de tanta riqueza como la que se prometia cada uno adquirir en aquella tierra.

En este tiempo, segun dice Herrera, dos de sus soldados se separaron del grueso de su gente y quisieron internarse en el país. Llegaron al Huasco, donde fueron bien recibidos al principio, pero al fin muertos, sin duda por alguna extorsion que quisieron hacer a los indios. Esta fué la primera sangre europea que se derramó en Chile, la cual no quiso Almagro que quedase sin venganza. Hizo coger el ulmen de la provincia, que se llamaba *Marcandio*, a su hermano y 27 de los mas principales habitantes de ella, a todos los cuales, sin oir sus razones, ni de muchos de sus oficiales que le reprobaban la sentencia dada contra ellos, los entregó a las llamas. Pretendió con este hecho infundir terror, pero en su lugar no obtuvo otra cosa que un grande odio a la nacion española y manchar negramente su fama, sirviéndole tal vez de último determinativo respecto de Dios para la ignominiosa muerte que le dió Pizarro, como luego se verá.

Cuando vió reforzada su gente, determinó internarse en el país. Por todo donde se extendia el dominio de los Ingas fué el Adelantado bien recibido, servido y agasajado, y regalado como el mismo Inga; pero llegando a los *promocaes* que están en la provincia de Maule, y fué la raya de que nunca pudieron pasar los Ingas, halló la misma resistencia que ellos. Tuvo diversas escaramuzas con ellos el Adelantado y conociendo por ellas la animosidad y fortaleza de esta gente, envió a pedir socorro al Inga Paullu, el cual se lo dió prontísimamente. Con éste tentó segunda vez entrar en dicha provincia, pero fué rebatido con tanto furor que a esto mas que a otra cosa, se juzga por algunos se deba atribuir la retirada de Chile del Adelantado. Aquí conoció que la conquista de esta parte de la América no consistia solamente en entrarse con sus caballos, con su perros, bocas de fuego, y avasallar la tierra, sino que era necesario para obtener cada palmo de ella disputarlo y regarlo de mucha sangre. Los muchos muertos que caian al filo de sus espadas y fuego de sus arcabuces, sin detener aquella impetuosa corriente, le hizo concebir una idea muy alta de su constancia; pero vió que aquella sangre española, que hasta entónces habia sido respetada y temida, comenzó a regar los campos. Cada dia experimentaba mas fuertes los ataques, y a los indios mas resueltos a impedirle sus progresos. Muchas veces se vió en peligro el mismo Adelantado, y con todo no desistia de la empresa, ni la hubiera dejado del todo, si al tiempo en que experimentaba esta terrible oposicion no hubiese llegado Juan de Arrada con las provisiones reales que dejo dichas.

Púsolo en consideracion de sus oficiales, quienes estuvieron muy divididos en sus pareceres. Unos juzgaban que era mejor fundar su jurisdicion en aquella tierra, pues su cielo y su suelo era los mas ventajosos que

habian descubierto, y su riqueza tan cierta como la tenian experimentada; que aquella bravura de la gente se apagaria con la disminucion de sus individuos. Otros le aconsejaban que era mejor gozar de lo ya conquistado sin exponerse a nuevos peligros y las contingencias de la guerra; que por lo que mira a riquezas, le decian, que tenian sobradas en el Perú para satisfacer su apetito; que allí estaban ya de firme establecidos y aquí muy dudosos de su subsistencia, y que cada día se disminuian sus fuerzas con la gente que les iban matando en las batallas. Esforzaban mas estas razones los que habian traido las provisiones reales, diciendo que quedándose en Chile el Adelantado, los Pizarros quedaban dueños absolutos del Perú y que como tales podian impedir los socorros de gente que él necesitaba para domar gente tan fuerte como aquella; y finalmente, que no yendo al Cuzco a gozar la merced de su Magestad y no alcanzando el título de ella hasta Chile, se ponia en contingencia de quedar sin uno y otro. Cedió a la fuerza de estas últimas razones para ir a ser en el mismo Cuzco víctima de la ambicion de los Pizarros.

Salió, pues, Almagro de Chile en 1537 y el mismo año llegó al Cuzco, tomando el camino de la costa. Con esta noticia Francisco Pizarro se puso en arma, resuelto a desposeer con la fuerza a Almagro del Cuzco. Su hermano Hernando se puso en campaña mandando el ejército y Almagro por su parte el suyo. Tuvo éste la desgracia de quedar vencido y hecho prisionero de Hernando, quien lo mandó inmediatamente degollar. ¿Quién no condenará este inhumano hecho? Depuesto todo humano sentimiento, se mostró Pizarro de un corazon mas que de fiera, olvidando las grandísimas obligaciones que tenia para con Almagro. Ciertamente no hubieran subido a tanto los Pizarros si la franqueza y buena amistad de Almagro no los hubiera desde sus principios asistido, fomentado y socorrido con su consejo, con sus bienes y con su persona. La memoria que él le hizo de todo esto desde un oscuro calabozo, en que lo puso la antigua amistad, la barba cana, bañado en lágrimas, un ojo ménos en su cara y todo el cuerpo lleno de cicatrices de las heridas que habia recibido por su causa por ayudar a su hermano y acompañarle, no parece que sirvió en aquel ambicioso corazon sino para acelerar la muerte de Almagro. Se vió por este hecho que escogió Almagro el peor consejo; él, sin envidia de nadie, podia haber igualado en fortuna al que mas, ni se hubieran seguido las otras fatales consecuencias que se siguieron de su muerte, que toca referir a los historiadores del Perú y no a mí que solo trato de Chile.



V

ENTRA EN CHILE PEDRO DE VALDIVIA CON MEJOR SUCESO

Con la salida de Almagro y su muerte quedó suspensa la conquista de Chile, pero mas encendido el ánimo de los españoles para anhelar a su posesion. Muchos se declararon con el Adelantado Pizarro por pretendientes de esta árdua empresa. Llegaron hasta la corte estas mismas pretensiones, y Pizarro se halló a un mismo tiempo con dos provisiones de su Magestad. Una en la persona de Pedro Sanchez de Hoz, que debia conquistar hasta Maule, y otra en un tal Camargo, que debia continuar hasta el Archipiélago de Chiluè. Pizarro, o porque no se prometiese la mejor conducta en la empresa de estos oficiales, o porque ya tenia prometida esta comision a su maestre de campo Pedro Valdivia, que se la habia pedido desde el punto que se supo en Lima que la habia dejado Almagro, recusando las provisiones reales con el pretexto de informar a su Magestad lo mas conveniente y usando de toda la autoridad de que se habia revestido, nombró este mismo año para la empresa al dicho Pedro Valdivia, dándole órden que se preparase para salir el año siguiente a la conquista de Chile.

Conocia muy bien Pizarro los grandes talentos de que estaba dotado su Maestre de Campo, la intrepidez de su ánimo, la constancia de su pecho y la gran ciencia militar que poseia, de todo lo cual le habia dado pruebas. En las guerras de indios se habia distinguido, y en la conquista del Perú a ninguno se habia quedado atras, ántes bien superó a todos con ventaja. En realidad no pudo haber elegido sugeto mas digno que él, ni mas a propósito para superar las dificultades que ya se habian probado en esta conquista. Otro que Valdivia no podia quebrar el orgullo al araucano, y ninguno mas a propósito para tentar a ponerle el yugo de la obediencia; porque eran en él iguales la ciencia militar y la política, el valor y el sufrimiento, la constancia y la prudencia, de todo lo cual era

necesario estuviese dotado en grado heróico el que emprendiese conseguir esta conquista, como lo verá el que leyese lo que voy a referir de este gran capitan y caudillo.

Comenzó desde luego Valdivia a poner gente bajo de sus banderas. Le fué fácil en poco tiempo juntar hasta doscientos españoles, así por las noticias individuales que ya se tenian de la riqueza de Chile, como tambien porque muchos de los mismos que las habian probado y dejado aquel Reino con disgusto suyo, quisieron volver a él, sin retraerlos de esto los inmensos trabajos que habian padecido para llegar a él. Juntó tambien muchos auxiliares peruanos, y como venia con determinacion de establecerse de firme, trajo tambien mujeres, buen número de bestias europeas de toda especie, con todas las otras cosas necesarias para una reciente poblacion; y como por otra parte pretendia plantar desde el principio la religion catolica, segun encargaba Su Magestad, solicitó algunos zelosos religiosos de la Redencion de cautivos o de la Merced para este efecto y para que diesen pasto espiritual a toda su gente, como lo hicieron con ejemplos singulares en todo género de virtudes. Entre los que se le juntaron fué su mismo competidor Pedro Sanchez de Hoz. No se sabe si fué esto de órden de Pizarro o por consentimiento del mismo Valdivia; y así no se puede condenar esta su conducta de llevar en su comitiva un rival. Por ventura él creyó le convenia esto así para estar siempre en centinela de sus propias acciones y de toda su gente. Sábese sí de cierto que Pizarro le encomendó mucho la persona de dicho sugeto ordenándole de preferirlo a todos en el repartimiento que hiciese de los indios.

Enprendió su viaje Valdivia con toda su gente y bagaje por el mismo camino que trajo para Chile Almagro. Pero advertido de las desgracias y trabajos de su antecesor, lo dispuso de tal modo que viniese a pasar la cordillera en medio del verano. De este modo él la pasó felizmente, y aunque con grandes molestias por lo que fastidian sus altos montes y estrechos caminos, no se le murió un hombre. A mediados de Enero se cree llegase al valle de *Copiapó*, cuyos habitantes encontró muy diversamente de lo que los habia hallado Almagro, porque ellos se pusieron sobre las armas y se mostraron resueltos a con elllos disputar la posesion de su territorio y de su libertad.

Sabedores estos de lo sucedido en el Perú y que ya no subsistia aquel Imperio, libres de los respetos que profesaban al Inca, no se creian ya obligados a respetar sus invasores. Tambien puede haber contribuido a suscitar en ellos este espíritu la crueldad que experimentaron en Almagro, cuando para vengar la muerte de sus demandados soldados privó de la vida en *Coquimbo* a aquellos indios, que dejo dicho. Inmediatamente se vió Valdivia atacado de enjambres de indios. No le dió mucho cuidado, porque aunque observó un grande valor, notó al mismo tiempo una conducta muy mala en sus ataques.

No obstante que estos eran contínuos, él pasó las provincias de *Copiapó*, *Coquimbo, Quillota* y *Melipilla*, y llegó, aunque incomodado, pero sin gran pérdida, a la de *Mapocho*, habiendo corrido del Reino mas de mil y doscientas millas sin haber querido fijarse en parte alguna, no obstante

los bellísimos sitios que habia encontrado, porque traia por máxima fundamental de su empresa el establecerse en lo mas interno que pudiese del Reino, para de este modo hacer mas difícil la diversion de sus soldados y el que su gente clamase por la vuelta al Perú, viendo las dificultades de su permanencia en Chile. No podia hacer lo que el gran Cortés de desbaratar las embarcaciones para poner su gente en la precision de morir o vencer; pero hizo en parte cuasi lo mismo, obligándolos a estar siempre constantes con no menos apretante dificultad, porque no era menor el peligro de los enemigos que quedaban atras que los que tenian por delante y que vencer.

Habiendo, pues, llegado con este designio al dicho valle, e internádose tanto Valdivia en el Reino, creyó ser ya tiempo de determinar el sitio para su primer establecimiento en Chile. La amenidad de la provincia de *Mapocho* lo convidaba; la mucha gente que poblaba, particularmente las orillas del rio *Mapocho*, que es uno de los que bañan este valle, lo determinó a elegir por preferencia la provincia y el sitio de ella para su primera colonia. Discurrió primero todo el valle, que gira mas de 29 leguas, consideró sus rios *Maipo, Colina, Lampa,* y *Mapocho,* y despues de bien pensado todo, halló su centro por el que corre este último rio, el mas ventajoso. El lugar que él se fijó de poblar no podia en la circunstancia ser mas conveniente. El terreno mostraba ser sanísimo, como lo indicaban sus habitantes; fertilísimo, como lo mostraban sus sementeras y lo que cultivaban los indios; agua muy buena y que se llevaba por donde se queria; una pequeña colina muy propia para construir en ella un fuerte que defendiese los pobladores; lo despejado de todo el valle, que era dominado de este lugar, proporcion muy ventajosa para aun de léjos descubrir el enemigo; en suma, pensó Valdivia en elegir lo mas sano, lo mas pingüe y lo que con menos dificultad pudiese defender. Y a la verdad, segun estas sábias y prudentes miras, no pudo elegir cosa mejor en todo aquel valle.



VI

FUNDA LA CIUDAD DE SANTIAGO: SUCESOS HASTA LA SEGUNDA FUNDACION QUE HACE EN CHILE

En este valle, dos leguas distante de las primeras faldas de la cordillera, a orillas del rio *Mapocho*, y a su izquierda o banda austral, puso los primeros fundamentos para la capital del Reino el veinticuatro de Febrero de 1541, intitulándola Santiago en honor del Santo Apóstol protector de España, y que él traia por particular patron de su expedicion. Dióle una planta tan bella que esta han seguido todas las poblaciones del Reino. Dividió el terreno en islas cuadradas todas iguales, de ciento y cincuenta varas por cada banda, y a las calles, que todas fueron tiradas a cordel, doce varas de ancho. Cada isla dividió en cuatro sitios o solares para casas de otros tantos ciudadanos: de lo que se sigue, que en cualquiera esquina que se ponga un hombre ve cuatro calles, una al oriente, otra al occidente, y las otras dos a septentrion y mediodía, y por cualquiera de ellas extiende libremente su vista hácia el campo. En el centro de esta division dejó para plaza toda una isla con el ancho de las cuatro calles, que por ocho partes vienen a desembocar en ella. La isla del costado occidental de esta plaza destinó para catedral y casas episcopales; la del septentrion para residencia del gobernador y casas del ayuntamiento. Formó éste, segun el uso de las ciudades de España, de las personas mas calificadas de su comitiva; esto es, de un corregidor, dos alcaldes, cuatro regidores y un escribano. Esta poblacion que empezó con tan cortos principios es hoy dia, como se verá en su lugar, una de las mas florecientes ciudades que tenga en América nuestro católico monarca.

Puso inmediatamente en ejecucion el designio que habia formado en construir una fortaleza en la colina ahora llamada *Santa Lucía*, a cuya falda habia hecho el plan de la ciudad, para defenderla y protegerla de los ataques que se figuraba de aquella brava gente. No se engañó Valdivia, y los aprietos grandes en que pusieron los naturales con sus contí-

nuos ataques, hizo ver la necesidad que habia de esta fortaleza, porque sin ella no hubieran podido resistir, y todos al fin hubieran sido víctimas del furor chileno, resuelto, aun a costa de mucha sangre y de sus vidas, a echarlos de allí.

Miraron desde luego los naturales de mal ojo este nuevo establecimiento y como de gente que venia a quitarles su libertad. Eran contínuas las conferencias que traian entre sí, y entretanto Valdivia atendia a fortificarse y ponerse en estado de resistir a cualquiera tentativa de ellos, estos se reunieron y resolvieron tarde a desalojar los nuevos colonos. Penetrado a tiempo por Valdivia su designio, se dió maña para apresar los principales cabezas de la confederacion, y saliéndole bien, los hizo encerrar en la fortaleza. No se desanimaron por esto los *mapochinos*, ántes bien, irritados, velaban sobre algun descuido del general o de su gente, para conseguir mas fácilmente su intento.

En este tiempo salió Valdivia con sesenta caballos a expiar los movimientos de los habitantes del rio Cachapoal, temiendo tuvieran con ellos alguna inteligencia secreta los mapochinos. Observada por éstos la partida del general, creyeron ser esta una de las mejores ocasiones de dar contra la nueva poblacion. Embistieron con una furia terrible; entraron por las casas medio fabricadas, parte echaron a tierra y parte quemaron, no dejando cosa alguna en pié, y acometieron por todas partes la fortaleza, a donde los habitantes se habian refujiado. El asalto comenzó al venir el dia y duró hasta la noche. Los asaltadores, con una constancia imponderable, se seguian rápidamente los unos a los otros. Mientras los mapochinos asaltaban y los españoles se defendian con valor, los ulmenes prisioneros hacian esfuerzos por desligarse o romper las cadenas que les impedian ayudar a los suyos. Doña Ines de Juarez, que observó les faltaba poco para adquirir su libertad, tomando una hacha en la mano, hizo inútiles sus esfuerzos quitándoles con ella sus vidas. Don Alonso de Monroy, que comandaba en la fortaleza, creyó deber avisar pronto a Valdivia de lo que pasaba en ella, y tuvo la fortuna de poderlo hacer en medio de aquel tumulto. Retrocedió prontamente Valdivia y halló el foso lleno de cadáveres, y los enemigos, no obstante esta grande pérdida, determinados a comenzar la expugnacion de la fortaleza. Hizo Valdivia se uniesen a él los asaltados, y unidos con ellos, se presentó a los mapochinos, que estaban acampados a orillas del rio. Combatióse de ambas partes con igual valor, pero con grandes pérdidas de los naturales, en quienes la fusilería y los caballos hacian riza. No obstante, ellos obstinados contra su misma impotencia, se presentaban furiosos a su destruccion, hasta que cuasi del todo destruidos, muertos sus mas valerosos gefes y su florida juventud, se dieron enteramente a la fuga, y dispersos por el campo, se ganaron a los bosques a curar las muchas heridas que llevaban en sus cuerpos.

No escarmentaron por esto los mapochinos ni por otras pérdidas no menos considerables que se siguieron despues. No depusieron jamas las armas en el espacio de seis años, intentando siempre, con mayor teson, el desalojar los españoles de aquel sitio, cuasi todos los dias atacándolos y no omitiendo ocasion alguna de dañarlos. Habia Valdivia,

aquel primer otoño, sembrado trigo y cebada; a la primavera, todos los otros granos, y aunque tuvo un gran consuelo en ver que todo iba con gran prosperidad, tuvo despues el grandísimo disgusto de verlo todo arrasado ántes de tiempo y perdida la esperanza de aquel alivio en las necesidades que se hacian sentir en la fortaleza. Priváronlos de víveres los mapochinos en tanto grado que se vieron obligados a sustentarse de alimentos inmundos de los giros *(sic)* y del poco grano que cultivaban bajo el cañon de la plaza. Salia la guarnicion de tiempo en tiempo en busca de raíces silvestres, y todo animal que encontraban por los campos era despues un regalo. Los naturales, en aquellos contornos, nada cultivaban, y así de ellos nada podian sacar; por otra parte, ellos no podian alejarse mucho porque era exponer la fortaleza, y así cada dia se hacia mas insoportable la necesidad.

De aquí nacieron en algunos diversas murmuraciones contra Valdivia, tratándolo de muy obstinado en su proyecto. Se conmovieron los ánimos de algunos contra él y determinaron, finalmente, matarlo para volverse al Perú a gozar de la vida tranquilamente, que allí veian no la podian tener en paz. Afortunadamente, descubrió don Pedro de Valdivia esta conjuracion, y como astuto que era, procuró ganar los indiferentes o los menos culpados, lo que consiguió felizmente, porque él estaba dotado de la mayor sagacidad y sabia hacerse dulce con quien le convenia y severo con quien queria que lo temiese. Con esto, creyéndose ya seguro de los votos, convocó el ayuntamiento y se hizo reconocer gobernador, porque hasta entónces no tenia sino el título de general, y aunque por esto podia justamente castigar a los culpables, quiso revestirse de este otro como de autoridad mas imponente. Llamó a juicio las cabezas, y convencidas de sedicion, las castigó con el último suplicio. Reflexionando despues que el medio que habia tomado podia no ser suficiente a apagar el fuego y que podia ser la causa que se irritasen mas los ánimos, tomó el sabio consejo de apartarlos de los funestos pensamientos que las presentes necesidades levantaban en los ánimos de su gente con la vista de la felicidad que deseaban y habian venido a buscar, y así, no obstante las angustias en que se hallaba, determinó empezar a trabajar las ricas minas de oro de Quillota.

Mandó un destacamento de sus tropas bajo la conducta del capitan don Gonzalo de los Rios, para atender al beneficio del precioso oro, que sabia habia en la susodicha provincia. La mina se halló de tal suerte copiosa de este metal, que su frutado sobrepujó las esperanzas de todos. Con esta nueva los ánimos se serenaron y las angustias pasadas como las presentes se reputaron muy tolerables. No hubo ya alguno que pensase volver al Perú.

Animado mas con esto Valdivia y con verse ya ménos molestado de los naturales, porque con los muchos muertos en los encuentros pasados iban desapareciendo del valle, comenzó a salir de su fortaleza y a hacer que se cultivasen las campiñas, y dando pasto a sus vastos proyectos, se puso a construir una fragata en la boca del rio *Aconcagua* o Chile, para por medio de ella traer mas fácilmente los socorros del Perú, sin los cuales veia bien que no podia salir con su intento.

Hasta este tiempo don Pedro Valdivia ni habia recibido ni solicitado socorro alguno del Perú. Conoció ya la falta de gente, por la que el enemigo le habia muerto. Cuanto mas él se dividia, veia que se debilitaba, y así trató de enviar por socorro al Perú para poner en planta sus vastas ideas. No obstante que era ya notoria en el Perú la riqueza de Chile con el mucho oro que habia sacado de la mina de *Quillota*, hizo que los estribos, hebillas, cabezadas, espuelas y demas hierros de los caballos de los seis hombres que determinaba mandar, fuesen todos de oro macizo, para con la vista de tanta riqueza mover mas los ánimos de venir a Chile. Como lo habia determinado se hizo. Despachó por tierra a los capitanes don Alonso de Monroy y don Pedro de Miranda con otros cuatro compañeros. Dióles escolta de otros treinta hombres, creyendo bastaba esto para la seguridad de aquellos mensageros. Pero se vió que se engañó por el desgraciado fin que tuvo toda esta valerosa tropa. Llegando ella al valle de *Copiapó* le salió al encuentro un cuerpo de cien copiapinos flecheros, comandados de un oficial de ulmen de la provincia, llamado *Cateo*, el que embistió contra ellos con tanta fuerza que desbaratándolos los mató a todos, escapando solo los dos capitanes don Pedro de Miranda y don Alonso Monroy, huyendo mal heridos por los montes, pero siguiéndolos el mismo Cateo con su gente, los cogió, por habérseles cansado los caballos, y llevándolos presos, atadas las manos hácia atras, los presentó al ulmen, quien trató luego de matarlos.

Estaba este ulmen y señor de aquella tierra, casado, como dice el padre Ovalle, con la heredera y señora de todo el valle, que con el dominio que habian tenido los incas, habian introducido que allí se heredase por las madres, para mayor seguridad de la legítima sucesion, de lo que se deduce que ya no mandaba el ulmen a quien Almagro habia colocado en el trono. Estaban ya para ser degollados estos dos capitanes, cuando esta ulmena, movida a compasion de ellos, levantándose de su asiento y usando de toda su autoridad, fué en persona y con sus mismas manos a desatar las de ellos; mandó lavar y curar sus heridas y que los regalasen; haciéndoles traer de sus bebidas, y para mayor agasajo y favor, les dió a beber de su misma mano, bebiendo ella primero, segun su costumbre y política. Los animaba entretanto y les protestaba que no moririan. Con esto, viéndose aquellos valerosos hombres llamados de la muerte a la vida, arrojáronse a sus piés, se le ofrecieron a su servicio, consagrándose por sus esclavos. Cateo, que habia visto los favores que les habia hecho su Señora, se llegó a ellos y les aseguró de sus vidas, protestándoles la obediencia y respeto que todos tenian a su Soberana, que así lo queria. Hallábase entre estos indios, como dice Zárate, un español llamado Casco, que disgustado del Perú o buscando asilo a sus delitos, se habia refugiado a Chile mucho antes que viniese a él Almagro. Viendo estos prisioneros de su nacion, dióseles a conocer y trataba con ellos amistosamente. Seis meses llevaban Miranda y Monroy de cautiverio, y aunque era muy suave por la gracia que habian hallado en la ulmena, y que ellos procuraban cada dia ganársela mas, sin embargo, el amor de la libertad era una centella que labraba en sus corazones y que finalmente los indujo a una ingratísima accion, con que ambos a dos man-

charon el lustre antiguo de sus nobilísimas familias, de que descendian legítimamente.

Tenia la ulmena un hijo que despues de ella habia de mandar en la provincia. Mostró éste aficion a los caballos, y la ulmena deseaba tambien aprendiese a manejarlos. Los dichos capitanes fomentaron esta aficion y deseo y se ofrecieron a hacer de maestros, porque esto les presentaba ocasion para poner en práctica los designios que habian concebido en sus pechos. Comenzó el príncipe a ejercitarse en este útil y honesto ejercicio, llevando siempre su guardia de flecheros con un indio delante con una lanza y otro detras con una espada desnuda en las manos, mas por grandeza que por temor de algun siniestro accidente que recelase de aquellos sus maestros, que creia muy lejos del atentado que luego cometieron contra su persona. Hallándose éste un dia en el campo, el capitan Monroy, con inimitable osadía, sin tener atencion a su numerosa guardia, dió contra el príncipe, y su compañero Miranda contra los demas, con tanta resolucion, que quitando el uno la lanza y el otro la espada a los que las llevaban, se hicieron campo hiriendo a unos y matando a otros. El príncipe quedó tan mal herido que a cuatro meses despues murió. Se apoderaron de los caballos y huyeron con ellos, llevándose consigo a Casco, al que amezándole con la muerte, lo obligaron a dejar la vida gentílica que hacia. Como el caso fué inopinado no hubo quien los siguiese, y así ellos escaparon, y habiéndose dado buena maña, venciendo las dificultades del despoblado y otras muchas de tan largo camino, llegaron al Perú en circunstancias que lo gobernaba el Licenciado Vaca de Castro.

De éste fueron bien recibidos por las buenas nuevas que llevaban de la amenidad de la tierra y riqueza de sus minas. Resolvió luego poner todo esfuerzo en aquella conquista que contemplaba de suma importancia para la Corona. Destinó de la mejor gente y personas de su confianza; proveyólas de armas y de alguna ropa para los soldados que estaban desnudos y de las otras cosas que informaron los dichos capitanes que eran muy necesarias. Dividió este socorro mandando parte por tierra bajo la conducta del mismo Monroy, y parte por mar, confiando ésta al capitan don Bautista Pastene, caballero de la antiquísima y muy ilustre casa de los Pastenes de Génova, donde sus antepasados gozaron la suprema dignidad de aquella república, y en Chile sus descendientes la distincion que se merecieron por sus señalados servicio a la patria y al Rey N. Señor. El capitan Monroy supo ocultar su tránsito por su provincia a los copiapinos, con lo que sin oposicion ni pérdida alguna, llegó con su gente a Santiago.

Cuasi al mismo tiempo llegó don Juan Pastene con su socorro, dando fondo en el puerto de Quintero, inmediato a donde Valdivia fabricaba su fragata. No es decible el regocijo y contento que causó en todos la llegada de ambos socorros. La soldadesca cobró nuevos bríos y Valdivia tuvo mas campo para dar pasto a sus miras, y empezó desde el punto a disponerse para ponerlas en ejecucion. Honró con el título de teniente general o comandante del mar al mismo don Juan Bautista Pastene, y lo envió con este título a reconocer las costas y puertos del mar hasta

el Estrecho de Magallanes, como él lo hizo, trayendo una informacion menuda de todo lo que habia observado; la que hallándola muy conforme a sus deseos Valdivia, se resolvió a fundar mas adelante una colonia marítima por donde pudiese tener mas fácilmente los socorros. Pero considerando que dejaba atras mucho terreno sin sugecion, resolvió hacer primero otra de esta circunstancia en lo que habia dejado atras del Reino.

Siguióse entretanto en el trabajo de las minas de *Quillota*, que con su abundancia incitaban siempre mas el apetito codicioso de los conquistadores. Cuanto mas estos se encendian en el amor del oro, tanto mas los naturales trabajadores asechaban su conducta para asaltarlos, de modo que no se les escapase alguno. Llevaron un dia a don Gonzalo de los Rios, que he dicho comandaba a los españoles, una olla de gruesos granos de oro, como muestra de lo mucho que decian habian hallado en cierta parte. Persuadidos ellos que los españoles les habian de creer y conducirse al lugar, como efectivamente sucedió, previnieron allí una emboscada de muchos y fuertes hombres para quitar la vida a los que vendrian ciegos de la codicia del oro y sin temor de lo que se les esperaba. No quedó hombre que no saliese en busca de tan rico tesoro. Cuando por la muestra todos se prometian enriquecer, de una vez todos, a excepcion de don Gonzalo de los Rios y un negro, que escaparon a uña de caballo, fueron víctimas de su poca cordura y prevencion, porque llegando al lugar les salieron tantos quillotanos con lanzas y con tanto ímpetu y furia que luego los deshicieron y despedazaron. Estos, victoriosos y orgullosos con su hecho, para crecer su triunfo, se dirigieron al arsenal, mataron a los constructores y quemaron la fragata que tenian casi concluida.

Inmediatamente que llegó el aviso a Valdivia de estos infelices sucesos, se puso en marcha con sus tropas para vengar la muerte de su gente, lo que él hizo muy felizmente. No desistió del trabajo de las minas, pero con mejor consejo fabricó un fuerte en el lugar, que sirviese de freno a los naturales y cubriese de todo insulto de ellos a la gente que dejaba para presidir el trabajo; y éstos, ya mas advertidos con lo sucedido a los otros, estaba mas atenta a las operaciones de los quillotanos y no daban fácilmente crédito a sus relaciones, pero tampoco las despreciaban, sino que con cautela las examinaban, por lo que no volvieron a experimentar desgracia ni pérdida alguna considerable.

Valdivia con el intento de explorar la tierra, reconocer sus fuerzas para proporcionar con ellas las de su gente y entrar despues muy de propósito en la conquista, y tambien para infundir a los naturales el temor de su poder, se puso a discurrir sus tierras entretanto llegaban nuevos socorros y volvia de su expedicion don Juan Pastene. Entendiendo él en esto llegaron del Perú D. . . con trescientos hombres y don Cristóbal de Escobar con setenta, que conducia a su costa, entre los que traia un hijo para perpetuar en el Reino los servicios a su Magestad, como lo han hecho gloriosamente sus descendientes. Esta accion sola bastaba para calificacion de la nobleza de este caballero, cuando no fuera tan constante lo ilustre de su sangre en España. En todos estos socorros venian siempre

acompañándolos religiosos de las sagradas religiones de Santo Domingo, San Francisco y mercedarios para emplearse en la conquista de las almas, de cuyo modo se fueron estableciendo en Chile. Don Juan Bautista Pastene llegó a este mismo tiempo con la informacion de toda la costa del Reino que llevo insinuada. Dióle a este último órden Valdivia que se preparase para volver al Perú a solicitarle mas socorros, como era necesario para ir adelante en su conquista y para sujetar tan poderosas fuerzas como habian comenzado a mostrar los chilenos.



VII

Hace don Pedro Valdivia la segunda fundacion; contrastes que tuvo por ella: vuelve al Perú, y lo sucedido en Chile en su ausencia.

Reforzado don Pedro de Valdivia con estos socorros, juzgó que no era ya tiempo de dejar a las espaldas cosa alguna sin haber tomado posesion de ella y haber sugetado los habitantes; y hallando en el valle de Coquimbo la mejor proporcion para una fundacion ventajosísima a sus miras, se determinó fundar una ciudad en la boca del rio, que da nombre a la provincia y forma un buen puerto, como lo hizo este mismo año, dándole el nombre de *Serena*, en memoria de su patria, y que le conviene mas por lo claro de su cielo. Pocos la conocen con dicho nombre, porque el de Coquimbo ha prevalecido tanto que en el Reino de Chile no se conoce con otro nombre. Esta fundacion la miró Valdivia como necesaria, y así le dió por pobladores y ciudadanos la gente mas distinguida en sangre y valor, como de quienes se prometia que sabrian sostener el puesto. En otro lugar hablaré así de esta poblacion como del valle en que ella se hizo.

Hecha esta fundacion, creyó Valdivia ser ya tiempo de seguir adelante con sus conquistas, no obstante que no le venian los socorros que habia enviado a pedir con Pastene. Determinó pasar a los *promocaes*, pero antes de salir despidió a don Antonio de Ulloa por tierra, para urgir mas al gobernador del Perú a que se los mandase con solicitud. Entró en esta expedicion Valdivia el año 1545, sin haber derramado sangre por toda la provincia de las *promocaes*, esto es, en la provincia de aquellos hombres bravos que detuvieron el curso de las armas peruanas y que hicieron retroceder al Adelantado Almagro, lo que atenta la animosidad de esta gente y el odio a la servitud y el amor desenfrenado de su libertad, se hace increíble. Ellos ya se habian probado con los españoles; sus bocas

de fuego y caballos no los hicieron jamas retirar del campo, antes bien con la retirada de Almagro se creian vencedores. Es preciso decir que, o se callan muchos hechos en este tiempo sucedidos, o que Valdivia con emisarios, buenas palabras y mejores maneras se los habia ganado antes. Esto segundo parece lo mas probable, porque ellos se unieron a sus banderas y en los encuentros sucesivos siempre fueron los auxiliares de los españoles, lo que no sucederia si a fuerza de armas los hubiese subyugado. Por ventura, en este tiempo los promocaes habian recibido alguna injuria de sus comarcanos y creyeron esta una oportuna ocasion de vengarse de ellos, y asi se unieron a Valdivia. Lo cierto es que hasta ahora los araucanos les profesan un odio irreconciliable por esta causa.

No le sucedió asi con los *italinos*, los cuales viéndole acampado en un lugar llamado *Quilacura*, lo asaltaron de noche con tal furia, que, muertos muchos de sus caballos y de su gente, estuvo en un gran peligro de quedar enteramente derrotado. Solo la buena disposicion y el valor de su ánimo con una mente imperturbable pudo en la ocasion haber impedido la ruina total, pero no hacer que lo perdido no fuese muy notable. Debilitado su pequeño ejército, determinó retroceder y volverse a Santiago a esperar nuevas reclutas, que tenia pedidas, con las que, mas fuerte, esperaba tomar aquella misma gente. Pasaba el tiempo y las suspiradas reclutas no se veian; resolvió ir él mismo al Perú a solicitarlas, prometiéndose de su sagacidad y actividad reclutar un número de gente competente para poner el yugo a aquellas indómitas cervices.

En esto pensaba don Pedro de Valdivia y se preparaba para ello, cuando llegó a Chile don Juan Bautista Pastene con la desconsolable nueva que del Perú no podia esperar socorro, porque por la desobediencia de Gonzalo Pizarro se hallaba esta parte de la América mas en estado de necesitar de socorro que de darlo; que él se habia detenido a traerle esta nueva, porque cuando llegó al Perú habia tenido la desgracia de ver embargado su navío y arrestada su persona por Pizarro, quien ya con promesas, ya con amenazas, habia procurado vencer su lealtad al legítimo soberano, pero que dándose maña habia podido ganar su navío, conducir algunos de los capitanes mas experimentados para dar mayor vigor al ejército real, que se estaba preparando para entrar en batalla con el rebelde, que estaba insolente con la muerte que habia dado al virrey Blasco Nuñez, despues de lo que habia puesto la proa para Chile.

Oída su relacion sincera, apresuró mas sus preparativos don Pedro de Valdivia, y resuelto a socorrer y ayudar a la parte de su Magestad, nombró por su teniente general al capitan don Francisco de Villagra, caballero de gran valor y talento, para que en su ausencia gobernase lo que en aquel reino tenia conquistado, sin procurar adelantar mas hasta que viniesen mayores socorros. Escojió para llevar consigo algunos de los mejores capitanes y soldados de los mas valerosos. Juntó oro el mas que pudo, y en el mismo navío hizo le condujese al Perú el mismo Pastene. En poquisimo tiempo se puso en la ciudad de los Reyes, donde mandaba por don Cárlos Quinto el presidente Gasca. Recibió malamente al principio a don Pedro de Valdivia, y mandábalo volver prontamente a Chile, pero todo el ejército real que habia creido a Val-

divia llamado para que lo mandase y habíase sumamente alegrado con su llegada, hizo a Gasca patente la ciencia militar de aquel oficial, y que en las circunstancias no habia de mirarse por desobediencia su venida, sino por una providencia del cielo para confundir al rebelde. Rindióse a tan fuerte representacion el Presidente, y no solo oyó ya bien a Valdivia en lo que le pedia para seguir su conquista, sino que le entregó el mando del ejército real, con el que don Pedro de Valdivia, valiéndose de los capitanes y soldados que habia traido, presentó al rebelde Pizarro la batalla en el valle de *Xaquixaguana*, lo desbarató, destrozó e hizo prisionero juntamente con algunos de sus mas señalados oficiales, los cuales despues pasaron por el suplicio, que dignamente merecian, y con ellos se acabaron las guerras intestinas.

Entretanto que don Pedro de Valdivia peleaba gloriosamente por Su Magestad en el Perú, su teniente general don Francisco de Villagra, triunfaba en Chile contra su competidor Pedro Sanchez de Hoz. Este, que nunca depuso el sentimiento de haber sido despojado del derecho a la conquista de Chile, con la ausencia de Valdivia empezó a hacer partido entre los soldados y aun oficiales, para entrar en posesion de lo que creia le competia. Tramaba de quitar la vida a don Francisco de Villagra. Pero llegando todo a noticia de éste, fué arrestado ántes que él pudiese ejecutar su atentado. Villagra, héchole sumariamente el proceso, le hizo cortar públicamente la cabeza, con lo que aseguró la suya y el gobierno a su gefe. Informado don Pedro de Valdivia a su vuelta del hecho, como amante que era de la razon y justicia, lo aprobó y tambien por que es cosa que agrada el tener menos émulos y competidores.

Venian en este mismo tiempo para Chile cuarenta hombres con don Juan Bon, y al pasar por Copiapó fueron asaltados por los naturales de esta provincia, que, hechos los pulsos a matar españoles, estaban ansiosos de vengar la muerte de su príncipe, a quien, como ya se dijo, los capitanes Monroy y Miranda habian quitado la vida. Con este ejemplo y por ventura instigados de estos, los coquimbanos se unieron y dieron contra los vecinos y soldados que estaban en la ciudad de la Serena, y sin dar lugar a que escapase alguno, los mataron a todos, pusieron fuego a las casas y las destruyeron todas sin dejar piedra sobre piedra. No tuvo tiempo don Francisco de Villagra de reparar el daño, porque a poco tiempo llegó a Chile el gobernador don Pedro de Valdivia.



VIII

Vuelve don Pedro de Valdivia a Chile, reedifica la ciudad de la Serena, y, continuando su conquista, llega a Andalien, donde tiene una fuerte batalla.

Con la victoria poco há referida contra Gonzalo Pizarro, se ganó don Pedro Valdivia toda la estimacion del Virrey, y así poco tuvo que esforzar su elocuencia para conseguir dél el socorro mayor que le podria dar en las circunstancias. El volvió a Chile con dos naves cargadas de gente y pertrechos de guerra y confirmado en el título de gobernador que se habia usurpado. Halló todavía calientes las cenizas de su amada Serena, y desbaratados los proyectos de su competidor. De esto segundo no se cuidó, y atendió desde el instante mismo en procurar la sugecion y castigo de los copiapinos y coquimbanos y en volver a reedificar de nuevo la ciudad destruida.

Mandó al capitan don Francisco de Aguirre con buen número de gente, con la cual pusiese freno a los habitantes de dichas provincias y domase sus cervices orgullosas. Aguirre penetró hasta Copiapó, no obstante las furiosas oposiciones de los coquimbanos, a quienes siempre venció en las muchas y reñidas batallas que tuvo con ellos, y habiendo del mismo modo abatido el orgullo y arrogancia de los copiapinos, retrocedió a reedificar la ciudad de la Serena.

Esto hizo ya sin oposicion de los coquimbanos, que con las derrotas que les habia dado, habian bajado sus cervices. Púsola en el mismo sitio que el que hoy tiene y de que hablaré despues, constituyéndose él por uno de sus vecinos. Esta ciudad la miró siempre como su padre y sus descendientes que son y han sido siempre reputados por los mas distinguidos en sangre del reino todo, han continuado con este derecho por los bienes y buenos oficios que han hecho a la patria, en lo que han

superado a todos los otros vecinos. Fuera ingratitud en un escritor patricio no hacer honorífica mencion de esta benemérita familia. En el decurso de esta historia veremos otros hechos gloriosos de este insigne capitan y de algunos de sus descendientes que lo han realzado a grado tan superior.

Con la florida gente que trajo consigo don Pedro de Valdivia, se creyó dueño de todo el Reino de Chile; y así por esto como por la autoridad que traia y porque se miraba bien establecido en aquella parte que habia obedecido a los incas, y para con el premio contentar mas a su oficialidad y vecinos de las nuevas poblaciones, pensó a distribuir los avasallados naturales en tantos feudos con el título de *encomiendas*. Distribuyólos segun el mérito de las personas y a proporcion de los servicios hechos en la presente conquista. De aquí pasó a distribuir con los mismos respectos el terreno para el ejercicio de la agricultura y aumento de los ganados europeos. La distribucion debió de ser tan justa que todos quedaron tan contentos que ni uno hubo que se mostrase digustado de la parte que le tocó en este primer repartimiento. No es esta la menor gloria de este caudillo, pues cualquiera que reflexione los fondos de la ambicion humana, hallará que a todo aspira y que nada la satisface, y que sus méritos los gradua por superiores a todos los de los otros. No se dice que en esta distribucion él tomase para sí cosa alguna; lo que, por ventura, hizo a los mal contentos no abrir la boca para significar su sentimiento viendo el desinteres del gobernador.

Algunos, por la mala administracion que no pocos particulares han tenido de estas encomiendas, han pretendido oscurecer la fama de don Pedro de Valdivia, diciendo el hecho pero ocultando las reglas sábias, prudentes y sumamente cristianas con que él las instituyó. Valdivia, al instituir estos feudos, impuso por primera y principal obligacion a los encomenderos que debiesen dar pasto espiritual, procurando por medio de los ministros del altar que ellos abrazasen la fé católica y la conservasen pura en la creencia, y santa en sus operaciones. La segunda, que no los considerasen como esclavos, sino como unos hijos espirituales o adoptivos, y que esto era lo que queria decir el título de *encomienda*. La tercera, que entendiesen que no se les daba derecho para castigarlos con la muerte ni con un gran castigo. La cuarta, que no podian exijir de ellos el servicio personal sino el tributo moderado que a proporcion de la cualidad de las tierras él determinaba.

Con estos cuatro capítulos, que comprenden cuantos otros artículos se pueden determinar para una bellísima institucion, ¿quién se atreverá a condenar esta conducta de don Pedro Valdivia? Yo estoy persuadido que ninguno habrá que, reflexionando a las sobredichas reglas con que él las instituyó, léjos de vituperar esto, hallará mucho, así en lo cristiano como en lo político, que ensalzar en Valdivia. Lo cierto es que por este medio se vió, en brevísimo tiempo, abrazar la religion católica a todas aquellas gentes, y que mientras los encomenderos se han ajustado a estas reglas, ellos han estado quietos mostrándose fieles y amantes de sus señores, de modo que hacen aun mas de aquello a que están obligados.

Satisfecho don Pedro de Valdivia del buen ánimo con que se habia recibido de todos la distribucion de los premios que habia hecho, se puso de nuevo en marcha para las provincias australes, con buen número de sus tropas, a las que llegando a la provincia de Maule agregó un respetable número de *promocaes*, sus antiguos aliados. Penetró sin obstáculo desde la capital hasta ciento y cincuenta leguas, o sea porque lo vieron los naturales mas fuerte que la primera vez y él siempre mas cauteloso, o sea porque los sorprendió de tal suerte con su rápida venida, que no les dió tiempo de unirse para oponérsele al paso. Llevaba en esta empresa don Pedro de Valdivia la determinacion de fundar, en grados 36, una nueva ciudad marítima que, segun la demarcacion de don Juan Bautista Pastene, debia serle muy ventajosa para sus vastas ideas. Apenas llegado a este punto, empezó a echar los fundamentos de la tercera fundacion, a orillas del rio Peunco, y en la propia ribera del mar, porque el poco plano no daba lugar a otra cosa. Aquí, por la conveniencia del puerto, que es de los mejores que tiene el Reino de Chile, puso, a cinco de Octubre de este año de 1550, su tercera ciudad, bajo la proteccion de la Santísima Vírgen Madre de Dios, con el título del admirable misterio de su Purísima Concepcion.

Los peuncones o pencones, como quieren algunos, por una parte admirados del atrevimiento de aquellos extrangeros, que sin respeto de ellos se entraban en sus tierras, y por otra parte, rabiosos de verlos, se convocaron y en un cuerpo respetabilísimo de tropas dieron contra el fuerte que habia Valdivia construido para su defensa. Resistieron en el ataque todo un dia, segun Zárate, y aunque no lo pudieron vencer, tuvieron a don Pedro Valdivia muy estrechado. Con esto, ellos mas irritados por los muchos muertos que habian tenido, llamaron en su ayuda a los araucanos, los cuales, previendo que tambien llegarian a su territorio, determinaron salir de él y combatir juntamente con los pencones, hasta acabar con ellos, y de este modo libertar su patria de cualquiera invasion que ellos pretendiesen hacer en ella. Juntaron prontísimamente cuatro mil hombres, que pusieron bajo el comando de Aillavilu, acreditado entre ellos de valeroso. Púsose éste inmediatamente en marcha, y pasado el rio Biobio con toda su gente y unidos a los pencones se jactaba vencedor de aquel corto número de gente, que estos otros le dijeron que ellos eran.

Sabiendo don Pedro Valdivia la junta de gente que intentaba desalojarlo, juzgó mas conveniente salirle al encuentro, que no él esperarla dentro de las murallas del fuerte, porque de este modo ni mostraba miedo del asalto y él podia jugar su caballeria con mucha mayor ventaja contra los enemigos. *Aillavilu* mostró su valor, y disimulando el espanto que le causó la caballeria (fué esta la primera vez que los araucanos la vieron) prorrumpió en estas o semejantes palabras: «Nunca os es mas necesario el valor, como lo es en esta primera accion; si de esta los vencemos, ellos se llenarán de miedo y dejarán libres nuestras tierras; y por el contrario, si luego volveis las espaldas, ellos se harán muy insolentes, y los que siempre hemos dado la ley, la habremos de recibir de ellos. No os haga miedo la superioridad de sus armas, que esta con el número mayor

que somos, la llegaremos a vencer, ni os retraiga del empeño los muertos que veais caer a vuestros piés, que estos en el cerrar los ojos a este mundo tan gloriosamente, vivirán eternamente en la memoria de la nacion. Yo os precederé con el ejemplo, y mas antes quiero morir que ceder el campo. No por que me veais muerto os desanimeis, antes bien procurad vengar mi vida con la muerte de todos ellos. Constancia, araucanos, constancia, que finalmente tendreis la victoria. Seamos nosotros los primeros en acometer, para que vean estos jigantes que no los tememos.» No bien habia acabado de decir esto cuando hizo sonar a la acometida.

Aillavilu a la frente de su gente se descargó con ella, parte sobre los costados y parte contra la frente de la española, que formaba un cuadro cuyo centro ocupaba la infantería. Valdivia sostuvo valerosamente este primer ataque que fué uno de los mas furiosos. Los araucanos, por su parte, sostuvieron sin temor ni desconcertarse la primera descarga de los fusiles, que botó muchos a tierra, haciendo ver desde este primer encuentro en su desembarazo el poco caso que despues hacian de ellos. A uno que caia muerto se ponia otro en su lugar y sus filas siempre se avanzaban para herir de cerca al enemigo, como efectivamente lo consiguieron. En este estrecho no fueron pocos los que mataron de los nuestros, y aunque de ellos eran muchos mas los muertos, estuvo por mucho tiempo indecisa la victoria. Llegaron los araucanos a desordenar el ejército español y a matar el caballo de Valdivia, probando este el mayor peligro de su vida que hasta entonces habia pasado. La victoria, como confiesa el mismo Valdivia, se hubiera declarado por los araucanos si *Aillavilu*, trasportado de un temerario ardor, no hubiese caido mortalmente herido y en manos de sus enemigos, que no tuvieron tiempo de cometer en él alguna crueldad, porque a poco tiempo murió de la herida. Con esta muerte y las de algunos de sus mas valerosos oficiales les hizo ceder el campo a los españoles, pero retirándose con buen órden y sin volver las espaldas. Como le habia costado muy cara esta victoria a Valdivia, juzgó conveniente no seguirlos sino retirarse a la nueva ciudad a curar sus muchas heridas y a procurar poner su fortaleza en mejor estado de defensa, porque del coraje y constancia que habia experimentado juntamente con un ardor bastante regular de presentarse y acometer, se esperaba no tardarian mucho el intentar de nuevo el desalojarlos.

A la verdad que él no se engañó y toda su prevencion fué necesaria para que no llegasen al fin que pretendian los araucanos. Estos, sabida la muerte de *Aillavilu*, constituyeron a *Lincoyan* y lo mandaron con otro ejército mas numeroso. La estatura jigantesca y un cierto coraje aparente, le habian dado entre los otros oficiales reputacion sobre ellos; pero él era naturalmente tímido e irresoluto, lo que él sabia cubrir con una falsa prudencia; en suma, él era bueno para subalterno.

Lincoyan mas para satisfacer a los deseos de su nacion que a lo que le dictaba su ánimo, condujo prontamente sus tropas al lugar de la primera batalla. Esta vez no quiso salir don Pedro de Valdivia al campo con sus tropas, sino aguardar los ataques dentro de la fortaleza, donde habia llevado todos los vecinos de la ciudad. Mostró ciertamente en esto algun

temor don Pedro, o por ventura lo hizo por acomodarse al juicio de su oficialidad, la cual no se puede negar habia concebido un gran temor de aquella gente. Habiéndolos visto, todos se confesaron y comulgaron, como previniéndose para la muerte. Crecía en todos el temor cuanto mas se acercaba a la fortaleza *Lincoyan*, que veian venir con buen órden militar, dividido su ejército en tres líneas. No tardaron mucho éstos en llegar y en emprender a un mismo tiempo el asalto por tres partes. No los contuvo el empezarlo con un furor imponderable, el fuego contínuo que empezó a hacer la fortaleza así que estuvieron a tiro, ni los muchos muertos que de ellos caian atravesados de las lanzas de los españoles. *Lincoyan* con su prudencia, considerando los muchos que caian y temiendo perder todo el ejército si se obstinaba en el ataque, tocó precipitosamente a la retirada, con lo que sus soldados desistieron del empeño. Ni Valdivia ni su gente se esperaban esta tan pronta retirada, y así la creyeron mas estratagema militar con que llamarlo a campo abierto, que a temor de su total ruina, por lo que ninguno pensó a seguirlos. Los papeles antiguos que se hallan en el archivo de la Concepcion dicen que atemorizó en esta circunstancia a *Lincoyan* el haber visto por el aire un ginete montado en un caballo blanco con una espada resplandeciente que aterraba los suyos, y así para con los españoles esta vision, de que se siguió la precipitosa retirada de *Lincoyan*, se ha atribuido a una particular proteccion del Santo Apostol Santiago, bajo la cual habia Valdivia particularmente puesto la conquista del Reino de Chile, como dejo dicho. No ignoro que estas apariciones y protecciones particulares son recibidas con risa de los que hacen profesion de críticos, fundando toda su incredulidad en la injusticia que ellos suponen de despojar de lo suyo a los legítimos dueños, como que Dios no pudiese castigar a algunos pueblos con la pérdida de lo que les habia dado por el mal uso que hacian ya de ello, y para esto favorecer particularmente aquellos que les mandaba por azotes de sus excesos. En fin, créase de esto lo que se quisiere, lo cierto es que *Lincoyan* quedó tan atemorizado que no paró en su retirada hasta haber llegado a Arauco ni volvió a intentar cosa alguna con esta ciudad.



IX

HECHOS DE DON PEDRO DE VALDIVIA EN TIEMPO DEL GENERALATO DE LINCOYAN

Con la dicha retirada de Lincoyan quedó don Pedro de Valdivia como en una tregua, mediante la cual tuvo tiempo para emplearse en la política de esta su amada ciudad y de penetrar hasta el grado 41 y de hacer diversas otras fundaciones, como lo vamos a ver.

Enamorado don Pedro de Valdivia de las bellas proporciones del sitio de este su nuevo establecimiento, determinó hacerse ciudadano y avecindarse en él, tomando para sí un sitio en la distribucion que hizo entre sus vecinos. La nueva ciudad, con su presencia y actividad y con el honor que recibió con su persona, presto creció en edificios y llegó a tener una forma regular de policía. Con las dos derrotas ya dichas, los pencones abajaron sus cervices, y así pudo hacer de ellos la distribucion de encomiendas entre los principales ciudadanos y del terreno perteneciente a su jurisdicion. Adjudicóse a sí la fértil península situada entre las bocas del *Biobio* y el *Andalien*, y como esperaba poder subyugar en breve todo el Estado Araucano, destinó para sí tambien las dos confinantes provincias de Arauco y de Tucapel. En este mismo tiempo publicó una notificacion de cuarenta y dos capítulos o estatutos que sirvieron de esplicar lo contenido en los cuatro que dejo dichos, a causa por ventura de algunas dudas suscitadas sobre su inteligencia.

Habiendo provisto de este modo don Pedro Valdivia al buen tratamiento de los naturales que habia visto y penetrado como fundamento sólido de su conquista, determinó seguir adelante en ella, principalmente con las relaciones de informes que le habia traido el capitan don Gerónimo Alderete, a quien habia mandado salir de la ciudad y penetrar en el país enemigo, y mucho mas habiéndole a este mismo tiempo llegado un buen socorro del Perú. Salió a principios del 52, dejando guarnecida suficien-

temente la poblacion con idea de nuevos establecimientos. Dirigió sus rápidas jornadas por los llanos de *Encol* o *Angol* y por la provincia de *Puren*, habiendo pasado primero el gran *Biobio*. Bien que Lincoyan le seguia los pasos con buen número de tropas, eran tan flojas sus operaciones, que no le embarazaron en llegar en poquísimo tiempo a las riberas del rio *Cauten*, que forma cuasi el centro del dominio araucano, y encontrando en él uno de los sitios mas alegres y apacibles del Reino, lo eligió para la fundacion de la cuarta ciudad, que puso en las juntas de este rio con las aguas del rio de las *Damas*, y dióle el nombre de *Imperial*, en honor de Cárlos V, Emperador y Rey de España, y no como dicen muchos escritores, por haber hallado sobre las casas de sus pobladores águilas de madera de dos cabezas, esforzándose a persuadirnos que estos naturales hacian un pueblo formal, siendo uno y otro notoriamente falso. Don Alonso Ercilla es de esta opinion; pero yo no me acomodo a ella, porque la hallo tan fuera del uso de esta nacion que no usa ni de ídolos ni de distincion de familias, sino los apellidos, y aborrece mas que la muerte las poblaciones como diametralmente opuestas a su libertad. Mas, entre sus relaciones fabulosas nos dicen estos naturales que vieron águilas de dos cabezas antes de la entrada de los españoles, de las cuales sus adivinos argumentaron una gran mutacion en el sistema de su vida libre, en lo que se confirmaron viendo estas mismas águilas en las banderas que traian los españoles. ¿Cómo, pues, se puede creer que una gente que auguraba de dichas águilas infelicidades para la nacion, las tuviese sobre las puertas y sobre los techos?

Encontró sí el valle muy] poblado de gente. Quien dice habia en él ochenta mil naturales de armas, y quien muchos mas. Hizo sin oposicion particular de *Lincoyan*, su fundacion en una loma de áspera subida, en distancia de cuatro a cinco leguas del mar, con el que podia tener fácil comunicacion por *Cauten*, que era navegable hasta aquel sitio. Esta ciudad en el poco tiempo que ella existió fué de las mas florecientes de Chile; porque a mas de los distinguidos personages que Valdivia le dió por pobladores, gozaba ella de un territorio fertilísimo. Tenia una vega de mas de siete leguas de largo y cerca de dos de ancho por la parte que menos. La riegan varios arroyos de riquísimas aguas, que se pueden conducir por todas partes, y con las que sus habitadores riegan sus sembrados. Por occidente la ciñe el mar, y por oriente unas suaves colinas cubiertas de buenos y copiosos pastos y de frondosos árboles que alegran la hermosísima vista que hace todo este territorio. Hallaron los pobladores, en suma, en dicho territorio todos los incentivos que puede un hombre desear para apetecer un lugar; todo género de granos, de legumbres y frutos, con lo cual cada dia se hallaban mas contentos de su buena suerte.

Valdivia, por otra parte, trasportado de un golpe no esperado de la fortuna que hasta aquí parece le lisonjeaba, procuró acrecer el contento y gusto de dichos pobladores, repartiendo entre ellos todo aquel inmenso pueblo con tanta liberalidad que bien se veia que no sacaba nada de lo suyo. Repartió toda aquella gente entre sus oficiales bajo las mismas leyes que tenia ya publicadas. A Francisco de Villagra, su teniente general,

que habia tomado sitio y héchose poblador de esta ciudad, le dió la provincia de *Maquegua* con treinta mil indios, y a esta proporcion graduó el premio de sus restantes oficiales que en ella tomaron sitio, quien quince mil, quien diez mil, y quien ocho mil.

Aprovechándose de la timidez de Lincoyan y del viento favorable que le soplaba con la inaccion de este toqui, mandó otra vez a don Gerónimo Alderete con sesenta hombres a correr y explorar la tierra por la parte de la cordillera. Este, habiéndola corrido cuasi sin oposicion, mandó a su general una relacion exacta de la mucha gente y de los bellísimos países que habia descubierto. Acimentóse en un lugar no distante de la laguna Lauquen, empezando una formal poblacion bajo el título de *Villarica*, porque le parecia que este mas que ninguno le competia por las ventajas que a todo lo descubierto hacia su territorio y comarca. El sitio que eligió para aquella fundacion, aunque le pareció el mejor, habiendo descubierto otro mas ventajoso sobre la dicha laguna, lo mudó allí. Queda a 25 leguas de distancia de la Imperial y 60 de la Concepcion. Probaron que no era tan fértil su terreno como el de la Imperial, pero que no eran pobres sus cosechas, y que por otras superiores cualidades a aquel otro, era merecedor de no menos estima. Su valle, que es vastísimo, es de los mas alegres del Reino, y desde la misma poblacion que quedaba a las faldas de la cordillera, se podian comunicar con el mar por medio del rio *Tolten*, que nace de la misma laguna con agua suficiente, como dejo dicho, para sustentar embarcaciones grandes.

Pero despues de la salida de Alderete, el mismo Valdivia, a quien habia venido otro socorro de gente, salió de la Imperial, dirigiéndose hácia el Mediodia. Siguióle los pasos Lincoyan mostrando de buscar oportunidad ventajosa en que poder atacarlo sin exponerse a gran pérdida. La experiencia habia hecho a Valdivia sobradamente cuerdo para presentar favorable ocasion a los deseos de Lincoyan. No caminaba Valdivia por aquellas tierras desconocidas sino siempre formado en órden de batalla, y jamas acampaba que no fuese en el sitio mas ventajoso, y siempre le precedian algunos batidores que le avisaban de todo. Caminando de este modo, Lincoyan jamas le dió daño grave alguno, porque a las primeras pruebas, hallando no solo resistencia sino pérdida de su gente, desistia luego de su empeño. Llegó finalmente al confin de la jurisdiccion de los araucanos, esto es, al rio *Callacalla*, ahora llamado de Valdivia, y esta, a la verdad, era la mejor ocasion que Lincoyan debia esperar de entrar en la batalla formal con el enemigo, porque sus aliados los juncos estaban puestos en arma para impedir el paso de Valdivia a su territorio. Combinadas sus fuerzas con las de estos otros hubiera sido muy difícil a Valdivia salir victorioso, porque estos juncos son aun mas fuertes que los araucanos y no menos diestros en el manejo de las armas. Pero él, contentándose de verlo salir de su jurisdiccion, se retiró guiado de su tímida prudencia, sin reflexionar que cuanto mas tardaba en atacarlo, él se hacia mas fuerte y poderoso.

Con esta novedad hallóse Valdivia perplejo si pasaria el dicho rio o nó, porque el número grueso de gente le hacia miedo, y no se fiaba de Lincoyan a la retirada. Cuando él resolvió de pasar el rio y atacar los juncos den-

tro de sus propias tierras, se le presentó una india del país llamada *Recloma*, ofreciéndose a pasar ella el rio y por sí sola apaciguar los indios, de modo que fuese recibido sin que fuese necesario derramar sangre. No desagradó a Valdivia esta propuesta y aceptóla de muy buena voluntad, porque, a decir la verdad, este conquistador no fué sanguinario y procuraba mas subyugar con el buen trato que con la violencia de las armas, y solo usó de éstas para defenderse. Pasó la mujer a nado el rio y habló de tal manera al gefe de los juncos en presencia de toda su gente que los obligó a deponer las armas, como efectivamente lo hicieron. Muy eficaz y persuasivo debió ser este discurso, pues una gente tan belicosa se determinó a no hacer oposicion. Es fácil de persuadir que ella empezase vituperando su locura, que se armasen contra hombres de quienes ni aun el mas mínimo agravio habian experimentado; que presunsion era la suya de creerse capaces de poder ellos resistir cuando la nacion araucana no habia podido contrarestrar a sus poderosas fuerzas: que entendiesen eran otros tantos dioses, *Epunamunes*, que desde léjos con sus rayos aterraban a sus enemigos y con sus grandes piernas superaban a todos en la carrera, atropellándolos y rompiéndoles los huesos, y que a ellos nada les empecía; y en fin que a quienes les daban buena acogida, ellos llenaban de beneficios y partian con ellos de muchas buenas cosas que traian. No siguió ella adelante con su discurso porque los vió ya reducidos a lo que pretendia, y volvió a Valdivia con la respuesta que podia pasar con toda seguridad y que no experimentaria oposicion alguna, como ni él ni su gente hiciesen extorsion alguna dentro del país de aquella gente, que la injuria hecha a uno miraba como hecha a toda la nacion.

Pasó inmediatamente Valdivia el rio y vió a toda aquella gente quieta y obsequiosa, segun se lo habia prometido *Recloma*, y encontrando una llana y levantada loma alta sobre el plano de lo demas de la tierra, cosa cinco estados, en distancia del mar cosa cerca de cinco leguas, desde aquel dia se puso a hacer una poblacion formal que quiso distinguir con el ilustre apellido de su casa. Las grandes miras de Valdivia y su alta penetracion se vieron en esta fundacion mas que en todas las otras; porque esta ciudad que es y debe ser siempre una plaza de armas, debe ser considerada como la llave de todo el Reino. De las cualidades de su terreno, excelencia de su puerto y otras cosas hablaré distintamente en otro lugar. No se dice que Valdivia en esta fundacion hubiese hecho repartimiento de indios, sin duda por acomodarse mas al consejo de Recloma y para poner léjos de sus gentes los maltratamientos de los indios.

De aquí algunos quieren que Valdivia retrocediese, pero yo hallo por mas probable que él, aprovechándose del salvoconducto que le habia adquirido Recloma, se internase en el país de estos indios, y llegando a penetrar hasta el grado austral 41, allí fundó la ciudad de Osorno, que por la riqueza de sus minas llegó a ser de las mas populosas de Chile y la que mas tarde que ninguna vinieron a perder los españoles, como diré en su lugar. Los que hacen retroceder a Valdivia del grado 39 en que está la ciudad de su nombre, quieren hubiese fundado a Osorno don García de Mendoza, pero no consideran que con la muerte de Valdivia, no estuvieron ni Villagra, ni don García, que fueron los dos que le suce-

dieron en estado de pretender nuevas poblaciones, sino de procurar sostener las que se podian o a lo mas reedificar las mas necesarias para no perder lo conquistado. Es a mi juicio mas probable fuese de Valdivia esta fundacion.

Hagámoslo pues retroceder desde aquí. Hechas todas estas fundaciones, volvió a pasar impunemente por los juncos y araucanos dando una vista a todas sus fundaciones, y en el pasar que hizo por las provincias de Puren, Tucapel y Arauco, construyó en cada una de ellas una fortaleza en los lugares que halló mas a propósito y mas cómodos para darse la mano las unas a las otras. Por esto se ve que Valdivia penetró desde luego que de estas provincias mas que de ningunas otras debia temer alguna revolucion funesta que trastornase sus establecimientos y cortase el hilo de sus gloriosas empresas. No se engañó él a la verdad, porque de estas provincias nació la conspiracion contra los españoles que ha durado tantos años y que ha derramado tanta sangre española. Señalado el sitio y dada la forma a estas fortalezas, continuó su viaje hasta su amada Concepcion, en la cual solo se detuvo lo preciso para recibir los plácemes de todos sus conciudadanos sobre la felicidad de su expedicion y se encaminó a Santiago.

Poco ántes que él entrase en esta ciudad, habia por tierra llegado a ella don Martin de Avendaño, noble salamanqueño y cuya ilustre descendencia se ha distinguido en el Reino en el exacto cumplimiento de las obligaciones de los luminosos empleos que ha ocupado tanto en lo militar como en lo civil y político, con un cuerpo considerable de tropas, trescientos y cincuenta caballos y algunas yeguas, con lo que tuvo abundante pasto para fomentar sus grandiosas empresas. Destinó inmediatamente doscientos hombres para conquistar las provincias de Cuyo y de Tucuman, situadas al oriente de la cordillera. Cometió esta conquista a don Francisco de Aguirre, que era uno de los oficiales en quien conoció mas mérito y valor para las mayores empresas.

Con el restante de este socorro volvió hácia las provincias araucanas, y llegando a aquella de Encol, trató de fundar otra ciudad, como lo hizo, en medio de un llano muy capaz y desahogado, fértil, abundante de excelentes maderas y donde hay cipreces elevadísimos, de cuyas gomas, como se infiere de lo que dice Herrera, hacian sus habitantes el lacre. Dióle el nombre de Angol o ciudad de los Confines, conviniéndole ahora mas este segundo, pues ella estuvo situada en lo que ahora es confin del dominio araucano. Esta poblacion le era muy importante, porque por esta parte la cordillera dá el paso mas cómodo, y así podia tener fácilmente comunicacion con Cuzco, Tucuman y Buenos Aires. Y en efecto, los habitantes de ella, el tiempo que subsistió, supieron aprovecharse de esta proporcion para el comercio con las sobredichas provincias. Esta ciudad confunden algunos con otra que fundó don García Loyola, como se dirá en su lugar. Con esto dió fin Valdivia a sus fundaciones, porque no tuvo tiempo para mas.

No es posible justificar esta su conducta. Cuanto es laudable en la eleccion de los sitios en que hizo estas fundaciones, tanto es vituperable por el número grande de ellas. Los sitios, es verdad, son de los mas

ventajosos, así para su defensa como para las comodidades de la vida de sus habitadores; pero esto está bien solo cuando el número de los defensores es competente a la poderosa fuerza de los combatientes. Cuanto mas las multiplicaba, tanto mas débiles ponia sus fuerzas. Hay tambien en estas fundaciones de Valdivia otra cosa, y es la gran distancia de una a la otra, lo que dificultaba el socorro que una podia suministrar a la otra, como se vió despues y veremos en su lugar. Dígase, pues, que él, arrebatado del deseo de la gloria de haber subyugado tan gran país y lisonjeado de la fortuna que le soplaba bien, le hizo errar tan gravemente, como se vió despues. Estoy por decir que mas cuerdamente procedió Lincoyan con su nacion araucana en no mostrar grande oposicion a esta multitud de pequeñas poblaciones, que Valdivia en hacerlas; porque esta pudo haber sido máxima de su arte militar para inducirlo a que por sí mismo se debilitase, y así les fuese mas fácil su total destruccion, lo que ellos por esta causa estuvieron en punto de conseguirlo; y así no es tan reprochable el sistema de guerra que tomó Lincoyan de pequeños ataques y prontas retiradas, a matar algunos y no exponerse a perder muchos de los suyos, los que se iban aguerreando y ejercitándose de este modo para el tiempo mas oportuno de una general accion. No puedo asegurar que este fuese el sistema proyectado de la nacion araucana; pero sí no dudo decir que del conjunto de las operaciones de los siguientes toquíes o jenerales araucanos se puede bien argumentar un semejante proyecto.

Valdivia, despues de dada la forma conveniente a la ciudad de Angol o de los Confines, se retiró a la Concepcion a dar forma al cuerpo militar del Reino, y a atender otras cosas que traia por la mente. Para lo militar erijió tres empleos, conviene a saber: el de maestre de campo, el de sargento mayor y el de comisario, que duran hasta el presente. Todos estos empleó, Valdivia, así para tener con que premiar sus mas señalados oficiales, como para tener mas instruida su gente en el ejercicio militar y mejor provista, porque concebia muy bien la dificultad de poder conservar todos sus establecimientos. Por esto él instaba siempre al señor Virrey por mas socorros, y no viniéndole éstos, como él deseaba y veia le eran necesarios, determinó mandar a la misma corte su íntimo amigo don Gerónimo Alderete con una suma grande de oro y una relacion muy circunstanciada de sus conquistas, como del valor y arte militar de aquellas gentes, y, en fin, con todo lo que pudiese mover a su Magestad a darle un copioso socorro. No se puede negar que Valdivia ocurrió con esta justa pretension muy tarde, pero él tuvo otros fines en hacerlo así; y eran el poder pintar gloriosamente sus conquistas, con lo que mereciese de Felipe II el gobierno perpétuo del Reino, sin dependencia del Virrey, y el señorío de la provincia de Arauco, con el título de marques, en premio de sus grandes servicios a la corona, de lo que iba encargado de conseguirle juntamente su fiel amigo Alderete.

Algunos añaden que pensó él mismo venir a Europa en persona, y que para este intento hizo dos cosas en este tiempo, la primera, de mandar al Estrecho de Magallanes a Francisco de Ulloa con dos navíos que se aprestaron en Chile para que reconociese aquel canal, lo demarcase y le

trajese razon del viaje para hacerlo por él con la direccion que hubiese adquirido este marino. No sabemos si él llegó con esta razon ántes que Valdivia fuese muerto, lo que es natural no hubiese sido así, porque Valdivia abrazaba con ánimo intrépido todo lo que pensaba que convenia a la conservacion de sus conquistas, o si la relacion fué muy contraria a sus deseos, que es lo mas natural, porque él no se movió de Chile. Lo segundo fué que se buscasen nuevas minas de oro, y como la tierra tiene tantas, fácilmente se descubrieron muchas y mas ricas, entre las cuales fueron muy célebres las de *Quillacoya*, en el territorio de la Concepcion, y otras en Angol, en las que, como dice Herrera, puso veinte mil indios a trabajar. Ya se vé cuánta seria la riqueza que sacaria de aquellas minas vírgenes con tanta gente.

Crecian muy apriesa estas ciudades, particularmente la de la Concepcion, por el mucho oro que entraba en ella cada dia, con lo que crecian y se levantaban los ánimos de los vecinos. Valdivia, con la prosperidad en que se hallaba, aflojó de su rectitud, y solo conservó su entereza para castigar los leves defectos de su gente, con lo que comenzó a declararse la libertad de los soldados hasta llegar al grado de insolencia. En el gobernador crecian a cada paso las ánsias de enriquecerse, tomando en él mayores fuerzas esta pasion a vista de la riqueza que se le entraba a manos llenas por las puertas, tanto que le robó la atencion a lo que mas debiera y se fabricó su ruina y la de casi todo lo conquistado.



X

RESUELVEN LOS ARAUCANOS LA GUERRA.—ELECCION DEL TOQUI, EL QUE DESMANTELA LAS FORTALEZAS DE ARAUCO Y TUCAPEL.

A medida que en Valdivia crecia la ambicion del oro, se encendia el odio en los araucanos contra los españoles, y a proporcion que sus soldados se hacian licenciosos, se veia crecer como espuma su natural coraje. Comenzaron a hablar arrogantes y soberbios, y portarse no como avasallados, sino como dueños de casa. Descomponíanse con este y con el otro, y pasaba tal vez esto, no solo a hablar desvergonzadamente, sino hasta venir con los españoles a las manos y matar algunos. Valdivia, a quien llegaban los lamentos de su gente, se mostró indolente, con lo que los araucanos fueron siempre adelante en su animosidad contra los españoles y llegaron a mostrarse audaces, de modo que los miraban con desprecio. Conocieron que era miedo que les tenian por considerarlos mas fuertes que ellos.

Con esta persuasion los araucanos comenzaron sus hostilidades con la muerte tormentosa que dieron a dos españoles, de quienes no habian recibido injuria alguna. Corrió entre ellos inmediatamente la flecha, como llegado ya el tiempo de deshacerse de aquellos invasores de su país. Los toquis, apo-ulmenes y ulmenes inmediatamente se juntaron en la provincia de Arauco con copioso número de tropas para concertar de comun acuerdo las operaciones. El apo-ulmen Tucapel, como el mas furioso contra los españoles, fué el primero de llegar al lugar aplazado, con tres mil indios de sus vasallos. Inmediatamente llegó Angol, que como veia ocupada su provincia, se interesaba mas que ninguno en la destruccion de los nuevos colonos, y así trajo cuatro mil de los mas valientes vasallos que tenia. El toqui Cayocupil vino con tres mil que entresacó de los de la cordillera, como mas acostumbrados al trabajo y tan duros como las peñas entre que se habian criado. Millarapu, que era

viejo, pero de buen juicio y de acreditada razon, concurrió con cinco mil. Paicaví, trajo tres mil. Lemolemo, que llegó inmediatamente despues de él, se presentó con seis mil. Mareguano, Gualemo y Levopia llegaron a un tiempo cada uno con tres mil. El robusto Elicura, tenido por uno de los mas fuertes, entró con seis mil al mismo tiempo que el anciano y presidente de la junta. Colocolo. por otra parte se avistaba con otros seis mil. Llámolo Presidente de la Junta, no por que él presidiese en la realidad, ni fuese el señor del lugar donde se hacia dicha junta, sino por que, como dicen algunos, él fué el promotor de ella y el que con el respeto y estima que se habia adquirido entre los suyos los determinó a la declaracion de la guerra, y porque a su elocuencia se debió la concordia de los otros sobre la eleccion del comandante de sus tropas y que se apagase el fuego de la discordia que empezaba a encenderse entre ellos por la ambicion de muchos pretendientes a tal dignidad. Llegó Ongolmo ofreciendo cuatro mil, y Puren seis mil. Peteguelen, señor del valle, tenia seis mil juntos. El toqui Lincoyan, haciendo dimision del comando, prefirió dar mas gente que ninguno. Thome, Andalican y otros muchos estuvieron prontos a concurrir cada uno con sus vasallos, ofreciéndose todos de buena voluntad a aquella empresa, de lo que se infiere que concurrieron a esta junta mas de ochenta mil araucanos.

Juntos ellos, segun su costumbre, comenzaron a comer y beber, y habiendo convenido todos en el punto principal de la guerra, y recibida la dimision de Lincoyan, determinaron pasar a la eleccion del supremo comandante, o toqui, como ellos dicen. Saltaron inmediatamente muchos pretendientes, en lo que se señalaron *Tucapel*, *Elicura*, *Cayocupil*, *Angol*, *Lemolemu*, *Ongolmo* y *Andalican*, alegando cada uno sus méritos en que ni igualdad reconocian en los otros. A uno que hablaba en su favor, saltaba otro insolentándose contra los otros; los provocaba a la prueba de sus fuerzas, con lo que, tanto éstos como los otros que se seguian con la misma pretension, se enardecian mas en la ciega cólera, y no pudiendo ya reprimirla, se pusieron al arma todos los sobredichos competidores, cada uno contra todos, para convencer con la prueba mas eficaz a toda la junta de su extremado valor y fuerza. Estaban para esgrimir, quien la maza, quien la lanza, cuando el ulmen Thome con otros se pusieron de por medio para impedir la pérdida de tan valerosos soldados.

No hubiera bastado esto para calmar los ánimos de estos furibundos, si el astuto Colocolo no tomara la mano para hacerles el mas conveniente discurso que, aun sin el respeto que la sábia ancianidad de este ulmen habia infundido en ellos, él hubiera sido bastante para aquietarlos y para llenar de gloria a Colocolo, pues con él y su traza apagó el incendio e hizo se diera el mando al mas digno. «Señores, dijo, qué furor es el vuestro, qué ceguedad es la que os llama al precipicio? Contra vosotros mismos volveis el valor, la fuerza y las armas? No veis que de este modo ayudais al enemigo? La sangre propia que vais a derramar ¿no será mejor conservarla para con mayor fuerza oponerse al enemigo? Cuantos mas muriesen en este combate, tantos mas bravos soldados habrá perdido el que de la nacion vendrá constituido gefe. Guardad esta fuerza contra el enemigo. El pecho invencible que mostrais sea para no rendiros a los

golpes españoles. La nacion os reputa a todos dignos del mando, y pues no ha de ser sino uno el que nos gobierne, porque así lo pide la buena razon, sea éste de nosotros el que tuviere mayor fuerza y mas coraje para apechugarse y sustentar por mas tiempo en sus hombros este leño.» No habia acabado su discurso el astuto *Colocolo,* que los asistentes, abriendo los ojos, que la ambicion del mando habia ya cerrado, se habian ya serenado; y era tanto el respeto y veneracion que se habia adquirido entre ellos que si él se hubiera avanzado a proponer alguno, o de los presentes o ausentes por caudillo, no hubiera hallado dificultades en la aceptacion de todos, como no la hubo en el partido, aunque no acostumbrado entre ellos, para aprobarlo todos.

Sabia bien Colocolo que al mas a propósito para ser toqui ninguno de todos los pretendientes lo habia de superar en aquella dura prueba, y no habiendo aun concurrido, tomó este partido para dar tiempo a su llegada, la cual él solicitó secretamente. Todos vinieron a la prueba, dando a ella principio *Paicavi,* el cual sostuvo constante por siete horas aquel enorme peso; siguiόle *Cayocupil,* y la tuvo por cinco; *Angol* por seis; cuatro *Levopia; Ongolmo,* mas de medio dia; *Lemolemu,* siete; *Elicura,* nueve; *Tucapel,* catorce; *Lincoyan,* dos dias y una noche. Todos ya lo aclamaban cuando se presenta *Caupolican,* que habia venido a la ligera, y ofreciéndose a la prueba se abrazó con el leño y lo sostuvo tres dias y una noche con tanto desembarazo que discurria aquí y allí; y al soltarlo para dar muestras que no lo dejaba por cansado sino porque no habia ninguno capaz de sufrirlo tanto, dió un salto con él y lo despidió bastante lejos de sí. Fué aplaudido de todos, y sin admitir a otro a la prueba quedó constituido gefe de las armas araucanas. No solo era sumamente forzudo Caupolican, sino tambien sagaz, astuto, valeroso, determinado, paciente, grave, y, en una palabra, tenia todas las cualidades que forman un gran general.

Inmediatamente que fué proclamado, nombró los oficiales que habian de mandar las divisiones segun sus órdenes, no dejando sin puesto a alguno de sus competidores, conservando solo el puesto de teniente suyo para *Mariantu,* porque de él tenia plena satisfaccion. El audaz Tucapel, que creia debérsele conferir el supremo comando, no se desdeñó estar a las órdenes de uno que hasta allí habia sido vasallo suyo; como ni Lincoyan ocupar el simple grado de capitan despues de haber tenido el supremo mando y despues del electo haber sufrido mas que ninguno el enorme leño. En fin, ninguno se dió por ofendido, haciendo ver que no les movia otro espíritu en sus pretensiones sino el amor a la patria.

Hecha esta nómina, *Caupolican* tuvo que contener a su gente, que inmediatamente queria embestir contra los españoles. Caupolican era amante de la patria, y como era dotado de gran talento, quiso dar principio a sus operaciones por una accion que le fuese gloriosa y por ella adquiriese mayor estima entre sus gentes e infundir el terror entre sus enemigos. Era preciso tomar algun tiempo para disponer de modo las cosas que saliese, como él deseaba, su primera accion. Pensó su estratagema, dirigiéndose contra la plaza de Arauco, que era la mas inmediata que tenia. Usaban los españoles recibir dentro de la plaza a los indios que les traian yerba para los caballos, leña y otras cosas necesarias, aunque no indis-

tintamente a todos, sino solo a aquellos que se los habian dado para criados. Caupolican interceptó algunos de éstos y mandó a Palta, que hacia oficio de sargento, que segregase ochenta soldados los mas valerosos y los menos conocidos de los españoles y entre ellos dos soldados de ya distinguido mérito, *Cayuguame* y *Mertipai*, y dió órden que entrasen todos estos con esta traza, esto es, finjiéndose criados de los españoles, escondidas sus armas entre los haces de yerba, de que iban cargados, y que si les preguntasen algo se hiciesen sordos o que no entendian. Estos cumplieron exactamente las órdenes y las practicaron con tanto disimulo, que entraron todos sin ser conocidos. Sacaron prontamente sus armas y formándose dieron contra el cuerpo de guardia, despedazándola y a todo el que se les ponia delante, y habiendo sonado alarma concurrió, armado con sus restantes soldados, el comandante de la plaza, Francisco Reinoso. Opúsose vigorosamente, y habiendo muerto algunos pudo cortar los progresos que los indios iban haciendo y despues de un obstinado combate obligarlos a salir de la plaza, lo que hicieron afortunadamente a tiempo, porque apenas habian levantado el puente levadizo cuando se vió Caupolican con todo su ejército, con lo que pudieron los españoles ponerse sobre los muros para defenderse. Caupolican tenia la mira de llegar a la plaza al tiempo del combatimiento de los suyos en lo interno de ella; pero estuvo tardo en su marcha, porque aunque sus soldados se obstinaron y resistieron lo mas que pudieron para darle tiempo que él pudiese tambien entrar, no llegó a tiempo. Con todo, procuró con un esforzado asalto suplir a la tardanza, y así acometió a la plaza por todas partes, y persistió en el ataque no obstante el contínuo fuego que hacian los españoles con dos cañones y seis piezas de campaña y la fusilería. Era ya mucha la gente que veia que habia perdido y conocia debilidad en los enemigos, y así con mejor consejo mandó la retirada, pero sin dejar de vista la plaza, con ánimo de obligarla a rendirse por hambre, porque tenia cogidos todos los caminos por donde podia venirle socorro.

Reinoso hizo varias salidas contra sus asediadores para probar si los obligaba a levantar el asedio, pero ellas no tuvieron otro efecto sino el ir perdiendo cada dia mas las fuerzas, porque siempre entraban menos de los españoles que habian salido, y aunque dejaban de los indios muchos muertos en el campo, siempre ellos eran muy superiores en sus fuerzas. Los víveres, por otra parte, comenzaban a faltar y los caballos a enflaquecerse, de modo que a poco mas que estuviesen encerrados quedaban todos a pié. Esto y el considerarse sin esperanza de socorro, lo determinó a abandonar la plaza y refugiarse a la de Puren, si no se hallaba del mismo modo. Dejados, pues, reposar dos dias sus caballos y alimentados lo mas que pudieron, montaron en ellos despues de la media noche, llevándose consigo todas las armas blancas y quien uno y quien dos fusiles, y abriendo improvisamente la puerta, les clavaron las espuelas para esforzar mas su carrera y escaparon por este medio de todo el ejército enemigo, matando aquí y atropellando allí. Los araucanos tuvieron al principio esto por una de las muchas salidas que llevaban hechas y así no tuvieron tiempo de oponerse a su fuga ni Caupolican de darles alcance cuando ya conoció que se le escapaban.

El mismo dia arruinó Caupolican la fortaleza, aprovechándose de cuanto fierro halló para aguzar sus lanzas, y sin perder tiempo dirigió sus tropas contra la fortaleza de Tucapel, en donde mandaba don Martin de Erizar a cuarenta españoles que componian el todo de la guarnicion de dicha plaza. Llegando y asaltando con un furor indecible fué todo uno en Caupolican; pero aquellos pocos españoles sostuvieron, así este asalto como otros muchos que se le siguieron, con fortaleza y valor tan superior a sus fuerzas que siempre obligaron al enemigo a desistir de la empresa por los muchos muertos que quedaban de su gente en cada uno de los ataques. Estuvo mas prudente que Reinoso no haciendo salida alguna contra tan grueso número de enemigos para no debilitar su resistencia y así poder conservar, si le fuese posible, la plaza hasta que llegase el gobernador con el grueso del ejército a desalojar al enemigo de sus vecindades, y lo hubiera ciertamente conseguido si la falta de víveres no hubiese llegado al extremo grado de necesidad. Esto lo obligó a tomar el partido de abandonarla y ver si podia llegar con su gente toda salva a la plaza de Puren. El asunto era difícil, así por la superioridad del enemigo como por su vigilancia y porque, escarmentado de lo que le habia sucedido en Arauco, tenia todo previsto para que no se le escapasen. Con todo, el no ménos valeroso comandante que industrioso militar, halló modo de frustrar toda la vigilancia y prevencion araucana y condujo a Puren sana y salva toda su gente. No pudo hacer esto sin alguna estratagema; pero ninguno de los escritores, como era justo explicasen esta gloriosa retirada, nos ha dejado dicho como ella fué. Yo creeré que Erizar, finjiendo una salida a combatir con el enemigo, lo enderezó por la parte opuesta al camino que pretendia tomar, para llamar allí la atencion de los araucanos, y cuando ellos hubiesen aclarado el campo por aquella parte, volver la rienda de sus caballos por ella. En este tiempo era a ellos fácil la ejecucion de semejante proyecto, porque aun no tenian caballos los araucanos con que seguirles los pasos, y aunque son ligerísimos en el corso, nunca pudieran alcanzar a uno que corria furioso con su caballo. En fin, sea como se fuere, lo cierto es que Erizar llegó a Puren con toda su gente, dejando burlado en el campo a Caupolican.

Este, airado, volvió toda su rabia contra la plaza y encendióse mas en ella cuando no encontró cosa alguna de qué aprovecharse. La redujo toda a cenizas, despues de lo cual cantó la victoria por haberse ya desembarazado de dos pueblos que molestaban mucho a su país. Creyó Caupolican que el gobernador español no hubiese de tardar mucho en llegar contra él y así formó su campo en el sitio mismo de esta plaza, poniendo centinelas avanzadas por todas partes para ser avisado de todos los movimientos de los españoles. En esto, como al mas diestro general hubiera sucedido, se engañó Caupolican, porque Valdivia tardó mas que lo que se prometia de la actividad que éste habia mostrado hasta allí. Y para precaver a todo, mandó a Lincoyan con un buen trozo de su gente para que impidiese, cuando no pudiese derrotarlos del todo, el que formasen un cuerpo grueso los españoles.

Algunos han querido culpar de tardo a Valdivia, porque por asegurar el tesoro de las minas, donde, segun Herrera, tenia cincuenta mil vasallos,

ántes de ir al socorro de las dichas plazas, quiso pasar por ellas torciendo el camino y fabricando un fuerte de madera, que esto le obligó a llegar mas tarde de lo que convenia. Pero, consideradas las circunstancias, no hay por qué culparlo de tardo, sino de todo lo contrario, porque en la realidad se dió demasiada priesa, pues sin aguardar refuerzo, que habia pedido a las ciudades, con solo sesenta hombres de los pocos que habia sacado de la Concepcion, se partió para combatir con Caupolican, que estaba tan poderoso como dejo dicho, engañándole su ánimo, que, lisonjeado de las victorias que hasta allí habia conseguido, las que, si bien reflexionaba, las debia atribuir mas a buena fortuna que a sus fuerzas y arte militar.



XI

DERROTA CAUPOLICAN A VALDIVIA Y LO MATA

Impaciente Valdivia de la tardanza de los socorros, y su gente deseosa de venir a las manos con el ya soberbio araucano, salió de Quilacoya a Tucapel, donde sabia estaba acampado Caupolican con tan poca gente como he dicho. Habiendo entrado en la provincia mandó adelante a Diego Oro con diez caballos para examinar la tierra, ordenando que volviese con el aviso de lo que pasaba en ella. No viendo volver a ninguno, dábale latidos el corazon precaviendo la desgracia que iba a pasar por él. Apénas habia corrido dos leguas de dicha provincia, cuando vió colgadas de los árboles las cabezas de sus batidores. Aumentósele el temor y el sobresalto con esta vista. Porque no se le atribuyese a temeridad, puso en consideracion de todos el asunto; pero ellos, vanagloriosos de los hechos antecedentes, que les pareció que uno podia combatir contra ciento, le desvanecieron sus justos temores. No faltó indio que, destacado del campo de Caupolican, le rogase a no pasar adelante, haciéndole ver el peligro a que se exponia él y todo su campo, que era tan manifiesto cuanto que Caupolican los aguardaba con mas de veinte mil indios, todos escogidos, los que Garcilaso dice eran nueve mil. Bien quisiera Valdivia retroceder, y hubiera hecho mejor tomar de allí la marcha para Puren, de donde podia sacar a Reinoso y a Erizar con su gente, pues que no estaba tan distante; pero su gente, creyendo esto menoscabo de su reputacion, lo obligó a seguir, con lo que él vino a dar vista al enemigo el 3 de Diciembre de 1553.

El número grande de tropas, la disposicion de sus batallones y el buen órden militar en todo, con los insultos que a voz alta daban a los españoles, llamándolos ladrones, engañadores, tiranos, crueles, le presentaron la idea mas funesta de la tragedia que le iba a suceder aquel dia. No obstante que él conoció lo inevitable del lance, estuvo mucho tiempo sin re-

solverse a atacar al araucano insolente. Dijo pocas palabras a sus soldados, así por la preocupacion que causaron en su imaginacion estas funestas ideas, como porque los araucanos se avanzaron contra él cuando apénas las habia proferido, diciendo: aquí es necesario o vencer o morir; ateneos todos a mis órdenes. En esto estaba, cuando *Mariantu*, que mandaba la ala diestra de los araucanos, acometió contra la opuesta de los españoles, que gobernaba Bobadilla, el cual, a poco rato, quedó todo cariado y desconcertado. Opuso por esta parte Valdivia con su destacamento a su sargento mayor, con lo que reparó en algun modo el daño; el sargento mayor fué tambien derrotado. *Tucapel*, a cuyo cargo estaba la siniestra de las tropas araucanas, ocurrió por aquella misma parte, con lo que la accion se hizo general, debiendo entrar todos en la batalla. Los españoles hacian con los fusiles encuentros en los enemigos, y con sus lanzas y espadas carnicería; pero ellos, pasando por sobre sus muertos, se presentaban en nuevas filas. Tres veces se retiraron fuera de tiro de fusil, y otras tantas volvieron con nuevo coraje a emprender el combate; y hallando siempre una gran resistencia en aquel pequeño cuerpo de españoles que les mataba mucha gente, comenzaron a desordenarse y a retroceder. En vano Caupolican, Tucapel y Colocolo el viejo, que tambien estaba presente en la pelea, se esforzaban a impedir la fuga que iba siempre siendo mayor. Mariantu debia ya haber sido muerto, porque no se hace mas mencion de él. Los españoles cantaban ya la victoria, y cuando debian haberse retirado, se dieron a seguir el alcance a los fugitivos sin contentarse con los muertos que de sus enemigos habian dejado botados por el campo, e intentan exterminarlos.

Los precipitó su presuncion e indiscreto coraje, porque en este tiempo el jóven indio Lautaru, que servia de paje a Valdivia, prevaliendo en su ánimo mas el amor de la patria que la fidelidad a su señor, se incorporó con los que ya se confesaban vencidos, y alzando la voz en medio de la turbacion de aquella fugitiva gente, empezó a vituperar su cobardía gritándoles en alta voz: «¿Qué es esto ¡oh valerosos araucanos! volveis las espaldas cuando se trata de la libertad de la patria, felicidad de todos vosotros, de vuestros hijos y descendientes? Si habiais de tener miedo a la muerte, no debiais haber tomado las armas, y si habiais de volver las espaldas al enemigo, no debiais haberle hecho frente. Hé aquí la fama que por tantos siglos habeis adquirido, manchada y oscurecida con una eterna ignominia de toda nuestra nacion. ¿No es mayor mal la servidumbre y sufrir perpétuamente el yugo de la esclavitud? ¿No vale mas morir, que no ver nuestros padres, nuestras madres, nuestros hijos, nuestras mujeres y toda nuestra nacion en el poder de un tirano? ¿Ahora que se os presenta la ocasion de obtener este fin tan dichoso, quereis con vuestra fuga vergonzosa defraudar a los valerosos capitanes esta gloria? Ellos derramando su sangre y exponiendo sus propias vidas, aun resisten al enemigo. Reflexionad que no sois mejores que ellos, y acordaos que sois hijos de quienes, haciendo frente al enemigo, os han dejado en herencia la gloria de no reconocer el imperio de otra nacion. ¿Quereis dar al enemigo la victoria cuando esta es ciertamente vuestra? Los españoles fatigados, muchos de ellos heridos, no pueden ya resistir. Cuanto

mas tardeis a volver a uniros y reproducir la batalla, tanto mas tiempo dais al enemigo para que recobre sus perdidas fuerzas.» Apénas acabó de decir esto, que, enristrando una lanza que arrebató de las manos de otro, partió contra Valdivia diciendo: «El que se halle con ánimo me siga, y el que no lo hiciese, entienda que será el ludibrio de la nacion, el objeto de su desprecio, contra quien todos clamarán y en quien podrán vengar los otros la sangre de sus muertos. O morir peleando gloriosamente por mano de los enemigos, o morir con ignominia por manos de la nacion.»

Encendiéronse de nuevo los ánimos de los indios con este discurso, y tanto, principalmente mirando la animosidad de aquel joven, que los mas atemorizados procuraban estarle mas inmediatos y seguirlo a compas en los apresurados pasos que él daba contra el enemigo. No quedó uno por mas acribillado de heridas que estuviese que no se pusiese a seguirlo y esforzase sus lánguidos pasos para alcanzarlo, para tener tambien parte en la gloria de la victoria. Fué tal la furia en que los encendió Lautaru con su discurso y ejemplo que, despreciando todos el peligro de la muerte por la ambicion de la victoria, que parece que la emulacion y porfía de unos y otros no era sobre otra cosa sino sobre arriesgarse con mas osadía e intrepidez donde era mayor el riesgo. Las picas, las lanzas, las espadas, la mosquetería, los caballos, eran poco para detener este torrente impetuoso. La sangre que sin término se derramaba de la una y otra parte, parece que daba mas sed de ella a los araucanos. Lautaru no cesaba de dar calor a los suyos de palabra y con el ejemplo. Valdivia ponia su gente ya a esta parte ya a esa otra, animoso siempre y alentado, sin decaer un punto, aunque veia que caian muchos muertos aun de los mejores de su campo. Los enemigos se sucedian los unos a los otros y parecia que venian de refresco, tal era la infatigable constancia que mostraban embistiendo fieros como leones y haciéndose cada vez mas orgullosos, pues a cada bravo oficial que mataban cantaban la victoria, cuyo estrago se multiplicó tanto que llegó a quedar Valdivia solo con su capellan.

Viéndose Valdivia ya perdido del todo procuró retirarse a un bosque, no ya para escapar, que esto bien lo conocia imposible en medio de tantos rastreadores, sino para ver si le daban tiempo de componer los intereses de su alma con el Supremo Juez. Poco tiempo le dejaron para esto, porque siguiéndolo un mundo entero de gente, le encontraron de rodillas a los piés de aquel su capellan, al cual inmediatamente mataron, reservando la vida a Valdivia, que estaba mal herido, para presentarlo a Caupolican.

Este magnánimo gefe hasta entonces invicto, pareció en presencia de Caupolican y de su insolente ejército, atadas las manos hácia atras, corriendo las lágrimas por su respetable rostro, aunque pálido, no del temor que le ocupaba sino de la mucha sangre que por las heridas derramaba su cuerpo. A otros que a estos bárbaros hubiera movido a compasion el lastimoso estado en que se hallaba y mucho mas el discurso que hizo luego a toda la nacion dirigiéndose a su general. Pedia la vida por gracia, confesando que su temeridad habia sido grande. Alegó que él de su parte nunca cometió hostilidades, que si con su brazo habia

muerto muchos del país, había sido para defender los suyos; que él a los prisioneros de guerra que habia hecho, léjos de quitarles la vida, los habia siempre tratado bien y procuraba sanarlos de las heridas, como podia atestiguarlo Lautaru. Que si su ánimo era con esta guerra desalojar a los suyos de sus tierras, él les daba palabra que con el poder y autoridad que tenia con los suyos, de dejar libre todo su territorio, sacando de él toda su gente; que considerasen que el empeño que tomaban no podian ejecutarlo sin derramar mucha sangre de los suyos y despues de haber perdido muchos de los suyos, el efecto era dudoso. Que si ahora el haber triunfado contra él les habia costado tanta sangre, siendo así que eran tan pocos sus compañeros que. . . . . *(Así está en el original.)*

Pesaba Caupolican estas razones y se le vió movido a compasion, como tambien otros muchos de los mas sensatos; pero la mayor parte gritaba a voces: muera, muera el injusto invasor de nuestras tierras; es desatino dar fé a las palabras de un prisionero, que no puede escapar sino prometiendo lo que no tiene ánimo de cumplir. Miéntras se ve, decian, en este estado, la necesidad le obliga a mostrarse humilde y rendido y prometer lo que no puede ser sino lisonja: puesto en libertad él hará lo que le tenga mas a cuenta. En esto que se combatia, levántase *Leocato*, estrecho pariente de Caupolican, a quien este reverenciaba por su avanzada edad y diciendo en alta voz: yo quiero terminar esta contienda, al mismo tiempo que decia esto descargó un gran golpe de su pesada maza sobre la cabeza de Valdivia, dejándole allí muerto. Fué esta accion aplaudida de los que lo pedian a muerte, y como estos eran los mas, tuvo a bien Caupolican el disimular el desacato que su pariente habia hecho contra su persona. Inmediatamente destrozaron su cuerpo e hicieron en él todas las otras ceremonias que dejo referidas en la muerte de los prisioneros. Esta y no otra fué la muerte de Valdivia, digan lo que dijeren otros escritores que no se apoyan en otra cosa que en vulgaridades; pues de los papeles antiguos que hay en Chile concordemente se saca esta especie de muerte, y esta es conforme al uso y a las circunstancias de diversos pareceres en un pueblo libre, cual es este.

No se puede negar a Valdivia un ánimo grande y unos talentos, tanto militares que políticos, muy superiores, pero que en algun modo los ofuscó por haberse dejado llevar del espíritu o deseo de conquistas a todos los de su tiempo. El hubiera sido feliz en todas sus empresas si hubiese proporcionado la ejecucion de sus designios con las pocas fuerzas que tenia para mantener tantos lugares. Ninguno puede acusarlo de crueldades, pues en ninguno de los escritores de estos tiempos se refiere de él algun suceso de este género. No se hubiera él atrevido a alegar esta razon a la gente de sus enemigos si hubiese quitado la vida a alguno fuera de las batallas, ni en aquella gente hubiera hallado en alguno conmiseracion, pues esta gente no sabe perdonar la sangre derramada de los suyos. Antes bien sus cuarenta y dos capítulos ya insinuados formarán siempre, no su apología, que no la necesita, sino su elogio, porque en ellos se ve impreso su carácter distintivo de amigo de la humanidad, porque de solo un hombre de esta calidad podian ellos venir. Ni tampoco le compete la tacha de codicioso, porque el tener tanta gente empleada

en trabajar las minas, era en él una necesidad forzosa para tener empleada aquella gente en alguna cosa, porque ¿quitada alguna porcion para el cultivo de los campos, en qué otra cosa habia de emplearla?

El no tenia artesanos que le pudiesen enseñar, él debia pagar su tropa y premiar a sus oficiales que tanto trabajaban y que tanto se lo merecian. En fin, debia contentarlos, y si no era con el oro ¿con qué lo podia hacer? Dígase, pues, que Valdivia fué de grandes talentos, pero que combinó mal sus ideas de grandes miras, pero que abarcó mas de lo que podia; de gran valor, pero asociado con la temeridad; de gran política, pero que la vició con su ambicion de ensalzarse; de gran arte militar, pero que su presuncion lo precipitó en su ruina; hombre de religion, cristiandad, humanidad, sin vicios, sin prepotencia, y se habrá dicho lo que compete a este infeliz conquistador. Lo fué, a la verdad, tanto que, apénas muerto él, llegó su mujer a probar las amarguras de la pobreza, porque todas las riquezas que habia juntado, las robaron sus enemigos, saqueando, robando y destruyendo la ciudad de la Concepcion, donde estaban depositadas y los títulos de conde o marqués de Arauco con el señorío de esta provincia que tanto habia anhelado; ni él ni los de su familia los han podido gozar por haberse ellos perdido con las ruinas de la sobredicha ciudad.

Poco tiempo tuvieron los araucanos para celebrar esta victoria en aquel mismo dia, porque solo al llegar la noche pudieron venir al fin de ella, y así al dia siguiente al nacer el sol salieron a un hermoso prado ceñido de frondosos árboles, donde, llevando en trofeos las cabezas de los españoles muertos y auxiliares, multitud de pífanos de sus canillas, al son de éstos dieron vueltas a todo él, saltando, brincando, intitulándose leones, tigres y otras fieras, que era a la verdad lo que ellos parecian, porque a bocados iban comiendo los corazones de aquellos infelices, diciendo contra ellos imprecaciones y jurando contra todos los de su nacion hacer lo mismo. Todo era furia, todo era sangre, todo venganza, todo ira, todo alabanza propia, todo jactancia y todo un desórden. Sus oficiales se vistieron con los uniformes de nuestros soldados, y Caupolican, que discurria magestuosamente, iba cubierto de los mismos vestidos de Valdivia, y prometiéndose muchos de estos dias, adulando su fortuna, se congratulaba con todos, particularmente con Lautaru, que llevaba a su lado, como a quien se le debia tan señalada victoria. Todo aquel dia se pasó en esta funcion y durara hasta el otro dia si Caupolican no mandara colgar de los árboles las destrozadas y desfiguradas cabezas con los muchos bocados que les habian dado aquellos bárbaros.



XII

TRISTES CONSECUENCIAS DE LA MUERTE DE VALDIVIA

Apénas recogida su gente, Caupolican entró con ella en consejo para deliberar lo que se hallase mas conveniente en órden al fin que pretendia. Dividiéronse en diversos pareceres: quien creia deberse dar inmediatamente contra los establecimientos españoles, para no darles tiempo de pertrecharse mas; quien aguardarlos dentro de sus mismas tierras, porque ellos indubitablemente, decian, han de venir en busca nuestra para vengar, si pueden, la muerte de su general. Caupolican, no obstante que el viejo Colocolo era el promotor del primer parecer, abrazó este partido y procuró, con otras razones, apoyar este sentimiento, añadiendo a lo dicho: «el enemigo en su casa pelea con mas ánimo y aliento y está mas reparado de muchos golpes; por el contrario, aquí es preciso nos presente el cuerpo descubierto y nosotros tenemos en nuestra ayuda estos montes por trincheras, estos pantanos donde hallaremos segura la retirada y nos podremos hacer fuertes, si la necesidad lo pidiere. No se les impida el paso, que aquí tenemos a nuestra eleccion los sitios, y en tanto ellos vienen, tantos de nuestros valerosos soldados se rehacen de las fatigas pasadas, curan sus heridas, se adiestran en el manejo de los caballos, con que tanto daño nos han hecho. En caso que nos teman (lo que no debeis presumir de gente que tan obstinadamente ha peleado), y no vengan a buscarnos, no nos faltará el tiempo y coyuntura de acometerlos.» Con este discurso tan sólido de Caupolican depusieron todos su juicio, hasta el intrépido y soberbio Tucapel, que juzgaba se debia acometer a los españoles inmediatamente en el centro de su establecimiento, para cortar la raíz, como él decia, a la temeraria invasion de su país.

Oyeron todos estos pareceres dos de los auxiliares de Valdivia (segun ellos depusieron despues), que estaban bien escondidos en un monte vecino, desde donde habian visto la muerte del mismo y los espectáculos

de su regocijo por la victoria. Estos, con el favor de la noche, trajeron a la Concepcion esta tristísima relacion, con que no ménos llenaron de llanto y luto a sus vecinos, sino tambien de terror a sus ánimos. Las mujeres lloraban a sus maridos, las madres a sus hijos, y los que quedaban huérfanos y desamparados, la falta de sus padres y parientes, y todos, finalmente, la comun pérdida, en que cada uno se interesaba como cosa propia. En medio de estos llantos se abrió un pliego de providencia que en dicha ciudad habia dejado Valdivia para que, en caso de su muerte, se abriese. Este contenia la nómina del que habia de mandar las tropas españolas. Se encontraron nombrados en primer lugar don Gerónimo de Alderete, en segundo don Francisco Aguirre y en tercero don Francisco Villagra. Alderete hallábase en Europa; Aguirre, fuera del Reino en la conquista de *Cuyo* y *Tucuman*, y Villagra en la Imperial, de comandante. Mandósele a éste prontísimamente aviso, así de lo sucedido con Valdivia como de esta nómina, y como su teniente general que era, tomase las providencias mas convenientes.

Caupolican, despues de traidos todos a su partido, pasó a reemplazar los puestos de los oficiales que habia perdido; y en primer lugar, tomando a *Lautaru* por el brazo y haciendo de él un grande elogio, atribuyéndole aquella victoria y prometiéndose de él hasta la libertad de la patria, lo autorizó con el puesto de su teniente general, poniendo a su eleccion no menos el sitio en que quisiese aguardar a los españoles, sino tambien el número y cualidad de los soldados que quisiese. En esto entendia Caupolican cuando vino uno de sus batidores trayéndole la nueva que catorce españoles hacian destrozos en el campo volante de *Lincoyan*. Lautaru, con esto, suspendiendo por ahora las otras miras que tenia, salió luego a dar socorro a *Lincoyan*, haciendo caminar violentamente su tropa, que constaba no ménos que de cuatro mil hombres.

Venian estos catorce a juntarse con Valdivia y yo juzgo que si él hubiera aguardado un poco mas, con solo estos hombres mas, hubiera salido victorioso del poderoso ejército de Caupolican, porque portándose ellos del mismo modo que se portaron en la accion que voy a referir, hubiera Valdivia infundido el terror en el ejército araucano, y no se le hubieran levantado los ánimos a Lautaru para pasarse a él, ni pasándose hubiera bastado su elocuencia para hacerlos volver al campo de batalla. Merecen ciertamente ser eternizados los nombres de estos catorce hombres, pues en medio de la mas obstinada batalla de un número tan superior sostuvieron el honor de las armas españolas. Eran estos, Almagro, Cortes, Córdova, Neira, Moran, Hernández, Maldonado, Peñalosa, Vergara, Castañeda, Garcia, Pero Niño, Escalona y don Leonardo Manrique. Estos catorce españoles valerosos dirigian su marcha hácia *Tucapel*, creyendo juntarse con Valdivia ántes que él llegase a dicho lugar, cuando bajando una cuesta, dieron en una emboscada de todo el escuadron de Lincoyan, que sabiendo de sus exploradores venian a pasar por allí, lo habia ocultado para sorprenderlos. A un tiempo mismo saltaron todos contra ellos y los rodearon formando una muralla impenetrable. Los españoles no se acobardaron y echando mano a las armas, porque las traian prevenidas, sin dar lugar a ser acometidos, fueron ellos los primeros que embistieron

contra aquella viviente muralla y no pararon hasta no haberla roto, pasando sobre la picas sin miedo de sus horribles mazas, matando a este y atropellando a aquel. Habia Lincoyan ordenado a tres escuadrones de sus tropas apostarse en un sitio, con que les impedia la huida, lo que observado por los españoles, resuelven por medio de ellos hacer la escapada; acometen todos juntos y no pudiendo romper por la demasiada fuerza del enemigo, sino teniendo mucho trabajo en recoger algunos de los suyos descarriados, unidos, finalmente, volvieron a su puesto botando sangre casi todos de las heridas. Por dos veces volvieron a embestir, pero hallándolos siempre impenetrables, siguieron su derrota hácia *Tucapel*, sembrando indios muertos por el campo, que de todas partes los embestian hasta llegar a una angostura que hace el camino, lo que fué para ellos de algun descanso, porque no podian ser embestidos de muchos, y saliendo de aquí a un monte, al bajar su aspereza, les salió un indio amigo todo él demudado y lloroso, les devolvió la carta que el dia ántes le habian dado para Valdivia, diciéndoles que ya era inútil, porque lo habian muerto los araucanos y en breve les contó la tragedia que llevo referida.

No desmayaron por esto aquellos pocos españoles y resueltos a morir tambien ellos, se opusieron a los bárbaros, que siguiéndolos se habian formado en dos gruesos escuadrones. Todos catorce firmes y puestos en fila, sueltan las riendas de sus caballos (porque el lugar era ya llano) descargando con furia imponderable sus armas sobre los araucanos. Los indios, con no ménos furor y destreza, gobernaban sus mazas y sus lanzas; pero ni su gran número ni la prontitud con que los vivos ocupaban los lugares de los que caian muertos, pudieron sugetar el ímpetu y violencia con que los acometieron aquellos catorce hombres y así su escuadron quedó roto. Botando ya con esto las lanzas y empuñando las espadas, vuelven contra el enemigo; los unos que no querian confesarse vencidos y los otros acostumbrados a vencer, hizo que fuese tanta la porfía que, mutuamente cansados, se fuesen unos y otros retirando sin jamas volverse las espaldas. No hubo quien de los dichos no se señalase en este encuentro, quien no dejase muchos muertos, como tambien quien de ellos no recibiese alguna herida. Fué notable un golpe que de mano de Lincoyan recibió Cortes, que dejándolo desatentado, perdiendo su caballo el gobierno, lo llevaba aquí y allí medio muerto; pero él vuelto algo en sí volvió contra su rival (que en medio de tanta confusion lo podia distinguir por exceder a todos en alto) con tanto empeño que lo atravesó de parte a parte.

No pudiendo pelear mas por lo fatigadas que estaban ambas partes, porque era ya pasado el medio dia, mirándose los unos a los otros, se injuriaban, cuando en este tiempo por encima de una loma, se dejó ver Lautaru con sus cuatro mil hombres que venia en socorro de Lincoyan. Venia este por delante creyendo que él solo bastaba para acabar con aquellos pocos españoles, y su gente gritaba a grandes voces, *mueran, mueran.* Quién no creyera que a tanta turba habian de desmayar aquellos pechos, y de solo la preocupacion de tan improvisa llegada perder toda esperanza? No fué así, entraron con el mismo valor, aunque con fuerzas muy con-

sumidas, así por la sangre, que aun corria de sus heridas, como por la fatiga de sostener el combate por mas de nueve horás. Corrió en derechura a ellos Lautaru y al mismo tiempo los primeros enemigos quisieron tambien tener parte en sus muertes. En este primer encuentro Pero Niño quedó muerto por Lautaru, a que se siguió luego don Manrique. Los otros doce, logrando romper el ejército de Lautaru, emprendieron el camino, pero Ongolmo dando todo el curso a su velocidad, de un golpe de su maza derribó a Neira, y Cortes por muy desangrado, cayó muerto; de otro golpe dejó muerto a Escalona, y a Diego García no faltó quien le abriese el pecho. El fiero Tucapel avergonzado de no tener parte en estas muertes, alcanza a Almagro y cierra con él, pero su misma furia le hizo errar el tiro, y dando en la anca del caballo se lo derrengó, de modo que apénas podia caminar, lo que viendo Almagro, echó pié a tierra y fué su fortuna para no quedar allí muerto del segundo golpe que iba a descargar sobre él Tucapel, que Maldonado al mismo tiempo de descargarlo se lo llevara delante por mas de cinco pasos con el estribo derecho, con lo que él volvió toda su furia contra Maldonado, a quien la ligereza de su caballo lo libró de morir a manos de Tucapel, pero no de Lemolemu que con un largo baston pudo romperle los sesos y hacerlo caer muerto. No dejaban los españoles, aunque procuraban ganar campo, de matar, herir y defenderse casi ya por el espacio de cuarenta horas, sin haber tenido en ellas reposo, sino mucho sudor y sangre de sus venas que derramar.

En esto estaba la batalla, cuando una espesa nube botando a diluvios agua y granizo, rasgándose en truenos espantosos, hizo entrar mas presto la noche y obligó a los perseguidores a tocar la retirada. Almagro procuró ganar una espesura y cuando vió el torbellino mas violento, tomó el camino que estaba ya desembarazado de los enemigos y cayendo y levantándose, todo él lleno de sangre y lodo, se juntó con los otros que lo creian ya muerto. El relincho de un caballo, dijo, le habia servido de guia para buscarlos, porque estos estaban apartados del camino. Condolíanse con él los otros compañeros, pero él, esforzado, les dijo: Señores, no hay que perdernos en discursos. De mí nadie se cure, cada uno procure ponerse en salvo, y diciendo esto, dejando a un lado el camino, se encaminó por medio de un bosque. Siguiéronle los seis tomándole a las ancas de un caballo, y aunque se enderezaban a la Imperial, divisando a Puren con la luz del dia, se refugiaron allí, donde fueron recibidos con la compasion que pedia el lastimoso estado en que venian, y en medio del terror que infundió en todos la funestísima nueva que traian de la muerte de Valdivia con toda su gente, atendieron a dar prontamente socorro a aquellos siete desfallecidos soldados, y fué tan oportuno, que ninguno de ellos murió de las heridas, no obstante que el mismo dia tuvieron que partir con toda la guarnicion de aquella plaza, que considerándose con pocas fuerzas, bien que se hallasen en ella las de la de *Arauco* y *Tucapel*, así por la pujanza del enemigo como por el mal estado de la plaza, determinaron de abandonarla, y así antes de la noche, despues de haber dado un ligero reposo a los dichos siete esforzados soldados, tomaron la derrota para la ciudad de la Imperial.

Habia llegado la noticia del infeliz suceso de Valdivia a la ciudad de los *Confines*, y viéndose sin fuerzas competentes sus ciudadanos, resolvieron tambien prontísimamente de abandonarla, y en la Imperial misma procurar su mayor seguridad. La misma nueva llegó a la *Villarrica*, y del mismo modo creyéndose fuera de estado de resistencia, corrieron todos a refugiarse en Valdivia llevando lo muy preciso para comer en el camino y cubrir sus carnes. Hé aquí las consecuencias forzosas de la division que hizo Valdivia de sus fuerzas y de su temeridad de oponerse con tan poca gente a *Caupolican*, y no quedó en esto solo la tragedia, como lo vamos a ver en el párrafo siguiente.



XIII

SUCESOS DEL GOBIERNO INTERINO DE DON FRANCISCO DE VILLAGRA

Don Francisco de Villagra, hombre de gran coraje y de mucha arte militar, recibida la funesta nueva de la muerte de su general y la nómina que hacia dél, aunque en tercero lugar, pero que en las circunstancias era como en primer lugar, empezó desde el punto mismo a prepararse para salir a probarse con el orgulloso enemigo. Despachó a todas partes de sus establecimientos a recoger y entresacar lo mas distinguido de las tropas españolas, ordenando viniesen con toda solicitud. Ménos temerario que Valdivia, no se movió de la Imperial sino despues de haber juntado un buen cuerpo de gente española y un buen número de indios auxiliares y así, a principios del año 1554, salió bien pertrechado y con seis cañones de campaña.

A *Caupolican* llegaban continuamente sus exploradores con aviso así de los preparativos de Villagra como del desmantelamiento que habian hecho los españoles de sus establecimientos y cada nueva de estas consideraba como una verdadera victoria y la celebraba como tal en su campo. Sin embargo que él sabia que eran muy superiores a las fuerzas de Valdivia las que preparaba Villagra, no quiso aguardarlo con todo su ejército, sino que, prometiéndose mucho de su teniente, le encargó la defensa de la parte septentrional del estado, encargándose él de defender la meridional, y dejando allí a Lautaru con dos mil hombres, se encaminó por camino diverso del que traia Villagra para no encontrarse con él, porque llevaba la resolucion de asaltar a la Imperial y sorprenderla, que él suponia con poca fuerza para resistir a su pujanza.

Lautaru formó su campo sobre la cima del alto monte llamado *Mariguenu*, que está en el camino que conduce a Arauco, imaginándose que Villagra con su tropa habia de venir allí en busca de Caupolican. La situacion de este monte ha hecho decir a algunos escritores que Villagra

salió de la Concepcion a esta empresa, despues de habérnoslo puesto ciudadano y comandante de la Imperial, de donde era imposible que él pasase en este intermedio sin ser sentido de los araucanos que están de por medio de dichas ciudades. Dígase pues que él estaba en la Imperial, que salió de ella, y que sabiendo por sus exploradores donde se hallaba el enemigo, lo vino a buscar en sus mismos cuarteles; porque el estar solo en el camino de la Concepcion a Arauco, no es fundamento para hacerlo salir de dicha ciudad. Pero sea de esto lo que se fuere, lo cierto es que en dicho monte tuvo Villagra con Lautaru una sangrienta batalla.

No encontró Villagra oposicion alguna de los enemigos por *Tucapel*, donde se encendió en la venganza de la muerte de su general, contemplando el campo donde habia sido deshecho y muerto, ni en *Arauco*, donde ni rastro encontró de la antigua fortaleza, hasta acercarse al monte *Mariguenu* en cuya inmediacion a un paso estrecho le salió un destacamento de araucanos a oponérsele, a los cuales, despues de un combate de mas de tres horas, pudo romperlos, y así llegar a la falda de dicho monte, donde estaba fortificado Lautaru con una muy buena trinchera. No tiene este monte sino una sola subida por la banda de septentrion y esa sumamente escabrosa y difícil. Todas sus otras faldas son despeñaderos, especialmente la occidental que es cuasi cortada a nivel y bañada por el mar: en su cumbre empinada forma un llano bastante capaz para una plaza de armas, como la tenia formada Lautaru, al que a vista de Villagra se incorporó, aunque algo disminuido, el destacamento que habia procurado oponérsele, o como otros creen, mandado de propósito por Lautaru para conducirlo a aquel lugar, que él conocia sumamente ventajoso a sus armas, porque en adelante fué muy diversa la conducta que observó a la de esta batalla.

Puéstose Villagra en el mejor órden que permitia la situacion del lugar y colocada su artillería en el lugar mas a propósito para dañar al enemigo, mandó subir y acometer a tres compañías de a caballo. Lautaru que se habia propuesto de fatigar al enemigo, estando él a pié quedo hasta su tiempo, no se movió por esto, pero los recibió con tal diluvio de flechas, de piedra tan espesa y de dardos que los obligó a retirarse diversas veces, sin haber podido romper la trinchera ni obligar al enemigo a desampararla. No sacaban otro fruto que cansar y fatigar los caballos y perder gente en cada encuentro. Lautaru que no permitia saliesen fuera de la trinchera los suyos, cuando vió fatigados los caballos, hizo salir destacamentos con la idea de circundar al enemigo, pero advirtiéndolo Villagra, hizo avanzar la mosquetería y que principiase a hacer fuego la artillería. Las balas se cruzaban por todas partes y el estrago de los indios comenzaba a ser grande; pero Lautaru, en medio de todo esto, se mantenia constante en su puesto. Conociendo que el mayor daño le venia de la artillería, mandó contra ella al capitan *Leucoton* con un imperio tan resoluto, que le dijo: «no os pongais delante de mí sin haber primero echado al enemigo de aquel puesto y haberos apoderado de sus cañones.» Este, que era uno de los mas esforzados capitanes que tenia, bajó con tanta intrepidez y resolucion, que embistiendo a los artilleros

y haciendo frente a la muerte, no solo los desconcertó, sino que se apoderó de todos los seis cañones. Esto que vió Lautaru, salió inmediatamente de sus trincheras y embistió al campo español que estaba a media subida de la cuesta. Peleaban de una y otra parte con gran valor, alentando Lautaru su gente jactanciosamente con las victorias pasadas y con la presente, con lo que creia llegar a desterrarlos todos de su pais. Villagra, por su parte, exhortaba la suya con el ejemplo fresco de los catorce y de las victorias pasadas. Acudian ambos como capitanes a la disposicion y como soldados al mayor peligro. Nunca se habia visto ni mayor vigilancia en los gefes contrarios ni mas oportunas disposiciones, ni mayores pruebas de valor, con lo que se batallaba obstinadamente, y hasta mucho tiempo de contraste, comenzó a mostrarse la victoria por la parte de Lautaru, porque su fuerza era muy superior a la de don Francisco, y aunque este y otros de sus excelentes oficiales querian mas morir allí honradamente que volver las espaldas al enemigo, la prudencia les dictó que no la perdian retirándose en caso tan desesperado de la victoria. Tocó don Francisco de Villagra a la retirada, y la ordenó de modo que haciendo siempre frente al enemigo, que venia orgulloso en su seguimiento, se defendia de sus asaltos, dejando a muchos de ellos por el campo. No habian aun bajado la cuesta, que el mismo Villagra cayó del caballo, y si no ocurren con puntualidad trece de los suyos, hubiera sido víctima del furor araucano, y así pudo continuar dando las mas oportunas órdenes para la retirada. Por mas de seis leguas los siguió Lautaru, y a cada paso se encrudecia el combate, porque todos los tenia cogidos anticipadamente al enemigo. Fué no menos admirable la constancia con que apretaban los araucanos que la arte militar. Gobernó Villagra esta retirada y pudo salvar alguna de su gente habiendo de contrastar con un número tan superior de enemigos en un lugar que tanto les favorecia y era tan contrario a su gente.

Distinguiéronse en esta batalla muchos de los oficiales de Villagra, como los Bernales, los Pantojas, los Alvarados, pero sobre todos el ilustre capitan don Pedro Olmos de Aguilera, noble andaluz, quitando la vida por su mano a cuatro de los mas valerosos oficiales de los enemigos, *Tituguano, Guancho, Canio* y *Pillo*, dando pruebas del valor que dejaba por herencia a su ilustre descendencia, como veremos adelante en una incomparable mujer. No obstante todo este valor de Villagra y de sus oficiales, él perdió en esta batalla, entre españoles e indios auxiliares, cerca de tres mil y quinientos.

Desembarazado don Francisco Villagra del atropello de los araucanos, enderezó su viaje a la Concepcion con apresurada marcha para poner en órden de defensa aquella ciudad, porque supuso no le daria mucho tiempo para ello el fuego de Lautaru. No se engañó en eso, porque Lautaru se detuvo poco en *Mariguenu* en celebrar la victoria, y sin dar casi descanso a sus tropas, se dirigió a esa misma parte. Apenas entrado don Francisco Villagra en la Concepcion, que esta ciudad se llenó toda de llanto: quien llora al padre, quien al hijo, quien al hermano; renuévase el dolor de la poco antes lastimosa desgracia de Valdivia; las mujeres desesperadas por las calles, arrancándose los cabellos, tiran suspiros

de lo profundo del pecho; no falta quien quede botada por tierra, como muerta de dolor. Nada basta para apaciguar un tanto aquella gente, antes bien parece que a momentos se aumenta mas la desesperacion, y la noche, que ya se entraba, todo lo hacia crecer, creyendo tener sobre sí el enemigo victorioso. Ninguno durmió aquella noche.

Viendo esta consternacion Villagra y considerando que esto mismo le haria mas difícil defender la ciudad, apénas empezaba a rayar el dia hizo embarcar precipitosamente todas las mujeres, niños y viejos en dos navíos, que por fortuna se hallaban en el puerto, ordenando que uno se dirigiera a *Quintero* (que entónces era el puerto de Santiago) y el otro a la Imperial, y él se encaminó con los otros para Santiago el mismo dia. Como se trataba solo de salvar las vidas, se hizo el embarque con tanta precipitacion, que con solo lo que tenian en el cuerpo se presentaban a las barcas, descuidando tanto de las grandes riquezas, que no hubo uno que atendiese a llevar consigo otra camisa con que mudarse, y si el general no hubiera cuidado de ocupar su soldadesca en ponerles víveres, no hubieran tenido con qué llegar a los sobredichos puertos.

A la verdad, toda esta precipitacion fué necesaria, porque estando aun las embarcaciones dentro del puerto, el mismo dia llegó allí Lautaru. Este, mas sorprendido de la novedad que codicioso de las riquezas de que esperaba hacerse dueño, entró en la deshabitada ciudad quemando y destrozando todo. Con esto se entretuvo Lautaru, por ventura, creyendo que Villagra con toda su gente se habia embarcado, o que, sin detenerse, sino solo dando el órden que se embarcasen los vecinos, habia él pasado adelante, lo que fué providencia de Dios, para que sin el embarazo que le hubiera causado su venida hiciese el viage hasta Santiago con menos incomodidad, porque Lautaru se retiró a Arauco a celebrar esta nueva victoria.

Poco tiempo tuvo de descansar de este largo viaje don Francisco de Villagra, porque, apenas él llegado, le vinieron mensageros de la Imperial y Valdivia avisándole del asedio en que los tenia *Caupolican* e implorando su socorro. No tomó reposo Villagra hasta que juntó un buen número de gente; salió inmediatamente a marchas esforzadas a obligar a Caupolican a levantar el asedio de su amada ciudad. Hizo todo este largo viaje sin oposicion, por ventura porque Lautaru no se persuadió volviese tan presto. Tampoco en este tiempo Caupolican dió ataque alguno, contento solo con haberse acampado a vista de la ciudad, lo que ciertamente no hubiera podido resistir por hallarse cuasi sin gente, porque de ella habia sacado don Francisco de Villagra la mayor parte de las tropas que habia perdido en *Mariquenu*. Sobrecogido Caupolican de esta novedad que le vino de repente, levantó inmediatamente el sitio, y se dice mandó hacer lo mismo con el de Valdivia y se retiró a Arauco.

Procuró Villagra aprovecharse de esta circunstancia. Salió de la ciudad con un campo volante a devastar todos los campos vecinos, destruyó todos los sembrados, quemó todas las casas y trasportó a la ciudad todos los víveres que pudo, así para debilitar al enemigo, como para

proveer abundantemente la ciudad. Fortificó sus murallas y ensanchó su foso, y en suma púsola con el mejor órden de defensa que permitian las críticas circunstancias.

Visitólo Dios en este mismo tiempo mandándole a su gente las viruelas, que por la primera vez se experimentaron en Chile. De los españoles pasaron a los indios, en quienes hizo mayor estrago. Como no las conocian, no tuvieron precaucion alguna, y así de unos pasó a otros, y vinieron a hacerse generales en todo el dominio araucano. Es indecible el número que ellas se llevaron. Con este ejemplo han establecido que luego que se descubre esta enfermedad en alguno lo quemen vivo con todos sus bienes, casa y cohabitantes, con lo que cortan el contagio e impiden que dicha enfermedad se haga general. Esto mismo sirvió para que los araucanos no intentasen en todo este tiempo cosa alguna contra los españoles.

No habia salido de este cuidado Villagra cuando le sobrevino otro, que a no caer entre hombres dotados de grande prudencia y de verdadero zelo por la felicilidad de los establecimientos españoles, hubiera sido una causa eficacísima de su total ruina. Llegó de Cuyo con sus sesenta hombres a Chile don Francisco de Aguirre, e inmediatamente propuso sus pretensiones al generalato de las tropas de Chile, puesto que estaba nombrado por Valdivia primero que Villagra. Este, no queriendo dejar el mando, alegó la posesion que ya tenia de él, de que el otro debia estar excluido por no hallarse en el Reino cuando sucedió la muerte del nombrador. Habia partidos por una y por otra parte, los cuales parece tomaban mayor calor que los mismos litigantes. Estos para atajar todos los inconvenientes que de estas discordias podian seguirse, de comun acuerdo convinieron de estar a lo que deliberase la Real Audiencia de Lima que extendia su jurisdiccion hasta Chile. Expusieron ambos sus razones por escrito, y estos sabios dieron una sentencia que en todos los siglos los llenará de confusion, que fué decir, que a ninguno de los dos pertenecia el comando y que solo tocaba mandar a los comandantes de cada ciudad en su distritos.

Sorprendió a todos los pobladores de Chile este modo de decidir de la Real Audiencia de Lima, y previendo los inconvenientes tan grandes que en las presentes circunstancias podian suceder, suplicaron todos a don Francisco de Villagra continuase en el mando de las tropas de Su Magestad, en tanto que todos de comun acuerdo hacian representacion al mismo Tribunal contra esta tan mal pensada resolucion. Hiciéronla las ciudades muy eficaces y tan convenientes que abrieron los ojos a aquellos señores, y en respuesta dieron el mando con el título de corregidor (que no le competia darlo) al mismo Villagra, ordenando que procurase edificar de nuevo la ciudad de la Concepcion. Sin embargo que se podia dispensar de cumplir esta órden por las circunstancias en que se hallaba, con todo, para hacer ver su obediencia publicó una proclama para los que quisiesen ir a reedificar esta ciudad, porque no queria obligar a ninguno. No faltaron animosos, y juntas ochenta y cinco familias, salió inmediatamente con ellas, y, llegado al lugar diputado, refabricó de nuevo dicha ciudad, construyendo en su centro un fuerte para su defensa,

y dejándolo competentemente guarnecido se retiró a Santiago, de donde habia salido para esta expedicion.

Los *pencones,* aunque llevaron a mal esta refabricacion, no hicieron movimiento alguno, disimulando su sentimiento, y cuando se retiró Villagra llamaron en su socorro a los araucanos. Llegaron estos nuncios a *Caupolican,* que despues de levantado el sitio de la Imperial, no se habia movido de su cuartel, donde tenia toda su gente junta. Mandó acompañar estos nuncios a *Lautaru* con un buen número de tropas. El que menos le da son dos mil hombres de los mas sobresalientes del ejército. Irritado con aquello que él llamaba obstinacion, no corrió sino que voló *Lautaru* con las alas que le daban las victorias pasadas y el furor a que lo arrebataba su cólera contra la nacion española. A poco tiempo dejóse ver sobre las playas de la Concepcion, y aunque los españoles lo veian tan orgulloso, no temieron sino que le salieron al encuentro para evitar que él no se hiciese mas poderoso con las tropas de los *pencones.* Acometiéronle furiosos, pero Lautaru no solo supo quebrar su furia con su resistencia, sino que con su fuerza los descompuso y desordenó, y matando no pocos de ellos, con lo que se retiraron tan precipitosamente al fuerte que les quitó esta su precipitacion la advertencia de cerrar inmediatamente las puertas, por las que entró cuasi al mismo tiempo que ellos *Lautaru* con su gente. Combatieron aquí furiosamente de ambas partes, y no pudiendo ya los españoles al poder y fuerza de *Lautaru,* porque cada golpe de la maza de este era uno de ellos que derribaba muerto a sus piés, pensaban todos el modo de escapar. Todo era una confusion, atropellándose los araucanos con su misma multitud y empeño de todos de tener parte en el estrago con la muerte de alguno, y cuando no lo conseguian explicaban su rabia con los ya muertos, golpeando los cadáveres, atravesándolos con sus lanzas, y despedazándolos, y chupándoles la sangre de sus corazones, que a bocados se los comian. De esta confusion se valieron algunos para ganar la puerta del castillo y escapar corriendo en sus caballos, y otros a las barcas de una embarcacion que habia llegado poco antes con víveres y pertrechos de guerra que les mandaba Villagra. *Lautaru* saqueó y quemó, como habia hecho la primera vez, la ciudad, y volvió victorioso a Arauco a celebrar en presencia de toda la armada araucana esta nueva victoria.

Con este feliz suceso volvieron a levantarse los ánimos de Caupolican, a quien tenian en zozobra, tanto un razonamiento que en una junta que habian tenido habia hecho el viejo *Colocolo,* cuanto los augurios funestos del famoso hechicero *Puchecalco.* Despues de la derrota de Villagra en *Mariguenu* y primera destruccion de la Concepcion, habíales propuesto Caupolican su designio de atacar inmediatamente los españoles que llevaba de vencida, a lo que todos consintiendo, se ofrecieron con soberbia y arrogancia; pero Colocolo con pocas palabras los resfrió de este intento, diciéndoles: «Templad vuestro furor y no os desvanezcais tanto, que si habeis de ellos conseguido dos victorias, ellos han tenido mas de vosotros hasta teneros debajo y poneros el duro yugo de la servidumbre. Qué os jactais tanto de vuestras victorias! ¿no es inmensa la sangre que os han costado? No hemos perdido en ellas los mejores soldados y valero-

sos oficiales? No puede volverse la fortuna contra nosotros?» No bien *Colocolo* habia acabado de decir esto, cuando sin dejarle decir mas, dijo en alta voz *Puchecalco:* «Sabed, señores, que habiendo yo consultado los Oráculos, he entendido que últimamente habeis de vivir sugetos y en perpétua servidumbre de los españoles.» Y no pudo decir mas porque el atrevido *Tucapel* le quitó allí mismo la vida con su maza; pero dijo lo bastante para atemorizar a muchos y hacer ménos activo a Caupolican, quien, aunque sitió a la Imperial, siempre temeroso de que se verificase aquel mal augurio, se mantuvo todo este tiempo sin accion, y apénas avistó a don Francisco Villagra se retiró, como queda dicho, a sus cuarteles de Arauco. Ahora, pues, con las repetidas victorias de su vice-toqui Lautaru, se desvanecieron sus temores, y estimulado del honor de su cargo, determinó ejecutar el designio proyectado primero por sus tropas, como dije, en la junta tenida inmediatamente despues de la muerte de Valdivia.

Ordenó a Lautaru fuese contra Santiago en tanto que él se dirigia contra la Imperial, Valdivia y Osorno. Aceptó de muy buen agrado esta comision Lautaru, porque esperaba volver de ella victorioso. Se habia ya ensoberbecido de modo que nada hallaba imposible y que pudiese resistir a sus fuerzas y arte militar. Escogió de toda la tropa seiscientos hombres con ánimo sin duda de engrosarse en el camino, como lo hizo, con los mas sobresalientes *pencones* y *cauquenes*, por donde pasó convocando a la guerra y a sacudir del todo el yugo de los españoles, y prometiéndoles esto como quisiesen unirse a sus banderas siempre victoriosas hasta allí. De este modo, cuando llegó a pasar a Maule, se hallaba con un poderoso ejército. Como los de esta provincia fueron siempre auxiliares de los españoles, con el odio que les tenian no les convidó a hacer lo que a los otros, sino que, apénas entrado en su provincia, empezó a cometer todo género de hostilidades, no dando cuartel a ninguno. Despues de haber cuasi devastado toda la provincia, llegando a las orillas de *Rio Claro*, tomó un puesto ventajoso imaginándose que no podian tardar los españoles en llegar a su oposicion, y entretanto ellos llegaban procuró fortificarse. Esta dilacion fué oportunísima a los ciudadanos de Santiago, los que si él sigue en derechura, los hubiera sobrecogido, pues aun despues de esparcida la nueva de su venida, no querian creer tal temeridad. Pero desengañados de los fugitivos *promocaes* y de los españoles que escaparon de la Concepcion, resolvieron ponerse en buen estado de defensa. Mandaron anticipadamente a don Juan Godinez con veinticinco hombres para cerciorarse de tal nueva y para que observase los movimientos del enemigo y diese de todo pronto aviso. Volvió éste mas de prisa de lo que habia caminado en busca del enemigo, porque asaltado improvisamente de un destacamento de Lautaru, fué tal el ímpetu con que lo acometió, que le mataron al primer encuentro algunos hombres, tres caballos y algunos indios, con que se hizo mas fuerte el enemigo. Esta fué la nueva que trajo a Santiago, la que no dejó de poner en susto a sus habitantes.

Hallábase entonces enfermo de la gota el general Villagra, y no pudiendo mandar en persona la accion, mandó a su primo don Pedro Villa-

gra con las tropas que pudo juntar. Don Francisco de Villagra, entre tanto, dió las convenientes ordenes para reforzar las entradas de la ciudad y la fortaleza. Llegó don Pedro de Villagra con su gente al *Rio Claro* y se acampó media legua en distancia de la fortaleza de Lautaru, con ánimo del dia siguiente acometerla. Apénas venido el dia se encaminó contra Lautaru, que no le habia hecho oposicion alguna ni se la hizo para impedir que entrase en sus trincheras, sino ántes, finjiendo huir, dió lugar a que los españoles entrasen en ella para cogerlos a todos como se prometia; cuando le pareció era tiempo, hizo revolviesen sus soldados de un golpe y capitaneándolos cerró contra ellos con tal furor que se descompusieron todos, de modo que a cada uno le pareció no hacer poco al escaparse de sus manos, defendiéndose como podian por el espacio de una legua que los araucanos los fueron siguiendo y haciendo en ellos el mal que pudieron. Fingió segunda vez Lautaru de retirarse, pero advertidos ya del estratagema, mejor formados, les embistieron de nuevo y los obligaron a meterse en su fuerte, desde donde por tres veces obligó a retirarse a don Pedro de Villagra sin haber podido expugnarlo. Desde aquí se defendia él con piedras, flechas y dardos que hacia llover sobre los españoles. Estos descargaban su fusilería sobre ellos, pero los araucanos, mostrándose siempre tan animosos, hicieron persuadir a don Pedro Villagra que era imposible vencerlos, y así se retiró con su gente a un valle bajo, poco distante, para volver a probar al otro dia otros ataques. Pero Lautaru, advirtiendo la mala situacion en que se habian puesto los españoles, aquella misma noche mandó gente a dirigir las aguas del rio al acampamiento español, lo que siéndole fácil por estar muy sangrado el rio por aquella parte, hubiera sido para él un medio de imposibilitarlos a la defensa; pero Pedro Villagra, que dormia sobre sus centinelas y exploradores, tuvo aviso a tiempo de las intenciones de Lautaru e inmediatamente se retiró a Santiago con su tropa disminuida.

El general, que se hallaba ya un poco restablecido, e instantáneamente solicitado de los ciudadanos que por momentos temian hallarse embestidos de Lautaro, se resolvió, aun no perfectamente restablecido, de salir en persona, como lo hizo, con noventa y seis españoles y mil auxiliares, determinados a atacar a este cruel enemigo. Desvióse del camino, porque pretendia sorprenderlo, hizo su jornada por la costa y playa de mar, guiado por un auxiliar práctico, el cual le puso por un camino oculto al venir del dia sobre el acampamiento de Lautaru, el cual en aquel punto cogia el sueño, porque habia hecho toda la noche la centinela. Su gente descubrió ya tarde el enemigo, porque cuasi tocaba él las trincheras cuando tocaron al arma. Saltó veloz Lautaru y viene a acercarse a sus reparos para observar al enemigo, cuando uno de los auxiliares, asestándole una flecha, lo atravesó medio a medio por el pecho, dejándolo en aquel mismo momento muerto. No desmayaron por esto sus soldados, ántes enfurecidos con el deseo de vengar la muerte de su valeroso caudillo, se pusieron en la mas obstinada defensa a Villagra, que les acometia por todas partes. Embestian ellos como fieras, procurando hacer cada uno como muchos, sin querer jamas rendirse, aunque veian a

don Francisco Villagra tan triunfante, ni oir que éste les convidaba con la vida con solo que dejasen las armas. Quedaban ya muy pocos y nunca quisieron aceptar, reputando a mayor gloria quedar allí muertos, con tal que ántes de eso pudiesen despachar al otro mundo alguno de sus contrarios. Aquí se vió un araucano atravesado de una lanza, no solo no rendirse, sino entrarse por ella a gran priesa ayudándose de sus propias manos para llegar al enemigo y vengar con su muerte la suya, y, por lo ménos, morir en la demanda. No quedaba sino uno y éste aun resistia, y aunque el piadoso corazon de Villagra nada sanguinario quisiera no ensangrentar sus manos en aquel temerario y furibundo, por evitar la muerte de alguno de los suyos, concluyó su victoria descargándole un sablazo, con que le llevó media cabeza. Con esta muerte no quedó uno que llevase la nueva de esta fatalidad a Caupolican, que sitiaba la Imperial.

Don Francisco de Villagra mandó inmediatamente la nueva de esta insigne victoria a Santiago, donde se celebró con fiestas por tres dias consecutivos, como se practica en los sucesos mas prósperos, y sin detenerse mucho en celebrar su triunfo, se dirijió con su gente a marchas esforzadas a llevar él mismo esta nueva a Caupolican. No obstante que él se apresuró bien, ya la habia tenido, y herido al vivo con esta desgracia y por ventura asegurando de ella la verdad del pronóstico de *Puchecalco*, abandonó inmediatamente el asedio de la Imperial, que ya tenia reducida a los últimos estremos, y volvió a Arauco a fortificarse; porque se imaginaba que alentados mas con esto los españoles, intentarian hacer alguna invasion en su territorio, y así, sin oposicion alguna, entró triunfante en su ciudad don Francisco de Villagra a celebrar en su propia casa tan señalada victoria, de que puede decirse ha dependido el no perder los españoles su establecimiento en Chile.



LIBRO OCTAVO

CONTINUACION DE LA GUERRA

I

LLEGA A CHILE POR GOBERNADOR DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA Y REEDIFICA LA CIUDAD DE LA CONCEPCION

Aun no habia acabado don Francisco de Villagra de recibir los plácemes de todos sus conciudadanos, cuando le llegó la noticia que habia llegado a la Quiriquina don García Hurtado de Mendoza provisto gobernador de Chile por el Excmo. señor virrey del Perú don Antonio Hurtado de Mendoza, lo que ciertamente llenó de amargura el corazon de don Francisco, como se vió por su ausencia del reino, partiéndose de él a pretender en la corte el gobierno de Chile en propiedad. Dicho Excmo. señor no intentó injuriar en esto a Villagra, sino que viendo vacante este gobierno por la muerte de don Gerónimo de Alderete en la isla de *Taboga*, que venia nombrado por la Magestad de don Felipe II, hallando en su hijo don García todas las partes que requería un empleo tan crítico, juzgó deberlo conferir mas antes a este que a ninguno otro. A la verdad que él poco se engañó en esta asignacion; porque don García fué como el conquistador o restaurador del reino de Chile y el que solidó allí los establecimientos españoles, como se verá de los sucesos de este su gobierno.

El señor Virrey, cuanto mas inmediato a su ilustre persona consideraba el nuevo gobernador que destinaba a Chile y cuanto deseaba se colmase de gloria este su primogénito en esta árdua expedicion, tanto mas procuró pertrecharlo de toda especie de municiones de guerra y de buen número de tropas, lo que con la paz que ya gozaba el Perú, pudo hacer en poco tiempo. Esta gente, parte era de a caballo y parte de a pié, y como la de a caballo le era de mucho embarazo para llevarla por mar, la mandó salir adelante bajo el comando de don García Roman, por tierra, para que tuviese tiempo de pasar la cordillera sin tanto peligro, y la otra, que fué la mayor parte, se enbarcó en diez navíos bajo el mando del mismo nuevo gobernador don García.

Esta flota llegó por abril de 1557 a la desamparada bahía de la Concepcion, donde dió fondo vecino de la isla de la *Quiriquina*, la cual como



mas segura eligió para colocar su cuartel, y como que desde allí podia tomar individuales noticias del estado presente del reino. La gente de esta isla que era robusta, esforzada y belicosa, se armó luego que vió acercarse los navíos para oponerse vigorosamente al desembarco, al que inmediatamente observaron entendian los españoles. Formáronse de ellos escuadrones por las playas: pero como no tenian modo alguno de resistir a las armas de fuego que desde las barcas despedian contra ellos los españoles, en breve se desbarataron y procuraron retirarse al continente en sus piraguas y dieron paso franco a don García con su gente. Este, apenas desembarcado, procuró apoderarse de algunos que habian estado tardos en escaparse para el continente, o que por las pocas embarcaciones que tenian, no lo habian podido hacer. Hízoles saber las intenciones que llevaba, que era de establecer una paz estable con toda la nacion araucana, como ellos quiziesen abrazar la religion cristiana, para lo que llevaba consigo religiosos de las esclarecidas órdenes de San Francisco y de Nuestra Senora de la Merced que los instruyesen: que él, en nombre de su soberano don Felipe II, saldria a los pactos que ellos le propusiesen, como fuesen puestos en razon. Con este fin, los mandó a tierra firme como mensageros a los araucanos.

Caupolican, recibidos los mensageros, juntó sus ulmenes y oficiales para determinar lo que se hallase mas conveniente en el caso. Publicó la embajada del nuevo gobernador y pidió a todos dijiesen francamente su sentimiento. Al principio hablaron segun su furor y odio concebido contra la nacion española, diciendo que no se debian escuchar proposiciones de un enemigo que volvia de nuevo con pretensiones de ocupar los lugares de donde habia sido echado; que era imposible que ellos no fuesen insidiosos y tendentes a quitarles su libertad, por lo que habian derramado tanta sangre y estaban prontos a mas antes morir que perderla; y, en suma, que no seria sino una paz fingida para traerlos a una verdadera servidumbre y esclavitud.

Colocolo que siempre se guardaba para hablar el último, moderó su arrogancia con el infeliz suceso de *Lautaru* y enfrenó su orgullo y redújolos a los términos de la prudencia con estas pocas palabras: «El oirlos nada nos puede dañar; veamos lo que pretenden y probemos como ol cumplen. El brazo nos queda sano y se hará mas robusto. Siempre que ellos quieran salir de lo que es justo, somos dueños de admitirlo o recobrarlo. Yo hallo bajo de este supuesto que conviene mandar a este gobernador una persona astuta e inteligente con los poderes de toda la nacion, que vaya a tratar de la paz y acomodamiento con el nuevo gobernador, lo que no saliendo así por los pactos que él ponga poco convenientes a nuestra libertad, servirá, por lo ménos, para indagar las fuerzas que trae, sus intenciones y muchas cosas que nos serán útiles para regular nuestra conducta.»

Este parecer de Colocolo siguieron entre otros, Puren, Lincoyan, Talcaguano, Lemolemu y Elicura y los mas prudentes y ménos furiosos. Caupolican, estando al juicio de estos, confió esta comision a *Millalauco*, como que en él concurrian todas las circunstancias que requeria en tales circunstancias un embajador de la nacion araucana, dándole las instruccio-

nes convenientes, como que advirtiese y notase todo, se impusiese de la gente y armas y especialmente se mostrase siempre inclinado a la paz, para descuidarlos mas, sacarlos de la isla con esto, con la codicia del oro de la tierra firme; y, en fin, que no por esto dejase de hablar con la entereza y libertad propia de su nacion. Con estas instrucciones salió de Arauco *Millalauco* y habiendo pasado el estrecho angosto que separa dicha isla de la tierra firme, se presentó con desenvoltura a los centinelas, diciéndoles que venia enviado de su nacion a concertar los tratados de paz y así que lo condujesen a su general.

Pasósele el aviso a don García, quien dió órden fuese conducido a su presencia por medio de toda su gente, puesta en órden como de batalla y con diversas piezas de artillería. Pasó por medio de toda aquella lucida tropa *Millalauco* con un denuedo tan grande que admiró a todos. Llegó así sin desconcertarse a la tienda de don García, y haciéndole una moderada cortesía lo saludó, y despues a los demas españoles que con él estaban, de parte de su general *Caupolican*, como cabeza de toda la nacion, y mostrando alegría y bien airado, hizo su embajada en estos términos: «Nosotros admitimos la paz que en nombre de vuestro Rey y señor nos ofreceis, como esto sea en términos que no se opongan a nuestra libertad. No nos mueve a esto temor alguno o miedo que tengamos a la nueva fuerza que traeis, porque ninguna es bastante para debilitar estos pechos. La muerte por conservar nuestra libertad es gloria para con nosotros. Buenas pruebas tenemos dadas de esto en las batallas que hemos tenido con los vuestros, de quienes ya sabeis cuál es nuestra fuerza; a quien viene con mayor, mayor le podemos oponer. Sin embargo, considerando lo mucho que padecen los inocentes niños y las débiles mujeres, estamos prontos a abrazar la paz, como no se violen los fueros de nuestra libertad. Pero si quereis llevar esto por violencia, hacernos esclavos, que nuestras mujeres e hijos os sirvan, sabed que hasta el último que quede de nosotros, tendreis que lidiar con él, y mas ántes mataremos nuestras mujeres y nos comeremos nuestros propios hijos que permitir que os sirvan. Tal es, oh! gobernador, el sentimiento de toda mi nacion.»

No se prometia don García tanta arrogancia en un bárbaro araucano, y no satisfecho de la generalidad de sus propuestas sobre la paz, le respondió en el mismo sentido, y para abajar su orgullo, le hizo conducir por todo el alojamiento a fin de atemorizarlo con la vista de tantas municiones de guerra, como traia consigo. Fué para Millalauco lo mas grato y lo que estimó mas que los grandes regalos que le hizo, porque pudo observar todo e informar distintamente a *Caupolican* y a toda su tropa, que lo aguardaba con impaciencia. Con esto despidióse y volvió a los suyos, y en presencia de todos hizo relacion de cuanto habia dicho, oido y visto. Por esta relacion vieron los araucanos que la guerra era inevitable, y así pusieron centinelas por toda la costa para observar todos los movimientos del enemigo.

Don García, por su parte, no dando crédito a las protestas del araucano sobre el deseo que tenia su nacion de la paz, determinó no moverse

de la isla hasta que no le llegase la caballería y las tropas de refuerzo que habia pedido a todas las ciudades de su gobierno. Los araucanos, para traerlo a tierra firme, fingieron licenciar sus tropas, escondiéndolas en los bosques vecinos. Pero don García tuvo esto, como en la realidad era, por un engaño malicioso de los araucanos, y así se mantuvo en la isla hasta que supo de cierto la llegada pronta de la caballería y de las tropas veteranas y aguerridas de las ciudades. Así, pues, la noche del 6 de Agosto, con el favor de las tinieblas desembarcaron sin que fuesen sentidos de los centinelas araucanos, ciento treinta hombres con su ingeniero, sobre la playa de la antigua Concepcion, dando órden de ocupar en el mismo momento el monte que hoy se llama *Pinto*, que domina al mar. Comenzaron luego todos a hacer madera y fagina para atrincherarse, no excusándose del trabajo ninguno, y mucho mas con el ejemplo de su gefe y primeros oficiales, que tomaban la hacha en la mano para cortar los árboles y el azadon y barreta para hacer los fosos, como si toda su vida se hubiesen ejercitado en esto, hasta que, en fin, pudieron formar una fortaleza y ponerse en estado de resistir al enemigo, que a momentos esperaban. Repartió por los lienzos ocho piezas de campaña, y todo el tiempo que dió el enemigo, aunque no fué mucho, se ocuparon todos en estos trabajos.

Los centinelas corrieron luego a informar a Caupolican de lo que pasaba en la Concepcion. Esta nueva, que de dia en dia la esperaba este general y que lo hacia estar prevenido para no dar mucho tiempo a que se fortificase, lo hizo poner desde su cuartel general en marcha apresurada, y, pasado el 9 del mismo mes el gran Biobio, al romper el alba del dia siguiente, memorable a nuestra nacion por la derrota dada por los nuestros a los franceses en San Quintín, embistió por tres partes el fuerte, mandando por delante los gastadores cargados de faginas y troncos de árboles para llenar el foso, y habiendo prevenido a toda su gente de no pararse ninguno por muchos que viesen que eran los muertos, hasta llegar al punto mismo de la fortaleza y probar si podian mezclarse con los enemigos, porque entónces, por no matar a sus compañeros, ellos dejarian las armas de fuego y vendrian a la corta, con lo que se les quitaria esta ventaja. Con esta resolucion embistieron como fieras sedientas de sangre humana. Ni los cañones bien gobernados, ni la mosquetería que hacia riza en ellos pudo detener su impetuosidad. Llegaron al foso que, así con los cuerpos de sus muertos como con la fagina, lo aplanaron y llegaron a la misma muralla. Cuantos mas de ellos caian, parece que se obstinaban mas, porque a uno que caia le sucedian dos. Parece que querian dar pruebas al gobernador de lo que le habian hecho saber por *Millalauco*. Don García, aunque no desanimado, llegó a temer, principalmente al intrépido Tucapel, que, de un salto, se puso dentro y con su formidable maza, en medio de las balas, mataba su gente, como lo hizo con cuatro. Los mas se portaron no ménos valerosamente; pero no tuvieron la fortuna de Tucapel, que, despues de este hecho, se salió por un despeñadero, salvo y sin herida alguna. El señor Olivares dificulta este hecho; pero para negarlo es preciso tachar de mentiroso a Ercilla, que lo refiere como testigo de vista, y pudo serlo por hallarse dentro. Que no haya re-

cibido daño de los nuestros, puede atribuirse a mil contingencias que frecuentemente suceden en las batallas. No necesitaba este hecho Ercilla para vestir su poema, ni para ponderar el valor e intrepidez de este bárbaro, hacerlo entrar de un salto, pues podia haberlo hecho entrar por un portillo, o sobre los cuerpos de sus muertos, o de otro modo, pues su valor e intrepidez es lo que pretende alabar y no su ligereza.

Los españoles que habian quedado en la isla y los navíos, considerando el peligro en que podia estar el gobernador, determinaron venir en su ayuda, y bien armados se trasportaron a tierra firme. Caupolican que vió que venian en sus barcas, mandó en contra de ellos una parte de sus tropas. Los españoles haciendo fuego desde las barcas, saltaron a tierra formados en órden de batalla, y al fin de un combate sangriento de muchas horas, rechazaron hácia el monte los araucanos, que procuraban unirse a los asaltadores, con lo que todos quedaron sobre dos fuegos. Aquí quedó gravemente herido Tucapel. Con todo, no desistieron de su empresa y continuaron a combatir hasta el medio dia, en el que, viéndose ya muy fatigados y su número muy disminuido, se empezaron a retirar, amenazando de volver otra vez a la pelea hasta salir con su intento de desalojarlos de allí.

Las buenas y prontas providencias que dió don García en este primer encuentro llenó de confianza a toda su oficialidad y soldados para adquirir mayores victorias del indómito araucano y de esperanza de llegarlo a subyugar. Nada menos esperó don García del valor de su gente, viendo como se distinguieron los Andias, los Espinosas, Pereiras, Ortigosas y Pachecos, Torres, Garnicas, Riveros, Suarez, Carrillos, Cabreras, Pardos, Arias, Córdovas, Lavartes, Campofrio, Guzmanez, Zúñigas, Barrios, Ronquillos, Osorios, Liras, Ovandos, Bustamantes, Vacas, Mexías, Ercillas, Perez y Saldañas, de muchos de los cuales honran hoy aquel Reino muy nobles e ilustres descendientes, continuando los heróicos hechos e ilustres de sus mayores en la fidelidad con que sirven a Su Magestad, los cuales tendrian justo motivo de lamentarse de mí si no hiciese de ellos a lo menos una ligera mencion, cuando cada uno de ellos, así por lo que aquí hicieron como por lo que practicaron despues, son acreedores de toda alabanza.

Desembarazado don García de Caupolican, que se retiró a su cuartel acostumbrado, pensó a poner en mejor forma la fortaleza para defensa de la reedificada ciudad, no imaginándose que Caupolican pudiese volver tan presto a intentar otro ataque despues de la pérdida grande que acababa de tener. Caupolican que no queria darle tiempo a don García para que se fortificase, apenas pasado Bio-Bio, empezó a reclutar gente y con la misma velocidad volvió contra el nuevo establecimiento; pero cuando él caminaba a marchas esforzadas, recibió aviso de sus espías que don García habia recibido un grueso socorro de gente, lo que era así en realidad, porque el dia antecedente habian llegado a la Concepcion dos mil auxiliares con la caballería del Perú, que se componia de mil hombres, y de la Imperial al mismo tiempo otro escuadron de caballería española. Viendo con esto frustrado su designio, resolvió acuartelarse a orillas del Bio-Bio en el lugar que hallase mas conveniente.

II

SALE DON GARCÍA CONTRA CAUPOLICAN Y LO DERROTA DOS VECES

Viéndose don García tan fuerte, determinó ir en busca de Caupolican para acabar de hacer que el temor que habia mostrado en retirarse, llegase a ser en él terror. Caupolican habia ocupado un puesto ventajoso no muy léjos de las orillas de Bio-Bio, donde se hallaba espaldado de espesos bosques, que en todo trance podian servirle de refugio y desde donde podia vigilar al enemigo, y así concertar sus operaciones cuando hallase que podia contrastar con él, o de nó, esconderse a tiempo. Llegó don García a la ribera septentrional de Bio-bio, dos leguas distante de su boca, donde este rio tiene de ancho 1,500 pasos, y con las barcas que traia de los navíos y balsas que allí formó prontamente, se puso a pasar a la otra banda mandando delanteras las barcas, que llevaban los cañones de campaña, para favorecer el desembarco de su gente de la otra banda. Caupolican que vió esta disposicion no se arriesgó a impedir este desembarco, porque estaba seguro de perder mucha gente sin poder hacer daño alguno al enemigo, el cual, finalmente llegaría a hacerlo y seria para él mayor vergüenza y su campo debilitado quedaria expuesto a una derrota.

Al llegar de las barcas cañoneras mandó retirar a su fortin toda su gente que tenia en arma por toda la orilla austral, con ánimo de aguardar allí a don García para combatir con él. Este inmediatamente, puesto en la otra banda, ordenó la tropa, con que resolvió pelear porque dejó en el rio gente que guardase las barcas para precaver todo siniestro acontecimiento. Antes de emprender la marcha, estando cerca el enemigo, dijo a su gente estas solas palabras: «acordaos señores, como habeis peleado otras veces, no sea menor vuestro valor en estas que en las pasadas ocasiones, antes bien en esta debe mostrarse mucho mayor, pues de vencer en esta pende el domar al araucano. El se muestra tímido, pues

no ha hecho oposicion a nuestro desembarco: señal que él conoce la inferioridad de sus fuerzas y que debemos esperar una perfecta victoria. Vuestro valor debe ir regulado por la obediencia a mis órdenes, a las que, sin dejaros llevar del furor ni del deseo de acabar con ellos ni del miedo de la muerte vecina, debeis estar atentos. Cualquiera excepcion os será de mucho daño.» Dicho esto mandó sus corredores por delante. Caupolican por su parte no dejó de mandar los suyos; unos y otros encontrándose se embistieron, pero siendo muchos mas los de Caupolican rechazaron con pérdidas a los de don García, no obstante el socorro que llegó a tiempo de impedir su total destruccion del maestre de campo García Ramon. Viendo el gobernador que esto no bastaba para sostener sus batidores, mandó prontamente a Alonso Reinoso con cincuenta soldados de a caballo: ni aun esto bastó, porque los araucanos peleaban con tal furor que se entraban por medio de las lanzas para venir a golpear con sus mazas a los españoles, y cada golpe que descargaban era uno de los nuestros que echaban muerto a tierra, sin que los nuestros pudiesen avanzar un paso, antes bien eran obligados a retroceder. Observando esto Caupolican se enderezó a los españoles con toda su gente, apresurando el paso para llegar al puesto de los suyos, el mismo tiempo que don García midió tan bien que ninguno llegó primero que el otro. Los araucanos mas animados con la ventaja que creian haber tenido, se lanzaron con increíble impetuosidad, procurando mezclarse con el enemigo sin atender al gran fuego que hacian ocho piezas de campaña que precedian la gente española, y a la fusilería que no cesaba de descargar sobre ellos, sin que se perdiese una bala. No les fué posible llegar a lo que ellos pretendian, y así a cada momento se multiplicaban sus muertos; de modo que viendo que ya no podian llenar los vacíos que habian dejado estos y que obstinándose iban a su total destruccion, comenzaron a retroceder y desordenarse. Hizo don García salir la caballería en su seguimiento, y esta haciendo en ellos un estrago imponderable hasta dentro de los mismos bosques, concluyó la victoria.

Don Garcia Ramon y Reinoso volvieron por su honor en esta ocasion gobernando este alcance, y tuvieron la principal parte entre sus subalternos los Avendaños, los Quirós, los Olmos de Aguilera, los Aguirres, los Arandas, Corteses, Jofrés, Gamboas, Toledos, Carranzas, Aguayos, Castillos, Canos, Paredes, Santillanas, Navarros, Avalos, Viezmas, Cáceres, Bastidas, Galdames, Ponces de Leon, Ibarras, Vegas, Zegarras, Velazquez, Verdugos, Riveras, Pardos, Alegrías, Barrios, Coronados, Pinedas, Esquiveles, Altamiranos, Moranes, Vergaras, Lagos, Godoyes y otros muchos cuya ilustre descendencia pide de mí haga de ella esta memoria.

En medio de esta carnicería que hacian los españoles, no se desnudaron del todo de la humanidad, pues a los que deponian las armas y se rendian, los hacian prisioneros y pusieron delante de don Garcia, el cual no conociendo las dotes de los ánimos de los araucanos, pensó con un ejemplar castigo atemorizarlos. Eligió para esto uno llamado Galvarino, de los mas atrevidos y que se habia señalado en el valor y constancia con que se presentaba en medio del incesante fuego de nuestra artillería y mosquetería. Mandó cortarle las manos en su presencia y dejarlo ir a

los suyos, que se imaginaba que de miedo de tal castigo u otro mas inhumano, depondrian las armas. Pero se engañó mucho, porque el araucano aborrece mas la servitud que teme el tormento y la muerte misma. Se debe confesar que esta conducta poco humana que empezó a usar don Garcia, exasperó mas los ánimos de los araucanos y encrudeció la guerra. Llegó Galvarino todo lleno de zaña y desangrándose a los suyos, y aunque él no tuviera mucha elocuencia, de la que estaba singularmente dotado, «Ved aquí, entró diciendo, como me han puesto estos inhumanos enemigos; ved en mi persona lo que quieren hacer con todos nosotros; ¿sereis tan viles que os dejareis cortar las manos? sereis tan inconstantes que no llevareis hasta lo último la venganza de mi sangre, que veis correr hasta la tierra, y la vida perdida de tantos muertos? Poco daño puedo yo hacerles, toca esto a vosotros, miéntras teneis puños; sin embargo, yo os acompañaré siempre; os serviré de centinela e iré en las primeras filas para con mi muerte impedir que otro que os pueda ayudar no caiga en fuerza de sus balas.» Encendió con esto en tanto furor a los araucanos contra los españoles, que todos juraron no hacer la paz jamas con ellos y de quitar la vida a cualquiera que de los suyos fuese tan vil que quisiese o se inclinase a ella. Las mujeres mismas, transportadas de los deseos de la venganza, se ofrecieron a tomar tam bien las armas y de acompañar a sus maridos, como en efecto lo hicieron en las siguientes batallas. El era el efecto que debia esperarse don Garcia y no prometerse la sumision de un pueblo arrogante, acostumbrado a dar la ley y que tenia por primera máxima de su gobierno la independencia.

Bien presto lo vió, porque internándose con su tropa por Arauco fué siempre acometido de los campos volantes de los araucanos, de manera que no hubo dia que no tuviese que contrastar con ellos. No lo dejaban reposar, porque a unos se sucedian otros. Poco daño, es verdad, le cau saban, pero lo detenian para que no llegara a Caupolican, que a gran prisa reclutaba nuevas tropas que oponerle. Sus exploradores no podian apartarse mucho del grueso de sus tropas por no verse despedazados, y así él no podia saber donde y como se hallaba Caupolican. Por esto, llegado a *Millarapue*, resolvió de saberlo a fuerza de varios tormentos que ordenó dar a algunos prisioneros que habia hecho en los encuentros dichos. Diéronselos cruelísimos, pero ellos estuvieron tan constantes y valerosos que parecian invencibles. Cansábanse los verdugos de atormentarlos, pero ellos no proferian una palabra que pudiese iluminar a los españoles del sitio en que se hallaba su general. Antes bien, como insultándolos, no faltó quien les dijese: «No teneis que buscarlo, él a su tiempo se os hará ver y se os pondrá delante.» No faltó quien informase a Caupolican de lo que pasaba en el campo español. Entonces él, que estaba poco lejos de allí, mandó a don Garcia un mensagero que le dijese de su parte, que estaba poco distante, que dejase de atormentar aquellos sus vasallos, que al dia siguiente él se dejaria ver. Con esto don Garcia previno todo su campo, que pasó toda aquella noche sobre las armas.

Caupolican cumplió con su palabra, presentándose a don Garcia con su tropa dividida en tres líneas. El mismo Caupolican venia mandando la

primera línea, a la que don Garcia mandó embistiese su caballería, lo que viendo el general araucano, mandó a su gente bajar las picas y a los maceros de estar prontos a descargar sus mazas sobre los ginetes y seguir siempre adelante hasta llegar a penetrarse con el enemigo. Ejecutaron tan bien las órdenes de su general los araucanos, que no solo desordenaron la caballería, sino que llegaron a penetrar en el centro de la infantería española, llevando la muerte por todas partes. El mismo Caupolican mató por sus manos cinco. Tucapel, que ya estaba restablecido, entrándose por otra parte con su línea, mató del primer golpe un español, y quitándole prontamente el sable, se sirvió de él para quitar a otros siete la vida, quedando gravemente herido. En esto vió circundado de muchos españoles a su competidor *Rengo*, y no obstante que tenia sobre su cuerpo muchas heridas, se descargó con tal fuerza sobre los españoles, que no solo mató muchos, sinó que salvó la vida de aquel valeroso capitan. Perdia ya mucha gente don Garcia, y la victoria, que habia estado largo tiempo indecisa, comenzaba a declararse por los arancanos, cuando para sostener a los suyos mandó un escuadron de reserva embistiese contra el batallon de *Lincoyan* y *Ongolmo*. Este oportuno órden libró a los españoles de su total ruina, porque rompiéndolo y destrozándolo, lo hicieron retirarse adonde sus compatriotas ya cantaban la victoria, causando en ellos tal desórden, que Caupolican, Tucapel, Lincoyan y Ongolmo, despues de muchos esfuerzos inútiles, desesperando de poder unirlos, cedieron a los españoles una victoria que ya creian segura. Todos hubieran quedado víctimas del valor español si Rengo, guardándose las espaldas con un bosque vecino, donde habia podido juntar alguna gente en medio de aquella confusion, no hubiese llamado allí la atencion de los que seguian el alarma de los fugitivos. Este, despues de haber sostenido un fiero ataque todo el tiempo que creyó necesario para que los suyos se retirasen en salvo, se retiró con los mas de sus compañeros por una senda por donde no lo podian seguir los caballos.

Don Garcia, conforme a su sistema, determinó colgar de los árboles del mismo campo en que habia triunfado algunos de los indios que habia hecho prisioneros. Tanto mas se resolvió a eso que entre ellos se hallaban doce ulmenes, los cuales, siendo cabezas, daban mayor influencia en los ánimos de sus vasallos; pero no reflexionó al grande amor que les tienen y que por esto mismo se habian de incitar a la venganza. Entre los prisioneros se hallaba el truncado Galvarino, que durante la batalla no habia cesado de animar a sus compatriotas a vengar su ignominia. Este fué uno de los destinados al mismo suplicio. Oia con intrepidez su funesto destino y con ánimo invencible se volvió a los que se dejaban salvar: «Ya veis lo que hacen con nosotros estos carniceros enemigos; es, pues, de vuestra obligacion vengar nuestra muerte. No temais la muerte, sino mirad como hacemos nosotros ahora por triunfo de nuestra nacion libre.» Esto decia, cuando vió que un ulmen, viendo próxima la muerte, temeroso de ella, pedia misericordia, y vuelto contra éste, reprobando su inconstancia y cobardía, le dijo: «¿Qué vileza ocupa tu corazon, oh! araucano? ¿Cuándo se ha visto entre nosotros tal bajeza que pidamos la vida por gracia? Con tan negra mancha quereis oscure-

cer las gloriosas hazañas de tus mayores? Quereis acaso dejar en herencia a tus hijos y descendientes la servidumbre? Nó, no se diga de un araucano que ha consentido en semejante ignominia.» Mas hubiera dicho si a este tiempo no lo hubieran suspendido a un árbol del lazo que tenía al cuello, cuando esto decia. Hicieron estas pocas palabras tanta impresion en el ánimo del ulmen, que no quiso admitir la gracia que se le habia concedido, y así junto con los otros fué ahorcado.



III

SE INTERNA EN EL PAIS; FUNDA LA CIUDAD DE CAÑETE

Apénas concluido el castigo, levantó su campo victorioso y se dirigió hácia Tucapel, donde llevaba mira de hacer una fundacion que sirviese de freno al indómito araucano. Todo este camino hizo sin oposicion alguna, porque los indios con su general se habian retirado a los bosques a cuidar de sus heridos y a reparar sus pérdidas con nuevos reclutas para oponerse de nuevo a sus progresos. Llegó al lugar mismo donde Valdivia habia sido muerto, y ofreciendo él un bello plan para una fundacion, para mayor humillacion de aquella gente, que miraba aquel lugar como el principio de su libertad, se detuvo a ejecutar lo que traia ideado. Allí, pues, echó los fundamentos de un nuevo establecimiento que quiso apellidar con el ilustre título de su casa, llamando aquella ciudad Cañete.

No obstante que considerase a los araucanos incapaces por entonces de intentar cosas grandes despues de tres consecutivas derrotas, como el dicho establecimiento quedaba en medio de la gente mas valerosa del Reino y de la que se podia temer todo, procuró antes de salir de allí fortificarlo de una buena estacada, foso y terraplen, con buena parte de su artillería y municiones de guerra. Señaló para comandante de las armas a Alonso Reinoso, dándole por guarnicion aquellos soldados que mas se habian señalado en las batallas antecedentes. Hallando de este modo en buen estado su ciudad, se partió para la Imperial, a donde entró sin haber tenido encuentro alguno con los araucanos. Aquí dió gracias al Altísimo por sus victorias y recibió los plácemes de todos los de la ciudad. Los antiguos vecinos de Angol imaginándose que era ya tiempo de volver a su primer lugar, pidieron a don Garcia el volver a reedificar su ciudad; pero él juzgó que aun no era conveniente, y con buenas razones, mostrando de estar satisfecho de sus buenos ánimos, admitió la funcion para cuando llegase la mejor oportunidad.

Entretanto, él procuró juntar buena provision de víveres, de que sabia quedaba en algun modo desprevenida su ciudad, pues solo unos pocos de los que llevaba su campo pudo dejarles. Juntó de toda la comarca de la Imperial una porcion suficiente de toda especie de ganados y cuanto pudo de granos, sin desproveer a la Imperial, y la mandó con un cuerpo bastante grueso de tropas para asegurar que no la interceptasen los araucanos. Y a la verdad esto no hubiera bastado si los araucanos hubiesen tenido mejor conducta en esta ocasion.

Ellos, sabiendo que venia este socorro para Cañete por el camino de Puren, se apresuraron a apoderarse del paso estrecho de Cayucupil para allí asaltarlos. Llegados a éste los españoles, salieron de todos los bosques vecinos los araucanos con no menor número que furia, se cerraron con ellos trayéndolos tan apretados que por evitar su total ruina huyeron los que pudieron para salvar sus vidas, dejando todas las cargas del bagaje y ganados en poder del enemigo. Este, embelesado con la presa tan grande y lisongeándose de su bella suerte, descuidó de las armas y puso toda su atencion a la distribucion de los despojos de su victoria. Advirtió esto un trozo de españoles que afortunadamente se habia unido en un rincon del monte y parte avergonzados de lo sucedido y parte llevados de adquirir aun mas gloria con la recuperacion de lo perdido, resolvieron dar sobre los indios que estaban desordenados. Cargaron sobre ellos con tanta resolucion y les dieron tan fuerte descarga de la fusilería que, turbados de lo improviso del caso y atropellados de aquel torbellino, no les quedó otra advertencia sino para procurar cada uno con la pronta fuga esquivar la muerte. Los españoles, a fin de aprovecharse mejor, siguieron por algun tiempo a los fugitivos para alejar mas al enemigo y debilitarlo con los muchos muertos que iban dejando por el campo sembrados, y cuando ya no veian alguno, volvieron a recoger su bagaje y ganados y con ellos entraron triunfantes en la ciudad de Cañete. Los ciudadanos los recibieron con las mayores demostraciones de alegría, no solo por el alivio que les traian a las escaseces que padecian, sino por la ayuda que podian recibir de ellos en caso que Caupolican tentara, como él decia, acometerlos.

Sin aguardar las resultas de este socorro, salió don García a visitar las otras ciudades para fortificarlas y poner en ellas la guarnicion necesaria para los asaltos que estaban temiendo de Caupolican. Este, ardiendo en zaña, pero sin desmayar por los malos sucesos que habia tenido, perdiendo en menos de tres meses la mayor parte de sus tropas, meditaba aun otras empresas, particularmente contra la nueva ciudad que tenia mas inmediata a su campo destrozado, pero pesando en su sano juicio no sabia resolverse, porque en esto hallaba un grande peligro. En su juicio las circunstancias pedian un golpe maestro, con el cual se debilitase notablemente el enemigo, y mientras este no se hallase, era temeridad salir al campo, y de no estar bien seguro era exponer todo el estado a un daño irreparable, que podia originar su ruina total.



IV

ASALTO INÚTIL DE CAUPOLICAN CONTRA CAÑETE, Y TRAMA MAL URDIDA PARA SORPRENDERLA

Esta prudente meditacion que tenia a Caupolican como en una inaccion, comenzó a producir en su gente alguna inquietud sobre su persona. El vulgo, censor siempre de los que mandan, comenzó a inculparlo de cobarde, y algunos mas insolentes y temerarios exparcian que la ambicion de mandar y conservarse en el gobierno del ejército lo hacian menos solícito en buscar las acciones para adelantar las armas de la nacion y en prevenir los riesgos y peligros que cada dia se hacian mayores. Otros murmuraban tan altamente y tan descaradamente que ya cuasi pasaba a desacato de su persona, procurando formar partido grueso para deponer, si podian, a este benemérito general de su nacion.

Llegada a noticia de Caupolican esta murmuracion de su gente, la hizo toda unir delante de sí, y con tono grave y severo le habló de esta manera: «No ignoro las murmuraciones que muchos de vosotros haceis sobre mi presente conducta. No es la ambicion de mando lo que me tiene en suspension, sino prevision que hago del mal fin que debe tener una derrota de nuestras fuerzas. ¿Cómo podeis de mí juzgar que temo la muerte, cuando ninguno mas que yo se ha hasta aquí expuesto a ella? No he ido yo siempre a la frente vuestra contra el enemigo? ¿Cómo puede atribuirse a ambicion del mando, cuando yo os he hecho ver que nuestra libertad está próxima a perderse si no peleais con aquella firmeza que se requiere en los casos? Muchos de esos que ahora murmuran de esta mi conducta, ¿no han sido ellos la causa con su fuga, que, de vencida que llevábamos la batalla, nos hayan arrebatado los enemigos la victoria? No era nuestra en las dos últimas cuando por un vano temor os habeis desordenado y tirado a los bosques, sin querer oir mis voces? Los malos sucesos me han enseñado que no debo prometerme todo de vosotros, y así que debo recurrir al arte y al engaño para sorprender

al enemigo. Esto pide tiempo y espera, y entre tanto con nuestra inaccion se confía mas en sus fuerzas el enemigo y se descuida.» «No, dijeron Tucapel, Rencu, Orompello, no es gloria ni valor la victoria que se alcanza del enemigo con fraude y cogiéndole descuidado. Y quien nos promete que este se pueda urdir de modo que caigan en él? No puede él ser contraminado, y entonces mucho peor para nosotros? Entretanto se fragua no crece él en fuerzas? Ya vemos dominada nuestra principal provincia de un establecimiento; presto se hará él inconquistable, y de dia en dia los enemigos se irán multiplicando, y he aquí la nacion que siempre dió la ley constreñida a recibirla de estos estrangeros.» «Mucho mal temeis, replicó Caupolican, de este establecimiento: veo quereis que se ataque; veisme aquí tan resuelto que al despuntar del dia de mañana yo os precederé en él; pero tened bien entendido que el que me volviere las espaldas encontrará la muerte, que huye, de manos del escuadron que dejo atras con este solo fin.

En efecto, antes de venir el dia mandó marchar sus tropas capitaneándolas él, y aun no habia aclarado bien cuando se halló a vista de la ciudad y solo les dijo estas pocas palabras: «he aquí el objeto de vuestros deseos: ellos se cumplirán si os determinais a mas antes morir en la demanda que desistir de ella. El que no se halla con esta resolucion, que se retire, y el que se halla con ánimo tan jeneroso me siga;» y diciendo esto se avanzó con tanto desembarazo que hizo ver a los suyos que no era el temor de la muerte el que lo detenia. Con el mismo le siguieron todos, sin que hubiese habido uno que se hubiese prevalido del pasaporte que habia ofrecido su general. Fué tal la furia con que acometieron, que, no obstante el fuego contínuo de la artillería y fusilería, llegaron a las mismas murallas; quien las saltó, quien las desportilló, quien quemó sus maderas. No hubo uno que pensase en retroceder, no obstante que a cada momento veia caer a sus piés el compañero. Habia muchos sin una pierna, sin un brazo, media cabeza rota, y constantes todos en el empeño. Medio moribundos despedian sus flechas contra el enemigo, y cuando no podian alzarse de la tierra, animaban con sus voces. Eran ya cinco horas que combatian, quienes ijadeaban del cansancio y quienes cuasi caian de desangrados. Caupolican considerando que poco podrian ya hacer sus soldados y que no era bastante su valor y constancia para salir bien de aquella empresa, antes bien que si mas se dilataba en tocar la retirada, se exponia a un total exterminio, hizo suspender el asalto con resolucion de ejecutar el designio que habia propuesto, aunque reprobado de Tucapel, Rencu y Orompello. Es preciso que de nuestra parte hubiese habido muchos muertos o heridos, porque no salió la caballería en seguimiento de Caupolican, que retrocedió con la gente que le quedaba capaz de caminar, ordenada en buena forma, naturalmente para impedir la carnicería, que yendo desordenada y como de fuga, podia hacer en ella el enemigo. Se notó que como Caupolican fué el primero a presentarse al enemigo, así tambien fué el último a retirarse, y el último que se vió, como que guardase las espaldas de los suyos.

Persuadido de la inutilidad de los asaltos, apenas llegado a su cuartel, llamó secretamente a un oficial de reputacion, llamado *Pran*, que el te-

nia por muy astuto, e impúsole la incumbencia de introducirse como desertor de su campo en la ciudad, para por su medio ejecutar su primera idea. Dióle las convenientes instrucciones: el secreto fué la primera cosa; lo 2.° obsérvase las fuerzas y el tiempo y hora que menos se cuidasen; lo 3.° que procurase hacer partido entre los auxiliares, a lo ménos con uno, que le diese ayuda, que entre tantos, como habia, no todos debian estar contentos con el dominio de los españoles. Con estas instrucciones entró *Pran* en la ciudad, pidiendo refugio a los españoles y protestando servirlos en un todo fielmente, y en fin, él supo disimular tan bien que fué admitido. Por ventura, Reinoso creyendo sacar de él noticias ciertas del estado e intenciones de Caupolican, se rindió fácilmente a la peticion de este indio. El al principio mostraba temor de salir fuera de las murallas de la ciudad. Todo el tiempo que estaba dentro hacia puntualmente cuanto se le ordenaba, y entre tanto observaba todo y echaba los ojos sobre los indios amigos para encontrar uno que le ayudase en la empresa que traia entre manos. Creyó uno, que se llamaba Andres, muy a propósito a su intento. Procuró desde luego hacérsele muy amigo, y cuando se lo creyó ganado, le descubrió su intento, que era de entregar la ciudad a Caupolican, introduciendo en ella las tropas araucanas en el tiempo que los españoles, cansados de las vigilias nocturnas, se retiraban a reposar despues de comer. Andres, no solo no demostró disentia al proyecto, sino que alabándolo y exaltándo el amor a la patria se le ofreció por cooperador a tan gloriosa empresa y se exhibió a tener una puerta abierta en el dia que se aplazase con Caupolican. *Pran*, todo alegre, lo abrazó de mil protestas de lo bien recibida que seria su persona de toda la nacion araucana, que lo colocaria en grado aun superior a Lautaru, y envuelto en este regocijo se fué a Caupolican que distaba solo tres leguas de allí, y Andres al mismo separarse de él, se dirigió a Reinoso a darle cuenta de todo. Reinoso le impuso el llevar adelante la especie para hacer caer en la misma trampa a los enemigos, y que de todo le fuese avisando sin comunicar esto a otra persona.

Caupolican recibió entre sus brazos a *Pran*, esperando con su venida una buena nueva, y, apénas oido lo que dejaba pactado con Andres, le manifestó el deseo que tenia de verlo para, abocándose con él, concertar mejor todas las medidas. Pran volvió prontamente a la ciudad para desvanecer todo recelo y para inducir a Andres a que se viniese a ver con Caupolican, que lo esperaba ansioso de conocerlo. Salió Andres despues de haber informado de lo dicho a Reinoso, dejando a Pran en la ciudad. Presentóse a Caupolican con una presencia risueña, y lisongeándole el gusto, descargó contra los españoles mil injurias y se protestó hostigado ya de sus crueldades y de la dura servidumbre en que tenian a los suyos y facilitóle la ejecucion del proyecto. Ciego Caupolican del buen éxito que se prometia de su proyecto de coger por sorpresa a los españoles, dió fé a todo lo que le dijo Andres, y por no dilatarlo mucho y que su ausencia causase alguna sospecha, llamándole libertador de la patria, lo despidió con un abrazo hasta verse el otro dia en la ciudad. Volvió Andres inmediatamente y despues de haber hablado secretamente con Pran con aprecio de Caupolican, pasó a advertir de todo al comandante Reinoso.

Caupolican, inmediatamente de partido Andres, dió parte a todo su ejército de lo que tenia pactado y cómo el dia siguiente esperaba tener una victoria completa. Pero tuvo el sinsabor que Rencu, Orompello y Tucapel se protestaron que ellos no le acompañaban en aquella expedicion, o fuese para guardar consecuencia en lo que habian dicho pocos dias ántes, o sea que ellos no se fiaron tanto de las promesas de Andres y de sus protestas. No obstante esto, Caupolican, preocupado de sus proyectos, se puso en marcha al venir del alba con tres mil hombres que escondió en un bosque vecino a la ciudad, para aguardar allí a Pran que debia venir de parte de Andres a avisar cuando todo estuviese prevenido. Reinoso, sabedor de todo, se previno de modo que todo fué para ruina del crédulo Caupolican. Hizo cargar su artillería toda de metralla, que los soldados estuviesen prevenidos con las armas y que fingiesen descuidos: apostó su caballería por otra puerta, y todo sin que Pran pudiese notar algun movimiento que no hubiese visto los otros dias. Andres, ántes de mandarlo fuera, le hizo observar aquel fingido descuido, con lo que él fué todo gozoso a Caupolican.

Caminó inmediatamente Caupolican con sus tropas, guardando un profundo silencio para no despertar a los supuestos dormidos españoles, y hallando la puerta abierta, comenzaron a introducirse en la ciudad con buen órden. Los españoles, segun el órden de su comandante, dejaron entrar un competente número, y cuando vieron que era así, dejaron caer de un golpe la puerta y suspendieron el puente levadizo, y al mismo tiempo los de la muralla dispararon la artillería contra los que quedaron fuera, y los otros cerraron contra los de dentro, dejando de esta primera descarga la mayor parte de ellos muertos. Cuanto ménos se esperaban esto, tanto mayor fué la confusion en ellos, desórden y mortandad. La caballería, que estaba toda pronta, salió al mismo tiempo por la otra puerta y acabó con aquellos que no habian caido a los tiros de la artillería y fusilería, llevando el alarma hasta los bosques, en los que pudo salvarse alguna parte, y entre estos afortunados fué uno de ellos el mismo Caupolican. Entretanto la caballería se portaba a gusto del comandante, la infantería hacia dentro de la ciudad no ménos riza en los que habian quedado encerrados, los cuales, desesperados de salvarse, resolvieron de vender caras sus vidas, queriendo mas ántes ser despedazados que rendirse. Nunca se vieron mayores esfuerzos de valor en esta gente, como en esta ocasion. Se botan furiosos contra los españoles sin reparar en su poco número, se precipitan contra las bocas de fuego, que no perdian tiro en ellos. «Morir, gritaban, nos es preciso, mueran tambien de ellos algunos. No hay que rendirse sino con la muerte y despues de haber mandado al otro mundo muchos de ellos.» Cada uno se hacia capitan y exhortaba a los otros a que lo siguiesen en las acometidas que infructuosamente daban contra los españoles. El crédulo *Pran*, conociendo su engaño, fué el primero que intentó oponerse y acometer a los españoles; pero su temeridad halló por premio la muerte, con lo cual evitó los oprobios merecidos por su credulidad de toda su nacion. Aunque ninguno se rindió quedaron algunos pocos hechos prisioneros, ya por desangrados, ya por desarmados, entre los que se hallaron trece ulme-

nes, a los que, ántes de venir la noche, hizo Reinoso quitar la vida y colgar sus cuerpos de parte de fuera de las murallas de la ciudad. Ercilla dice que los hicieron saltar al aire atándolos a las bocas de los cañones.

V

PRISION Y MUERTE DE CAUPOLICAN

Con toda esta victoria no quedó contento Reinoso por habérsele escapado Caupolican, como de quien debia temer nuevas sorpresas. El lo suponia en aquellas cercanías y con muy poca gente: lo buscaba por todas partes, pero sin dar con él. Apremiaba con tormentos a los que hacia prisioneros en las contínuas correrías que hacia por las vecinas campañas y no adquiria luz del lugar donde estaba refugiado. Prometió grandes premios, privilegios y exenciones al que se lo descubriese, y como esto tenga tan grande fuerza en el corazon humano, halló por este medio quien se ofreciese a conducirlo al lugar donde estaba escondido Caupolican.

Destacó Reinoso un buen cuerpo de su caballería, que hizo condujese el traidor de su general. Llegaron al lugar al venir el dia, donde hallaron al infeliz general araucano con solo diez de los suyos, que no se le habian querido separar. Estos y el mismo Caupolican se pusieron luego sobre las armas para intentar la defensa; pero ellos, aunque haciendo esfuerzos de valor, pudieron resistir muy poco tiempo, porque los fusiles les fueron disminuyendo a gran priesa. Procuraron no matar al general sino cogerlo vivo para satisfacer mejor a su comandante. Caupolican quedaba ya solo y sin lugar a donde huir porque estaban todos los pasos cogidos y él rodeado de tantos poderosos enemigos; soltó las armas y se dió por vencido, no obstante las voces incesantes que le daba su mujer durante el ataque, que primero se dejase despedazar, se matase, si no habia otro remedio, que rendirse al enemigo. Fué tal la rabia, se dice, que tuvo esta araucana de ver que se rendia, que le botó un pequeño hijo que criaba, diciéndole que no queria tener de él aquella prenda, pues que se mostraba tan cobarde.

La victoriosa caballería, apoderada del desgraciado general, lo ligó fuertemente y corrió prontamente a la ciudad con él, cantando su triunfo

con los clarines, los cuales oidos por los vecinos, no hubo uno que no saliese a las puertas de la ciudad a recibirla y llenarla de aplausos de aquella su dichosa aventura. No se desconcertó un punto por esto Caupolican ni mostró decaer un grado de su decoro por los insultos que oia del vulgo contra su persona. Entregáronlo a Reinoso, quien, con rostro severo y fiero, lo recibió fulminando crueldades y una muerte ignominiosa como debida de justicia a las inquietudes y muertes que habia causado por tanto tiempo a los españoles.

Nada de esto bastó para descomponer a Caupolican ni para que él no profiriese un bien concertado discurso, que en otro ánimo que no fuese el de Reinoso, no solo hubiera movido los sentimientos de la humanidad, sino rendido a abrazar los justos y razonables pactos que él propuso: «Soy, oh! capitan, tu prisionero; pero lo soy porque he querido. Tuve tiempo de quitarme la vida antes que los tuyos me aprisionasen, y no lo he hecho para probar si con las razones que te voy a decir te reduzco a un razonable acomodamiento que te voy a proponer. No ignoras, oh! capitan, el poder y autoridad que tengo en Arauco y todos sus aliados, yo puedo hacer que toda esta gente ceda a tu soberano y que esté a otro mandar, sin salir de las cadenas en que me veo; yo te lo prometo, no por cobardía que ocupe mi corazon sino por compasion de tantas mujeres inocentes que quedan desoladas y de tantos párvulos que es preciso queden huérfanos. No me hagas sentir tu saña hasta no haberme hallado falsario o engañoso en mis promesas. ¿Qué otra cosa te puedes prometer de mi muerte? La sugecion del pueblo araucano hasta ahora libre? Sin mi muerte yo te la aseguro, y con ella yo te pronostico una guerra mas cruda que lo que ha sido hasta aquí. Este es el fruto y no otro el que debes esperar de mi muerte. El odio, ya muy encendido, que yo puedo apagar, se inflamará mucho mas contra tu nacion. De mis cenizas nacerán otros muchos Caupolicanes, que por ventura serán mas afortunados que yo. No te debes persuadir que la pérdida de un general deje en total desconcierto la nacion araucana. Quedan muchos excelentes oficiales que ocuparán dignamente mi puesto, que obligarán a vuestra gente a inmensas fatigas, a perder mucha sangre y vidas y a gastos exhorbitantes. Si no tienes compasion de la de mi gente, muévate la de los tuyos. No puede ser intencion de tu soberano tener vasallos forzados cuando los puede tener de grado; tener muy pocos, cuando pueden ellos ser innumerables; el gastar inmensamente, cuando sin eso puede señorear un reino entero; regar la tierra de sangre propia y con incertidumbre, cuando sin contraste puede multiplicarse infinito. Si, con todo, estás firme en tu resolucion poco prudente, pretendiéndome quitar de la presencia de los mios, mándame a tu Rey, que él ciertamente juzgará mejor que tú de la racionalidad de mis pretensiones.»

Toda la oficialidad y cuasi todo el pueblo estaba presente a este discurso de Caupolican, y movidos de él esperaban un buen expediente de Reinoso. Pero éste, teniendo a ultraje de su persona aquella libertad con que habia hablado Caupolican y ciego de la cólera, no atendió al peso de sus razones y profirió la bárbara sentencia que fuese inmediatamente empalado y asaeteado. Conmovióse el pueblo de aquella resolucion, que no se

esperaba, y cambió los insultos que le habia hecho a la entrada a Caupolican en alabanza de su persona y de sus justas pretensiones, y no faltó quien levantase la voz para vituperar la inprudente e inhumana conducta del comandante. La oficialidad toda se esforzó a entrarle humanidad, procurando de todos modos hacerle sentir toda la fuerza de las razones que habia alegado Caupolican; los religiosos interpusieron todo su respeto, y con la libertad que les daba su carácter hablaron mas libremente y como convenia a quienes habian ido allí para plantar la fe y su Santo Evangelio; pero a todo inflexible Reinoso mandó se preparase un cadalso en la plaza para que aquel mismo dia se ejecutase el suplicio. Como en esos tiempos era suma la autoridad que tenian los comandantes, tuvieron todos que obedecer.

Los religiosos y algunos señores compadeciéndose de aquella desgracia que no podian remediar, se convinieron todos a inspirarle la vida eterna y a procurar la salvacion de su alma, proponiendo las verdades eternas. Caupolican, como tan capaz que era y favoreciéndolo su Divina Magestad con auxilios particulares de su gracia, abrazó la religion cristiana y pidió las aguas del santo bautismo. Poco tuvieron que trabajar con él para instruirlo en las cosas mas necesarias de nuestra sagrada religion, porque Dios parece concurria con luces para aumentar las de su capacidad, pues una vez sola bastaba decirle una cosa y en explicársela para que él quedase impuesto de ella y respondiese despues sin equivocacion cosa por cosa, aunque para el poco tiempo que daba Reinoso era mucho, muy alto y muy sublime. Todos veian allí la mano poderosa de Dios y alababan su infinita bondad en la conversion tan sincera de Caupolican, el que ántes de recibir el santo bautismo, alzando los ojos al cielo, dió gracias a Dios por la gracia que le hacia de que le conociese, aunque tarde y en tiempo que no podia mostrar su reconocimiento a un beneficio tan particular como aquel con las buenas obras; lo que hecho, inclinó la cabeza para recibirlo. No es decible el consuelo que recibieron todos con este hecho o triunfo de la religion cristiana.

Estaba ya concluido el cadalso que habia hecho poner en medio de la plaza el comandante, instando por la ejecucion del suplicio, por lo que de la iglesia fué llevado a él Caupolican, acompañado solo de los soldados y de los sacerdotes que lo auxiliaban, porque el pueblo se habia quedado en la misma iglesia rogando a Dios para que lo favoreciese hasta el último momento de su vida. No sabia Caupolican la especie de suplicio a que lo destinaba Reinoso, y cuando puesto sobre el cadalso lo entendió y vió quien era el verdugo, se irritó de modo que de una furiosa coz echó abajo del cadalso al verdugo, que era un negro, diciendo al mismo tiempo: «¿No hay una espada? ¿No hay otra mano mas digna para quitar la vida a un hombre de mi carácter?» Aquietáronlo luego con buenas razones los auxiliantes, y tomado por fuerza de aquel mismo verdugo, fué sentado sobre un palo aguzado, haciéndole entrar hasta las entrañas. Las saetas que inmediatamente que bajó el verdugo del cadalso le dispararon los indios auxiliares acabaron de matarlo y desataron aquella grande alma para que fuera a gozar de Dios, como se debe presumir de tan singular gracia como la que habia hecho con él su Divina Magestad.

VI

VIAJE DE DON GARCÍA Y OTROS SUCESOS DE LA GUERRA EN ESTE TIEMPO

Mientras Reinoso triunfaba en Cañete, don García contrastaba con montañas cuasi inaccesibles y con los caminos mas intratables, porque no contento con restablecer todo lo conquistado por Valdivia, apenas visitada la ciudad de este nombre y puéstola en buen estado de defensa, salió de ella con buen número de tropas a descubrir nuevas tierras y a adquirir el título de conquistador a que aspiraba. Enderezó su marcha por la misma provincia de los juncos; estos luego se juntaron y ya derminaban oponerse al paso a viva fuerza de armas, cuando un araucano llamado ***Tunconaval***, les dió un partido con que creyeron ellos librarse del desposeimiento de su provincia. «Si quereis libraros de estos forasteros, les dice, fingíos pobres y miserables; ocultad vuestros haberes y particularmente el oro, mostrando que ni aun lo conoceis, porque ellos no se establecen sino donde esperan encontrar este único objeto de sus deseos: encomendadles la buena pasada que tienen los de mas adelante; y para persuadirlos de vuestra miseria, hacedles un regalo que la pueda significar bastantemente; unas lagartijas asadas sobre brasas y unas frutas amargas y desabridas serán muy a propósito.»

Fué abrazado de todos el parecer de Tunconaval y fué él mismo destinado con otros nueve a llevar un semejante regalo al general de aquellos forasteros. Estaba don García en su campo cuando llegaron a él estos embajadores y acercándose a él le presentaron en una cesta de mimbres el expresado regalo, diciéndole que la nacion, en significacion de la amistad con que lo recibia, quería hacerlo partícipe de aquello mismo de que se alimentaban. Don García recibiólos con agrado y mostró no despreciar su regalo, con que ellos se prometieron todo el efecto de su engaño; el que, si segun ellos pensaban, lo hubo, fué porque don García no

iba con resolucion de hacer nuevos establecimientos, sino solamente de descubrir nuevos países. Esto es preciso decir, porque no falta quien pretenda que estos bárbaros engañaron con efecto a don García, persuadiéndole lo miserable de su provincia, lo que es una manifiesta inconsecuencia; pues cómo podia ignorar lo rico y fértil de ella, teniendo la ciudad de Valdivia dentro de esta provincia? Dígase que conoció el engaño, mas afectó de no conocerlo, porque no era su intencion fundar en ella sino pasar adelante; y así fingiendo creerles asegurarse de no ser molestado en el pasage por su provincia.

Y para lisongearlos mas de aquello mismo, mostróles condolerse de su miseria, y preguntando si mas adelante habria otros pueblos que no pasasen vida tan miserable como la suya: «Los hay ciertamente, respondió Tunconaval, donde todo abunda.» Requirió mas: si le podrian dar un práctico del mejor camino para ir hácia esa parte. Tunconaval destinó prontamente uno de sus compañeros para que los guiase, imponiéndole que lo hiciera por las partes mas desastrosas que habia, cuales eran las del occidente. En efecto, este guia cumplió tan bien su comision que no pudo conducirlos por caminos mas desastrosos, pues no cabe mas en la imaginacion de lo que ellos fueron en la realidad. Todo era peñasquería, risquería, montes pelados, empinados hasta los cielos, precipicios por todas partes y a cada paso un nuevo y mayor peligro. Muchos de los de la compañía de don García eran de los que habian ido aventureros al Perú y aunque acostumbrados a no pequeños trabajos y grandes fatigas, a vista de las presentes cuasi desmayaron y quisieron volver atras, teniendo estas por las mayores de toda su vida. Su sufrimiento estaba ya en punto de faltar despues de cuatro dias de viage de esta condicion, cuando nuevo e inopinado accidente puso el colmo a las desgracias con la oculta fuga de la pretendida guia que los abandonó en tan funesta situacion, que otra idea no presentaba que la de un profundo calabozo de donde no se podia salir, pues a la vista no tenian sino espantosos despeñaderos que por todas partes les rodeaban. La sola constancia de don García y su intrepidez pudo hacer que no cayesen todos de ánimo enteramente. «En la suerte, les decia, que nos ha tocado ¡todos somos iguales. ¿Lo que yo sufro no podreis vosotros sufrir? ¿por donde yo paso no podreis vosotros pasar? yo voy adelante para ser el primero, o que se despeñe, y así lo procureis vosotros evitar, o que pasando, vea el fin deseado y os dé la bella nueva de que ya se han acabado los trabajos.»

Con esto ninguno se excusó de seguir a su ilustre conductor, el cual, superados todos los trabajos y peligros, llegó finalmente a la cima de un altísimo monte, desde donde descubriendo el grande archipiélago de Chilué y muchas embarcaciones de sus habitantes' que cruzaban el mar, gritó a su comitiva: hé aquí que son acabados los trabajos y que hemos llegado adonde deseábamos. Fué general el regocijo en todos. Y en efecto, que por la buena acogida que les hicieron aquellos isleños, dijo con toda verdad que ya eran acabados los trabajos; porque, apenas llegados a la playa, se les acercó una barca montada de quince personas, las que saludándolos con toda cordialidad, les preguntaron ¿quiénes eran? ¿dón-

de fuesen? y si necesitaban alguna cosa? Ellos, que se hallaban fatigados del hambre, respondieron que necesitaban de víveres. Inmediatamente el que hacia cabeza en la barca, les dió generosamente todo lo que traian, sin pretender ni recibir paga alguna por aquello, y antes bien mostrando sentimiento de que fuese tan poco, se ofreció de hacerles venir en mayor cantidad para toda la comitiva y con esta promesa se retiró a su casa.

No tardó mucho en llegar el socorro prometido, pues a pocas horas vieron arribar de todas partes muchas piraguas cargadas de maíz, frutas, mariscos y pescados, que del mismo modo les fueron dados gratuitamente. No obstante, el gobernador les hizo dar muchas de aquellas cosas que mostraban apreciar. Muerta la hambre con este socorro y animados con la cordialidad que mostraba aquella gente, los españoles les pidieron los llevasen a sus tierras en sus embarcaciones, lo que ellos hicieron luego sin poner dificultad alguna. Costearon el archipiélago hasta el seno de *Reloncaví* los españoles y aun pasaron algunos a algunas de las islas, donde encontraron la tierra bien cultivada, las casas todas de madera y bien provistas; las mujeres empleadas en hilar, teger y en los demas oficios propios de su sexo. El célebre don Alonso Ercilla que acompañaba a don García en este viaje, quiso tener la gloria de internarse mas que todos hácia el mediodía; atravesó dicho seno y en la playa opuesta dejó escrito en versos elegantes, sobre las cortezas de los árboles, su nombre y la fecha de este descubrimiento, que fué a 31 de Enero de 1558. De estas empresas hay muchas en nuestros españoles porque reinaba en cada uno la ambicion de llegar adonde otro aun no hubiese llegado.

Don García, satisfechos sus deseos con el descubrimiento de gente tan buena y habiendo tomado uno de aquellos isleños para que le guiase, se hizo conducir hácia la ciudad de Osorno que aun no habia visitado. Dirigió la marcha el conductor por el país de los Guilliches, que es casi todo plano y abundante de víveres, con lo que él llegó con mucho ménos trabajo e incomodidad a esa ciudad que era entonces la mas florida de Chile por las riquísimas minas de oro de su comarca. Algunos quieren decir que en esta ocasion la fundase o al ménos la reedificase; ni uno ni otro es creíble se hiciese en una expedicion tan a la ligera y sin aquellos preparativos que en tales tiempos eran necesarios para hacer nuevos establecimientos, y, sobre todo, una circunstancia tan notable no la hubiera omitido Ercilla en su relacion de este viaje. Tampoco se sabe que esta ciudad hubiese sido destruida por otro que por el toqui Paillamachu, que es muy posterior a este tiempo; lo mas, pues, que podemos decir, es que la fortificó dejando allí alguna gente de la que consigo llevaba, y, hecho esto, se encaminó a la Imperial.

Entrando iba aun don García por la ciudad cuando los vecinos de ella que le habian salido al encuentro, le contaban las victorias que he referido de Reinoso y la muerte dada al toqui de los araucanos. Todo lo recibió con muestras de singular complacencia, así porque la muerte dada a Caupolican se acomodaba a su índole inclinada a la crueldad, como porque con tales derrotas y sin caudillo, creia a los araucanos ya en estado

de no intentar cosa alguna remarcable y que pudiese ponerlo en cuidado; pero, a poco tiempo, conoció que su imaginacion lo habia engañado, porque le llegó aviso del mismo Reinoso, que yendo a socorrer la ciudad de la Concepcion amenazada por un nuevo toqui o general de los araucanos, habia sido por dos veces rechazado de éste con no pocas pérdidas de su gente, por lo que le suplicaba viniese prontamente con sus tropas.

El inexorable Reinoso experimentó por sí mismo lo infructuoso del cruel suplicio dado a Caupolican, cuya consecuencia fué el irritar mayormente los ánimos de toda la nacion. En efecto, apénas llegó a los araucanos la noticia de lo sucedido, cuando, encendidos en mayor cólera, resolvieron la venganza de tan afrentosa muerte, protestando llenos de furor de no perdonar a sangre ni a vida hasta haberla conseguido. Juntáronse luego a hacer eleccion de nuevo gefe adoptado a sus intentos, y la mayor parte de los sufragios cayó sobre el fiero Tucapel, que tanto se habia señalado hasta allí; pues, por ventura, no habia entre ellos otro que hubiese muerto mas enemigos ni mostrase mas actividad en los negocios de la guerra, circunstancias que pedia sobre todo la presente situacion en que se hallaban; y ya prevalecia este partido, cuando alzándose el viejo Colocolo les dijo: «No niego el mérito de nuestro gran Tucapel, pero yo hallo entre nosotros otro en nada inferior por mérito y tal vez mas a propósito en las presentes circunstancias para desempeñar el gran cargo de toqui con dar el lleno a mis deseos: este es el jóven Caupolican, hijo en todo semejante al padre, nuestro gran gefe difunto. ¿Quién tomará con mas empeño, con mayor actividad y con mejor acierto que él este negocio? la misma sangre del padre vertida a manos de nuestros enemigos y la ignominia de su muerte lo obligan a la venganza.» No dijo mas, pues ni tiempo le dieron para proseguir el discurso, aplaudiendo todos uniformemente y aprobando la eleccion aun los del partido de Tucapel en la persona del joven Caupolican. Tucapel mismo, bien lejos de formar alguna queja o resentimiento, no solo dió su voto al rival, sino que le suplicó que le acordase el honor de ser su teniente, lo que fué acordado con gusto.

Caupolican II[1] hallándose con bastantes tropas para emprender alguna accion gloriosa y sabiendo al mismo tiempo que la ciudad de la Concepcion se hallaba en la actualidad con poca guarnicion, dirigió contra esta todo su furor. Salió de las vecindades de Cañete con todo su campo, caminando de noche para mas ocultarse a los españoles; pero no pudo impedir el que lo siguiese Reinoso, o por alguno de los muchos centinelas que por todas partes tenia repartidas, o, lo que es mas de presumir, por algun oculto espía de su partido que se hallaba presente a la eleccion; pues de todas las circunstancias de esta, no ménos que de los designios del nuevo toqui, fué menudamente informado; por lo que pron-

1 Parece casi inútil decir que este Caupolican II es un personaje debido solo a la fantasía de Santisteban Osorio que contó sus imaginarias hazañas en la continuacion de La Araucana. De aquí ha nacido este error que copiaron Ovalle, Molina, Vidaurre, etc.

tamente salió de la ciudad, siguiéndole los pasos con quinientos hombres entre auxiliares y españoles, y habiéndolo alcanzado en Talcaguano, lugar no muy distante de la Concepcion, le presentó batalla. No se turbó Caupolican por ver disturbado su intento, antes admitió con gusto la refriega, porque esperaba en aquella accion vengar la muerte de su padre en la persona misma que fué autor de ella. Alentó con esto mismo a sus soldados diciéndoles: «hé aquí al autor de la ignominiosa muerte de vuestro toqui; si lo amabais, vengadla con la muerte de su matador; él viene orgulloso contra nosotros, no le temais, que mayores son nuestras fuerzas.» No tuvo tiempo de decir mas, porque Reinoso, furioso, le acometió con su gente; pero la de Caupolican la recibió con tan buen órden, que, léjos de ceder, no dió lugar al enemigo de acometer segunda vez, pues fueron tantas las flechas disparadas por las internas filas de Caupolican y con tan buen efecto, que no solo causaron el mayor desórden en las tropas de Reinoso con el estrago, sino que le obligaron a tocar precipitadamente la retirada, dejando muchos muertos en el campo por no quedar todos destrozados, y aun el mismo Reinoso quedó malamente herido, ni hubiera quedado alguno vivo si la ventaja de los caballos no los hubiera sustraido de las manos del valeroso Tucapel, que los fué siguiendo hasta las orillas del Biobio. Asegurado Reinoso de la otra parte del rio, se ocupó en dar prontas providencias para aumentar cuanto le fuese posible su gente; luego que juzgó tener número bastante de tropas, volvió al campo araucano, que aun no se habia movido de su primera posicion (por ventura para reparar los daños recibidos o acaso para no caer entre dos fuegos) acometiólo con igual intrepidez que la vez pasada y aun con mayores fuerzas, pero no por eso fué mejor su suerte; fué obligado a retirarse y aun a abandonar la empresa, mandando pronto aviso de sus desgracias a don García, como ya dejamos insinuado.



VII

BATALLA QUE TUVO DON GARCÍA CON CAUPOLICAN II

Inmediatamente que recibió don García el sobredicho aviso, se puso en marcha para venir a humillar el orgullo que comenzaba a tener Caupolican con las victorias obtenidas contra Reinoso. Aquel *Millaláuco* (de quien dijimos que fué a cumplimentar o tratar de paz con don García a la *Quiriquina)*, trajo el aviso a Caupolican de que el general español venia en su busca y que con las muchas tropas que traia venia devastando las provincias todas del estado araucano. A este aviso, el jóven toqui, no ménos cuerdo que su viejo padre, abandonó inmediatamente la empresa contra el establecimiento español, por acudir pronto al socorro de su propia casa, que, estando sin defensa, podia ser toda desolada; mas, no perdiendo de vista el primer intento, dió el mando de algunas tropas al mismo *Millalauco*, que allí quedó con órden de impedir que Reinoso o cualesquiera otro pudiese introducir socorro o refuerzo a la ciudad de la Concepcion.

Llególe aviso a don García de la presurosa marcha de Caupolican contra él, y bien informado de la vecindad y camino que traia, se retiró a la Imperial dejando en emboscada doscientos hombres de a caballo en un sitio por donde precisamente debia pasar. Poco tiempo tuvieron que aguardarlo, porque luegó llegó, y aunque no temia ser asaltado, venia prevenido trayendo en buen órden sus tropas, lo que de mucho le sirvió en esta ocasion. Saliéronle de su emboscada los españoles embistiéndole por el costado; mas, a una voz del general, volvieron todos la cara tan prontamente al enemigo insidioso, que se pusieron de frente, combatiendo tan gallarda y valerosamente que al primer encuentro fueron mas los muertos de parte de los asaltadores que de los asaltados, con lo que de asaltadores se hicieron fugitivos. Tomaron con esta ocasion tanto ánimo los araucanos que batiéndoles continuamente la

retaguardia y matando a no pocos, los persiguieron hasta las mismas puertas de la Imperial, y sin perder tiempo pusieron sitio luego a esta plaza.

En el entrelanto quiso Reinoso aprovecharse de la ausencia de Caupolican para meter socorro en la Concepcion; pero Millalauco que siempre estaba alerta, le salió cada vez al encuentro para impedirlo. Batiéronse siempre de ambas partes con tal empeño y con tanta igualdad que nunca vió uno decisiva victoria por alguna de las dos partes; por lo que cansados de estas escaramuzas, se desafiaron a un duelo particular los dos gefes y a pelear solos cuerpo a cuerpo. Dejadas en distancia sus tropas salieron al medio del campo estos dos combatientes; disputáronse por largo tiempo el triunfo, sin que por una ni otra parte se reconociese ventaja alguna; ambos estaban heridos y ambos sentian ya la falta de fuerzas, pero ninguno por eso cedia a su contrario, hasta que de comun acuerdo, confesándose iguales, se retiró cada uno a los suyos. Continuaron despues las escaramuzas con igual ventaja de ambos; pues si Millalauco impedia siempre el ingreso al socorro, Reinoso libró siempre la plaza del asalto enemigo.

Por este tiempo Caupolican apretaba el sitio de la Imperial sin apartarse de ella; dióle diversos asaltos, aunque sin otro fruto que la pérdida de muchos de sus soldados en cada vez: tentó por último corromper a los indios auxiliares de don García, con cuya ayuda esperaba salir con su intento. Para este efecto introdujo adentro dos emisarios, llamados *Tulcamaru* y *Torquin*, pero, habiendo sido estos descubiertos, los hizo empalar don García a vista del mismo Caupolican y todo su ejército. No cesaron estos desgraciados mientras pudieron hablar de encomendar a los suyos la defensa de la patria y la venganza de la propia sangre que derramaban por ella; y al efecto habian movido los ánimos de no pocos con sus exhortaciones e induciéndolos a volver las armas contra los españoles al tiempo que Caupolican diese el asalto, pero pagaron con la propia vida ciento de ellos, cuya mala voluntad constó mas claramente a don García, que los mandó colgar por las murallas de la ciudad. Este castigo bastó para poner freno a los demas y quitarles la voluntad de la prometida traicion.

No por esto desamparó el sitio Caupolican, antes bien, deseoso de señalarse con la presa de una plaza, ya anteriormente por dos veces inutilmente procurada por su padre, resolvió darle otro asalto, para el cual exhortó su gente con las razones siguientes: «Vamos, dijo, a dar el asalto a la ciudad; si todos seguis mi ejemplo, ella debe ser nuestra. Si alguno puede, pruebe a ser primero que yo el que se ponga dentro de sus muros. Si quereis todos la venganza, todos debeis derramar sangre española, o, por lo ménos, debeis procurarlo y no desistir hasta no haber hecho que sea mucha; yo me pongo a igual peligro que vosotros y espero, si me ayudais, no volver a este puesto sino despues de haber cantado la victoria dentro del mismo campo enemigo. Ea, sacudid todo temor de vosotros, no tengais otros pensamientos que el de la victoria, ni otra esperanza que el fruto de nuestra libertad por que peleamos.» En diciendo esto, dió la señal que ya todos deseaban, encendidos del mayor furor, y

acometieron unánimes con tal impetuosidad que todas las pasadas pueden tenerse por simples escaramuzas, sino queramos llamarlas ensayes para el presente. Caupolican, como lo habia prometido, fué el primero a exponerse a los mas manifiestos peligros; escaló en persona diversas veces la muralla, llegando, con el favor de la noche, a internarse dentro de la misma plaza seguido de Tucapel y de algunos otros de sus mas atrevidos soldados; pero el valeroso don García que acudia a todo próvidamente, lo rechazó siempre poniéndole esta vez a las estrechas contra el muro de la ciudad, de modo tal que el solo valor incomparable y fuerzas de Caupolican, lo pudieron salvar con un gran salto, con que, salvando la muralla, se restituyó a los suyos, cubierto mas de sangre enemiga que de la propia: fué indecible el júbilo de su campo todo cuando se aseguraron de su presencia, pues lo creian ya víctima inmolada a su temerario furor. Hizo tocar luego la retirada meditando entretanto nuevos proyectos con la esperanza de mejor suceso.

Habia ya visto por experiencia Caupolican que era imposible vencer a don García en la Imperial; por lo que abandonando esta empresa resolvióse de ir a buscar a Reinoso, de quien habia probado que podia ser vencido, animado siempre del deseo de vengar la muerte de su propio padre. Don García conoció bien lo que podia el furor de este jóven no ménos valiente que arrojado, y así no quiso perderlo de vista. Siguióle siempre los pasos y entendiendo sus miras contra Reinoso, le atajó los pasos, apresurando su marcha hasta unirse con todas sus fuerzas a las de Reinoso, dejando con esto burlado a Caupolican, que nunca se atrevió a venir a campal batalla contra fuerzas combinadas, sin embargo de haber él aumentado su ejército de no pocos destacamentos que de nuevo se le habian unido. Es menester confesar que estos generales uno a otro mutuamente se temian en tales circunstancias; pues tampoco don García quiso abandonar el puesto reforzado de Cañete donde se hallaba, juzgando no pequeña ventaja el tener siempre en freno al ejército araucano para que no perjudicase a los otros establecimientos. Ni por esto dejó de haber en este tiempo, que fué de algunos meses, muchas escaramuzas entre ambos partidos con alternativa de la suerte; mas, como estas no trajesen consecuencias notables ni hicieran mudar el sistema de la guerra, no merecen otra memoria.

En este tiempo considerando Caupolican que sus tropas entrando tan frecuentemente en contraste con un enemigo que tenia armas tan superiores, se le iban disminuyendo de dia en dia, cuando por el contrario las otras se aumentaban por los continuos socorros y refuerzos que de várias partes le venian, determinó fortificarse, fijando un cuartel general para sus tropas. Eligió para este fin el lugar que llaman *Quipeu* o *Cuyapu* que yace entre Cañete y la Concepcion, desde donde, a su pensar, se hallaba pronto para todas las expediciones que se hallasen convenientes contra una u otra de dichas ciudades. El sitio, a la verdad, pudiera hacerse inconquistable para cualquier otro enemigo que no se valiese de la artillería como don García. Caupolican, que tenia bien conocidas las ventajas de él, antes de mover su campo de la vista del gobernador, mandó gente a fortificarlo con buenas trincheras para su defensa y para

mejor resistir a don García, que suponia le habia de seguir. Avisado ya de la conclusion de todo, hizo la mudanza de su campo al improviso; pero no por eso cogió desprevenido a don García, que siempre estaba pronto con los suyos para partir a cualquier movimiento del enemigo.

Salió en efecto de Cañete siguiendo los pasos a Caupolican, mas, llegado a aquel lugar, le halló mas fortificado de lo que pensaba, con buenas trincheras y baluartes a mas de la natural ventajosa situacion. Muchos dias estuvieron ocupados en solas escaramuzas sin venir jamas a un ataque general. Procuraba don García, con diversas estratagemas, sacar al enemigo de aquel recinto poco ventajoso para su caballería; pero Caupolican que habia fijado por sistema conservarse mas sobre la defensiva que sobre la ofensiva, conociendo las fuerzas superiores de don García, no sabia resolverse a salir de él, evitando con todo cuidado el venir a batalla formal. Cansado de las dilaciones y viendo que era muy difícil obtener su intento, para desambarazarse mas presto, pensó don García venir a pactar con su enemigo, ofreciéndole la vida y una buena pasadía entre los españoles, con tal que se rindiese con todos los suyos; mas, rehusando el araucano, pasó a intimarle los mas horrendos suplicios, que igualmente despreció el orgulloso toqui.

Con esto y con haber sabido la cruel muerte que Caupolican habia dado al indio Andres, fidelísimo a los españoles, mandándole sofocar a fuerza de humo colgado de los piés, no quiso esperar mas y ordenó que luego fuese puesta en órden toda su artillería y batiera sin reparo al recinto enemigo. A vista de los estragos que de esto sufria la gente de Caupolican, comenzó a instigarlo a hacer una fuerte salida, procurando, si podian, apoderarse de los cañones, como en otra ocasion lo habian hecho con Villagra. Consintió en ello y salieron con tal furor que de la primera acometida mataron cerca de cuarenta. Continuaban hiriendo y matando de modo que los mas tímidos ya creian ser vencidos de los araucanos, cuando don García, como experto general, cogiendo el punto oportuno, mandó hacer una evolucion, con que cortándole la retirada, los dejó cerrados por todas partes; y aquí fué donde peleó mas la desesperacion que el valor, pues aun mantuvieron la batalla por seis horas contínuas, indecisa, hasta que habiendo caido ya los primeros oficiales y los mejores soldados, el general con los pocos que le quedaban se dieron a la fuga, siguiéndolos un destacamento de caballería, y estando ya para ser cogido Caupolican, se dió a sí mismo la muerte por no verse vivo entre sus enemigos. Entre los muertos que quedaron en el campo fueron reconocidos *Tucapel*, *Colocolo*, *Rencu*, *Lincoyan*, *Ongolmo* y varios ulmenes.

Esta gente que no sabe rendirse sino con la muerte y que vende muy cara su vida, antes de quedar así destrozada, mató en esta batalla gran número de los nuestros, y casi no hubo alguno a quien no quedase alguna señal para acordarse en el resto de su vida de este dia memorable. Don García celebró siempre esta victoria como una de sus mas famosas hazañas, conservando muy presentes los oficiales que en ella mas se señalaron, como un Bernal, un Reinoso, un Olmos Aguilera, Quiroga, Jofré, Esquivel, Pineda, Ponce de Leon, Ibarra, Vega, un Gamboa y otros

muchos que en cada encuentro con el enemigo hicieron heroísmos de valor; los tuvo, digo, presentes para que fuesen premiados, como merecian, confesando que todo premio les era debido y ninguno seria superior a los importantes servicios hechos a la corona.



VIII

ÚLTIMOS HECHOS DE DON GARCÍA EN SU GOBIERNO

Con tan señalada victoria como esta quedó persuadido don García no solo de haber quebrantado las fuerzas a los araucanos, sino tambien de haberlos humillado de modo que a momentos esperaba viniesen a pedir paces y reconciliacion con nuestra nacion; y en efecto este parecia un consiguiente necesario al destrozo formal de sus tropas con la muerte de su cabeza y de los mejores oficiales que las sostenian y animaban al pueblo a hacer resistencia tan obstinada. Así parece, discurriendo conforme a razon, que debia ser; mas ellos pensaban muy al contrario, pues la índole de esta nacion es por naturaleza orgullosa y soberbia y por consiguiente incapaz de cualquier acto de humillacion o rendimiento. Es preciso confesar que don García no formó la idea que debia de los araucanos en esta parte, que otra hubiera sido su conducta; no se hubiera mostrado tan inhumano con los prisioneros y hubiera usado con toda la nacion de medios proporcionados a ablandar su dureza, como el lisongear a su misma libertad y honrar a sus personas, y de este modo los habria mas facilmente reducido al conocimiento de la soberanidad de nuestros señores los reyes y a la católica religion que no por la violencia de las armas.

El araucano es incapaz de miedo y su extremo amor a la libertad lo hace no ceder a los mas humillantes reveses de la fortuna. Su sangre derramada y sus mismas pérdidas lo empeñan mas a la venganza y le infunden mayor vigor y mayor coraje. Con lo que se pretende humillarlo se enciende mas su odio y cobra mas alientos para esperar de triunfar alguna vez. Bien lo conoció el historiador Tesillo cuando en su *Historia* la constante oposicion de estos indios le hizo poner esta expresion: *Uno solo que quede de ellos no dudará oponerse al progreso de nuestras armas.*

Ellos, en consecuencia de este modo de pensar, despues de la gran derrota que acabamos de referir con la pérdida de su general y mejores

oficiales, se juntaron de nuevo en un bosque vecino, donde jurando de nuevo la venganza, eligieron de comun acuerdo por su toqui o nuevo general de sus armas a *Antiguenu* que hasta entónces habia servido en calidad de bajo oficial, pero que por sus hechos y valor singular se habia hecho distinguir en las últimas batallas. Este, no obstante que veia el mal estado en que se hallaban las fuerzas de la nacion, admitió el honroso cargo, conociendo ya le habia de atraer todo el odio enemigo; mas, el amor a la patria y el deseo de la venganza eran poderosos incentivos para todo tentar y nada temer. No le pareció prudencia nombrar teniente, ni ménos salir luego contra el enemigo, como se deduce del siguiente discurso que hizo a aquella asamblea: «Ya que, señores, poneis en mí el mando de las armas y ya que fiais a mi conducta la recuperacion de nuestras tierras y la libertad de nuestra servidumbre que ya se entra por nuestras casas, creo deberos decir que en las circunstancias tan críticas en que nos hallamos, sin oficiales que manden los cuerpos, sin soldades que guarden los puestos y sin gente que reemplaze los muertos, cualquiera pérdida que hagamos puede ser causa de nuestra ruina: es, pues, en mi juicio, necesario escoger una situacion en que nos pongamos a cubierto de esto y donde no podamos ser atacados del enemigo hasta haber reforzado nuestro ejército, de modo que podamos con seguridad emprender cualquiera accion gloriosa. No es estar en ocio cuando se crian las fuerzas para combatir con gloria; ni es temor el no entrar en accion cuando se ve que no se puede sacar ventaja. ¿Qué hallais que oponer a mi discurso?» Nada, respondieron todos a una voz; no hay otro partido, ejecuta tú lo que has propuesto.

Oido esto, dejó Antiguenu aquel bosque y condujo los pocos soldados que quedaban del ejército araucano a los inaccesibles lagos de *Lumaco*, donde para conservar sus gentes de la mucha humedad del lugar, hizo construir una especie de tablados. Mandó luego se hiciesen levas en todo el Estado; ni era menester fuerza para hacer venir hombres y aun mujeres, pues cuanto mas temian la sujecion de que se veian amenazados de los españoles, tanto mas gustosos concurrian a juntarse al campo para acabar con ellos, si pudiesen. Ocupóse cuasi todo este año Antiguenu en formar un buen ejército, y ejercitando cada dia su gente en el manejo de las armas, iba nombrando sus oficiales de mano en mano, que, conocidos los talentos, viera algunos sobresalir de los demas, particularmente en las expediciones que cuando ya estuvo satisfecho, comenzó a hacer salir contra españoles para mas aguerrirlos con las veras.

Don García, entretanto, ignorando lo que pasaba en el campo enemigo y mucho mas las miras de aquella inaccion hostil del araucano, así como tambien los demas españoles daban ya por concluida la guerra. Fijóse en la Concepcion, desde donde comenzó a repartir las órdenes convenientes para la mejora de todos aquellos establecimientos que habian sido destruidos o arruinados durante la guerra. Mandó refabricar la plaza de Arauco. Escribió a los vecinos de Angol que ya era tiempo que, saliendo de la Imperial, volviesen a tomar posesion de sus antiguas tierras; mandó órden a la ciudad de Valdivia para que los antiguos pobladores de la Villarica, que allí estaban refugiados, saliesen a poblar su

desamparada ciudad, lo que ellos hicieron a tres leguas distante del antiguo sitio, por juzgarlo mas cómodo, poniéndose a orillas de la laguna y cerca del nacimiento del rio Tolten; y en todas partes se comenzaron con nuevo empeño a trabajar las minas, donde las habia. Desde el principio de su gobierno habia solicitado don García la fundacion de un obispado en Santiago, y puntualmente, por este tiempo, llegó al Reino la creacion de él, hecha por la Santidad de Pio V Pontífice Máximo. Celebró esto infinito don García por el motivo que le daba de congraciarse con los nuevos pobladores que tanto lo deseaban para el bien de sus almas, y partió inmediatamente para Santiago a recibir al primer obispo que se veia en Chile. Este fué don fray Fernando de Barrionuevo, religioso menor observante de San Francisco, que gobernó santa y zelosamente aquella iglesia, haciéndose amar de todos y venerar por hombre de singular virtud.

No se hallaba contento don García con lo que en la actualidad gozaba, al parecer pacíficamente: deseaba aumentar su gobierno con extender aun mas las conquistas, y hallándose con buenas tropas y bien provistas por los frecuentes socorros de armas y de hombres que del Perú le venian enviados por el Exmo. señor Virey su padre, determinó concluir la conquista de las provincias del Cuyo y Tucuman, comenzada en tiempo de don Pedro Valdivia por medio de don Francisco Aguirre, como ya dijimos, haciendo en ellas algunos establecimientos. Escogió para esta expedicion a don Pedro de Castillo, hombre de sábia conducta, quien partió con buen número de gente y con órden de establecerla en ambas provincias. Entró, desde luego, sin oposicion en Cuyo, porque estos indios son de natural muy diverso de los chilenos, y ademas acostumbrados ya a la sugecion y a llevar pacientemente el yugo de la servidumbre que ántes de los españoles les habian puesto los emperadores del Perú, de mas de cien años atras. Don Pedro de Castillo, gobernándose por las informaciones que de aquel país habia traido don Francisco Aguirre, fundó en aquella provincia dos ciudades, llamando a la primera Mendoza, por eternizar cuanto pudiese el nombre de su general con el apellido de su ilustre familia; y a la segunda San Juan de la Frontera. De ambas hemos hablado en el segundo libro de esta historia describiendo esta provincia, la que hasta ahora ha estado sugeta al Gobierno de Chile en lo civil y militar, y en lo espiritual al Obispo de Santiago. Algunos dicen pasó adelante y fundó otro establecimiento en la provincia de Tucuman, lo que, a mi juicio, es muy probable, porque de lo contrario no hubiera habido motivo para la diferencia que luego veremos entre el gobernador Villagra y Virey del Perú.

En esto entendia don García cuando le llegó la nueva de que habia arribado a Buenos Aires don Francisco de Villagra, nombrado por la Magestad del señor Felipe Segundo por gobernador de Chile con título de Adelantado. No quiso detenerse a hacer la entrega del baston, o fuese por recelarse de algun desaire del nuevo gobernador, a quien, en competencia, habia vencido en las pretensiones anteriormente, o tal vez porque no siendo en aquellos tiempos tan frecuentes las ocasiones de pasar a Lima por mar, quiso aprovecharse de la oportunidad que le ofreció un navío

que estaba próximo a darse a la vela; por tanto, dejando el mando de las tropas a don Rodrigo de Quiroga, se restituyó prontamente al Perú, desde donde en lo porvenir cooperó mucho al establecimiento de Chile con mandar frecuentes y abundantes socorros de gente y armas desde luego que entró a ocupar dignamente el importante puesto de Virey de aquel Reino.



IX

SUCESOS EN EL GOBIERNO DE DON FRANCISCO DE VILLAGRA

Cuando llegó al Rey nuestro señor don Felipe 2.° la noticia de la muerte de don Pedro de Valdivia, se hallaba en Europa don Gerónimo de Alderete; a éste llamó Su Magestad para que le informase de los mejores oficiales que habia en Chile, para proveer aquel empleo en el que fuese mas a propósito. Don Gerónimo lo hizo poniendo en el primer lugar a don Francisco de Villagra, quien, a su partida para España, quedaba teniente de Valdivia; a don Francisco Aguirre, capitan de distinguido mérito, puso en el segundo, y en tercero a don Rodrigo de Quiroga. Este preventivo informe valió mucho en Su Magestad para que oyese con benignidad las modestas quejas que dió don Francisco de Villagra del Exmo. señor Virey, que le habia quitado el empleo de gobernador de Chile por nombramiento de Valdivia. Apoyó su pretension con el buen estado en que tenia la conquista de aquellas provincias con la muerte de *Lautaru* y otros importantes servicios hechos a Su Magestad a este propósito. Concedíale el Rey aun mas de lo que pedia, pues le confirió el Gobierno de Chile dándole el título de Adelantado, que era lo mismo en aquel tiempo que declararle independiente del Virey de Lima, y de por vida; añadiéndole mayor honra con darle expresa facultad para dejar por testamento el Gobierno de Chile al oficial que juzgase mas digno: dióle ademas un buen socorro de gente y armas y mandó partiese luego para su gobierno.

Llegado, como hemos dicho, a Buenos Aires Villagra, se puso luego en camino para Chile con seiscientos hombres de tropa escogida que traia consigo de España; y arribando a Cuyo halló recien fundadas las ciudades de Mendoza y San Juan de la Frontera, que quiso visitar por sí mismo, y habiéndolas provisto de todo lo que juzgó necesario pasó con casi toda su gente por el camino de la cordillera, que dejo descrito en el se-

gundo libro de esta historia, sin padecer los desastres que Almagro por ser en buena estacion del año. Don García habíale dejado los mejores informes del estado en que dejaba los araucanos; los que apoyó Quiroga asegurando que no estaban en grado de moverse mas, ni de ellos habia que temer despues de la última derrota acaecida en Quipeo, despues de la cual no habian tenido valor para hacer el mas leve movimiento.

Con lo que dándose por seguro el Adelantado por la parte de Chile, volvió sus miras a rehacer la provincia del Tucuman, que el Virey del Perú habia desmembrado de su gobierno, a que debia pertenecer, puesto que desde el año 1549 habia sido conquistada por los españoles de Chile. Procuró primero conseguirlo del Virey con buenas razones; pero, nada valiendo éstas, destacó a don Gregorio de Castañeda con buenas tropas, para que por fuerza de armas la reconquistase de los mismos españoles. Sabido por el Virey esta resolucion de Villagra, mandó salir contra Castañeda al autor mismo del desmembramiento, que lo habia sido don Juan de Zurita con competentes tropas para impedir la agresion; mas viniendo a las manos en batalla campal los dos cuerpos, quedó la victoria por Castañeda y consiguientemente el Tucuman entró de nuevo bajo la gobernacion de Chile; de la que, finalmente, por recurso del Virey a la corte, al fin de este siglo volvió a ser separada.

Poco le duró al Adelantado el sosiego prometido por don García y Quiroga por parte de los araucanos: apenas habia llegado Castañeda al Tucuman con las mejores tropas de Chile, cuando comenzaron a llegar a Santiago los lamentos de muchas partes, refiriendo los destrozos que en varias correrías iba haciendo Antiguenu por los territorios españoles, talando a sangre y fuego haciendas, campos y sembrados. Conocia muy bien Villagra el natural de aquella indómita nacion para no preveer luego las fatales consecuencias que estas centellas podian producir si no se procuraba poner pronto reparo al fuego, de modo que se sofocase en su principio. Armó lo mas pronto que pudo las pocas tropas que habian quedado en Santiago, y bajo el mando de su hijo don Pedro las despachó a cubrir los establecimientos, con órden de no entrar en batalla si no fuese precisado de la necesidad, o lo juzgasen conveniente los oficiales viejos y expertos en aquella guerra que le dió por compañeros; hizo volver las tropas de Tucuman, a las cuales unió buen número de reclutas hechas en aquel entretiempo, y con estas fuerzas caminando a marchas forzadas, pasó a unirse con el hijo para hacer válida oposicion al enemigo.

Continuaba Antiguenu sus correrías con feliz suceso, pues no solo conseguia el ejercitar mayormente sus tropas, que era su principal intento, sino tambien el proveerlas abundantemente de víveres, lo que suministró ocasiones al señor Villagra para mostrar su valor y pericia militar, pues viniendo a las manos en diferentes encuentros quedó siempre victorioso, obligando a los enemigos a retirarse con pérdida a su rochela *Lumaco*. No desmayaba por eso Antiguenu, atribuyendo las pérdidas que hacian los suyos, no ya a la superioridad de los españoles, incontrastable, sino solamente a poca pericia en el arte de la guerra; y asi continuaba en mandar con frecuencia algunos destacamentos, forma-

dos ya de unos ya de otros, a aprender con la propia experiencia el modo de vencer alguna vez.

Este modo de obrar el Toqui Antiguenu, acaso no entendiendo todas sus vistas, hizo persuadir al Adelantado que aquella guerra no requeria toda su atencion; y juzgando bastantes para reprimir aquellas pequeñas incursiones las tropas que en cada plaza habia de guarnicion ordinaria, viendo tambien la imposibilidad de acometer al enemigo en su propio campo, determinó por ventura retirarse con el resto de sus gentes a la Imperial, asi por visitar a sus antiguos conciudadanos, como principalmente por dar algun reposo a sus soldados y tomarlo él, mirando por la salud de todos los que infructuosamente padecian en aquella campaña. Aprovechóse de esta ausencia Antiguenu que ya juzgaba sus tropas capaces de emprender con buen suceso cualquiera accion, y abandonando su retiro salió con todas ellas a acometer la plaza de Cañete directamente, dándole un vigoroso asalto, pero la buena guarnicion que allí habia quedado, acompañada de los valerosos vecinos, que prontamente se armaron, le hicieron tal resistencia que presto le hicieron conocer su engaño; obligándolo a desistir por la mucha gente que perdia y aun a pensar, como lo hizo, en volverse a su antigua estacion de los lagos de *Lumaco*, no desesperando todavía de vencer a sus enemigos en otras ocasiones cuando sus tropas estuviesen algo mas aguerridas. Confirmóse en esta persuasion con la victoria que poco despues obtuvieron los suyos en las colinas de *Millapoa* de un cuerpo de españoles que bajo las órdenes de Arias Pardo mandaba el Adelantado para reforzar a Cañete, informado de todo lo sucedido.

Animada la gente de Antiguenu con este feliz suceso y ya viendo él que podia vencer a los españoles, salió de nuevo del cenagoso *Lumaco* y se apostó sobre la cima del monte *Marihuenu*, situacion ya célebre por la derrota que en este mismo lugar habia dado en otro tiempo a don Francisco de Villagra el famoso *Lautaru*. No menos que éste se fortificó Antiguenu esperando renovar una victoria que habia sido de tanto júbilo a la nacion. Llegó esta nueva al Adelantado en circunstancias que se hallaba gravemente enfermo de la gota, por consiguiente impedido de poder acudir en persona; por lo que creyendo a su hijo capaz de suplir su falta, por haber felizmente concluido algunas otras expediciones que le habia encomendado,mandólo esta vez con buena y lucida tropa a desalojar a Antiguenu de un sitio tan peligroso. Envanecido este jóven con las pequeñas victorias anteriores, corrió a arrojarse en brazos de la muerte, por no dar oidos a los prudentes consejos de los sabios y expertos oficiales que le acompañaban. Juzgaba cobardía y no temeridad suya el no querer acometer al araucano en aquel lugar en que pensaba vengar la derrota de su padre, y acalorado con este deseo, ordenó el asalto fatal en que pagó con la vida su juvenil intrepidez. Con tan poca precaucion repartió sus órdenes que desde el principio comenzó a ser grande el estrago en sus tropas: éstas, no obstante, peleaban con tanta resolucion que llegaron a vencer la trinchera enemiga y entrando en el campo hicieron prodigios de valor aquel dia. No fueron para menos los araucanos, rechazando con no menor denuedo y aun con mejor órden

los ataques. Desde un rincon, a que se veia reducido con los suyos, mandaba el incauto jóven las acometidas, y ciegos los españoles con el calor de la pelea las ejecutaban: el araucano mas astuto al verlos venir hacia abrir prontamente y con grande ordenanza su campo en dos partes para dejarles franca la entrada a su centro, y luego arrojándose como leones enfurecidos sobre los costados de los españoles los destrozaban sin remedio: duró algunas horas este fiero combate, hasta que uno de los soldados de Antiguenu con un golpe de maza en el pecho privó de la vida a don Pedro de Villagra, jóven de singular valor, que, si hubiera reguládose con mas prudencia y docilidad a las sábias advertencias de las mas experimentados en el arte militar, hubiera sido uno de los mejores soldados de la España, y hubiera evitado en esta ocasion la pérdida de muchos oficiales de gran mérito y del mayor número de las mejores tropas que en aquel entonces tenia el Reino de Chile. Los pocos españoles que quedaban, unidos con mejor disciplina bajo las órdenes del capitan Pedro Cortés continuaron con inexplicable valor la pelea hasta apoderarse del cadáver de su desgraciado gefe, que el mismo capitan tomó sobre la silla de su caballo para conducirlo a la Imperial, librándolo de los desacatos que los indios solian cometer con los enemigos de distincion, que podian coger en la guerra. Tocó luego la retirada, y esta se hizo con tan buen órden que pudieron finalmente ponerse en salvo, sin embargo del furor con que los araucanos por mas de tres leguas de camino siguieron batiéndoles la retaguardia. Atravesó el corazon del buen viejo Villagra mas la derrota y pérdida de tanta oficialidad y vecinos de la ciudad que la muerte de su inconsiderado hijo; y la enfermedad con este gran pesar agravada sobremanera y mal curada por la ignorancia del médico que le asistia, dentro de poco tiempo le atrajo la muerte.

Orgulloso quedó Antiguenu con esta victoria tan completa y figurándose que ya la ciudad de Cañete no podria resistirle ahora como la vez pasada, inmediatamente levantó el campo y se encaminó hácia ella para vengar ahora la afrenta recibida en la resistencia anterior, pero ¿quién podrá explicar cual fué su rabia y furor cuando al llegar a esta plaza se halló sin un solo habitante? Descargó su zaña contra los varios edificios y hubo de contentarse con reducir estos a cenizas. Es el caso que apenas fué informado el Adelantado del infeliz suceso de Marihuenu, que juzgando muy difícil en tales circunstancias la defensa de Cañete, mandó que prontamente se retirasen la guarnicion y habitantes a la Imperial antes que fuesen acometidos del victorioso enemigo; así se ejecutó, con que fueron burladas las esperanzas de Antiguenu.

Agravada ya sobremanera la enfermedad de don Francisco de Villagra, Adelantado del Reino, como dijimos, su médico le ordenó tomar unos baños, con lo que, apresurando la muerte, en breve perdió la vida, con universal sentimiento de la ciudad y aun de todo el Reino que perdió en él un hombre sabio, un padre humanísimo y un soldado no menos valeroso que perito en el arte militar. Antes de morir, usando de la facultad que el Rey N. S. se habia servido de concederle, nombró por su sucesor en el gobierno a su primo don Pedro de Villagra, no ya como alguno podia

pensar, movido de la inmediata relacion de sangre, sino por el singular mérito de este sugeto, en que a ningun otro oficial era inferior, y por las bellas cualidades que adornaban su grande alma, en las que era superior a todos.

X

GOBIERNO Y SUCESOS DE DON PEDRO DE VILLAGRA

Hallándose burlado Antiguenu en el meditado asalto de Cañete con la preventiva evacuacion de esta plaza, y noticioso de la muerte del Adelantado, concibió otro proyecto de mayor monta, y fué el acometer a un mismo tiempo la fortaleza de Arauco y la ciudad de la Concepcion. Dividió a este fin sus tropas dando dos mil hombres a *Antunecul*, a quien por haberse distinguido particularmente en la batalla de *Marihuenu* hizo su teniente, y a este encomendó el asalto de la Concepcion; tomó para sí otros dos mil y con ellos se encaminó hácia Arauco. Púsose luego en marcha Antunecul, y pasado el Biobio se acampó en un lugar llamado *Leukethrial*, a poca distancia de la ciudad, lo que, sabido por el nuevo gobernador don Pedro de Villagra, que a la razon estaba en ella, salió con sus tropas a batir al enemigo en sus propios cuarteles; pero, hallando en él mayor resistencia de lo que se habia imaginado, tuvo por conveniente el retirarse, no sin pérdida, a la ciudad, hasta cuyas puertas fué siempre seguido y combatido del araucano.

Parecíale a Antunecul un preludio este para la consecucion de sus intentos, y así determinó no moverse de aquí hasta haberlos conseguido. Puso para ello formal asedio a la ciudad haciendo seis divisiones de sus tropas y apostándolas en sus contornos en los lugares mas convenientes para molestar contínuamente con los frecuentísimos asaltos, ya por una parte, ya por otra, y ya por diversas a un mismo tiempo, impidiendo siempre todo género de socorros por tierra. Dos meses enteros duró en esta posicion haciendo contínuas hostilidades, pero sin poder jamas impedir el que por mar no entrasen grandes y poderosos socorros de víveres y tropas a la plaza. Viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles y la grande disminucion de su gente, por los que cada dia perdia en los pequeños ataques, cansado ya de tanta resistencia, determinó dar el último

asalto con todas sus fuerzas unidas, con ánimo de desamparar la empresa si esta vez le salia mal. Con efecto, despues de un breve razonamiento hecho a sus soldados, en que les puso en consideracion que aquel sitio habia sido muchas veces ganado por ellos, y que seria cosa vergonzosa volverse a Arauco a presentar a su Toqui sin haber probado el último esfuerzo, dió el órden de acometer. Como leones feroces se arrojaron hasta sobre las mismas murallas de la ciudad con denuedo tal que prometia no desistir, sino con la muerte, de la pelea; mas bien presto tuvieron que arrepentirse de su temeridad, porque los valerosos defensores de la plaza hicieron tan universal el estrago y la mortandad, que los pocos araucanos que quedaron tomaron por mejor partido el huir precipitadamente y ni por esto se libraron del todo. Saliendo la caballería de la plaza les siguió el alcance a rienda suelta, y parte de los fugitivos pasó a cuchillo, parte hizo prisioneros y muy pocos escaparon.

En el entretanto que en la Concepcion sucedia cuanto habemos referido, Antiguenu, puesto el asedio a Arauco, procuraba rendirlo por hambre sin omitir los asaltos que de cuando en cuando ordenaba a sus tropas sin otro fruto que el verse precisado a desistir cada vez con pérdida. Bien conoció que eran poderosas las fuerzas de los españoles; no teniendo pequeña parte en tan valida resistencia la porcion de indios auxiliares que estaban en la plaza y acompañaban a los españoles, peleando con no ménos valor en defensa de ella; pensó, pues, en el modo de disminuirlos y para ello puso por obra un ardid diabólico, que le salió bien, surtiendo todo el efecto meditado; y fué este. Introdujo con artificio y engaño algunos emisarios en la plaza y por medio de estos consiguió persuadir al comandante Bernal que los indios auxiliares trataban de entregar la plaza. Supieron vestir la trama con tales razones y apariencias de verdad, que creyendo todo Bernal y lleno de indignacion contra los que juzgaba traidores, mandó que al punto saliesen todos de la plaza, sin admitir justificaciones ni dar tiempo a mejores averiguaciones sobre punto tan importante. En vano aquellos desdichados procuraron sincerarse trayendo a consideracion los servicios relevantes hasta entonces hechos. «¿Qué motivos teneis de recelaros de nosotros que por solo serviros hemos renunciado a la patria? Nuestros mismos hechos durante este sitio, en que hemos muerto a tantos de nuestra nacion, en que habeis cargado siempre sobre nosotros el mayor peso de las fatigas, no serán bastantes para garantir nuestra lealtad? Estos mismos rumores que decis haber oido y por los cuales nos condenais, no podian ser artificio del comun enemigo Antiguenu para induciros a entregarnos a su furor y rabia? Donde está vuestra prudencia y discrecion? Es posible que deis mas fé a un enemigo declarado que a los amigos manifiestos que con su misma sangre y sus propios hechos prueban su inocencia? A lo ménos, señor, si nada basta a justificarnos para con vos, quitadnos mas antes la vida aquí dentro de la plaza y no nos abandoneis a enemigos tan crueles, los cuales, en unos reos contra la patria cuales nosotros somos por seguir vuestro partido, explicarán toda su rabia hasta consumir en nosotros toda la acerbidad de los tormentos mas inauditos.»

A estas razones tan convincentes mostróse Bernal demasiado inflexible y al fin obligólos a salir de la fortaleza, encareciendo su benignidad, pues no los hacia pasar a cuchillo como su delito merecia; mas, bien presto tuvo que arrepentirse. Salieron aquellos infelices de Arauco y no siéndoles posible el escapar de la muerte de alguna otra manera, se encaminaron en acto de la mayor humillacion al campo de Antiguenu, como víctimas sacrificadas a su furor y fueron recibidos en el campo no solo con demostraciones de señalado triunfo, sino tambien con la mas solemne irrision y befa de la credulidad del comandante español. Echáronse sobre ellos y a vista de los españoles, despojados de sus vestidos les fueron haciendo morir uno a uno a fuego lento, castigo que usaban dar los traidores a la patria; y comenzando la terrible ejecucion por *Pilloleo*, diestrísimo flechero que con sus tiros habia quitado la vida a muchos de sus compatriotas. No pudo ménos que ser grande la confusion y sentimiento de Bernal y sus compañeros viendo descubierto el engaño con tal menoscabo de su honor y conveniencia y obscurecida su fama con accion tan inhumana; cuando, por el contrario, Antiguenu de esto mismo tuvo ocasion de regocijarse por haber satisfecho a su venganza y debilitado notablemente a su enemigo, haciendo odiosa por demas la nacion española para con todos aquellos araucanos que la seguian, persuadiéndose que despues de este hecho no quedaria indio alguno que, temiendo la misma desgracia, no se separase de los españoles.

La valerosa resistencia de los españoles obligaba a los araucanos a alargar el sitio mas de lo que su impaciencia sufria, por lo que queriendo Antiguenu despacharse con mas brevedad, desafió a singular batalla al comandante Bernal, persuadido que con la muerte de este valiente oficial le seria muy facil vencer a los otros y apoderarse de la plaza. Aceptó Bernal el desafío aun contra el dictamen de muchos de sus oficiales y otros que con fuertes razones procuraban disuadirlo. Se señaló para ello un llano espacioso, abierto a todos vientos para estar a cubierto de toda doblez y en él encontráronse los dos enemigos; se batieron por largo tiempo con igual destreza y valor, que no reconociéndose ventaja por una u otra parte, de comun concierto acudieron los soldados de ambos partidos a dividirlos, retirándose cada cual entre los generales aplausos de sus respectivos campos, no sin disgusto de no haber podido concluir la accion con la victoria.

Continuó Antiguenu en repetir los asaltos, aunque siempre sin fruto alguno, hasta que al fin lo que no habia podido la fuerza de los enemigos, consiguió el hambre que fuertemente trabajaba a los asediados. Lo dilatado del asedio y la continua vigilancia de los araucanos en no dejar entrar socorro de suerte alguna, habia reducido la plaza a una extrema penuria. En vano algunas barcas cargadas de víveres y municiones se habian acercado a las riberas del mar para socorrerla, porque las líneas de Antiguenu oponian a sus tentativas un obstáculo insuperable. Las pocas gentes de mar no podian forzar las trincheras ni sorprender la atenta vigilancia de los enemigos, con que se veian precisados a volverse dejando la plaza cada dia mas apretada y falta de alimentos. En vista de esto determinó abandonarla el comandante y solo esperaba oportuna

ocasion en que poner en salvo su gente con la menor pérdida posible. Lograda al fin, con motivo de mudar Antiguenu las guarniciones de sus líneas para dar descanso a las ya fatigadas, poniendo otras de fresco, éstas, o mas confiadas o ménos atentos, dieron a Bernal toda la comodidad de hacer la meditada fuga, sin el menor embarazo, con toda su gente retirándose a la ciudad de los Confines. Ni le pesó al araucano hallarse con la plaza vacía y desocupada de unos enemigos a quienes con todos sus esfuerzos no habia podido vencer, antes contó esto entre sus mas señaladas victorias, que celebró mucho, despues de haber destruido e incendiado cuanto en ella quedó con todos sus edificios.

Considerando el gobernador a Antiguenu vanaglorioso con este hecho, para abatirle el orgullo determinó juntar un cuerpo respetable de tropas y a este fin mandó que de las ciudades de arriba bajasen don Diego de Zurita con cuarenta hombres y don Diego de Carranza, comandante de los Confines, con todos los que pudiese juntar, sin que hiciesen falta para la custodia y defensa de la misma plaza: juntáronse en el camino estos dos escuadrones y marcharon siempre de concierto prevenidos para todo lance: sabian bien por experiencia que peleando con una nacion valerosa, fuerte y bastantemente sagaz, ninguna diligencia era de mas. En efecto, alojando una noche en *Lequethrial*, sitio circundado de espesas selvas y no expuesto a alguna sorpresa enemiga, se vieron acometidos de un cuerpo numeroso de araucanos que preventivamente se habian emboscado con esperanza de una completa victoria si lograban coger descuidados a los españoles; mas la cosa fué muy al contrario, porque los españoles, con las disposiciones tomadas a precaucion, no solo se defendieron valerosamente, sino que obtuvieron completa victoria con la pérdida de solos ocho hombres.

A pocos dias de partido para la Concepcion con buen número de soldados don Diego de Carranza, comandante de los Confines, se supo en esta plaza que los araucanos, en varias partidas, se iban juntando en la península que forman los rios Biobio y Laja, con designio de acometerla, por lo que el Cabildo, que mandaba en ausencia del comandante, dió prontamente órden para que saliese don Juan de Moran con veintiocho hombres a obrar contra ellos segun juzgase conveniente, procurando impedir a tiempo el que se hiciesen mas fuertes. Esta partida de tan corto número sorprendió a la primera luz del dia los puestos araucanos, con tan feliz suceso que, sin darles tiempo a ordenarse, los derrotó enteramente, dejando mas de cien muertos en el campo y obligando al restante de ellos a huir con tanta precipitacion que ni tiempo tuvieron para recoger gran cantidad de armas quitadas en otras refriegas a los nuestros; con éstas y con las cabezas de los muertos volvió Moran a la ciudad, triunfante, sin pérdida de uno solo de los suyos, por lo que con mucha razon pudo decir: vine, ví, vencí.

Esto debemos considerarlo como un ligero preludio, o por mejor decir, como un feliz agüero de los sucesos venideros. Informado Antiguenu de esta desgracia determinó venir en persona a vengar la afrenta de este dia conduciendo consigo dos mil cuatrocientos diestros y aguerridos combatientes. Ocupó las juntas de los rios Biobio y Vergara, fortificán-

dose bien con determinacion de acometer la dicha ciudad de Confines. Apénas fué informado el Cabildo de su llegada y posicion resolvió en su junta de acometer al enemigo en sus propios alojamientos ántes que esperarlo, animado con el suceso anterior; y juzgando esta funcion de mayor empeño, la encomendó a Lorenzo Bernal, asignándole cincuenta escogidos soldados de la tropa española y cuatrocientos indios auxiliares. Aceptó Bernal el cargo con tanto mayor gusto cuanto era grande la confianza que tenia de hacer ver a los araucanos y al mismo toqui Antiguenu que el haber desamparado la fortaleza de Arauco no habia sido por miedo que de ellos tuviese, sino por sola prudencia a que le obligó la necesidad de conservar las vidas de los suyos; trató con muestras de particular aprecio a sus auxiliares, para borrar con buenos modos cuanto le fuese posible la impresion que pudiera haber causado contra su persona lo sucedido en Arauco, de que no podia acordarse sin arrepentimiento, confesando en todas ocasiones el engaño que padeció.

Estaba bien fortificado el enemigo, como dijimos, entre los dos rios, y al llegar a sus cercanías Bernal hizo que se adelantase su teniente don Pedro Cortés con un destacamento a reconocer el número de soldados y la calidad y situacion de sus fortificaciones. Avanzóse intrépido este oficial hasta diez solos pasos distantede los atrincheramientos, nada cuidándose del contínuo fuego que sobre él hacian los araucanos con aquellos fusiles y municiones que anteriormente habian cogido a los nuestros. Visto y examinado atentamente todo, volvió Cortés a dar exacto informe a su comandante; hizo éste juntar a todos sus oficiales para que, oida la relacion de Cortés y meditados todos los puntos dignos de atencion, diesen su parecer, teniendo presente lo sucedido en Marihuenu. De la junta salió que seria temerario y cosa muy peligrosa acometer sin mayores fuerzas y otros pertrechos de guerra a un enemigo tan ventajosamente situado, pues solo de frente pudieran acometerle, por hallarse defendido por toda otra parte de los rios en aquel paraje intransitable, sin embarcaciones, de que ellos carecian totalmente, y que por el frente los defendian buenas trincheras, desde donde con facilidad impedirian con las flechas y fusiles el acercarse a cualesquiera que quisiesen intentarlo: por tanto que era necesario ocurrir a la ciudad dando parte de todo para que mandasen el mayor refuerzo posible. De todo se dió luego cuenta a la ciudad, y el Cabildo mandó quince soldados mas españoles, con un cañon de campaña y algunas municiones de guerra.

Con tal refuerzo se creyó Bernal ya en estado suficiente de pelear con seguridad de la victoria; mandó avanzar su cuerpo, y puesto a dos tiros de fusil del campo enemigo, mandó hacer alto, ordenó sus escuadrones, dió sus órdenes para el ataque, mandando quedar atras ocho soldados de a caballo, y vuelto de frente a los suyos habló de esta manera: «Amigos y compañeros: no es menester que os acuerde vuestra obligacion; sin embargo, el refrescar la memoria de ella en estas circunstancias la juzgo muy conveniente: en vosotros está fundada la conservacion de aquella honra que os habeis ganado en tantas gloriosas acciones antecedentes; a vosotros se fia hoy la seguridad de las haciendas de vuestros compatriotas, que de vosotros se prometen la defensa de sus propias vidas. Del

modo como peléareis depende en este dia la honra de la nacion, la seguridad de los haberes de todos y la buena o mala suerte de vuestros hijos y mujeres y de cuanto mas amais; estas razones, que os deben empeñar para el mayor esfuerzo posible, no os deben precipitar para un ardimiento ciego. Deben quedar en vosotros y deben todos conservar una atencion escrupulosa a las órdenes de quien os manda; la disciplina guardada hacen que el valor y esfuerzo sean invencibles. Si ésta guardais, ya me prometo de vuestro acostumbrado valor una completa y señalada victoria.» Dicho esto, revistiéndose de toda aquella autoridad que le daba su cargo de supremo comandante en esta expedicion, se volvió a los ocho soldados de a caballo apostados detras y con voz severa les ordenó que no peleasen sino que quitasen la vida, sin respeto alguno a grado ni calidad de personas, a cualquiera que volviese pié atras de la batalla, y esto aunque lo viesen mal herido, e inmediatamente avanzó a dar el ataque.

Recibiólos Antiguenu con no menor brio y con tanta mayor confianza, cuanto era excedente el número de sus soldados de tropas aguerridas y que peleaban a cubierto de sus trincheras; mas, los españoles peleaban como leones, a quienes, conforme a las órdenes de su gefe, no quedaba mas esperanza que vencer o morir. Dos horas duraba ya el fiero combate, sin que por una ni otra parte se reconociese ventaja, sucediéndose prontamente y ocupando los vivos el lugar que dejaban vacío los muertos. Ya faltaban muchos de los auxiliares, y aun de los mismos españoles pasaban de veinte los malamente heridos, no sin hacer mucho mayor estrago en el enemigo, cuando advirtió Bernal que a un ángulo de la trinchera, casi superado por sus soldados, acudian en tanto número y tan sin órden los araucanos, que, embarazados con su muchedumbre, no podian hacer uso de sus armas; acudió aquí, en persona, seguido de algunos de sus mejores soldados, y esto dió ocasion a mayor concurso y por consiguiente al mayor embarazo de los enemigos, con pérdida de las vidas de muchos. En vano se esforzó un capitan de ellos, sin embargo de las muchas heridas que ya habia recibido, a ponerlos en órden y animarlos a defender el puesto; porque la confusion era tal, que, no pudiendo conseguirlo y cayendo él muerto, lograron los españoles y mucho número de auxiliares vencer la trinchera y entrar haciendo destrozos, lo que, visto por los araucanos, comenzaron a huir precipitándose al rio por la parte mas vecina, en gran numero; gritaba Antiguenu para detenerlos, prometiéndoles la victoria, y sus voces pudieron hacer que algunos, ya medio desnudos para arrojarse, volviesen atras para continuar la pelea; pero poco rato continuó ésta, pues atento Bernal a todo, no les dió lugar ni para ordenarse en filas, ni para volverse a armar del todo, con lo que hizo de ellos la mas sangrienta carnicería, de que no se abstuvieron sino cuando no quedó un solo araucano que se opusiese a sus victoriosas espadas. Setecientos quedaron muertos en el campo, y quinientos que rindieron las armas fueron hechos prisioneros; se recobraron cuarenta y un fusiles, quince celadas y algunas picas perdidas en la batalla de Marihuenu. Despues de breve reposo se volvió el valeroso Bernal con su escuadron triunfante a la ciudad, donde fueron recibidos con

muestras del mayor júbilo y regocijo. La pérdida de nuestra parte por la bravura y buen órden con que se peleó, fué de poca consideracion respectivamente al número, si bien de los que quedaron no hubo uno solo que no saliese herido y con alguna memoria de aquella accion tan gloriosa. Súpose despues que el famoso Antiguenu, cuando ya se vió perdido enteramente y sin remedio, precipitándose tambien al rio para salvar la vida, la perdió miserablemente, porque, pensando caer en el agua, dió sobre un peñasco y se mató.

Al tiempo que esto sucedia en los Confines, *Liglemu*, mandado de Antiguenu, se ocupaba en dar el saco a las provincias de Itata y de Chillan con el fin de divertir hacia aquella parte las armas españolas y facilitar sus designios contra Confines. Para cumplir con el órden que tenia de su toqui, habia Liglemu dividido sus tropas en dos partes y colocado cada una dentro los términos de las referidas provincias a proporcionada distancia, para poderse ayudar la una a la otra en caso de necesidad. Noticioso el gobernador de estas correrías, mandó a Pedro Babia que saliese con cuarenta soldados españoles para impedirlas; enderezó éste su marcha contra el destacamento apostado en Chillan, pero con tan poca cautela y prevencion que, acometido improvisamente del enemigo (que sabedor de su descuido le habia preparado en lugar oportuno una emboscada) se vió precisado a retroceder a la Concepcion con pérdida de siete hombres.

Temió justamente el gobernador mayores males de tales principios, mucho mas que Liglemu aumentaba cada dia su partido, atrayendo a él no pocos de los mismos provincianos itatinos; por lo que, no fiando esta expedicion de otro, salió en persona con ciento y cincuenta hombres con ánimo de batir separadamente, si pudiese, ambos campos; enderezando su camino al de Chillan, dobló las marchas para prevenir al enemigo e impedir el que, con la tardanza, le pudiese llegar anticipada noticia de sus intentos. Logró lo que deseaba y atacó tan fuertemente a este campo, que no solo lo deshizo en breve tiempo, sino que lo destrozó, de manera que fueron muy pocos los que, con la fuga, pudieron escapar las vidas. Mas apénas era terminada esta gloriosa accion, cuando descubrieron los nuestros a Liglemu, que, con todo el otro campo a que mandaba él personalmente, bien puesto en órden de batalla, marchaba por una espaciosa llanura en socorro de los suyos. Advirtió que llegaba tarde, y no queriendo por entónces probar sus fuerzas contra un enemigo animoso con la reciente victoria, torció los pasos enderezándose al asilo de la cordillera con ánimo de salir a mejor ocasion. Don Pedro de Villagra, que conoció las miras de Liglemu, prontamente le acometió siguiendo el alcance y llegó a picarle la retaguardia; mas, el valeroso Liglemu ordenando al grueso de su campo de seguir su camino hasta ponerse en salvo, volvió la cara acompañado de un corto número de sus mas valientes soldados e hizo frente a los españoles para contenerlos, y peleó con inaudita constancia hasta que, en fuerza de las muchas heridas recibidas, faltándole el aliento, cayó muerto con las armas en la mano. Todos sus compañeros imitaron este memorable ejemplo de su gefe, no rindiéndose alguno de ellos sino despues de muerto, consiguiendo gloriosamente,

sino el hacer grave daño al enemigo, al ménos el principal intento de salvar a sus compañeros a costa de sus propias vidas.

Es parecer de muchos que estas victorias de don Pedro de Villagra durante su gobierno doblegasen las cervices araucanas, haciendo ver aun a los mas valientes de ellos la necesidad de solicitar la paz, o a lo ménos la imposibilidad de continuar la guerra. Fúndase esta opinion en el largo reposo que despues de estos hechos que hemos referido gozaron los españoles, sin que por parte de los araucanos se intentase cosa alguna remarcable. Pero yo atribuyo esta inaccion de toda la nacion araucana precisamente al carácter flemático e indolente del nuevo toqui o supremo comandante de las armas, que por muerte de Antiguenu eligieron en la persona de *Paillantarú*, hermano o primo del célebre Lautaru, creyendo acaso que con la sangre participase tambien del fuego activo que animó a aquel famoso joven. Paillantarú era lento y demasiado circunspecto en sus operaciones, si no le queremos llamar cobarde, y por eso se mostró contento con fomentar en los suyos el amor a la libertad, haciéndoles tal cual vez salir a algunas correrías al terreno enemigo; pero mas en calidad de ladrones que no de combatientes. I esto dió campo a los españoles para utilizarse con ventajas, volviendo a tomar con gran calor el trabajo de las minas, el adelantamiento de las poblaciones y en éstas el cultivo de las artes. En este tiempo se pusieron en la ciudad de Osorno obrajes de paños y diversos telares de lino, debiéndose todo a la actividad y celo del gobernador don Pedro de Villagra, a quien no valió el legítimo nombramiento por testamento del antecesor para no ser depuesto del empleo (que con tanto acierto habia manejado y con tanta satisfaccion y útil de todo el reino) como veremos en el siguiente.



XI

GOBIERNO DE DON RODRIGO DE QUIROGA Y ERECCION DE LA REAL AUDIENCIA

A fines de este mismo año 1554 desembarcó en Valparaiso don Gerónimo de Costilla, trayendo consigo 300 hombres de tropa arreglada y juntamente un decreto provisional de don Lope García de Castro, presidente de la real audiencia de Lima, por el cual nombraba gobernador de Chile por muerte del Adelantado don Francisco de Villagra a don Rodrigo de Quiroga, vecino de la capital. Este señor, recibido el decreto de su nombramiento al gobierno, expidió luego orden a dicho don Gerónimo para que sin detenerse viniese inmediatamente con toda su gente a Santiago, como lo hizo. Esta tan grande novedad no tardó en llegar, aunque no por el conducto que debia, al actual gobernador don Pedro de Villagra, que, bien ajeno de esto, se hallaba en la ciudad de la Concepcion atendiendo a las cosas de su empleo. Púsose luego en camino para Santiago, y llegado que hubo con los muchos amigos y bien afectos que le habian salido a recibir, se quejó amargamente del desacato de Quiroga que se hacia reconocer Gobernador antes de haberle hecho constar a él los despachos del Presidente; por lo que le aconsejaron mandase prontamente a reconvenirlo de esto mismo. Al tiempo que llegó esta embajada de parte de Villagra al nuevo nombrado gobernador, se hallaban presentes no pocos de los que con ocasion del nuevo empleo deseaban asegurarse su gracia y le hacian corte por sus particulares intereses. Estos, pues, temerosos de alguna novedad que les fuese poco favorable, en vez de sugerirle pensamientos corteses y pacíficos, intentaron persuadirle que esta reconvencion que se le hacia era un verdadero atentado contra su dignidad, y ademas un manifiesto indicio de sedicion a que convenia poner pronto remedio, antes que tomase cuerpo y el mal se hiciese irreparable; que por tanto era indispensable asegurarse de la persona de Villagra y

librarse de él con mandarlo a Lima procesado para que la Audiencia lo juzgase, etc. Abrazó Quiroga estos dictámenes y sin mas exámen ni reflexion, valiéndose de las fuerzas que estaban a su mando, dió ejecucion a cuanto se le habia sugerido contra el buen Villagra; este, o porque en la realidad no pudo, o porque como hombre de mas prudencia no lo tuvo por conveniente, lejos de hacer una oposicion, se sugetó pacificamente a cuanto quiso su contrario, y dejando el gobierno, pasó a Lima en calidad de reo aprisionado.

Don Rodrigo de Quiroga establecido ya en el gobierno de este reino, sin embargo de la larga quietud que por parte de los araucanos se gozaba, para mas asegurarlo y darle mayor extension, pensó luego en reedificar las plazas de Arauco y Cañete destruidas, como ya dijimos, en los años anteriores por las irupciones de los araucanos, y entre una y otra hizo construir una buena fortaleza en el famoso sitio de *Coyapu* o *Quipeo*, con la mira de tener siempre abierta la comunicacion de aquellas mismas plazas entre sí y al mismo tiempo cerrada para las dos provincias araucanas *Tucapel* y *Arauco*, siendo esta fortaleza la llave de este mismo camino, que en aquel tiempo daba paso a la comunicacion de una y otra provincia.

Estas mismas providencias observadas por los araucanos comenzaron a calentar un poco el frio que los ocupaba y a despertarlos de la somnolencia en que habian estado por mas de un año. No pudo el toqui *Paillantarú* no oir los contínuos clamores de la nacion y al fin se resolvió a hacer algunas hostilidades, presentándose él mismo con sus tropas alguna vez a las nuevas plazas; empero, jamas intentó accion alguna que merezca atencion. No obstante, el gobernador para atemorizar a los indios y obligarlos a desistir, mandó salir a Pedro Cortés con buen número de soldados a devastar los países de los inquietos, como en efecto lo hizo, sin encontrar la menor oposicion.

En esto pasó todo este año y parte del siguiente. Mas, Quiroga, no contento con solo el continente, determinó que el mariscal don Martin Ruiz de Gamboa pasase con sesenta hombres a poblar en el archipiélago de *Chiloé*. A fines, pues, del 66 partió este caballero con su destacamento y sin la mas mínima oposicion de los setenta mil indios que entonces habitaban aquellas islas, fundó en la mayor de ellas dos establecimientos que hasta hoy subsisten; pero de estos hablaremos mas en particular cuando se trate del archipiélago mas adelante.

Por lo mucho que aquel Reino habia ya crecido en poblaciones y habitantes, no eran ya suficientes los jueces ordinarios de los lugares para la expedicion de las causas que ocurrian; se necesitaba mas autoridad y mas ciencia de la que ordinariamente acompaña a los militares y negociantes, en cuyas manos estaba la judicatura; juzgó, pues, necesario don Rodrigo de hacer esto presente a la Magestad de Felipe II, quien, atendida la razon, mandó en 27 de Agosto de 1565 se formase un Tribunal Superior de Real Audiencia en el dicho Reino de Chile; pero este decreto no tuvo efecto hasta dos años despues, verificándose la ereccion de este juzgado y su establecimiento a 3 de Agosto de 1567 en la ciudad de la Concepcion, y no en la capital del Reino, que lo es la ciudad de Santiago, por

ser lugar mejor situado y mas a proporcion para el gobierno, hallándose cuasi al medio de las poblaciones y establecimientos hasta entónces hechos, como tambien para dirigir los negocios de la guerra, por entónces encomendados por Su Magestad a dicha Real Audiencia.

Con el establecimiento de este Supremo Tribunal en Chile acabó el gobierno de don Rodrigo (lo que acaso él no se esperaba), así en lo político como en lo militar, habiendo nombrado la Real Audiencia por supremo comandante de las armas a don Martin Ruiz de Gamboa, mariscal de campo, y por su maestre de campo a don Lorenzo Bernal, los que presto tuvieron ocasion de ejercitar sus cargos debiendo oponerse a la fuerte tentativa que Paillantarú, estimulado de los suyos, hubo de hacer contra Cañete. Notablemente incomodaba a los araucanos la reedificacion de esta plaza y la de Arauco, mayormente con la adjunta de la nueva fortaleza de Quipeo, porque éstas los tenian como encerrados en sus países, privados de toda aquella libertad de que ántes gozaban y que les era tan amable; por lo que, resolviendo poner sitio a Cañete, asentó Paillantarú su campo en las inmediaciones, fortificándose con buenas trincheras, para tener donde salvar su gente en todo mal evento de los asaltos que meditaba dar a la plaza.

No fueron tan secretos los pasos del araucano ni tan pronta su ejecucion que no llegase al Mariscal noticia de todo, pudiendo con tiempo prevenir al enemigo, como lo hizo, mandando venir a su maestre de campo y preparando todo lo conveniente para la defensa. En efecto, estando todo al órden, no juzgó conveniente esperar al enemigo, y así determinó atacarlo él en su propio campo: por tanto, salió con cien españoles y doscientos indios auxiliares, capitaneados de *Naguelguala*. Viendo a éste el mariscal le dijo: «*Me parece, Naguelguala, que vais con poca voluntad a pelear, pues no llevas las armas que corresponden a tu valor*»; en realidad no llevaba mas armas que el arco y flechas; pero él respondió prontamente: «*No es esto señal de ir involuntario sino de la confianza que llevo de vencer luego que acometa y que con las armas que quite al primero que derribaré he de continuar la victoria.*» Y Pedro Cortés, que como testigo escribe esta tan arrogante respuesta, afirma que así lo cumplió como lo habia dicho. Llegando bien reposados los españoles a vista del campo enemigo, que distaba poco de la ciudad, dispuso luego el Mariscal la acometida, ordenando lo hiciesen los españoles contra la ala derecha y los auxiliares contra la izquierda del enemigo. Este, a mas de la natural defensa del lugar, habia formado trincheras de fagina para mas seguridad. Por ambas partes se peleaba con increíble valor, sin que por ninguna se reconociese ventaja, hasta que los españoles los primeros lograron incendiar la trinchera por su parte, y acudiendo aquí en mayor copia los enemigos a poner remedio, fué tan horrendo el estrago que padeció de las espadas y fusiles que luego comenzaron a aflojar. Avergonzados los auxiliares de que los españoles les ganasen la delantera en el vencimiento, pusieron tambien fuego a la trinchera y se acaloraron tanto en el combate que desde luego, atemorizados los araucanos, comenzaron a huir y abandonando el campo procuraron salvarse en el interior de la montaña, dejando doscientos muertos en el campo.

Fué completa esta victoria y tanto mas gloriosa para los vencedores, cuanto la pérdida fué de muy corto número de muertos y poco mas heridos, quedando desde aquel dia todo el país enemigo sin defensa y por consiguiente en valía de nuestras armas y soldados, los que aprovechándose de la oportunidad continuaron por casi todo este año talando los campos y haciendo prisioneros a cuantos se pudieron haber a las manos. No se reservaban mujeres ni niños, los que se distribuian despues al servicio de todos los beneméritos en esta guerra. Padecia no poco el corazon del Mariscal, hombre naturalmente inclinado a la benignidad y mansedùmbre, con estas contínuas extorsiones que la necesidad de domar a los enemigos le obligaba a hacer; y deseando poner fin a tantos males, várias veces envió a ofrecer a Paillantarú la paz; mas, el soberbio araucano, anteponiendo siempre a todas sus desgracias el amor a la libertad e independencia, no quiso aceptarla nunca, cerrando los oídos a toda composioion.



XII

GOBIERNO DEL DOCTOR DON MELCHOR BRAVO DE SARAVIA

Poco duró a la Real Audiencia la intendencia sobre las armas del Reino, porque a principios de 1568 vino con nombramiento real por gobernador el doctor don Melchor Bravo de Saravia, sugeto mas versado en letras y negocios civiles que inteligente en puntos de guerra y arte militar. Sin embargo, sus títulos y autoridad eran de presidente de la Real Audiencia, gobernador y capitan general del Reino. A su llegada, éste estaba por la mayor parte quieto, puesto que los indios circunvecinos en nada molestaban a las ciudades principales, como Imperial, Confines, Villarrica, Osorno y Concepcion, y éstas pacíficamente percibian los frutos de la tranquilidad en el aumento de la poblacion, extension del floreciente comercio y extraccion abundante de los ricos metales de la minería y particularmente del oro.

Despues de algun tiempo del arribo de este señor, comenzó a poner en gran cuidado a todo el Reino Paillantarú, que, despues de la derrota que sufrió en Cañete, se habia ocupado seriamente en aumentar sus fuerzas para poder emprender la guerra con probabilidad de mejores sucesos. En efecto, saliendo nuevamente de su retiro se puso en campo con seis mil escogidos combatientes y derechamente pasó a ocupar la célebre cuesta de *Marihuenu*, donde se fortificó lo mejor que supo. Esta noticia puso en la mayor agitacion al nuevo gobernador; expidió inmediatamente las órdenes convenientes y dió todas las providencias para que se formase un competente cuerpo que oponer al enemigo. A este fin hizo se uniesen las tropas del mariscal con las de don Miguel de Velasco, poco ántes nombrado por él maestre de campo, por haberle dado ascenso a don Lorenzo Bernal, quien se hallaba en la Concepcion con título de gobernador de las armas.

Habiéndose formado un cuerpo competente de doscientos cincuenta soldados españoles y quinientos indios auxiliares, el gobernador, para

mostrar su inteligencia tambien en cosas de guerra (la que ciertamente era ninguna, como lo hizo ver) quiso salir con ellos personalmente mandando y dirigiendo las operaciones: llegados que fueron a las faldas del monte Marihuenu, asentó su campo en un ameno valle que se extiende de oriente a poniente, teniendo a la otra parte la cuesta, donde hoy está la fortaleza de Colcura. Llamó luego a consejo a algunos de sus oficiales, a lo que parece no para consultarles, sino para obtener de ellos la aprobacion de su propio sentimiento, proponiendo con tanto calor lo que determinaba se hiciese que ninguno de los presentes se atrevió a oponérsele, aun siendo todos de parecer enteramente contrario; y su resolucion fué que el maestre de campo don Miguel de Velasco subiese con sesenta hombres a Marihuenu a reconocer y examinar atentamente el campo enemigo. Esta providencia le parecia poco acertada y muy peligrosa su ejecucion al maestre de campo, y no atreviéndose a reprobarla, persuadió al gobernador que fuese consultado sobre esto el capitan don Pedro de Cortes, sugeto de gran mérito, experiencia y de conocida entereza, por lo que, desde luego, no habia sido llamado a la junta del gobernador. El maestre de campo esperaba, y no se engañó, que Cortes sabria hablar con libertad y al fin los sacaria a todos del embarazo en que se hallaban. Fué llamado Cortes, y con su acostumbrada prudencia, haciéndose desentendido del agravio que se le habia hecho en no llamarlo ántes, habló con la libertad deseada de los demas, en estos términos: *El reconocer al enemigo ántes de combatirlo es precepto del arte militar, pero esto ha de ser cuando y en el modo que es posible y conveniente. Yo hallo que estamos hoy en tal constitucion que, o hemos de ir allá todos o ninguno, porque el ir pocos soldados por senda tan larga y tan estrecha, es lo mismo que mandarlos al sacrificio, puesto que es cosa facilísima al enemigo el cortarles la retirada y quitarles la vida o hacerlos prisioneros.* Apoyó este discurso con otras muy buenas razones y al fin concluyó diciendo: *mi parecer es que subamos todos juntos a la cumbre del monte, y puestos allá, despues de observada la posicion del enemigo y lo demas que ocurra, se podrá determinar el combatirlo.* No pudo ocultar el gobernador su disgusto, oyendo la libertad con que Cortes desaprobaba su propia determinacion, y la manifestó aun con palabras poco decorosas y ardientes; pero que en la realidad ni desataban las dificultades ni satisfacian a las razones propuestas por el experto y prudente capitan, por lo que el maestre de campo y otros oficiales a su ejemplo, trataron de conciliar los pareceres de ambos, evitando en cuanto fuese posible las evidentes dificultades de Cortes sin reprobar el dictámen del gobernador, y para ello sujirieron que no ya sesenta, como queria el gefe, sino por lo ménos ciento y cincuenta hombres fuesen los destinados a aquella expedicion, con algun mayor número de auxiliares.

Asentado esto, a la mañana siguiente partió el maestre de campo con toda esta gente, llevando consigo al valeroso Pedro de Cortes, de quien no sin razon confiaba mucho para salir con bien de tan peligrosa empresa. Apénas subida la cuesta, se presentaron a distancia competente para reconocer el campo enemigo, cuando éste prontamente los hizo atacar de frente y por ambos costados, de tres numerosos cuerpos, con tal

ímpetu, que, a no ser todos ellos soldados escogidos y acostumbrados ya a salir bien de semejantes refriegas, difícilmente hubiera escapado alguno con la vida. Se defendian con extremado valor, ejecutando al mismo tiempo su retirada, siempre combatiendo con la espada en mano para no dar lugar al enemigo a cortarles los pasos, hasta que, finalmente, saliendo al llano, los araucanos, por temor de la caballería que sin impedimento pudo ya entrar en accion, abandonaron la pelea, retirándose como victoriosos nuevamente a sus trincheras. Durante esta accion, dos accidentes acaecieron dignos de particular memoria: el primero fué que, habiéndose incautamente separado un soldado español de sus compañeros, fué hecho prisionero de los indios, que, en número de doscientos, pocos ménos, le conducian ya para sus cuarteles; lo que, visto por Francisco Hernandeó Redondo, y no sufriendo en paz la pérdida de aquel camarada, apretó las espuelas a su caballo y acometió con tal furia a aquella chusma enemiga, que, matando a unos y mal hiriendo a otros, los obligó a todos a huir abandonando el prisionero, que, no cesando de dar las gracias a su libertador, se incorporó de nuevo con los nuestros. Semejante a éste fué el segundo, aunque de mas importancia. Rotas las bridas y sin gobierno el caballo que montaba el maestre de campo, llevado de su natural fogosidad, lo condujo cuasi hasta el centro mismo de los combatientes enemigos, de donde difícilmente hubiera podido salir con vida, sin embargo de la destreza con que manejaba su espada para defenderse, si otro valeroso soldado (cuyo nombre no debian haber pasado en silencio los historiadores de aquel tiempo) no le hubiera abierto camino con su espada hasta sacarlo del peligro y ponerlo en salvo, restituyéndolo a su puesto. En el ínterin que esto sucedia y que pasó no poco espacio de tiempo, se vió cuánto fué útil y conveniente el hallarse en esta accion el capitan Pedro Cortes; pues habiendo observado los araucanos que por el accidente referido se hallaba sin cabeza que la dirigiese la retaguardia que mandaba el maestre de campo; se avanzaron sobre ella en tanto número y con tal furia, que hubieran acabado, sin duda, con este cuerpo, a no haberlos burlado el valeroso y experto capitan, que, acudiendo en la mayor necesidad, mantuvo la disciplina y peleó con tan buen órden que pudo salvar la mayor parte de los suyos con grande estrago de los enemigos. Finalmente, retirados los araucanos con mas pérdida de los suyos y puestos en salvo los nuestros, dejando en el campo cuarenta y cuatro bravos españoles y mas de ciento de los auxiliares, se restituyeron al campo, demostrándole al docto capitan general, con la relacion de este suceso, lo absurda que habia sido su determinacion, y cuánto seria de mayor servicio a Dios y al Rey que, dejando Su Excelencia el manejo de las armas a los soldados, atendiese de allí adelante al de la pluma, como mas conforme a su profesion.

En efecto, asi lo conoció por sí mismo con la fatal experiencia de esta inútil e infeliz expedicion, y pasando de repente de la fogosidad marcial a la pusilanimidad, levantó Su Excelencia el campo y con todo él se volvió a la Concepcion, no pensando mas en atacar a un enemigo tan ventajosamente situado y cuya fuerzas aun no pudieron ser enteramente conocidas este dia. Con el pretexto de los negocios del gobierno, que pe-

dian su presencia en la ciudad, dejó el cuidado de la guerra al mariscal y maestre de campo, a cuya persuasion ya mas dócil mandó se evacuase y arrasase la plaza de Arauco, como puesto difícil de ser defendido en caso de un ataque; y su guarnicion que consistia en 40 hombres bajo las órdenes de don Gaspar de la Barrera pasase con todos los demas habitantes a reforzar la ciudad de Cañete. Así se hizo, y cuando ya retrocedian para Cañete, evacuado Arauco, los señores Mariscal y maestre de campo, que para precaver todo peligro habian ido personalmente a la ejecucion de aquel órden, he aquí que se les presentan no menos que seiscientos araucanos destacados del cuartel de Paillantarú, con quienes tuvieron que combatir, pero con tan buen suceso, que, sin embargo de la mucha superioridad de número, fueron los araucanos enteramente deshechos con gran pérdida de muertos y prisioneros, quedando solo ocho hombres muertos de nuestra parte.

Para vengar la derrota, dos dias despues se dejó ver Paillantarú con un ejército de cuatro mil combatientes en las cercanías de Cañete con ánimo de acometerlo. La larga experiencia habia hecho ver que a estos enemigos era siempre el mejor partido batirlos en campo abierto mas antes que esperarlos cerrados en las plazas; por lo que movido de esta razon salió de la ciudad el mariscal Gamboa, seguido de ciento y veinte españoles y cien auxiliares resuelto a dar batalla. En la realidad ignoraba el Mariscal el crecido número de enemigos contra quienes habia de pelear; ni se podia persuadir alguno que fuesen tantos despues de los miles que de ellos, o habian perecido, o habian quedado prisioneros en las refriegas anteriores; mas, cuando ya los tuvo a la vista, temiendo con prudencia de una desgracia por una parte, y no queriendo, por otra, mostrar cobardía y dar mayor orgullo a Paillantarú, si se retiraba, puso la cosa en consejo de sus oficiales, pronto a la ejecucion de lo que ellos resolviesen. Estos fueron de parecer que en caso de ser acometidos era preciso defenderse, y por consiguiente inevitable la pelea. No dieron lugar a muchos discursos los araucanos, que a vista de tan corto número de enemigos contaban por suya la victoria, y llenos del mayor orgullo y confianza acometieron cercando por todas partes a aquel pequeño escuadron. Pelearon los nuestros con extraordinario valor y con tan buena disciplina mantenida por las oportunas órdenes del Mariscal y de los capitanes Cortés y Juan Ruiz, que al fin despues de mas de dos horas de fiero combate obligaron a los araucanos a retirarse cansados y sin esperar el órden de Paillantarú, dejando mas de trescientos muertos en el campo. No quiso el Mariscal seguir el alcance por no fatigar mas a los suyos, bastante debilitados por la muerte de algunos y los muchos heridos, y así contentándose de esta gloria y de algunos despojos enemigos, se volvió a la ciudad.

No dudó Gamboa que este suceso no seria bastante para retraer a Paillantarú de sus primeros intentos, por tanto temiendo de algun largo asedio y no juzgándose él con víveres y fuerzas bastantes para impedir las consecuencias, trató luego de abastecer cuanto le fuese posible la plaza con daño al mismo tiempo del enemigo, y para esto salia frecuentemente con algunas escoltas a proveerse en el país enemigo. Una de es-

tas salidas fué el colmo de sus glorias y orígen de la quietud pacífica que gozó todo el Reino por mas de cuatro años, librando no solo a Cañete, sino tambien las demas ciudades del mal que les amenazaba de un numeroso ejército enemigo. El caso fué así: una mañana en que como otras veces habia salido este gran soldado escoltado de solos cien hombres a sus acostumbradas correrías, despues de haberse algo internado en un valle, hallóse repentinamente cercado de nada menos que seis mil hombres, guiados del mismo Paillantarú, quien con deseo de coger alguna vez al Mariscal, (y acaso noticioso de su venida a aquel paraje) habia apostado toda esta gente en diversas emboscadas al contorno. ¿Quién no se estremeceria a peligro tan evidente? ¿o quién podria jamas imaginarse que alguno saliese con vida de él? Pero el experimentado y prudente comandante, bien práctico de los lugares, caminaba siempre tan prevenido a cualquier lance y con tan buen órden, que aunque le cogió éste de repente, pero no de improviso, recibió al enemigo con la mayor disposicion, y observando todos la mas escrupulosa atencion a las órdenes del sábio jefe, pelearon con tanto valor que si en otras muchas ocasiones puede decirse en la presente como en ninguna acometieron cuales leones feroces, no ya hiriendo o matando algunos, sino destrozando los hombres a centenares. En realidad de verdad muy cerca de seiscientos araucanos sacrificados a la espada de aquellos cien héroes quedaron en el campo este dia y dieron al señor Gamboa la mas gloriosa victoria. A tal estrago no pudo resistir mas el araucano Paillantarú, y se retiró con el resto de sus gentes tan escarmentado que en los cuatro años que aun vivió con el supremo comando de las armas de su nacion, no volvió a intentar accion que diese particular cuidado a nuestros establecimientos. Este glorioso triunfo fué celebrado en Cañete con muestras del mayor júbilo de todo el vecindario y señales nada equívocas del agradecimiento y complacencia a sus valerosos libertadores y principalmente al jefe mariscal Gamboa y a los capitanes Pedro Cortés y Juan Ruíz que en todo le acompañaron y a quienes no menos que a Lorenzo Bernal será perpétuamente deudor el Reino de Chile por el heróico valor y sábia conducta con que en todas ocasiones le libró del exterminio que le amenazaba el furor araucano.

En el entretanto que estos valerosos oficiales se empleaban con tanta gloria en los negocios de la guerra, el señor Presidente gobernador atendia a los políticos y civiles con aquel acierto que correspondia a sus grandes talentos, acompañados de buena política y no menor prudencia en sus disposiciones. Viendo que era necesario regular en las diversas ciudades del Reino muchos puntos importantes, así de buen órden en el gobierno de ellos económico, como en el establecimiento y buen cobro de los intereses de la corona, mandó a este fin por visitador de ellas al licenciado Egas Venegas, sugeto de notoria entereza, acompañada de gran prudencia, y, sobre todo, de singular piedad. Asímismo para reforzar las armas y proveer la falta de los soldados que morian o quedaban inútiles en la guerra, despachó a don Luis de Velasco a Lima para solicitar del Virey del Perú algun socorro; y este volvió trayendo consigo doscientos hombres y algunas municiones. Empero cuando todo respiraba

felicidad y en todas partes se atendia con mas calor a los adelantamientos del nuevo Reino, gozando la quietud que ofrecia el retiro de los enemigos de la tierra, el cielo por justos juicios de Dios, descargó improvisamente un terrible golpe con que cuasi lo destruyó, con un espantoso terremoto cuyas funestas consecuencias experimentaron mayormente las ciudades Imperial y Concepcion; ésta particularmente, pues los pocos edificios que el terremoto dejó en pié, acabó de arrasar y llevóse consigo el mar que saliendo impetuoso, se introdujo por mucho espacio de tierra. Acudieron sumisos, como debian, los afligidos habitantes al autor de este castigo Dios Nuestro Señor implorando su misericordia para que los librase de aquel azote, que por algun tiempo continuó repitiendo algunas veces con no pequeña fuerza. Procurando poner por mediadores a los santos, determinaron escoger alguno para su especial protector, y para esto echaron algunas cedulillas en una bolsa con los nombres escritos para que la suerte, o por mejor decir la Divina Providencia, les determinase cual habia ser. Repetidas veces probaron a extraer una de aquellas cedulillas, y siempre salió la misma en que estaba escrito el sagrado misterio de la Natividad de Maria Santísima. A esta, pues, como dada del cielo, eligieron, haciendo solemne voto por el cual se obligó perpétuamente la ciudad a asistir en cuerpo a solemnes vísperas todos los dias de Miércoles de Ceniza en la iglesia parroquial, y el dia siguiente en que sucedió la desgracia, a la misa, absteniéndose en dicho dia de toda obra servil, como en las fiestas.

Creian ya los españoles bastante sólidos y firmes sus establecimientos con la larga paz que gozaban, ya que no eran suficientes a disturbarla las pequeñas irrupciones que de cuando en cuando solian hacer los araucanos; y pensando seriamente no solo a lo temporal mas tambien a lo espiritual y considerando las graves dificultades que habia para que un solo pastor pudiese suficientemente atender a tan vasta feligresía, suplicaron de comun consentimiento a Su Magestad se sirviese dividir el obispado de Santiago con la ereccion de otro nuevo obispado en la Imperial, lo que tuvo todo el efecto deseado por este tiempo con la llegada del nuevo pastor don fray Antonio de San Miguel y Vergara, natural del Perú, religioso observante de San Francisco, a quien se señalaron por confines de su jurisdiccion los del mismo Reino australes por una parte y por la otra las orillas del rio *Maule*.

En estas y otras sábias providencias para la interior cultura del Reino pasó el señor Saravia desde el 70 hasta el 74 en que muerto naturalmente Paillantarú, no sin influencia suya, a lo que se cree, los indios subyugados de los territorios de *Leuquetal* y *Villarrica* causaron una peligrosa revolucion. Cansados éstos de la sugecion a los españoles, resolvieron volver a su antigua libertad con la destruccion de todos los establecimientos españoles de las Provincias australes, y lo hubieran conseguido a no haber sido eficazmente deshechos y castigados, por lo que en sus mismos principios quedó extinguido este fuego de la rebelion, que dejándolo tomar mas cuerpo hubiera sido funestísimo a todo el Reino. Dista Leuquetal de la Concepcion cosa de cuatro leguas, y así pudo tenerse pronto aviso de lo que pasaba y con igual solicitud dar las providencias

convenientes el gobernador. Salió el célebre Lorenzo Bernal, que por entonces ejercia las funciones de maestre de campo, con ciento y cincuenta españoles y doscientos auxiliares a castigar en campo abierto aquellos rebeldes. Estos, abandonando las poblaciones, se habian retirado con sus hijos y mujeres, todos bien armados, a lo alto de un monte, donde se creian seguros del todo, porque no permitiendo la aspereza del lugar mas que una estrecha y difícil subida, ésta la habian cerrado con una buena trinchera. Llegados aquí los españoles, tuvieron que pelear por espacio de mas de una hora para poderla forzar. Tal era el valor con que los amotinados se defendian, haciendo uso de las armas con increíble destreza e intrepidez hasta las mismas mujeres, que, contra toda la debilidad del sexo, prontamente entraban a ocupar el lugar que sus hombres muertos dejaban vacíos y animaban a todos con su ejemplo mas que con palabras a no entregarse con la vida. Mas, al fin vencieron los españoles toda la oposicion enemiga y entraron al campo, concluyendo felizmente la accion con la muerte de trescientos rebeldes entre hombres y mujeres y haciendo prisioneros mas de doscientos de aquellos que o no tuvieron tiempo o no pudieron huir, con lo que quedó extinguido el fuego por esta parte.

Con ménos dificultad se apagó el de Villarrica, porque el comandante de las armas, que lo era don Rodrigo de la Bastida en esta plaza, informado del caso y de los excesos que los alzados cometian en las haciendas de los españoles, marchó con tanta cautela contra ellos que logró cogerlos desprevenidos y no dándoles tiempo para tomar las armas ni ponerse en órden de defensa, los acometió y deshizo enteramente con gran número de muertos y de muchos prisioneros. A éstos hizo procesar luego que volvió a la ciudad y se contentó con condenar a la horca a los mas culpados para público escarmiento de los demas.

Con estos hechos puso fin a su gobierno el año 1575 el señor doctor don Melchor Bravo de Saravia y retirándose a España dejó establecidos en Chile dos hijos en las personas de don Diego y don Gerónimo Bravo de Saravia. El primero de estos señores fué maestre de campo despues y tambien almirante de la armadilla que salió contra Jorge Spilbergh, con quien tuvo una reñida batalla en las aguas de Arica. El segundo, que tambien fué maestre de campo, entró en el mayorazgo que poseia su casa en Soria y en el derecho a la villa de Almenares; dejó descendencia en Chile, cuyos derechos continuados por hembra, por haber faltado la línea masculina, existen hoy dia en los señores Marqueses de la Pica.



XIII

GOBIERNO DE DON RODRIGO DE QUIROGA Y DE SU SUEGRO EL MARISCAL DON MARTIN RUIZ DE GAMBOA

Don Rodrigo de Quiroga, cuyo segundo gobierno vimos acabar con la ereccion del Supremo Tribunal de la Real Audiencia, comenzó en este año a gobernar tercera vez, nombrado por la Corte, con la abolicion de dicho Tribunal, acaecida por disposicion del licenciado Calderon. Este señor, que poco ántes habia venido a Chile con la sola incumbencia dada por Su Magesiad de visitador de la Real Audiencia, juzgando inútil este Tribunal lo suprimió por solo ahorrar al Rey los sueldos que pagaba a los sugetos que lo componian, sin mas razon para ello; empero, cuanto él se engañase en este su juicio lo probó bien a su costa el Reino pocos años despues cuando quitada la vida al Gobernador hubo de quedar como huérfano en manos de tutores insuficientes por falta de plena autoridad para gobernarlo, como veremos despues en su propio lugar.

Luego que don Rodrigo recibió en Santiago los despachos reales que contenian el nombramiento de gobernador de Chile en su persona, mandó a la Concepcion a Lope de Lagos con sus poderes para que tomase posesion del empleo en su nombre, como lo hizo. Temieron los araucanos alguna novedad con ocasion del nuevo gobierno; y siendo toqui o supremo comandante de las armas electo por muerte de *Paillantarú*, *Pañeñancu* comenzó desde luego a hacer levas y juntar gentes para formar un buen ejército que estuviese pronto para cualquiera ocurrencia. Lo que, sabido por el gobernador, alistando un buen número de tropas, se puso con ellas en las fronteras, determinado a hacer arrepentir de sus intentos a los araucanos. *Pañeñancu* era un mestizo desertor de los nuestros llamado acá Alonso Diaz, el cual conocia muy bien a Quiroga y formaba del valor español el concepto que se debia; y así con gran sagacidad procuró siempre hurtar el cuerpo, evitando el venir a las manos

con ellos; y contentándose de hacer los daños posibles en nuestros territorios, nunca dió lugar a una batalla, como deseaba Quiroga: quien finalmente se retiró a la Concepcion despues de haber dado el saco a las provincias araucanas de *Arauco* y *Tucapel*, ya abandonadas por sus habitantes. Tal era el temor que en ellos habia infundido el nuevo gobernador con sus armas que nada intentaron en adelante contra él miéntras duró su gobierno.

Al segundo año de éste compareció sobre las costas de Chile el famoso corsario ingles Francisco Draque, y bien que nada intentara en el país por no haber desembarcado, fué grande el daño que hizo en el mar apresando diversas naves mercantiles que venian cargadas con el producto de las engordas, vendidas en el Perú, de los chilenos, y los géneros allá comprados para consumo de Chile. Mas, fuera de esta desgracia, todo lo demas de este gobierno fué felicidad. Labrarónse las riquísimas minas de oro nuevamente descubiertas en Osorno, cuyo metal era de tan subidos quilates que todos lo solicitaban para extraerlo del Reino. Lo mismo sucedia con el mucho que se sacaba en las vecindades de la Concepcion. En Santiago tambien se trabajaban otras que hasta hoy frutan prodigiosamente, y aun algunas de plata que ahora poco se trabajan. En esto pasó lo mas de su gobierno hasta el 1580, en que, con motivo de haberle venido de Europa un socorro vistoso de dos mil hombres de tropa arreglada, determinó fundar una nueva poblacion que al mismo tiempo fuese fortaleza respetable contra las avenidas de los *peguenches* y *puelches* en el bellísimo valle de Chillan. Dió la comision de esto al mariscal Gamboa, su suegro, y éste, con el nombre de *San Bartolomé de Chillan*, hizo la poblacion a orillas de un rio de este mismo nombre en un valle espacioso, ameno y fértil. El sitio pudo haber sido mejor, como conociéndolo despues se ha remediado.

En esto entendia Quiroga cuando le llegó la muerte, que él miraba muy cercana, avisado de sus muchos años y fuerza de sus achaques. Gobernó el Reino tres veces: la primera cuando le entregó el baston don Garcia Hurtado de Mendoza, la segunda por nombramiento de la Real Audiencia de Lima y la tercera por el real despacho con título de adelantado y facultad de nombrar sucesor. En fuerza de éste nombró ántes de morir por su sucesor a su mismo suegro don Martin Ruiz de Gamboa, que habia sido, como se ha visto, general de las armas españolas y benemérito de tal dignidad, como de lo que llevo dicho se ve claramente.

Gamboa, revestido del carácter de gobernador del Reino, no mudó de sistema en su humano y cortés trato con todos, y creyendo que el empleo requeria en él mayor vigilancia sobre el enemigo, no considerando su ya avanzada edad, se puso inmediatamente en la frontera, donde creyó necesaria su presencia para reformar con mayor autoridad algunos abusos en costumbres, que la tranquilidad iba introduciendo, como algunos defectos en la disciplina militar que habia notado en el tiempo de sus campañas. Pasó a la ciudad de Cañete convidando con la reconciliacion a *Paiñeñancu* y con la paz a todo el estado de Arauco, y habiéndola ellos rechazado y aun hecho algunas correrías, despachó desde Cañete varios destacamentos que hiciesen entrada en el país enemigo. Este arbitrio

fué dictado de la experiencia y el mas propio de la ocasion, porque con esto se frustraron muchos intentos de *Paiñeñancu.* Se hicieron en estas pequeñas campañas mas de doscientos prisioneros, y otros, aunque incapaces de resistir, que no quisieron rendirse, los pasaron a cuchillo. Poco ménos de tres años duró el gobierno interino de Gamboa sin hecho alguno memorable de armas, pero muy glorioso para su descendencia, porque no hubo uno que se quejase de él, ni en tiempo que gobernaba ni despues de retirado a su casa a acabar sus dias pacíficamente y morir entre los brazos de su numerosa familia.



XIV

GOBIERNO DE DON ALONSO SOTOMAYOR, MARQUÉS DE VILLAHERMOSA Y CABALLERO DEL ÓRDEN DE SANTIAGO

En mil quinientos ochenta y tres llegó a Mendoza, ciudad de la jurisdiccion de Chile, don Alonso Sotomayor, marqués de Villahermosa y caballero del órden de Santiago, provisto gobernador de Chile, con seiscientos hombres que Su Magestad le habia dado para que hiciese con vigor la guerra al araucano. La estacion estaba ya avanzada y así el paso preciso de la cordillera era muy peligroso. Informóse en dicha ciudad de los oficiales de mayor mérito y mandóles su poder para que en su nombre gobernasen el Reino. Los nombrados fueron: Lorenzo Bernal, Alonso Reinoso, Gaspar Barrera, Pedro Lisperguer, Pedro Alvarez y Diego Garcia Maldonado; los cuales, con todo que el mando era igual, se entendieron entre sí con mucha concordia. El no venir entre éstos nombrado Gamboa se cree efecto de la emulacion. Gamboa sufrió el desaire con mucha indiferencia y profundo disimulo.

El gobernador llegó a Santiago por Diciembre de este mismo año y luego tuvo noticia como *Paiñeñancu* inquietaba las poblaciones de Valdivia y Villarrica conmoviendo los ánimos de los comarcanos de dicha ciudades. Prontamente hizo salir el gobernador a su hermano don Luis que habia traido consigo de España, dándole ciento y ochenta hombres. Paiñeñancu pensó sorprender a don Luis, y así se puso en celada con dos mil hombres en un paraje llamado *Quebradahonda*, que era paso necesario para la tropa española que se encaminaba a la Villarrica. Aquí se vieron los españoles de repente acometidos por la vanguardia, retaguardia y costados, peleando al mismo tiempo contra el número superior y contra el lugar fragoso. Pero don Luis, que era de ánimo despejado, sin hallarse embarazado con tantas dificultades como se le presentaban delante, dió tan acertadas las órdenes, y su gente, que era tan aguerrida las ejecutó con tanta diligencia y ánimo que reconociendo Paiñeñancu

que eran inútiles sus esfuerzos, se retiró despues de media hora de reñido combate. El mestizo maldecia su suerte y culpaba a los indios que empezaban a huir por algunos muertos que habian visto caer en fuerza del acero de don Luis. Desbaratado Paiñeñancu, se retiró con ánimo de defenderse no con tanta impetuosidad como hasta allí habia hecho, sino mas ante con flema que apagase algo el fuego de los españoles. Con esto don Luis siguió sin impedimento alguno su camino hasta haber dado socorro a las ciudades molestadas y puéstolas en estado que ellas por sí pudieran defenderse.

Hecho esto, don Luis siguió el proyecto que habian tenido Quiroga y Gamboa, esto es, de hostilizar al enemigo en su propio país. Viendo esto Paiñeñancu se retiró con su gente a una cuesta alta despejada en su cumbre, rodeada por toda su circunferencia y con sola una salida estrecha y pendiente. Aquí se creyó invencible y que no tentaria don Luis ni otro oficial español el desalojarlo. El determinaba sin duda mantenerse mucho tiempo en este lugar, porque hizo grandes provisiones. Habiendo sabido esto don Luis caminó luego con su campo a desalojarlo. Hizo acometer primero a los fusileros y despues las picas y la caballería. Los araucanos cuando vieron emprendian la subida los españoles, fué un diluvio el que despidieron de flechas y piedras desde lo alto de la cumbre, pero los nuestros siempre se avanzaban, hasta que llegaron a la cumbre misma, donde manejaban todos las armas cortas. No se puede decir de quien fuese mayor el empeño, si de los araucanos en repeler o de los españoles en abrir brecha sobre aquellos pechos obstinados. Iba ya mas de una hora y resistian con el mismo vigor los araucanos que al principio. Don Luis estimulaba a los suyos con el ejemplo de tantas victorias como habian conseguido de aquel mismo enemigo y con el exponerse a los mayores riesgos. Renovaron el ataque de aquella muralla viva, la que no pudiendo resistir a la fuerza superior, echó a huir precipitosamente hácia un ángulo del plano superior por último recurso; aquí procuraron resistir, pero declarada mayor la fuerza española, tuvieron que rendirse los mas con la muerte, o en fuerza del acero español, o de sus armas propias, con las que se quitaban las vidas o despeñándose por los precipicios. Pocos escaparon, y entre ellos su caudillo Paiñeñancu.

Por otra parte habia mandado el gobernador salir a hostilizar los países enemigos a don Tiburcio Heredia, oficial de experiencia y valor. Contra este volvió sus miras Paiñeñancu, creyendo poder volver por su honor oscurecido en los encuentros con don Luis. No habiendo juntado tropas competentes para hacerle frente abiertamente, ocultó las pocas que tenia en un camino estrecho, dominado a una y otra parte de cumbres altísimas, por donde habia luego de pasar dicho oficial. Aquí quedó Paiñeñancu con desesperacion de hombre perdido, y no menos su gente, que se botó contra Heredia con furor mas que si fuesen fieras. El choque fué ardientísimo y porfiado por parte de los araucanos. Los españoles se vieron en sumo peligro porque estuvieron en punto de ser cortados, de que se seguia su total ruina; pero haciendo ellos el último esfuerzo no solo se unieron sino que mejor formados pudieron rechazar a los araucanos, haciéndoles volver las espaldas con mucho daño.

No por esto desistió Paiñeñancu, porque juntando sus dispersas tropas, pocc despues acometió a don Antonio Galleguillos, asimismo en un lugar estrecho. Pero como la experiencia contínua le habia hecho conocer que trataban con gente insidiosa, andaban auxiliados de la cautela. No los halló Paiñeñancu desprevenidos, con lo que él no consiguió en esta ocasion otra cosa que la muerte de muchos de los suyos y retirada a los bosques de aquellos pocos que le quedaron. Nada de esto bastó para que este rebelde se reconociese, sino por el contrario sus mismas desgracias parece lo instigaban a intentar si le fuese posible la muerte de todos los españoles. Lo veremos luego otra vez en el campo.

Los peguenches y puelches llevaron muy a mal la fundacion de San Bartolomé hecha en Chillan por el Mariscal Gamboa, lo cual no ignorando Paiñeñancu, procuró conmover y encender mas los ánimos de estos. Ellos que poco necesitaban de incentivos, comenzaron a infestar el territorio de dicha ciudad. Sabiendo esto el gobernador quiso en persona ir a reprimir estas correrías. Mandó que lo aguardasen las compañías de gente de su guarnicion y las milicias de auxiliares que pudiesen juntar. Con estas pocas fuerzas salió el gobernador para el territorio de dicha ciudad. Estos, que mas habian entrado en él para robar las haciendas, que intentar desalojarlos de aquel sitio, no quisieron aguardar al Gobernador, sino que sabiendo su venida, determinaron recogerse a sus montes con las presas que habian hecho de ganados, y así no tuvo que contrastar con ellos para poner en sosiego a los nuevos pobladores; a los que dejándoles alguna guarnicion, pasó a la Concepcion con ánimo de desde allí entrar en las tierras araucanas y hacer a sangre y fuego la guerra.

Resuelto don Alonso a seguir mas antes el cruel sistema de don García que el humano y pio de sus otros predecesores, reforzadas sus tropas, entró con 700 españoles y gran número de auxiliares en la provincia de *Encol*, haciéndoles probar a los que le venian a las manos todo el rigor de un ánimo cruel, de modo que él se hizo sentir desnudo del todo de los sentimientos de la humanidad. Por todo donde pasó usó del fierro y del fuego. Los sembrados se destrozaban, los ganados (ya empezaban a tenerlos) se les quitaban, las chozas se les quemaban, los prisioneros eran colgados de los árboles o se les cortaban las manos, como a otros Galvarinos, y se les soltaba a que llevasen esta nueva a sus naciones, a quienes con estos rigores se esperaba atemorizar. Si de esto no se hubiese experimentado todo lo contrario, se podria en algun modo dispensar la conducta de don Alonso; pero siendo ya constante que el araucano léjos de atemorizarse por la muerte y por estos castigos se encendia mas en rabia y odio contra la nacion, no se puede decir otra cosa sino que el gobierno de don Alonso Sotomayor, Marqués de Villahermosa, fué mas dañoso que provechoso a los españoles habitantes Chile, pues con sus crueldades hizo mas irreconciliables los ánimos de los araucanos.

Las provincias de Puren, Ilicura y Tucapel que vieron lo que se hacia en su vecina, devastaron sus campos, quemaron sus casas y sus habitantes procuraron ponerse en salvo anticipadamente ganando los bosques, de modo que nada dejaron al Marques en que pudiese cebar su

pasion, a excepcion de la de Tucapel en que pudo hacer prisioneros tres de los naturales, a los cuales hizo empalar inmediatamente, no en castigo de haberlos hallado con las armas en las manos, que ciertamente no las tenian, sino en pena de no haber huido con tiempo de su indignacion. Estos rigores del gobernador por ventura causaron hastío en sus tropas, o tal vez por que se extendieron a ellas; y así tuvo el gran sinsabor de ver desertar de ellas a muchos mestizos, esto es, hijos de español e india, a algunos mulatos y aun españoles, entre los cuales se señaló un tal Juan Sanchez, todos los cuales tomaron despues las armas contra él y vinieron capitaneando a los indios bajo el mando del mestizo Diaz, Paiñeñancu.

Este, arrebatado, o de su natural audacia o de la desesperacion por verse decaido de la estima de los naturales y esperando mucho de estos nuevos partidarios, hizo frente en los confines de Arauco con solo ochocientos hombres a don Alonso que venia con todo su ejército. Juzgó venturosa la ocasion el Marques, porque deseaba mucho castigar con la muerte a este rebelde y con eso poner freno al indómito araucano. Hízoles acometer a la vanguardia, y aunque ésta se portó grandemente no pudo romper al enemigo, que gobernaba con tanto arte y valor su tropa que no dejaba de derribar a algunos de los nuestros. Viendo esto el Gobernador, hizo acometer con toda su gente y ésta halló tanta resistencia que por muchas horas se mantuvo la victoria sin declararse por ninguna de las partes. De ambas eran muchos los que caian muertos; pero como los nuestros eran superiores en fuerza y armas, vinieron finalmente a conseguir una completa victoria, porque de los araucanos muy pocos se salvaron con la fuga, que hizo seguir el Gobernador a la caballería, y aunque entre estos que huian iba el rebelde Alonso Diaz, tuvo, diré, la fortuna de que lo aprisionasen nuestras tropas para llorar sus pecados ántes de ir al suplicio de la horca, que le hizo dar el gobernador en el mismo campo.

Los capitanes que gobernaron esta batalla y la siguiente, fueron Campo Frio, Loaiza, Juan Ruiz de Leon, Francisco Hernandez, Pedro Cortes, Francisco Herrera, Juan de Ocampo, Juan de Guzman y don Martin de Avendaño, fuera de los reformados que pertenecian a la compañía del maestre de campo, que eran Aguilera, Bernal, Moncada, Miranda y Alvarado. Debióse esta victoria a los soldados Diego de Ulloa, Silva, Vera, Gualdames y Juan Martin que rompieron el escuadron enemigo, de manera que dando lugar a que entrase la demas gente, comenzó de allí la derrota por un señalado tiro del capitan Zapata, con que derribó uno de los mas pricipales enemigos, con lo que ellos se pusieron en fuga, en la que Juan Martin siguió hasta dentro de un cañaveral al rebelde Paiñeñancu, el que, puesto de rodillas, le pidió lo llevase vivo al Gobernador, para tener tiempo de llorar sus culpas y decirle donde cojerian su compañero principal, que era un mulato. Este, buscado adonde él dijo y encontrado, se salvó por aquella vez arrojándose a nado por el rio; pero sirvió para escapar un español que seis indios llevaban amarrado para matarlo, como ya habian hecho con su compañero.

Con esta victoria se puso el Gobernador a refabricar la siempre contrastada fortaleza de Arauco en el mismo sitio que desde el principio la

habia puesto el conquistador Valdivia. Como trabajaba toda la gente, en breve tiempo concluyó sus murallas, rebellines y foso. Púsola una buena guarnicion y dió el mando de ella al maestre de campo don García Ramon, y él se retiró a acamparse a las orillas del rio *Carampangui*.

Los araucanos, sabida la muerte de Paiñeñancu, eligieron luego uno de sus naturales por toqui, no obstante que en el rebelde Juan Sanchez hallaban las cualidades mas sobresalientes para tal dignidad. La conducta precipitada del mestizo Diaz la hizo temer otro tanto en este otro rebelde para fiarle las fuerzas del Estado, y así dieron el supremo mando al ulmen *Cayancura*, natural de la provincia de *Mariquenu*. Este, inmediatamente mandó a todas las provincias del Estado ciento y cincuenta mensageros con las credenciales acostumbradas entre ellos en semejantes casos, esto es, un hilo rojo con nudos y un dedo de los muertos españoles. En brevísimo tiempo *corrió la flecha* (que así se llama la convocacion para la guerra) por toda la tierra. Toda ella se puso en movimiento y aquellos que se habian retirado a los bosques por no quedar sacrificados por la mala conducta del mestizo Diaz, salieron de ellos para venir a ponerse bajo las órdenes de *Cayancura*, de modo que en poquísimo tiempo juntó un ejército numeroso.

Lonconabal, que era el toqui de Arauco, asistió con dos mil soldados, llevando por capitanes a los famosos Aliencura, Araucomo y Quelelante. Antuleru, que era apo-ulmen de Puren, vino con mil lanzas, llevando por capitanes a los célebres por sus hechos Categuanquen, Capi y Quincatipai. Talcamavida, Quipilmo, Palqui, Millapoa, Andalican y Mayuroba mandaron su gente bajo las órdenes de Pilquiloa, el cual la repartió entre los capitanes Painamilla, Guanopilque y otros. Tarochina condujo quinientos soldados y Cayeyaude cuatrocientos, entre los cuales llevó dos capitanes de fama. De la cordillera salieron trescientos entre puelches y serranos a cargo de Millandoro, que fué elegido por Reucheuque, Tavolevu y Malquedoro. Cayancura habia dado el cargo como de comisario al capitan Ancatarca, y éste, conforme iban llegando estas tropas, las iba acomodando en el cuartel general.

Juntas estas tropas que llegaban a componer el número de cinco mil combatientes, hablóles Cayancura con su acostumbrada arrogancia, prometiéndose una completa victoria del campo español, que él creia conveniente deshacer primero que el intentar la presa de la nueva plaza, pero que, no obstante, él queria oir sus juicios. Dijeron unos que seria bien dar de noche en ella, otros que no, estos presentar la batalla, aquellos que no, sino es cogiéndolos descuidados. Un viejo ulmen llamado *Caycayandu* fué de parecer el usar de estratagema, dándole a entender al enemigo a que huian de su fuerza o que licenciaban el ejército; porque haciendo esto, dijo, le damos paso franco para pasar adelante de Arauco, y entretanto daremos contra la Concepcion, que está descuidada, y haremos en ella una gran suerte. No convengo en esto, dijo *Pilquitoa*, la ocasion difícilmente se recobra, si una vez se pierde, y no es de despreciar la que tenemos presente. Somos en número superiores, estamos juntos los mas escogidos capitanes y soldados de la nacion, cuyos brazos están acostumbrados a matar de estos enemigos, en fin, braman todos por el

deseo que tienen de llegar a las manos, y están impacientes porque esto se les dilata: demos de noche porque nos es mas segura la victoria. Siguieron los mas este parecer, que, siendo mas conforme al deseo que habia mostrado Cayancura, lo abrazó.

En esto un jóven araucano, que no pasaba de quince años, levantó la voz para ofrecese a espiar el campo español, con lo que se ejecutaria mejor la resolucion tomada, diciendo: «yo me he criado entre los españoles, soy conocido de ellos y hablo bien su lengua y podré entrar en su campo fingiéndome fugitivo del vuestro; dadme diez soldados que vayan en mi compañía hasta ponerme a su vista, a la que yo llegando haré que me escapo, y correré a ellos pidiendo socorro y llamando en mi ayuda al mismo que me ha criado y de quien me escapé desde Chillan, y con esto me acogerán, y habiendo observado la disposicion de su campo volveré a informaros de ello.» El aire de sinceridad con que lo propuso Andres (que este nombre habia tomado en el bautismo,) hizo que lo creyesen mejor que al otro Andres que engañó a Caupolican. Como él lo dijo, así lo cumplió. Llegó con los diez soldados, fingió escaparse de ellos, dando altas voces para ser oído de los españoles, y los otros fingieron seguirlo. Los españoles salieron a socorrerlo y tomándolo a las ancas de su caballo el capitan don Juan Ortiz de Cárdenas, lo llevó triunfante al gobernador, que mostró particular gusto por juzgar tener de quien informarse de las intenciones y trazas que maquinaban los araucanos. El Gobernador con los oficiales inquirió dél lo que deseaban saber, y el respondió dando satisfaccion a unos y otros y engañando a todos. «No hay que temer, señores, les dijo en lengua española: la tierra teneis por vuestra, de coaligacion no se trata, porque los araucanos conociendo la superioridad de vuestras armas y la gran fuerza, se han retirado a los bosques; descansad sobre mi palabra y no tengais recelo alguno, que son una vil canalla.» El volvió a su antiguo señor dándosele por criado rescatado de un enemigo que iba a sacrificarlo. Con esto él discurrió por todo el acampamento español, y cuando se hubo hecho cargo de toda su disposicion, que fué al tercero dia, se escapó sobre un caballo que fingió iba a darle de beber, e informó menudamente de todo a *Cayancura*.

Esta huida de Andres creyó muy bien el general araucano que habia de suscitar en los españoles sospecha de alguna trama de su parte, y así para no darles tiempo de tomar mas precauciones, ordenó el asalto para aquella misma noche. A este efecto dividió sus tropas en tres líneas, señalando a cada una su comandante. La primera, que constaba de 20 compañías, tuvo a *Lonconabal*. La segunda a *Antuleru*, y la tercera a *Tarachina*. Mandólos salir inmediatamente y apostarse en un bosque vecino, como ellos lo hicieron sin ser sentidos de los españoles. Cayancura, cuando los supuso durmiendo, mandó salir del bosque a su gente, pero una centinela avanzada descubrió el polvo que levantaban los enemigos, favoreciéndole para esto la luna, que estaba levantada; tocó al arma, y los españoles, a quienes habia puesto en cuidado la fuga de Andres, dormian con prevencion, y así pudieron estar prontos a sus puestos. Los araucanos, viéndose sentidos, apresuraroa el paso a ver si lograban ha-

llarlos aun sin órden. Lonconabal acometió por su parte con los mejores de los suyos atropellando con ciego furor algunas pequeñas partidas que le salieron al punto, y alanceando las tiendas a una y otra mano. La accion se declaraba sangrienta para los españoles e iba muy a favor de los araucanos, cuando el mismo Gobernador reprimió aquel torrente oponiéndole todo su valor y el de los reformados de su guardia. Lonconabal con este obstáculo no pudo pasar adelante, antes bien a poco tiempo le fué preciso retroceder hasta salirse fuera de los reales españoles, si no queria él y toda su gente morir allí dentro. Contra la segunda línea habia salido el capitan Francisco Hernandez, y aunque ya estaba Antuleru apoderado de la calle, acometióle con tal vigor, y dióle a su gente tal priesa, que haciendo un fuego vivísimo le obligó a retirarse, habiendo perdido tres famosos capitanes y él quedado mal herido. El sargento mayor que hasta entonces habia estado ocupado en disponer su gente, se dirigió a la tercera calle que tenia ya por suya Tarachina, y le rebatió el orgullo y jactancia con que entraba cantando la victoria, viendo llevaba como de vencida al maestre de campo; porque el sargento mayor le embistió por la retaguardia con tan gallarda resolucion que matándole un hermano y con él un mulato desertor, que venia por sargento mayor suyo, el combate se declaró con la mortandad de araucanos. El maestre de campo con treinta hombres de a caballo siguió a los fugitivos araucanos, de los que dejó no pocos sembrados por el campo.

Hallábase Cayancura con diez soldados a la mira de lo que pasaba y cuando vió que se retiraba su gente le salió al encuentro y se le puso delante diciéndole. «¿Cómo? ¿No sois vosotros araucanos? qué! os ha faltado el valor para resistir cuando yo esperaba en vuestra constancia el acabar con todos nuestros enemigos? No se diga de vosotros que os habeis rendido a vuestro contrario. No considerais la altivez que él tomará de esta vuestra fuga, que él colocará en el número de sus victorias? ¿Con qué cara habeis de parecer en vuestras tierras delante de vuestras mujeres e hijos, que se llenarán de vergüenza de tener maridos y padres que por faltarles el valor no saben defender su libertad? No os confundireis al oir los improperios que sobre esto os darán justamente? Nó, araucanos, no pongais esta mancha a vuestro nombre ni desdigais de vuestros antepasados.» Con este razonamiento Cayancura volvióles aquel espíritu de fiereza y ardimiento de que estaban caidos. Volvieron a la pelea al venir del dia, con propósito de forzar las trincheras y de no desistir del combate sino venciendo o muriendo.

El Gobernador no quiso aguardarlos dentro de sus trincheras sino que mandó salir al maestre de campo con toda la caballería gobernada de los ínclitos capitanes Bernal, Campofrio, Aguilera, Miranda, Palomeque, Alvarado, Juan Ruiz de Leon, Loaiza y Juan de Ocampo con otros que hizo entresacar de las compañías, para al acercarse hácia Cayancura con sus tropas para batirlas en campo raso. Era éste despejado y anchuroso y por eso muy ventajoso para los españoles. El maestre de campo salió con su caballería formada en dos escuadrones. La embestida fué terrible y atroz, pero como no hallasen menor resistencia en los araucanos, que, bien unidos y formados y determinados a morir o vencer,

hacian con sus lanzas una valla impenetreble, se comenzó a derramar mucha sangre de ambas partes. Los españoles como que fuese para ellos afrenta aquella resistencia y de poco honor que se derramase tanta sangre suya sin declararse la victoria por ellos, hicieron un feroz esfuerzo, con que lograron hacer brecha y entraron por ella rompiendo y atropellando los escuadrones enemigos y matando sin discrecion, con lo que puesto el ejército de Cayancura en desórden, muertos muchos de sus mejores soldados y faltos de no pocos oficiales, se entregaron a la fuga. Los españoles los siguieron lo mas del dia y encontrándolos dispersos en diversos cuerpos, pasando a todos a cuchillo, se retiraron triunfantes a sus reales. Se cree perdió Cayancura la mayor parte de sus tropas, y de sus oficiales se reconocieron los cuerpos de *Antuleru* y *Carapi*. De los españoles no fueron pocos los muertos, aunque no hallo especificado el número, pero de las relaciones que hay de esta victoria de los españoles se deduce que les costó a muy caro precio. El Gobernador la llama sanguinosísima en una patente dada a favor de Nuño Hernandez. El mayor argumento de esto es que el mismo Gobernador, inmediatamente despues de la accion, levantó su campo y se retiró hácia las fronteras de Biobio, donde fabricó dos fuertes, esto es, el de la Trinidad sobre la orilla austral de aquel rio, y el del Espíritu Santo sobre la septentrional del mismo rio. De ahí mandó al sargento mayor a hacer los mayores reclutas que pudiese en las poblaciones españolas, y éste le condujo dos mil de a caballo y un número considerable de infantería.

Cayancura, sin embargo de estas pérdidas, tuvo por favorable coyuntura esta retirada del Gobernador para intentar la presa de Arauco. Para asegurar mejor esta empresa proyectó hacer diversiones a las fuerzas españolas. Con tal mira, ordenó a *Guepotaen* que desde el fuerte de *Liben* infestase el territorio de Villarrica, donde se habia mantenido algunos años. A *Cadeguala*, que despues le sucedió en el empleo, impuso el trabajar los habitantes de Angol. A *Tarachina* destinó para guardar las orillas del Biobio. A *Melillanca* y *Catipillan* mandó contra la Imperial. Estos oficiales tuvieron varios encuentros, por la mayor parte prósperos para los españoles. Guepotaen perdió el fuerte de Liben, donde fué deshecho por el hermano del gobernador. Tarachina se apoderó de algunas barcas que por Biobio llevaban socorro de gente y armas a los nuevos fuertes de la Trinidad y Espíritu Santo.

El gobernador, ántes de retirarse, habia fortalecido la plaza de Arauco con la mira de tener a freno a Cayancura. Proveyóla no tanto de muchos cuanto de buenos defensores, y lo que es mas, dando el mando de ella al excelente y experto capitan don Alonso García Ramon. Cayancura, sabiendo habian empezado sus operaciones sus oficiales, no tardó mucho en venir a la ejecucion de su proyecto. Púsose en Arauco con seis mil combatientes, y no queriendo arriesgar su gente a los asaltos, trató ganarla por asedio. Comenzó sus líneas de circunvalacion y contravalacion. Don García conoció desde luego que no lo habia pensado mal el araucano porque no pudiendo esperar de parte del Gobernador sino socorros muy débiles a causa de los muchos lugares a que él tenia que atender por las noticias que ya tenia de *Puren*, y no habiendo en la plaza víveres ni mu-

niciones para mucho tiempo, no podia tardar mucho el aprieto si se mantenian solo sobre la defensiva. Con esto puesto en consideracion de toda su gente, de comun acuerdo resolvieron dar la batalla, determinados a vencer o morir. Con esta resolucion, despues de confesados y comulgados, salieron de la plaza cuarenta y cuatro españoles. Capitaneaba la tropa el mismo comandante don García Ramon, y despues de ordenados les encargó con breves pero eficaces palabras que peleasen como los que no debian temer otra cosa que la deshonra ni tenian otra esperanza de escapar la muerte sino venciendo. Cayancura no creyó al principio que aquella fuese una verdadera batalla, sino alguna estratagema militar y acometida fingida para facilitar la fuga o solicitar el socorro, por lo que él atendió mas a cerrar los caminos que acometer al enemigo que se le entraba en sus reales; pero viendo que los suyos iban muriendo de veras, lleno todo de ira atroz por tal audacia, mandó cargar a los suyos contra aquellos pocos españoles, a los que inmediatamente rodearon. Don García Ramon con los suyos hacia prodigios de esfuerzo, pero uniéndolos con la prudencia para no desunirse ni perder la disciplina, cuadró su pequeño ejército, viéndose ya precisado a pelear por los cuatro costados. Cuando él habia de acometer tenia dos advertencias: la primera de no dar a los caballos toda rienda, y la segunda no emplear el acero ni los arcabuces sino en los enemigos sobresalientes y principalmente en los oficiales, los cuales, faltando, tenia por cierta la victoria. En fin, toda su gente admiró el arte con que la conducia don García y él quedó muy satisfecho de la puntual obediencia con que vió ejecutadas sus órdenes. Los araucanos, en tanto, bramaban de rabia viendo no podian romper aquel escuadron por mas que duplicasen sus fuerzas; levantaban gritos al cielo y se animaban unos a otros, vituperando la vileza de algunos que huian. Acometian como fieras sedientas de la sangre española, pero don García se portaba con un valor tan activo como pausado y sobre sí y con aquel ánimo sereno que da la fortuna cuando comienza a declararse favorable. En efecto, despues de tres horas de obstinado combate, habiendo muerto mucha oficialidad araucana y de los españoles ningun oficial sino solo pocos soldados, rompió don García los escuadrones enemigos y se hizo dueño del campo, con lo que se pudo retirar a Puren a curar su gente, que toda estaba herida. Cayancura, sumamente pesaroso del mal éxito de sus empresas, se retiró a sus tierras, dejando el mando de las tropas a su hijo *Nangoniel*, de quien se prometia lo sacase bien del empeño.



XV

OTROS SUCESOS DEL GOBIERNO DE DON ALONSO SOTOMAYOR

Nangoniel procuró inmediatamente unir algunas compañías de infantería, a las que reforzó con ciento y cincuenta de a caballo. Esta fué la primera vez que los araucanos usaron de la caballería. Encaminóse contra el fuerte de la Trinidad, el cual aseguraba el paso a los socorros que por Biobio venian a los españoles; pero encontrando en el camino a don Francisco Hernandez, trabó con él un furioso combate, que vino a concluirse con haber perdido él un brazo de un tajo de un sable enemigo, despues que habia recibido muchas heridas que a cualquiera otro que a él hubieran obligado a retirarse. Este hecho infeliz le obligó a retirarse a un monte vecino, de donde, sacado de una emboscada que le preparó el sargento mayor, quedó muerto con ciento y cincuenta de los suyos, no obstante la vigorosa resistencia que hizo por mucho tiempo. El mismo dia fué aclamado de los oficiales que quedaban, por comandante de las armas araucanas el experto capitan *Cadeguala*, hombre que entre ellos se habia merecido por sus hechos gran reputacion.

Entre los cuidados de la guerra contra el araucano, sobrevino al gobernador por este tiempo el desembarco hecho en Chile por Thomas Candich, el que, habiendo salido de Plismouth a 25 de Julio de 1586, el dia 9 de Enero del siguiente año arribó a la boca oriental del Estrecho de Magallanes, desembocó a la mar del Sur y corrió las costas de Chile hasta el puerto de Quintero, que se halla en 33 grados. Allí echo de sus tres navíos gente a tierra con intento de hacer agua y proveerse de víveres; pero los vecinos de Santiago, acaudillados de su corregidor don Alonso de Molina Parraguez, cuya descendencia permanece hoy en el Reino con estimacion igual a su nobleza, lo asaltaron, le mataron algunos soldados y le hicieron setenta y cuatro prisioneros, y entre ellos el mismo capitan Candich, con lo que lo obligaron a abstenerse de otro desembarco en las costas de Chile.



Con este feliz suceso y haberle venido del Perú dos cuerpos de reclutas que mandaba el Virrey don García de Mendoza, ex-gobernador de Chile: el primero constaba de 600 hombres al mando de don Pedro Paez de Castillejo, y el segundo de don Luis Sotomayor, hermano del gobernador; con esto, digo, pudo oponerse a los intentos de Cadeguala, que sabia intentaba nada ménos que la destruccion de la fortaleza de Puren y de la ciudad de los Confines. Esta última, que el araucano la contemplaba con la larga paz que habia gozado, no poco descuidada, tomó por primer objeto de sus acciones gloriosas.

Para esta empresa, Cadeguala entresacó de su caballería cien hombres escogidos y los escondió en los bosques inmediatos a la ciudad, y él se quedó atras con mil hombres de infantería. Habia de comenzar la accion *Quiquetharu*, quien, por la frecuente comunicacion con los de la ciudad, podria lograr alguna buena oportunidad. Así le pareció elegir las horas de media noche para quemar algunas de las casas de la ciudad, para que sus llamas sirviesen no ménos de aviso a Cadeguala que de confusion en la ciudad. Cadeguala, que, sin duda estaba de acuerdo en esto con Quiquetharu, sin tardanza embistió con su infantería y caballería, y aunque le salieron al encuentro algunos piquetes españoles, fué esto tumultuariamente y como en caso improviso, por lo cual, desbaratados prontamente, tuvieron por buen consejo los que quedaban retirarse a la Plaza de Armas y hacerse en ella fuertes. Hasta aquí llegó Cadeguala con sus soldados victoriosos y hubiera pasado el mal a ser mayor si por una feliz casualidad no hubiese entrado el gobernador a la ciudad aquella misma tarde, quien con la gente que traia, su buena disposicion y valor que él infundia a los que peleaban a su vista, poniendo en buen órden la confusion, evitó la resistencia de los suyos y despues de dos horas de combate, en que fué siempre ganando terreno, obligó a Cadeguala a retirarse, si no queria quedar muerto con todos los suyos dentro de la ciudad que habia creido por suya. Algunos de los soldados de Cadeguala se dieron luego al saqueo de las casas, lo que por ventura mas que todo favoreció al gobernador para que pudiese rechazar al araucano. El gobernador no quiso perder ni aun esto, y así mandó al capitan don Luis Monte con cuarenta hombres en seguimiento de los fugitivos y de los ladrones. Este les dió la caza, les quitó la presa, y hecha en los araucanos una gran carnicería, se retiró triunfante a la ciudad.

Fué este lance funesto muy sensible a Cadeguala y pensó volver por su honor en la toma de la plaza de Puren, como tenia proyectado. Aquí se vió tomaba el negocio con mas flema, no queriendo asaltarla sino rendirla en fuerza de un formal asedio. Se avecinó a dicha plaza con cinco mil hombres, que él juntó inmediatamente despues de la dicha derrota. Tiró sus líneas regulares, haciendo montar la guardia y poniendo centinelas que se remudasen con seña y contraseña, todo, en fin, al modo de los españoles y de un general instruido a fondo de la táctica militar. Esta nueva forma de sitiar con tanto acuerdo y pericia, puso en gran cuidado a don García Ramon, que comandaba ahora esta plaza, como poco ántes la de Arauco. Dió parte de su aprieto al gobernador. Este, que era sumamente vigilante, se puso en marcha con la gente que pudo

juntar para apresurar el socorro. Pero Cadeguala, que tenia cogidos todos los caminos, cortó los pasos al gobernador, porque habiendo de pasar necesariamente por un desfiladero angosto, allí le salió Cadeguala con quinientos hombres escogidos y le disputó el paso con tanto valor y porfía que el gobernador, aconsejado de sus capitanes, hubo de ceder a la superioridad del empeño y se volvió atras por no arriesgar mas su persona y la de sus compañeros, prometiéndose mucho de don García y condoliéndose de los muertos que dejaba de los suyos en el campo. La retirada del gobernador engendró en Cadeguala un grande orgullo. Volvió tan hinchado a Puren que, luego que llegó, desafió al comandante don García Ramon para si era valiente entre los españoles, abreviase aquella contienda saliendo del fuerte a una singular batalla con él, que tambien tenia nombre entre los suyos, y señalaba por término al tercer dia. Presentóse Cadeguala en el lugar aplazado con moderada comitiva, que dejó en lugar que no diese sospecha, y luego llegó don García Ramon, que habia aceptado el combate, dejando 40 españoles en tanta distancia como estaba la comitiva de Cadeguala. Se pusieron los dos combatientes a vista el uno de otro en vigorosos caballos, armados de las armas que juzgaron mas a propósito y con sus picas en la mano. Embistiéronse a rienda suelta y tuvo don García Ramon tan feliz suerte, que, al primer encuentro, derribó del caballo a Cadeguala mal herido, el cual, no queriendo confesarse vencido, se esforzaba a montar otra vez; pero la muerte, que venia muy ejecutiva, lo hizo dar un traspié, y dentro de poco expiró. Don García Ramon, jeneroso, dejó a los indios llevar el cuerpo de su general, con lo que ellos levantaron el asedio de la plaza, donde rindió gracias al Altísimo por la buena suerte que le habia dado.

Los araucanos, que estaban juntos, dieron inmediatamente el mando de sus tropas a Guanoalca. Este, entendido que tenia los ánimos de Calipiuque y Peruantu, que habitaban entre los españoles como amigos, tramó con ellos secretamente la destruccion de los españoles. Firmaron su conjuracion con la sangre caliente que bebieron y con la carne que comieron del corazon aun palpitante de un pobre español que mataron en la junta que tuvieron con Guanaolca. Los mismos Calipiuque y Peruantu, que eran los autores de la máquina, dieron noticia de ello al maestre de campo, haciendo muy de los leales, acusando a los homicidas y animándolo a la venganza. Dijéronle que Guanoalca pensaba tener ocultos su delito y sus intentos; que sabian ellos estaba celebrando la muerte dada a aquel español, con festines y borracheras, y que esta era buena ocasion para cogerlos descuidados y tomar la venganza debida. El maestre de campo creyó a los traidores, y llevado del deseo de hacer probar las fuerzas españolas a Guanoalca con una derrota, se encaminó con cuarenta españoles y otros tantos auxiliares al lugar que le habian dicho.

Se llegó a ellos con la mitad de su gente, habiendo dejado la otra mitad en una altura que dominaba al valle. Las tropas de Guanoalca, que estaban avisadas de lo que el maestre de campo disponia, como que gobernaban esta accion los ya dichos Calipiuque y Peruantu con hombres armados en el bosque, cuando lo vieron bajar fingieron maravillosamen-

te el sobresalto y la fuga para desmentir la prevencion y para que el maestre de campo embistiese sin órden. Pero éste, que sabia mas de cautelas de guerra que ellos de tramas, llevó a los suyos con buen órden y disciplina, lo que le importó no ménos que la vida; porque luego que llegó al lugar que parecia de regocijo, lo halló trocado en campo de batalla. Con seiscientos araucanos bien armados le salieron al opuesto Catipiuque y Peruantu y trabaron una feroz batalla. El maestre de campo gobernaba sus pocos españoles diestramente y ellos se alentaban con su ejemplo, resistiendo con vigor a la acometida; pero viendo por imposible mantenerse contra número tan superior, comenzó a retirarse, para lo que dió dos frentes a su pequeño campo. Los araucanos acometian siempre con mayor furor, cuanto mas conocian la intencion de retirarse, pero el maestre de campo los recibia con tan buen órden y presencia de ánimo, que, manejando diestramente sus armas, los hacia retroceder siempre ménos de los que entraron en la acometida. En uno de estos ataques hirieron al maestre de campo en el lagrimal, y dándole mayor furor el dolor y encendiéndole el deseo de la venganza, se arrojó sobre los araucanos tan valerosamente, que, matando algunos de los mas sobresalientes, hizo que los otros se retiraran algun tanto, y pudo con pérdida de cinco de los suyos, unirse al cuerpo que habia dejado de reserva, con lo que los araucanos desistieron del todo de combatirlo. Los españoles tuvieron a buena dicha que cesase la hostilidad, porque ya estaban, a mas de la fatiga de la batalla, debilitados de la sangre que habian vertido de las heridas: no hubo quien no sacase alguna.

Un desertor en este tiempo de nuestro campo llamado Tapia, informó a Guanoalca el mal estado en que se hallaba la plaza de Puren por falta de víveres y porque entre los de la guarnicion habia una grande discordia. Con esto se encendió el ánimo del general araucano, que sin eso meditaba siempre destruir dicha plaza. Se puso inmediatamente sobre ella, y en efecto, estando casi del todo desprovefda, se dejó ver Guanoalca, con lo que el comandante con toda la guarnicion escapó tomando el camino de Angol antes que se los pudiese impedir. Guanoalca se contentó con eso y con destruir las murallas y casas de la fortaleza.

De aquí se dirigió a otro fuerte que poco antes habian construido los españoles en las vecindades de la cuesta célebre de Mariguenu; pero, sabiendo que le habia entrado poco antes un refuerzo considerable, resolvió emplear sus fuerzas en otra parte donde se pudiese prometer mas feliz suceso. Volvióse contra los dos presidios de la Trinidad y del Espíritu Santo. El gobernador temiendo no poderlos mantener y no creyéndolos bastantemente útiles (lo que se protesta cuando no se han tomado las providencias oportunas,) sacó toda la gente de estos importantísimos puestos y la trasladó a otro fuerte que habia hecho edificar sobre el rio Puchanque para cubrir la ciudad y plaza de Angol.

En las batallas antecedentes habian hecho los araucanos prisionero un español que lo conservaban en vida y con su buena maña se habia ganado los corazones de casi todos ellos. Este comenzó a entablar pláticas de paz, y era oído de muchos sin disgusto. El gobernador fomentaba por su parte los buenos conceptos del prisionero; pero como los arauca-

nos hacen un cuerpo que tiene muchas cabezas, si todos no asienten a una cosa, ésta queda decidida por la parte opuesta. Así sucedió con estas negociaciones del prisionero y gobernador, que no asintiendo todos, resolvieron dejar al arbitrio y fuerza de las armas la decision del problema tantas veces disputado de su libertad o sugecion.

Con esto el Gobernador resolvió hacerles crudamente la guerra. Comenzóla con muchas fuerzas, llevando en su compañía al coronel don Luis, su hermano. Los tucapeles fueron los primeros que experimentaron su rigor en el saco de sus casas y ganados, tala de sus campiñas y prision de algunos de sus individuos, porque los mas estaban retirados y escondidos en los bosques; talada y saqueada esta provincia costeña, se internó a las provincias mediterráneas, haciendo por todo donde pasaba el mismo despojo. Llegó cerca de la ciudad de los Confines y allí levantó una nueva fortaleza, cuyo mando entregó a Cristobal de Arana.

Por el tiempo que el gobernador hostilizaba los campos enemigos, se pusieron en arma en número de cuatro mil los circunvecinos de la Villarrica, capitaneados de *Huechutureu*, oficial puelche de Guanoalca, de mucha reputacion. El Gobernador sabiéndolo mandó a su hermano don Luis, quien como otro César llegó, vió y venció con grande mortandad y con la prision del mismo *Huechutureu*. Este, puesto en presencia de don Luis, excusó sin abatimiento el no haber admitido la paz, dando por motivo el recelo que tenia su nacion de la servidumbre, y se quejó, sin encarecerlo, del mal tratamiento que experimentaban los suyos de los españoles. Pasó de aquí a asegurar que, si le otorgaban la vida, corresponderia al beneficio con reducir a la paz a su nacion, expresando sin jactancia el poder que tenia en ella. Don Luis, que era de natural humano, se agradó grandemente de aquel modo señoril y le pareció hallar en su semblante aquel aire nativo de la sinceridad. Le concedió no solo la vida sino la libertad, para que pudiese mejor cumplir lo que prometia. Este comenzó desde luego a atraer con sus razones y autoridad a muchos de su nacion; pero Catipiuque que fraguó la trama dicha contra el maestre de campo, conociendo su muerte o no esperando perdon, se opuso tan altamente contra los intentos de *Huechutureu*, que el negocio fué preciso viniese a decidirse con las armas, en las cuales fué mas feliz *Catipiuque*, pues dejó de un golpe muerto al solicitador de la paz.

Mas que todo esto cortó el hilo a la negociacion de la paz la muerte, que en este intermedio dió don Luis a Guepotaen, aquel célebre oficial que tan largamente defendió el fuerte de Liben. Este se habia retirado despues de la partida de dicho fuerte, a la cordillera, y en este tiempo deseoso de ver a su mujer habia bajado a los llanos; pero sorprendido de don Luis que deseaba sumamente tenerlo a las manos, quiso antes verse despedazado que rendirse prisionero.

Yanaqueo (que así se llamaba su mujer,) trasportada de un furioso deseo de vengar la muerte de su marido, se puso en compañía de su hermano, a quien alentaba a lo mismo, a la frente de un ejército de Puelches, con el cual comenzó a dar el saco a establecimientos españoles, sacrificando al furor femenil todos cuantos encontraba de los españoles.

El Gobernador que se hallaba a esta ocasion reforzado con un nuevo socorro, se puso en marcha contra Yanaqueo y su hermano; pero estos ocupando siempre los montes altos, nunca se le presentaron en lugar donde les pudiese atacar. Ellos sí que hallaron muchas ocasiones para asaltar, ya a la vanguardia ya a la retaguardia, para darle malas noches y para aligerarle el bagaje, de modo que, viendo que perdia tiempo, gente y no sacaba fruto alguno, determinó retirarse, como lo hizo. Al tiempo de esta retirada, conforme a su dictámen de infundir miedo al araucano con la muerte de sus individuos, fué dejando colgados por los árboles los prisioneros que habia hecho en su correría, en lo que tuvo que admirar la impavidez de un araucano que sentenciado a este suplicio le pidió lo hiciese colgar en lo mas alto del mayor árbol que habia, para que, dijo, me vean mejor mis paisanos y se enciendan en la venganza de mi sangre.

Yanaqueo creyó esta buena ocasion para acometer la nueva fortaleza de Puchanqui en el valle de Andelepe. Cristóbal de Arana, señor de dicho valle y comandante de dicha plaza, se mostró oficial de mas ardor que consejo, porque, dejando la ventaja de la fortaleza misma, salió contra Yanaqueo con veintidos hombres. Combatióse animosamente por ambas partes, y Arana que peleaba con la misma temeridad con que se determinó, se metió por el escuadron mas fuerte del enemigo con otros dos, y así Yanaqueo y su hermano, con solo volverse a cerrar, les hicieron pagar su temeridad. Lo demas de la tropa se retiró al fuerte, y aunque los seguian Yanaqueo y su hermano, tuvieron fortuna con la buena maña que se dieron de llegar a él, en el que los dejó Yanaqueo contenta con la muerte del comandante, aunque no satisfechos sus deseos.

Ya principiaba la estacion lluviosa, y aunque ella, como su nacion, hiciese poco reparo de esto, se retiró a la montaña de Villarrica, con ánimo de hacer allí un cuartel general de sus tropas en el lugar que hallase mas a propósito para la defensa y seguridad. Tomó para esto un monte sumamente escabroso con un buen plano en su cumbre. Desde aquel frecuentemente salia a hacer sus correrías por las haciendas de los vecinos de la Villarrica, sacando de ellas abundantes víveres con que sustentar a su gente. Los de la campiña, temiendo ser sorprendidos, se retiraron a la ciudad, y los de ésta estaban tan atemorizados que no se atrevian a salir de sus murallas. Mandaron repetidos avisos del estado de consternacion en que los tenia esta mujer, al gobernador, pidiéndole socorro contra ella.

Este no pudo negarse a aquellos ciudadanos. Mandóles allá a su hermano don Luis con la mayor parte de otro socorro que le habia traido de Lima Peñalosa. La intrépida Yanaqueo lo aguardó en su fuerte, se puso al frente de su gente y con singular presencia de ánimo rebatió los diferentes asaltos de las tropas españolas. Don Luis que habia puesto contra ella algunos cañones de campaña, ordenó que éstos hicieran fuego a metralla contra ella, porque por asalto habia probado no era posible vencer la trinchera. Con esto empezó a disiparse la gente y ella no quiso dar lugar a su muerte que vió que con la fuga la podia evitar. Su hermano no fué tan pronto en tomarla y así cayó en manos de don Luis, quien le dejó la vida y dió la libertad en atencion a la promesa que hizo de tener quieta

su hermana, como lo cumplió; pues de ahí en adelante no intentaron cosa alguna sino que vivieron quietamente dentro de sus tierras.

Al fin de este año murió consumido de la vejez y de los trabajos de la guerra en que de muy niño se habia empleado el toqui Guanoalca. Los araucanos que estaban resueltos a la guerra y no querian rendirse o hacer la paz con que les convidaba el gobernador y persuadia el prisionero español, elijieron por su toqui a *Quintuguenu*, jóven atrevido, intrépido y ambicioso de gloria. Creyeron los araucanos que las presentes circunstancias pedian un hombre de este carácter mas que de una madura prudencia, lo que tal vez podia inducir al general a venir a capitular la paz, que ellos repugnaban sino era con la total destruccion de los españoles.

El primer paso que dió *Quintuguenu* despues de tomado el mando de las tropas del Estado fué acamparse con cuatro mil de los suyos en la célebre cuesta de Mariguenu. El gobernador, sabiendo esto, marchó apresuradamente en su busca con seiscientos españoles, y llegando a dar vista al enemigo se asentó con su campo al pié del monte para acordar con consulta de sus oficiales lo que se debia hacer. Al otro dia comenzaron a avanzarse contra el enemigo, llevando el gobernador la vanguardia; a la mitad de la subida que (como he dicho otra vez) es áspera, estrecha y pendiente, se le opuso un buen trozo de enemigos disputando el paso: no poco tiempo duró esta disputa, pero al fin se retiraron los araucanos a sus trincheras con buen órden y sin que se pudiese decir fuga sino como que habian bajado solamente a fatigar al enemigo.

El gobernador los cargó poderosamente, pero sin poderlos romper. En la defensa de la trinchera se renovó con mayor furor el combate de ambas partes. Quintuguenu corria de un extremo al otro de la trinchera animando siempre a los suyos y precediéndoles con el ejemplo. Ellos mismos se animaban mutuamente y se exhortaban a una muerte que seria gloriosa para ellos; y así la defensa no pudo ser mas vigorosa y obstinada. Iba ya mas de media mañana y los españoles no habian podido romper la trinchera, hasta que al venir del mediodía don Cárlos de Irarrázabal forzó con su compañía las líneas de los araucanos por la parte siniestra de la trinchera y al mismo tiempo penetraron en los reales enemigos el maestre de campo y don Rodulfo Lisperguer. Aunque por esto la victoria comenzaba a declararse por los españoles, no perdió el ánimo Quintuguenu, ántes nunca mas ardiente e intrépido procuraba infundirlo en los suyos, acordándoles que aquel monte era y habia sido funesto a los españoles; que mas españoles habia allí sepultados que los que habia al presente vivos; que se esforzasen y diesen el merecido castigo a aquellos ladrones y usurpadores de la libertad ajena; que siguiesen su ejemplo, porque él por su parte mas queria morir en libertad y por ésta que vivir en servidumbre. Así dijo, y en verdad que lo cumplió, porque el gobernador, teniendo por obligacion suya medir la lanza con el gefe araucano, se fué para él y a pocos lances lo derribó a tierra herido malamente: su gente, sin cabeza que la gobernase y alentase, se dió a la fuga, en la cual y la batalla murieron seiscientos araucanos. De los españoles veinte, entre los que se cuenta un caballero portugués que depreciaba el valor

araucano. Debióse esta victoria, a mas de la sábia conducta del gobernador con que hizo obrar a su gente, al maestre de campo, a don Cárlos Irarrázabal, a don Rodulfo Liperguer, a un Venegas, a un Roa, a un Diaz, a un Luna, a un Godoy y a un Castillejo, con otros señores.

El Gobernador contento con tan señalada victoria y mucho mas por la circunstancia de considerarse él el primero que en la cuesta de Mariguenu hubiese vencido al araucano, condujo sus tropas hácia el mar, donde fué saludado con replicadas salvas de la escuadra del Perú, que corria las costas de Chile para echar de ellas los corsarios ingleses. A estas demostraciones de comun alegría correspondió el gobernador con frecuentes descargas de su arcabucería. No quiso perder esta ocasion favorable para solicitar nuevo socorro del Perú, para lo cual, conociendo la actividad de su maestre de campo don García Ramon, lo mandó en aquella flota que se enderezaba ya al puerto del Callao.

La derrota hecha bajó un poco las cervices araucanas. Ellos pensaron en pedir las paces, a lo que por ventura tuvo mucho influjo la constancia de inducirlos a esto del prisionero español. Mandaron ellos un embajador al gobernador, quien lo recibió con gravedad junto con amabiiidad, y habiéndoles traido las frecuentes infracciones de la fé que habian hecho hacer a sus compatriotas, les dijo que, no obstante, les acordaba su amistad, perdonaba generalmente a todos de lo pasado; pero con condicion que debian venir todos los ulmenes del estado de Arauco a ratificar los capítulos. Todo se ejecutó como lo habia propuesto el gobernador con los araucanos, pero no con los tucapeles y purenes. Esta fué siempre la máxima del pueblo araucano, suspender las armas en unas provincias cuando veian ser perseguidos de la desgracia, pero dejar siempre viva la guerra en las otras del Estado.

Subyugado, como creia el gobernador, Arauco, dirigió sus fuerzas contra Tucapel y Puren. Entró por sus campos talándolos y robándolos libremente, porque sus habitantes estaban retirados a los bosques, procurando solo asechanzas con que sorprenderlos en alguna ocasion que hallasen o juzgasen oportuna. Tal creyeron una emboscada con un pequeño trozo de gente que saliese como a oponérsele, pero que a poco de combate se retirase afectando temor, para que los españoles persuadidos de ello corriesen en su seguimiento con poco órden, como lo solian hacer, y diesen, desunidos y desconcertados, en la emboscada. Así sucedió como lo pensaron; porque los españoles acometieron aquel pequeño trozo de indios, que, fingiendo temor, se retiró, tirando hácia la emboscada para llevar a ella los desordenados españoles; estos con priesa y sin conducta los siguieron y se hallaron de repente acometidos de un grueso número de enemigos mandados por *Paillaeco*, que habia sido hecho toqui por la muerte de Quintuguenu. Encrudecióse el choque y hubiera sido totalmente fatal para los españoles si a poco rato de él no hubiesen tenido la fortuna de matar el caudillo; porque como entraron desordenados en el combate y los enemigos cargaban de todas partes, no habian podido formarse. Por la muerte de Paillaeco cayeron de ánimo sus tropas y empezaron a retirarse. Esta accion venturosa enseñó a los españoles a seguir con mas cautela la fuga del enemigo.

El Gobernador habiendo experimentado la dificultad de socorrer la plaza de Arauco en las acometidas que hasta allí habia tenido de los araucanos, determinó mudarla a otro sitio mas cómodo sobre las playas del mar, para en todo evento poderla socorrer mas fácilmente. En esto entendia cuando llegó don García Ramon del Perú con el socorro, pero siendo él tan corto, determinó él ir en persona a solicitarlo mas copioso. Hizo para esto cabildo abierto en Santiago, a donde, trasladado, explicó su intento y propuso sus razones, las que fueron aprobadas de la mayor parte. Con esto se puso en camino dejando el gobierno de las armas a don Alonso García Ramon, su maestre de campo, y para lo civil al licenciado don Pedro Viscarra. Llegado al Perú, despues de un breve contraste con el señor Virey, que lo mandaba inmediatamente volverse a Chile, sin permitirle llegar a Lima, él por escrito justificó tan bien su conducta, que no solo le dió el permiso de entrar en Lima, sino que lo recibió con un aparato propio a un general que vuelve triunfante de la guerra. Preparábase con un buen socorro de gente para volver a Chile, cuando tuvo noticia venia provisto por sucesor suyo don Martin García Oñez de Loyola, caballero de Calatrava, con lo que suspendió su empeño y se retiró a Chile a gozar los cinco mil pesos anuales que en premio de sus servicios y sumo desinterés con que gobernó el Reino, le señalaba Su Magestad del tributo de los indios de las cercanías de la capital, donde se habia acimentado.

Su sucesor condujo a Chile todo el socorro y al mismo tiempo la religion de la extincta Compañía de Jesus, llevando consigo nueve sugetos ejemplarísimos, que despues llegaron a formar una provincia de su religion, habiéndose propagado en cuasi todas las poblaciones del Reino. Vino a desembarcar en el pueblo de Valparaiso, desde donde se condujo a Santiago. Fué allí recibido con aclamaciones extraordinarias, prometiéndose todos un gobierno felicísimo; pues constaban a todos los hechos famosos militares de don Martin. Él fué el que apresó en las montañas de la cordillera al último inca *Tupac Amaru* y con el matrimonio que habia celebrado con doña Beatriz Coya, hija única del inca *Sairi Tupac*, se prometian todos que su persona seria muy grata a los araucanos, y así no inquietarian el Reino en su tiempo.



LIBRO NONO

CONTINUACION DE LA GUERRA

I

GOBIERNO DE DON MARTIN GARCÍA OÑEZ DE LOYOLA

Don Martin García, apénas se recibió del gobierno del Reino en Santiago y oyó los informes del maestre de campo don García Ramon y del licenciado Viscarra, que partió a la frontera para visitar por sí mismo las plazas. Puesto en la Concepcion y sabiendo su llegada los ulmenes aliados bajaron a dicha ciudad a felicitar su próspero arribo, y aun de parte de los enemigos vino *Antupillan* a tratar de la paz. El gobernador recibió a todos benignamente y en particular a Antupillan, respondiéndole que si su proposicion nacia de ánimo sincero, era necesario bajasen con él a capitular los de su faccion. En esto se convino, y al dia señalado se hallaron en la Concepcion los ulmenes de mas nombre entre los enemigos.

En este congreso habló primero el gobernador diciendo: «que él tenia en su mano la guerra o la paz, segun ellos quisiesen; que se hallaba con fuerzas para rechazar a cualquiera que pudiese venir con él a las manos y para acometer a cualquiera que juntase tropas contra él; que no pensasen que su poder estaba reducido a la gente española que veian en el reino, porque él tenia por señor un príncipe tan poderoso que extendia sus dominios y llevaba sus armas por todo el mundo; que con inútil esfuerzo se oponian a su poder; que les convenia la paz y que por lo que deben unos hombres a otros, él les aconsejaba la eligiesen; que por esto les ponia en consideracion este gran poder de su príncipe; que él, entrado en alianza matrimonial con una americana, tendria gran sentimiento de verse precisado a derramar su sangre; finalmente, que esta paz de que se trataba debia ser sincera y no insidiosa, cual mostraban sus hechos posteriores, despues de haberla concertado con sus predecesores.»

No bien acabó don Martin su arenga, que se levantó Antupillan y le respondió con esta energía y entereza. «Apo (que es como saludan al go-

bernador español) a la noticia que nos das del poder de tu príncipe, te puedes figurar que no nos es nueva, pues éste se da por sí mismo a entender, que quien envia desde donde nace el sol hasta donde se pone tantos valientes soldados armados de rayos y de esas grandes casas en que pasan el mar, debe tener un gran poder e incomparablemente mayor que el nuestro. Esto, si bien consideras, nos llena de tanta gloria que ella será siempre celebrada de quien imparcialmente la considere. Ya son pasados muchos años que, por conservar la libertad en que hemos nacido, resistimos a esa gran potencia. No, pues, nos atemoriza ese gran poder. Para con vosotros tendria fuerza el temor de la muerte, pero para con nosotros, que apreciamos mas la libertad que la vida y que tenemos por peor que la muerte la servidumbre, no hace impresion el máximo poder del mundo. Lo que nos dices de las infracciones de la paz por nuestra parte, no has ciertamente reflexionado bien; el amor a los tuyos te ha vendado los ojos para querernos atribuir la culpa que es de ellos. ¿No hace, Apo, primero la guerra quien quebranta todos los derechos de la paz y toda la obligacion de los tratados? Esto han hecho los tuyos. Qué mucho que nosotros hagamos que vuestra paz no sea segura si los vuestros hacen que nuestra libertad no sea verdadera? Vuestros predecesores así lo han capitulado con diversas parcialidades; pero al punto que han dejado las armas de las manos, han comenzado los vuestros a pretender y hacer que los sirvan con sus personas y bienes por fuerza y sin pago. Mas: en los tratados de paces que han dado vuestros antecesores, hemos sido llamados con la cualidad de amigos y aliados de vuestro príncipe: ¿son, pues, estas cosas convenientes a tal carácter? No hallo razon por qué a los tuyos sea lícito, o se lo hagan lícito, el agraviarnos e insultarnos y en nosotros sea delito el procurar vindicar nuestros derechos. En conclusion, Apo, si la paz que nos dieres de vuestra parte fuese buena, de la nuestra será eterna; pero si de vuestra parte fuese mala, de la nuestra no será duradera.» Así habló, en sustancia, Antupillan en un discurso larguísimo y como si lo trajese muy prevenido. Don García quedó pagado de su desembarazo y bien convencido de la eficacia de sus razones, y, en su consecuencia, prometió guardar inviolablemente los derechos de su libertad.

Satisfechos con esto los araucanos, les propuso el gobernador hacer una fundacion en Millapoa, que es lugar cerca de la márgen austral de Biobio, en el comedio de la latitud del Reino. No repugnando ellos, se determinó hacerla y para seguridad de la nueva poblacion y que tuviese comunicacion con las otras del reino, dispuso levantar dos fortalezas en las dos opuestas márgenes del rio: una con el nombre dulcísimo de *Jesus* y la otra de *Chivicura*, las cuales servian al mismo tiempo de cubrir las riquísimas minas de *Quilacoyan*. Puso al capitan don Juan Rivadeneira en ellas con cincuenta hombres y una embarcacion que asegurase el paso del rio. Dadas estas providencias, fundó en mil quinientos noventa y cuatro la ciudad en Millapoa, con el nombre de *Santa Cruz de Coya*, en significacion del aprecio que hacia de su nobilísima mujer.

Despues de la muerte de Paillaeco, la nacion habia dado el mando de las armas a Paillamachu, hombre de avanzada edad, pero de coraje y va-

lor de un jóven, y a quien favoreció aun en esa edad mas que a ninguno de sus antecesores la fortuna, como luego se verá. Este, que no habia querido entrar en las negociaciones de la paz, se mantuvo en su Rochella de Lumaco con sus principales oficiales Pelantaru y Millacalquin, a quienes, desde el punto que fué creado toqui de la nacion, habia hecho sus tenientes generales, innovando en esto las costumbres hasta allí observadas por sus predecesores, que solo habian nombrado uno. De este modo se iban ellos refinando en su arte militar.

Es muy natural que él llevando muy pesadamente los nuevos establecimientos del gobernador, se resolviese a mandar contra ellos algunas de sus tropas, porque a poco tiempo se vió el fuerte de Jesus (que era el que estaba en la parte austral) acometido de cinco mil combatientes que capitaneaba *Loncothegua*. Este, dividiendo sus tropas en tres escuadrones, vino contra la dicha fortaleza en que comandaba don Francisco Guajardo. Este se puso con algunos soldados de los mejores en la puerta principal para su defensa. Los de Loncothegua quemaron un baluarte y dos casas vecinas con sus flechas encendidas; pero como las mujeres se encargasen de apagar el fuego, le salió inútil su intento de dividir los soldados. Desencajaron dos robustos troncos de la palizada que componia la muralla de la fortaleza, pero aquí se les opuso Guajardo. Así andaba la contienda por un costado cuando Loncothegua se abrió paso por otro y entró con cuatro de los suyos; pero Guajardo dejando su gente repartida en los puestos de mayor riesgo, se vino con solo un soldado a la defensa del nuevo portillo: allí halló a Loncothegua con el afan de entrar mas gente y arremetiendo con él le cortó a cercen el brazo derecho, y defendiéndose con el izquierdo, tuvo tambien la dicha de cortárselo de otro golpe de su sable, y ya indefenso lo mató, con lo que su gente desistió del empeño.

A este mismo tiempo infestó las costas de Chile con algun daño de sus habitantes el inglés Ricárdo Aquinez; pero no tan felizmente en el Perú donde quedó prisionero con los dos navíos que montaba.

Si esto molestó al Reino, la entrada en él de los hermitaños de San Agustin alegró a los pobladores españoles que se prometian en ellos no solo quienes rogasen a Dios por su felicidad y adelantamiento, sino tener en ellos otros tantos apoyos de su religion y piedad y quienes con su celo plantasen en los infieles la católica religion.

Don García de Loyola, para domar la ferocidad de *Paillamachu* salió en campaña con 400 españoles y dos mil auxiliares. Como Paillamachu viese tantas fuerzas, se retiró al asilo de los bosques con toda su gente, dejando los campos a discrecion de los españoles, que talaban y saqueaban todo por donde pasaban. Estaban en esto en el mayor calor de la hostilidad, cuando descubrieron unas huellas frescas, siguiéronlas y en un prado que estaba en lo interior de unos bosques, hallaron unos pocos indios que capitaneados de dos mulatos desertores aguardaban el descuido de los españoles para asaltar a los auxiliares. Como ellos estaban sin prevencion, se hallaron sobrecogidos del espanto al descubrir los españoles, los que no les dieron tiempo a que escapase alguno, echándo se sobre ellos todos y aprisionándolos. Dió pena capital a los dos mula-

tos desertores, y a algunos indios que se les convenció de daños hechos en las cercanías de la Imperial, y los otros se llevaron prisioneros.

Aunque tuvo este castigo ejemplar en los dos mulatos, no era lo que él mas apetecía, que era llegar a medir sus fuerzas con Paillamachu que rehuzaba la paz que le ofrecia. Pero éste, no considerándose con fuerzas bastantes para oponerse abiertamente, se habia recogido a los pantanos de Lumaco para dejar pasar aquella tempestad. Viendo por esto que no podia desalojarlo por batalla, acordó apretarlo por fortalezas, y así fundó una en el centro de Puren, y otra a las orillas de dichos pantanos con la nueva gente, armas y caballos que le habia traido don Gabriel Castilla.

Con esto asegurado a su juicio de los cuidados y peligros de la guerra, se aplicó a entender en los negocios civiles, pero que tenian relacion con la paz dada a los araucanos. Arregló el buen gobierno de las encomiendas de los indios haciendo las ordenanzas que la experiencia y piedad hacian ver necesarias para la doctrina y buen tratamiento de los indios, las cuales fueron concebidas con máximas de tanta bondad y prudencia que bastaban ellas solas para venir en conocimiento de que don Martin García Oñez de Loyola era un varon de tantas luces como de cristiandad y digno sobrino del gran patriarca San Ignacio de Loyola. Por este mismo tiempo mandó fundar la ciudad de San Luis de Loyola en el último territorio de su jurisdiccion, camino de Buenos Aires, en la punta que llaman de los Venados, la cual subsiste aun, y es la que he descripto en el Libro segundo de esta Historia.

Paillamachu creyó ser contra su honor las plazas nuevas, y reputando de mayor importancia la destruccion de la de Puren que la de la que tenia inmediata, por ventura tambien para hacer ver al gobernador que nada le impedia la plaza de Lumaco, se vino con cinco mil hombres, a entradas del invierno, como tiempo mas favorable a ellos y no poco incómodo para los españoles. Para quitar a los sitiados la esperanza de que levantaria el sitio por la poca paciencia de su gente, se asentó muy de propósito, hizo luego barracas de paja y pieles en que abrigarla; cogió todos los caminos y entradas para impedirles todo socorro. Bien lo pensaba Paillamachu, como hombre prudente y constante en las cosas de guerra; pero nunca falta otra prudencia y constancia mayor que venza a la otra, como se vió en este sitio. Los españoles toleraron animosa y constantemente todas las penurias y miserias de un cerco riguroso, resueltos a morir antes de necesidad que entregarse. No pudiendo mandar fuera alguno que les solicitase el socorro, avisaron de su aprieto a las otras plazas con tiros de su artillería, por cuyo medio vino a entender el Gobernador el aprieto en que se hallaba esta plaza. El, solícito del bien de los sitiados, habia determinado socorrerlos en persona; pero fué disuadido de sus capitanes, con lo que envió en su lugar a don Pedro Cortés, oficial de gran mérito, que habia estado reformado en el gobierno antecedente por su entereza. Fué éste con ciento y cincuenta hombres, con los cuales, puesto en el lugar del asedio, obligó, aunque sin sangre, a que lo levantase Paillamachu.

Con esta buena noticia salió el Gobernador de la Imperial con 300 hombres de armas y sesenta reformados para pasar a la Concepcion, visitan-

do las plazas intermedias y aquietando algunas discordias que habia entre los vecinos. Paillamachu, con un cuerpo volante, le vino siempre siguiendo los pasos, ocultando sus marchas para no ser sentido y hacer su hecho sobre seguro, como lo ejecutó, porque habiendo llegado el Gobernador al valle de la *Curalava*, pareciéndole no haber ya riesgo de enemigos mandó atras toda su gente, dejando solamente en su compañía, a mas de la propia familia, sesenta capitanes reformados y tres religiosos de San Francisco. Asentó sus tiendas para descansar de las malas noches y despues de haber cenado, se retiró a dormir con los otros tan sin miedo, que no dejó ni aun una centinela. Conocieron este descuido los centinelas avanzados de Paillamachu, corrieron con el aviso y éste diligentemente se acercó con su gente. Repartióla a ocho y diez por cada uno de los dormidos y sin darles tiempo para cosa alguna, los alanceó a todos el 25 de Noviembre de 1598.

Grande fué el sentimiento del Reino por un caso tan infeliz, porque como los muertos fuesen vecinos, encomenderos y oficiales principales, apénas habia familia de distincion, a la cual no tocase parte de la calamidad. Pero fué solo principio de las grandísimas que inmediatamente se siguieron, porque Paillamachu, habiendo salido tan bien en sus asechanzas contra el Gobernador español, lleno de furor y soberbia determinó no solo sacudir el yugo español, que oprimia a los suyos, sino exterminar la nacion entera. Mandó aviso de su hecho y juntamente convocatoria para una guerra general, como cosa conveniente en las presentes circunstancias. Es cosa maravillosa, y lo que da mas a entender así el genio indómito de la nacion araucana como la obediencia a una convocatoria de guerra, porque en poco mas de cuarenta y ocho horas se vió en armas todo el país, que se extendió por ciento y cuarenta leguas desde el rio de Itata hasta el canal de Meullin, que divide el archipiélago de Chilué. Cogieron los araucanos las armas en número de treinta mil con tal resolucion que parecia que en poco tiempo iban a concluir con los españoles. Comenzaron por todas partes las hostilidades; se apoderaron de innumerables ganados mayores y menores; talaron los sembrados que ya estaban en maduro; destruyeron las parroquias y hospitales; profanaron los vasos sagrados; pisaron y rompieron las imágenes de los Santos, Santísima Vírgen y de Jesucristo; quitaron la vida a mas de doscientas y cuarenta personas, sin atencion a el sexo ni a la edad inocente de los niños; pues bastaba para ellos que tuviesen sangre española, de que estaban tan sedientos.

Cuando se supo en Santiago la desgraciada muerte del Gobernador, no habiendo Audiencia Real, el Cabildo de dicha ciudad nombró por sucesor interino, miéntras proveia el Virrey del Perú, al licenciado don Pedro de Vizcarra, teniente general y juez de apelaciones en Chile. Este, que se hallaba en edad de setenta años, viendo el extremo peligro del Reino, salió a las empresas militares con cordura de anciano y ánimo de jóven, y luego se puso en la Concepcion con alguna gente. A su llegada supo como estaban bloqueadas de los enemigos las ciudades de *Villarrica, Osorno, Valdivia, Imperial,* los Confines y Santa Cruz de Coya, y sitiada con formal asedio la ciudad de Cañete y la plaza de Arauco.

Paillamachu, que estaba dotado de prudencia y arte militar, échose cargo de la consternacion de los españoles, desplegó de suerte las velas a la aura de su buena fortuna, que, para impedir el socorro de las ciudades sitiadas, pasó el rio Biobio y se vino con un cuerpo volante para la ciudad de la Concepcion con el ánimo de medir sus armas con el comandante español. Si no es en esta ocasion, no se puede verificar lo que dice Garcilaso, esto es, que Paillamachu quemó la Concepcion, lo que bien puede concordarse con lo que los monumentos, de que me sirvo, dicen, aunque callen eso otro; porque ellos solamente dicen que, habiendo el Gobernador enviado contra él a don Pedro Paez de Castillejo con alguna gente, éste lo aguardó con mucha prudencia y cautela en un lugar ventajoso y habiéndolo derrotado enteramente, él se pudo salvar con muy pocos; todo lo cual puede, muy bien, haber sucedido a la vuelta de su hecho.

Este feliz suceso animó al Gobernador para ponerse en campaña y pasando a Biobio, puso su campo en el paraje llamado la *Empalizada*, que está entre las ciudades de Santa Cruz y la de los Confines, para cubrir a las dos y con ánimo de forzar las líneas enemigas o de obligarlas a batalla. Pero los sitiadores anduvieron mas cautos, porque como reconocieron al Gobernador muy superior en fuerzas, se retiraron a sus tierras. Y del mismo modo el Gobernador, que no tenia bastante gente para penetrar a lo interior del país enemigo y socorrer a las ciudades, regresó para la destruida Concepcion, llevándose consigo a los pobladores de ambas ciudades para con ellos reedificar ésta de nuevo. A poco tiempo le llegó su sucesor nombrado por el señor Virrey del Perú, que fué don Francisco de Quiñones, quien cogió el mando del Reino a 18 de Mayo de este año. En este tiempo es ya en Chile entrado el invierno; el que en las partes del campo, que habia de ser de batalla, es demasiadamente lluvioso, con lo que los caminos se ponen impracticables, no solo para ejércitos, sino aun para viajar con poco equipaje, por lo que el nuevo Gobernador no hacia sino prepararse para luego que le permitiesen las aguas ponerse en campaña a remediar los males lo mejor que pudiese.



II

GOBIERNO DE DON FRANCISCO DE QUIÑONES

En tanto que don Francisco de Quiñones pensaba de este modo, Paillamachu, a quien por su fuerte complexion y la de los suyos no impedian los rigores del invierno, no siéndole éste de embarazó alguno, capitaneando seis mil hombres, se puso con ellos de la banda septentrional de Biobio con el fin de venir a las manos con el nuevo Gobernador. Este bien conoció lo contrario que le era el tiempo; pero como en la guerra no es dado elegir tiempo y ocasion, hubo de aceptar el desafío que le hacia Paillamachu y le salió al encuentro con el número mayor de tropas que pudo. Deseaba tambien Quiñones darse a conocer al soberbio Purenense y vengar, si le fuese posible, la muerte de su antecesor.

En los campos de Yumbel, iguales y espaciosos, se dieron vista los dos ejércitos. Paillamachu repartió su gente en tres gruesos cuerpos, uno de infantería y dos de caballería que puso a los costados de aquella. El Gobernador puso mezclados arcabuceros con lanceros y piqueros, uno de éstos contra dos de aquellos; la caballería colocó a los costados y a la frente seis cañones de campaña. En este punto, habiendo Paillamachu exhortado a los suyos con aquella soberbia y jactancia que es propia de quien se considera victorioso, y hablado don Francisco de Quiñones con mucho peso y mostrando un gran sociego y presencia de ánimo, mandó a todos para recibir el ataque de Paillamachu que venia sobre él. Los araucanos embistieron con un furor desmedido con el empeño de llegar presto a las armas cortas; pero los españoles con la fusilería, que manejaban muy bien, y con los cañones de campaña procuraban mantenerlos en distancia, para que cuando llegasen a juntarse, estuviesen ya muy disminuidos y no tan bien ordenados. Aunque se logró este efecto, como ellos eran muy superiores en número y estaban con tanto ardimiento, pasando por encima de sus muertos y heridos, llegaron a conseguir ha-

cer uso de sus lanzas y porras con tanta fuerza que empezaban nuestros escuadrones a desordenarse. Aquí don Francisco de Quiñones, volviéndose a los oficiales con voz severa y de mucha entereza, les impuso que quitasen la vida luego al que volviese las espaldas al enemigo. Esta providencia fué dada tan a tiempo, que, mediante ella, se mantuvieron en el puesto los nuestros, sosteniendo el mas furioso combate. Duró así la batalla una hora, despues de la cual notó don Francisco que los araucanos comenzaban a aflojar, porque caian muchos de sus mejores soldados y oficiales, con lo que mandó avanzar a los suyos, apurando a los que se mostraban desfallecidos. No pudieron sufrir los araucanos esta carga y comenzaron a huir desordenadamente. El Gobernador siguió el alcance, pero a corta distancia por el justo recelo que se rehiciesen con algunos cuerpos de reserva. Murieron muchos araucanos y de los nuestros no pocos, quedando bastantes heridos, lo que tambien tuvo en consideracion para no empeñarse en el alcance. Hizo algunos prisioneros, que en el mismo lugar descuartizó y colgó sus cuartos en los árboles.

Paillamachu despues de esta derrota pasó con las avanzadas de sus tropas a apretar el asedio de Arauco, a donde se habian refugiado los de la ciudad de Cañete. El Gobernador sabiendo esto, mandó contra él a don Pedro Paez de Castillejo con 350 hombres con instruccion de obligar a levantar el asedio y de retirar la guarnicion de la plaza y la gente de Cañete a la Concepcion. Este valeroso capitan llegando a Arauco, forzó los escuadrones de Paillamachu y entró triunfante en la plaza y segun sus intrucciones salió al otro dia con toda la gente que habia dentro. Paillamachu que a la ida no le dió batalla formal, a su vuelta no lo molestó como que volvia mas fuerte, pero lo siguió hasta Biobio observando y esperando algun buen lance en que sorprender su vigilancia.

Por este tiempo eran repetidos los avisos que llegaban al Gobernador del aprieto en que estaban las ciudades de Villarica, Imperial y Osorno. Envióles mensageros, que a todo riesgo entraron en el país enemigo, avisándole que a Osorno les mandaria socorro por Chiloé y a la Villarica por Valdivia, que entretanto procurasen mantenerse. Él con las mayores fuerzas que pudo se encaminó a la Imperial, prevenido para todos los lances; en el camino hizo todo el daño que pudo al enemigo, talando las mieses, llevándose los ganados y haciendo varios prisioneros, o mas bien descuartizando a cuantos podia haber a las manos. Así llegó a la Imperial y los araucanos que lo vieron tan fuerte no quisieron disputarle la entrada en la ciudad, que lo recibió con demostracion de extraordinaria alegría, porque se veia ya sumamente falta de víveres. El Gobernador para proveerla abundantemente, envió tres partidas de soldados por diversas partes con fin de juntar todos los bastimentos que hallasen; pero esto fué de poco provecho porque los araucanos habian destrozado lo mas; no obstante con esto y lo que habia traido él, la ciudad tenia para algun tiempo víveres.

Socorrida la Imperial y asegurada lo mejor que pudo, disponia el Gobernador retirarse, cuando le vino aviso que Paillamachu caminaba con dos mil hombres contra San Bartolomé de Chillan. El Gobernador con esta noticia asechó su partida y sabiendo que Paillamachu volvia ya de su

expedicion con un grueso botin de caballos y vacas despues de haber quemado y destruido la ciudad, lo aguardó en las márgenes de Biobio enfrente de la isla de Pavon. Bien hubiera querido Paillamachu no hallarse con este embarazo, pero siéndole inevitable el lance y viendo que el general español lo embestia con resolucion, él caminó a defenderse sin tardanza ni temor. El combate se empezó con fiereza de una y otra parte y annque los españoles hicieron al principio grande estrago con las armas de fuego y despues con las picas, no obstante Paillamachu resistia con constancia y daba tan oportunas órdenes que por todas partes su ejército se dejaba ver unido y bien formado. Duró así la batalla por mas de dos horas haciendo los fuertes enemigos prodigios de esfuerzo y de valor, como debe juzgarse de un contraste tan largo, con enemigo de armas tan superiores y en número casi igual, porque el ejército español, incluidos los auxiliares, llegaba a cerca de dos mil. Pasadas estas dos horas comenzaron los araucanos a retirarse, dirigiendo esta retirada Paillamachu con la misma arte que pudiera un excelente oficial europeo, haciendo que su gente usase mas de las manos que de los piés y mostrando en su rostro mas ira que temor. Quiñones, montado en furor, con 25 de su guardia dió en esto un ataque tan furioso que entró por los escuadrones enemigos atropellando y matando a los que se mantenian en mas union, con lo que les obligó a confesarse vencidos con la fuga declarada y desordenada. Era ya cuasi entrada la noche por lo que él principalmente no siguió el alcance y se contentó de haberle muerto a Paillamachu mucha gente, haberle hecho algunos prisioneros y quitádole todos los despojos de que venia cargado. Al dia siguiente a los mas de de los prisioneros colgó de los árboles, despues de lo que siguió su viage para la Concepcion con su ejército triunfante, aunque notablemente disminuido.

No habia llegado a esta ciudad cuando los araucanos volvieron al asedio de la Imperial, apretando el cerco mucho mas que la primera vez. Se dice que en esta ocasion fueron en número de diez mil los sitiadores. Su primer empeño fué cortarle el agua para que, o muriesen de sed, o se entregasen. Los ciudadanos con los eclesiásticos y religiosos recurrieron a Dios píamente, importunando a su Divina Magestad, por intercesion de la Madre de Dios, en una devota imágen con el título de Nuestra Señora de las Nieves, que, a ruegos importunos de dichos ciudadanos, les habia dejado su primer pastor cuando de allí fué trasladado a la Iglesia de Quito. A esta devota imágen recurrieron todos y al culto que en todo este tiempo le dieron, atestiguan los avanzos que quedaron de esta floreciente ciudad, mas que a las providencias que tomaron, el haberse salvado, reconociendo varios diversos favores singularísimos que hoy autentizados se conservan en la ciudad de la Concepcion, los que aquí brevemente insinuaré. Al primer aprieto del agua favoreció el cielo con hacer que un pozo seco brotase de repente la agua suficiente para todos por el tiempo del largo asedio que pasó esta ciudad.

Con esta amorosa providencia que experimentaron de Dios, recurrieron con mayor confianza para pedir e implorar el socorro contra la hambre, que ya llegaba a lo extremo; porque los sitiadores no daban el

mas mínimo lugar para poder procurarse algunos víveres: todos pálidos y macilentos, porque las raciones que se daban eran mas para dilatar la muerte que para sustentar el cuerpo. Dios que le dió el agua por intercesion de María Santísima, por esta misma les proveyó abundantemente de víveres, haciendo caer sobre la ciudad tanta copia de codornices, que con ellas tuvieron con qué resistir todo el tiempo del asedio, que duró aun meses, porque esto mismo se repitió diversos dias y en ocasiones que ya se sentia la falta.

El comandante de la ciudad, creyendo no deber siempre esperar los milagros, destacó cincuenta hombres de la guarnicion a mando de don Francisco Galdames, para que buscasen alguna provision en la campiña; pero a poco que habian salido de la ciudad, cayeron sobre ellos los enemigos en número tan superior, que lo mismo fué atacar a los españoles que herir a casi todos. Tuvieron por gracia singular del cielo no ser víctimas del furor araucano y el haber hallado modo de poder escapar a la ciudad, sin llevarle otro socorro que el de ménos gastadores de víveres y el de la sangre de sus cuerpos que entró regando las calles. Llegó la afligida ciudad al último extremo de agonía y de riesgo. Los araucanos la asaltaban continuamente, le mataban muchos soldados y tambien oficiales y en uno de estos ataques cayó muerto el oficial comandante, con lo que los pocos que quedaban, viendo que en lo humano no tenian remedio, trataban de rendirse a discrecion. En estas circunstancias levantó Dios el espíritu de una mujer para que saliese a llenar con ventajas el lugar de los varones. Esta fué doña Ines Olmos de Aguilera, descendiente del famoso capitan don Pedro Olmos de Aguilera, de quien he indicado algunos hechos famosos y por solo lo que voy a referir de ésta su invicta descenciente, se debia merecer muy distincto lugar en la Historia de las guerras de Chile.

Doña Inés, entendiendo las pláticas y las intenciones de los desfallecidos soldados, se encendió en coraje, y revestida de una elocuencia singular se fué a ellos, y con el discurso que les hizo les volvió el alma al cuerpo y cobró para con ellos tal autoridad que se adjudicó el mando de la ciudad y en lo humano fué su principal defensa. Vistióse no ménos de trage que de valor de hombre, dió providencias las mas convenientes a las circunstancias, como si su ciencia fuese el arte militar; redújolos todos al baluarte de la ciudad, que anticipadamente reforzó como mas proporcionado a la defensa, particularmente siendo ya pocos y el sitio de la ciudad muy vasto; hacia por sí misma la centinela todas las noches y gran parte del dia, llevando esta género de vida por algunos meses Sobre todo mostró mas su valor y constancia cuando los araucanos trajeron a su vista hecho prisionero a su marido don Pedro Fernandez de Córdoba para quitarle la vida, si no les entregaba la ciudad. Ella respondió que lo hiciesen, que no tenia tal ánimo, sino de morir primero dentro de aquellas murallas que abandonarse a lisongeras promesas. Empezaron a vista suya a cortarle los brazos, las piernas, las narices, las orejas, a sacarle los ojos con intervalos de tiempo para que clamase el paciente por el alivio de su prolijo martirio. Ella, dicen, que herida en lo mas vivo de su corazon estuvo constante en su propósito, lo cual visto por

aquellos carniceros, le dieron el último golpe, abriéndole el pecho y sacándole el corazon para comérselo a bocados. Triunfaron por el campo con su cabeza e insultaron a doña Inés, amenazándola con el mismo suplicio cuando viniese a sus manos.

La constancia, que no pudo vencer tan lastimoso espectáculo, no la podia doblar ni la muerte de los hermanos y parientes, que cada dia traian a matar en su presencia. Diezinueve fueron los consaguíneos de doña Inés que sacrificaron a su furor los araucanos en su presencia, usando con ellos el mismo bárbaro suplicio; ni la hambre, que ella sufrió mas que ninguno, porque cogía para sí solo media racion; ni el despojo de sus alhajas, que todas empleó en metralla contra el enemigo; ni las amenazas de tan fieros enemigos, pues éstas la empeñaban mas en su defensa. Constituyó ésto aun su mayor solicitud, no fiándose para las centinelas nocturnas, cuando estaba rendida de haber sostenido todo un dia un asalto, sino de una sobrina jóven y de su mismo nombre, a quien ella habia infundido su espíritu.

Acabósele en este tiempo la pólvora, y así no pudiendo alejar con su artillería al enemigo, éste se mostraba mas insolente. Recurrió a la Santísima Vírgen llena de confianza en su amoroso patrocinio, y despues de una fervorosa oracion y súplica con toda su gente, mandó salir con el favor de las tinieblas unos pocos hombres a discurrir por entre las ruinas de la ciudad a probar si se encontraba alguna. A poco ellos dieron en unos barriles de ella donde ninguno se podia prometer que la hubiesen guardado, porque no era el lugar de eso el que ella habia hecho evacuar ántes de recogerse al baluarte. No quedó duda a ninguno del singular favor del cielo, con el que se confirmaron que Dios estaba de su parte y esperaron que no serian víctimas de aquellas fieras que los cercaban; y así continuaron con constancia su defensa, haciendo al otro dia un fuego vivísimo contra los araucanos, poniendo piedras en los cañones en lugar de balas.

No se descuidó doña Inés en dar aviso al gobernador del aprieto grande en que se hallaba. Para hacerlo, solicitó construir una barca para mandar unos pocos hombres por el rio con el aviso a Valdivia. En esto hubo dos cosas muy singulares con que Dios mostró cuanto se agradaba de las oraciones que continuamente hacian aquellos infelices delante de la Imagen de su Santísima Madre, porque no teniendo alquitran ni brea con que calafatear la barca, mandó doña Inés buscar este material necesario entre las ruinas de la ciudad y en ella hallaron una poca y algunos odres embreados, con lo que se pudo calafatear. La segunda fué que tomando su rumbo para Valdivia, hizo Dios que les viniesen unos vientos tan contrarios que por mas que se esforzaron fueron llevados a la parte contraria y llegaron a la Concepcion, donde estaba el gobernador, lo que fué amorosa providencia de Dios, porque si llegaban a Valdivia, como era su destino, eran víctimas del araucano, que poco ántes habia tomado aquella ciudad por sorpresa y pasado a cuchillo casi todos sus pobladores, como diré luego que haya concluido con lo sucedido en la Imperial. Todos estos favores de la Madre de Dios, de que refrescan la memoria anualmente en la Concepcion, co notros muchos que de esta misma Imá-

gen ha recibido dicha ciudad, los vecinos de ella han representado en la Imágen que aquí añado.[1]

El Gobernador juntó la mas gente que pudo, y con ánimo esforzado se puso en marcha para favorecer, si llegase aun a tiempo, aquellos mínimos resíduos de la mas floreciente ciudad de Chile. Pero Paillamachu, apenas destruida Valdivia, se puso con un buen ejército en los llanos de Yumbel junto al arroyo que llaman de doña Juana, suponiendo que el Gobernador no tardase mucho en venir a socorrer las ciudades sitiadas, y juzgando poder impedir este socorro con la destruccion total del ejército español, para lo cual habia escogido los mejores soldados y oficiales del estado araucano. No le salió como él lo habia premeditado, porque llegado allí el Gobernador, le dió la batalla tan bien dirigida que lo derrotó cuasi enteramente y siguió su camino adelante. Paillamachu persistiendo en su empeño volvió a juntar su gente y engrosó aun mas sus tropas, y en las orillas del rio *Tabon* volvió a salir al encuentro al gobernador dándole una furiosa embestida, pero lo rebatió don Francisco de Quiñones, de modo que a poco rato le obligó a huir mas que de priesa. Este no quiso seguir ni en ésta ni en la antecedente el alcance por no dividir sus fuerzas y mantener sus tropas lo mas grueso que pudiese para combatir con los asediantes de la Imperial contra quienes marchaba. Estos luego que lo descubrieron levantaron el sitio; y así el entró sin oposicion en la ciudad con indecible aplauso de los sitiados. Juzgó, no era ya prudente empeñarse en mantener el puesto, y así resolvió desamparar la ciudad. Estuvo en ella pocos dias para dar descanso a sus tropas, cuidar de los heridos y refeccionar los débiles sitiados; lo cual hecho, retiró consigo cuarenta y dos hombres, muchas mujeres y niños, y quedó hasta hoy desierta aquella famosa ciudad. El Rey Nuestro Señor premió estos relevantes servicios de doña Inés Olmos y Aguilera con dos mil pesos ánuos de su Real Erario durante su vida que ella pasó lo mas en el Tucuman, por lo que luego se dirá.

El Gobernador se dirigió con estos avanzos de la Imperial a la Concepcion. No se debe criticar su conducta en haber abandonado este puesto tan importante, consideradas bien las circunstancias; pero tampoco se le puede justificar en no haber pasado con su ejército victorioso a socorrer la Villarrica, sino es diciendo que él ignorando a este tiempo la destruccion de Valdivia y al mismo tiempo suponiendo que ya hubiese allí llegado la gente que él habia mandado por mar, como la que mandaba el señor Virey, estuviese ya socorrida o en punto de serlo. Si el lo creyó así se engañó mucho, como lo mostró el suceso que luego diré. Yo, si he de decir lo que juzgo, hallo que él se portó con poca cordura en esto, porque si él va con la mayor parte de sus tropas hubiera librado de su total ruina a aquellos vecinos; porque hubiera obligado a los araucanos a levantar el sitio, y cuando llegase la gente de ambos socorros, podia haberla puesto en estado de resistir a las tentativas del enemigo y así conservar estas bellísimas situaciones, porque no menos que trescientos hombres eran los que venian del Perú sin los que él habia mandado: los cuales divididos en dichos establecimientos, los hubieran man-

1 Aquí hay una lámina con la Imágen de Nuestra Señora de las Nieves.

tenido en pié. Es de recelar que el miedo y el trabajo que le causaban los araucanos dieron a esta su resolucion el mayor impulso.

De todas las ciudades internadas en el país enemigo ninguna creyó el Gobernador que habia desubsistir, sino la de Valdivia, porque habia recibido socorro poco despues de su bloqueo, con lo que los araucanos habian abandonado el empeño: les mandaba el Gobernador otro mayor en dos navíos, el cual se persuadia ser competente, no solo para su defensa, sino para la de Villarrica y Osorno. No habia el gobernador perdonado desvelo ni cuidado para su breve despacho, no pudiendo él ir en persona, porque él debia quedar por estas otras partes para lidiar con los campos volantes de *Paillamachu* para impedir los daños que intentaba en la parte septentrional de Biobio. Entretanto llegaban los dos navíos con el socorro mayor, el comandante de Valdivia acordó ejecutar una sorpresa, para cuyo efecto distrajo una pequeña tropa, la cual dió tan de improviso en el enemigo, que mató a unos, aprisionó a otros y les quitó los víveres. Este buen suceso avivó el deseo de darles otro mayor, y en buena ocasion se supo que en un prado espacioso, abrigado de cerrados bosques, se hallaban muchos de los araucanos con sus familias bien atrincherados, y que se podia ir por camino oculto. Así lo ejecutaron y llegando sin ser sentidos los atacaron con grande resolucion, y aunque hallaron mucho vigor en ellos, les forzaron las trincheras y las deshicieron enteramente. Con estas dos venturosas acciones creyeron los de Valdivia que ya podian vivir quietamente y seguros, pues dejaban abatido el enemigo. Descuidaron de aquel desvelo que se debe tener cuando el enemigo está vecino.

Paillamachu que no dormia sino que estaba rabioso de las dos derrotas que habia llevado del Gobernador, tuvo aviso de esto cuando juntaba de nuevo sus tropas para venir a tercer combate con Quiñones. Con esto llevando en su compañía a su teniente Pelantaru, se dirigió a Valdivia con cinco mil hombres llevándolos a marchas esforzadas, porque su intento era sorprender esta ciudad. Tomó las medidas tan cabales para el efecto, que le salió mejor que lo que él se prometia, porque no suponia tanto descuido en los españoles. Dos horas despues de la media noche del 22 de noviembre de 1599, pasando el rio a nado, entró en la ciudad toda dormida, se apoderó luego de la principal guardia, con diversas partidas ocupó las principales calles, y hecho todo esto sin ser sentido, comenzó a un tiempo a tocar a arma viva y a quemar las casas. A esto se siguió una extraña confusion, y a las voces de incendio y enemigos, salieron los desdichados vecinos mal vestidos y peor armados, y a las puertas de sus casas recibian los mas la muerte, porque estaban los enemigos tan bien distribuidos que apenas uno podia escapar de sus lanzas. Todo era horror y desventura, aumentándola los llantos, lamentos y quejidos de los que se sentian heridos y de las mujeres que aprisionaban. Perecieron cuatrocientas personas; fueron hechas prisioneras otras tantas, y se salvaron muchas en las naves, logrando las lanchas que iban y venian para librar las mas que podian. Los araucanos se apoderaron de oro y plata y de los demas apreciables muebles, despues redujeron a cenizas todas las casas. La total pérdida se hace subir a dos millones.

Diez dias despues del lastimoso suceso de aquella ciudad, llegó a ella el coronel don Francisco del Campo con dos navíos cargados de gente y de municiones y armas que mandaba el Virey, y aunque halló destruida la ciudad se esforzó a penetrar en el país enemigo con los trescientos hombres que traia para socorrer a Osorno y Villarrica; pero saliéndole inútiles sus esfuerzos, retrocedió a tomar los navíos para dirigirse a la Concepcion, a donde llegó en poco tiempo.

Entre los cautivos fué un niño llamado Rodrigo de las Cuevas, que despues, crecido en edad y estimacion entre los araucanos, tuvo poder para libertar a don Basilio Rojas que con su breve y exacta relacion ha ilustrado mas que ninguno la historia de Chile. Así mismo fué cautiva con su madre doña Ana Almonazi y Santander, que era de solos nueve dias de nacida, y don Pedro de Sotomayor de solos ocho. Los llevó la suerte a un mismo lugar, y con la edad, no obstante la esclavitud, se unieron en matrimonio. Los demas prisioneros de uno y otro sexo quedaron en el mismo cautiverio padeciendo muchos malos tratamientos y a cada paso tragando la muerte que veian dar a muchos de sus conciudadanos en las públicas celebridades que hacian de su victoria los araucanos.

Como que esto no fuese bastante para amargar el gobierno de don Francisco Quiñones, le sobrevino la llegada a las costas del Reino de Jacobo Mahu y del almirante Simon Cordes, que con cinco navíos mandaba la rebelde Holanda. Estos, al desembocar por el Estrecho, aunque tuvieron tales contratiempos y tempestades que se desunieron, llegaron a las costas de Chile y demarcaron sus puertos y surgideros. La Almiranta llegó a Chilué, donde Simon Cordes con rabia heretical degolló los pocos españoles que apresó y dió libertad a los indios, que agradecidos le ofrecieron vasallaje. A este tiempo llegó el coronel don Francisco del Campo, mandado por el Gobernador, con doscientos españoles, y no pudo lograr otra ocasion sino pagarle en la misma moneda, degollándole cuatro soldados que pudo apresarle. Otro navío de la escuadra estuvo en la isla de la Mocha, y la Capitana de Jacobo Mahu, habiendo tomado puerto en la isla de Talca o de Santa María y echado gente a tierra, aquellos isleños que no eran tan tratables o fáciles de engañar como los de Chilué, lo acometieron y le mataron veintitres hombres, y habiendo perdido el patache y otro navío los restantes se juntaron en el Perú.

Por horas aguardaba don Francisco de Quiñones su sucesor por la poderosa representacion que tenia hecha para que se le admitiese la dimision del empleo. A los quince meses le vino señalado don Alonso García Ramon, de cuya conducta y valor ya probado se esperaba el Reino no pocas felicidades; pero la brevedad de su gobierno, que no pasó de seis meses, pareció cortar en flor tan bien fundadas esperanzas. Pero éstas se avivaron cuando se supo de las cualidades del sucesor don Alonso de Rivera, natural de la ciudad de Ubeda, oficial de grande opinion en Flandes y uno de los capitanes que con Hernando de Tellez Portocarrero, con el sabido ardid del carro de nueces, sorprendió a la ciudad de Amiens.



III

GOBIERNO DE DON ALONSO DE RIVERA

En el extremo poco ha dicho, halló don Alonso de Rivera el Reino de Chile. Todo su valor, prudencia, arte militar y buenas disposiciones fueron necesarias para que el mal no llegase al último exterminio de los españoles en Chile. Halló a sus pobladores en tanto desmayo y desaliento que no creyendo ser seguros de la tierra que pisaban, disponían mudarse al Perú y a España u otra cualquiera region con tal que saliesen de entre una gente tan terrible como los araucanos. Don Alonso alentó a los tímidos, confirmó a los fuertes, sostuvo a los valientes y estimuló a los perezosos. El habia traido consigo quinientos españoles y para los gastos de la guerra providencia real para que de Lima se le suministrasen veintiocho mil ducados. Poco ántes de su llegada habia conducido a Chile don Francisco de Ovalle, padre del historiador, un buen número de tropas sacadas de Lisboa. Con esto mismo alentaba a los desmayados, pero mucho mas con las providencias que vieron empezaba a dar.

Desde el principio puso todo su empeño en tener su pequeño ejército bien mantenido y puntualmente pagado. Estableció en *Quillota* un obraje de paños y cubiertas para su abrigo y majadas de ovejas para lo mismo. Luego que tuvo con que pagar la tropa, vestirla y mantenerla, evitó las deserciones y se alistó mucha gente bajo de sus banderas y se vió en los oficiales y soldados renovado el antiguo valor. Visto esto, se aplicó el Gobernador a asegurar la frontera levantando fortalezas con buenas guarniciones y abundancia de víveres en las riberas de Biobio que podian dar paso al enemigo. Habiendo dispuesto de este modo las defensas de lo que quedaba por destruir, determinó hacer en persona una entrada a las tierras enemigas, porque cuando ya se vió con fuerzas para ello estaban destruidas las ciudades de Villarrica y Osorno, que por lo débil de las fuerzas españolas y grandes del enemigo no era cordura intentar su so-

corro, en cuyo intento podian perderse estas pocas y así todo lo que quedaba.

Algo mas de un año llevaba el Gobernador en tan bellas providencias, y la Villarrica dos años y once meses de un rigurosísimo asedio, constantemente guardado por los sitiadores y sufrido con no menor constancia de los pobladores de aquella ciudad. Es fácil figurarse las calamidades que pasarian aquellos infelices en un asedio tan largo. Ellos esperando siempre el socorro, sufriendo el hambre al extremo grado, hasta que por fin fué entrada el 3 de Febrero de 1603. No hubo crueldad que no ejecutase su saña irritada de tan valiente resistencia. Cuando esto hicieron, eran ya muy pocos los españoles, parte por los que habian muerto en los muchos asaltos que sostuvieron, parte por la hambre y de pura necesidad. Aun en este estado, para asegurar mas el lance los araucanos y abreviar la destruccion ántes que el Gobernador viniese a su socorro, dieron fuego a una casa que les servia de sala de armas. Expelidos de aquí por no morir quemados, y con resolucion de vender caras sus vidas, salieron unidos haciendo extremos de esfuerzo y desesperacion, no aspirando a conservar la vida sino a vengar su muerte, y pelearon tan bravamente que, a no ser tan grande el número de los enemigos, podian haber entrado en esperanzas de su libertad; pero al fin hubieron de ceder a la fuerza superior, muriendo unos acribillados de lanzadas y molidos de las porras de los araucanos, y otros voluntariamente precipitados en las aguas del lago vecino. Acabados casi todos los españoles, muertas las mujeres que por su edad avanzada no podian servirles sino de carga, quedó la turba de niños y mujeres jóvenes como rebaño entregado a la voracidad de los lobos y pasaron a servidumbre tan calamitosa como infame.

De los vencidos que cogieron aun vivos, no les quitaron a todos la vida, sino que reservaron aquellos que les eran ménos odiosos para servirse de ellos. Entre éstos es digno de memoria el suceso de un Heredia. Estaba éste con su mujer Marcela Grajal y con dos hijuelos y servian a un ulmen principal. Habíase ganado Heredia al ulmen por su valentía; comian y bebian juntos hasta embriagarse. Pero como un dia de la embriaguez hubiese el ulmen pasado a algunos malos tratamientos, irritado Heredia, mató al ulmen a puñaladas y estuvo pronto para la fuga por los bosques y caminos no trillados, de modo que pudo llegar a tierras de los españoles y escapar de los que lo seguian. Volvieron éstos sin poder explicar su furor en el homicida; pero lo satisfacieron inhumanamente en el mayor de sus hijos quemándole vivo a vista de la madre. Esta, tomando despues de tan funesto y doloroso espectáculo el pequeño hijo en su seno, dijo así:

«¿Qué haremos, hijo, entre gente tan inhumana que venga en el inocente lo que no puede en el culpado? y si fué causa de la muerte de tu hermano ser hijo de español y homicida, lo mismo es de temer hagan contigo; ahora eres mi único consuelo y dentro de poco puedes serme causa de nuevo dolor; salgamos, pues, de tierras tan crueles, y séanos alivio morir ántes en brazos del hambre que de la inhumanidad de estos hombres.» Esto dijo, y cogiendo a sus espaldas el pequeño hijo, enderezó sus pasos a las tierras de los españoles por dentro de los bosques. Habia caminado

tres dias, cuando, estando junto a una fuente, atormentada del camino y del hambre y mucho mas de la tristeza de sus pensamientos, vió venir a coger agua a una araucana y aunque se sobresaltó al principio creyéndose perdida, la buena manera con que ella la saludó, le mostró luego ser del sexo piadoso y compasivo. Conociendo esto le hizo relacion de los sucesos referidos y le expresó sus intentos. La araucana se compadeció tanto de ella que no solo la proveyó de alimentos, sino que se le ofreció por compañera hasta la fortaleza de Arauco, que era la mas vecina. Llegaron a ella con felicidad. Los de la plaza las recibieron con suma cordialidad y procuraron corresponder a la piedad de la araucana con varios dones. Hallábase en tal ocasion el Padre Luis de Valdivia y creyó corresponderla con el mayor don de incorporarla por medio de la conversion a la religion católica, al gremio de la Santa Iglesia, como felizmente lo consiguió; y ella correspondió a esta gracia del cielo viviendo siempre cristianamente entre los españoles.

Por la relacion que hizo esta mujer española y su marido, se supo el extremo de necesidad a que llegaron en tiempo del asedio. No quedó en la ciudad perro, ni gato, ni raton, ni cuero de que no hiciese pasto la dura necesidad de conservar la vida, hasta que, faltando este miserable alimento, salian los soldados de la plaza frenéticos a combatir con el enemigo, por si encontraba su fortuna matar algun caballo de que hacerse banquete, o buscar algunas yerbas. Tenia esta ciudad convento de franciscanos, de los que murieron catorce, y de mercedarios.

La ciudad de Osorno fué la última en padecer su ruina. De ella habian levantado el cerco los araucanos, pero no depuesto sus intentos de destruirla. Era de las mas opulentas del Reino por su mucho oro, fábricas y por lo sano de su temperamento. Habia crecido grandemente su poblacion. La fertilidad del terreno le habia traido muchos pobladores. Por esto no fué de mucho temor a los vecinos al principio el cerco, esperando de salir victoriosos con sus propias fuerzas. Los araucanos, desembarazados de los sitios de la Imperial y Valdivia, emplearon estas fuerzas divididas en sitiar a Osorno. Al principio tuvieron éstos poco de qué jactarse, porque hicieron los de la ciudad tan vigorosas salidas que, matando a muchos, los obligaron a la retirada; pero ellos, juntándose hasta ocho mil, se asentaron alrededor de la ciudad con determinacion de no desistir hasta ganarla; la asaltaban continuamente, ya de veras, ya falsamente solo por molestarlos, y les tenian cerradas todas las puertas para el alivio, hasta que, rendidos a la fatiga, se entregaron al sueño una noche tempestuosa, en que por tal no esperaban al enemigo; pero esto lograron los araucanos para apoderarse de una puerta y entrar en la ciudad matando y aprisionando hombres y mujeres. En lance de tanto aprieto tomaron algunos vecinos la acertada resolucion de retirarse a la plaza de armas; desde aquí veian el miserable estrago que hacian los araucanos, oian los alaridos de sus hijos y mujeres y no pudiendo ya sufrir su dolor, tuvieron por mas tolerable ir a buscar la muerte que dejar llevar al bárbaro pueblo aquellas prendas tan amadas. Uniendo los ánimos y consejos, salieron a los enemigos, no sin alguna esperanza de la victoria por verlos desordenados en el pillaje. Correspondió el efecto a su intre-

pidez, porque los araucanos con la sorpresa de un ataque inopinado y con el error de que tanta pujanza no podia ser sino de mucho número de gente, comenzaron a caer aun sin ponerse en defensa y viendo que su daño iba muy de priesa, tuvieron por bien retirarse dejando los mas en manos de los españoles la mayor parte de la presa.

No por esto desistieron de su empeño primero, antes bien, apretando mas el asedio ,hacian a los españoles los afanes cada dia mas pesados. Dos años y medio, aunque interrumpidos, iban de asedio. La hambre les apuraba ya tanto que mataban los caballos para comer, y aquellos ciudadanos que se les morian de pura necesidad, ponian al pasto de las aves para con lazos coger algunas de que poder alimentarse. Para este fin llegaron a desenterrar los muertos. Viéndose reducidos a este extremo de miseria resolvieron pasarse a Castro de Chilué, cuando reconocieron en el enemigo algun descuido. ,Así lo ejecutaron con tanta fortuna que cuando los araucanos fueron en su seguimiento ya se habian puesto en las barcas, en las que por el rio Bueno desembocaron en el mar y llegaron a Castro. Con esto quedó desamparado Osorno, que en todo era la ciudad mas floreciente de Chile. De ella nos consta tuvo conventos de la religion de predicadores, de los observantes de San Francisco y de la Redencion de cautivos, y un monasterio de monjas de Santa Isabel, reina de Hungría, un hospital con buena renta, dedicado a los santos médicos San Cosme y San Damian. El cuño de la moneda estaba en esta ciudad. Habia fábricas de paños y lienzos; finalmente, se nota en su fundacion que estuvo destinada para Sede Episcopal.

En el asedio de esta ciudad sucedió tambien una cosa de grande edificacion, que no se debe omitir en una historia porque hay mucho de que alabar la misericordia de Nuestro Señor. Entre las otras personas que fueron hechas prisioneras la noche que entraron los araucanos en la ciudad y que ya habian trasportado cuando recurrieron los vecinos a las armas fué Sor Francisca Ramirez, monja profesa de Santa Isabel de Hungría. Era jóven y de mucha hermosura. Tocó a un capitan principal. Este comenzó luego a sentirse tocado del amor y reconocerse cautivo de su misma prisionera. Procuró atraerla con caricias y ofertas, pero ella se mantuvo siempre constante a su Divino Esposo. Ya cansada de su importunidad le habló con gravedad e imperio e indignacion, de este modo, resuelta a morir mas antes que a consentir en la violacion de su virginidad: «¿qué bárbaro desafuero es el que intentas? Solamente tu ignorancia te puede escusar y librar de la venganza justa del Señor del cielo y tierra; porque si con conocimiento bastante te resolvieras a violar mi pureza que le tengo prometida, no hubiera suplicio que fuese igual al castigo de tu sacrílego intento.» Esta entereza de la vírgen tan resuelta y Dios que quiso sin duda premiar su heroicidad, mudó el corazon del bárbaro, porque no solo separó a la religiosa de la turba de sus mujeres, sino que sabiendo de ella que le hacia mucha falta un breviario, no descansó hasta que de las ruinas de la ciudad desenterró uno; hacia que sus mujeres la sirviesen y él mismo tambien lo hacia, y, en fin, Dios le dió tantos auxilios, sin duda por las contínuas oraciones fervorosas de aquella vírgen, que resolvió traerla en persona a tierras de es-

pañoles, caminando cerca de doscientas leguas, sirviéndola siempre cuidadosamente. Fué tan constante el afecto que no quiso separarse de ella sino con la muerte, e hizo tanta estima de su virtud que abrazó el cristianismo renunciando a todas sus mujeres y a lo que poseia entre los infieles, y vivió en la capital sirviendo a su benefactora espiritual, como él decia, confesando que mas que sus servicios merecia ella por el bien de su alma que la habia causado, y con estos píos afectos murió en Santiago y fué enterrado en la iglesia del monasterio de Santa Clara, donde habia entrado Sor Francisca Ramirez, que le sobrevivió algunos años con ejemplos de rara virtud, con que edificó aquel monasterio de monjas de San Francisco.

Los males que no pudo precaver el Gobernador por el mal estado en que se hallaba el Reino, procuró restaurarlos luego que pudo. Dispuso e hizo una entrada con setecientos hombres a las tierras de los *Quechereguas*, Malleco, Angol y otras mediterráneas, y mandó que la guarnicion de la plaza de *Leubu* hostilizase a los costeños. En ninguna de las dos campañas se encontraron enemigos, porque como desprevenidos para la guerra, que no esperaban, les cogio la invasion muy de improviso. Yo tambien me persuado que concurrió mucho a esto la enfermedad mortal de que por este tiempo se hallaba afligido Paillamachu, que antes de acabar este año terminó sus dias, dejando por sucesor a *Huenecura* que él habia instruido en la escuela de *Lumaco*. Al primer aviso que tuvieron los araucanos de la guerra que les venia a hacer el Gobernador, se ocultaron en los bosques y serranías, llevando a ellas lo que pudieron de sus bienes; pero, no obstante, les hizo muchos daños y presas. Muchos araucanos, o ya cansados de la guerra, o mas pacíficos, o por mejor decir, menos belicosos, previnieron los daños sometiéndose a las armas españolas. Don Alonso de Rivera los admitió con benignidad, y ofreciéndoles el amparo contra los tenaces, les concedió vecindad y tierras para crianza de ganados y sementeras, bajo el abrigo de las fortalezas de *Talcamavida*, *Colcura* y *Madintuco*. El feliz suceso que de esto se ha experimentado ha hecho ver el buen acuerdo con que esto hizo don Alonso de Rivera. Todos estos chilenos se han mantenido hasta el presente constantes en su fidelidad a los españoles.

Perturbó un poco los buenos principios de las campañas del gobernador la venida a los mares de Chile del holandés Oliverio de Noort, que hizo presa de una nave mercantil del Reino, pero mas la remocion que Su Magestad hizo de su persona, quitándolo del gobierno de Chile por haberse casado sin su licencia con doña Ines Córdoba y Aguilera, hija de la famosa doña Ines, defensora de la Imperial, a lo que tambien ésta contribuyó no poco, como dejo dicho, y con cuyo motivo se trasladaron a Salta del Tucuman, a donde iba don Alonso de Rivera de gobernador, estas dos celebérrimas mujeres, y de donde ya no volvió doña Ines Olmos de Aguilera por los quebrantos de su salud, cuando volvió don Alonso al gobierno de Chile. Por su sucesor nombró Su Magestad al célebre en las guerras contra el araucano, el antiguo maestre de campo don García Ramon, con lo que se templó el sentimiento por la pérdida de don Alonso de Rivera.

IV

GOBIERNO DE DON GARCÍA RAMON

Con las buenas providencias de don Alonso de Rivera, halló un cuerpo respetable de ejército su sucesor don García Ramon. Este, a pocos dias de su gobierno, se le aumentó con mil hombres, que, pedidos por su antecesor, le mandaba la corte a cargo de don Antonio Mosquera, y doscientos y cincuenta que el capitan Villarroel trajo al mismo tiempo de Méjico, con lo cual el nuevo Gobernador completó el número de tres mil hombres efectivamente pagados, cosa no vista hasta entónces en Chile. Visto esto, se prometian todos la pacificacion entera del Reino, principalmente con la experiencia que tenian del valor y ciencia militar de don García Ramon; pero ello no fué así, como se verá, aunque él no dejó de hacer muchas cosas buenas y del lustre de su persona.

Disponíase don García para hacer una campaña cuando a este tiempo Juan Sanchez, que se habia pasado al partido de los araucanos y constituídose su caudillo en muchas correrías, vino de su voluntad a ponerse otra vez bajo las propias banderas españolas. Es de creer que constándole las superiores fuerzas del Gobernador y su arte militar, temiese de su vida y así viniese a implorar de la benignidad de don García el perdon de la muerte, que no hubiera alcanzado siendo cogido con las armas en la mano. Don García lo recibió con agrado y gusto por ver privado al enemigo de un capitan de tanta reputacion, mas se portó con él no ménos con benignidad que cautelosamente.

Pasó inmediatamente a la ejecucion de su proyecto haciendo dos entradas por las tierras enemigas; una por las provincias de Arauco y Tucapel y otra por Puren, Quechereguas y Cholchol, de que resultó someter cinco mil y seiscientas personas de las provincias de la costa. Los de los llanos, que son las provincias mediterráneas, se mantuvieron con su cabeza Huenecura en armas. Creyó obligarlos a hacer por fuerza lo que no habian querido hacer de grado y de buenas. Se internó el Gobernador con su ejército en el país del enemigo destrozando y talando cuanto en-

contraba y aprisionando muchos, no sin muerte de algunos que no querian rendirse; y en la provincia de Boroa, vecina a la Imperial, levantó una fortaleza que puso al mando de don Juan Rodulfo Lisperguer, con guarnicion de trescientos hombres.

Pensaba don García haber puesto las cosas de la guerra en buen órden con estas diligencias, pero le engañó su imaginacion, porque al llegar a Angol, de vuelta de Boroa, supo como los enemigos habian derrotado al maestre de campo don Juan Núñez de Piñeda, por otra parte muy ilustre caballero y cargado de méritos por servicios grandes que habia hecho en la misma guerra contra el araucano, en lo que ha seguido su descendencia hasta el presente, que dura hasta hoy, ilustrando la Concepcion en su línea recta y muchos ramos con enlaces de otras nobles familias. En esta ocasion murieron muchos soldados de importancia y entre ellos el capitan Villarroel; se llevaron muchos caballos y todo el bagaje.

Seguíase a esta pérdida la derrota que dió *Huenecura* al comandante Lisperguer, quien, habiendo salido de su plaza de Boroa con ciento y sesenta hombres a encontrar un socorro de víveres y municiones que le mandaba el Gobernador, le salió al opuesto Huenecura, lo derrotó enteramente, quedando el mismo Lisperguer muerto en el campo para ser ludibrio de los victoriosos araucanos. No fué esto solo sino que encontrándose Huenecura con el maestre de campo don Diego de Saravia, lo acometió con tal furor y constancia que quedó todo su ejército o muerto o prisionero. De manera que quien vióse al principio del gobierno de don García Ramon un ejército tan florido, compuesto de expertos capitanes y valerosos soldados, no podia esperar tal desventura y mucho ménos considerando las proezas anteriores en el mismo campo de batalla del dicho Gobernador; pero el caso era que ya los araucanos peleaban mejor armados y con mejor disciplina.

Huenecura, victorioso tan ventajosamente dos veces, determinó dar la última mano a la obra atacando a la plaza de Boroa que se hallaba por la derrota de su comandante con la guarnicion disminuida en mas de la mitad. Por muerte de don Juan Rodulfo Lisperguer, quedó el cuidado de dicha plaza a la direccion de su subalterno don Francisco Gil Negrete, quien, avisado de la desgracia, para prevenir lo futuro, abandonó la mayor parte del terreno que ocupaba la plaza. Llegó a ella Huenecura con tres mil hombres y atacóla con tanto furor que sin poder ser detenido por el daño que hacia en su gente la artillería y fusilería, llegó con intrepidez sin igual a pelear en el foso, intentando abrir brecha por várias partes, derribando los maderos que hacian la muralla. Ciento y cuarenta españoles, que estaban de guarnicion, se portaron con tanto valor rebatiendo la constancia de los araucanos con las armas cortas y de fuego, que, a no ser tanto y tan bien manejadas las armas y tan oportunas las órdenes del comandante, hubieran sido víctimas de Huenecura. De este modo duró el ataque porfiado por mas de dos horas. Los araucanos, con sus cadáveres habian llenado el foso y todos ellos estaban teñidos de sangre y viendo ya muy disminuido su número se retiraron, amenazando volver luego que se hubiesen refocilado, como lo hicieron por tres veces y del mismo modo fueron sostenidos sus ataques y repelidos con no menor

número de muertos. Viendo Huenecura que los asaltos le salian inútiles y perniciosos, resolvió poner asedio formal a la plaza para que consiguiese el hambre lo que no habia podido hacer el acero de sus lanzas y el peso de sus porras. Se asentó alrededor de ella; pero los sitiados se mostraron ahora tan constantes y sufridos contra la hambre, como ántes valerosos y fuertes para rechazar los ataques, no dudando del socorro que les daria el Gobernador.

A los veinticinco dias de este asedio se dejó ver el Gobernador con su gente. Presentó la batalla a *Huencura*, pero éste no la quiso aceptar, aunque provocado con el són de los clarines y cajas. El Gobernador entró en la plaza y juzgando diversamente de lo que habia creido en su primera entrada, la demolió a los siete meses de su construccion, con no corto desaire de las armas españolas y motivo de jactancia de Huencura, pues aun victoriosos le cedian el terreno que debian mantener, si la plaza se erigió con buen consejo. Este ha sido un continuado yerro de nuestros Gobernadores, internar plazas en el país enemigo y luego demolerlas con la menor accion, aumentando gastos a la hacienda real y disminuyendo la gente y reputacion con su abandono. Huenecura siguió al Gobernador y observando sus movimientos para ver si algun descuido le presentaba algun momento favorable en que sorprenderlo, pero no lo logró por la buena disciplina con que éste condujo su tropa.

Por este tiempo le vinieron librados de Su Magestad en su real erario del Perú doscientos noventa y dos mil doscientos setenta y nueve pesos y tres reales anuales para el mantenimiento de un ejército de dos mil hombres siempre en pié, con lo que el Gobernador pudo alistar nueva gente para completar este número y poder oponerse a los intentos insidiosos de Huenecnra.

Al año siguiente llegó al Reino el restablecimiento del abolido Tribunal de la Real Audiencia, treinta y cuatro años despues de su supresion. Erigióse esta vez en Santiago, a 8 de Setiembre de 1609; con lo que exonerado el Gobernador de las causas civiles y criminales, en que era juez de apelacion, creyó poder atender mejor a los negocios de la guerra, que en la realidad no se componian bien con la madurez y quietud que requieren las causas de justicia, las que forzosamente le quitaban mucho tiempo para entender en la pacificacion del Reino.

Don García desembarazado ya de esto y como tan práctico conocedor de los ánimos araucanos, receloso de algun vasto proyecto de Huenecura jactancioso de haber derrotado a los subalternos del Gobernador, esperando mas de su conducta que de la de cualquiera otro, aunque se hallaba ya en edad muy avanzada, salió a la frontera con ochocientos españoles y otros tantos auxiliares. Huenecura, que no dormia, salióle al encuentro con seis mil hombres entre infantería y caballería. Esta vez no aguardó a ser provocado con los clarines, y en el mismo sitio que se avistaron los dos, que fué en el desaguadero de Lumaco, sin dar lugar a largos discursos le embistió tan furiosamente que apuró tanto a los españoles que se vieron cuasi perdidos. El Gobernador, aunque cargado de años, no habia perdido el fuego de jóven y estaba lleno de experiencia. Dió oportunísimas providencias, y fué la mas oportuna para alentar su gente que

desmayaba, ponerse él en la primera fila de la vanguardia con una pica en la mano, infundiendo tal aliento a los suyos que se avergonzaron del temor que habian mostrado y embistieron con tal resolucion que llevaron el desmayo a los enemigos con la muerte de tantos que los obligaron a huir. Ninguno duda que esta victoria se debiese toda al grande valor de don García.

De la Corte venian frecuentes providencias sobre la guerra de Chile. Entre otras llegó por estos tiempos una del Rey Felipe III, en que mandaba se hiciesen esclavos todos los prisioneroe de diez años y medio para arriba, despues de dos meses de su publicacion en Chile. Esta cédula no pudo publicar don García Ramon porque a su llegada era ya muerto, en la Concepcion en 19 de Agosto de 1619. Publicóla su sucesor don Luis Merlo de la Fuente, que de la toga que administraba en el Reino, pasó al mando militar, que supo hermanar admirablemente el poco tiempo de su gobierno. Casi a este mismo tiempo acabó tambien sus dias, o por muerte natural o por las heridas recibidas en el último hecho de armas con el Gobernador don García el toqui Huenecura, al que sustituyeron inmediatamente los araucanos por su sucesor a *Aillavilu Segundo*. De este toqui afirma don Basilio Rojas, autor contemporáneo, que fué uno de los mas célebres caudillos de los araucanos y que tuvo muchas batallas con el togado Gobernador don Luis Merlo y con el sucesor de éste don Juan Xaraquemada.

Sabiendo don Luis Merlo por Noviembre del mismo año que Aillavilu disponia una accion, lo sorprendió inmediatamente, derrotándolo cuasi enteramente; castigó con suplicio capital a los oficiales que le hizo prisioneros, y los otros, segun la nueva ley, los vendió por esclavos, premiando con no pocos de ellos a sus oficiales que se portaron egrejiamente en la accion referida.

De aquí salió con ochocientos españoles y novecientos auxiliares a la provincia de Puren, donde se hallaba rehecho el mismo Aillavilu. Tuvo con él tres batallas campales, venciéndolo en todas ellas, despues de haberle muerto mucha gente y héchole muchos prisioneros, con los que observó la conducta que en la primera batalla.

Aillavilu con estas derrotas se retiró a su fortaleza de Lumaco, pero don Luis Merlo no lo dejó quieto sino que bloqueándolo y batiéndolo contínuamente con el acero de sus campos volantes y con la hambre, obligó a la mayor parte de sus tropas que lo desamparasen y viniesen a reconciliarse con él, a los cuales recibió de buen grado, pero con demasiada credulidad, porque desamparando él aquel lugar por haber sabido le habia venido señalado sucesor por el Virrey del Perú, ellos se volvieron a unir a su afligido toqui Aillavilu para hacer la guerra al otro Gobernador, que fué don Juan Xaraquemada, caballero del Hábito de Santiago, de quien no nos consta cosa alguna en particular sino las cualidades que dejó insinuadas en su breve relacion don Basilio Rojas, y de positivo los catorce meses que duró su gobierno, porque al fin de ellos, por Marzo de 1612, llegó al Reino la segunda vez don Alonso de Rivera provisto por el Rey Nuestro Señor por don Felipe III Gobernador Capitan General de Chile y Presidente de su Real Audiencia.

V

SEGUNDO GOBIERNO DE DON ALONSO RIVERA

El Padre Luis de Valdivia, celoso misionero en Chile y hombre por sus talentos apreciabilísimo, pero mucho mas por su singular virtud, hallábase en la corte, adonde su celo lo habia trasferido para solicitar del piísimo Rey el señor don Felipe III la suspension de armas ofensivas de nuestra parte, esto es, que no se hiciese al araucano guerra ofensiva, sino es solo defensiva, cuando llegó a la corte la nueva de la muerte del gobernador don García Ramon. Con la estima que se habia merecido del Rey Nuestro Señor pasó a pretender el gobierno de dicho Reino para don Alonso de Rivera, como el sugeto mas apto para cumplir las órdenes que habia recabado de Su Magestad.

No pudo menos el piísimo corazon del Monarca que rendirse a las razones que alegaba el celoso misionero, y al mismo tiempo de la nómina por gobernador de Chile en la persona de don Alonso de Rivera, expidió una cédula dirigida al mismo Rivera, gobernador electo de Chile, y al Virey del Perú para que se suspendiese la guerra ofensiva y solo se hiciese la defensiva. Señala dicha cédula por límites entre araucanos y españoles el rio *Biobio* y revoca la cédula de su esclavitud. El piísimo Rey para procurar mas seguro cumplimiento de su cédula, constituyó al mismo Padre Valdivia en igual potestad al mismo Rivera, haciéndolo al mismo tiempo visitador de la Real Audiencia, y para darle mas peso de autoridad, lo habia querido revestir del carácter de Obispo, que él rehuzó con suma humildad.

De este segundo gobierno de don Alonso Rivera dice don Basilio Rojas, nada encarecedor de los hechos españoles, que fué muy glorioso para las armas españolas, que así él, como su maestro de campo don Alvaro Nuñez de Pineda (hijo de don Juan Nuñez de Pineda, de quien, poco ha, he hablado) tuvieron sangrientos combates con su competidor Aillavilu, y don Pedro de Figueroa, que fomentó mucho el adelantamiento de los

vecinos y tuvo bien cerrada la frontera. Esto segundo es mas probable, porque en virtud de la sobredicha cédula pocos hechos de armas refieren otros autores de los mismos tiempos.

Al principio estuvieron muy de acuerdo los dos gobernadores, esto es, don Alonso Rivera y el Padre Luis Valdivia. Pero como los capitanes y soldados acostumbrados a sacar utilidades de la guerra ofensiva con la venta de los prisioneros, creyeron que era atraso suyo la pura defensiva, usaron de sobrada persuasiva para hacer al gobernador de su parecer, particularmente habiendo acaecido la muerte que dieron a poco tiempo a los misioneros con un hermano, los de Puren. Prevaleció para con don Alonso el dictámen de sus capitanes, no obstante la oposicion zelosa del Padre Valdivia. Este tomó en tales circunstancias por mejor consejo callar en Chile y hablar en la corte. Mandó por procurador de su parte al Padre Gaspar Sobrino, sugeto de grandes talentos y celo grande de las almas, y el gobernador a don Pedro Cortés, hijo del que he hablado varias veces, quien como elocuente habló sobre la conveniencia y necesidad de hacer la guerra ofensiva y como soldado experto del modo de ejecutarla; pero como hiciesen mas fuerza en el piísimo ánimo de Su Magestad las razones del Padre Sobrino, decretó por última resolucion que se mantuviese en Chile la guerra puramente defensiva hasta que se mandase otra cosa; con lo cual se volvieron para Chile los procuradores.

Los manuscritos que nos dicen estas contiendas nos exponen algunos hechos, pero no nos especifican alguno. Yo me persuado que no hubo sino pequeños encuentros y que por eso se abstuvieron de referirlos; porque a referir todos los de esta naturaleza seria una cosa interminable y que cansaria por la uniformidad en los mas de ellos. Llegaron con el sobredicho decreto los procuradores a Chile, y el gobernador viendo las órdenes tan absolutas que no admitian interpretacion, teniendo fortalecida la frontera, se aplicó a aumentar las crias de vacas, ovejas y caballos, las sementeras de trigo y granos para el buen abasto de la tropa; en lo que logró un felicísimo suceso.

Entretanto se negociaban estas cosas en la corte, el Padre Valdivia trabajaba por todos caminos para traer a la paz a los araucanos, y sabiendo se hallaba prisionero entre estos el capitan don Alonso de Quezada, escribió a este para que con maña hiciese sabedores a los ulmenes de sus intenciones y de las nuevas providencias que habia traido de la corte para su bien y quietud y buena inteligencia de ambas naciones. Aillavilu que tenia hasta ahora el mando de las armas hizo poco caso de esto y lo miró como cosa inventada para cegarlo y despues sorprenderlo. Pero habiendo él poco despues muerto y entrado en su lugar *Ancanamon* este las oyó con gusto, pero no dándoles total asenso determinó enviar con algunos caballos ligeros a un oficial llamado *Turelipi*, para que dando un asalto en tierras de españoles aprisionase alguno de estos o algun auxiliar de quien pudiese informarse. Salió de hecho Turelipi, pero fué desventurado, porque él con los suyos quedó prisionero de los españoles.

Este suceso creyeron el Gobernador y el Padre Valdivia muy feliz para sus intentos, juzgando que la prision de un capitan de mucha reputacion en-

tre los enemigos, como era Turelipi los traeria a negociar su libertad, y cuando no, se podria enviar a fin de venir a un buen ajuste algun oficial español a tratar de paces con seguro de su persona por no perder tal prenda. Los araucanos no pensaron en negociar la libertad de Turelipi, y así delerminaron lo segundo. Eligieron para esta negociacion al alférez don Pedro Melendez, quien lo hizo tan a satisfaccion que persuadió a Ancanamon era verdad lo que les habia dicho don Alonso Quezada y que les estaba muy a cuenta la paz en el modo que se les proponia, conviene a saber, quedar ambas naciones sin sugecion una de otra, no pasar gente armada de una a otra parte del rio Biobio, y mantener perpétua alianza y confederecion entre sí.

Agradó tanto a Ancanamon y a muchos de sus ulmenes y oficiales esta propuesta que se vinieron con el dicho alferez a verse con el Gobernador y dar la última mano a la deseada paz, trayendo consigo a don Alonso de Quezada y otros españoles para permutarlos por sus prisioneros Recibió el gobernador y el Padre Valdivia con mucho agrado y distincion a Ancanamon, por el empleo de que estaba revestido, y a los ulmenes que lo acompañaban. Este luego se declaró por la paz en los términos propuestos y se ofreció ir a la Imperial, Villarrica y Osorno a traer a los ulmenes al mismo dictámen y a la presencia del Gobernador para que se firmasen las paces.

En esto andaba Ancanamon con mucha diligencia y buen efecto, cuando una mujer española que tenia entre sus concubinas, o descontenta del marido o deseosa de vivir cristianamente, se salió de puren, llevándose consigo dos hijos que tenia de dicho Ancanamon, dos mujeres pureneses, con dos hijas adultas del mismo, a las cuales con elocuencia feliz persuadió la mayor conveniencia del alma y cuerpo, que se les ofrecia viviendo entre españoles. Llegaron a Paicabi donde fueron recibidas e instruidas en los misterios de nuestra sagrada religion y en su consecuencia bautizadas por el P. Valdivia con gran gusto suyo, aunque previó que esto cortaria el hilo de la negociacion. Ancanamon que volvia muy contento de su jornada, que habia tenido buen éxito, trayendo consigo muchos ulmenes, supo en el camino la escapada de sus mujeres e hijos. Luego volvió la rienda de su caballo, revolviendo mil pensamientos soberbios y crueles y levantando en su pecho una tempestad deshecha contra los españoles.

El P. Valdivia quiso prevenir y aun precaver esta tempestad ganándose a un apo-ulmen principal y de mucha reputacion entre los araucanos. Llamábase este *Uta-flame*. Tenian los españoles mucho tiempo ha prisionero un hijo suyo, y con la autoridad que tenia, se lo remitió sin rescate y cargado de dones de su estimacion. Fué al viejo Uta-flame tan grata la vista de su hijo y la accion generosa del P. Valdivia, que luego trató con el segundo ulmen de *Ilicura* llamado *Pañihuili*, de reducir toda su gente a la paz y amistad de los españoles. Y porque la grandeza del deseo de conocer a su bienhechor y adelantar el negocio de las paces no le permitian dilacion, envió delante algunos a la Plaza de Paicabi para cumplimentar en su nombre al gobernador y certificarle que él mismo llegaria luego. Así fué que al fin de la tarde fué visto desde la plaza que

venia de la otra banda del rio con la comitiva de sesenta y tres personas. El P. Valdivia pasó el rio con algunos capitanes para recibirlos con honra y presentarlos al gobernador. Despues de las primeras salutaciones y de significar Utaflame la causa de su inesperada mudanza, pues desde don Francisco Villagra hasta entonces habia constantemente tenido las armas en la mano, comenzó a razonar con tan grande autoridad y con discurso y razon dignos de la persona mas culta y versada en arengar y perorar. Puso Utaflame por fundamento de su discurso los bienes y quietud que se obtienen con la paz, y los riesgos, daños y afanes que acarrea la guerra. Infirió que tanto españoles como araucanos debian aficionarse de la una y evitar con todo conato la otra. Disculpó su constancia en la guerra, y quitándole el ignominioso nombre de contumacia y rebelion, la calificó con el honorífico de empeño justo y natural defensa de sus tierras y libertad. Desaprobó con discrecion el modo de proceder de algunos españoles, que aun en la paz mostraban de tener ánimos enemigos, haciendo relacion del mal trato que daban aun á sus auxiliares. No omitió de poner delante las manos cortadas de Galbarino por don García Hurtado de Mendoza, los prisioneros que este descuartizó, como los de don Alonso Saravia Sotomayor, de Quiñones y de Merlo, en tono de compasion de los suyos, pero de modo que no compareciese todo lo mal que habia llevado toda la nacion estas crueldades. Propuso el modo de alianza en términos corteses. Pidió que se demoliesen las plazas que habian de Biobio para el sur, y que este rio fuese el límite de que debia pasar armada alguna de ambas naciones. Requirió al gobernador que se entregasen las mujeres e hijos de Ancanamon para contentar este toqui, sin el cual decia no podian asentarse firmemente las paces. Y concluyó que siendo esto conveniente a ambas partes debia esperar que los españoles no pondrian de su parte condiciones en que ellos no pudiesen entrar.

Agradó a todos el razonamiento de Utaflame y don Alonso Ribera por su parte le explicó que él no pedia sino lo primero; que en fuerza de esta confederacion deberian salir a servir a Su Magestad con sus armas y caballos siempre que fuesen requeridos. Lo segundo, dar a rescate todos los prisioneros españoles de uno y otro sexo. Consintió en todo Utaflame y los suyos de buena voluntad. Con esto se juraron las capitulaciones de una y otra parte; mataron los araucanos los *Chilligueques* u ovejas del país; ofrecieron al gobernador el ramo de canelo y quedaron las paces asentadas; porque el punto de las mujeres de Ancanamon quedó por entonces indeciso, y satisfecho Utaflame con asegurarle que los misioneros que tenian que enviar a Ancanamon para que tambien los Purenes fuesen comprendidos en la establecida paz con él, verian el mejor modo de contentarlo. Con lo cual y ofrecerse el mismo Utaflame a llevar y traer los misioneros con toda seguridad, se mandaron dos, que fueron el padre Martin de Aranda, nobilísimo chileno, muy zeloso y práctico de la lengua chilena, y el P. Horacio Vechi, senense, de la casa del Papa Alejandro Séptimo, y un hermano coadjutor llamado Diego de Montalvan, natural de Mexico. A todos estos mató Ancanamon con el mismo Utaflame luego que entraron en sus tierras, el catorce de Diciembre de 1612 y la paz se frustró.

Ancanamon despues de este hecho se entregó a hacer diversas correrías, ya aquí ya allí, en las haciendas de los españoles. Así por esto como por las sobredichas muertes que los oficiales de la tropa como los soldados quisieron atribuir a punto de religion, instigaban al gobernador a salir contra Ancanamon y sus cuerpos volantes. Pero éste estando a las órdenes de Su Magestad se mantuvo siempre sobre la defensiva, con lo que no recibió daño notable de este furioso enemigo que probablemente murió o vengaron en él la muerte de Utaflame los parientes y vasallos al año siguiente; porque en este año de 1613 tenia el mando de las tropas araucanas *Loncothegua*. Este viendo en buen estado de defensa los establecimientos españoles, no intentó cosa alguna remarcable, sino que viendo a los españoles dentro de sus fortalezas, se ocupó en hacer daños en las campiñas, robando y saqueando las haciendas hasta el año 1617 en que renunció el mando de las tropas.

En el mismo tiempo de la negociacion de estas paces se dejaron ver por las costas de Chile dos escuadras holandesas que pusieron en algun cuidado al Gobernador, y mediante las oportunas providencias que él dió para frustrar los intentos de estos enemigos, ellos no pudieron hacer daño alguno considerable en las costas y puertos del Reino.

El Gobernador don Alonso desde que entró a este segundo gobierno del Reino habia instado por los Hermanos de San Juan de Dios para encargarles los hospitales reales, que no estaban con el debido cuidado. Poco mas de dos años ántes de su muerte consiguió tenerlos en Chile. Dióles inmediatamente el cuidado de los dos hospitales reales de Santiago y de la Concepcion, que han servido con suma edificacion y provecho de ambas ciudades, lo que les ha dado otras dos casas y hospitales en el Reino, que son el de Valdivia y el de Coquimbo, y con el crecer que harán las nuevas poblaciones del Reino de la piedad de los fieles y del buen ejemplo de estos religiosos hay motivo de esperar ellos se multipliquen mas en el Reino y de modo que formen una provincia.

Como el hierro no usado lo come el orin, así el Gobernador, que era de genio marcial, lo fué consumiendo lentamente la inaccion en que se hallaba. Su obediencia contrastaba con su inclinacion y su respeto a las órdenes reales le obligaba a dar de mano a lo que concebia necesario. Con estos contrastes del ánimo, se le agravó la enfermedad de modo que el 19 de Marzo de 1617, quitándole la vida en la Concepcion, privó al Reino de uno de los mejores gobernadores que ha tenido. De su mujer doña Ines Córdoba y Aguilera dejó tres hijos: a don Jorge de Rivera, caballero de Santiago, que tambien murió en dicha ciudad, pero sin dejar sucesion; a una hija que casó con el licenciado don Juan de Canseco, presidente de Guadalajara, y otra que se entró religiosa en un monasterio de la ciudad de Santiago, juntamente con su madre doña Ines, la cual sobrevivió a su marido muchos años y ambas pasaron el restante de su vida con la edificacion de saber tolerar con resignacion en la divina voluntad la pobreza en que las dejó el desinteres del Gobernador don Alonso, que como empleado en la pública utilidad, descuidó totalmente de su propio aprovechamiento en medio de las circunstancias mas proporcionadas de enriquecerse. No se dirá de otro gobernador lo que de éste, es a saber, que

él murió tan pobre que para enterrarlo como convenia a su grado y dignidad, no teniendo en todos sus bienes con qué hacerlo su mujer, se sacó del erario real lo suficiente para una mediocre funcion. Son muy raros estos ejemplos, pero por lo mismo no se deben omitir en la historia.

Muerto don Alonso Rivera y entretanto venia otro provisto por el Rey quedaron las cosas de la paz y de la guerra en manos del Padre Valdivia, conforme a las cédulas reales. Logró este interregno su celo para hacer una visita general de las tierras de los araucanos, sin ruido de armas y solo acompañado de su santo celo y solicitud del bien espiritual de aquellas gentes, que, sabedoras de lo que trabajaba y habia hecho por ellas, mostraban de estimarlo grandemente. Cogió grandes frutos reduciendo a la fe muchos. Pero como las felicidades son de poca duracion de ordinario, se vió precisado el Padre Luis Valdivia a dejar el mando y suspender sus apostólicos ministerios por las inquietudes de los oficiales de guerra que estaban cada dia mas mal hallados con la suspension de armas. Llegaron a tanto que tomó la resolucion de volverse a la corte aun en la edad avanzada en que se hallaba, a dar razon, así de su conducta como de la falta que se hacia en Chile a las órdenes reales. Los oficiales hicieron, por su parte, informes de su proceder, y aunque en ellos denigraban la persona del Padre Luis Valdivia, no prevalecieron contra la estima que el Rey hacia de su virtud, porque aun en esta ocasion quiso condecorarlo con el alto carácter de obispo, a que él repugnó tan poderosamente que hizo desistir a Su Magestad de este empeño.

Con la muerte de don Alonso de Rivera quedó gobernando lo civil del Reino don Hernando Gallegos Talaverano, oidor decano de la Real Audiencia, y con la salida del Padre Valdivia quedó árbitro absoluto de las armas. Antes que entregase el mando al sucesor que le mandaba el Virrey del Perú hizo el toqui Lientur una correría con su gente por el territorio de Chillan, robándose cuatrocientos caballos y los ganados que pudo, y aunque fué seguido de algunos españoles, no fué alcanzado de ellos. Lientur fué mucho tiempo auxiliar de los españoles, pero descontento de ellos, se pasó al partido de su nacion, cuando no se quiera decir que él, con el designio de aprender el arte militar entre los que en su corazon eran sus amigos, se constituyó su auxiliar fingiéndose su amigo, de cuyo modo podia él al mismo tiempo sondear sus ánimos y observar todo cuanto le podia despues servir para regular su conducta y las operaciones de su nacion afligida.

VI

GOBIERNO DE DON LOPE DE ULLOA

El sucesor nombrado por el señor Virrey fué don Lope de Ulloa, quien llegó y tomó el mando por Enero de 1618. Al segundo año de su gobierno comenzó a sentir la fuerza del araucano. Lientur, que habia probado con buen suceso en el gobierno antecedente el hostilizar el territorio de Chillan, vino a él con un cuerpo volante con el mismo fin. El comandante de la ciudad, poco cauto y duro a rendirse a los consejos de los experimentados, salió furiosamente de la ciudad con poca gente y fatigando los caballos para seguir por sus huellas y alcanzar a *Lientur*, no obstante que esto mismo lo repugnaban los de su compañía y le aconsejaban aguardar a Lientur en un paso preciso que habia de hacer para retirarse y para ellos mas breve. Mas cuerdo estuvo el araucano que sabiendo era seguido del comandante español, lo esperó en este lugar emboscando buena parte de su gente. Llegado el comandante de Chillan allí, la gente volvió a aconsejar a su gefe no le diese batalla, porque sin duda tenia emboscada Lientur. Pero él, ciego de furor, se arrojó y fué recibido en las lanzas de la gente emboscada. Quedó muerto inmediatamente, y dos hijos suyos que se empeñaron en vengar su muerte fueron tambien víctimas del furor araucano con otros españoles que los siguieron en el empeño. Los que quedaron tuvieron la fortuna de escapar los cuerpos de los muertos y traerlos a la ciudad. Lientur se retiró con felicidad a su país, porque, aunque con el aviso que dieron de la ciudad de Chillan a la plaza de San Felipe de Austria, y de ésta su comandante el sargento mayor don Juan Fernandez Rebolledo destacase algunos soldados y los pusiese en emboscada a orillas del Duqueco para sorprender a Lientur, no le salió bien este su pensamiento. El araucano adelantó algunos batidores y los españoles, con poco acuerdo, aprisionaron a tres de ellos y dejaron escapar los otros, que llevaron a Lientur el aviso de la emboscada, con lo cual él con los suyos volvió hácia otra parte la marcha, pasó a nado Biobio y dejó burlados a los españoles.

Los dos hechos referidos de Lientur le ganaron para con los suyos tanta reputacion que acaudillados por él se metian sin temor en los mayores riesgos, y él no perdia las ocasiones de adelantar su fama. A este propósito consideró que en el valle de Quillin y cercanías de San Felipe podria hacer un buen tiro llevando bastante gente a su mando, sin que se lo pudiese estorbar la guarnicion de dicha plaza, que pasaba de doscientos hombres. En el caso que saliesen a campaña a defender el saco que intentaba de las haciendas, se prometia que esto le seria ocasion de una nueva victoria. Y a la verdad, él no se engañó, porque todo le salió como él lo habia pensado. A 15 de Mayo de 1619, cinco dias despues del encuentro que tuvo en Chillan, se halló otra vez en las cercanías de San Felipe con mil hombres, que repartió en diversos escuadrones por las haciendas de los españoles a robar ganados, caballos y cuanto hallasen y a cautivar los que encontrasen, con órden que les dió que a tal hora y en cierto paso del arroyo que llaman de las *Cangrejeras* se juntasen todos.

Luego que el comandante de la plaza supo el daño que hacian las tropas de Lientur en cautiverios, muertes y presas de ganados, envió setenta hombres de caballería que ganasen el paso ya dicho de las Cangrejeras; pero ya a este tiempo, que eran tres horas ántes de la noche, lo tenia ocupado Lientur con doscientos hombres. Los españoles embistieron a los araucanos y éstos se defendieron con tan buen órden que a poco rato de combate mataron quince españoles, y entre ellos al capitan don Rodrigo Aranguren, hicieron prisioneros tres y los cincuenta y dos restantes se retiraron a formarse a una loma rasa. Supo Rebolledo que la caballería estaba peleando y envió ciento diez hombres de infantería en su socorro a cargo de los capitanes don Francisco de Bascuñan, don Alonso Tinoco y don Juan Jacinto Morales, a los cuales se agregó la caballería gobernada por el capitan don Alonso Moran. Ya en este tiempo se habian juntado todos los escuadrones de Lientur y se vinieron para los españoles poniendo en medio su infantería, que constaba de seiscientos hombres, y guardaba sus costados la caballería, que era de cuatrocientos. Atacólos con tanta ligereza que apénas dió a los españoles espacio de ordenarse, y aunque hicieron contra los araucanos una descarga, fué de ningun daño por haber sido fuera de tiempo. Cargó con mayor furor *Lientur* el ataque, conociendo esta ventaja, procurando llegar a las armas cortas ántes de dar lugar a segunda descarga, como lo consiguió, y empezó a manejarse con ellas con tanta bravura que la caballería huyó y quedó sola la infantería en el duro trance de sostener por sí el ímpetu de tantos y tan furiosos enemigos. Cercáronla por todas partes y a poco rato fueron cayendo sin escapar alguno de ser muerto o prisionero. Murieron sesenta y cuatro infantes y quedaron treinta y dos prisioneros. De los muertos fué el capitan don Juan Jacinto de Morales y de los prisioneros don Francisco de Bascuñan. No se dice si se diese castigo a la caballería, como debia hacerse en leyes de milicia.

La prosperidad que Lientur experimentaba en los negocios de la guerra lo puso en tanta estimacion propia y menosprecio de los españoles que se resolvió intentar ganar por escalada la plaza de San Felipe, y habia cogido tan bien sus medidas que lo hubiera logrado a no estar de coman-

dante de dicha plaza don Antonio Ximenez de Lorca, cauto y apreciado capitan, quien hizo a Lientur retirarse con pérdida pero sin escarmiento, porque despues se empeñó en otras funciones contra los españoles, de las que salió tan bien que ya se tenia por hijo primogénito de la fortuna.

El Gobernador casi desde que entró en el Reino se halló valetudinario, y cargándole los cuidados de la guerra en que lo ponia tan acerbo enemigo como *Lientur*, se rindió a la cama y murió por Noviembre de 1620, dejando mejor opinion de buen juez que reputacion de soldado y capitan.

Sucedióle el oidor mas antiguo, don Çristobal de la Cerda Sotomayor. En su gobierno, que no duró un año entero, no pudo hacer guerra ofensiva por la prohibicion real y en la defensiva tuvo la mortificacion de que *Lientur*, habiendo acometido a la reduccion de *Neculguenu*, degolló la guarnicion de españoles que allí habia y se llevó a todos los indios amigos. Hallábase el Gobernador en la plaza de *Yumbel* o San Felipe, cuando casualmente incendiado un alojamiento de soldados atacó el fuego a las murallas de la plaza, que entonces eran de maderos, y fué particular providencia que él se hallase allí, porque era mas la gente que podia hacer frente al furioso Lientur, como para que con su presencia se pusiese en mejor forma la fortaleza y se concluyese mas pronto. Sin salir de allí levantó otra, poco distante, para defender una reduccion de indios fieles y que siempre han sido constantes auxiliares de los españoles, con el nombre de San Cristóbal, que conserva hasta hoy aquella reduccion, aunque ya no exista la fortaleza.



VII

GOBIERNO DE DON PEDRO SORES DE ULLOA

Sabida por el virrey, príncipe de Esquilache, la muerte del Gobernador que habia mandado a Chile, nombró para el mismo empleo a don Pedro Sores de Ulloa, caballero de Calatrava, el que, por Noviembre, se recibió de gobernador de Chile. Dió inmediatamente el empleo de maestre de campo a don Francisco de Alava, gentil hombre de las compañías de armas del Perú, que habia traido consigo.

Poco despues que el Gobernador habia dejado el Callao y venido a Chile, llegó allí sin ser sentido Jacobo de Hermite con once navíos y dos pataches. En las costas de Chile no hizo daño ni intentó desembarcar, pero no por esto quedó el Reino exento de los robos que hizo este pirata; porque apresando los navíos que iban de Chile al Callao para vender los productos de las haciendas, no fué poco el atraso de sus intereses que sintieron los habitantes de este Reino.

Las irrupciones que por este tiempo hacia *Lientur* con sus tropas en las tierras de los españoles, aunque no eran de mucho daño, porque se reducian a llevarse algunos caballos, no dejaban de tener a los hacendados en grande inquietud. Para poner algun remedio a estos males e impedir que fuesen mayores, procuró cegarles el paso, o a lo menos hacer que no pudiese entrar en dichas tierras, sin ser visto. A este fin, puso el Gobernador una atalaya en Negrete, orilla meridional de Biobio, sobre un monte elevado que tiene en su cumbre una bella fuente.

El Rey N. Señor habia confirmado en el gobierno a don Pedro Sores de Ulloa por ocho años, pero antes de cumplir los tres se lo quitó la muerte en la Concepcion a 11 de Setiembre de 1624. El P. Ovalle le da alabanza de limosnero, sin reprobar su gobierno, pero don Pedro Ugarte de Hermosa condena su conducta en cuanto a gobernador, y don Miguel Olivares afirma que en su gobierno estuvo la tropa mal pagada, mal vestida y peor ejercitada, aun cuando los araucanos no hacian guerra declarada, pero que se veia se preparaban a ella con ensayos militares. Añade el mismo




don Miguel Olivares que las crias de ganados prevenidas por don Alonso de Rivera para el abasto del ejército se vieron en su tiempo casi del todo destruidas; que se sacó en su gobierno mucho ganado de lana para Potosí, cosa nunca antes ni despues vista; que llegó en Chile a valer el carnero ocho reales y cuatro la oveja, precio para aquel país muy exhorbitante. Puede ser que las dolencias contínuas del Gobernador que no le dejaban atender a los negocios públicos, diesen ocasion a que los subalternos hiciesen sus ganancias particulares a costa del comun. Antes de morir nombró por su sucesor a don Francisco de Alava, su maestre de campo y cuñado. El gobierno de éste duró seis meses, en el cual no hizo cosa alguna.

Ya por este tiempo habia subido al último grado el orgullo de los araucanos por ver que no obstante sus contínuas provocaciones y daños hechos en nuestro país, los españoles los dejaban pacíficos y quietos en el suyo, contra lo que habian acostumbrado, y mucho mas viendo se mudaban tantos en el mando de las tropas. La oficialidad que desde el principio llevaba muy a mal la guerra puramente defensiva, viendo ahora tantos males,levantó mas altamente sus lamentos y resolvieron hacer un informe al Señor Virey del infeliz sistema del Reino a causa de esta guerra puramente defensiva, su ningun fruto, antes el gravísimo daño que de ella habia resultado. El Señor Virey remitió a la Corte esta representacion de Chile, apoyándola con gravísimas razones. Su Magestad hizo ver en su Consejo una y otra representacion, y de resultas de esto mandó un despacho con fecha de Abril de 1625, en que dispone se haga la guerra ofensiva, segun y la manera que se habia practicado antes de su prohibicion; que se diesen por esclavos los prisioneros de uno y otro sexo, y en fin, que se estuviese a lo mandado anteriormente a tal prohibicion. De este modo vino a terminar la guerra defensiva despues de trece años de su duracion. Si se ha de decir la verdad, se debe confesar que no se habia experimentado provecho alguno, y sin este se habian gastado en el pagamento de la tropa siete millones de pesos.

El Señor Virey, recibida esta cédula real en circunstancias que habia de proveer de gobernador a Chile, puso luego los ojos en su sobrino don Luis Fernandez de Córdoba, señor de Villa del Carpio, veinticuatro de Córdoba, general actual del Callao y que lo habia sido de la armada de Filipinas, en el cual reconocia todas las qualidades necesarias para la guerra que iba a emprender contra el araucano.

A este mismo tiempo Lientur fatigado de sus correrías y tambien de los años, renunció el supremo mando de las armas araucanas en *Putapichun*, joven, así por su coraje, como por su conducta, a él muy semejante. Como él tambien habia pasado los primeros años de su edad entre los españoles, estando bajo la custodia de don Diego de Trujillo, encomendero de *Tomeco*, que es un lugar poco distante de la plaza de San Felipe o Yumbel.

El Virey con la nómina que habia hecho en su sobrino por gobernador de Chile, y el informe que habia dado a la Corte para hacer la guerra ofensiva, se halló con dos poderosos impulsos para suministrar municiones y gente de guerra en abundancia al nuevo gobernador; porque sin

estos concibió muy bien que no podia salir con aire, y así lo proveyó de cuanto juzgó a propósito para un éxito feliz en lo que emprendiese contra el araucano. Todo ello fué preciso y nada sobrado; porque el general araucano con que tuvo que contrastar fué uno de los mas señalados que ha tenido la nacion, como se verá.



VIII

GOBIERNO DEL MARQUES DE VILLA DEL CARPIO DON LUIS FERNANDEZ DE CÓRDOBA

Don Luis Fernandez de Córdoba dirigió su rumbo al puerto de la Concepcion, donde para el fin con que venia habia de poner su asiento. Inmediatamente que llegó confirió el cargo de maestre de campo a don Alonso de Córdoba, su primo. De aquí comenzó sus preparativos para la reforma de la tropa; prohibió severamente los juegos entre los soldados, que eran en la realidad muy desordenados; ordenó que el pagamento fuese justo y puntal; impidió los fraudes que intervenian en esto; mejoró los caballos supliendo los que faltaban; y finalmente completó las compañías, en lo que encontró no pequeñas faltas de los oficiales al pasar la revista que quiso hacer por sí mismo.

No pudo ignorar *Putapichun* las providencias que tomaba el nuevo gobernador, y por ellas argumentó la tempestad que iba a venir sobre él. Comenzó él tambien a prepararse y la primera providencia que tomó fué convocar a las armas los indios de *Tomeco,* donde estaba toda su parentela, entre la cual se habia criado. Este negocio no se trató tan secretamente que no lo entendiesen los españoles, o hubo entre ellos alguno mas fiel a los nuestros que descubriese los proyectos e intentos de *Putapichun.* No despreció esta noticia el Gobernador, sino que mandó prender inmediatamente a los culpados (que así se deben llamar porque eran indios sugetos) e hizo castigar con pena capital a cinco de ellos, que halló que habian sido los motores, con lo que escarmentaron los otros. Pero no fué esta diligencia tan feliz que Putapichun que se hallaba entre ellos no frustrase la intencion del Gobernador que se dirigia principalmente sobre su persona, porque él pudo escapar con tiempo y retirarse al grueso de sus tropas a preparar otras asechanzas contra los españoles.

El Gobernador imaginándose esto, para desvanecer sus proyectos en sus mismos principios y para darle a conocer su poder y buena disposicion para la guerra, mandó que su maestre de campo la hiciese cruda por la costa. Salió éste para la provincia de Tucapel con 400 españoles y 150 auxiliares, con tanta celeridad que antes se experimentó la ejecucion que se viese el amago. Llegado a esta provincia puso en un buen paraje un cuerpo de reserva y envió varios destacamentos a talar los campos y a hacer presas en toda la circunferencia, pero con órden de no alejarse sino a aquella distancia en que pudiesen oir la señal de recogida. Los araucanos estaban en esta parte poco prevenidos, y así les hicieron prisioneros ciento y cincuenta personas de ambos sexos con la presa de 400 caballos y algun ganado vacuno. Mataron ocho araucanos que con temerario empeño se pusieron en defensa por no darse prisioneros.

Esta campaña no abatió el ánimo sino que irritó el coraje de los araucanos y de *Putapichun,* el cual queriendo vengar ésta sorpresa de los suyos y darse a conocer al nuevo gobernador, determinó una empresa de las mas árduas, que era no menos de destruir la plaza del Nacimiento, que estaba a orillas de Biobio en el comedio de mar a cordillera. Este sitio de dicha plaza es un monte tan ágrio que su subida es muy trabajosa aun a los que van de paz. El Gobernador la habia proveído de lo necesario, como que comenzaba la guerra, y sobre todo de un comandante de toda satisfaccion. Pero nada de esto arredró el esforzado ánimo de Putapichun. Eligió tropas veteranas de todo el grueso del ejército araucano y con ellas yendo a la frente embistió dicha plaza con tal esfuerzo que desde los principios se apoderó del foso. Los acometidos acudieron todos a aquella parte, así porque por las otras era la plaza inaccesible, como porque habiendo quemado Putapichun con sus flechas de fuego los alojamientos de los soldados y las demas casas, por huir del incendio se retiraron todos a un baluarte y a aquel lienzo de muralla que quedaba libre. Aquí se comenzó un combate atroz: los araucanos por derribar los maderos de la palizada que cubria las murallas, y los españoles por echarlos de allí y alejar el riesgo, haciendo unos y otros extremos de valor, tirándose valientes botes de lanza por las junturas de los leños. El gran número favorecia a los araucanos, porque a uno muerto entraba inmediatamente otro en su lugar, con la que la fuerza con que embestia era siempre la misma: a los españoles la superioridad de las armas y el puesto ventajoso que tenian hacia no desmayasen. El fuego que estos hacian era incesante, no perdiendo tiro, y así era estrago el que hacian en el enemigo. Putapichun aunque se esforzaba para vencer aquella poca muralla y entrar a combatir cuerpo a cuerpo con los españoles, como no estaba falto de prudencia ni el furor lo precipitaba, viendo que eran muchos sus muertos y de los mejores oficiales, acordó desistir de aquel empeño, que habia durado mucho tiempo, contentándose con la presa de doce personas que habia cogido antes de comenzar la funcion, algunos caballos, cabezas de ganados y con la muerte en el asalto de no pocos españoles.

No se retiró Putapichun de las murallas de Nacimiento tan mal satisfecho de su fortuna que desconfiase de su asistencia en otro asunto de

mayor riesgo o empeño, como ni descontento de su tropa que se mostró no menos valerosa y constante que obediente a sus órdenes. Habia en Quinel, valle vecino a la plaza de San Felipe, un destacamento de 600 hombres entre españoles y auxiliares, puesto en observacion de las operaciones del mismo Putapichun, para que acudiese donde fuese mas necesario. Quiso Putapichun quitarse este embarazo de sus designios y agregando mas gente a la que se retiró del Nacimiento, de modo que juntó mil y quinientas lanzas, dió de improviso en los españoles de Quinel y comenzó una batalla sangrienta. El comandante español, que ninguno dice quien era, se portó muy bien y repelió la acometida furiosa de Putapichun de modo que lo obligó a retirarse y dejarle el campo con muchos de los suyos muertos. Pero este hombre de fuego, despues de las dos acciones, resolvió poner sus manos en el territorio de Chillan. Allí fué, saqueó las haciendas y se llevó consigo no poco ganado, y aunque el sargento mayor, que tuvo noticia, procuró cortarle los pasos a su vuelta, este evadió con admirable astucia el lance y se retiró con la mayor parte de la presa; porque para engañar al dicho sargento mayor separó una poca que él pudiese encontrar y encontrándola se cebase en ella, mientras él ganaba tierra con la mayor parte por otro camino, lo que efectivamente sucedió.

Estas empresas de Putapichun irritaron el ánimo del Gobernador, y así resolvió llevar de nuevo la guerra al campo enemigo para obligarlo a que dejase de hostilizar el territorio español. Mandó que el Sargento mayor entrase en sus tierras por la derechura de la plaza de San Felipe, y el maestre de campo por Arauco. La campaña del primero se redujo a alguna presa de ganados y caballos. El maestre de campo con 1,200 hombres entre españoles y auxiliares, caminando por la costa, penetró hasta el rio *Cagten*, en cuya márgen estaba la Imperial, hizo que lo pasasen algunos destacamentos en pequeñas embarcaciones (me figuro que fueron balsas de la figura que las dejo descriptas,) porque no da vado: estos hicieron muchas presas y murieron con las armas en la mano treinta araucanos que se pusieron en defensa. Los prisioneros fueron doscientos, los caballos tomados siete mil, y mil las vacas. Con esta presa se retiraba el maestre de campo cuando una furiosa tempestad, que duró veinte horas, cual no hay memoria se haya experimentado en Chile, los cogió en el camino y fué ocasion de que se perdiese mucha parte de la presa. De la expedicion del Sargento mayor no se sacó otro fruto que el haber devastado los campos; porque con tiempo los araucanos se retiraron a los bosques llevando consigo sus ganados.

Durante estas correrías de sus subalternos se preparaba el Gobernador para salir él en persona. A la vuelta de ellas, entresacando los mejores soldados de sus cuerpos y agregando otros completó un cuerpo de mil y doscientos de gente escogida. Salió con ellos a hacer la guerra en *Puren*, *Cholchol* y *Maquegua*, que era el centro del enemigo. Cogió a éste repentinamente, pero cuanto dió lugar la acometida se aprovechó Putapichun para retirar los bienes y familias y para acechar la mejor circuntancia de presentarle la batalla. Retirábase el Gobernador con una considerable presa de prisioneros y ganados cuando Putapichun, llevando a mal tal

pérdida, se presentó al Gobernador con tres mil soldados, echando de una vez todo el resto del coraje, cuando lo creyó mas confiado de su seguridad. En efecto, esta acometida no esperada y tan furiosa perturbó los ánimos y confundió las órdenes de modo que se vieron los españoles perdidos. Pero al fin, como habia buenos oficiales, aunque no sin dificultad y con no poca pérdida, se ordenaron y comenzó una batalla mas regular. Aquí ya estaban iguales los partidos y caian muertos muchos de unos y otros, pero en los españoles uno que moria era mas sensible su falta porque Putapichun tomaba cada instante mayor coraje y apretaba con su gente el ataque, hasta que éste, viendo que habia recobrado la mayor parte de la presa, que habia sido su principal intento y aprisionado algunos españoles, se retiró no sin jactancia de haberlas habido con lo mejor de los españoles comandados por su general, sin ser vencido. Cuanto de jactancioso se retiró Putapichun, tanto de confuso entró en la Concepcion el Gobernador, que a poco tiempo le llegó el sucesor nombrado por Su Magestad, que fué don Francisco Laso de la Vega, caballero del Orden de Santiago, del Consejo de Guerra y corregidor de Badajoz.



IX

ALGUNOS SUCESOS DEL GOBIERNO DE DON FRANCISCO LASO DE LA VEGA

A 24 de Diciembre de 1629 llegó don Francisco Laso de la Vega a la Concepcion, donde tomó posesion del gobierno. Desde luego pareció el suyo un gobierno de feliz auspicio, porque se mostró tan justo como benigno y tan buen cristiano como soldado. A su antecesor trató con mucha atencion. Escribió cartas a los Obispos y religiosos pidiéndoles que en sus oraciones encomendasen a Dios la felicidad de las armas de Su Magestad y el acierto en su gobierno. Procuró traer a los araucanos a la paz ofreciéndoles buenos partidos y enviándoles sin rescate varios prisioneros que estaban en poder de los españoles. Los araucanos como que se veian poderosos y estaban gobernados de un caudillo de tanto valor y experiencia, repudiaron la paz, y al principio del año entrante comenzó *Putapichun* a engrosar su campo para la próxima campaña. Completó cuatro mil de a caballo y mil de infantería con el propósito de asaltar la plaza de Arauco.

El Gobernador tuvo luego noticia de este aparato de Putapichun. Pero estando bien guarnecida la plaza no le causó ningun temor, y así no dió providencia alguna. Por ventura, porque no creia tanto valor y arte militar en los araucanos, como divulgaba la fama. Así lo afirma el Padre Alonso de Ovalle, contemporáneo de este señor, en su relacion, diciendo sin rebozo alguno que con este juicio entró en el gobierno. El maestre de campo don Alonso de Córdoba, que comandaba la plaza, tomó sobre sí las providencias necesarias. Al capitan Remulca con doscientos auxiliares lo hizo retirarse dentro de la plaza, como tambien al capitan Morales con ciento que capitaneaba, e hizo poner los ganados bajo el tiro del cañon. Todo esto obró hasta el 21 de Enero, y el 24 del mismo mes, que supo que el campo enemigo era muy numeroso y se hallaba en el paraje de *Pilcague*, distante como dos leguas de la plaza, ordenó que saliese la gran guardia hasta una legua de distancia y allí hiciese alto hasta su llegada y él siguió con seiscientos hombres entre españoles y auxiliares.



Cuando llegó a distancia de la legua halló que la guardia avanzada habia peleado con la enemiga y la habia derrotado y estaba actualmente cantando la victoria. Pero al mismo tiempo tuvo mensaje de Lorenzo, mestizo desertor que venia en las tropas enemigas, de las muchas fuerzas que traia Putapichun. Esto dió motivo a un consejo sobre la marcha, sobre si seria mas acertado proseguir en lo comenzado o volver atras: se resolvió que por estar el capitan Morales y Remulca con trescientos hombres camino de *Cudico* para la plaza, la retirada no era otra cosa que el abandonarlos al acero del enemigo; que debian avanzarse mas a ellos para cubrir la retirada de los nuestros, y que agregados éstos a nuestra tropa completaban novecientos hombres, número no despreciable aun para batallar con un enemigo tan pujante. En virtud de esto se adelantó el maestre de campo con la caballería y mandó que con diligencia lo siguiese la infantería. Iba el maestre de campo acercándose al paso que llaman de *Don García*, que es único en un desfiladero montuoso que desprendiéndose de una sierra costeña llega hasta el mar; mandó aquí que el capitan don Antonio Gomez con cincuenta españoles, llevando a sus órdenes al capitan Alonso Rangel, que mandaba doscientos auxiliares, se adelantase a apostarse en dicho paso. Estos capitanes, no se sabe movidos de qué espíritu, quebrantaron el órden de su comandante y pasando de la estrechura que debian guardar, se formaron adelante en un pequeño llano en que habia algunos pequeños destacamentos enemigos y trabaron con ellos escaramuza. Cuando el maestre de campo llegó al paso vió quebrantadas sus ordenes y a los suyos en grande riesgo, porque Putapichun, que tenia el grueso de sus tropas emboscadas, iba enviando destacamentos que cargaban cada vez mas. El maestre de campo luego reconoció que la retirada de los suyos a vista de tantos enemigos era peligrosa y que no era de menor daño dejarlos perecer, en cuyo conflicto, guiado de su valor, determinó pasar en su socorro, lo que hizo incorporándose con ellos sin oposicion, porque esto era lo que pretendia el general araucano.

Visto esto, se avanzó luego Putapichun con todas sus tropas, pero en marcha reposada. Embistieron los araucanos feroces, segun su natural ardimiento y fueron recibidos de la misma forma. Duró la accion sin ventaja cosa de media hora, hasta que por la izquierda comenzó a ceder la infantería enemiga. Entonces don Gines de Lillo y don Alonso Bernal, teniendo la victoria por segura, dieron tras los que huian con ardor tan inconsiderado, que se apartaron mucho del campo español. Pero Putapichun, que tenia en los grandes riesgos mucha presencia de ánimo y sabia tomar la ocasion por los cabellos, dió al punto dos órdenes muy oportunas: la una que avanzase la infantería por uno y otro costado para coger en medio la infantería española; la otra, que tambien se allegase un buen trozo de caballería a cargar la española para que no tuviese tiempo ni lugar de favorecer la infantería; y perecieron éstos dando pruebas de su mucho valor y pagando la pena de su temeridad. El maestre de campo habia mandado desmontar algunos auxiliares piqueros para que se pusiesen en la infantería entre los arcabuceros; pero éstos se consternaron con la pérdida dicha, de suerte que comenzaron a desam-

parar las banderas, y aunque el maestre de campo mandó que les quitasen la vida a los que huian y se ejecutase en algunos, no se pudo estorbar el daño, y así todos los auxiliares arrojaron sus picas y ganáronse a lo espeso de la selva.

Esto precisó a la infantería española a estrecharse y hacer menor frente al enemigo. Así prosiguió la batalla, retirándose poco a poco los españoles. Como el paso era estrecho a la pequeña frente de la infantería y habia muy poco espacio de la izquierda y derecha, se redujo allí el combate de millares de hombres. Dentro de poco tiempo se vió el lugar cubierto de cuerpos de soldados y caballos; la sangre teñia las armas y bañaba la tierra. Al maestre de campo, gravemente herido, le mataron el caballo y montó con no poca dificultad otro, segun la priesa que ponian los araucanos y lo frecuentes que andaban por todas partes las lanzadas y los golpes de las porras. Cinco horas duró esta porfía y ya iban faltando las municiones a los españoles y a Putapichun mucha gente y la que le quedaba estaba fatigada, habiendo ellos de vencerlos en virtud de sus brazos y fuerzas, por lo que juzgó conveniente tocar a retirada. De cuyo modo pudo retirarse a su plaza el maestre de campo con su tropa muy disminuida y dejando en el campo cinco capitanes.

Este suceso, en la realidad poco ventajoso, voló a Santiago, donde se hallaba el Gobernador, pintado con muy funestos colores, porque los émulos del maestre de campo procuraron desacreditar su conducta para con el Gobernador. Este, sin dilacion alguna, ántes bien con precipitacion, se puso en camino para el estado de Arauco a hacer la guerra en persona. Traia consigo buena gente y bien pagada, porque el Conde de Chinchon, virey por este tiempo del Perú, le habia socorrido con dinero y 500 hombres. Mas, sabiendo en la marcha que la dicha batalla no habia sido tan infeliz, ni tan ventajosa a los araucanos, como se la habian pintado, se dirigió a Puren a buscar el enemigo. Componíase su tropa de setecientos españoles y cuatrocientos auxiliares. Entró en Puren hostilizando el país con todo el rigor del hierro y fuego. Esto miraba Putapichun con cólera reposada, consolándose de las pérdidas de su país, con las que meditaba causar en el ajeno cuando se le proporcionase la ocasion. Pasó el otoño el Gobernador en esta accion, y ya entrando el mes de Mayo, que allí es invierno, que en este año empezó riguroso, se retiró con 400 hombres a Buena Esperanza, habiendo repartido los demas en las plazas vecinas y licenciado los auxiliares.

Esta era la ocasion que aguardaba Putapichun y para la que se disponia: juntó 300 hombres bien montados, pasó sin que alguno lo sintiese a Biobio, burlando la vigilancia del sargento mayor don Juan Fernandez Rebolledo, que comandaba la plaza de San Felipe y habia asegurado al Gobernador que Putapichun no pasaria sin que él lo sintiese. Pero el rayo, pasando Biobio, ejecutó muchas hostilidades e hizo várias presas en el territorio de Chillan. En esto estaba cuando llegó al Gobernador la noticia de todo y aunque se hallaba enfermo de calenturas, posponiendo su salud a la pública, se puso en marcha arrebatadamente con 200 hombres de a caballo, mandando que todos llevasen un arcabucero a las ancas, en lo cual dió él el primero ejemplo. Se encaminó para el territorio de Chi-

llan y no hallando a Putapichun lo siguió por la huella. Al siguiente dia de su marcha llegaron los españoles a la orilla septentrional de Itata, hácia su nacimiento, en la falda de la cordillera y en un paraje que llaman la *Roblería*, que es de bellísimos pastos y sembrado de selvas a trechos, en terreno llano, se alejó el Gobernador con toda su gente para darle a ella descanso y pasto a los caballos, que habian caminado treinta leguas sin haber tomado reposo alguno. La infantería puso las armas en frente y se ocupaba en disponer las tiendas, entretanto que el Gobernador, fatigado de las calenturas, cogia fresco sobre la alta yerba, muy ajenos todos de tener tan cerca el enemigo.

Putapichun que estaba oculto con 300 hombres en un bosque vecino y sabia por instantes, por medio de sus centinelas, lo que pasaba en el campo del Gobernador, entendiendo estaban descuidados, repartió a los suyos prontamente en tres escuadrones y embistió con tanta furia en la caballería que se la llevó por delante; pero montando a caballo el Gobernador, con espada en mano, acompañado de oficiales y reformados, contuvo el furor; luego puso en órden la confusion de la caballería y llamando por sus nombres a los que conocia mas esforzados, alentó a todos y comenzaron a caer muchos mas de los enemigos que de los españoles, de modo que en media hora que duró la funcion perdió Putapichun la mitad de los suyos, la cual perdida y verse él mal herido lo obligó a retirarse. De los españoles murieron cuarenta, y un capitan de a caballo. Putapichun contó toda su vida esta batalla entre sus hechos gloriosos, porque se llevó el capote de grana del Gobernador, del cual se vestia en las funciones de alegría. Esta batalla se dió el 14 de Mayo de 1630, con lo que don Francisco Laso de la Vega empezó a formar otro juicio del valor y arte militar del araucano.

Tuvo Putapichun por tan gloriosa para él esta funci on, que, para aumentar el regocijo que mostraron sus tropas al recibirlo en el estado de Arauco, determinó hacer el *Pruloncon*, esto es, el sacrificio de un prisionero. Fué traido y recibido con las ceremonias acostumbradas que dejo dichas; y al ulmen Maulican, en premio de lo bien que se habia portado, le confirió el honor de que él fuese el que le descargase el fatal golpe sobre la cabeza; y aunque de ejecutarlo se habia excusado, como afirma don Francisco Bascuñan, que se halló presente, no pudo ménos que dárselo.

Don Francisco Laso, dada órden a su maestre de campo, que ya era don Fernando Cea, de cubrir las márgenes del Biobio con mil y trescientos españoles y seiscientos auxiliares, se retiró a Santiago, donde hizo levantar dos compañías de infantería y una de caballería. Al mismo tiempo atendió a los adelantamientos del Reino en lo civil. Decretó sábias y prudentes providencias, y viendo los ánimos de los pobladores tan caidos que no cuidaban de las haciendas, pareciéndoles que harto hacian en guardar las vidas, los exhortó y animó a ello con la protesta de tener léjos al enemigo; y, en fin, los redujo a poblar de ganados y a labrar las tierras poniendo grandes sementeras.

En esto estaba cuando le llegó del Perú un regimiento de 500 soldados de tropa arreglada. Viendo que con ésto y con los que habia dejado al

mando del maestre de campo podia formar un competente ejército para oponerse a Putapichun, que sabia amenazaba a Arauco, se puso con solicitud en camino. En efecto, el incansable araucano habíase ya puesto en marcha con siete mil combatientes escojidos y en cuyo valor se prometia que ninguna fuerza le podia resistir. Pero éstos, atemorizados de ciertas supersticiones o supersticiosas observaciones del viejo toqui Lientur, que habia querido coronar su vejez con la gloria de esta empresa, abandonaron a Putapichun por la mayor parte ántes de llegar al término de la expedicion. No obstante esto, él persistió, diciendo que no habia mejor agüero que la voluntad de vencer y apretar los puños. Pasó adelante con tres mil hombres y otros doscientos que se rindieron a sus razones, y se acampó a poca distancia de la plaza. Algunos de sus oficiales eran de parecer que la atacase aquella misma noche, pero él no se acomodó a este dictámen, así porque queria dar descanso a su gente, como porque los enemigos no lo tachasen de que en sus operaciones se valia, como los ladrones, de las tinieblas. Esto segundo, si hubiese sido constantemente guardado por Putapichun en todas las ocasiones, lo hubiera llenado de gloria aun para con los españoles; pero él no tuvo este miramiento ni para las pasadas ni para otras muchas que quedan por referir.

Como por lo dicho no pudiese Putapichun arribar tan presto a la plaza, que no diese tiempo al Gobernador para llegar a ella en su socorro, éste, que no era de menor actividad y fuego que el araucano, se hallaba ya dentro de ella cuando se acampó Putapichun. Resolvió don Francisco Laso darle al dia siguiente la batalla. Conociendo que muchos habian de morir, exhortó a su gente a componer su conciencia con Dios, y él les precedió con el ejemplo. Despidió aquella noche las centinelas y tuvo en movimiento toda ella algunos cuerpos volantes. Estos se encontraron con otros que Putapichun habia mandado de su parte para correr la campaña y se embistieron, particularmente con uno que se habia arrimado demasiado a las murallas de la fortaleza y habia incendiado las casas de los auxiliares, tirando contra ellas flechas encendidas. Al venir de la aurora movió sus tropas don Francisco Laso para ocupar el ventajoso puesto llamado la Albarrada, el cual está costeado de dos profundos torrentes. La caballería, comandada por el maestre de campo Cea, se dispuso a la diestra, y la infantería, que iba bajo la direccion del sargento mayor Rebolledo, a la siniestra.

Putapichun, sabido el movimiento de los españoles, se les presentó con tan buen órden que el Gobernador no pudo menos que alabar su disposicion. Los dos ejércitos quedaron algun tiempo como suspensos sin acometerse, admirando el uno y celebrando el otro la disposicion de ambos, hasta que *Quepantu*, vice-toqui de Putapichun dió por órden de este la señal de la acometida. Entonces el Gobernador, diciendo demos gusto a Quepantu, mandó avanzarse la caballería, pero fué recibida de la caballería enemiga con tanta firmeza y destreza que la hizo retroceder, cuasi a espalda vuelta, como dice Santiago Tesillo, aun tegiendo el elogio y no la historia de este gobernador, y llegó así a abrigarse de la retaguardia, sin poderla contener los oficiales. Entretanto la infantería se

portaba excelentemente haciendo un fuego regular y ganando siempre terreno. El Gobernador exhortó a la caballería a hacer su deber, y procurando aprovechar lo que ganaba la infantería, mandó otra vez se avanzase la caballería. Esta, animada y puesta en ardor por el Gobernador, embistió ahora con aliento y con deseo de resarcir la reputacion perdida en la retirada. Sostuvieron los araucanos el ataque por buen rato; pero como muriesen muchos de ellos y hubiese recibido Putapichun, que cumplia muy bien con su obligacion de general, una peligrosa herida que lo dejó incapaz de pelear y de mandar, se pusieron sus tropas en fuga declarada, sin poder contenerlos Quepantu, que, como valientísimo que era, se exponia a los mayores riesgos, obrando con la mano y la voz cuanto podia un gran capitan, y aun hiriendo y matando a sus fugitivos; pero ni aun con esto pudo contenerlos. Despues de esto huyó tambien la infantería araucana, que hasta este tiempo se habia mantenido firme, por haberla desamparado la caballería, cuando estaba para mezclarse con la española con intento de inutilizar las armas de fuego. Desde este tiempo la batalla no fué sino matanza y carnicería de araucanos. Siguió el Gobernador el alcance por espacio de dos leguas, en lo cual y el campo de batalla murieron mil y doscientos enemigos, quedaron prisioneros seiscientos, y se les cogieron cerca de cuatro mil caballos, que era toda la remonta de reserva que traian. De los españoles, particularmente de los de a caballo, debieron de quedar no pocos, y no como dice don Miguel Olivares que fueron solos dos, porque ni aquella hubiera vuelto la espalda, como el mismo confiesa, ni el Gobernador despues de tan señalada victoria pidiera nuevos socorros al Perú, como luego se verá. En fin, don Francisco Laso reconoció esta victoria toda de Dios, y el mismo dia rindió gracias al Altísimo en una misa solemne que hizo el mismo dia cantar en la plaza de Arauco.

Para aprovecharse de esta victoria despachó el Gobernador al maestre de campo Cea con 400 españoles, para que se asentase en Negrete a orillas de Biobio, y con eso cubriese el territorio de Chillan, el de Buena Esperanza y la plaza de San Felipe; y él mismo, acompañado del sargento mayor, salió con mil y doscientos españoles por la provincia de *Colcura*, en donde sabia estar Quepantu juntando sus tropas. Llegado el Gobernador al paraje que llaman *Coypu* en dicha provincia y no hallando enemigos, destacó al sargento mayor con la caballería para que pasase el rio *Cayten* y hostilizase a los enemigos de la otra banda. Llegó el sargento mayor a la orilla de dicho rio, y dejando de una banda a su subalterno con la mayor parte de la gente, despachó a los auxiliares y algunos pocos españoles a que hostilizasen. Esto hizo tumultuar a los españoles que se quedaban y con voces irreverentes le dijeron que por aprovecharse él solo de los prisioneros para venderlos por esclavos, los dejaba a ellos fuera de la accion; sobre lo que le trajeron a la memoria otros ejemplos de su avaricia. No solo faltaron así al respeto de su gefe, sino que llegaron al acto sedicioso de pasarse todos de la otra banda y practicar las hostilidades y hacer las presas que les habia prohibido. Se les hizo la causa, pero no se ejecutó castigo alguno, por acto de prudencia que lo pedian las circunstancias.

Despues de dichas providencias pasó el Gobernador a pedir socorro al Perú, prometiendo dar pacificado el Reino en dos años, si este no le faltaba. Mandó para solicitarlo con mas empeño a la Corte misma a don Francisco de Avendaño. Entretanto mejoró todas las plazas en la habitacion, en la calidad y forma de sus murallas. Hizo que se pagase enteramente los sueldos y raciones a los soldados, en cuya práctica se cometian enormes abusos, porque segun refiere don Francisco de Bascuñan, buen testigo de las cosas de aquellos tiempos, las vacas que se compraban a dos pesos y medio, se las cargaban a la milicia por seis, y a esta proporcion las otras cosas. No solo atendia a que se hiciese entero el pagamento de los soldados, sino que ponia cuidado diligente en su curacion, cuando estaban enfermos, visitando para esto en persona muchas veces el hospital real de la Concepcion. En todo se debe decir circulaba su desvelo. Frecuentemente hacia inspeccion de las armas y pertrechos. No habiendo en la Concepcion casa cómoda para el Gobernador edificó una muy capaz, disponiendo suficiente fondo para su costo en las vacantes de encomiendas. Asimismo mandó edificar una buena bóveda para almacen de las pólvoras. Mandó que algunos vecinos, por ser de feudo, fuesen a la guerra o enviasen escuderos. Rehusando esto ellos con mas contumaz desobediencia que racional representacion, el Gobernador determinó castigarlos y ellos recurrieron a la Real Audiencia. El tribunal admitió el recurso, de que se siguió el resentimiento del Gobernador con los miembros de este, teniendo por burlada su honra con la sentencia en favor de los vecinos.

Los graves cuidados de la guerra hicieron al Gobernador olvidar estas discordias, porque las disposiciones de *Quepantu*, ya con el supremo mando por muerte de Putapichun, que se cree fuese de resultas de la herida recibida en la última batalla, lo ponian en agitacion. Ordenó que el maestre de campo entrase a tierras de *Chicura* a solicitar la muerte o prision de Quepantu. Vivia éste en un pequeño valle circundado de bosques espesos que tenian difícil entrada; su casa era de cuatro puertas, contra su costumbre, para tener fácil escapada, siempre que fuese necesaria: tenia apercibidas sus armas y prevenidos sus vasallos para que en cualquier invasion acudiesen a su socorro. El maestre de campo salió con 400 españoles y auxiliares, llevando por capitan de estos a Loncomalu, hijo del valiente Catumalu, capitan fidelísimo a los españoles. Llegó el maestre de campo a la guarida de Quepantu, y habiendo dividido en tres escuadrones su gente y dejado a los dos a que guardasen las avenidas, acometió con el tercero a Quepantu, quien defendiéndose algun tanto con sus domésticos, tuvo modo de ganar el bosque mas inmediato. Pero llegándole con la novedad de los españoles, cosa de cincuenta hombres, haciendo punto de honor a no deber la vida a la fuga sino a su valor, salió de la selva capitaneando a los suyos y peleó con el maestre de campo con estraño valor cosa de media hora; pero viendo que las armas superiores hacian mucho estrago en su pequeña tropa, se retiró otra vez al bosque, y habiendo hecho llamada de mas gente, retornó a la pelea. De esta vez pereció cuasi toda su gente y el jóven Loncomalu quiso dar prueba de su fidelidad y valentía batallando singularmente con Quepan-

tu. Mostraron en el combate un vigor de ánimo y cuerpo singular y rara destreza en el manejo de las armas; llegaron a quebrar ambos las picas, y aquí Loncomalu, echando mano de su daga, le deshizo la cabeza a Quepantu, y tuvo fin la batalla con estrago total de los araucanos que no quisieron sobrevivir a su general. De los españoles y auxiliares murieron algunos.

Muerto Quepantu, eligieron los araucanos por su gefe a *Loncomilla*, valiente y experto capitan y consanguíneo del precedente. Inmediatamente a su ingreso al mando de las armas juntó sus tropas con intento de sorprender a los españoles o a los auxiliares. Para precaver que este designio llegase a su noticia mandó cortar diligentemente la comunicacion con la frontera española. No obstante esta su providencia, llegó su proyecto a noticia del maestre de campo Cea, quien conociendo era necesaria la celeridad para que no tuviese tiempo de engrosarse el enemigo, el que se hallaria con desprevencion, suponiendo oculto a los españoles su designio y por ser estacion de invierno, se puso con 400 hombres en busca de Loncomilla y hallándolo le presentó la batalla. El caso fué inopinado para Loncomilla y pudo evitar el riesgo ocultándose en los bosques que tenia inmediatos; pero antes quiso pelear con riesgo que huir con deshonor, y siguió a su antecesor y consanguíneo en la generosidad, como tambien en la desgrácia, porque murió con cincuenta de los suyos, y hechos algunos prisioneros, huyeron los demas a los bosques. Estos dos hechos oportunos ejecutó el maestre de campo durante el invierno, con lo que desempeñó la confianza que de su conducta hacia el Gobernador.



X

OTROS SUCESOS DE DON FRANCISCO LASO

Al mismo tiempo que el maestre de campo abatia el orgullo de los araucanos en su misma provincia, los de los llanos formaban un cuerpo formidable de tropas para venir a unirse a su general. El Gobernador para impedir que el general nuevo intentase con ellos alguna cosa, salió por Octubre de 1633 con mil y quinientos hombees entre españoles y auxiliares, y desde *Curaleubu* destacó al sargento mayor Rebolledo con 800 soldados y órden de llegar hastaRepocura para que hiciese en ida y, vuelta cuanto daño pudiese al enemigo hasta venir a juntarse en *Quillin*, en donde lo aguardaba. Cumplió el sargento mayor tan a satisfaccion las órdenes dadas, que habiendo aterrado en todas partes al enemigo se volvió con 300 prisioneros de todas edades y sexos, 1,200 caballos y cosa de 7,000 cabezas de ganado mayor y menor. Los araucanos enviaron luego sus mensageros a negociar el rescate de sus prisioneros, y respondió el Gobernador que solo podria ser esto ejecutado con condicion de la paz; y los enviados repusieron que un punto tan grande no estaba contenido en los capítulos de su comision.

De Quillin pasó el Gobernador hasta las orillas de Cagten, y sabiendo que de la otra banda estaban los enemigos en número de 1,500 envió al sargento mayor con mil hombres para que los deshiciese. Estos ganaron la fragosidad de los montes, y habiendo hecho el sargento mayor talas y algunos prisioneros se volvia para el Gobernador; pero entendiendo que su marcha era observada de los enemigos en cuergo no despreciable, arregló sus movimientos con mucha precaucion, y fortaleció diligentemente su alojamiento. Quiso obligarlos a combate, y para esto usó de un ardid que le salió bien. Mandó que Catumalu con los auxiliares saliese de noche a ocultarse en un bosque de los delanteros y yendo el ejército en su marcha fingiese combate con la retaguardia española, para que viéndolos los enemigos, que nunca perdian al campo español de vista, creyesen que peleaba con este alguno de los escuadrones volantes de los suyos, y

así viniesen a socorrerlo. En efecto, hizo Catumalu tan bien su parte y los auxiliares con los españoles de la retaguardia que hasta ellos mismos que lo hacian, la invencion les parecia verdadera. Mucho mas le pareció a *Curantu* que era el toqui electo de los araucanos, que convocando los suyos les mandó embestir la retaguardia española pensando socorrer a los suyos, en cuyo punto volvió Catumalu y los españoles la frente y las armas, con lo que le hicieron una considerable mortandad y lo obligaron a dejar el seguimiento.

Con estos golpes que les dió el Gobernador, conocieron los araucanos que habia llegado el tiempo de la adversidad, por lo cual acordaron mudar el sistema de la guerra. Determinaron que no pudiendo medir las armas con los españoles en batalla campal, convenia fatigarlos en correrías, convirtiendo o dirigiendo éstas a latrocinio, de lo cual podia resultar que los que ahora vencian en las batallas fuesen vencidos en la guerra de pillaje. Para este efecto, Curantu, que abrazó el proyecto, eligió cabezas de los campos volantes que se debian emplear en esto. Uno de éstos fué *Guenucalquin*, por lo que algunos le han contado entre los toquis. Este se vino por las cercanías de la plaza de Arauco con algunos hombres esforzados y buena remonta y dando en los auxiliares que estaban acimentados a las orillas de *Carampangui*, una corta legua de la plaza, hizo varios prisioneros, robó caballos y se retiró con suma celeridad. Los interesados pidieron licencia al comandante para ir en su seguimiento. Este se las acordó y agrególes una compañía de caballería española. Por mas priesa que se dieron no pudieron dar alcance a Guenucalquin, pero se encontraron con otro escuadron enemigo que andaba en lo mismo; pelearon con él, le mataron cuarenta, le hicieron prisioneros cincuenta, con un grueso botin de buenos caballos, y se volvieron contentos de su expedicion, trayendo mas de lo que les habia llevado Guenucalquin.

Poco despues de esto envió el maestre de campo 600 entre españoles y auxiliares a hostilizar la provincia de Ilicura. A la entrada de ella se encontraron con un pequeño escuadron de enemigos, que, no obstante su pequeño número, se pusieron en defensa; pero habiéndoles muerto ocho, se pusieron los demas en fuga. El español que comandaba esta expedicion, gastó seis dias en correr la provincia sin encontrar otros enemigos, al fin de los cuales fingió retirarse, suponiendo que los que estaban en los bosques habian de venir en su seguimiento, y para traerles a combate con ventaja, dejada la mitad de su gente emboscada, se retiraba pausadamente. Luego se comenzaron a descubrir enemigos a no mucha distancia y parándose él para hacerles frente, comenzaron de ambas partes a combatirse furiosamente. Reconocieron la pelea encarnizada los de la emboscada y saliendo de ella dieron contra los araucanos, y a su acometida los derrotaron, habiéndoles muerto ochenta, teniendo a dicha, los que quedaron, el salvar las vidas con la presurosa fuga, pero haciendo muchos fieros y amenazando que no tardarian en volver otra vez a la pelea.

Decian esto, porque les quedaba de reserva otro cuerpo mayor o sabian que andaba otro escuadron, con el cual, uniéndose, podrian contrarestar las fuerzas españolas. Esto se lo figuró de las amenazas de los araucanos

el oficial español y así él mandó sus centinelas avanzadas, y sabiendo por ellas habia allí cerca otro escuadron de araucanos, se dirigió a ellos con ánimo de combatirlo. Los araucanos, que entendieron esto, se previnieron para el combate y eligieron con grande acuerdo un llano espacioso en que esperar a los españoles y en que pudiesen usar con ventaja de sus caballos descansados y lozanos, cuando los de los españoles, por la fatiga de caminar tantos dias, estaban descarnados y sin fuerzas. Cuando llegaron los españoles al lugar del combate, se habia enturbiado el dia y mostraba pasar luego a la lluvia, como sucedió; y no obstante que preveian que esto habia de inutilizar las armas de fuego, y como se hacia necesario el ser obligados al combate con deshonra o a presentarlo con bizarría, eligieron ésto. Luego que se trabaron murió el comandante araucano y sus tropas sin desanimarse por su falta, ántes estimulándose a la venganza, encendieron mas la pelea redoblando el esfuerzo. Hombres y caballos caian porque la contínua lluvia habia hecho el terreno resbaladizo. Así pelearon gran tiempo sin conocerse ventaja, hasta que engrosándose mas la lluvia se apartaron de comun acuerdo para tomar aliento, acusando ambas partes la tempestad que en la realidad y en sus corazones deseaban. Los araucanos se retiraron en aspecto de volver a la contienda, y los españoles los esperaron bien formados y unidos para suplir con la disposicion la falta del número. Apénas mitigada la tempestad volvieron los araucanos al choque, procurando romper a los españoles, y en todo aquel dia hicieron cinco acometidas, pero todas sin fruto, hasta que la noche los apartó. Y los españoles, sin ser mas hostilizados, se retiraron a su plaza de Arauco. Me es sensible sumamente no saber el nombre de este comandante para eternizar su memoria, como era debido a tan bien dirigidas operaciones, y me maravillo no poco que los manuscritos, y Tesillo que refiere la accion con la alabanza que merece, se hayan en esto descuidado. De los españoles y auxiliares murieron treinta y de los araucanos ochenta. Este fué el fin del combate mas obstinado que se ha visto en los campos de Chile.

Despues de estos sucesos hizo salir el maestre de campo otro destacamento de quinientos hombres por la costa, así para hostilizar a los enemigos por aquella parte, como para precaver algunas tentativas de ellos que se vociferaban. Este destacamento, aunque hallólos sobre aviso, se volvió al quinto dia con trescientos caballos y cuarenta prisioneros, habiendo dejado muertos muchos mas. Pero es digno de particular observacion lo que pasó con este destacamento ántes de entrar en la plaza, porque ello muestra el arresto de la nacion araucana. Andaba a caza de araucanos una partida de cincuenta españoles sin pensamiento de tenerlos tan cerca, cuando dos araucanos, irritados contra su mismo temor, salieron armados de sus lanzas y porras a presentarse a los españoles provocándoles al combate. Ellos, en efecto, pelearon esforzadamente ofendiendo y defendiéndose de tantos enemigos por largo rato, ni se rindieron sino con la muerte a balazos, de modo que esta accion fué despues materia de conversacion entre los soldados españoles.

Fuera de estas correrías de los de la plaza de Arauco ejecutaba otras el sargento mayor y el Gobernador, porquè por todas partes llamaban la

atencion los escuadrones volantes de Curantu. El Gobernador se internó por la provincia de Puren, talando los campos, robando los ganados y caballos y conduciendo muchos prisioneros y dejando sembrados por el campo muchos de aquellos que quisieron resistir a las mayores fuerzas.

Mucho parece fatigaba al Gobernador este género de guerra que habian tomado los araucanos, porque irritado contra ellos bajo el pretexto de tentar todos los modos de su reduccion, expidió un cruel edicto en que ordenaba que a todos los adultos prisioneros de guerra se les quitase la vida sin remision, dejando para venta y esclavitud los niños y las mujeres. Desde luego se reconoció la gran solicitud y cuidado de la vida de sus prisioneros en los araucanos, mas ciertamente que la que habian mostrado los españoles con los suyos que hasta entonces gemian en el poder de sus enemigos. Recurrieron al Gobernador con reverentes embajadas, tratando de canjes y rescates cuantiosos, y persistiendo éste en que esto solo podia efectuarse dando ellos la paz y prescribiéndoles para la respuesta el término de tres meses, no volvieron con ella y así se ejecutó el cruel edicto quitando a todos las vidas. Nótese mas, que ningun escritor dice hiciesen otro tanto los araucanos con los muchos españoles que tenian, sino todo lo contrario, como se verá al tiempo de la paz, en el gobierno siguiente. Por muchos que ellos hayan sacrificado en la celebridad de sus victorias no llegan a los que en esta sola ocasion sacrificó a su ira el gobernador don Francisco Laso de la Vega.

El cielo quiso o pretendió ablandar el corazon de este Gobernador haciendo parecer en un árbol del valle de *Limache*, que entonces pertenecia a Santiago y ahora a la provincia de Quillota, una imágen de Cristo crucificado, antes de la insinuada ejecucion del sobredicho edicto. Refiérela el Padre Ovalle como testigo de vista y yo la quiero poner aquí sin alterar una palabra de su texto. Dice, pues, este sabio y pio escritor: «Demos ya fin a esta materia con el prodigioso árbol que el año 36 se halló en el valle de *Limache*, jurisdiccion de Santiago de Chile, en uno de aquellos bosques, donde lo cortó un indio entre otros que fué a cortar para hacer madera para cubrir las casas. Nació y creció este árbol en la forma y figura que aquí diré puntualmente, como lo he visto y observado con toda atencion. Cuando se cortó este árbol seria del tamaño de un bien proporcionado y hermoso laurel, en el cual se ve a proporcionada distancia del nacimiento de la tierra, como a dos estados de altura, atravesada al tronco una rama o ramas, que forman con él una perfectísima cruz; dije rama o ramas porque en la realidad de verdad jamas pude discernir aunque lo miré con todo el cuidado y atencion que pude, si era una o dos, la razon natural inclina a que fuesen dos, que naciendo una de un lado y otra de otro pudiesen hacer los brazos de esta cruz y este parece que era el modo mas connatural de formarse esta figura, pero no es así porque no se ve sino una rama que atraviesa derecha por encima del tronco, pegada a él y sobrepuesta como si artificiosamente se la hubiera encajado, de manera que parecen estos brazos de la cruz hechos a posta de otro leño y pegados a este tronco.

«Hasta aquí la cruz, que bastará ella sola a causar admiracion en los que la ven, pero no pára aquí la maravilla porque hay otra mayor y es

que sobre esta cruz se ve un bulto de un Crucifijo del mismo árbol, del grueso y tamaño de un hombre perfecto, en el cual se ven clara y distintamente los brazos, que aunque unidos con los de la cruz, se relievan sobre ellos, como si fueran hechos de media talla; el pecho y costados formados de la misma suerte sobre el tronco con distincion de las costillas que casi se pueden contar y los huesos de debajo de los brazos, como si un escultor los hubiera formado, y de esta manera prosigue el cuerpo hasta la cintura. De aquí para abajo no se ve cosa formada con distincion de miembros, sino a la manera que pudiera pintar revuelto el cuerpo con la sábana santa; las manos y los dedos se ven como en borron y el rostro y cabeza casi nada; y fué el caso que el indio que cortaba este árbol, no haciendo al principio diferencia dél a los demas fué hachándolo por uno y otro lado para hacer de él una viga como de los otros, y así se llevó de un hachazo aquella parte que correspondia a la cabeza y rostro y hubiera hecho lo mismo con lo demas a no haber advertido en la cruz, que lo hizo reparar y detener.

«Corrió luego la voz de tan gran prodigio y una señora muy noble y devota de la Santa Cruz, que tiene sus haciendas en el mismo valle de Limache, hizo grandes diligencias para haber este tesoro, y habiéndolo alcanzado, lo llevó a su estancia y allí le edificó una iglesia y lo colocó en un altar, donde al presente está, venerado de todos los que van a visitarlo. Fué, entre otros, el señor Obispo de Santiago y le concedió las indulgencias que pudo para quien visitase aquel santuario, y quedó admirado y consolado de ver un tan grande y nuevo argumento de nuestra fé, que, como comienza en aquel nuevo mundo a echar sus raíces, quiere el Autor de la Naturaleza que de los mismos árboles broten y den testimonio de ello, no ya en geroglíficos sino en la verdadera representacion de la muerte y pasion de Nuestro Redentor, que fué el único y eficaz medio con que ella se plantó. Yo confieso de mí que luego que de los umbrales de la iglesia ví este prodigioso árbol y a la primera visita se me representó en un todo confuso aquella celestial figura del Crucifixo, me sentí movido interiormente y como fuera de mí, reconociendo a vista de ojos lo que apenas se puede creer si no se ve, ni yo habia pensado que era tanto aunque me lo habian encarecido como merece.» [1]

No fué bastante esta divina misericordia para que el Gobernador no hiciese cumplir su cruel edicto en aquellos redimidos tambien con la sangre de Jesucristo; y revestido ya de la crueldad, siguió hostilizando a los araucanos, no dejando con la vida prisionero alguno capaz de armas. Para esta campaña que hacia él en persona sacó gente de la guarnicion de Arauco. Sabiendo esto Curantu dispuso enviar 300 hombres a tentar la fuerza de dicha plaza. No se ocultó este designio al Gobernador, quien para obviarlo destacó a Felipe Rangel con alguna gente para que fuese a

1 Aquí hay una lámina que representa un árbol en forma de cruz y en él la efigie de Jesucristo y al pié la siguiente inscripción:

«*Vera Efigies cujusdam arboris quæ in hunc modum et figuram crucis et Crucifixi crebit et inventa est in Regno Chilensi in America ubi in Valle Limache colitur magna populi devotione ab anno Dm. 1636.*»

incorporarse con la guanicion, disposicion que desvaneció los intentos del araucano. El Gobernador se retiró dejando funestos rastros de su crueldad, y sabiendo que en la costa se habia juntado un cuerpo no despreciable de tropas mandó al maestre de campo que fuese a derrotarlo. Este pasó por Tucapel y Tirua sin encontrarlo, pero llegando a *Coicolmo* desbarató algunos escuadrones, matando y haciendo prisioneros, para despues, segun el edicto, matarlos a sangre fria. Entre los muertos fué uno Curantu y entre los prisioneros el famoso capitan *Curimilla* que con sus correrías habia molestado a los auxiliares de S. Cristóbal. A este se le cortó la cabeza y se mandó a los indios del territorio que habia saqueado.

Por estos tiempos los juncos, que se extienden del grado 41 para el polo, se habian hecho auxiliares y aliados de los araucanos, y no pocos de ellos venian a militar bajo de sus banderas. El Gobernador quiso tambien infundir el terror en éstos llevando la guerra a sangre y fuego dentro de su país. Mandó para esto que el capitan don Pedro de Mejorada saliese de Chilue a hostilizarlos con las fuerzas de la provincia. Este, habiendo pasado el canal, se internó en el país enemigo llegando hasta la arruinada ciudad de Osorno. Los juncos se le presentaron animosamente con 3000 hombres de infantería y caballería y embistieron al campo español en forma de media luna, intentando rodearlo por todas partes, como lo hicieron, apretando los puños y animándose unos a otros, como que los tuvieran por suyos. Pero don Pedro de Mejorada se manejó tan bien que les abatió luego su orgullo; porque con los arcabuceros y lanceros bien cerrados hizo en ellos tanto estrago, que si no toman la fuga todos hubieran allí quedado. La mayor parte de ellos quedó en el campo y de los españoles muy pocos. Con esto no se le volvieron a presentar y él taló a su satisfaccion el país; hizo una presa grande de ganados y no pocos prisioneros, con que se retiró a Chilue.

Ya estaba el Gobernador cerca de los fines de su gobierno y lo atormentaba su palabra empeñada a Su Magestad de la entera sugecion de Chile, cuyos naturales, aunque estaban ya muy destruidos, pero no domados ni sugetos. Para perfeccionar la obra y darla perpetuidad acordó fundar en Angol una ciudad con el nombre de San Francisco de la Vega que tuviese a raya los naturales y velase a su quietud. Para su poblacion destinó cuatro compañías de caballería y dos de infantería; pero como esta fundacion fuese poco antes de su reforma y pocas veces promueven los sucesores las obras de su antecesor, la ciudad acabó con una muerte tan temprana que se puede equivocar su oriente con su ocaso.

Por este tiempo los holandeses suponiendo el Reino de Chile despoblado de españoles y poblado de enemigos araucanos, acordaron confederarse con ellos y establecerse en él. Pero tuvieron mal éxito sus conatos, porque habiendo pasado a las costas de Chile varios navíos holandeses encontraron casi en todas partes con la desgracia. Uno de ellos aportó a la isla de la Mocha, que está en frente de la boca del rio Cagten o Imperial, y habiendo echado gente a tierra en una barca artillada, acometieron los naturales a los holandeses y habiéndolos muerto se apoderaron de la lancha. Otro tomó puerto en *Cleuguapi* que los españoles llaman Lavapié, y

habiéndoles los araucanos muerto alguna parte de su gente los forzaron a hacer vela con deshonor. El tercero llegó a Valparaiso, pero de allí fué forzado a salir por los españoles. El cuarto hizo desembarco en la *Quiriquina*, isla que cierra el puerto de la Concepcion: aquí hizo tres prisioneros, y no pudiendo proveerse de víveres, se retiró.

La guerra tan sangrienta y obstinada como habia llevado don Francisco Laso de la Vega no podia ménos que haber perdido mucha gente, y no obstante los anuales socorros que le mandaba el Virey, su ejército estaba disminuido mas de la mitad. El envió por mayores socorros así al Virey como a la corte, empeñando de nuevo su palabra de poner fin a la guerra en dos años. La corte no creyendo a las promesas reiteradas de don Francisco Laso de la Vega le destinó sucesor en la persona de don Francisco Lopez de Zúñiga, marques de Baides, conde de Pedroso y caballero de Santiago, el cual a fines de Abril del año 1639 llegó a Santiago, donde tomada posesion de su gobierno y residenciado su antecesor, lo dió por buen ministro de Su Magestad; con lo cual él se retiró a Lima para volverse a España, pero la muerte lo sobrecogió en dicha ciudad.



XI

PRIMEROS HECHOS DEL MARQUES DE BAIDES Y CONDE DEL PEDROSO

Desembarazado el Marqués de Baides de la residencia de su antecesor e informado de la constitucion del Reino, empezó a disponer sus tropas para hacer una entrada en las tierras enemigas, dirigiéndose principalmente contra *Lincopichon* que habia entrado en lugar de Curantu al mando de las armas araucanas y contra Antuguenu que era su teniente general. Salió con este fin el 4 de Enero de 1640 y llegado al territorio de Antuguenu, taló los campos, destruyó las sementeras, quemó las casas no solo del mismo Antuguenu sino de todos sus vasallos, y dirigiéndose a hacer lo mismo en el territorio del toqui Lincopichon apenas que hubo pasado el rio de la Imperial o *Cagten*, vió venir los embajadores y tras ellos sus hijos que le mandaba para tratar de la paz. Poco tiempo despues vió con admiracion suya llegar al mismo toqui Lincopichon; que con gravedad, pero sin bajeza, le pedia no pasase adelante con el estrago que habia empezado a hacer; porque él se hallaba con determinacion de hacer paces con los españoles, lo que prometia por sí y por sus vasallos y que para una paz general él convocaria a los toquis, apoulmenes y ulmenes del Estado y los traeria a su partido. Dió por prueba de su fé una oveja de la tierra, esto es, un *chiliguequc* para que se matase a usanza y costumbre de su país, que es ceremonia con que ellos aseguran las cosas que prometen.

El Marqués, aunque gran soldado, como de ello habia dado pruebas sobradas en Flandes, nada inclinado al rigor y crueldad, oyó con agrado a Lincopichon, y tenido un breve consejo con los oficiales mayores de su tropa, resolvió no seguir adelante con las hostilidades y aceptó las paces, no sin contradiccion de algunos, y respondió sin altivez al araucano, antes bien con la mayor dulzura, como mas natural a su genio. «Yo entro, les dijo, de buena voluntad en la paz y con tanta sinceridad, y desde este punto me abstengo de cometer hostilidades en vuestro país.» Con esto mostrándole el mayor honor y regalándolo de las cosas de su mayor es-

ma, y haciendo lo mismo con sus hijos y demas ulmenes que le venian acompañando, los dejó a todos muy contentos y les ganó la voluntad. Mandó la retirada dando apretadas órdenes para que no se hiciese el mas mínimo daño en las tierras de los araucanos. Repartió toda su gente en las fronteras, ordenando a todas las plazas excusasen las hostilidades, y él se puso en la Concepcion, que entonces era el lugar de la residencia de los Gobernadores, para aguardar en ella las resultas de la negociacion de la paz que trataba Lincopichon con los suyos.

Este con los otros ulmenes que habian experimentado la buena manera del Marqués fueron por su parte solicitando los ánimos de los otros toquis, apo-ulmenes y ulmenes, y para mantener la correspondencia de paz le enviaron diversos embajadores e hicieron venir en persona a la Concepcion varios ulmenes, los cuales volvian siempre a sus tierras muy contentos y satisfechos de la buena voluntad que habian reconocido en el Gobernador de los españoles. Con esto creció entre ellos el partido de la paz, y cuando ya hubo un número competente de ulmenes que venian en ello se empezaron los preliminares. Renováronse los antiguos de *Utaflame* y *Ancanamon*. Resolvióse de comun acuerdo ratificar estos artículos en una junta de ambas naciones dentro de las tierras de los araucanos. Fijóse para la conclusion de este feliz suceso el dia 6 de Enero del año siguiente.

Sobre la eleccion del lugar hubo entre los toquis y ulmenes algunas diferencias. Cada uno pretendia que se hiciese en su territorio, teniendo a menos valer el ir a celebrar estas paces en territorio ajeno. Lincopichon por medio de un hijo suyo hizo saber a todos que a él se le debia esta honra; pues que él habia sido primero en abrir la puerta para estas paces, y como general de las armas araucanas tocaba a él juntar a todos, y que estaba aun autorizado de este poder. *Quelantaru* dijo que era indecoroso a su persona salir de su casa para este efecto, y así que lo mas que le permitia su honor era llegar al confin de su jurisdiccion, y de este modo cada cual procuraba traer a su territorio la junta. Si el Marqués, que era bien acepto a los ulmenes, no se hubiera puesto de por medio para conciliar estas diferencias, ellas por ventura hubieran frustado la paz. El dió un corte proponiendo el valle de Quillin para estar en el medio de lo que habia de ser fronteras, y que por despoblado se debia considerar por sitio neutral, y satisfaciendo a sus razones mas con los regalos, caricias y buenas maneras, los redujo a acordarse todos en venir a aquel sitio que les habia propuesto.

Alguno por ventura tendrá curiosidad de saber que motivo pudieran tener los indómitos araucanos para salir ahora pidiendo ellos las paces. Yo sin salir de fiador de la verdad diré lo que dicen los escritores de este mismo tiempo. Y lo primero fué el haber observado el año antecedente en sus tierras algunas señales que ellos interpretaron funestísimas, con lo que quedaron atemorizados. Tal dicen fué haber visto águilas imperiales o de dos cabezas sobre la destruida ciudad de la Imperial y en otras partes; las cuales tenian por tradicion se habian visto en sus tierras poco antes que entrasen en ellas los españoles; y así como entonces anunciaron su venida, así ahora podian anunciar su total dominio con

su sugecion y esclavitud, lo que haciendo la paz se persuadian evitar, poniendo por primera condicion su independencia y libertad.

Lo segundo fué que por el mismo año de 40 en el mes de Febrero sintieron en todas sus tierras rumores como tiros de cañones, sin saber de donde venian. Tenia este ruido tanta semejanza con lo que les parecia a los araucanos, que hasta los mismos españoles teniéndolo por esto, se pusieron sobre las armas, mandaron destacamentos aquí y allí para saber donde eran estos tiros; pero estos se desengañaron de su error viendo la violentísima erupcion que habia hecho el volcan de Villarrica, dividiendo en dos partes aquel altísimo monte. Consecuencia de esta erupcion fué el rebalsar la laguna; porque derrumbando sobre ella una gran parte del monte, forzó a salir de su seno las aguas, a extenderse por los campos y a entrarse por las casas de los atemorizados araucanos.

De esta misma erupcion provino la otra aun mas eficaz razon de rendirse, que lo que ellos se finjieron en su imaginacion alterada. Creyeron ver dos ejércitos, uno de españoles y otro de araucanos, que combatian entre sí en el aire con lo peor de su parte; representacion que les duró por tres meses, que fueron los que se mantuvo en furor la erupcion volcánica. Atemorizados los araucanos con los ruidos, que no sabian de donde salian, y despues viendo entre las altísimas llamas que levantaba el volcan las densas cenizas, los peñascos encendidos y otras materias, alterada su imaginacion, les hizo formar la idea de una batalla conforme a su genio marcial; y se la figuraron poco ventajosa a ellos por la preventiva de sus otros agüeros. Los muchos cautivos españoles que habia entre ellos no dejarian de fomentar esta idea concebida en su furor. No ignoro que los autores todos han dicho que esto fué una aparicion del señor Santiago, protector de España y particular de la conquista de Chile. Pero como no hallo apoyada esta vision, sino en la deposicion de dos mujeres españolas cautivas y de un hombre que por su vida entre la barbarie de la gentilidad carecia de la crítica necesaria, no puedo tan fácilmente darle el asenso que le han dado estos autores. No ignoro que Dios por intercesion del Santo Apóstol quisiera favorecer las intenciones del Marqués y que pudiese hacer que el Santo se les apareciese a aquellos bárbaros en figura triunfante sobre ellos, pero para este fin bastaba infundir en ellos la aprehension; la que, habiendo causas naturales con que explicar, no se ha de recurrir a milagros de la omnipotencia de Dios.

Mas que todo esto creo yo que contribuyó a que ellos pidiesen la paz la infeliz constitucion en que se hallaban. Estaban no solo amenazados de la muerte por los españoles sino que eran precisados a refugiarse en las partes que poseian sus otros compatriotas: hoy les quitaban el campo que ayer les habian dado para su habitacion y sementeras; al mas leve descuido se renovaban los sentimientos antiguos, y no solo se los echaban en cara sino que como injuriados se hacian pago de todo, sin que fueran oidos sus clamores sobre la sangre que vertian por la comun libertad; muchos de los ulmenes sin jurisdiccion, sus vasallos dispersos y todos éxules dentro de la patria comun; y, en suma, vejados no ménos de los extrangeros que de los patricios, se vieron en un estado tan mise-

rable que podian temer que él llegase al extremo de hacerse intolerable, y así se acogieron al prudente consejo que desde el principio les habia dado el viejo Colocolo de recibir la paz con condiciones ventajosas, como de años atras se les habia empezado a proponer, y ellos en el gobierno antecedente creyeron no poderla conseguir, atenta la crueldad que experimentaban en el ánimo de don Francisco Laso de la Vega.

Cuanto éste por su carácter duro parece debia repugnar las justas capitulaciones que pedian los araucanos para dejar las armas, tanto mayor campo hallaron en el gobierno humano, dulce, pío y compasivo ánimo del Marqués de Baides. Así debia ser para tener la gloria de primer pacificador de Chile, porque solo la benignidad, la dulzura y buena acogida podia domar las cervices del indómito araucano. El Marqués en este tiempo que se trataban las capitulaciones y que los araucanos discurrian entre sí sobre ella, reduciendo a algunos que aun se mostraban tercos, hizo hacer públicas oraciones por el éxito feliz de esta su negociacion en todas las ciudades de su jurisdiccion; y se preparaba para hacer al tiempo prescrito una lucidísima entrada en las tierras de los araucanos, proveyéndose con una copiosa abundancia de cosas del jenio de ellos para explicar su generosidad con todos, conociendo que éste era el modo de ganarse mas aquella nacion.

Eligió por protector de esta su gloriosa empresa al glorioso San Francisco Xavier, con la confianza de que el conquistador del Oriente haria con su poderosa intercesion para con Su Divina Magestad abrirse con la paz las puertas a nuestra santa religion; y así como él fué vaso escogido de Dios para llevar la luz del Evangelio a tantas naciones lo seria ahora tambien para iluminar, por medio de sus hermanos, estas gentes.



XII

CELEBRA EL MARQUES LA PAZ

Cuando ya se llegaba el tiempo para el dia aplazado tenia prevenido todo el Marqués. Habia mandado órdenes al maestre de campo y al sargento mayor para que saliesen con su gente a incorporarse con él en la plaza del Nacimiento, que era la mas inmediata al lugar destinado para el congreso. El Marqués, el 18 de Diciembre, despues de haber hecho una larga oracion en la Catedral, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento, con toda su comitiva y pasado con toda ella a la capilla de Nuestra Señora de las Nieves, imágen de particular devocion de los ciudadanos y ante quien hizo oracion en sus aprietos doña Ines Olmos de Aguilera y por quien cree subsistir esta ciudad, y de allí a Nuestra Señora del Milagro, en su hermita, que es tambien otra devota imágen de la Madre de Dios y por cuyo culto ha Dios colmado de beneficios y gracias particulares a aquella ciudad: salió de aquí, acompañado de los capitanes reformados, de muchos ciudadanos, tanto de esta como de las otras ciudades, de su capellan mayor y de algunos religiosos de la extinguida Compañía de Jesus, para que éstos hiciesen las partes de la conquista espiritual, como que tenia bien entendido cuanto dependia de ésta la que él pretendia, si se queria que ella durase.

No habia llegado el Marqués a Quillin cuando tuvo el imponderable gusto de empezar a percibir los frutos de su negociacion. Apenas llegado al Nacimiento le vinieron a cumplimentar dos apo-ulmenes, el uno Clentaru y el otro Liencura, acompañados de sus vasallos, aclamando la paz, y en prueba de su sinceridad presentaron al Marqués tres señoras distinguidas, cautivas, y dos niñas, nietas de una de ellas, las cuales recibió el Marqués con no ménos aprecio que ternura, como lo testificaron sus lágrimas y los copiosos regalos que hizo a tales ulmenes. Arrojáronse éstas a los piés del Marqués y olvidadas ya con el tiempo pasado entre la barbarie de los indios, que era ya de cuarenta y dos años, olvidadas, digo, de la lengua española, parte en ésta, mal limada, y parte en arau-

cano, manifestaron los gozosos afectos de sus corazones y bañados sus rostros en tiernas lágrimas, lo aclamaban ángel y redentor no ménos de sus cuerpos que de sus almas, pues no podrian de otra suerte salvarlas si murieran entre aquella bárbara gente que les habia robado la limpieza del alma y el tesoro inestimable de sus purezas con la irresistible violencia que les hizo el furor de su arrebatada pasion y absoluto poder. El miserable estado en que veia a estas personas, que en otros tiempos se merecian las adoraciones, contribuyó a conmover su tierno corazon, las levantó por sus manos, las alentó y mandólas vestir como convenia a su calidad, y conducir a la Concepcion.

Sin salir de aquí se le juntaron, segun sus órdenes preventivas, el maestre de campo y el sargento mayor con sus tropas, las cuales con las que habia traido de la Concepcion y demas gente que lo acompañaba subió al número de diez mil, y dándoles un ligero reposo se puso en marcha en buena disposicion y llegó a la antigua ciudad de Angol y se alojó en la victoriosa y alegre vega de su rio, donde hizo revista de todas sus tropas, lo que, hecho, pasó a Curalava, lugar donde fué muerto el Gobernador don Martin García Oñez de Loyola, de cuya muerte resultó, como hemos visto, la ruina de tantas ciudades y cautiverio de tantas mujeres españolas y chicos. Aquí quiso se celebrasen exequias por este Gobernador y sus desgraciados compañeros; y erigido un suntuoso túmulo, cantó su capellan mayor la misa solemne y los otros sacerdotes la celebraron rezada. Y habiendo concluido con este tan pío ejercicio pasó el Marqués al valle de Quillin donde se habia de hacer el *Parlamento*, como se dice en Chile cuando se juntan las dos naciones, y como dicen los araucanos *Huinca-Coyan*.

Todo iba bien y muy a gusto del Marqués, cuando de la revista que hizo de su gente en Angol, algunos indios que la vieron se figuraron ánimo doblado en el Gobernador e internándose por la tierra iban tocando a la arma y publicando que los españoles no querian paces, sino que venian con ánimo de pasarlos todos a cuchillo y que para este intento entraban con mayor fuerza que nunca. Esta nueva no dejó de inquietar los ánimos, pero no fué bastante para trocarlos, y solo produjo en algunos la suspension y el estar a la mira de lo que sucedia. Noticioso de esto el Gobernador, mandó varios mensageros y varios tambien de los ulmenes que ya lo acompañaban a fin que lo sincerasen y asegurasen a todos el buen ánimo y buena fe con que venia, no solo de estar a lo que ya habia pactado con Lincopichun y con cuantos otros ulmenes habian querido avocarse con él, sino que él venia dispuesto a hacerles todo el honor que le fuese posible y a regalarlos de cuanto él traia. Y en fin que viesen que en cuanto habia pasado de sus tierras, ni aun una espiga de trigo se habia cortado, ni cogido un grano de su maíz ni cosa alguna de sus bienes.

Depuesto con esto todo el recelo contra el buen ánimo del Gobernador, los araucanos, teniendo noticia se acercaba ya, salieron en tropas y cuadrillas como a porfía de quien llegaba primero a cumplimentar al toqui español y a conducirlo al alojamiento prevenido. El Marqués, por su parte, mostrábales sumo agrado y afabilidad y mostrando hacer aprecio

de su nacion, les honraba con todas las ceremonias de honor que ellos usan. Sentó a su mesa y a su lado aquel dia los mas principales de ellos, dióles diversos bocados de su plato y a beber en su misma copa, lo que observó el Marqués todos los dias que duró este congreso. Por momentos se aumentaba el número de los indios que venian a dar la paz, pero el mayor número fué la víspera y el dia aplazado. Mas de mil y cuatrocientos eran a esta hora. Todos ellos muy galanes con los uniformes de nuestros soldados muertos y con los vestidos que habian cogido en las ciudades destruidas, pero todos desarmados.

En esto, un araucano mal intencionado, que, llevado a Lima y vendido allá con los otros que mandó don Francisco Laso por esclavos, habia escapado, se presentó al campo español y pidiendo audiencia entró a decir al Marqués que aunque se habia huido de los españoles, pero que no les podia perder el amor que les tenia y que así le avisaba que las paces que le pedian los araucanos eran fingidas. Procuró apoyar su dicho con algunas relaciones que hizo, que pusieron en algun cuidado al piadoso Gobernador. En otro ánimo que el suyo hubiera desconcertado todo, porque puesto el dicho de este indio en consejo de guerra, los oficiales creyendo al calumniador de su propia nacion, que median por su ánimo doblado, fueron de parecer de acabar con todos aquellos y seguir por las tierras de ellos pasando todo a sangre y fuego; pero el Marqués moderó esta tirana resolucion con mandar asegurar aquel indio, hasta ver el desengaño y averiguar la verdad, que este mismo dia se sacó en claro y se hizo patente esta mentira de cuanto habia depuesto por las relaciones mismas que habia fingido para hacerla creíble.

No se les ocultó esto a los ulmenes y vinieron al Marqués a pedir al malhechor, calumniador de la patria y enemigo del bien comun, para castigarlo como merecia y hacer un ejemplar que contuviese a cualquiera otro que pudiese venir con mala intencion; pero el Marqués abogó por él e interpuso su respeto y no lo soltó hasta que no le dieron palabra que no le harian nada. Esta noticia, aunque convencida de falsedad, sirvió al Gobernador para usar de mayor cautela y vigilancia. Mandó salir todas sus tropas, ordenando que se formasen de modo que dejasen en medio del ejército por todos lados las cuadrillas de los araucanos que venian a concertar la paz. El Marqués, que luego se impuso que de esto podian recelarse los araucanos, procuró prevenirlos y desvanecer toda sospecha que podia nacer en sus pechos de esta prudente precaucion. El tenfales ya tan cautivados que dieron entero asenso a sus protestas y aunque vieron marchar las tropas, ocupar todos los lugares y cercarlos a todos, no dieron la mas mínima señal de miedo o flaqueza o alteracion en sus semblantes, ni el menor amago de retirarse. En suma, esta fué una prueba la mas evidente que ellos hasta aquí hayan dado de su valor y sincerided con que procedian en este negocio.

Cuando el Marqués se mostraba satisfecho de la sinceridad de los araucanos, sus tropas empezaban a murmurar de su credulidad. La murmuracion se fué haciendo como general y de la murmuracion contra el Marqués pasaban ya algunos a concitar los ánimos de los otros, para derrotar a aquellos desarmados araucanos diciendo unos: «éstos son gente sin

palabra, necio, quien da crédito a su dicho. De ellos no se puede esperar permanencia en lo que prometen; ahora que los tenemos seguros demos en ellos. Dése la voz a los auxiliares para que los embistan y nosotros acudiremos en su ayuda»; y a este tenor sembraban centellas por todo el campo, a las que si no ocurre con tiempo el Gobernador con un fuerte y resuelto razonamiento y amenazando con los mas severos castigos, el estrago de aquella gente se venia a efectuar sin tener la mas mínima culpa el Marqués. No fué poco, dicen los escritores de este tiempo y que se hallaban en el mismo campo, lo que tuvo el Marqués que trabajar para contener sus tropas que no cometiesen este atentado.

El Gobernador que siempre hacia preceder la religion y piedad a sus acciones, hizo, apénas llegado este dia célebre, que todos los sacerdotes de su comitiva ofreciesen a Dios el sacrificio de aquel dia por el buen éxito del negocio que se iba a tratar. Dió las órdenes competentes para que todos oyesen la santa misa en aquel dia memorable, y él precedió a todos con el ejemplo oyendo las dos primeras que se celebraron al venir el dia, comulgando con singular devocion y edificacion de todos. Cuando todos cumplieron con lo que era de Dios, mandó el Marqués a su maestre de campo y sargento mayor con sus tropas formasen dos escuadrones hasta el lugar del congreso, dejando en el medio una calle. La caballería mandó guarneciese los costados de entrambos.

Dispuesto todo de esta manera, empezó a salir el Marqués de su alojamiento con su comitiva de ciento y cincuenta capitanes, de maestres de campo reformados y los religiosos de la extincta Compañía de Jesus. Precedian esta comitiva sesenta y cinco ulmenes, entre los cuales se distinguian *Lincopichun*, *Antuguenu*, *Liencura*, *Chicaguala*, que era hijo de una señora española muy principal, y *Guaquillauquen*. A la salida fueron saludados de una descarga de la infantería, y al llegar el Marqués a los escuadrones enemigos, que tambien estaban formados aunque sin armas, fué tambien saludado de todos ellos cortesmente, a lo que él respondió con su acostumbrada benignidad. Llegado al lugar, que era una gran ramada, se apeó el Marqués con toda su compañía y los ulmenes dichos y entró con ellos a la ramada, quedando de guardia las tropas repartidas en sus puestos y con las armas prontas.

Sin etiqueta por el puesto de ambas naciones ni del que competia a cada uno, tomaron todos asiento, de una banda los españoles y de otra los araucanos. Iba a hablar en nombre del Marqués el capitan don Miguel de Ibancos, lengua general del Reino, cuando se levantó Antuguenu trayendo en la mano un ramo de canelo y en nombre de su nacion dijo con suma gravedad y elegancia que su costumbre o *admapu* pedia, antes de capitular y asentar cualquier pacto o concierto de paz, matar ovejas de la tierra o *chiliguegues*, sin lo que no quedarian fijas las paces que se iban a ratificar en aquella junta, y, haciendo esto, ninguna de las partes podria en tiempo alguno reclamar contra lo que allí se concluyese; porque aquellos brutos animales despues de muertos serian de un vivo ejemplar de lo que deben observar los que se juntaban a semejante accion. Corroboró mas su razonamiento añadiendo que así como aquellos animales estaban de tal modo rendidos y quietos y testificaban con su

sangre derramada que no se podian ya mover ni apartar de aquel lugar; así ambas naciones no habian de apartarse ya ni volver atras de lo que allí se prometiese, ni faltar a la fidelidad debida a los solemnes pactos, y que por su parte y de su nacion él protestaba que no se apartarian los araucanos, aunque fuese necesario derramar la sangre de sus venas y perder la vida: lo que él y toda la nacion araucana se prometia de la española. El Marqués por medio de su intérprete celebró mucho este breve razonamiento de Antuguenu, aprobó las ceremonias é hizo la misma protesta. Con esto Antuguenu hizo traer delante de sí veintiocho de estas ovejas y levantándose uno de los toquis, de un feroz golpe que descargó sobre la cabeza de una, la dejó muerta a sus pies, y lo mismo fueron haciendo los otros apo-ulmenes y ulmenes. Si la oveja no caia al primer golpe muerta se levantaba otro ulmen y le daba el segundo con que la extendia en el suelo. Los otros que no mataban corrian luego a abrirles el pecho para sacarles el corazon, con cuya sangre rociaban el ramo de canelo que tenia en mano *Antuguenu.*

Concluida esta ceremonia, se sentaron todos al rededor de las ovejas muertas y comenzaron a tratar y conferir sobre los artículos entablados de la paz. Lincopichun, instrumento principal de estas paces, tomó la mano para proferir en presencia de todos un discurso el mas apropósito en todas sus partes y razones que podia formar el mas culto orador. Puso por base de su discurso la necesidad que tenian ambas naciones de reconciliarse; a los suyos puso delante la disminucion en que se hallaban de individuos, la privacion de sus bienes y destierros en que estaban de sus tierras; a los españoles trajo a la memoria todas las derrotas que habian tenido de ellos desde la de Valdivia por Lautaro hasta las destrucciones de las ciudades una por una, haciéndoles ver los excelentes capitanes que habian perdido y los valerosos soldados que habian quedado muertos en los campos; a unos y otros hizo ver los bienes corporales y del ánimo que trae la paz, como tambien los peligros y daños y afanes en que pone la guerra. Recordaba a los suyos la quietud con que gozaban de la fertilidad de sus tierras antes que entrasen en la guerra, y a los españoles ponia delante el mucho oro y plata que podian gozar no hostilizando su nacion, y, en suma, no omitió motivo alguno de los que podian incitar ambas naciones a la paz, de donde infirió que a ambas ella era no solo conveniente sino aun necesaria. Apenas sacó de su discurso bien fundado esta consecuencia, que todos los toquis, apo-ulmenes y ulmenes y aun sus familiares aplaudieron su juicio y en voz alta uniformemente clamaron *paz, paz.* El Marqués hizo tambien que su comitiva aclamase la paz a un mismo tiempo con él. Pasó de aquí Lincopichun a proponer las condiciones bajo las cuales su nacion recibia la paz, que, guardadas ellas por parte suya, seria perpétua. Primera, que ellos debian componer un pueblo libre y no ser precisados a servir a español alguno. Segunda, que debian ser considerados como aliados de la España. Tercera, que el rio *Biobio* fuese el límite de ambas naciones por donde ninguno de ellos deberia pasar armado. Y concluyó que ellos estaban prontos a aceptar las condiciones que quisiese proponer la nacion española, como ellas no fuesen contrarias a las expresadas ni muy gravosas.

El Marqués, en nombre de Su Magestad, admitió las dichas capitulaciones, añadiendo de parte nuestra, lo primero, que debian entregar todos los cautivos de la nacion española que habia entre ellos, como él haria con los de su nacion aun de aquellos que estaban del otro lado del mar. Lo segundo, que no debian dar acogida a los enemigos de España en sus tierras y dar ayuda cuando se les pidiese, como él tambien prometia darles cuando la necesitasen. Lo tercero, que ellos debian volver a sus tierras dentro de seis meses y no intentar cosa alguna contra las poblaciones de españoles que habia en los confines. Lo cuarto, que se le debia entregar el cráneo del Gobernador don Martin García Oñez de Loyola de que se servian en sus fiestas por escarnio de la nacion española. Lo quinto, debian recibir padres que predicasen el Evangelio y tratarlos bien. Lo sesto, que le debian dar algunos personajes suyos en rehenes por los seis meses de plazo que les daba para el entero cumplimiento de las capitulaciones, que estos serian tratados bien y no tenidos en prision sino sueltos en la ciudad de la Concepcion. Como ya estaban ventiladas con los ulmenes todas estas condiciones merecieron la aprobacion de todos. Se ratificaron con el juramento de ambas partes, e inmediatamente se levantaron los toquis, apo-ulmenes y ulmenes y abrazaron al Marqués y a todos los de su comitiva, y los que hasta entonces habian estado separados se incorporaron unos con otros y diéronse los plácemes por aquella feliz reconciliacion. Antuguenu impuso silencio a todos y quedando él solo en el medio con su ramo de canelo, comenzó un elocuente razonamiento sobre los bienes y ventajas que aquella paz hecha habia de traer a una y otra nacion. No es fácil explicar la facundia y energía con que habló este bárbaro. Expuso con tal claridad lo capitulado, declaró lo justo de las condiciones de ambas partes y lo apoyó con tales razones, figuras y tropos, que todos tuvieron que admirar y se sintieron conmovidos, particularmente cuando hizo la pintura de la sangre derramada por ambas partes. De allí pasó a hacer la funestísima que presentaban sus campos, para hacer sobresaltar mas lo que harian dentro de poco por medio de esta paz. «Todo será, decia, abundancia, todo será felicidad, todo alegría y contento, y concluyó, felices nosotros que la hemos sabido buscar y mucho mas felices seremos si sabemos conservar esta paz y la dejamos en herencia a nuestros hijos y venideros que disfrutarán de sus bienes mas copiosamente que nosotros.» Diciendo esto se fué al Gobernador y le presentó el ramo de canelo, que recibió con las mayores demostraciones de aprecio y veneracion. Repartió despues entre los españoles las ovejas muertas, con lo que creyendo el Gobernador se habia concluido esta funcion que ya llevaba mas de tres horas y media, se levantaba cuando vió le presentaban veintidos cautivos espanoles, con lo que se confirmó mas en la sinceridad con que aquellas gentes daban las paces.

El Marqués convidó a su mesa a los toquis y apo-ulmenes y sus oficiales, a los otros ulmenes que ordenó tratasen con todo honor, como hizo él con los suyos, y de sobremesa los regaló copiosamente, y mandó con sus pajes a los otros ulmenes de los mismos regalos. Estos le correspondieron con los que ya traian prevenidos, y mostrándose muy satisfe-

chos del ánimo del Gobernador se retiraron aquel mismo dia a sus casas. El Marqués quiso honrarlos hasta lo último, mandando se les hiciesen los honores militares y se les saludase con una bien concertada descarga, teniendo ya conocido lo mucho que ellos se prendaban del honor que se les hacia.

Al siguiente dia de esta fausta fiesta siguió su marcha el Marqués, y llegado a Repocura halló juntos otros treinta ulmenes, y requeridos por la causa de no haber llegado a *Quillin* a celebrar las paces con los otros, respondieron que no eran menos que Antuguenu y que pues él habia tenido el honor de hacer las paces en su tierra, ellos en las suyas querian tambien se celebrasen. El Gobernador, que en todo lo que no se oponia al servicio de Dios y del Rey se mostraba condescendiente con los araucanos, dióles la razon y las celebró aquel mismo dia con las mismas ceremonias y capitulaciones que el dia antecedente en Quillin.

Aquí tuvo aviso el Marqués que en *Cagten* lo esperaban mas de sesenta y tres ulmenes para celebrar tambien ellos las paces. Encaminóse allá con su campo, haciéndole no pocos de los ulmenes ya amigos compañía. Al descubrir aquella hermosísima vega llenóse de consuelo el piadoso corazon del Marqués al ver la multitud de gente que se ocupaba en cultivar el terreno; hombres, mujeres y niños discurrian por las sementeras de trigo, maíz y demas legumbres, lo que no se habia visto la primera vez que llegó allí; porque con solo la suspension de armas que habia habido en tanto se capitulaban las paces y persuadidos de su establecimiento con las contínuas nuevas de las buenas intenciones del ánimo del Marqués, se habian todos dedicado a su antigua agricultura, y hallando todo dispuesto, concertó con dichos ulmenes la paz afianzándola con las mismas ceremonias que en *Quillin*.

El Marqués que no se olvidaba en medio de tantos afanes de su piedad cristiana, entrando en la destruida *Imperial*, mandó primero erigir un altar con la suntuosidad que le permitian las circunstancias para dar gracias al Altísimo por la conseguida paz. Celebróse esta funcion con el aparato de cajas, trompas y clarines, dando alma a la devota funcion la presencia del Marqués con toda la oficialidad y caballeros de su comitiva y los cautivos españoles que se colocaron inmediatos al altar en que estaba colocado un devoto Crucifijo que se habia salvado de las ruinas de aquella ciudad. Concluida la funcion con no pocas lágrimas de los asistentes españoles y suma admiracion de los araucanos, dió el segundo órden el Marqués, que fué se buscasen los huesos del ejemplarísimo pastor Iltmo. señor don Agustin de Cisneros que habia sido obispo de aquella ciudad, y enterrado en ella dos años antes que fuese sitiada por los araucanos; y aunque otra vez se habian buscado, esta quiso Dios aun en esto contentar el piadoso ánimo del Marqués, porque se mostraron luego dentro de la caja en que habia sido puesto su cadáver.

Con este venerable despojo y algunos mas cautivos que allí le entregaron, se volvió triunfante el Marqués a la Concepcion, adonde fué recibido con aclamacion general. Los cautivos fueron llevados en procesion a la Iglesia de N. S. de las Mercedes, adonde con todo el pueblo dieron de nuevo gracias a Dios por su adquirida libertad, y las cenizas del ejem-

plar pastor se depositaron en la Catedral, donde el Rmo. e Ilmo. Señor don Diego de Zambrana con sus prebendados, canónigos y toda su clerecía les hizo unas suntuosas exequias.

A poco tiempo de llegado el Marqués a la Concepcion le dieron los araucanos otra prueba de su sincera reconciliacion, porque vinieron a esta ciudad cincuenta ulmenes trayendo consigo sesenta cautivos españoles, y entre ellos a la pricipalísima señora doña Aldonza de Castro, por cuya libertad se habian hecho poderosas diligencias, sin haber podido vencer el ánimo del ulmen que la tenia. Vinieron tambien entre éstos ocho mujeres españolas. Cada dia tenia pruebas de esto el Gobernador, porque continuamente llegaban nuevos cautivos redimidos, de modo que los que al principio no creyeron que los araucanos iban de buena fé en las capitulaciones de paz, ahora se persuadian de la verdad y tenian esto por una amorosa disposicion de la Divina Providencia que se habia compadecido así de los trabajos que padecian los cristianos cautivos, como de los mismos indios que empezaban a mostrar gusto de la religion cristiana que los zelosos misioneros empezaron desde luego a predicarles.

Hecha la cuenta y cómputo de los indios de armas que redujo a la paz la buena manera del Marqués son 19,850, y regulados unos con otros a seis por familia, que es lo ménos que se puede dar, porque habia araucano que tenia ocho mujeres, y no pocos diez, son por todos 119,100 almas y mas de cuatrocientos los cautivos, de los cuales si quedaron algunos, no fué culpa de los araucanos, sino de ellos que bien hallados con las costumbres gentílicas, no quisieron salir ni dejarlas. Ninguno se admire de esto, porque es propio de la condicion humana contentarse de la infelicidad y miseria a trueque de no resistir a la brutal pasion. En las mujeres que se veian desfloradas y habian servido o de grado o de fuerza, a los araucanos de concubinas fué mas notable esta resistencia, prevaleciendo en ellas el puntillo al amor de sus almas. Este fué uno de los principales frutos de los misioneros el reducirlas a salir, como lo consiguieron con muchas. Todos los indios que habian dado las paces volvieron inmediatamente a sus tierras y las provincias se vieron luego pobladas, las tierras cultivadas y un comercio mútuo entre los individuos de ambas naciones, como que nunca se hubiesen odiado.



XIII

OTROS SUCESOS DEL GOBIERNO DEL MARQUÉS

Apenas concluídas las paces y probados los efectos de ellas, dió aviso a la Çorte de todo lo practicado, pidiendo a Su Magestad mil hombres para reedificar las ciudades destruídas; porque éste, decia el Marqués, era el medio mas eficaz para solidar aquellas paces y concluir con la conquista de aquel Reino. Fueron vistas en el Consejo de Su Magestad las capitulaciones y ponderada la importancia del medio que proponia el Marqués. Aquellas fueron al punto aprobadas y el socorro se le hubiera enviado si las revoluciones de Cataluña y Portugal hubiesen dado lugar a ello. Entretanto el Marqués procurando con todo celo cultivar la paz, hacia guardar rigurosamente las capitulaciones. Quedábale solo el Toquiato de la cordillera por pacificar y él ponia todos los medios para traerlos a la paz. Valíase de los ulmenes amigos, por los cuales les hizo saber sus buenas intenciones; y no queriendo rendirse a capitulaciones tan discretas, hizo que estos les declarasen la guerra, y él mismo resolvió entrar en sus tierras, llevándolas a sangre y fuego; pero siendo esto contrario a su genio y una máxima que irritaba mas a aquella gente, se contentó con que los mismos araucanos, ya haciendo la guerra a los otros, ya reduciéndolos con sus razones, les fuesen trayendo a la reconciliacion, por partidas, aquellos duros corazones.

El Gobernador que se tenia ganados los ulmenes de Arauco, Puren, Ilicura y hasta la Imperial, se prometia vencerlos por medio de estos. En efecto, ellos usaron todos los medios de su persuasion para traerlos a la reconciliacion, y no pudiéndolo obtener a buenas, se determinaron coger las armas contra ellos. El Gobernador fomentaba este pensamiento, pero nunca quiso que los suyos, esto es, los españoles, emprendiesen cosa alguna contra tales indios. Los ulmenes enemigos entraron en sus tierras y trajeron por fruto de su empresa mas de mil indios que pedian la paz y diez y nueve cautivos españoles. Aquellos puso el Gobernador

entre Biobio y la Laja, porque allí estaban defendidos del fuerte de Angol y mas concertados en terreno de los araucanos amigos.

En medio de estos contínuos regocijos en que se hallaba el Marqués tuvo dos sinsabores El primero, saber que de España no se le podia mandar el socorro que habia pedido para la reedificacion de las ciudades; y el segundo y mas principal, la nueva circunstanciada que trajo el P. Domingo Lázaro de la Compañía de Jesus de la llegada de Enrique Brun a seis de Mayo de este año de 43 al Archipiélago, donde llevaba hechos algunos daños; porque ancorado en el Puerto del Ingles, 20 leguas del de Carelmapu, con tres navíos, una barca y un patache saqueaba todas las islas con una suma impiedad, y con sacrílega mano no perdonaba ni las iglesias, ántes bien parecia que con éstas y las sagradas imágenes tenia mayor rabia; porque no solo saqueó las iglesias; no solo las quemó, sino que profanó; los vasos sagrados rompíalos, derribó las cruces, alanceó los santos y cometió contra ellos los mayores excesos de impiedad a que pueda mover la obstinacion de la herejía.

El maestre de campo del archipiélago se hallaba sin fuerzas para oponerse a los intentos de este furioso enemigo; sin embargo, haciendo una emboscada de seis españoles y ocho indios, sorprendió algunos de su tripulacion, lo cual sirvió para irritar mas el ánimo de Brun. Este, al dia siguiente de este hecho imprudente, mandó una nave a Carelmapu, que era entónces el puerto principal nuestro, y hallando en él una nave cargada, la quemó, hizo un desembarco de algunos mosqueteros y mató no pocos de los nuestros, sin perdonar género alguno de crueldades que no cometiesen en el que podian haber a las manos. La presa de aquellos holandeses, que tanto irritó el ánimo de Brun, sirvió para saber individualmente el estado de sus fuerzas y las intenciones que traia, porque de ellos se supo, particularmente de un tal Juan Antonio, natural de Velduque, que habian salido de Pernambuco con Enrique Brun, Gobernador que era del Brasil, con gran número de pertrechos de guerra, gente de desembarco, toda especie de artífices y aun materiales para edificar. Entre los pertrechos de guerra se contaban noventa y dos piezas de artillería, de las cuales treinta y cuatro eran de bronce y cincuenta y ocho de fierro, que a esta proporcion eran las armas de fuego, las picas, la pólvora, las balas, como tambien las palas, azadones, picos, hachas y fraguas; que ántes de llegar al archipiélago habian perdido una urca en que traian mucha parte de dichas municiones y los víveres; con lo que se les habia acortado a todos notablemente la racion. Que cuando salieron del Brasil ninguno sabia el destino, sino solo su general, el cual, llegado al puerto donde estaba ancorado, habia abierto un pliego del príncipe Mauricio, en que le daba órden de apoderarse del puerto de Valdivia; que con aquella gente diese principio a la posesion de puerto tan deseado, y que viéndose bastantemente fortificado, despachase dos navíos con solo la tripulacion necesaria para coger siete mil hombres que le estarian preparados en el Brasil para que fuesen a ayudarlos y a hacerlos inexpugnables.

El Marqués con esta noticia tan individual que le dió el dicho misionero, el cual posponiendo todo temor de un mar tempestuoso y no ha-

ciendo caso del peligro de ser cogido del enemigo, se botó en una piragua por dar este importantísimo aviso, mandó luego reclutar sus tropas con resolucion firme de ir por tierra a desalojar el enemigo. Pero ántes de eso determinó mandar al señor Virey, entónces el Marqués de Mancera, solicitando al mismo tiempo socorro de armas y gente para defender los puertos de su jurisdiccion. El tiempo era el mas crudo y riguroso del invierno y en que los mares de Chile son bastante borrascosos. En sus puertos no habia embarcacion grande alguna en que fuese el nuncio de esta nueva ménos expuesto al peligro de la vida. La prudencia dictaba no obligar a ninguno que se expusiese a tanto peligro, como era echarse en mar alta en una barca, que era lo único que podia hacerse. Por tierra se necesitaba mas de un mes para llegar a Lima. En esta solicitud e inquietud en que se hallaba el Marqués, su maestre de campo don Alonso de Villanueva Soberal se presentó animoso a aquella empresa y el mismo misionero, que, no satisfecho del importante servicio que habia hecho a la Corona, quiso realzar su mérito con este viaje peligroso. Celebró grandemente el Marqués el ánimo de ambos, y provistos de cuanto podian necesitar, el mismo mes de Mayo se hicieron a la vela para el Callao, a donde favoreciéndolos Dios llegaron felizmente ántes que acabase dicho mes. El Virey, con el aviso que éstos le dieron, con toda puntualidad y presteza despachó en un dia diez navíos a diferentes puertos con armas, gente y pólvora y toda especie de municiones, con órdenes al Gobernador de Chile de estar pronto a acometer por tierra al enemigo cuando llegase al puerto de Valdivia la escuadra que quedaba preparando para que lo combatiese tambien por mar.

El Gobernador con este socorro puso sus puertos en buen estado de defensa y aunque consideraba que la escuadra no podia tardar, segun la actividad con que suponia la alistaba el excelentísimo señor Virey, quiso explorar ántes el mismo puerto de Valdivia, para lo que mandó veinte valerosos soldados en una barca, los cuales entrando por el rio, hallaron todo deshabitado y volvieron con esta respuesta. Con esto el Marqués suspendió de entrar con su gente por tierra, como tenia concertado con el señor Virey.

El príncipe Mauricio no lo habia discurrido mal y su proyecto no era ménos que hacerse señor de todo Chile y del Perú y de allí quedar dueño de todas aquellas costas hasta Panamá y extender su dominio a las de México y Filipinas, y hubiera quizas llegado a gran parte de esto si los araucanos no hubiesen frustrado estos sus designios: porque habiendo llegado sus tropas a la boca del rio Valdivia comenzaron a levantar tres fortificaciones; en la isla que llamaban de Constantino y ahora de Mancera, pusieron hasta noventa piezas de artillería; pero apurándolos la hambre, porque habiendo sacado de Chilué pocos víveres con la confianza de obtenerlos de los araucanos, ya se les iban acabando, y procurando de todos modos se les diesen éstos, no lo pudieron conseguir. Antes bien, cada dia de los que se internaban en solicitud de éstos en sus tierras volvian ménos, porque los recibian con sus lanzas. Con esto el nuevo almirante, que era entónces Elvio Armans,[1] por haber muerto en el archi-

1 Elias Herckmans.

piélago Enrique Brun, resolvió encerrar toda su gente dentro de la isla de Constantino para aguardar el socorro del Brasil; mas, viendo que morian muchos, que el socorro tardaba y no podian estar muy léjos los españoles, a los tres meses de haber estado allí, se vió obligado de levantar anclas y desocupar el puesto.

Aquí se probó no ménos el acertado manejo del Marqués en concluir las paces con los araucanos que la sinceridad con que estos las habian dado. Si el Marqués a este tiempo no hubiese concluído las paces, los araucanos no se hubieran opuesto al enemigo, ántes bien lo hubieran recibido con tanto mayor gusto cuanto que ellos les ofrecian bocas de fuego para hacer la guerra a los españoles; pero ellos no se rindieron a las infames proposiciones del holandes; ántes bien, guardando una fiel observancia de las capitulaciones, en que sabiamente habia sentado el Marqués que no debian dar acogida en sus tierras a los enemigos de Su Magestad, no solo no socorrieron al necesitado holandes, sino que lo hostilizaron, con lo que sin ser preciso perder un hombre de nuestras tropas, ellos tuvieron que abandonar el país. De lo que yo concluyo, como dejo dicho, que toda la gloria de haber frustrado los designios del Príncipe Mauricio se debe a la sábia conducta del Marqués de Baides con los araucanos, mediante la cual los indujo a una paz verdadera, como se prueba de este hecho que ellos hicieron sin haber sido solicitados por él. Bastaba ciertamente al holandes que los indios de la comarca de Valdivia le hubiesen en este caso dado víveres para que él se hubiese hecho fuerte en aquel ventajosísimo puesto; pues para defenderse de nuestra armada tenia sobrados pertrechos de guerra, y a lo ménos para desalojarlo era preciso sacrificar mucha gente, la cual por tierra, estando en guerra con los araucanos, hubiera sido, sino imposible, muy difícil y muy tarde el conducirla hasta allí.

Poco despues que los holandeses habian desamparado el puesto, llegó al puerto de Valdivia nuestra armada, que era compuesta de diez navíos bien montados, donde iban mil y doscientos soldados mandados por don Antonio, hijo del Virey. Llegó felizmente en cuarenta y seis dias, y no hallando oposicion alguna, fortificó la isla de Constantino que desde entónces acá se llama de Mancera, aprovechándose de los materiales que habia dejado el enemigo, y dándole seiscientos hombres para su defensa y dejando el cargo de todo esto y de levantar otros fuertes al maestre de campo don Alonso de Villanueva, se retiró al Callao. Con esto el Marqués disfrutando de una perfecta quietud, mandó pobladores a la antigua ciudad en el mismo sitio que la habia puesto el conquistador, enviando al mismo tiempo cuatro jesuítas para lo espiritual de aquella gente y la conversion a la fé de los araucanos, como ordenaba el señor Virey.

Los otros dos años que duró su gobierno lo pasó en fomentar la paz con los araucanos, reprimiendo a los comandantes de las plazas y soldados para que no hiciesen con ellos la mas mínima extorsion, lo que sabiendo ellos era para su señoría un delito irremisible, se abstuvieron de inícuas pretensiones, como habian tenido en los gobiernos antecedentes.

No contento con esto, el Gobernador procuró siempre regalarlos y honrarlos. Con estos medios no se notó la mas mínima conmocion en los

araucanos, sino una suma tranquilidad, en la que entregó el Reino a su sucesor don Martin de Mujica, caballero del hábito de Santiago, y él regresó para España a donde no pudo llegar por haberse incendiado la nave en que iba, viendo ya las costas de su amada patria, donde ciertamente hubiera sido recibido con el aplauso y con el premio que dignamente se merecian sus relevantes méritos y servicios hechos a la corona. Salvóse en el batel un hijo suyo que lo habia acompañado en Chile, adonde quiso volver para vestir la sotana de jesuíta, posponiendo la honrosa cruz de San Juan al ménosprecio que lleva consigo el hábito religioso, y los gustos y regalos de su opulenta casa, por la pobreza y miseria en las misiones de Chile, adonde despues de raros ejemplos de humildad y de zelo de la conversion de los araucanos a la fé católica, dió su alma a Dios en muy avanzada edad.



LIBRO DÉCIMO

SÉRIE DE LOS GOBERNADORES DE CHILE

CON UNA

COMPENDIOSA NOTICIA DE SUS HECHOS

I

GOBIERNOS DE DON MARTIN MUJICA Y DE DON ANTONIO DE ACUÑA

Don Martin de Mujica, inmediato sucesor del Marqués, sea que él fuese inclinado por su naturaleza a la piedad y humanidad, o que teniendo alta estima de los talentos grandes de su antecesor, se dirigiese por sus importantísimas instrucciones en órden al tratamiento que debia darse a los araucanos y a los oficiales y ciudadanos, que le habia dejado para gobernar con acierto y sin inquietud; ello es cierto tuvo la misma conducta que el Marqués con unos y otros, esto es, de agasajar a los araucanos, de honrarlos y defenderlos de las prepotencias, así de los comandantes como de los ciudadanos. Renovó las paces con ellos con las mismas ceremonias que el Marqués de Baides, bajo las mismas principales condiciones, y no habiendo ni de una ni de otra parte quejas de falta de cumplimiento en alguna de ellas, se ratificaron de nuevo. Con esta conducta constantemente guardada hizo que su gobierno todo el tiempo que él duró, que fué por ocho años, fuese quietísimo, y hubiera sido felicísimo si Dios no hubiese mandado el 13 de Mayo del primer año de su gobierno un grande terremoto, que destruyó gran parte de la ciudad de Santiago, en la que anualmente se hace memoria de este azote de la ira de Dios. No obstante esto, el Reino con la paz se iba aumentando grandemente, así en lo temporal como en lo espiritual. Instituyéronse en tiempo de este Gobernador muchas misiones a cargo de los religiosos de la Compañía de Jesus, los cuales a manos llenas cogian los frutos de sus sudores en bautismos de muchos araucanos y en el buen arreglo de las costumbres de los españoles. Concluído su gobierno, no quiso retirarse del Reino sino acabar en él sus dias, dando a Santiago con su ilustre sangre nuevo resalte a la nobleza que puebla esta ciudad con una copiosa descendencia.

¿Quién con esto no se debia prometer que el sucesor de don Martin no supiese conservar y llevar adelante esta paz, que tanto contribuia al

adelantamiento del Reino? Pero ello no fué así, porque don Antonio de Acuña que le sucedió inmediatamente, probó una de las guerras mas terribles que ha experimentado el Reino. Los manuscritos de estos tiempos nos dan por motivos de esta guerra que conociendo los araucanos lo poco apto de este Gobernador para ella, los resolvió a tomar las armas. Pero yo, si he de decir lo que siento, malicio que con esto quieran estos escritores poner un velo a la verdadera causa de ella; porque estos, sin haber experimentado su valor y conducta, no podian moverse a una resolucion que no saliéndoles justa en sus inferencias, debia salirles muy adversa. Dígase que las extorsiones que en este gobierno empezaron a sufrir de los españoles, y la indolencia del Gobernador o su tolerencia fueron la causa de esta funestísima guerra. Existian aun aquellos mismos oficiales que habian llevado malamente estas paces, porque con ellas se les quitaba el señorío que ejercitaban en los prisioneros. Si querian tener criados era preciso que los pagasen. No habia otro remedio para tenerlos que precisarlos a la guerra, o con el sufrimiento del sufrido araucano entrar en posesion de lo perdido, y así a mi juicio los españoles fueron los que faltaron a las capitulaciones, y llegando ellos con la inaccion de don Antonio de Acuña a tocar en la libertad de este indómito pueblo, él para precaver el duro yugo de la servidumbre a que aspiraban reducirlos los españoles, ya que el Gobernador no oia sus instancias, se determinaron con las armas a hacer valer los derechos de su libertad.

Los araucanos eligieron por su general al toqui *Clentaru*, que lo era hereditario de *Lauquen-mapu*, y en quien hallaban todas las condiciones para esperar dél el mas feliz suceso de sus armas. Clentaru convocó, por Febrero del año 1655, luego a los purenes y los de Ralquegen y hallándolos prontos dió inmediatamente contra la plaza de Arauco, que, desprevenida y descuidada, no le pudo resistir. De allí pasó a la mision e hizo prisioneros a los dos misioneros, que despues se cambiaron en Valdivia por ulmenes que los nuestros cogieron despues. Llegada esta noticia, salió el Sargento mayor del Reino con las tropas que se pudieron juntar, pero encontrándose con Clentaru, este lo derrotó tan enteramente que no quedó uno que refiriese las circunstancias de esta batalla. En consecuencia de esta victoria se siguió la presa de *Colcura*, *San Pedro*, *Talcamavida* y *San Rosendo*, llevándose infinitos prisioneros de uno y otro sexo y algunos eclesiásticos seculares y regulares, que fueron no poca ayuda para los cautivos cristianos en las necesidades espirituales. Acometieron tambien al fuerte de *Boroa*, pero aquí hallaron resistencia tal que no pudieron apoderarse de él.

El mismo Acuña quiso salir en persona, pero él probó en los llanos de Yumbel la gran fuerza del araucano con una casi total derrota de sus numerosas tropas, de modo que desesperado de poder defender la fortaleza de Buena Esperanza, se retiró con mas de tres mil personas, así de la guarnicion, resíduos de su derrotado ejército, como de los que se habian acogido de las haciendas vecinas a dicha plaza. Con esto mas jactancioso Clentaru arrasó la dicha fortaleza, destruyó la de San Cristóbal y pasó a quemar la ciudad de Chillan.

II

GOBIERNOS DE DON PEDRO PORTER Y CASANATE Y DE DON FRANCISCO MENESES

En este mismo año dejó de gobernar el Reino, o por muerte suya o porque le llegó el sucesor, don Pedro Porter y Casanate, quien al primer año de su Gobierno pudo obtener hacer la paz con los del partido de Buena Esperanza, con lo que pudo reedificar la fortaleza, volver a ella los pobladores y estos a cultivar sus tierras, que estaban sin ganados ni bestias de servicio porque se las habia llevado todas el araucano. Esto fué lo único señalado de su gobierno, porque en lo demas tuvo la misma infelicidad de Acuña, sin haber podido dar derrota al Araucano que lo obligase a doblar su altiva cerviz, la cual parece que de dia en dia se hacia mas altiva y orgullosa, saliéndole bien a Clentaru cuanto emprendia. En todo este tiempo él se redujo a hacer diversas correrías en el territorio español, volviéndose siempre cargado de copiosos despojos de toda especie de ganados y bestias.

Sucedióle don Francisco Meneses, noble portugues y de muy acreditada conducta en los servicios que habia hecho a la Corona de Castilla, y, en fin, el sugeto que para las infelices circunstancias en que se hallaba el Reino se juzgó el mas apropósito para pacificarlo y restablecer lo perdido en tiempo de Acuña. En efecto, él correspondió a las ideas que se habia propuesto la Corte en darle el mando del Reino de Chile. Luego que entró en posesion del gobierno empezó a tratar de condiciones de paz con Clentaru, las que este no oyó con desprecio; pero orgulloso con sus victorias, salió pretendiendo que, supuesta su libertad e independencia, se debia deponer el pensamiento de reedificar las ciudades destruidas y que en su lugar se debia en la capitulacion poner no reedificar ninguna de las fortalezas por él destruidas, antes bien las que aun quedaban en pié de la banda austral de Biobio se debian destruir. No creyó honor suyo don Francisco de Meneses admitir la paz con tan denigrati-

va condicion. Usó de la mas fina política para hacer cejar de semejante pretension a Clentaru, y con especiosas razones de que las fortalezas eran necesarias para la conservacion de la misma paz, pues servian para contener a los particulares dentro de los límites de las mismas capitulaciones, y así ellos pudiesen gozar de su amada libertad; en fin, con estas y otras razones los indujo a convenir en las mismas capitulaciones con que las habia celebrado el Marqués de Baides. Era aun muy grata la memoria que conservaban de este humanísimo Gobernador y lo es aun hasta ahora entre los araucanos, y se puede decir que mas por hacer honor a este que por rendirse a las especiosas razones de Meneses, se redujo Clentaru a los mismos pactos; y así en Negrete se celebraron estas segundas paces el año 1665 con las mismas ceremonias que la primera vez.

Esta paz duró mas tiempo, así porque advertidos los gobernadores de la vigilancia con que debian estar sobre observancia de las capitulaciones, tuvieron siempre tirantes las riendas para que no se desmandasen con el araucano, ni oficiales, ni soldados, ni particulares, como porque habiendo en la guerra dicha pagado con su vida los oficiales mal contentos con la paz del Marqués de Baides, los que les siguieron aprendieron a tratar con mayor respeto al araucano.

Don Francisco Meneses, el mismo año reedificó la plaza de Arauco, como la mas importante y que era de mayor sugecion para el araucano, y al año siguiente las de *Puren*, *Colcura* y *Yumbel*, dejando las otras para los años siguientes que aun le quedaban de su gobierno. Pero él no lo pudo ejecutar, porque se embarazó con los Oidores de la Real Cancillería, los cuales negáronse a dar su consentimiento al matrimonio que pretendia hacer con la hija del Marqués de la Pica, como cosa prohibida por las reales ordenanzas, sobre cuya observancia debian ellos velar. La discordia llegó a encenderse de modo que arribaron a la Corte los clamores de estos celosos ministros. Informada la Corte de todo, despidió con plena autoridad de castigar al trasgresor, al Marqués de Navamorcuende.

Meneses, temiendo alguna violencia sobre su persona, con el pretexto de retirarse a su residencia de la Concepcion, partió para ella de Santiago luego que supo la llegada a Valparaíso de este su juez, con ánimo, como dicen, de hacerse fuerte contra él, fiando en la tropa que se tenia ganada con el buen trato que le habia siempre dado. No le dió el Marqués tiempo de turbar el Reino con una guerra civil, porque lo alcanzó en San Francisco del Monte, que está pocas leguas de la capital. Hízole el proceso y aunque no le pudo probar que maquinase alguna rebelion, lo remitió al Perú como infractor de las ordenanzas reales y él tomó posesion de su puesto. Don Francisco Meneses murió en Lima, pero despues de haber tenido la consolacion de haber sido declarado buen ministro, y en Chile queda aun su ilustre descendencia.



III

GOBIERNOS DEL MARQUÉS DE NAVAMORCUENDE, DE DON MIGUEL DE SILVA, DON JOSÉ CARRERA, DON JOSÉ GARRO, DON TOMAS MARIN DE POVEDA Y DE DON FRANCISCO IBAÑEZ.

El Marqués, que cogió el mando del Reino en suma quietud, arreglándose a las sábias instrucciones que dejó el Marqués de Baides, lo mantuvo quieto sin alteracion alguna, y sin haber hecho cosa alguna particular, lo entregó a don Miguel de Silva que le vino por sucesor. Desde este tiempo los Gobernadores asentaron su residencia en Santiago, donde era mas necesaria su presencia por ser ellos juntamente presidentes de la Real Audiencia, y solo se apartaron de ella en caso que amenazaran guerra los araucanos y para presidir a la renovacion de las paces, que todos despues han celebrado con la nacion araucana luego que han entrado al gobierno del Reino.

Don Miguel de Silva mantuvo el suyo del mismo modo hasta que lo entregó pacífico a don José Carrera, el cual observando la conducta misma de su antecesor, no tuvo diferencia alguna con los araucanos. Estos dos últimos, bien hallados con la benignidad de Chile, se establecieron en él, y hoy dia sus familias, que aun existen, honran la ciudad de Santiago.

Don José Garro, que sucedió a don José Carrera, procedió con la misma benignidad con los araucanos; pero, con todo, éstos estuvieron ya en punto de declararle la guerra, porque intentando este gobernador sacar todos los habitantes de la isla de la Mocha, que cae frente de la Imperial como dejo dicho, y ponerlos en el continente, los araucanos creyeron, que esto era faltar a las capitulaciones, y así se preparaban para la guerra, lo cual entendido por Garro les hizo saber que esto lo hacia para ponerlos en lugar seguro de los enemigos de mar, a los que ellos no podian resistir si una vez llegasen a dicha isla, y él y sus sucesores difícilmente lós podrian socorrer a tiempo y llegarian cuando ya el enemigo

comun los hubiese despojado de todos sus bienes; que éstos gozarian de su libertad, sin que a ellos se les quitase un palmo de las tierras que él determinaba darles sobre la orilla septentrional de Biobio, que era jurisdiccion suya. Con estas razones, propuestas con buena manera, y con el buen trato, mostraron aquietarse; pero ellos estuvieron a ver si eran bien tratados estos sus compatriotas y si correspondian a lo que se les decia, y hallando que era así, siguieron con la misma armonía que habian empezado con Garro y la conservaron con su sucesor don Tomás Marin de Poveda, porque éste siguió en un todo las pisadas de sus antecesores y aun excedió a los otros en el agrado de los araucanos.

Estos, con casi todos los Gobernadores, habian pretendido tener el parlamento o ratificacion de las paces dentro de sus tierras, y solo don Tomás quiso consentir en esto, y así tuvo la junta de las dos naciones dentro del territorio de los araucanos. Fué don Tomas uno de los Gobernadores de mas sano juicio y de mas recta conciencia que han gobernado en Chile. El Rey Nuestro Señor, en atencion a la buena administracion que tuvo, al acabar su gobierno, premió sus méritos haciéndolo titulado de Castilla con el nombre de Marqués de Cañadahermosa, libre de lanzas y media anata, con cuyo título y un pingüe mayorazgo se distingue hoy en la ciudad su noble y benemérita descendencia. Concluyó su gobierno don Tomás al principio de este siglo y entregó el baston a don Francisco Ibañez.

Este gobernador siguió el mismo sistema de sus predecesores, renovó las paces y las conservó con el trato humano que daba a los araucanos. Y si como él tuvo acierto en el gobierno que administraba de Chile, hubiese tenido prudencia en no abrazar partido en los derechos de la sucesion a la corona de España, hubiera sin duda concluido con gloria su gobierno pacífico y justo de Chile. Pero él, acusado de partidario de la casa de Austria, fué inmediatamente depuesto y mandado en partida de registro a Lima.

En tiempo de este gobernador empezaron a llegar a Chile navíos franceses, a quienes en virtud de la ayuda que dieron a nuestro señor don Felipe V, se les concedió el comercio del mar del Sur. En poco tiempo se llenaron los puertos de sus navíos y mercancías; y en los diez años que tuvieron este comercio, esto es, desde el 1707 hasta el 1717 sacaron sumas increíbles de oro, plata y cobre. Muchos de ellos, atraídos de la belleza del país, se establecieron en él y han dejado una numerosa descendencia. Ellos tambien, es preciso confesar, causaron otro grandísimo bien, que fué el enseñar diversos artes, como el de la cocina, hacer cubas y barriles, tornear y otros de este género. Tambien la agricultura y arquitectura tomaron de ellos algunas luces, porque siendo las casas de muy miserable construccion (hablo de la Concepcion, donde principalmente llegaron) y no hallando suficiente habitacion en la ciudad, ellos en Talcaguano fabricaron casas, aunque de leño, pero bellas y bien entendidas; formaron sus jardines y hermosas huertas, en que cultivaban toda especie de legumbres y frutas, de modo que no solo tenian en qué divertirse sino en qué utilizar. Hicieron aun una capilla que hacia para con ellos los oficios de parroquia. Esto que debia haber dado celos al gobierno y



movido los ánimos de los sucesores de Ibañez para oponerse a una cosa que tomaba visos de colonia francesa en Chile, no hizo tal efecto, por temor, sin duda, de ser acusados de contrarios a la casa reinante, o por utilidad que les dejaba su tolerancia, como es probable. Como a estas fábricas concurrian muchos de los españoles y para cualquiera cosa que ellos querian hacer hallaban oficiales maestros en las artes, no fué poco lo que aprendieron de ellos los chilenos. Yo alcancé aun discípulos en diversas artes de los franceses, mediante los cuales hay quien sepa hacer una cerradura, una llave, una puerta, etc., a los cuales oí diversas veces que hasta que no vinieron los franceses no habia en la ciudad uno que supiese majar bien el hierro ni escuadrar una puerta, ni nivelar el terreno, etc., etc. Yo no lo tengo esto por hipérbole, ni aun por ponderacion, sino por una verdad sencilla. Basta leer la descripcion que hacen todos estos comerciantes de estos tiempos de la Concepcion y a ninguno se le hará increíble, como él se persuada que todo español, aunque esté cansado de manejar las leznas, de zurrar cordobanes, de gobernar los martillos, etc., con solo poner un pié en tierras de América, se cree con derecho al don, al tratamiento de señor y a pretender los puestos de mayor honra y honor en las ciudades. ¿Cómo, pues, éstos querrán allá ejercitar las artes con que se sustentaban en Europa? Los franceses, que no llevaban pretensiones de establecerse y por consiguiente no iban a buscar la nobleza, que no tenian francamente, emplearon los mismos oficios y artes que ejercitaban en su patria.



IV

GOBIERNO DE DON JUAN HENRIQUEZ Y DON ANDRES DE USTARIZ

Don Juan Henriquez, que ocupó el puesto de don Francisco Ibañez, gobernó en Chile pacíficamente; pero él con los encomenderos abrió la puerta para que se hiciesen extorsiones a los indios, quienes, dicen algunos, que esto fué política de este gobernador, porque contentando de este modo a los vasallos de Su Magestad, de éstos ninguno se atrevia a abrir la boca contra su avaricia, que en todo procuraba interesarse. Las consecuencias se vieron luego en el gobierno inmediato, como lo diré.

Los habitantes del archipiélago, que hasta allí habian siempre estado quietos y sin que se derramase una gota de sangre por una ni otra parte, tomaron en este tiempo las armas, no pudiendo sufrir ya las gravísimas extorsiones que les hacian los encomenderos españoles, tratándolos ya no como a unos tributarios sino como podian hacerlo si ellos fuesen unos verdaderos esclavos. Todo su trabajo lo querian para sí, y los castigos excedian no solo los límites de la cristiana religion sino de la humanidad. Los misioneros que protegian la razon y la política y el bien público de la corona no se oian. El comandante y los oficiales, como que en esto tambien ellos se utilizaban, tenian las partes de los encomenderos y así los zelosos misioneros se acogieron al partido de aconsejar a los indios la paciencia, entretanto venia el remedio del Supremo Tribunal de la Audiencia, adonde ellos les prometian serian oidos sus justos lamentos, pero no viniendo éste, todos se pusieron sobre las armas, mas no por persuasion de sus misioneros.

Llegó a molestar a don Juan Henriquez el peligro en que se hallaba el Archipiélago con esta sublevacion. Como era inclinado a la clemencia y conociendo en su maestre de campo general don Pedro de Molina un carácter muy semejante al suyo, lo mandó allá con un buen cuerpo de tropas, para que no valiendo las buenas, usase de ellas segun su acertada conducta. Este oficial se portó excelentemente reduciendo con las

buenas a la antigua sumision a aquellas docilísimas gentes, y sin haber derramado una gota de sangre, volvió la paz al Archipiélago. Con su prudencia y las sábias instrucciones que llevaba de la Real Audiencia, arregló mejor las encomiendas, de modo que suprimiendo la prepotencia de los encomenderos españoles y cerrando del todo las puertas á infcuas pretensiones sobre los indios, dejó a estos tan contentos que no han vuelto a rebelarse, y él se volvió a Chile a disfrutar los bienes que le habian dejado sus padres, porque su puesto de maestre de campo general del Reino, queriéndolo el nuevo Gobernador para un hijo suyo, se contentó con solo perder este, porque a mayor resistencia, don Andres de Ustariz lo hubiera despojado aun de aquellos.

Por aquí empezó su gobierno don Andres de Ustariz y en lo demas de él siguió las huellas de su antecesor, con lo que tomaron los españoles mayor ascendencia sobre los araucanos y llevaron a rigor los malos tratamientos que les daban los encomenderos a sus indios. Las extorsiones que hacian, así los particulares como los comandantes de las plazas a los araucanos no podian ser mayores. Don Andres de Ustariz no habia olvidado con el honor de gobernador, capitan general del Reino y presidente de su Real Audiencia las reglas de la ganancia en el tráfico de toda especie de mercancias, en que se habia criado. Su hijo, de solo veinte y un años, sin ciencia militar, a la frente de oficiales beneméritos, hinchado con el empleo de maestre de campo general del Reino y con el apoyo de su padre, mandaba despóticamente en la Concepcion, uniendo en sí los empleos de gobernador de armas de dicha plaza y el de corregidor en la ciudad, a cuyos empleos unia tambien su antiguo de comerciante, teniendo en dicha ciudad tres almacenes, sin los efectos que tenia esparcidos por las plazas para coger todo el dinero de las pagas de los soldados; en suma, por la conducta que tuvo en todo su gobierno don Andres de Ustariz parece tomó el gobierno de Chile no para honrar su casa, sino para hacerla mas opulenta que lo que era hasta allí por el comercio. Su hijo, que bien conocia que el comercio de los franceses le habia de quitar mucha parte de las ganancias, procuró con el mal tratamiento obligarlos a desamparar el puesto, y viendo que esto no bastaba, inventó un impuesto nuevo que no iba a las cajas de Su Magestad, sino a sus cofres; esto es, de exigir de ellos mil duros por cada navio por la licencia de comprar víveres, con lo que creia compensarse de la rebaja que experimentaba en sus exhorbitantes ganancias. No hubo género de extorsion que este jóven codicioso no les hiciese, pero la discrecion francesa que experimentaba otro trato diverso en los ciudadanos, sufrió la insolente manera del maestre de campo con la moderacion que es propia de una nacion cultísima y sábia y que procede de buena fé, lo cual tomándolo el jóven temerario por falta de coraje, le hacia cada dia mas injusto. Los lamentos de los perseguidos para con el padre no eran escuchados y los deseos de la ganancia en ambos sofocaban en su ánimo todos los sentimientos de honor y probidad.

De este tratamiento con los franceses no obstante que él podia temer de ellos intentasen algo contra su persona, pues sus fuerzas con el concurso de muchos navíos eran mucho mayores que las españolas que

él mandaba, de esto, digo, se puede colegir cual seria el que ejercitaba impunemente con los araucanos, que pretendia mostrar los tenia en muy vil concepto. Estos no pudiendo sufrir mas los excesos que cometian los españoles contra su libertad y bienes, corrieron secretísimamente la flecha, se juntaron sin ser sentidos, eligieron su toqui o comandante de sus tropas y dispusieron sus operaciones. La conspiracion fué tan secreta que ni los comandantes en las plazas, ni el maestre de campo, ni el Gobernador estuvieron en estado de prevenir la sorpresa cuando ella se vino a descubrir, porque solo se supo cuando ya los araucanos principiaron las hostilidades entrándose por las haciendas de los españoles, robando todo cuanto hallaban, llevándose las mujeres y pasando a cuchillo todos los hombres. Habíase notado que un araucano que habia de hermitaño en las vecindades de la Concepcion, con el pretexto de mendigar de puerta en puerta por la ciudad, recogia todo cuanto hierro podia. Por la prision de este comenzó el maestre de campo sus preparativos para la guerra contra el araucano. Púsolo luego al tormento y habiéndoselo dado cruelísimo, no pudo resistir a él, y así declaró todo lo proyectado por su nacion. Antes de esto oyó de boca de este falso hermitaño lo que debia bastar para llenarlo de confusion, de su mala conducta en órden a la opresion en que procuraba poner a su nacion contra lo solemnemente pactado con tantos gobernadores y aprobado por su Soberano. De esta confesion, padre e hijo tomaron ocasion para una violenta determinacion, que fué mandar que todos los españoles que tenian criados indios los entregasen todos sin excepcion alguna en manos de la justicia. En breve se llenaron las cárceles, castigando a los inocentes para atemorizar a los culpados, pero este rigor tiránico no sirvió sino para irritar mas a los sublevados y hubieran sin duda descargado toda su rabia contra la Concepcion, donde se hallaba el autor de estos males, si no hubiesen considerado los araucanos la ayuda que podian dar tantos navíos franceses como habia en el puerto; ellos se pusieron con sus tropas solo diez leguas de dicha ciudad. Los franceses, en efecto, ofrecieron sus fuerzas, pero el maestre de campo, afectando valor, rehusó el socorro, diciendo que Su Magestad no necesitaba de fuerzas extrangeras para subyugar una rebelion, pero él entretanto ni se movia de la ciudad, ni daba las menores órdenes para ponerse en buen estado de defensa. Todo su cuidado era poner en salvo sus riquezas haciéndolas llevar secretamente fuera de la ciudad. El enemigo se hacia cada dia mas insolente, y esta conducta del maestre de campo y del Gobernador los hizo odiosos a los ciudadanos. Todos murmuraban, todos se creian perdidos y tumultuariamente se unieron; pero sin tomar resolucion alguna, se contentaron con dar voces contra el gobierno. Los clamores del pueblo no eran mal fundados; el enemigo fuerte y triunfante estaba casi a sus puertas y no se veian tropas ni las que habia se armaban. Los franceses que estaban en la ciudad se armaron y los vecinos pidieron a estos que los acogiesen en sus navíos, adonde depositaron lo mas precioso que tenian para estar mas prontos a la fuga, cuando llegase el enemigo. El maestre de campo con su padre que no ignoraban estas cosas sino que las presenciaban, quisieron dar una prueba de su valor, sentenciando a muerte

a cinco de aquellos indios que se hallaban en las cárceles de la ciudad por la órden que él habia dado a los encomenderos, La Real Audiencia, persuadida de su inocencia, se opuso a tan injusta sentencia, pero el Gobernador por sacar bien de este empeño a su hijo, atropelló el respeto que debia a tan autorizado Tribunal e hizo poner en ejecucion la sentencia con la muerte a balazos de los cinco indios. Ellos fueron abaleados a orillas del mar, sin siquiera haberles vendado los ojos, no obstante que hasta lo último protestaron de su inocencia, y el dia siguiente, descuartizados sus cuerpos, fueron puestos sus miembros por los campos vecinos a la ciudad.

Como los araucanos no se atemorizan por la muerte, ántes bien se irritan en el suplicio que ven se hace en alguno de ellos, los cinco indios destrozados los animaron mas a la venganza de su inocente sangre derramada. Todos los que tenian prisioneros los hicieron pasar por el suplicio que tengo referido de los prisioneros de guerra y cuantos cogieron de ahí en adelante hicieron con ellos a su ira el mismo suplicio, y hubieran pasado a cometer las mayores atrocidades si los misioneros, con el aprecio y estima que se habian adquirido entre ellos, no hubieran endulzado sus ánimos hasta reducirlos de nuevo a la paz antigua, porque de parte del gobierno no se ponia medio alguno de apaciguarlos.

Yo me persuado que si don Andres Ustariz con su muerte no hubiese prevenido su deposicion, se hubiera visto en él un ejemplar castigo, porque no hubiera hallado colorido con que disculpar lo malo de su conducta. Sus descendientes, que aun existen en Chile, llevarán a mal la pintura que he hecho de don Andres; pero si yo he de decir la verdad, no puedo decir otra cosa, porque las memorias de que me sirvo no me dan otra idea que la que he dado de su gobierno.



V

GOBIERNO DE DON MARTIN DE CONCHA Y DON GABRIEL CANO

Don Martin de Concha sucedió a Ustariz en el gobierno de Chile por oidor mas antiguo de su Real Audiencia, y como hombre prudente que era, procuró con la entereza propia de la toga, contener en los límites de la justicia y humanidad no solo a los oficiales de las fronteras sino tambien a los encomenderos; pero él, creyendo hacer una cosa buena, levantó o instituyó un nuevo empleo en las misiones de los araucanos con el buen fin que éstos respetasen a los misioneros y que no los maltratasen; puso en cada una de ellas un soldado con el título de capitan de amigos, y éstos, contemplándose superiores a los indios, sin oir a los misioneros, comenzaron casi desde el principio a cometer excesos contra los indios, los cuales no tardaron mucho a mostrar con las armas su resentimiento en la forma que luego veremos. Quiso eternizar su memoria con la fundacion de una villa en el valle de *Quillota*, como lo ejecutó el año 1717, dándole por titular a San Martin, pero ha prevalecido el de Quillota. Poco despues de esto sucedióle en propiedad don Gabriel Cano, tenido por gran soldado; pero él no dió pruebas de ello en Chile, donde tuvo ocasion de mostrarlo. De su gobierno se debe decir casi lo mismo que he dicho del de Ustariz, porque él puso luego a su sobrino don Manuel de Salamanca por maestre de campo, corregidor y gobernador de armas de la Concepcion. Este se mostró aun mas imprudente que el jóven Ustariz y no ménos comerciante.

La paz poco antes concluida a instigacion de los misioneros, viendo los araucanos que no servia sino para que los españoles intentasen (como ellos se persuadian) ponerles mas pesadamente el yugo que se los hacia ya intolerable la insolencia de los capitanejos, determinaron volver otra vez a las armas con resolucion de no dejarlas hasta no haber echado fuera de todo Chile los españoles. Dieron el mando de sus tropas a *Vilumilla* que era de baja esfera, pero de muy buen juicio, mucho valor y muy

seguro en sus proyectos. Yo congeturo que esta eleccion no fué hecha con esta ocasion sino en la guerra antecedente, y así que él fué quien mandó en ella, porque los araucanos, como se ve por toda esta historia, han usado no quitar el mando del ejército a alguno si no es que él renuncie, como hicieron Lincoyan y Lientur.

Vilumilla, que proyectaba nada ménos que acabar con todos los españoles, para salir con esta empresa creyó le era necesario ganarse los indios amigos y que habitaban entre los españoles, lo que a él no le parecia difícil suponiéndolos descontentos con el gobierno europeo. Habiendo, pues, apresado tres o cuatro españoles, uno de los cuales era un capitanejo, mandó, segun su costumbre, correr la flecha no solo en sus tierras sino en las de los españoles, exhortándolos a coger las armas al mismo tiempo que viesen fuegos encendidos en los mas altos montes. El 9 de Mayo de 1723, dia destinado para estas nuevas Vísperas Sicilianas, se vieron estos fuegos en las montañas de Copiapó, de Coquimbo, de Quillota, de Rancagua, de Maule, de Itata. Con todo, los amigos y cristianos no se movieron, o porque se consideraban pocos o porque temieron no salir bien en tan árdua empresa.

No se desconcertó ni cayó de ánimo por esto Vilumilla. Inmediatamente se puso al frente de sus tropas y corrió con ellas a embestir los establecimientos españoles. Como en la guerra antecedente los misioneros habian tenido tanta influencia para que los indios no continuasen en ella, quiso esta vez deshacerse de ellos avisándoles que saliesen del Estado a fin de que evitasen el ser maltratados de sus gentes que estaban ya puestas sobre las armas. A éstas habia dado órden de darles paso franco y de no molestarlos en nada como ni a los españoles que estaban en su servicio. Ellas lo cumplieron tan exactamente que bastó a no pocos españoles que se hallaban comerciando entre ellos el acojerse a un padre misionero para que ni aun los molestasen.

Su primera accion se dirigió contra Tucapel, la cual estando poco bien provista no pudo resistir, y así al primer asalto cayó en sus manos. La de Arauco, hallándose del mismo modo y creyendo el comisario que comandaba en ella no poder defenderla, la desamparó con toda su guarnicion. Hallándola deshabitada, la arruinó Vilumilla, como habia hecho con Tucapel, despues de haberla ganado. Volvióse despues de esto contra la de Puren, donde creia poder hacer lo mismo que con Tucapel; pero el comandante Urrea sostuvo el asalto con tanto vigor que lo obligó a desistir, pero no a dejar de bloquear la plaza, como lo hizo inmediatamente. Cerró todos los pasos a la huída y tomó todos los caminos para impedir el socorro. En breve los sitiados empezaron a sentir los clamores del hambre, porque estaba tambien mal provista, y poco despues una rabiosa sed, porque Vilumilla les cortó el agua. En este aprieto Urrea hizo una salida para hacer entrar de nuevo el agua en la plaza, pero ocurriéndole los sitiadores, y, combatiendo, el mismo comandante quedó muerto con varios de sus animosos soldados.

En este estado se hallaba la plaza cuando se dejó ver sobre ella el mismo Gobernador don Gabriel Cano con cinco mil hombres bien armados. Vilumilla retiróse al otro lado de un estero o arroyo, donde

dispuso sus tropas en órden de batalla, creyendo deber ser inmediatamente atacado del Gobernador; pero éste creyó mas conveniente abandonar la plaza y retirarse con la guarnicion. Antes de esto, Vilumilla lo provocó diversas veces a batalla, pero este gran soldado no quiso entrar en ella por razones que ni los oficiales que llevaba llegaron a penetrar, porque él nunca hizo consejo de guerra, sino que por sí resolvió la retirada. Con esto la guerra se redujo toda a correrías y escaramuzas de poca importancia. Entretanto, el Gobernador se manejaba para inducir al araucano a la paz, la que finalmente pudo obtener y celebrar en Negrete. Se confirmaron las capitulaciones de *Quillin*, añadiendo solo la abolicion de los capitanejos.

Don Gabriel Cano, despues de esto, gobernó con suma moderacion el Reino, por lo que fué continuado hasta quince años, lo que no se habia concedido a ninguno de sus predecesores. El murió en la ciudad de Santiago y le sucedió por disposicion del señor Virey su sobrino don Manuel Salamanca, el cual no se conformó al desinteres de su tio, por lo que tuvo mucho que sincerarse en la residencia de su gobierno, en el cual le sucedió don José Manso y Velasco.



VI

GOBIERNO DE DON JOSÉ MANSO Y VELASCO

A don José Manso coloco yo en la clase de los mas útiles gobernadores que ha tenido el Reino de Chile. El, al tomar el gobierno, halló el Reino de Chile con solo las poblaciones de Santiago, la Concepcion, Coquimbo, Chillan, Quillota y Valparaiso, y de plazas, la de Arauco, Puren nuevo, recientemente reedificadas, Yumbel, Nacimiento, San Pedro, Santa Juana y Talcamavida, y cuando él dejó el gobierno, lo dejó aumentado en ocho poblaciones mas y una fortaleza, con solo la gente que vivia repartida en las haciendas de la campiña, cuidando cada cual de hacer grandes crias de ganados, pero careciendo del cultivo cristiano y político y de todas las comodidades que se logran en la sociedad.

Fuera gran gloria de Manso si esto hubiera procedido por propia aplicacion a los adelantamientos de la corona, que como ministro de ella debia procurar. Débese esto principalmente al Padre Joaquin de Villarreal, jesuita hábil y de mucho celo, que, pasando de Chile a la corte por negocios de su religion, promovió esta poblacion a viva voz y con escritos muy eficaces que presentó en nombre del Reino.[1] En ellos hizo ver el desgreño y estado miserable en que se hallaba el Reino por estar dispersos sus habitantes, que esto facilitaba la agresion de los enemigos, dificultaba a los españoles la defensa, inducia a carecer del pasto espiritual y de la enseñanza política, el atraso en los haberes de los pobladores y la disminucion de las rentas reales y decimales.

Vista en el Consejo esta representacion y ponderada por los señores dél la fuerza de sus razones, pusieron en noticia de Su Magestad la importancia de la ejecucion de semejante proyecto, de lo que emanó que desde es-

1 El trabajo del P. Joaquin de Villarreal, intitulado *Informe hecho al Rey nuestro señor don Fernando el VI sobre contener y reducir a la debida obediencia los indios del Reino de Chile*, fué dado a luz en el tomo XXIII del *Semanario erudito*, *Madrid*, 1789.

te tiempo Su Magestad haya encargado a los gobernadores que promuevan la poblacion del Reino, no solo entre españoles para los fines dichos, sino tambien entre los araucanos para su mas segura conversion a la fé y reduccion al dominio de Su Magestad. Mandó para este fin Su Magestad cuatro o seis títulos de Castilla para que se vendiesen o en el mismo Chile o en el Perú y su producto sirviese para los gastos que habia de hacer la Corona con tal ocasion.

El primero que vino con este encargo fué don José Manso y Velasco y él apenas tomó posesion de su gobierno y se informó del estado actual del Reino y de sus mejores situaciones, así por el clima como por haber mayor número de gente en su vecindario y comarca, que se aplicó a la ejecucion de las órdenes de Su Magestad. Para dar mejor cumplimiento y hacer que estas fundaciones tomasen forma regular de poblacion, fué repartiendo el cuidado y proteccion de las que iba proyectando entre los señores oidores. Hizo una junta así de los señores oidores como de los prelados de todas las religiones, porque para el pasto espiritual de los pobladores e instruccion en las letras, pensaba poner en cada una de éstas una o mas casas de los cuerpos religiosos que atendiesen a esto. Habia todavia en Chile por todas partes tierras vacantes, esto es, que no pertenecian a algun particular y que gozaba quien queria de ellas. De éstas se aprovechó don José Manso para dotar en nombre de Su Magestad estas casas de religion y para dar bienes raíces a algunos pobladores que no poseian parte alguna de terreno en la jurisdicion de la nueva poblacion.

Tomadas estas justas y prudentes medidas, que han servido de regla a sus sucesores, empezó sus fundaciones. La primera fué la villa de Copiapó en el valle de este nombre. La segunda, la fortaleza y villa de los Angeles en la Laja; despues San Agustin de Talca en la provincia de Maule; San Fernando en la de Colchagua; Santa Cruz de Triana en la de Rancagua; San José de Buenavista, en Curicó; San Felipe el Real en Aconcagua; en Tutuben las Mercedes de Manso; y San José de Logroño en Melipilla. Con el empeño, mejor diré emulacion, que se tomaron los señores oidores de que las que estaban a su cargo se adelantasen a las de los otros, y principalmente con la vigilancia que sobre esto tenia el Gobernador, en breve tiempo se vieron bastante bien formadas, y sus adelantamientos y el bien que ha resultado al Reino los veremos luego en el libro siguiente.

Tachan algunos los sitios de estas poblaciones, diciendo que podian haber sido puestas en otros lugares mas cómodos, mas bellos y mas sanos. Esto dicen principalmente contra la de Talca, contra la de San Fernando, contra la de Melipilla, y decian lo mismo contra el sitio en que puso la de Curicó. Pero es preciso estar informado de las circunstancias que precisaron a don José Manso a determinar semejantes sitios. Para el de Talca fué un convento que tenian fabricado de tiempo antiguo los religiosos de San Agustin, los cuales, siendo suyo todo el terreno, daban todo el necesario para la fundacion de la villa y para sus propios. La de Melipilla, el mayor número que habia de gentes y estar en el paso mismo de Valparaiso a Santiago lo determinó, porque aquellos que tenian ya su

casa fabricada, era cosa muy violenta obligarlos a nuevos gastos y a dar por perdido lo que habian empleado en la construccion de ellas. En la de San Fernando no hay cosa que lo pueda excusar, porque la razon de ponerla al camino real, se pudo hacer sin ponerla en el bajo en que la colocó, que hace el pavimento de las casas y habitaciones muy húmedo. Puede haber sucedido que las representaciones de los poseyentes de los terrenos inmediatos, altos y secos, a quienes parecia dañosa la fundacion a sus haciendas por venir ella a caer en el centro de ellas, lo hubiese resuelto a tomar éste como ménos contrariado, porque la mansedumbre y el contentar a todos era el carácter de don José Manso. Por estas razones habia tocado a Curicó la situacion peor de todas, pero destruida ésta con el terremoto del 51, se mudaron sus pobladores a tan bello sitio que ninguna de las poblaciones de Chile puede pretender tenerlo mejor ni tan bueno como el que esta villa tiene ahora.

En el tiempo de este Gobernador no hubo quejosos entre los españoles, porque su justicia era igual con todos, ni los araucanos tuvieron motivo de lamentarse, porque su rectitud no dió lugar a que ninguno se desmandase. No es decible lo que se empezó a adelantar en un todo el Reino, el cual no sintió mucho su remocion del gobierno, por ver que iba al de Virey del Perú, desde donde esperaban influyese mucho a la felicidad que habia hecho nacer; pero se engañaron, porque con el mando alto que tienen los Vireyes sobre este Reino, reformó sus milicias disminuyéndolas mas de la mitad y acortó tanto las pagas de la oficialidad que apénas les dejó con qué comer, miéntras estuviesen en el empleo, lo que ha hecho su memoria poco grata al Reino.





VII

GOBIERNO DEL EXMO. SEÑOR DON DOMINGO ORTIZ DE ROZAS, TENIENTE GENERAL DE LOS REALES EJÉRCITOS

Al mismo ascender al Vireinato del Perú don José Manso, proveyó Su Magestad el Gobierno de Chile en el Exmo. señor don Domingo Ortiz de Rozas, gobernador que era de Buenos Aires. No podia idearse hombre mas justo, recto y prudente, y al mismo tiempo activo para que supiese conservar la paz con el araucano, llevar adelante las poblaciones y procurar los adelantamientos de todo el Reino, como éste. El abrazó todo lo bueno de sus antecesores y procuró evitar todo lo que habia manchado sus gobiernos. A ninguno ultrajó, sino que cortés con todos daba a cada uno el tratamiento que correspondia a su nacimiento. Nada interesado, no vendia los empleos, sino que segun el mérito y los talentos que reconocia los repartia. Su mujer en esto, pero sin que él lo hubiese entendido, oscureció algo su buena fama; pero cuando él lo llegó a conocer tuvo el valor de reprenderlo en público, y la obligó a reprimir su codicia, no acordando gracia alguna que ella le pidiese. Con este ejemplo supieron todos que no servian los regalos, sino los méritos, y así para ascender en la milicia, sus oficiales procuraban todos contentarlo con buenos procederes.

De aquí vino que ninguno de estos cometiese exceso alguno contra los araucanos. Una cuadrilla de españoles de la provincia de Maule entró en las tierras de los peguenches y a mas de haber saqueado alguna parte de su territorio, hizo muertes en los que se opusieron a sus latrocinios. Inmediatamente que llegó la queja de esto al Gobernador dió las mas prontas providencias para prender a los culpados, los cuales cogidos y convencidos de su hecho, hizo ajusticiar, y a los que no se les pudo convencer, aunque hubo contra ellos vehementes sospechas, mandó desterrados con sus familias a las islas de Juan Fernandez que acababa de poblar. Este ejemplar castigó y el buen trato que procuraba se diese no



solo a los araucanos, sino a los indios que viven entre los españoles, tuvo en los pactos de la paz toda la tierra en tiempo de su Gobierno.

A poco de haber entrado en él pasó a la frontera a celebrar con los araucanos el acostumbrado Parlamento, en el que no tuvieron que lamentarse los indios; porque en el gobierno recto de su antecesor no se atrevieron a usar violencia alguna contra los indios. El les protestó que en el suyo les pasaria lo mismo, y en caso que alguno se desmandase estaba él allí para vengar sus ofensas; que recurriesen a él, que serian reintegrados en un todo. Con esto, rectificadas las paces con plena satisfaccion de ambas partes, visitó todas las plazas, reformó algunos oficiales y soldados ya muy trabajados y volvió a la Concepcion, desde donde mandó pobladores a las islas de Juan Fernandez, que hasta entonces habian estado desiertas con notable daño del comercio marítimo, porque los corsarios hallaban en dichas islas acogida segura y desde allí salian a sobrecoger los navíos mercantiles de aquellos mares que iban sin cañon alguno con que poder aparentar defensa.

A la vuelta para la capital pasó por Chillan a componer algunas diferencias que habia entre los ciudadanos de esta ciudad, como lo hizo a satisfaccion de todos. De allí se enderezó a los nuevos establecimientos de su antecesor, visitando todos los que hay hasta Santiago y dejando en cada uno de ellos rastros de su magnanimidad, urbanidad y cortesía. Llegado a esta ciudad, renovó la junta de poblaciones que habia hecho su antecesor, en la que propuso lo que hallaba conveniente para el adelantamiento de las ya hechas, como lo que creia necesario para poner en ejecucion las que traia ideadas, conforme a las intenciones y órdenes de Su Magestad. Todo esto que ántes de proponerlo lo tenia bien pensado, no encontró dificultad en alguno de la junta, y así fué aplaudido no ménos el deseo del bien público que el gran zelo de la religion y piedad que mostraba en todo el Gobernador.

Inmediatamente dió las convenientes órdenes para la fundacion de nueve villas, siete en Chile, que fueron Santa Rosa, Guasco Alto, Casablanca, Bellavista, Florida, Coelemu y Quirihue, y dos en la provincia de Cuyo, esto es, la del Jacal y la del Vallefértil. Para éstas envió allá un oidor, el cual, aunque por lo trabajoso del camino, lo repugnó al principio, se rindió finalmente a la voz del Rey que lo queria emplear en esto y en componer ciertas diferencias que habian en la provincia, como lo hizo con acertadas providencias, como de su buen juicio y sabiduria se habia prometido don Domingo Ortiz de Rozas.

En esto entendia el activo Gobernador cuando mandó Dios el horrible castigo del terremoto el 24 de Mayo de 1751. Cuasi toda la parte austral del Reino quedó destruída. La Concepcion pereció cuasi toda, porque lo que no derribó el temblor lo echó a tierra el mar, que a pocas horas despues bañó toda la ciudad. Los habitantes que se veian sin casas y se acordaban de otros daños que habian recibido de aquel irreconciliable enemigo, empezaron a clamar por mudarse a otro sitio en que se considerasen por lo ménos libres de este elemento. El Gobernador, aunque ya de muy avanzada edad, emprendió de nuevo este largo y penoso viaje y se puso a la primavera en dicha ciudad para contentar a los vecinos en

lo que tan justamente pedian. Vió por sí mismo todos los lugares que le proponian, y viendo no se acordaban, para no dejar descontentos, proponiendo los tres que le parecieron los mejores, ordenó que en cabildo abierto cada uno diese su voto por uno de estos tres y aquel que saliese con mas, ese habia de ser. Los lugares fueron la *Loma de Parra*, que cae a la parte septentrional de la boca del puerto; el *Llano de Landa* que está sobre el monte que estrechaba la ciudad destruida; y el tercero el *Valle de la Mocha* entre los rios *Andalien* y *Biobio*. Los votos fueron mas notablemente por este último, y así expidió el decreto para que en este se reedificase la ciudad.

Hízose el plan segun el modelo de la capital, señalando una frente de la plaza para Catedral, Palacio y Seminario Episcopal; otra para casas del Gobernador, Ayuntamiento de la ciudad y Cajas Reales, y otra para cuarteles de la guarnicion; la cuarta se dejó a beneficio de la ciudad para no dar ocasion de sentimientos, y por estar mas léjos de estos, los sitios de los particulares se sacaron a suerte. Dió órden para empezar inmediatamente las obras de Su Magestád, y señaló el término de seis meses para que todos los que habian tomado sitio hubiesen de estar mudados al lugar destinado, y él se retiró a Santiago por los clamores, como dicen, de la mujer, en lo cual ciertamente erró, porque en su presencia no se hubiera levantado el partido que se levantó contra la *Mocha*.

Apenas salió él de la Concepcion los malcontentos con el nuevo lugar comenzaron a traer a su partido aun de aquellos que habian votado por la Mocha, ni ellos trabajaban sus sitios, ni dejaban con sus persuasivas que otros trabajasen. Al Obispo, que habia votado por la Mocha, lo volvieron acérrimo enemigo de dicho lugar, con lo que el partido tomó tanto cuerpo que llegaron a encenderse los ánimos de una y otra parte. Muchos que eran del partido mochano no se atrevian por esta misma division a trabajar, porque creian exponer su dinero, y los que trabajaban se contentaron con lo muy preciso para tener bajo de cubierto su familia. Conoció su yerro el Gobernador, y aunque dió providencias para remediarlo, crear todo el Cabildo de la ciudad de los del partido mochano, y mandar que la funcion del estandarte no se hiciese en el sitio interino que ocupaban los vecinos, nada bastó para reducir los ánimos ya encaprichados. Mandó pasar la tropa y oficiales reales, pero ni esto, ni haberlos desamparado la religion de S. Francisco, los jesuítas y los hermanos de S. Juan de Dios pudo reducirlos a ceder de su empeño. Muchos se retiraron a sus haciendas y algunos se fueron a acimentar en las villas, y en una palabra, todo era una desolacion que heria en lo vivo el buen ánimo del Gobernador. Pero él no se hallaba ya con fuerzas para emprender un viaje tan molesto, y así dejó de incitar mas por la mudanza imaginándose que ablandarian los ánimos con el tiempo, o que en breve vendria la resolucion de la Corte, adonde se habia informado; pero o porque el informe no estaba bien formado, o por otros negocios de mayor importancia, la resolucion no llegó en todo el restante de su gobierno, que duró hasta principios del año 56, en que le llegó el sucesor. Antes de esto tuvo que proveer a la nueva poblacion de las islas de Juan Fernandez, porque con el terremoto y salida del mar se arruinó todo, y

estaba sin gobernador por haber perecido en aquel estrecho. Dió tambien providencias para las mudanzas de la ciudad de Chillan y villa de Curicó a sitios mas elevados y sanos. Dió su residencia en Chile, y no habiendo quien reclamase contra él, fué declarado buen ministro y Su Magestad premió sus servicios con el título de Conde de Poblaciones.



VIII

GOBIERNO DE DON MANUEL DE AMAT Y PRINCIPIOS DEL DE DON ANTONIO GUILL Y GONZAGA

De muy diferente carácter fué el sucesor de don Domingo Ortiz de Rozas. Este fué don Manuel de Amat, hombre prepotente, y como tal de un trato áspero y poco urbano; solo se le experimentaba afable y risueño, o inmediatamente despues de mesa, o al fin de ella. Poco mal hubiera sido esto si no se hubiesen en él juntado otras peores partidas como la avaricia, que lo hacia dar los empleos al que mas le ofrecia, y la presuncion que lo hizo llegar a ultrajar la nobleza de Chile tan benemérita, por muchos títulos, de respeto. A poco tiempo de haber cogido el mando hizo ver las dotes de su ánimo y las pasiones que en él dominaban.

Tomó el camino opuesto de su antecesor. Para tener empleos que vender empezó a criminar este y a ese otro. El Corregidor y Gobernador de armas, que era de la Concepcion, hombre cargado de méritos y servicios a la Corona, fué uno en quien explicó su codicia; pues sin haber uno que reclamase contra tal caballero, por redimir la vejacion con que le amenazaba un servidor del mismo Amat, que le habia dado por juez de residencia, tuvo que desembolsar dos mil pesos. Desempeñado de este, pasó a tomarlas con el Gobernador de las islas de Juan Fernandez, hombre de toda probidad y que experimentó lo que se le habia amenazado al de la Concepcion, esto es, de llevarlo encadenado a Chile, probablemente por no haber contentado a su juez perseguidor, que era el que desde su cocina le habia mandado don Manuel de Amat. Como el atentado de este cocinero era tan manifiesto no habia abogado en Chile que quisiese defenderlo, pero Amat, con su acostumbrada prepotencia, precisó a uno que lo defendiese; mas, como era tan clara la injusticia cometida contra el Gobernador, este salió bien, y el otro por el amparo que él le dió no llevó el castigo que merecia. Se fueron repitiendo estos ejem-



plos en otros que estaban empleados, de modo que se vieron precisados todos a precaver el golpe con anticipar regalos, porque de nó, a cada momento estaban temiendo alguna violencia.

Como luego lo conocieron de muy diverso carácter, los antimochanos se lo procuraron ganar, imaginándose que con esta prepotencia que él mostraba haria prevaleciese su partido, obligando a los mochanos a desamparar las casas que habian hecho. El, en efecto, entró luego en su partido e hizo cuanto pudo por contentarlos. Puesto en la Concepcion volvió a que hiciesen nueva votacion, no ya sobre los tres lugares, sino solo sobre dos, esto es, Landa y Mocha, ordenando se admitiesen a ella aun mujeres, porque de este modo se habia persuadido que prepondera-ria su partido; pero se desvaneció su persuasion, porque volvió a salir la Mocha con mayor número de votos. El, sin embargo, no expidió decreto sino que creyó que informando contra el lugar podria sacar de la corte lo que pretendia. Este proyecto no pudo ocultarse a los mochanos y así ellos informaron como se debia y las resultas llegaron en el gobierno de su sucesor.

En medio de tanto malo debe decirse de Amat que él mantuvo la paz con el araucano, o sea que esto fuese por miedo de exponerse, de lo que lo acusan los que lo trataron, o sea que no considerándose seguro ninguno de alguna violencia suya se atreviese a darle motivo para ella, los araucanos no tuvieron ocasion de tomar las armas en su gobierno. Yo miro esto como una providencia particular de Dios con que quiso favorecer el Reino; porque de todas las providencias que dió este Gobernador arguyo hubieran sido nada buenas las que él hubiera dado en tiempo de guerra.

Intentó despues mudar la ciudad y guarnicion de Valdivia. Solo pudo conseguirlo con esta última, y aun de esta tuvo el disgusto que no hubiese sido aprobada de la Corte; porque ésta, informada de los vecinos y oficialidad de dicha ciudad de los inconvenientes que nacian de tal novedad, expidió una cédula en que manda se restituya la guarnicion a su sitio antiguo y la ciudad quede donde estaba.

No obstante que él seguia pasos tan contrarios a los dos inmediatos predecesores suyos, no pudo dispensarse de hacer algunas poblaciones, porque la corte daba sobre esto apretantes órdenes; y así él para verificar que las habia cumplido, a la fortaleza antigua de Santa Bárbara y a la de Talcamavida dió formalidades de villas sin añadirles nuevos pobladores; y asi éstas no pueden llamarse poblaciones, ni atribuirse a él sino a los otros gobernadores sus predecesores que fundaron tales fortalezas. En Gualqui sí que hizo una fundacion bajo el nombre de San Juan Bautista, porque hacia él mucho caso de la Cruz de Malta que traia.

Con todo, fué promovido a virey del Perú adonde pasó el 59 y desde donde no dejó de molestar a los del Reino de Chile, aunque tenia mucho en que ocuparse en las violencias que hacia a los habitantes de dicho país. Dejó nombrado por gobernador interino al que venia nombrado de la Corte por Gobernador de Valdivia que se hallaba presentemente en Santiago, hasta que llegase el nombrado por la Corte que era don Antonio Guill y Gonzaga.

No podia suceder a Amat sujeto mas apto para endulzar los ánimos de los chilenos que don Antonio Guill. Un hombre sumamente político, urbano, desinteresado, justo, recto, se requeria para acallar los ánimos resentidos. Y este es el carácter de don Antonio Guill, a lo que se allega en él una gran piedad, pero sin hacer ostencion de ella. Luego que tomó el gobierno dió oidos a las quejas justas de los agraviados, y hallándolas tales no dudó reponerlos en sus empleos, aun a la presencia del mismo Amat. Uno de estos fué el maestre de campo general don Salvador Cabrito, a quien este tenia suspenso, formándole un proceso; pero Guill, examinadas todas las acusaciones y consultada la Real Audiencia para dar mayor peso a su sentencia, lo declaró buen oficial y lo repuso en su empleo, aunque duró poco en él, porque muerto Guill, volvió Amat a suscitarle nueva persecucion para quitarle el puesto; pero aun en esta segunda vez salió mal, porque su sucesor en el Vireinato lo halló inocente y como tal lo declaró con su decreto.

No le sucedió así con Guill al capitan de artillería que habia puesto en la Concepcion Amat. Este en el gobierno de su protector habia triunfado, aprovechándose del dinero que de las reales cajas se le habia dado para hacer las cureñas y montar la artillería; de manera que, sin haber hecho alguna ni puesto órden en la artillería, consiguió que fuesen aprobadas sus cuentas del mismo Amat. Guill, que era zeloso de los intereses reales y tambien de las almas de sus súbditos, lo llamó a Santiago a dar cuenta, y ántes de eso hízolo tener unos ejercicios; pero él, ántes de acabar de responder a los cargos, tuvo manera de escapar de su jurisdiccion y refugiarse a la del Virey, quien premió esta accion con un gobierno en el Perú.

Considerando Guill los peligros grandes de la cordillera en la mayor parte del año y que esto hacia que se retardasen mucho las providencias reales, que no pocas quedaron perdidas por la muerte de los correos; para remediar a uno y a otro, hallando posible el remedio, segun le decia el ingeniero que mandó a examinar el lugar, hizo fabricar tres casuchas en la misma cordillera, que por aquel entonces creyó bastantes el ingeniero. Probaron bien estos refugios, y así para mayor seguridad se han hecho despues otras cuatro, y con esto pasan mensualmente en todo el año los correos y desde entonces acá sabemos que no se ha muerto sino uno.

Desde el gobierno antecedente pretendian los araucanos, misioneros; pero el Gobernador no quiso consentir con ellos, creyendo que esto era gravámen de la corona y utilidad de los misioneros, cuando no tenian otra que la de cargarse de méritos para con Dios, por cuyo amor solo se privaban de tal cual comodidad que disfrutaban en sus casas religiosas. Guill, conociendo que este era el mejor modo de conservar la paz y el medio único de traerlos a la religion católica, como pretendia Su Magestad, les acordó cuantos ellos pidieron, y así se fundaron en el continente solo unas nueve o diez misiones y en el archipiélago dos.

Conociendo que las discordias de los de la ciudad de la Concepcion, que habia fomentado Amat y que habian crecido desmesuradamente, eran muy difíciles de aquietar, tomó la resolucion de esperar la determinacion

de la Corte. Esta tardaba y él no podia diferir mas celebrar el acostum brado parlamento con los araucanos, para lo cual era preciso venir a la Concepcion. Viéndose en esta necesidad, consultó a la Real Audiencia para oir de aquellos sabios señores su parecer, con el cual reglar su conducta. Fuéle dicho que concordándose todos o casi todos en un lugar no dudase de hacerlos mudar a él. Don Antonio Guill apenas llegó a la Concepcion, dió oidos a las partes; pero al mismo tiempo de oirles hizo ver a todos que los atrasos en que se hallaban y las incomodidades que pasaban venian de aquella division, y por consiguiente, que si no querian ser del todo destruidos era preciso convenirse en uno de los lugares. Como él era amable, muchos convinieron en eso y se pusieron en sus manos. Con esto el Gobernador se animó a hablar a los otros de uno en uno e ir conquistando las voluntades con razones eficaces. El las proponia con tanta fuerza y las acompañaba con tanta dulzura, que no quedó alguno que no se pusiese en su arbitrio.

Cuando ya se los hubo ganado a todos visitó y observó por sí mismo los lugares, y sin haber dado la mas mínima muestra de inclinacion d alguno de ellos, aprobó la determinacion de don Domingo Ortiz de Rozas, y estando en la Mocha el 3 de Noviembre de 1764 firmó el decreto por l Mocha, del cual envió una copia para que se publicase el dia siguiente en la Concepcion antigua y otra entregó antes de partir este dia para la antigua para que aquella misma mañana se publicase, de modo que se publicó en ambas partes cuando él no estaba en alguna de ellas. Su determinacion fué recibida con gusto universal. Todos los dispersos vecinos la aplaudieron, de modo que no se sintió ninguno quejoso ni que insultase al partido desairado, porque todo prudente y sagazmente lo habia prevenido el Gonzaga. Viendo la concordia general resolvió celebrar el feliz éxito de este espinoso negocio con una misa solemne a la Madre Santísima de la Luz, de la cual era muy devoto. De todo esto dió aviso a la Real Audiencia, la cual habiendo el dia antes recibido pliegos de la Corte, entre los que venia la última resolucion de este negocio, asignando el mismo lugar que don Antonio Guill, le envió con esto un correo con el expreso órden de ponerse en tres dias en la Concepcion para que el Gobernador tuviese mayor gusto en la funcion viendo confirmada por la Corte su determinacion. Conforme se le mandó lo cumplió el correo, entregando en manos de don Antonio Guill la cédula de Su Magestad, con lo que no es explicable el gusto de que se llenó don Antonio Guill y Gonzaga.

Animado con esto Gonzaga, entró en esperanza de conseguir mas que sus predecesores, esto es, de reducir a los araucanos a formarles poblaciones, como se lo proponian fácil y en las presentes circunstancias asequible algunos de los misioneros modernos, aunque los ya prácticos y que los tenian bien conocidos juzgaban esto no solo imposible sino por un paso muy peligroso y que podia producir fatales consecuencias. El deseo de esta gloria indujo al pío Gobernador estar mas a las instigaciones de los jóvenes que a la madurez de los viejos. Antes de pasar el Gobernador al parlamento tuvo en la Concepcion diversas juntas de los misioneros y oficiales para concertar las propuestas que sobre este ob-

jeto se les habian de hacer a los araucanos. Los misioneros hablaron segun lo que ellos habian tenido por respuesta cuando disponiendo los ánimos les proponian esto.

No ignoraron los araucanos estas juntas, ántes bien, informados de todo menudamente, tuvieron este buen deseo del Gobernador y de los jóvenes misioneros por una trama o ardid contra su libertad. Celebraron tambien sus juntas para deliberar los medios de eludir las tentativas, si fuese posible, sin venir a las armas. Conforme a este sistema resolvieron, lo primero, llevar a la larga este negocio, respondiendo siempre equívocamente. Lo segundo, de pedir cuando ya fuesen constreñidos, los instrumentos y utensilios necesarios. Lo tercero, de recurrir a las armas cuando por fuerza fuesen obligados al trabajo, pero de modo que solas las provincias forzadas declarasen la guerra; las otras, entretanto, debian mantenerse afectando neutralidad, para tener lugar de mediar por la paz y solo entrar abiertamente en guerra cuando su mediacion fuese rechazada. Lo cuarto, dejar partir los misioneros sin molestarlos. Concluidas estas convenciones, eligieron a *Curiñancu*, hermano del ulmen de Encol, para su toqui.

El Gobernador que venia muy gustoso al parlamento y suponiendo allanadas las dificultades, como lo protestaban los misioneros, entró a tratar con los araucanos el punto de las poblaciones. Estos, en consecuencia de sus convenciones, mostrando dificultades, afectaron acceder a las razones de conveniencia que se les proponia, pero siempre tergiversando y prometiendo ambiguamente. Propusieron sus pocos medios y la falta de instrumentos necesarios, los cuales, ofrecidos por el Gobernador, mostraron no discutir. Eligiéronse los sitios que parecieron mas a propósito, con lo que, concluido el parlamento, el Gobernador se retiró a la Concepcion a destinar los intendentes de la construccion de estos pueblos y la ayuda que se les habia de dar a los araucanos para que pusiesen en ejecucion la promesa dada. Envió el Gobernador inmediatamente cantidad suficiente de azadones, palas, hachas y bueyes; pero los araucanos no se movieron. Los encargados, que eran el maestre de campo don Salvador Cabrito, del pueblo que se habia de hacer en Angol; el sargento mayor don Francisco de Rivera del de Nininco, y el capitan Burboa del otro que se habia de hacer a las orillas de Biobio, no solo no veian calor alguno en los araucanos, sino en su lugar una inaccion total. El maestre de campo, que se hallaba con algunas compañías de soldados y habia sido uno de los principales promotores de estas poblaciones, instaba mas que ninguno para que se pusiesen al trabajo y daba contínuas órdenes de esto, así a aquellos indios de su incumbencia como a los otros encargados para que obligasen al trabajo a los de su pertenencia.

Con esto creyeron los araucanos deber entrar en su tercera convencion, esto es, en declarar la guerra, como lo hicieron el 24 de Diciembre de 1766 matando a algunos de los soldados que escoltaban a los dichos oficiales. Uniéronse inmediatamente hasta unos 500 a su electo toqui, el que sin dilacion alguna se puso en marcha para sitiar al maestre de campo. El sargento mayor tuvo modo de escapar por aquel entonces la muerte, porque tomó prontamente un caballo, aunque sin silla, en que pudo lle-

gar a tierras de españoles, habiendo sí recibido un golpe de lanza que pocos meses despues le originó la muerte. El capitan Burboa no tuvo esta fortuna y así fué el escarnio de los araucanos. A excepcion de la muerte, ejecutaron en él todo el suplicio que daban a un prisionero de guerra y despues lo soltaron. Consumióse de la pesadumbre de esta ignominia, y así vino a morir aun ántes que el sargento mayor. Este, habiendo juntado unos cuatrocientos hombres, vino a socorrer al maestre de campo y obligó a Curiñancu a levantar el asedio. A los misioneros dejaron salir sin molestarlos y aun guardaron esto mismo con los españoles que estaban a su servicio y que se refugiaron a ellos; pero volvieron su saña contra sus casas quemándolas y destrozando y profanando lo sagrado de las iglesias, ornamentos, cálices y sagradas imágenes que no pudieron sacar.

Yo doy fin aquí a mi historia, dejando a otros el cuidado de informar a la posteridad de los hechos de esta guerra y como vino ella a concluirse, porque continuándose ella cuando yo salí del Reino, de quien debo presentar el estado que tenia hasta mi salida, seria adelantar los sucesos al año mil seiscientos sesenta y seis, que es el año hasta cuando gocé de mi libertad para poder observarlo, como dirá el libro siguiente.



LIBRO ÚLTIMO

ESTADO PRESENTE DEL DOMINIO ESPAÑOL EN CHILE

I

DIVERSIDAD DE CASTAS QUE PUEBLAN EL CHILE ESPAÑOL

De lo que tengo ya dicho se infiere claramente que el Reino de Chile, en la parte que poseen los españoles, está habitado de indios descendientes de sus primeros habitadores y de españoles que se han establecido en él. De esto ha procedido una media casta que se llama mestizos, a causa de la mezcla de la sangre de ambas naciones. Este era un efecto que necesariamente debia provenir de la inclinacion del hombre a la mujer y del deseo de la propagacion. Las mujeres españolas eran muy pocas respecto de los hombres; éstas eran de las de calidad distinguida y así solo entraban en alianza matrimonial con quien conocian sus iguales, por lo que la tropa no podia aspirar a matrimonios con españolas. En consecuencia tomó esta gente las hijas de los indios y procreó la tercera casta de los mestizos.

De estos mestizos y mestizas ha venido otra casta que se dice cuarterona, que es cuando un español ha engendrado en una mestiza; esta prole se llama cuarterona, y de la mezcla de cuarterona con mestizo o con español o con otras castas, que luego diré, nacen otras muchas que es bien distingan los moralistas, para juzgar si están o no comprendidos en los privilegios que están concedidos a los indios.

Los mestizos y cuarterones, por lo que toca a sus cuerpos, están bien hechos, de estatura regular, blancos por lo comun como los españoles, de modo que si no fuese el pelo, que en ellos es liso, grueso y negro, aun despues de varias generaciones no se distinguirian de un puro español. Tampoco sacan de la madre, por lo ordinario, lo ancho de espalda y pecho de la nacion araucana, como ni el ser lampiños, porque ellos son bien poblados de barba. En lo demas de su cuerpo se arriman mas a la nacion araucana que a la española, pues son de membradura mas récia y fuerte que el comun de los puros españoles. De aquí es que ellos sean de mayores fuerzas y que tengan mayor resistencia en las duras fatigas de



la campaña y que las intemperies de las estaciones rígidas hagan en ellos menor impresion.

Cuanto a las dotes del ánimo, se dicen en una sola palabra, y es, que ellos sacan todo lo bueno de ambas naciones. Son obsequiosos; son generosos, fieles, constantes, intrépidos, amorosos, afables, cordialísimos y de bellos ingenios. Quieren ser gobernados por las buenas, y el mal trato los hace indómitos. Su inclinacion es por la nacion española, y es injuriarlos tratarlos por lo que son, esto es, por mestizos; pero esto yo me persuado proviene por el desprecio en que se tiene para con los mismos españoles la nacion indiana.

Los españoles desde el principio introdujeron los negros y mulatos, y de aquí han provenido otras dos castas, porque casándose éstos con las indias y con las mestizas, han nacido, ya los que llaman mulatos, que son los hijos de mulato en una mestiza o bien de un español en una negra. Estos son por lo comun, aunque de estatura regular, de membratura débil y de bellas dotes en su ánimo, quitada la soberbia a que ellos inclinan. Son sumamente propensos por la nacion española. Zambos es la otra casta que ha venido de esto y es cuando un negro ha engendrado en una india. El color de éstos es de cobre, su corporatura grande, robusta, membruda, el pelo poco largo pero no tan crespo. Las dotes del ánimo de ordinario malas, nada fieles, sumamente iracundos, crueles, traidores, y en suma, gente cuyo trato debe huirse. Esta casta está poco propagada en Chile, porque la nacion araucana ha tenido desde el principio de la conquista particular odio a los negros, persuadidos, como dicen algunos, que de ellos hacian la pólvora los españoles.

De todas estas castas está poblado el Reino de Chile que poseen los españoles, esto es, de puros españoles, de puros indios, de negros, de mestizos, de cuarterones, de mulatos y de zambos. Fuera de éstos, hay hijos de españolas en mestizas, en mulatas, etc.; de otras naciones, como franceses, italianos e ingleses, pero éstos son tan pocos que no hacen cuerpo visible en el Reino. De todos éstos, a excepcion de los puros indios, el que menos pone de hombres de armas es sesenta mil, lo que no se me hace increíble, sin embargo de la guerra tan sangrienta por mas de un siglo que ha costado el establecimiento de los nuestros en Chile, porque la benignidad del clima puede contribuir mucho a la fecundidad que se nota en las mujeres chilenas. Yo me persuado seria mucho mayor la populacion si no se dejasen de casar las hijas tan en tierna edad, como allí hacen, porque ni se malograrian, como sucede muy frecuentemente, los primeros partos, ni ellas contraerian tantos achaques, como a no pocas sucede. Esto particularmente sucede en las personas nobles, entre las que no es cosa rara estar aun pariendo y tratando ya de casar una nieta.



II

NOBLEZA QUE PUEBLA EL REINO DE CHILE

En el discurso de la historia yo he tocado la nobleza de algunos sugetos que han venido a poblar a Chile, guardándome para en este lugar hablar mas difusamente sobre este punto, que no ha faltado quien lo haya procurado oscurecer. Yo congeturo que los que así piensan y discurren es por lo que ven sucede hoy dia en todo Chile, pero ello no ha sido así en lo pasado. Tuvieron los primeros españoles tanto cuidado en conservar pura su nobleza que sacaron cédula de la Magestad de nuestros Reyes, para que todo capitan de navío que trajese pasageros debiese dar informe al gobierno de tales sugetos; y no contentos con esto, si no presentaban sus documentos, no pasaban ellos a dar sus hijas al europeo que se las pedia. Mediante esto se conservaron hasta la mitad de este siglo puras y limpias las familias, lo que al presente no pueden decir todas, porque mirando mas al interes que al honor de su descendencia, anteponen al europeo, sin averiguacion y solo por informes de otros que aquél tiene ganados, a la conocida nobleza de un natural del país. Esto se antepone porque se supone que no disipará, como el natural, la dote, y no se trae a consideracion otros inconvenientes mayores que han experimentado de estas alianzas tan sin escrúpulo ejecutadas. No pretendo decir que esto sea general, pero tampoco negaré que esto no sea muy frecuente; y recelo que si en esto no ponen remedio los chilenos españoles, llegará tiempo que ningun noble europeo quiera tomar sus hijas por no verse confundidos con tanta vileza española o por temor que ya su orígen no esté tan puro con algun vil empleo de alguno o talvez muchos que se han enlazado con la familia.

Yo veo que esto que acabo de decir puede conciliarme el odio de algunos de los habitantes de Chile, pero considerando que de ello no pueden formar sentimiento sino aquellos que conocen estar lacrados, no he querido omitir este artículo importante aun a la nobleza de España. Esta tiene en Chile, como en toda la América, muchas ramas, las cuales en caso de

faltar sucesion acá en el continente, deben llamar a la posesion de sus bienes raíces la rama aun existente en Chile, y supongo que no querrá que venga a la posesion de sus ilustres casas el hijo o el descendiente de uno que ha traido la librea de la casa, o que por algun costado tiene parientes que han ejercitado o ejercitan aun los mas bajos y viles oficios. La nobleza de Chile, que no se puede negar que es mucha la que aun se conserva pura y limpia, tambien se pondrá de mi parte, y así yo no temo a los quejosos, los cuales si se explican contra mí, probarán con el hecho lo mismo que yo digo. Alguno de estos por ventura pretenderá que yo procuro meter discordia entre el continente de España y el de Chile, y aun de toda la América; pues lo que digo de Chile, segun tengo entendido, se puede decir de toda ella. Pero con qué razon se me convencerá de esto? Yo la discordia la pongo entre el noble y el plebeyo, quiero decir, inspiro a los chilenos y a todo noble americano a no dar sus hijas al que viene de fuera, sin examinar primero la calidad de este. Yo que digo esto sin temor de rivalidad me creo tan léjos de merecerme la tacha de nacionalidad, que protesto que, en concurrencia de dos pretendientes, uno chileno y otro europeo, ambos nobles y en las otras cualidades del ánimo iguales, preferiré siempre al europeo, por dos razones: primera, porque de ese modo se tiene relaciones mas inmediatas con el mismo continente de España, a donde es preciso recurrir para cualquiera pretension, a la que la inmediacion de la sangre de los de la Europa no puede ménos hacer concurran estos con mayor eficacia; segunda, porque los europeos saben mejor que los chilenos adelantar los caudales y no disipan tan facilmente los bienes. En conclusion, yo no pido en los chilenos sino mayor cuidado en ver a quien dan sus hijas, en lo que ninguno me puede condenar. Yo me he movido a esto, lo primero, por lo que pasando por España he sabido, esto es, que algunos que figuran hoy dia en Chile, tienen muy baja extraccion en España. Lo segundo, porque tengo entendido que de esto, que no ignoran en la misma España, ha nacido en no pocos de ella el mirar con desprecio la nobleza americana.

Esta no es otra que la de España: no hay pues por que despreciarla. No hay casa de estas que no forme tronco en alguna ciudad de los reinos de España. Los Monroyes, los Rodriguez del Manzano y Ovalle, los Avendaños lo demuestran en Salamanca. Los Olmos de Aguilera, los Alvarez de Toledo y los Mendozas, con otros muchos, en Sevilla. Los Hurtados de Mendoza en el de Burgos. Los Quirogas en Galicia; los Ruiz de Gamboa en una casa solariega de Vizcaya, tres leguas distante de Durango; los Esquiveles en Vitoria. La descendencia de don Cristóbal Escobar y Villarruel, aun existente en el Reino, es de nobleza notoria en toda España; lo mismo sucede a la de los capitanes Bernal y Miranda; lo mismo hacen ver la de don Cristóbal de la Cerda Sotomayor, oidor que fué en Chile y su gobernador interino, la de don Luis Fernandez de Córdoba, la de don Luis Merlo de la Fuente, la de don Martin Muxica, la de don Melchor Bravo de Saravia, que salió de Soria, en la que era ya de las principales familias de tan ilustre ciudad. Notoria a todos la de los Estradas, la de los Pachecos, la de los Arias, la de los Vergaras, la de los Xaras, la de los Godoyes, la de los Pardos, la de los Pantojas, la de los Ayalas, la de los

Pinedas, la de los Molinas, la de los Santillanes, la de los Silvas, la de los Guzmanes, la de los Aguirres, la de los Liras, la de los Pugas, la de los Lasartes, la de los Jofrés, la de los Ibarras, la de muchas otras de que he hecho mencion en el discurso de esta historia, y la de muchas otras que desde el principio de la conquista de Chile han honrado con su sangre y con hechos gloriosísimos, los cuales, considerados en las balanzas de una buena razon, eran bastantes, no solo a cubrir cualquiera tacha, sino para darles la mas acendrada nobleza.

Despues de estas familias, que pueden decirse conquistadoras, se han trasladado de la España a Chile otras que en ella han sido y son muy distinguidas, tales son, los Carreras, los Girones, los Solares, los Covarrubias, los Prados, los Morales, los Martinez Aldunates, los Soto Aguileras, los Uretas, los Toros, los Zambranos, los Villegas, los Ulloas, los Cisternas, los Pozos, los Palacios, los Valdeses, los Santelices, los Arteagas, los Roas, y otras muchas que no tengo ahora presentes. Y supongo que menos nobles que estas habrá muchas que están escondidas en los rincones del Reino y en sus campañas, gozando de los pocos bienes de fortuna en que los ha puesto el desbarato de sus antepasados.

Fuera de estas ilustres familias, condecoran la nobleza de Chile los Alcázares, condes de la Marquina; los Encaladas, marqueses de Villapalma; los Garcías Huidobros, marqueses de Casa Real y Alguaciles Mayores de Corte; los Alcaldes, condes de Quinta Alegre; los Recabarrens Pardos, marqueses de Villa Señor; los Marines de Poveda, marqueses de Cañada Hermosa; los Mexias, condes de Sierra Bella; los Aguirres, marqueses de Montepío; los Toros, condes de la Conquista; los Irarrazabales y Andias, marqueses de la Pica; los Carvajales, condes de N. Estas dos últimas familias han tenido la singular gloria de ver uno de su prosapia elevado a la grandeza de España. El primero fué don Fernando de Irarrazabal y Andia, marques de Valparaíso, nacido en Santiago de Chile; y el segundo presentemente vivo, el Emo. señor don Fermin de Carvajal, correo mayor de Indias, conde del Castillejo y marques del Puerto que era y ahora duque de San Carlos, nacido en la Concepcion, de padre y madre chilenos.

De esta calidad es la gente que puebla hoy dia el Reino de Chile, hallándose de todos los órdenes que llevo dichos en todos los establecimientos que los españoles tienen hechos en él hasta el presente. Entre los nobles muchos gozan de abundancia de bienes de fortuna, y otros una medianía, aunque, si he de decir la verdad, no se ven en Chile los caudales de tan desmensurada grandeza como en el Perú y México, no porque el Reino sea inferior en riquezas, como por lo dicho en su lugar se puede juzgar, sino porque el comercio que ha tenido hasta aquí ha sido muy limitado y poco activo; las contínuas guerras tambien han sido no pequeño impedimento para su adelantamiento.

Esto tambien ha retardado infinito la populacion española, siendo, como se ha visto, muchos los españoles que han muerto a manos de los araucanos. Desde que se ha establecido la paz se ha mas que doblado la populacion, y si se dice que se ha triplicado, creo que no se arriesga la verdad.

III

CONSTRUCCION DE LOS CUERPOS, Y DOTES DE LOS ÁNIMOS DE LOS CHILENOS ESPAÑOLES, O CRIOLLOS

Los españoles chilenos, o *criollos*, como allá se dice para distinguirlos del español europeo, son bien formados por lo comun, encontrándose muy raros entre ellos que tengan algun miembro deforme; lo cual yo lo atribuyo, así a la benignidad y salubridad del clima en que se crian, como al uso que tienen en criarlos. A ninguna criatura le ligan los brazos ni piernas, y las fajas, que solo caen al pecho, sirven para sugetar las mantillas que lo cubren, de manera que ellas no pueden comprimir en algun modo sus tiernos miembros. Tampoco se les precisa a andar, sino que ellos por sí mismo, solidadas sus piernas, comienzan primero, como allí dicen, a gatear, esto es, a andar en cuatro piés; despues ya se ponen en pié, y últimamente comienzan a caminar; en suma, déjase el cuidado de la formacion de los miembros a la madre naturaleza, y solo se le ayuda con la salubridad de los alimentos, de lo que es consecuencia que ellos se desenvuelvan conforme las leyes de la naturaleza, que son las verdaderas, y no segun las que pretenden los padres, que las mas veces son contrarias, por lo que vienen deformes. De aquí es tambien que ellos vienen sanos, robustos y fuertes, cuando el ciego amor no lleva los padres a criarlos despues con demasiado regalo y suma condescendencia con los antojos de la indiscreta infancia. No puedo negar que de esto no haya mucho en Chile, como ni tampoco el otro empeño, que me atrevo a llamar loco, de hacer pequeños los piés de sus hijos, particularmente de las mujeres. Todo el tormento que se da en Europa a las criaturas con el busto, se da a éstas en Chile con los zapatos. No es capaz de caminar la criatura y ya se le cubren los piés estrechamente: de que nace, en las mujeres particularmente, que él tome muy fea figura, y en los hombres que aun de pequeños se les crien callos con que llevar todo su vida un cilicio de no pequeña mortificacion.

Las otras partes de su cuerpo que se han dejado en brazos de la naturaleza son perfectas y proporcionadas, y en tal combinacion que a unos dan hermosura y a otros fealdad. Por lo ordinario, las facciones de sus rostros, como tambien el color y la estatura, son como las de los españoles que nacen en las partes septentrionales de España, con quienes ciertamente tienen mayor semejanza, y esto aunque su padre sea de las partes meridionales de la misma España o de alguna otra parte de la América.

Cuanto a las dotes de sus ánimos, hablando generalmente y por lo que se experimenta mas comunmente, debe decirse de los criollos chilenos que ellos son afables, humanos, amantes de los forasteros y generosos. No me atreveria a calificar así en causa propia si temiese que algo de lo dicho se me pudiese disputar. Son ya tan constantes estas dotes que no hay nacion alguna en Europa que las pueda ignorar. Cuantos han llegado a Chile y dado razon despues de él, por aquí empiezan 'a describir sus naturalés. Tampoco dejaré de calificarlos de valerosos, habiendo referido tantos hechos en el tegido de mi historia de extremo valor, de suma intrepidez, que, a pesarlos bien, deben muchos de ellos colocarse en la clase de temerarios.

Con la buena crianza, tanto en lo moral como en lo civil de sus padres, se descubren en los criollos otras no menos apreciables propiedades de sus ánimos. La docilidad de sus juicios con que se rinden a la razon, porque están enseñados a gobernarse por ésta y no por las inclinaciones, por el antojo o por la costumbre. Bella proporcion para introducir en los chilenos las artes, porque ellos depondrian fácilmente los puntillos de la nacion española. De esta misma docilidad a la razon nace que ellos no sepan adular. Un chileno criado en sólidos principios de cristiandad y de política, como es comun en los padres hacerlo así, ama su reputacion y honestidad, y odia todo lo que a ellas se opone: tiene la adulacion por debilidad de mente y por bajeza de ánimo. La sinceridad de su corazon que se hace patente a todos en la compostura natural y nada artificiosa, ni de sus palabras, ni de sus acciones; lo que dice es porque lo cree así; si él ha prometido no hay peligro de que falte a la promesa, si ha contratado, no hay que temer el engaño, si da, no hay que creer que pretenda obligar, y así él no se queja si no se ve correspondido: si recibe se debe esperar mucho mayor la recompensa. En suma, la disimulacion y la sospecha no entran en el corazon del criollo, pero no por eso lo franquea a todos y sin exámen del sugeto; porque al inspirarles los padres esta sinceridad los imponen en las reglas de la cautela y de la prudencia.

La fidelidad con el amigo es otro de los frutos de la crianza que dan los chilenos a sus hijos. Por mucho que de esta se diga nunca se llegará a decir lo que ella es. El chileno toma tanto empeño por los intereses del amigo como por los propios, y no pocas veces pospone sus adelantamientos por crecer los del otro; siente los atrasos de aquel mas que los suyos, y si halla que puede con lo propio aliviarlo, se despoja aun del alimento.

Sobre todo, la sociabilidad, segun todos sus respetos y relaciones, es la que merece sobre todas las cualidades su atencion y prolijo cultivo. Los

incitan a ser jocosos sin herir, a recibir las burlas sin sentirse, a usar de la gravedad, pero con circunspeccion, a no apetecer los primeros puestos, pero sin humillacion, a amar el honor, pero haciéndose primero el mérito, a esquivar las etiquetas, pero sin familiarizarse desde luego, a respetar a todos, pero sin dejarse ultrajar, a disimular los defectos de otros, pero sin mostrar de aprobarlos: en suma, a hacerse amar de todos y no dar motivo de ser odiado de alguno. Con estos buenos principios se hacen hombres, que despues en la sociedad de las ciudades, tanto del Reino como fuera de él, se hace observar un criollo chileno por jocoso dentro de los cortos límites que prescribe la prudencia, por grave moderadamente, por urbano, por político, por cortés, por atento y al mismo tiempo que sabe hacerse respetar y conciliarse la veneracion.

La mayor prueba que puedo traer de lo dicho hasta aquí creo es la armonía y tranquilidad con que se vive en todo el Reino de Chile. Viven ellos sin rivalidad ni nacionalidad alguna. Sus ciudades y poblaciones están habitadas de castellanos, andaluces, aragoneses, navarros, gallegos, vizcainos, catalanes, y en suma, de todas las provincias de España; y los criollos no distingüen en su trato ni al castellano, ni al andaluz, ni a éste de esos otros, y lo que mas es, ni aun de los mismos criollos. A todos tienen por una misma nacion, y para apreciar mas a éste o ese otro, no atienden sino al mayor mérito que reconocen en él. Mientras ellos se conserven en este estado, nuestro Soberano tendrá en ellos los mas fieles vasallos. Pruebas han dado de su fidelidad no solo en la guerra que han sostenido contra el araucano, sino en sufrir por respeto a Su Magestad las violencias de algunos Gobernadores; el verse quitados los empleos que tan merecidos tenian, así por propios servicios como por los de sus antepasados. Podian cierto en estas ocasiones mostrar sus justos sentimientos, pero la moderacion en que han sido criados y la piedad y religion han hecho contenerlos dentro de sus pechos. Mucho menos se puede citar criollo alguno de éstos que haya cometido crímen alguno vergonzoso.

No es el temor del castigo el que los retrae de cometer algun exceso, es el honor que los empeña en proceder bien. Por la experiencia que adquirí enseñando a estos jóvenes en Chile, hallé que con el castigo no se consigue con ellos otra cosa sino hacerlos obstinados y caprichudos en no querer hacer lo que se les manda. Con las buenas y con el honor probé que se hacia de ellos lo que se queria, y cuanto mas entraban en puntillo, tanto mas se empeñaban en el estudio. Sí, este es el natural del chileno, se le gana con el honor, se hace de él lo que se quiere honrándolo. Cuando la guerra estaba viva con el araucano, se despoblaban las aulas al primer dia que se sonaba la caja para hacer reclutas, porque era entonces de ascender y procurarse honor; hoy dia que las letras han entrado en lugar de las armas, es inexplicable el teson con que se aplican a ellas, saliéndose de sus casas y viniendo de partes muy distantes de la capital para estudiar en ella por no tener en sus patrias semejante comodidad, y otras veces se pasaban al Perú.

Todas estas buenas cualidades se ofuscan con la poca aplicacion a los intereses y al mucho fausto y lujo y en pasar una vida alegre y con pocos

cuidados. Algunos quieren atribuir esto a la suma abundancia de las cosas necesarias de la vida que hay en Chile, yo hallo su orígen en la manera con que los crian. Los padres hacen despertar en los hijos desde muy chicos estas pasiones y las fomentan todo el tiempo que están ellos bajo de su tutela. Apenas comienzan a hablar que empiezan a mandar; se les destina un esclavo o un criado que esté a sus órdenes; como él es capaz de calzones, se le viste de lo mejor y de moda; aun no está maltratado este primer vestido, que se le hace otro; y si no le agrada, se le procura contentar. Cuando él pide una cosa de éstas, no se pára hasta no haberlo contentado. El muchacho, que no conoce lo que cuestan a su padre estos caprichos, de uno salta en otro, y hoy quiere gastar con sus amigos con abundancia tal que sobre despues de todos satisfechos, y mañana ir a esta o esa otra diversion en las que es preciso estrenar alguna cosa que lo haga espectable a los otros. Nacido en abundancia, criado con magnificencia, alimentado con regalo, contentado en un todo de estas cosas, se cria sin apego al dinero, se acostumbra a la ostentacion, de donde viene el lujo y la poca aplicacian a buscar dinero; porque esto no puede tenerlo sin negarse a estas dos pasiones dominantes que él siempre lleva delante para infundirlas en sus hijos, que suele ser no pocas veces la herencia que les dejan, porque ellos en dar pasto a las suyas han disipado cuanto les dejaron sus padres.

Si se corrigiese este defecto en los padres chilenos, ellos darian al mundo el modelo mas perfecto de criar sus hijos. No es que ellos no conozcan que en esto hacen mal, pero creen que esto les es necesario para promover en sus hijos las otras bellas cualidades de sus ánimos, prometiéndose que este defecto se corrija en ellos con la edad madura. Ello ya no es así, y cuando así se experimentase llegaria tarde, porque antes de ésta se habia disipado todo, y entonces por necesidad y no por no existir estas pasiones. La verdad del caso es que los padres en esto mismo dan no poco a sus propias pasiones creyendo que es poco honor suyo no tratar los hijos de esta manera y que merecerian todo el peso de la murmuracion de sus conciudadanos.



IV

APTITUD DE LOS CRIOLLOS PARA LAS CIENCIAS Y ESTADO DE ELLAS EN CHILE

No se engañaron mucho en realidad de verdad los padres con la dicha condescendencia con sus hijos, porque de este modo los hacen pasar los años de la infancia hasta la juventud con gusto en los estudios, para los que generalmente tienen una grande aptitud. Si los ingenios y talentos se deben medir por los climas, como pretenden no pocos, los ingenios de los criollos chilenos deberian colocarse en órden superior, pues éstos se crian bajo un clima tan benigno, como he dicho. Aunque yo crea que esto no se deba medir geométricamente, con todo, estoy firmemente persuadido que el clima influye no poco a la mayor o menor expedicion de las potencias de la alma; porque contribuyendo él a la formacion de los miembros y organizacion del cuerpo, de lo que depende el ejercicio mas o ménos libre del alma, segun que él es mas o ménos perfecto, de la benignidad del clima de que vienen cuerpos tan perfectos, como dejo dicho, digo se debe presumir en los criollos ingenios y talentos buenos.

Pero de esto sea lo que se fuere, lo cierto y experimentado es que los criollos chilenos salen lucidos generalmente en cualquiera facultad a que se apliquen. Yo estoy persuadido que ellos harian mayores progresos en las ciencias, si en las a que se aplican se tuviese método mejor, quiero decir, si despues de perfeccionados en la latinidad con alguna retórica, un tinte de poesía, un poco de geografía y otro poco de geometría, se les pasase a la filosofía, no ya abstracta y metafísica, con un latin bárbaro, como hasta aquí, sino puro y correcto, lucirian mucho mas sus talentos y el Reino percibiria de sus estudios mucha mayor utilidad.

¡Mal empleados talentos! De nueve y aun de siete años los sacan de la latinidad, que trabajosamente entienden y hablan muy mal, para entender la peripatética; en la que es preciso vertirles en castellano lo que dice el maestro, y, con todo, se les ha visto sustentar a los tres años un texto ge-

neral de filosofía con tanta expedicion de hablar la lengua latina que no desdice del comun de las escuelas, con tanta inteligencia y penetracion que no ha sido necesario que el presidente le sugiera o que satisfaga por el argumentante. No son raros estos ejemplos, sino muy frecuentes en Chile y lo que ha introducido la como costumbre en los padres el sacarlos tan tiernos de las escuelas menores, porque ninguno quiere que sus hijos sean ménos que los de los otros.

Acabada con gloria la filosofía, los pasan inmediatamente a la teología, que es puramente escolástica, sin nada de historia y con tan poco del dogma, que este solo en uno u otro punto se toca superficialmente. Aquí, estando ya mas despiertos sus entendimientos, hacen mayores progresos que en la filosofía, y muchos que por su tierna edad se creian de medianos talentos, aquí despican tanto que merecen ser colocados en la clase de sorprendentes. Con estos ejemplos, que son muy repetidos en Chile, podian ya haber depuesto el empeño de sacarlos tan presto de la latinidad. ¡Cuánto mas se fundaran ellos en la filosofía y cuánto mas útil seria su estudio si en lugar de una teología puramente escolástica, llena de cuestiones hipotéticas, de sofismas inútiles, se versase sobre los concilios, sobre el dogma, sobre la escritura y sobre la historia eclesiástica!

La poca utilidad de esta teología se ve al mismo concluir el curso de ella, porque aquel que ha de seguir el estado eclesiástico es preciso tome en la mano un casuista para estudiar la moral y poderse oponer a un curato. Lo mismo sucede a quien quiere graduarse en cánones, que es preciso estudie éstos separadamente, como que no fuesen parte de la teología. Esta ciencia y la de las leyes son de sumo aprecio en Chile. Miéntras no hubo en él Universidad real, pasaban de Chile a Lima a estudiarlas, lo que hacia no se aplicasen tantos a dichas facultades; pero desde que se ha entablado la Universidad son muchos los que se aplican a estudiarlas y raro es el que no se señale en ellas.

Hé aquí las ciencias que se enseñan públicamente en Chile; pero no está en esto solo la literatura de aquel Reino. No pocos chilenos se han aplicado a las bellas letras de la poesía, tanto latina como española, a la retórica, al conocimiento de las lenguas de Europa. Otros se han empleado en la geografía, en la historia antigua y moderna juntamente, quien en la eclesiástica, quien en la civil. No faltan tampoco quienes se den al estudio de la naturaleza, como a muchas partes de la física experimental. Se encuentran en Chile hombres que poseen el sistema Neutoniano, otros el de Cartesio y no pocos que discurran fundadamente sobre lo que en uno y otro sistema se debe corregir. No quiero decir que estas ciencias hayan adquirido un grado que pueda decirse de perfeccion, pero no dudo decir que ellas son de estimacion de los criollos y que segun lo que ellos procuran instruirse en ellas, si los libros que tratan de estas facultades llegasen allá en mayor copia y si lo mismo sucediese con los instrumentos necesarios para ciertos experimentos, serian hoy dia muy notables los adelantamientos que en ellas habrian hecho, y muchos mas los que se aplicarian a ellas. Por solo este fin ellos no dudan pagar a un sumo precio cualquiera libro que allí llega sobre alguna de estas facultades; y

para facilitarse la inteligencia de las obras francesas que sobre estas materias tratan, se aplican a entender la lengua francesa que solo a este fin les ha de servir. En fin, un sabio y erudito europeo encontrará muchos en aquel rincon del mundo con quien conversar sabiamente y quien le dé luces en muchos puntos de historia natural ignorados aun de la Europa; le haga ver los errores de los escritores sobre diversos puntos de historia de América, de la geografía de esta parte, y, en fin, hombres que con sano juicio e imparcialidad le sepan hacer una justa y prudente crítica de los autores.

La oratoria sagrada ha sido la última que ha principiado en Chile a ser lo que debe ser, sólida, razonada, fundada en razon, en discurso, y adornada con tropos y figuras, sin hinchazon de períodos, sin irreverentes versiones de la sagrada escritura y sin los otros muchos defectos del seiscientos. Hasta estos últimos tiempos reinó este mal gusto, en que se han oido los mas brillantes pensamientos y las sutilezas de ingenios sublimes, y ahora los predicadores se avergüenzan de aquello mismo que entonces estimaban por agudezas; porque el vulgo mismo conociendo la diferencia de un discurrir al otro concurre a los verdaderamente oradores y hace predicar en desierto a los seiscientistas, que son muy pocos.

Pocas obras han dado a luz los criollos que pueda yo citar para garantir la verdad de lo que yo aquí me he avanzado a decir, pero esto no ha sido porque no se hayan aplicado ellos a componer diversas, sino porque los inmensos gastos de la impresion fuera del Reino, donde hasta hoy no habia habido imprenta, los han dejado en el olvido de manuscritos. Muchas podré yo citar de que tengo noticia, en algunas de las cuales he admirado el ingenio, la claridad de las ideas, y el órden geométrico con que están dispuestas; pero esto no bastando a los que leen esto para juzgar de su mérito, he creido ocioso el tejer catálogo de ellas. Algunos autores brillantes de dichas obras aquí ingeridas y un resúmen de su contenido podian demostrarlo, pero esto no lo creo propio de mi obra, sino de quien se toma el empeño de escribir la historia literaria de Chile. De las impresas podré yo citar los Sínodos de don Pedro Felipe de Azua y Iturgoyen, y de don Manuel Alday Axpee, en quienes se vé no menos la piedad y celo de estos dos criollos, sino la suma inteligencia de los cánones y concilios de la Iglesia, como tambien de las leyes de la Corona, privilegios de neófitos, con todo lo cual era preciso acordarlos para merecer la aprobacion del Gobierno, porque debian ser vistos y examinados antes que ellos viniesen a la luz. Nada se encontró en ellos que oponer, sino mucho que admirar de su zelo y doctrina pastoral. Antes de estos dió a luz el Padre José Torres, natural de Santiago de Chile, una obra doctísima, eruditísima y devotísima sobre los privilegios y prerrogativas del Esposo de la Madre de Dios, obra que corre con sumo aprecio en Méjico y el Continente. El Padre Alonso de Ovalle, natural tambien de Santiago de Chile, se ha hecho tambien lugar distinguido por su terso y claro estilo y por la pureza de la lengua castellana que usa en su Breve Relacion de Chile. Don Melchor Jofré del Aguila, otra Historia de Chile, sobre cuyo asunto hay muchos manuscritos. El licenciado

don Pedro de Oña explicó esto mismo en un poema intitulado *Arauco domado*, impreso el año 1599.[1] En este siglo el Padre José Irarrázabal fué precisado a dar a luz un sermon de la Concepcion de Maria Santísima por lo devoto, sólido y bien probado de su asunto. El Padre Gabriel Vega ilustró la gramática chilena con un bien digerido arte é ilustrada con notas utilísimas.

Acá en la Italia, hallando mayor facilidad de la imprenta, han dado a conocer sus talentos los criollos y hecho manifiesta la cultura que les habian dado en una extremidad del mundo. Don Gerónimo Boza, natural de Santiago de Chile, dió a la luz en Venecia una *Laurea Teológica* sobre el culto del sagrado corazon de Jesus contra un abogado romano, bajo cuyo nombre salió una obra que quisiera quitar del mundo esta piísima devocion. En esta obra que él dió a luz, por su modestia ocultó el nombre y apellido por el que era conocido y tomó el de Bernardino Solis, que eran los segundos que tenia. Todos cuantos han escrito despues dél confiesan que ninguno ha tratado tal argumento con la solidez y nervio que él. Don Juan Manuel Zepeda, natural de Coquimbo, ha impugnado con argumentos indisolubles la poca piedad del Ilustrísimo Obispo de Prato y Pistoya, descubriendo ya desde los principios los excesos a que habia de llegar contra Roma y nuestra sagrada relijion don Scipion Ricci en dos brevísimas cartas anónimas. Don Diego Fuenzalida dió a la luz una carta con el título del doctor Turines, en que impugna a los que no quieren poner la obligacion de mas obras pías que la de oir la misa para la santificacion de las fiestas. Particularmente se dirige a impugnar la de un Reverendo Padre Maestro, ex-provincial de los Siervos de Maria y la de un Padre Maestro dominicano. Fué recibida con general aplauso, así por el chiste, por el estilo, como principalmente por la eficacia de las razones con que convence su argumento. Este mismo se tomó el empeño de impugnar al catedrático de Pavia don Miguel Tamburini, que se desencadenaba contra su propio pastor el dignísimo Obispo de Brescia y sembraba en sus obras una feísima doctrina contra la católica religion. Muchos otros impugnadores salieron en Italia contra este, pero ninguno como Fuenzalida. A todas las reputó el Tamburini por dignas de su desprecio, y de miedo que esta del chileno le hiciese perder su crédito, tentó responderle. Pero Fuenzalida necesitando reimprimirla, porque en breve tiempo se habian acabado los ejemplares, volvió a imprimirla con algunas adiciones, en que deshace la respuesta que da Tamburini a sus bien formados argumentos. El año 1776 vió la luz pública un compendio de historia geográfica, natural y civil de Chile, el cual con el breve despacho de los ejemplares a todas partes ha mostrado la estima que de él ha hecho la Europa. Su autor, chileno, enemigo de gloria, ocultó su nombre y no quiere que salga aun en esta. Finalmente, don Juan Ignacio Molina, natural de la Concepcion, ha llenado de gloria a su patria con dos ensayos que ha dado a la luz, uno de la historia natural y otra de lo civil de Chile. Para juzgar de estos, basta saber que inmediatamente han sido traducidos en inglés, en aleman, por dos en francés, y últimamente en España.

1 1596.

Fuera de estas obras han los chilenos explicado en Italia su buen gusto en diversas piezas poéticas, latinas e italianas, en las que se ha señalado particularmente don Miguel Bachiller, natural de Santiago. No pocos han mostrado su instruccion y cultura en estas bellas letras, enseñando la juventud italiana y sacando aventajados discípulos. No ha faltado quien haya enseñado la filosofía moderna (don Xavier Caldera, natural de Santiago,) y defendido un acto general de ella por tres dias contínuos con general aplauso del discípulo y del maestro. Su librejo de las conclusiones razonadas se ha tenido por una obra prima y en que no se sabe que cosa admirar mas, si el órden de las cosas, si la solidez de las razones, si el buen discernimiento de las sentencias, o si, finalmente, la pureza de la latinidad. El que tiene este curso de filosofía, que así se pueden llamar sus conclusiones, cree tener un bellísimo compendio de filosofía. A todos los aquí nombrados yo los juzgo acreedores de mayor memoria que esta. La hará, como es justo, el que haga la historia literaria de Chile, a quien mas que a mí pertenece.

Las mujeres, aunque yo no las haya traido a consideracion, no quedan sin cultura en Chile. Los padres muestran aun mas ternura por éstas que por los varones, y se ve frecuentemente en Chile que ellos las prefieren en lo que pueden en las herencias. Conforme a su amor las dan una educacion muy conforme a su sexo. Las hacen aprender a leer, escribir, contar, algo de baile, un poco de música, así instrumental como vocal. pero en lo que mas se empeñan es en adiestrarlas en el gobierno de la casa y manejo de los negocios domésticos, porque segun la costumbre de todo Chile, la mujer gobierna el gasto de toda la casa y el marido atiende o al comercio o al empleo que goza en la ciudad. De aquí es que cuando las casan, que es como he notado, en muy fresca edad, ellas ya saben hilar, coser, bordar, tejer, cortar un vestido y hacer cuanto puede ocurrir en una casa bien gobernada. De donde nace que quedando muchas veces viudas con los hijos de poca edad, ellas se saben gobernar tan bien que para los intereses no se echa menos el padre; porque ellas, instruidas de lo que viene de las haciendas para las despensas y bodegas de la casa, no las pueden engañar los mayordomos. No pocas, antes bien, diré casi todas las chilenas, saben gobernar el caballo y acompañar al marido en las haciendas a presenciar las cosechas, lo que hace que sus intereses no queden defraudados.

De las mujeres chilenas se debe decir que son generalmente bellas, de buen talle y proporcionado a su sexo, su color blanco rosado y su pelo largo, rubio y sutil, de genios amables, de ingenios sublimes, y, en una palabra, adornadas de todas las cualidades que hacen adorable su sexo; Cada una es una pequeña reina en su casa, porque tiene tantos y tantas adoradoras cuantos son los criados y criadas o esclavos y esclavas que están a su disposicion y que le lisonjean el gusto. Por otra parte, ella tiene a su disposicion todos los productos de las haciendas, dispone como si no tuviese dependencia del marido, y así ella ordena sin consultar la voluntad de aquél. No por esto nacen disturbios y alteraciones, porque, bien educadas, saben que deben disponer de ellos en bien de la casa, y cuando mas en explicar su genio magnífico y ostentoso en algunos rega-

los de lo mejor y mas selecto y en hacer limosnas a la pobre gente. Viven en un todo en una perfecta armonía con el marido. Es muy raro el divorcio que se ve en Chile, porque ellas saben llevar los defectos de algunos maridos, cuando no llegan a conseguir con su buena manera el que los corrijan. Nace esto por ventura de no usarse en Chile el chichirreo, que es la capa con que se procura cubrir aquí en Europa el trato ilícito de algunas personas, que finalmente viene a parar en discusiones y divorcio.

Si las mujeres chilenas acompañasen la buena administracion de las casas con una moderacion prudente de sus vestidos y no con un lujo grandísimo, los criollos y los maridos no padecerian los atrasos que frecuentemente experimentan. Amigos de parecer bien, todo lo que les parece sobra del gasto de la casa y se gana en los productos de la hacienda, pretenden echarlo encima. Muchas veces no hay ganancias, muchas veces no hay necesidad de ropa nueva, y solo porque no es de la moda o de su genio, o porque otra lleva de aquello, son razones a que no puede resistir el marido, que en todo esto procura contentar a la mujer. De este lujo daré idea cuando describa el traje de las chilenas.



V

APTITUD DE LOS CRIOLLOS PARA LAS ARTES Y ESTADO DE ELLAS EN CHILE

Yo me contentara con poder decir de las artes otro tanto de lo que he dicho del estado de las ciencias en Chile. Yo ya en diversas partes de esta obra he indicado bastantemente el estado miserable en que se halla la mayor parte de ellas.

La agricultura parece debia tener para con los chilenos la primera estimacion, pues que, a decir la verdad, de ella pende principalmente todo el lustre que tienen sus ciudades. Porque si no fuesen las producciones de sus haciendas las que les suministran ramos de comercio, con todas las minas de oro, plata y cobre que trabajan ellos, jemirian entre los brazos de la indigencia y perecerian. Bien lo conocen ellos, y por eso todos se aplican al cultivo de las campiñas. Por cualquiera parte que se discurra del Reino se encontrarán ellas cultivadas, y las que no presentan a la vista algun sembrado hacen ver luego que sirven o de pastos para bestias de servicio o para criar los ganados mayores y menores o los caballos y mulas. En una palabra, las campiñas de Chile presentan a primera vista una gran agricultura, si no se considera otra cosa que las muchas sementeras de trigo, cebada y toda especie de menestras; las muchas y grandes viñas, los bellísimos olivares, las grandes huertas de toda especie de árboles frutales de Europa; pero si todo esto, que es verdaderamente mucho y grande, y aun mas si se reflexiona a la sazon de los frutos y a la abundancia con que los producen los árboles y las plantas, parece debia atribuirse a una agricultura sábia; pero no es sino fecundidad de la tierra y poco lo que se debe atribuir a inteligencia del labrador. La mayor parte de los habitantes de Chile español ejercita esta arte, y yo me persuado que en ninguna parte haria mas progresos una escuela agraria que en este Reino, porque ciertamente en ninguna parte se encontrará mayor empeño que el que tienen los chilenos en cultivar las

campiñas. Toda la campiña está poblada de casas, y no hay una que no tenga en sus inmediaciones de todo lo que puede necesitar un hombre para la vida. De aquí nace la suma abundancia que hay de todo comestible en Chile.

No se reduce solo a esto la agricultura de los chilenos. Ellos en sus haciendas fabrican algunos quesos, y en algunas partes son muy particulares por sus sobresalientes cualidades. Hacen tambien alguna mantequilla, que si ellos tuvieran donde despacharla harian mucha mas. En muchas de estas haciendas han puesto tenerías en que benefician las pieles de los muchos animales que matan al año. Esta, a mi juicio, es la arte que mas perfectamente se egercita en Chile; porque sus cordobanes y suelas no ceden a ningunos de los de Europa. Finalmente, tambien hacen de su excelente cáñamo cuerdas y jarcias para las embarcaciones, de los que no pocas de las de Europa se proveen a su vuelta a ella.

Algunos quieren atribuir a la suma abundancia de víveres la poca aplicacion de los chilenos a las otras artes mecánicas. No puedo negar que mucho contribuirá a eso; pero la verdadera causa que yo hallo es la falta de maestros, porque cuando algunos europeos allí han querido ejercitar sus oficios, no les han faltado discípulos chilenos, los cuales en poco tiempo han llegado a hacer las cosas tan bien como sus maestros, y no ha faltado quien les haya superado. No son los chilenos inclinados al ocio, sino, por lo contrario, se muestran deseosos de saber. Hay muchos ociosos, como sucede en todas partes; pero ofreciéndose donde trabajar y emplearse, se ponen ellos puntualmente y con constancia al trabajo.

En Chile, como dejo dicho, hay españoles, hay indios, hay negros y las castas que de las mezclas de unos con otros vienen. Los indios que no son encomenderos, los negros que no son esclavos y muchos españoles pobres buscan su sustento con el sudor de sus rostros, ejercitando las artes, o de albañiles, o de carpinteros, o de herreros, o de canteros, o de zapateros, o de plateros, con lo que las ciudades están provistas suficientemente de estas artes. Quien tambien se ocupa en hacer tejas y ladrillos, como tambien vasijas de greda para el vino, quien en hacer toneles de leño, quien, finalmente, en batir cobre y hacer algunos vasos de este metal.

Como la necesidad haya sido la que ha introducido la mayor parte de estas artes, así tambien se debe decir que sus artífices trabajan de modo que pueden suplir a las necesidades y no servir al lujo y a la comodidad. Con todo, creo deber añadir que no falta alguno que se distinga en ellos con lo bueno de sus obras, que ciertamente se pueden poner al lado de las mejores de Europa en esta especie. En la última guerra faltaron sables para los soldados que se levantaron contra los araucanos, y un criollo herrero se ofreció a hacerlos, y los hizo con tanta perfeccion que no se distinguian de los llevados de Europa.

Tambien debo yo hacer mencion de las excelentes bayetas que se hacen en *Chillan*. Para juzgar de su bondad y fineza baste saber que las señoras de Chile no se desdeñan de usarlas en medio que ellas no quieren ponerse cosa que no sea muy fina. Estas, a la verdad, si se confrontan con

las mas finas de Inglaterra, no sabrá distinguirlas sino es quien sabe que son hechas en Chillan. Hácense tambien en esta ciudad paños de cama, pero son de ordinario muy cargados de lana, lo que los hace pesados y que no den tanto abrigo.

Fuera de estas artes, si se exceptua la del teñidor, que muy imperfectamente se ejercita, todas las mas se ignoran en Chile. Y lo mismo debe decirse de las bellas artes, arquitectura, pintura y escultura. La arquitectura no se ve en sus casas ni en sus iglesias. Por la mayor parte no pertenecen a algunas de los cinco órdenes, y en las que afectan tener alguno, se hallan los miembros mal combinados, por lo que ellas no dan gusto ni presentan belleza alguna. No obstante esto, sus casas, que en la realidad no tienen otra arquitectura que la rústica, son cómodas, capaces y muy aseadas por dentro: la distribucion bastantemente buena, y por lo mismo que les falta la arquitectura, son poco fuertes, y así los terremotos hacen en ellas la impresion que dejo insinuada. Dentro de estas casas se ven nobles pinturas y algunas hermosas estátuas, las que son mas comunes en las iglesias; pero todo esto es llevado de fuera a sumo costo, a fin de adornar tanto éstas como aquellas. En medio de la infancia en que se hallan estas apreciabilísimas artes, se ven en Chile algunos apreciabilísimos rasgos de arquitectura, obras de chilenos, como es el altar de la Madre Santísima de la Luz en la iglesia de S. Miguel que fué de los jesuitas, que es de perfecta arquitectura y de un gusto tan fino que parecería bien aun en las partes de Europa, donde florece este arte. Es obra de un mulato llamado Julian Baldovinos, el cual tambien en la escultura dejó en dicha iglesia una bellísima estátua de leño que representa a San Francisco Regis que sube al cielo. Tal es tambien la iglesia catedral de Santiago, dirigida hasta su muerte por don Antonio Acuña, y muchas otras piezas que podia traer a consideracion, en las que pusiera la iglesia citada de S. Miguel, que hasta el 51 de este siglo fué de una arquitectura perfectísima, pero que hoy dia, botada abajo su media naranja y bóveda, toda de cal y canto y rebajada sus murallas maestras, ha perdido su bellísima proporcion.

Hasta en estas bellísimas artes han querido los chilenos dar muestras de su aptitud acá en Italia, aplicándose algunos a ellas y sobresaliendo con progresos rapidísimos, de modo que han admirado a los maestros, convenciendo con esto lo que llevo dicho, esto es, que estas artes no han hecho progresos en Chile por falta de maestros y no por falta de aprecio que hagan los criollos de ellas.





VI

VESTIDO Y LUJO DE LOS CRIOLLOS

De este artículo ha hablado ya mucho en sus viajes don Antonio de Ulloa; pero no por eso me creo dispensado de hablar de ello, porque dicho señor no habló sino particularmente de las mujeres ciudadanas, sin decir el que se usa en la campiña por los campesinos, y de los hombres ciudadanos casi nada. En Chile se puede decir hay tres trajes: uno el de los campesinos y campesinas; otro de los ciudadanos y otro el de las mujeres, porque todos éstos visten diversamente.

Los campesinos, sobre la camisa de lino o de lana, si son muy pobres, se ponen una especie de chupa sin faldas, roja o azul, o de otro color, toda ella contorneada de cintas de seda, de color diferente del que es dicha chupa. Esta le cruza sobre el pecho y es siempre de bayeta, o ya de las del país o ya de las de Europa. Los calzones son anchísimos y tanto que parecen a la oriental; su ancho mayor lo tienen hácia la rodilla, bajo la cual se los ligan con cintas corredizas por todo su ancho, que es cerrado perfectamente hasta la cintura. Las dos costuras que caen a lo extremo las cubren con franjas o ya de oro o de plata, segun que resalta mas sobre el color que ellos tienen. Dicha franja es un ornato tan esencial en ellos, que, por poca que sea su posibilidad, no reparan en emplearla, y el no tenerla prueba una gran pobreza. En lugar del capote usan el poncho, de que en otro lugar he dado su descripcion, como mas adaptado a las funciones de campaña y para andar a caballo, que es en ellos tan frecuente que, no estando enfermos, raro será el dia que no monten, porque si han de andar un cuarto de legua lo han de hacer a caballo. Van siempre calzados de pié y pierna, a éstas las cubren medias de lana y a los otros zapatos de cordoban.

Para montar a caballo usan unas botas o polainas de lana, tejidas con palillos, de varios colores y algunas floreadas. Esto es cuando han de venir a las ciudades, que cuando han de andar por la campiña las usan



de cuero de ternera sin curtir, pero suavizado con el contínuo manejarlo entre dos leños y untarlo de sebo; éstas les cubren no solo las piernas sino tambien los muslos; porque como han de andar entre zarzales y muchos árboles espinudos, procuran con ellas no solo defender la ropa sino tambien sus carnes, adonde ellas llegarian ciertamente. Las espuelas que usan son o de plata o de hierro y tan grandes y pesadas que tienen una pulgada de ancho y un palmo de largo, con la rodaja de mas de pulgada y media de diámetro. Cuando caminan por sus pies, va ésta siempre tocando en tierra. Las estriberas, que son de la madera del quillay, porque no se raja y es durísima, son cerradas por delante con diversas flores excavadas en el leño, largas mas de palmo y medio y altas poco mas de un jeme. La otra cara para poner el pié la tienen socavada en forma triangular, pero de tan poco fondo que apénas llegará a una pulgada. Las cabezadas del freno son de suela, teñida de negro, con sus hebillas correspondientes o de plata o de hierro, segun su posibilidad; y las riendas, que son muy largas y rematan en cuatro o seis ramales, son de cuero de ternera, quitado el pelo y trenzado como un cordon. Ninguno de estos campesinos monta a caballo sin llevar consigo su lazo, esto es, una cuerda de veinte o treinta varas castellanas, hecha de cuero de lobo, estando crudo y seco a la sombra y tan suavizado que es no ménos flexible que si fuese de seda, con un ojal en una punta, por donde, estando torcido, corre. Sobre la silla ponen dos, tres y aun cuatro pieles de carnero con su lana, porque éstos componen su colchon habiendo de dormir en la campiña, como les es preciso muchas veces.

Son tan diestros en el manejo de dicho lazo que se puede decir de ellos que no solo no yerran tiro, sino que prenden el animal de donde ellos quieren. Corra, esté parado el animal, sea por entre árboles, sea en campaña rasa, sea entre montes, sea indómito, sea manso, como se le ponga a tiro, no hay ejemplo que se le escape. El señor Ulloa admira esta destreza a motivo de un ingles de los que intentaban hacer desembarco en la Concepcion, que un chileno sacó de dentro de la barca con su lazo. Yo celebro mas su animosidad, pues el fuego de la fusilería inglesa no lo retrajo de acercarse tanto que él pudiese manejarlo, porque mas que esta suerte he visto en ellos. Y yo me persuado que mas por esta animosidad que por haber perdido un hombre, desistieron los ingleses del desembarco.

No es menor la destreza que tienen en el manejo de los caballos. Increíbles son las pruebas que hacen en este género. Corren por arriba y por abajo de los montes igualmente que por el llano. Muchas veces los caballos saltando cercas, fosos y canales, y ellos inmobles en la silla. Por diversion corren algunos un caballo estando en pié sobre la silla; otros en la mas precipitosa carrera alzan el sombrero de la tierra y cojen del mismo modo una carta, y no pocos sueltan los estribos, echan las piernas al aire y se ponen de cabeza o sobre la silla o sobre el cuello del caballo y siguen así corriendo. Pero donde se hacen admirar mas es en domar los caballos de cuatro o cinco años recientemente cogidos de las selvas, porque por grandes y furiosos que sean los saltos que dé el potro, no se separan de la silla y en esto ponen toda su reputacion. En las parejas de

caballos, que usan muy frecuentemente, niños de nueve o diez años son los que van montados sin silla sobre los caballos que corren, y por un caso muy raro se verá caer uno de ellos. Nada de esto debe maravillar porque el campesino chileno apénas sabe andar cuando ya empieza a montar a caballo, y como la infancia conoce aun poco el peligro y la poca reflexion haga despreciar la vida, ellos corren por todas partes y montan todo caballo y quieren no solo hacer lo que otros hacen sino superarlos, de lo que es consecuencia forzosa tanta destreza en este manejo.

Los ciudadanos criollos se visten en la ciudad del mismo modo que en Europa los españoles y adoptan las mismas modas que llevan algunos de los comerciantes, los cuales para dar salida a sus efectos los revisten de la moda muchas veces industriosamente, vendiendo o tal vez regalando un corte de un vestido a un criollo, porque sabe que los otros, no no queriendo ser ménos, han de recurrir por el mismo paño, por la misma tela, cueste lo que costare. Como estas modas se mudan frecuentemente, los gastos se repiten y los otros se dejan arrimados en muy buen estado; porque no se usa entre estos señores el vender la ropa que por no ser de moda no les sirve. Fuera de la ciudad y cuando montan a caballo, aunque sea dentro de ella, usan el *poncho*, pero de los que llaman *balandranes*, que son floreados, de los mas finos y tambien ricamente bordados de seda. La espuela, siempre de plata, las cabezadas del freno, con sus hebillas todas de plata, y en ellas no pocos adornos de este metal.

Usan en las ciudades todos los años hacer a caballo la funcion del Estandarte Real, ordinariamente la víspera y dia del santo titular de la ciudad. Aquí es donde los criollos explican toda su magnificencia. Primeramente, el caballo es de los que he dicho de *brazos* de los de mas precio. Lo segundo, la silla es toda cubierta de terciopelo bordado de oro y plata, pistoleras y tapanca del mismo modo. Esto solo no lo hacen con ochocientos pesos; las estriberas de plata, las cabezadas casi cubiertas de ella, gala nueva, librea de dos lacayos nueva, y sobre todo el gobierno de los caballos, que en cada uno se presenta un excelente maestro. Es verdaderamente esta la funcion que da mas gusto y que presenta la idea mas clara de sus genios, porque no solo se ve esta riqueza en los que van en la funcion, que son todos los cabildantes, algunos parientes y amigos del alférez real y otros que por gusto salen acompañando el Pabellon Real, sino en el inmenso pueblo que concurre a la plaza, todo de gala, a ver esta funcion. Cuando es jura del Rey se hace ésta aun con mayor solemnidad, así porque las galas procuran todos sean de lo mas rico como porque anticipadamente sale un bando que todo adscrito al cabildo haya de salir en dicha funcion.

Con todo que haga esto ver grande el lujo de los criollos, no se muestra a lo que llega sino en lo rico del vestido de sus mujeres. Estas usan una manera de vestirse enteramente diversa de la que se usa en Europa entre las de su sexo y aun de las que usan en otras partes de la América, fuera del Perú. Consiste ésta en una camisa, en unas enaguas, en un faldellin y en un jubon. Estos dos últimos varían segun la estacion: de tela de lino, como mas lijero, en verano; y de alguna suerte de estopa o tela de oro y plata en invierno. La camisa tiene de particular las mangas,

porque éstas eran antes circulares y tan anchas que formaban hácia los codos un gran rótulo; al presente se usan mas estrechas y llegan hasta la mitad del brazo; pero separadas de éstos se sobreponen lo que ellas llaman *mangas de canaston*, con las que hacen la misma figura que antes, que es como que tuviesen dos grandes alas. Tanto éstas como las otras de la camisa se hacen o de entretegidos de encajes finos de Holanda o de pedazos de cambray labrado y muchas listas de encajes. Las enaguas, que son siempre de telas de lino de las mas finas, ordinariamente están orladas de flecos o de encages o de los que llaman *puntas capitanas*. La materia de la camisa es cambray-batista. Tambien las mangas del jubon o vestido son particulares, porque son del mismo modo muy anchas y su figura es diversa, segun la moda, ya circular, ya oval, ya un medio entre una y otra. Es siempre de la misma materia de lo que cubre el cuerpo y segun la estacion. En la de verano, que es de lino, se compone del mismo modo que he dicho de las mangas de la camisa. Dichas mangas caen hácia las espaldas y sobre ellas vienen las de *canaston*. En toda estacion este jubon por delante cubre los pechos, con lo que van muy honestamente, y está contornado segun el gusto de la moda de finísimos encajes o de franjas y por las espaldas estrechado al cuerpo con cintas de seda del color y disposicion de la misma moda. El faldellin, mas o ménos pesado, pero siempre de un precio grande, es abierto del todo por una banda; se lo cruzan sobre la cintura dejándolo alto de modo que se vean así las puntas capitanas o flecos de las enaguas, como las extremidades bordadas de oro y plata de las ligas y tambien algo de la rica media de seda con el cuadrado bordado del mismo modo de oro y plata. En el verano, dentro de casa, cubren su cuerpo con un lienzo finísimo, o de cambray labrado o de batista de figura cuadrilonga y todo él orlado de un fino encaje de oro; a éste llaman *mador*, cruzándolo sobre el pecho y la otra punta dejándola caer sobre la espalda con una gracia inexplicable. El invierno, sobre éste llevan del mismo modo plegado otro de bayeta de las mas finas de Inglaterra, o de las de Chillan, cuando son de las buenas, el que ellas llaman *rebozo*.

Para la iglesia es otro su traje. Vestidas, como he dicho, se ponen lo que llaman saya, que diré es un faldellin cerrado con una gran cola y sobre el *volador* una mantilla semi-circular por la espalda o el manto de seda con un encaje de lo mismo, negro, que les cae sobre el bulto. Dos esclavas, vestidas uniformemente por lo menos, acompañan a la señora a la iglesia; una lleva por la calle la cola, que al entrar por la iglesia deja correr por tierra, y la otra una rica alfombra para extender en el lugar que ella quiere; y siempre que muda de puesto hace esto mismo la criada o esclava.

Tambien es distinto el traje con que salen a visita, porque para esto sobre el faldellin se ponen otro todo cerrado, pero sin cola, y que ellas llaman *saya de montar*. Así ésta como la de iglesia son siempre de seda, y esta última es muy frecuentemente de tela de oro y plata, glasé, tisú o brocato. Las de iglesia comunmente están contornadas de un encaje de seda muy ancho y no son pocas las que en su lugar llevan bordaduras de seda.

Sobre todo, donde éstas hacen ver su genio faustuoso es en la cabeza. El peinado es particular y los adornos que sobre él se ponen, costosísimos. Los cabellos, correspondiendo a sus bellas carnes, son mas comunmente rubios y muy sutiles, y con el cuidado que ellas tienen de ellos, muy largos. El cuidado de la casa no les quita el tiempo para peinarse todos los dias. Lo dividen en seis trenzas, cada una de las cuales remata en una rosa de cinta de seda. Estas, o las dejan caer sobre las espaldas, o las enroscan hácia arriba segun la moda presente. De uno y otro modo pasa por medio de ellas un alambre grueso de oro que en sus dos extremos tiene una cabeza del mismo metal tan gruesa como una nuez y no pocas veces engastada de diamantes, brillantes y finas perlas. Dichas cabezas vienen a caer sobre la parte superior de las orejas. En la parte superior de la cabeza no usan muy alto, sino muy bajo el tupé, pero en su lugar han empezado a usar lo que llaman *piocha*, que es una especie de penacho de oro atestado de diamantes. A los lados de este, diversos *tembleques*, distribuidos y colocados con buena simetría. Afíjanse estas joyas a una cinta de oro y plata del gusto de la moda, que ciñe sus cabezas de la inferior a la superior parte de ellas, y acaba por la izquierda sobre la sien en un lazo dispuesto a la moda, o una rosa hecha de la misma cinta. Sobre las sienes se atacan unos pedazos recortados y horadados de terciopelo, pretendiendo fingir unos lunares. Sobre la oreja viene un fleco de seda negro que en su centro tiene algunas perlas, colocado de modo que no impide la vista ni el lucimiento del *polizon* o cabeza de oro del alambre que he dicho pasa por las trenzas. Por la parte inferior de las orejas colgados de ellas vienen los zarcillos o pendientes de diamantes o brillantes o de perlas de gran valor. De la cabeza bajan estas señoras a adornar sus gargantas con gargantillas de las mas finas perlas en diversos hilos, de los que uno baja mas para hacer prender dél la cruz de oro, y algunas veces brillantada. Adornan no ménos su cintura con un cinto que por delante tiene una hebilla llamada *tostada*, tan grande, de oro, y trabajada de gusto particular, que les cubre todo el vientre y gran parte de los costados. Los brazos cubren con manillas de perlas orientales y los dedos con anillos de sumo valor.

Es entre estas señoras una de las bellezas principales la pequeñez del pié. Todo su empeño ponen en hacer que este venga pequeño, como dejo ya insinuado. Este empeño las ha inducido a usar una especie muy fea de calzado. Este es ancho y redondo. Tanto atras como en la punta tiene poquísima suela y se puede decir que ellas pisan mas sobre el cordoban que sobre la suela. Para dar algun desahogo al pié, la moda ha inducido hacerle por la parte superior dos o tres aberturas. Ligan comunmente este calzado con hebillas de oro, y en las funciones de lucimiento, brillantadas. Son todos lisos, porque usan las *chinelas*, las cuales en sus capelladas, que son de terciopelo negro, están muchas veces bordadas de oro. En esto consiste todo el vestuario, adorno y joyas de una señora chilena, a la cual la gente baja y plebeya y aun la campesina, procura imitar, no llevando piedras falsas sino de las finas, aunque no en tanta cantidad, ni de tanto valor, que es en lo que solo se diferencian. Lo admirable de todo esto es ver el despejo, desembarazo, mejor diré, el des-

cuido, con que tanta riqueza como llevan en su cuerpo, la miran y tratan.[1]

Las mujeres en Chile están en los estrados, que están siempre cubiertos de alfombras en invierno y de tapetes de paja fina en verano; se sientan sobre cogines aforrados de damasco, o de terciopelo, y nunca vienen a las sillas, ni reciben en los cogines a los hombres, sino es que sean de mucha confianza o cuando no hay personas de algun cumplimiento.

Corresponden a esta magnificencia del vestuario los muebles de las casas. Las cuadras están adornadas de bellísimos espejos con sus marcos dorados y de cuadros de precio, no pocos de ellos con los marcos de plata y colgados de damasco: las sillas y mesas siguen esta misma magnificencia. La mesa donde trabaja la señora los ratos que le dejan libre las ocupaciones del gobierno de la casa y las visitas de las otras amigas, son todas de plata y algunas se ven de estas curiosamente trabajadas. El servicio todo de mesa, esto es, platos, fuentes, salvillas, azafates, palanganas, candeleros, etc., son todos de plata, y en una palabra, nada se pone en la mesa que no sea servido en plata. Llega en no pocos a tanto el uso de este precioso metal que se sirven dél aun para las necesidades comunes.

1 Aquí hay una lámina que representa una mujer chilena en traje de casa. A continuación hay otra en traje de visita.



VII

RELIGION Y GOBIERNO ECLESIÁSTICO DE CHILE

No lo quieren todo para sí los chilenos, sino que parten con Dios de estas sus riquezas. Basta entrar en sus iglesias que luego se notará una gran riqueza. Se verán todos los vasos que sirven al culto divino, todos los candeleros, todas las vinajeras, todos de plata y de todos los dias. No pocos tabernáculos, no pocos frontales del mismo metal. Las custodias donde se pone el Santísimo Sacramento contornadas de diamantes, de toda especie de piedras preciosas y de perlas finísimas. Los ornamentos sagrados no se componen de otra cosa que de seda, y para los dias grandes y de fiestas son de telas de oro y plata y tal vez bordados de estas materias. La mayor parte de todo esto ha sido don de los fieles. Cuando se ha de hacer alguna de estas obras, basta que un religioso o un sacerdote o un pío secular discurra por las casas, que a poco tiempo ha juntado no solo lo que es necesario sino para mucho mas, porque no hay quien se niegue a obra pía alguna. No pocas veces sucede que sin que se les pida salgan ofreciéndose a todo o por lo ménos a mucha parte.

Pero no es esto en lo que yo gradúo mas su piedad y religion, sino en la reverencia a la casa de Dios y a sus ministros; en los píos ejercicios que en ella hacen, en la regularidad de su proceder y en las buenas costumbres. Las iglesias se ven igualmente frecuentadas los dia de trabajo que los dias de fiesta. Si se hace alguna novena, o a la Madre de Dios, o a algun santo (lo que es muy frecuente) es mucho mayor el concurso. Lo mismo sucede cuando saben que se predica en alguna iglesia o se explica la doctrina cristiana, y en cualquiera funcion pía que se haga. Todos entran en los templos con modestia, están en ellos con reverencia y moderacion: observan un profundo silencio y una compostura que muestra bien, no menos la viva fé que anima sus acciones, sino el interno afecto de devocion que los hace meritorios para con su Divina Magestad, que ellos respetan en los templos. No solo vienen a orar vocalmente, sino a frecuentar los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía. Son en esto tan frecuentes que tienen bien que trabajar los confesores dia-

riamente; porque quien, devoto particularmente de las ánimas del purgatorio, en sufragio de ellas comulga los mas de los lúnes; quien de S. Antonio y en honor de este glorioso santo confiesa y comulga los mártes; el que es del Cármen los miércoles, el del Sacramento los juèves, el de la Pasion los viérnes, y el de la Concepcion los sábados, sin que por esto dejen las solemnidades mayores de Nuestro Señor, de la Santísima Vírgen, del Señor San José y de muchos otros Santos, de modo que se puede decir que es en Chile tal la frecuencia de Sacramentos, que raros de sus ciudadanos se contentan con solo cumplir el anual precepto de la Iglesia. Véese tambien esta piedad y religion en el número exhorbitante de los que vienen a pedir lugar para hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio al director de ellos, el cual, por el gran número de los concurrentes, nunca puede satisfacer a todos, dándose estos tantas veces como se dan en Chile al año, así de hombres como de mujeres.

Muestran tambien su piedad en la reverencia con que tratan a los sacerdotes y religiosos: todos le dan en la calle al sacerdote el lado derecho, y en casa el primer puesto; y, en una palabra, es mirado y considerado no por lo que él era antes, sino por lo que es por el carácter, esto es, por Ministro de la Magestad Divina. Basta de que un sacerdote se ponga por medio entre dos litigantes de la plebe para que ellos se separen al punto, y oigan la reprension tan humildemente que no hay ejemplo que se hayan descompuesto con él.

De todo esto viene un proceder regular, cuasi general en las poblaciones del Reino, y digo cuasi general porque no falta uno u otro vicioso; pero es de notar como se empeñan todos en hacer que el tal deje el vicio. Tampoco puedo negar que no haya entre los chilenos uno u otro escándalo; pero sí debo añadir que esto mismo lo seria en Europa, segun lo que tengo observado en mas de diez y seis años que me hallo en ella. No solo los curas y los obispos velan sobre las buenas costumbres sino tambien el Gobierno secular: lo que no modera el uno, lo pone en su deber el otro.

Todo Chile no tiene sino dos obispados: con todo, quitado a sus Gobernadores el trabajo de la visita, no pueden ser ellos mas descansados; porque basta que un obispo ordene una cosa para que ella se ejecute segun su voluntad. No ha habido hasta ahora caso alguno de resistencia, y por el contrario, ejemplos muy repetidos de su pronta obediencia y sumision a sus órdenes. El respeto que les tienen lo muestran bien arrodillándose por las calles por donde lo encuentran para recibir de ellos la bendicion.

Los dos obispados de Chile no son muy ricos, porque dependiendo sus rentas de los diezmos, estos no son tan subidos que los constituyan en este grado. Estos diezmos se rematan de un año para otro, y aunque los que los sacan o pretenden sacarlos esperen coger de ellos muchos efectos, ofrecen poco, y a proporcion de lo que esperan les fruten los dichos efectos despues de vendidos; y como saben que los han de vender a bajo precio, de ahí es que ofrecen poco por ellos, sino se quieren perder, como sucede muy frecuentemente por la dicha causa. Creciendo la populacion y extendiéndose a mas del Perú el comercio de Chile, ellos crece-



rán de modo que será preciso formar muchas iglesias. Por esta causa tambien, aunque las catedrales estén dotadas en su creacion de suficiente número de canónigos, dignidades y de capellanes, hasta el presente se hallan muchas de sus sillas vacías.

El obispado de Santiago principia desde los confines del Perú y corriendo hácia el mediodia llega hasta el grado 35 de latitud austral, en que se halla el rio *Maule*, que lo divide del otro de la Concepcion, el cual abraza todo lo restante del Reino. A mas de esto de Chile comprende el de Santiago la vasta provincia de Cuyo. En este se han celebrado hasta ahora dos sínodos para arreglar no menos las ceremonias en las funciones de las iglesias, segun el ritual toledano, sino para adelantar el bien espiritual de toda la feligresía, precaviendo en ellas todo lo que podia alterar la pureza de la religion. En el de la Concepcion una, en que se hace lo mismo.

Los curatos de ambas diócesis, aunque son muchos, no corresponden a lo vasto del territorio; porque hay muchas parroquias cuya jurisdiccion comprende diez y doce leguas, lo que proviene, así por falta de clérigos, a cuyo cargo están todas, como principalmente por el poco número de gente que en dichos distritos hay, porque viviendo los curas por la mayor parte de las obvenciones de su empleo, faltando la gente, éstas no pueden menos que ser muy cortas, y por consiguiente insuficientes para mantener dos curas. Su Magestad, como patron de todas estas iglesias, ha costeado su fábrica, y mantiene la lámpara del Santisímo Sacramento pasando de sus reales cajas un tanto para ellos; y a los curas que tienen doctrinas de indios otro tanto, para que de ellos no lleven derechos algunos por sepultura, matrimonios, etc. Todos estos curatos se obtienen por oposicion en el moral. Los obispos hacen la presentacion y el Gobernador, en nombre y con autoridad de Su Magestad, da los curatos, y el obispo les confiere la colacion. Fuera de la parroquial, tienen muchos de estos curas otras iglesias, donde los dias de fiesta van a celebrar segunda misa por privilegio obtenido de nuestro Soberano de los Papas, para dar pasto espiritual a los muchos feligreses que por la distancia grande no pueden concurrir a tiempo de la misa en la parroquial.

Alivian no poco en la cura pastoral a los obispos las religiones de Santo Domingo, de San Francisco, de la Merced, de San Agustin con su predicacion y asistencia al confesonario y con la enseñanza de la juventud y mucho mas con sus buenos ejemplos; en lo que en todos tiempos han estas religiones tenido sugetos muy señalados. Los hermanos de la Caridad o hijos de San Juan de Dios, están encargados del cuidado de los hospitales reales, sirviéndolos no solo con puntualidad sino con aquel mismo espíritu de su santo fundador. La Compañía de Jesus, el tiempo que ella existió en el Reino, se ocupó no ménos en la enseñanza de la juventud y reduccion a la fé católica de los indios, conforme a su instituto, sino tambien en la asistencia de los moribundos, cuidado de los encarcelados y frecuentes misiones por la campaña, y en muchos otros ministerios que servian para aumentar en todos la piedad y mantenerlos en las buenas costumbres.

VIII

COMERCIO DE LOS DEL REINO DE CHILE

Ningun Reino de la América Meridional da igual proporcion para un comercio floreciente como Chile. Su dilatadísima costa está toda ella provista de buenos puertos para la extraccion de sus productos. La tierra fertilísima e infatigable para producir todo cuanto en ella se quiera cultivar. Las distancias segun su constitucion para llegar a alguno de estos puertos nunca pueden ser muy grandes. Añádase a esto que la multitud de sus grandes rios son otros tantos canales naturales que él les ofrece para en brevísimo tiempo poner sus efectos en el mar. En medio de toda esta proporcion se debe decir que el comercio de Chile no es el que podia ser. Chile comercia con la Europa; pero en este tráfico hace la persona puramente paciente; cuando él con sus muchos efectos podia contrabalancear, de modo que si no quedase superior, por lo ménos no quedase tan debajo; comercia con el Perú y éste es el que lo mantiene en el lustre que dejo dicho, porque él queda muy superior; comercia con los indios, pero como este tráfico es tan restringido, le resulta dél tan corta utilidad que apénas puede ponerse en consideracion.

Yo he dicho que el comercio de Chile con la Europa es puramente pasivo. La razon es manifiesta. Chile compra de la Europa por oro y plata todos los paños, todos los lienzos, todas las sedas, todas las telas de oro y plata, todo el fierro y los instrumentos mas necesarios que se hacen de este metal, todos los vidrios y cristales, toda la cera que consume en sus iglesias, todo el papel y muchas otras cosas que en dicho Reino no se hacen, las cuales, si se avalúan, extraen de Chile tanta suma de dinero que ésta pasa de millones al año, sin que él retraiga de la Europa otra cosa que la que pueden rendirle los treinta o cuarenta mil quintales de cobre, que de allí vienen, los cuales nunca pueden llegar a una centésima parte de lo que gastan en vestirse.

Yo he dicho tambien que este comercio de Chile con la Europa puede contrabalancearse, y yo hallo que sin introducirse en dicho Reino fábricas y manufacturas, él puede llegar a este punto. El Reino de Chile no puede consumir ni en sí ni en el Perú mucha parte de su trigo y de muchas de las especies de menestras que cultiva, éstas, porque no podian venir a Europa, adonde se despacharian con no poca utilidad. El Reino de Chile abunda de excelentes lanas, que allí se pierden, y en Europa no sobran. Hé aquí otro reglon utilísimo y del que sin hacer falta puede Chile dar mas de cincuenta mil quintales al año. El Reino de Chile coge excelente cáñamo sin aprovecharlo, como hacen las otras naciones, en telas para vestirse. De este ramo tan necesario para la marina puede solo él suministrar cuanto pueda necesitar la España, y ya labrado o ya por labrar. Chile, como se ha visto, abunda de ganados; en él se curten excelentemente sus pieles, que por no ser bastante el Perú para consumir las de los animales que se matan al año, desperdician infinitas. En Chile se hacen quesos excelentes y mantequillas nada inferiores a las de Holanda; ¿por qué de esto no podian proveer a la España, como lo hacen las naciones del norte? Lo mismo digo de las producciones de su costa, con las que si se avivase un poco la industria de aquellos naturales, podian proveer de modo a la España que nada de este género necesitase de los extranjeros y aun a mejor precio y ciertamente de mejor calidad. ¿Cuánta mayor utilidad y felicidad no resultaria a todo el Reino de este mútuo comercio? España daria el vestuario y Chile los alimentos. España lo que le sobra de ropas y Chile lo que no puede trabajar y lo que no aprovecha. Lo cierto es que los extranjeros llevarian tan a mal esta especie de comercio por agotárseles las minas, que ya no llamarian a los comerciantes españoles sus factores. Cuando yo considero esto, no puedo ménos de maravillarme que los comerciantes españoles no hayan puesto su atencion sobre estos ramos de comercio que dejo indicados y que ellos no pueden ignorar, que de todos o cuasi todos ellos traen a España a vender los extranjeros, y ellos se vuelven en los navíos del Mar del Sur a media carga. El dinero que traen en contante, ¿no podia mucha parte dél venir empleado en estos ramos? ¿No se venderian con grande utilidad las lanas? ¿No sucederia lo mismo con el cáñamo? ¿No se despacharian acaso los quesos y las mantequillas? Juzguen de esto por lo que les sobra en este género del rancho de las embarcaciones. De las suelas y cordobanes, que en Chile se pagan a un bajo precio, pueden dudar el aumentar el caudal que han hecho con la venta de las mercancías europeas? Esto seria guiarse por las verdaderas reglas de la mercancía, que es decir, llevo al Mar del Sur lo que allá vale mas, y traigo a España lo que en ella puedo vender con ganancia.

El comercio de los chilenos con el Perú yo lo gradúo por activo, porque en el mútuo comercio de estas provincias gana mucho mas Chile con el Perú que éste con Chile. Chile envía al Perú trigo, menestras, vino, carne seca, suelas, cordobanes, alumbre, brea, azufre, ponchos, madera, jamones, jarcia, cobre, frutas secas y en dulce y algunas yerbas medicinales. La razon que yo he podido tener de lo que ha salido de Chile solo para el puerto del Callao de los dichos efectos, es lo siguiente: de trigo, de solo

Valparaíso, 224,000 fanegas; de grasa, 5,000 botijas; de carne seca (esta va por la mayor parte a los puertos intermedios, como tambien la grasa); 48,000 quintales de sebo; 30,000 quintales de cobre; 12,000 suelas, 50,000 cordobanes, 500 quintales de jarcia, 3,000 sacos de cocos. 4,000 de nueces, 17,000 libras de almendras; el valor de 9,500 pesos en menestras y legumbres; de azafran, orégano, frutas secas y en dulce, cuasi otro tanto; de alumbre, brea y azufre, poco menos. De vino de la Concepcion, 8,000 arrobas; de 12 a 13,000 fanegas de trigo; mas de 2,000 arrobas de aguardiente; muchos cordobanes y suelas, y de ponchos, hasta 20,000. El archipiélago de Chilué tambien concurre a este comercio dando 100,000 tablas de alerce por lo menos al año, 600 palos de *luma* para los coches; mas de 2,000 jamones, algunos quesos y no pocas cubiertas de cama.

De los puertos del Perú recibe Chile toda la azúcar y miel de cañas que en él se gasta, algun arroz que en Chile no se cultiva, pero que es de poco uso: paños ordinarios, algunas bayetas; telas ordinarias de algodon y algun hilo de éste, como tambien sin hilar; tambien le viene por esta parte el añil. En una palabra, los navíos cuando salen de Chile van tan llenos que, no obstante las órdenes reales, van con la segunda cinta dentro del agua, que les entra por los imbornales, y cuando vuelven de lPerú vienen con el buque mas de la mitad vacío: de lo que se infiere lo que supera el comercio de Chile al que el Perú tiene con éste.

El comercio interno de unas ciudades con otras es muy poco, porque consistiendo todo el comercio activo de Chile en producciones de sus haciendas, como se ha visto, no puede ser muy activo el de una sobre otra, porque en las producciones hay poca variedad. Lo particular que tienen algunas ciudades lo diré al hacer la descripcion de las provincias del Reino.

El comercio de los españoles con los indios se reduce a llevarles a éstos agujas, cascabeles, algunas planchas de plata en forma de pendientes, añil, vino, frenos, espuelas, y no falta quien tambien les lleve sables; y sacan de ellos algunas cabezas de ganado, alguna lana, ponchos hasta sesenta mil al año, algunos caballos, plumas de avestruz, cestos curiosamente labrados y otras muchas bagatelas. La mayor parte de este comercio está prohibido, tanto del gobierno secular con graves penas, cuanto por el gobierno eclesiástico; pero la gran ganancia que de él sacan hace a no pocos atropellar las leyes. Ellos entran en las tierras de los araucanos con estas sus mercancías por caminos ocultos y las despachan por las casas de aquellos, fiándoles todo lo que éstos les piden, porque están seguros que han de ser pagados puntual y enteramente al tiempo convenido. No se ha dado ejemplo que uno de estos indios haya faltado a la fé en estos contratos.

La tribu de los pehuenches sale todos los años de sus montañas y hace en diversas partes de la provincia de Maule una especie de feria que dura uno o dos meses y traen a ella sal blanquísima, lanas, caballos, pieles, platos de leño de todas grandezas, yeso y otras muchas bagatelas; todas las cuales cambian por trigo, cebada, frenos, espuelas y cuchillos. De estos mismos vienen no pocos por las haciendas de las provincias de Chillan e Itata, haciendo el mismo tráfico.

No es este solo el comercio de los chilenos. Con los ponchos pasan la cordillera y los introducen en las provincias de Çuyo, Tucuman y Buenos Aires. Y por esta banda reciben la yerba del Paraguay, alguna cera ordinaria, un poco de miel de avejas, pasas excelentes y el que llaman *macano*, que es la cochinilla mal beneficiada.

Todo el comercio de Chile hasta el año 1767 no habia tenido Consulado sino que él dependia del de Lima, lo que no era poco impedimento para que no floreciese, lo cual, hecho ver a Su Magestad, se lo ha concedido independiente de todo otro y la facultad de introducir sus efectos a partes donde antes no podia, con lo que él florecerá mas y los chilenos no se quedarán con tantos efectos como hasta aquí por no tener donde venderlos.



IX

GOBIERNO MILITAR DE CHILE

El gobierno militar de Chile reside en el gobernador, tres oficiales mayores, que son los mismos que puso Valdivia el conquistador, esto es, maestre de campo, sargento mayor y comisario. El gobernador tiene su residencia desde que se entabló la paz, en Santiago, el maestre de campo, de pocos años a esta parte, en la Concepcion, el sargento mayor en Yumbel y el comisario en Arauco. En todas estas plazas son estos oficiales los comandantes. Del gobernador descienden las órdenes al maestre de campo y de éste pasan al sargento mayor, quien las comunica a los demas oficiales y comandantes de las plazas, dejándolas notadas en su libro de ordenanzas. La jurisdicion de estos oficiales mayores se extiende solo a sus subalternos y soldadesca que existe en las fronteras araucanas, porque las otras milicias del Reino dependen de sus gobernadores y oficiales respectivos.

Hasta el año 1748 el cuerpo de tropas que mantenia Su Magestad contra el araucano constaba de dos mil hombres y sus sueldos eran crecidos; pero don José Manso, siendo Virey del Perú, como intendente tambien que era de hacienda real en Chile, no solo disminuyó el número de la tropa en mucho mas de dos tercios, sino que rebajó notablemente los sueldos. Al maestre de campo dejó mil doscientos pesos, al comisario novecientos, al sargento mayor ochocientos, a los capitanes de caballería a setecientos, a los de infantería quinientos. Habia tambien en este tiempo un inspector y suprimió este empleo.

La restante milicia, que es verdaderamente muy poca, pues no basta para guarnecer moderadamente las plazas, está repartida en éstas. En unas hay tres compañías, como Yumbel y Arauco; en otras dos, como San Juan, Tucapel y Nacimiento; en otras una, como San Pedro, Colcura, Santa Bárbara; y las otras ni aun una completa. En la Concepcion es donde está el cuerpo mas grueso y se compone éste solo de una compañía de caballería, otra de artillería y dos de infantería.

El maestre de campo visita todos los años las fortalezas para examinar el estado de ellas; el sargento mayor hace lo mismo para ver como se hallan los soldados en el ejercicio militar. Ambos a dos y cada uno en su inspeccion avisan al gobernador cualquiera defecto que noten. Fuera de éstos hay otro oficial mayor, el cual no siempre es militar, ni él lleva uniforme, que reside en la Concepcion con el nombre de *veedor*. Este tambien visita las sobredichas plazas, porque él sobreentiende a los pagos de la soldadesca y es quien da las libranzas para el pagamento de la tropa contra los oficiales de la Real Hacienda.

En Valdivia mantiene Su Magestad otro cuerpo de tropas, que monta a seiscientos con sus oficiales respectivos. El gobierno inmediato de esta tropa está confiado al gobernador, que va nombrado de la corte; pero los oficios vacantes los provee el gobernador del Reino, quien en algunos casos del servicio de Su Magestad envia tambien allí sus órdenes. Lo mismo hace en Valparaíso, donde tambien hay gobernador provisto por la corte con una compañía sola de infantería. Otro tanto sucede en Chilué con su gobernador y soldadesca, porque todos estos gobernadores dependen y deben estar subordinados al gobernador de Chile, que es capitan general del Reino. Este, para su guardia, tiene en Santiago una compañía de dragones.

Fuera de esta tropa pagada, hay en las provincias várias compañías de milicias, todas de caballería, la cual ha estado siempre pronta en juntarse y concurrir en el lugar que le han ordenado, y se han señalado grandedemente. Muchas veces se ha echado mano de éstas para fortalecer las plazas y se han portado no ménos valerosa y diestramente en el manejo de las armas. Tambien en tiempo de guerra de nuestra nacion con alguna de las de Europa, se confia a ellas la guarda de las costas, mudándose de tiempo en tiempo las compañías. En este tiempo se les paga su servicio como a los de tropa viva. En las ciudades y tambien las villas hay de estas milicias, cuyos oficiales son de las familias mas distinguidas. De los mulatos se ha formado uno como cuerpo de granaderos y artilleros y se distinguen mucho, así en el ejercicio que hacen como en lo bien traido del uniforme, que solo se ponen cuando van a alguna funcion en cuerpo de milicia. Los de campaña no traen uniforme alguno, sino que vienen en su mismo traje, que dejo descripto, exceptuados los capitanes.



X

GOBIERNO POLÍTICO DE CHILE

El gobierno político de Chile reside en el gobernador como presidente de la Real Audiencia, y en este tribunal, en los corregidores, alcaldes y miembros de los cabildos de las ciudades y villas. El gobernador, para las cosas políticas, cuando son de alguna consideracion, consulta los miembros que componen la Real Audiencia. Este tribunal decide en todos los pleitos sin otra apelacion que al Supremo Consejo de Indias, como la suma sobre que se vierte el pleito llegue a ochenta mil pesos. Sus corregidores y alcaldes son jueces ordinarios y sustancian las causas aun de muerte y las sentencian; pero éstas son siempre revistas en la Real Audiencia.

Los alcaldes se elijen todos los años por pluralidad de votos de los cabildantes y corregidor, que les preside, como tambien éstos si la ciudad no tiene sus regidores perpétuos. Los corregidores cuando no son por nombramiento de Su Magestad, duran por lo ménos dos años, y al fin de su gobierno dan residencia. A éstos dirije el gobernador las órdenes pertenecientes a lo político y tambien en lo militar, porque ellos mandan tambien en las milicias.

Los alcaldes levantan tribunal en las casas de Ayuntamiento, adonde oyen a los quejosos y sentencian. Ellos cuidan de la legitimidad del peso y de la medida, y cuando alguna cosa escasea, ponen freno a los codiciosos, señalando hasta donde y no mas han de vender la tal cosa. Tanto el corregidor como los alcaldes hacen de noche la ronda por las calles, llevando sus ministros para si es necesario algun acto de jurisdicion.

No están ociosos los regidores, porque entre ellos se dividen los cuidados para mantener en buen órden lo político de las ciudades. A quién se da la incumbencia de las calles, y éste cuida no solo de su limpieza sino de que ningunó se usurpe alguna parte de ella; a quién la de las aguas, y éste las distribuye; y así de todo aquello que puede servir a que

todo se arregle del mejor modo que sea posible. De este regulamento entablado desde el principio de las fundaciones de las ciudades y que ha pasado a las villas últimamente fundadas, nace que un europeo al entrar en una de estas poblaciones no se crea estar entre bárbaros sino entre gentes cultas, porque, a la verdad, esta es la idea que presentan no solo las ciudades sino aun las villas las mas recientes.

El conquistador Valdivia introdujo, como dejo notado en la historia, un bello modo de plantar las fundaciones. Este, que él siguió en todas las que hizo, han continuado los otros Gobernadores en las que han hecho, a excepcion de uno, que para darle en parte la figura correspondiente a su nombre, la varió un poco, don José Manso y Velasco, como notaré en su lugar. Todas estas poblaciones tienen las calles derechas y cortadas a ángulos rectos; de modo que unas corren de Oriente a Poniente y las otras de Septentrion a Mediodia. Tienen ordinariamente doce varas castellanas de ancho y las cuadras que quedan aisladas ciento cincuenta. En cada cuadra se pusieron en los principios de la fundacion cuatro casas; pero hoy dia en las antiguas poblaciones, como la capital y Coquimbo, son muy raras las que conservan su primera distribucion, porque con la sucesion de generaciones se han dividido de modo que en muchas cuadras hay ocho casas.



XI

DIVISION POLÍTICA DEL REINO

Conforme ha ido creciendo la poblacion en el Reino, ha ido tambien aumentándose en la civilidad y política. Este en la realidad ha sido uno de los mayores bienes que han traido las nuevas poblaciones. Habiendo, pues, crecido ya tanto el número de la gente, los intendentes en el gobierno han creido deber dividir el Reino en diversas provincias y en gobiernos subalternos para que así fuese mejor gobernado. Así, fuera del general del Reino, se han formado dos gobiernos particulares en el continente y otro en el archipiélago de Chiluė. El mismo continente ha sido dividido en trece provincias. Yo quisiera hablar con mayor individualidad de ellas de lo que puedo hacer hallándome fuera del país; mas, espero por lo que voy a decir de cada una en particular, dar a conocer mejor el Reino que los geógrafos y autores que han escrito de él hasta nuestros tiempos. Doy principio por sus gobiernos, como de cosa de mayor autoridad, para lo que me es preciso empezar por donde acabé mi descripcion geográfica, la cual yo volveré a tomar cuando describa las provincias.

Gobierno de Chiluė

El gobierno de Chiluė comprende bajo su jurisdiccion todas las islas de dicho archipiélago, que es decir, ochenta y dos islas, que son las que lo componen. Todas estas islas están dentro de un gran golfo que hace el Mar del Sur, en la extremidad meridional de Chile. Corre este golfo cuasi circularmente, internándose hasta las faldas de la cordillera, particularmente por tres como brazos que se internan por dentro de las montañas nevadas algunas leguas. Está este gran seno entre los grados de latitud austral 41°-20' y 44°-40' y de longitud entre los 303° y 304°-50'.

Ninguno duda que todo este golfo con sus islas haya sido en lo antiguo un mismo continente con Chile, y que en fuerza de alguna extraordinaria

erupcion volcánica o terremoto se haya separado del resto del continente. Segun las relaciones de los que han estado en este archipiélago, los montes en todas sus islas, y especialmente en la grande, conservan vestigios nada equívocos de esta catástrofe.

De las ochenta y dos islas que componen este archipiélago, solamente treinta y dos están habitadas, ya de indios, ya de españoles, y las restantes, aunque desiertas, sirven de haciendas a los pobladores. La principal entre las habitadas es la que propiamente se llama Chilué, cuyo nombre se ha comunicado a todo el archipiélago, que antes, como quieren algunos, se llamaba Ancud. Esta isla, cuya costa occidental corre de Septentrion a Mediodia, siguiendo la misma direccion de la playa del continente de Chile, está situada en la boca misma del golfo, dejándole dos solas entradas, la una por su parte septentrional, de poco mas de una legua de ancho, y la otra que cae entre su punta meridional y la montaña de la cordillera y que se abre por mas de doce leguas. Principia esta isla en 41°-50′ y acaba en 44° de latitud: tiene sesenta leguas de largo y veinte de ancho en la parte que mas se extiende. Entre las otras islas hay algunas de doce o de quince leguas de largo.

Por la boca septentrional que he dicho, entran las embarcaciones a tomar puerto en Chacao. Esta boca es un canal formado de la misma isla y del continente de Chile. Es sumamente peligroso, así por las grandes corrientes, como por un escollo que yace en su parte mas estrecha, donde las aguas forman un terrible remolino. Este escollo no se deja ver sino en tiempo de bajamar. Las corrientes son tan violentas que se arrebatan un navío cargado y que lleva sus velas desplegadas contra el viento mas furioso. Cuando alguna embarcacion es arrebatada de estas corrientes, el piloto se cree feliz si llega a dar contra las costas que forma dicho canal, porque a lo ménos tiene la esperanza de poder salvar la gente, lo que no espera poder hacer cuando las corrientes la llevan a la junta que hacen las aguas de los dos mares, porque llegando allí está cierto que se la ha de tragar el mar infaliblemente. Este peligro, que los pilotos de aquellos mares lo tienen ya conocido, lo evitan entrando, lo primero, en plenamar, porque en tales circunstancias cejan los choques de las ondas, y aunque las corrientes, que entonces son menores, los llevan a dicho lugar, no experimentan peligro alguno. Lo segundo, tomando uno de los dos rumbos que en su carta de marear nota el excelente piloto Varillas y que yo pongo aquí así para esto como para demostrar mejor como está compuesto este archipiélago. [1]

Descubriólo don García Hurtado de Mendoza en el trabajoso viaje que emprendió por tierra y que dejo descrito en la historia el año 1558. Siete años despues, gobernando el Reino don Rodrigo de Quiroga, esto es, el año 1566 envió al mariscal don Martin Ruiz de Gamboa con sesenta hombres para subyugar a aquellos naturales. Gamboa no encontró la menor oposicion, bien que ellos fuesen en número de 700. En este nuevo estado

1 Aquí hay una carta geográfica de la isla de Chiloé, levantada por Varillas el año 1737 y delineada por don Felipe Vidaurre, presbítero chileno, en la ciudad de Bolonia, año 1788.

se mantuvieron quietos hasta principios de este siglo, en el cual, por no haberse oido sus justos clamores, se pusieron sobre las armas; pero por la prudente conducta del maestre de campo de la Concepcion, don Pedro Molina, volvieron, como ya he observado, sin derramamiento alguno de sangre a la obediencia de Su Magestad.

Estos indios en todo muestran ser descendientes de los del continente, menos en el valor y aplicacion a la guerra, que siempre han aborrecido. Las facciones de sus rostros, el talle de sus cuerpos, la lengua y las costumbres son las mismas que en los del continente; su color solamente es mas blanco. Lo mismo sucede en las dotes del ánimo, si se exceptúa el coraje y desprecio de la muerte, lo que les hace mostrarse mas dóciles y mas afectuosos. Tambien se diferencian en la mayor aplicacion al trabajo, porque, aunque se gobernaban con el mismo sistema político y con la misma religion que les permitia la poligamia, no se trataban como señores en sus casas, sino como padres de familia, y así dividian el trabajo con sus mujeres tomando para sí el fuerte y dejando el proporcionado al sexo débil. Los hombres araban la tierra de un modo particular, que practican aun hasta ahora que tienen bueyes. Tres meses antes de sembrar sus granos (que antes de la conquista eran una especie de centeno y otra de cebada y el maíz) conducian sus chilihueques al campo destinado para la siembra, y en él los hacian dormir, mudándolos de sitio de tres en tres noches, de modo que todo aquel campo quedase igualmente estercolado. Hecho esto, esparcian el grano sobre el terreno. Para cubrirlo, un hombre de los mas robustos de la familia hacia varios surcos con dos gruesas pértigas de madera dura, aguzadas por la punta, apoyándolas sobre su pecho, y echando de una banda a la otra sobre el grano la tierra que sacaba. Ahora cultivan del mismo modo el trigo, sirviéndose de las ovejas en vez de los chilihueques. No obstante la imperfeccion de esta cultura, el trigo fruta diez o doce por uno, y el maíz hasta treinta o cuarenta. Recogen tambien mucha cebada.

Su vestido, que era talar, se componia todo de lana mezclada con las plumas de pájaros marinos, de que ahora hacen excelentes cubiertas de cama. Con la entrada de los españoles han adoptado el lino, que se da bastantemente bueno en todas las islas habitadas. Lo trabajan gruesamente para sí, y fino cuando es tela o hilo para vender. Presentemente, todo indio del Archipiélago se pone camisa de lino y tiene en su casa para servicio de su mesa, manteles y servilletas de lino, todo trabajado en casa.

Como isleños son sumamente dados a la náutica y salen excelentes marineros. Sus embarcaciones, que son las mismas que usaban cuando llegó a sus islas don García, se componen de tres o cinco grandes tablas cosidas entre sí con una especie de junco o voqui, como he notado en la historia natural, y calafateadas con la corteza de un árbol. De estas embarcaciones que ellos llaman *piraguas* hay un gran número en el Archipiélago y las gobiernan a vela y remo. No pocas veces llegan en ellas a la Concepcion. De esta naturaleza era la embarcacion en que se botó al mar el misionero jesuita a traer en el tiempo mas tempestuoso el aviso de la llegada del Holandés a Chilué y de su designio de establecerse en Val-

divia. Los indios no temen el mar con estos débiles buques; porque siendo excelentes nadadores, y aun buzos, luego que les sobreviene algun mal tiempo se botan al agua y con una mano puesta a un costado de su piragua la sostienen para que no se afonde, y la gobiernan adonde quieren.

Todos estos indios educan bien sus hijos y los aplican desde la mas tierna edad al trabajo. Sus talentos se han probado buenos, tanto en las artes, cuanto en las letras. Entre ellos hay excelentes torneadores, entalladores y carpinteros. En la mision de Chonos se entabló estos últimos años una escuela de leer y escribir para los hijos de estos indios, y habiendo entrado en ella 150, todos en el espacio solo de un año aprendieron a leer y escribir, hacer cuentas, la doctrina cristiana y la lengua española. No es menor prueba de su capacidad la práctica que tenian los misioneros, y era hacer repetir a quien le parecia el sermon que les acababa de hacer, y este cuasi sin alterar una palabra lo decia desde el principio al fin.

Estos islenos y algunos otros que el zelo de los misioneros habia sacado de las islas vecinas y aun de las inmediatas al Estrecho de Magallanes, han abrazado la fé católica y viven hasta ahora con tan ajustado proceder a todos los deberes del cristianismo que parece resucitado en ellos el primitivo espíritu de la iglesia de Jesucristo. Poco o nada tenian los misioneros que trabajar en componer sus conciencias con Dios, porque aunque solo de año en año podian llegar a sus capillas a darles el pasto espiritual por pocos dias, ellos con esto poco y con el concurrir a dichas capillas todas las fiestas a oir la explicacion del catecismo que les hace el que llaman fiscal, que es uno de ellos de los mas instruidos, viven tan inocentemente que es una cosa de que sus misioneros no cesan aun de maravillarse.

Ellos son al presente poco mas de once mil. Todos están bajo de encomenderos con la obligacion de servirles 52 dias al año. En lo demas están gobernados de sus ulmenes, que están exceptuados de este servicio, y en el distrito de cada uno de estos hay una capilla, la que todos los del distrito mantienen con casa para alojar el misionero. Son éstas 76, que se ven notadas y distinguidas con sus nombres en el mapa, que va aquí adjunto. Cuando llegaba el misionero cumplian todos con la Iglesia, se hacian los matrimonios, se bautizaban los cristianos y se notaban los muertos. Todo lo cual hecho en una capilla, se pasaba a hacer lo mismo en otra, habiendo mandado previo aviso de próxima llegada. De este modo entre dos o tres misioneros se corrian todas estas capillas en el tiempo del verano; pero no en las otras estaciones, así porque el mar que es preciso pasar muchas veces, está intransitable, como porque los caminos por tierra son impracticables por lo mucho que llueve en todos estos parajes. No obstante esto, cuando alguno estaba de peligro y venian a llamar al misionero, él emprendia con todo este riesgo y trabajo el viaje, llevando consigo el Santo Viático y óleos para sacramentarlo.

El terreno de todas las islas de este Archipiélago es sumamente quebrado y lleno de bosques, sin embargo de la mucha madera que de ellos se saca todos los años. Esta es la verdadera causa de las excesivas lluvias

que llevo insinuadas. Aquí todas las estaciones parecen invierno, o por mejor decir, parece que el año no tiene allí otra estacion, porque igualmente llueve en Diciembre y Enero que en Junio y Julio, que en aquellas partes es invierno. Con todo, debe exceptuase en algun modo el otoño, porque en él suelen gozarse algunos años quince o veinte dias seguidos sin lluvias En las otras estaciones cuando el tiempo sereno dura ocho dias se tiene por un milagro. De aquí es que el temperamento es muy húmedo y que por todas partes se encuentran arroyos y rios. Con todo, su clima es sanísimo y tan benigno que no se siente ni calor ni frio notable. Muy rara vez se ve la nieve.

Tampoco impide este exceso de lluvias el que aquellos habitantes no cosechen los granos suficientes para su sustento. Cogen trigo lo bastante para que no falte el pan a alguno. Se cuentan 80 molinos en el Archipiélago, lo que hace que la cosecha de trigo es mas que suficiente. Del maíz cosechan tanto que les sobra para dar a los muchos cerdos que crian. Lo mismo sucede con la cebada, habas, quínua y papas. Estas últimas son mejores aun que las del continente de Chile. De las hortalizas se dan solamente las coles y los ajos. Los nabos ciertamente se darian muy buenos si se pusieran. De la frutas de Europa solo las manzanas se logran. Se ha probado con várias y por falta de sol no se ha podido conseguir que maduren.

No estan tampoco mal de carnes, porque los españoles han introducido las vacas y las ovejas, Estas últimas abundan mucho y de su leche hacen unos quesos que se estiman aun en Chile. Con los jamones que hacen de sus cerdos forman su principal ramo de comercio. Se puede decir que ellos son la moneda del país, porque con estos jamones compran cuasi todo lo que necesitan, son de óptima cualidad y se estiman mucho en toda la América Austral. Caballos hay tantos que no se arriesga la verdad diciendo que no hay persona en el Archipiélago que no tenga uno o dos de ellos. Se ha probado el llevar asnos para hacer cria de mulas, pero mueren a poco tiempo. Todas estas cosas ha compensado Dios con la prodigiosa cantidad de peces y de mariscos regalados de que abunda aquel mar, con los cuales, sabiéndolos aprovechar, podian mantener un comercio considerabilísimo.

El mariscal Gamboa con los 60 hombres que introdujo formó dos establecimientos, esto es, la ciudad de *Castro*, en la cual perpetuó el apellido de su esposa y el puerto de *Chacao*, que son los que hasta ahora hay de españoles. Castro, que es la capital del Archipiélago, está situada en la parte oriental de la isla grande sobre un brazo o pequeño golfo que hace allí el mar en 42° 58' de latitud y 303° 15' de longitud. Los edificios en esta como en las otras islas son todos de madera.

Esta ciudad, bien que sea poblada de muchos vecinos, está lo mas del año deshabitada, porque sus pobladores habitan mas la campiña que la ciudad. Tiene su cabildo de dos alcaldes y cuatro regidores, al cual preside un corregidor nombrado por el Gobernador de Chile, el cual es juntamente juez privativo de los indios. A mas de la parroquia tiene un convento de menores observantes de S. Francisco y otro de mercedarios, en cada uno de los cuales suele haber tres sacerdotes, que por lo comun

son de los ménos ajustados a sus reglas, y por eso, como desterrados, con notable daño de la piedad de aquellas gentes. Habia tambien un colegio de jesuitas misioneros y que al mismo tiempo ejercian los otros ministerios que llevaba su instituto entre los vecinos de esta ciudad.

Chacao, que es, como dejo dicho, el puerto, cae cuasi en el medio de la costa septentrional de la misma isla, sobre el furioso canal que he descripto, en grados 42 de latitud y 303° 17' de longintud. Este puerto es de buen fondo y bien defendido de los vientos, pero dentro de él no pueden estar mucho tiempo los navíos porque hay mucha broma que, atacándose a los costados, carcome la madera. En este lugar reside el gobernador del Archipiélago con parte de la guarnicion que paga Su Magestad para su defensa. Se puede decir que a esta y al cura se reduce toda la poblacion, porque, aunque hay muchas casas que forman un pueblo regular, están vacías, y solo se ven habitadas cuando llega algun navío. Las mas de estas casas son pertenecientes a los habitantes de Castro. El otro trozo de tropas que paga Su Magestad está bajo de un comandante que pone el gobernador del Archipiélago en las islas de *Calbuco* situadas en la parte mas septentrinal del golfo.

Todo este Archipiélago está dividido en solo tres parroquias que dependen de la diócesis de la Concepcion, cuyos obispos, fuera de uno, jamas las han visitado, por lo que se ven allí morir cristianos de ochenta y de mas años, sin haber recibido el sacramento de la confirmacion. El año de 1742 fué allá enviado por la Real Audiencia un obispo *in partibus*, que se hallaba en Chile, al cual el obispo de la Concepcion dió todas sus facultades para visitar y administrar tal sacramento.

Los chilotes trafican con los chilenos del continente y con los peruanos, los cuales les llevan vino, grasa, carne seca, sal, ají, legumbres, miel, aguardiente, tabaco, paños, algunas telas ordinarias, y reciben tablas de alerce, leños para carrozas, maderas, cubiertas de plumas, ponchos, sardinas secas y jamones. Todo este comercio se hace por cambio de una cosa por otra, porque la moneda es allí rarísima, y la que envia Su Magestad para pagar las tropas queda ordinariamente en manos del Gobernador. Luego que llega un navío al puerto de Chacao concurren los hacendados de todas partes a contratar sus efectos. El cabildo de Castro tiene el privilegio de enviar dos de sus miembros a arreglar el precio de las mercancías. Su Magestad ha procurado por su parte aliviar esta pobre gente no exigiendo derecho alguno de esta especie de tráfico.

Gobierno de Valdivia

El gobernador de Valdivia extiende su jurisdiccion por un espacio de 12 leguas de largo y de 6 a 7 de ancho, que es el distrito que ocupan con sus haciendas los vecinos de la ciudad. Este distrito coje parte de la jurisdiccion de los araucanos, esto es, la ribera septentrional del rio Callacalla o Valdivia y parte de la de los Juncos, conviene a saber, la ribera opuesta por donde se extienden mas los españoles. El territorio es cuasi todo plano y sus tierras llevan muy bien el trigo y toda especie de legumbres, hortalizas y frutas, si de estas últimas se exceptúan las uvas, que

quizá por la poca atencion de los habitantes no maduran tan bien como en las otras partes del Reino. Hállase en él una gran cantidad de vacas, ovejas, caballos, aves domésticas y silvestres. Las campiñas están cubiertas de árboles, que en muchas partes forman bosques impenetrables. De estos se saca mucha y muy buena madera para toda especie de fábricas. Se han construido allí algunas embarcaciones, que en los muchos años que cruzan aquellos mares han mostrado la buena cualidad de las maderas de aquel país. Este terreno es particularmente rico de lavaderos de oro, el cual es tan subido de quilates, que de los conocidos hasta aquí le llega solo el de Carabaya. Hablando Herrera de la abundancia de oro que cria esta provincia, dice que el conquistador Valdivia sacaba del trabajo solo de un indio 25, 30 y aun mas pesos al dia. Y el señor Olivares, que residió en este lugar no pocos años, añade que es tan comun este metal que en cualquiera parte que se lave la tierra se encuentra y que hasta en el ventrículo de las gallinas se halla no poco, en lugar de las piedrecillas que siempre tienen, de modo que una señora de solo el que habia recogido de sus aves domésticas tenia hechas algunas joyas.

Lo que mas hace apreciable este territorio es el apreciable rio de Callacalla, o como ahora llaman de Valdivia, por el puerto que ofrece a todo género de embarcaciones. Este sin contradiccion es el mejor que tiene la América Meridional. Suben por el rio navíos de alto bordo hasta la misma ciudad, que dista mas de tres leguas del mar; dan fondo tan cerca de tierra que no se necesitan chalupas para desembarcar la carga. Desde la ciudad se alcanza a ver una isla, que se llamó de Constantino, y la tripulacion del Marqués de Mancera le dió el nombre de este general, con el cual es conocido al presente. En su circuito se ven otras dos islas de de menor extension. La isla de Mancera forma como dos bocas o entradas para los navíos: la que cae a la parte austral, como mas ancha y de mejor fondo sirve para las naves de línea; por la septentrional entran las fragatas y otras embarcaciones pequeñas. Ciñen la boca de este rio dos morros. El septentrional, que se llama Bonifacio, es mayor y mas alto que el austral, al cual dan el nombre de morro Gonzalo. Navegando muy adentro de tierra se da en otra boca mas estrecha que se puede decir la llave del puerto, porque los dos morros que la estrechan están tan vecinos que puesto uno en medio del rio puede alcanzar con un tiro de mosquete a la una o a la otra banda. Llámase el austral morro Manzanos, y el opuesto morro de Nieva. Luego que se pasa esta estrechura se halla a la banda del sur el famoso puerto de que he hablado, porque aunque todo el rio lo es por la quietud de sus aguas, este es muy aventajado por el abrigo que le procuran los montes de parte de tierra. Su ensenada es tan capaz que pueden estar dentro várias armadas sin peligro alguno. Se llama comunmente el Corral.

Don Pedro de Valdivia, que conoció desde luego la importancia del sitio, fundó sobre la ribera austral del puerto el año 1552 la ciudad y fortaleza que apellidó de su nombre en una bella, llana y levantada loma, al grado 39-58' de latitud y 303°-2' de longitud. Su apacible clima, no obstante la humedad que ocasionan los espesos bosques del contorno, y su gran riqueza le procuraron desde los principios crecido número de pobladores,



con lo que en breve tiempo fué una de las ciudades mas pobladas de Chile. Caupolican I, como se ha visto en la historia, la sitió dos veces infructuosamente; pero no así Paillamachu, que, aprovechándose del descuido del comandante, la sorprendió matando la mayor parte de su guarnicion, aprisionando mucha gente, haciendo un grueso botin y destruyéndola del todo, como largamente queda referido, el año 1599. Poco despues de este hecho los holandeses procuraron establecerse en aquel puerto, pero negándoles los víveres los indios, se vieron precisados a desampararlo. El Marqués de Baides, que gobernaba entónces el Reino, y el Exmo. señor Virey, conociendo el daño que podria derivar de la pérdida de este importante sitio, lo fortificaron de nuevo, añadiéndole cuatro castillos sobre los ya dichos morros para impedir la entrada de cualquier enemigo de mar, y otro de parte de tierra al septentrion para contener las tentativas del araucano, destinando seiscientos hombres para la defensa de todos estos puestos. Mediante estas precauciones la ciudad se ha visto libre, así de enemigos de fuera como de los araucanos, pero no del fuego que la ha arruinado una o dos veces enteramente. No obstante el incentivo que ella tiene, no ha vuelto a ser lo que era cuando la destruyó Paillamachu. Presentemente está reducida mas a fortaleza que a ciudad, cuyo título conserva, pero no las formalidades de cabildo. Sin embargo de esto tiene, fuera de la parroquial, un convento de franciscanos, que son capellanes en los castillos, y otro de los Hermanos de San Juan de Dios que cuidan del Hospital Real. Habia tambien una residencia de jesuitas, a cuyo cargo estaba la doctrina de los indios circunvecinos. El Gobernador, que es señalado por Su Magestad, manda no solo en lo militar mas tambien en lo político. Como militar, tiene bajo de sí el sargento mayor, un proveedor, un inspector, diversos capitanes de caballería e infantería y los comandantes de los castillos. Como dependiente del Gobernador de Chile no provee ninguno de estos empleos. Los castillos, particularmente los de los morros, eran hasta en 1764 de muy mala fábrica; pero desde esta época están reducidos a forma regular de fortaleza, mediante la asistencia de un hábil ingeniero que para este efecto envió Su Magestad. Tambien esta milicia fué comprendida en la reforma que hizo don José Manso. Al presente se envian de Lima, anualmente, treinta y seis mil pesos para la paga de la tropa, y de Valparaiso los víveres necesarios para su sustento.

Gobierno de Valparaiso

El Gobierno de Valparaiso es de jurisdicion tan reducida que apénas puede dar a su Gobernador el nombre y carácter de comandante de una plaza. Su autoridad, en efecto, no se extiende sino sobre dos castillos: uno que llaman Viejo, puesto sobre la punta de un monte que se interna al mar por la parte austral de la bahia del puerto, y otro nuevamente construido en el lado opuesto, aunque no sale tanto al mar, bajo el nombre de la Concepcion, donde él reside, y sobre otros dos villajes situados el uno en la ensenada que dejan los montes que defienden los navíos de los vientos terrales, y el otro llamado el Almendral, distante

poco mas de una milla de Valparaiso. La guarnicion de este puerto consiste en una compañía de artilleros. Las sobredichas poblaciones, como no se hicieron de propósito en su principio, no guardan la regularidad de las otras que se han hecho en Chile. La mayor parte de las casas que se ven en Valparaiso sirven de bodegas a los hacendados de Santiago, que en ellas depositan los productos de sus posesiones que deben remitirse a Lima.

Entre los acimentados en este puerto se ve poca riqueza, porque careciendo el lugar de distrito no reside en él algun hacendado. Las haciendas de Quillota, Casablanca y Santiago llegan a tocar con sus casas. Los mas viven de solo su trabajo personal y pocos del comercio de segunda mano que hacen. No obstante, este pueblo se ve muy frecuentado desde principios de primavera hasta bien entrado el otoño por el concurso de las embarcaciones que vienen a cargar para el Perú las producciones de Chile, las cuales desde este tiempo empiezan casi diariamente a bajar de todas las haciendas. Muchas personas de Santiago y de otras partes van con esta ocasion a pasar en él algunos dias, con lo que se aumenta no poco la alegria natural del país que goza de un bellísimo clima. Tiene este solo una parroquia que se extiende lo mismo que la jurisdicion del Gobernador, y los conventos de franciscos, domínicos y mercenarios, pero todos ellos muy pobres y de pocos frailes. Los jesuitas tambien tenian aquí una casa, que en medio de ser de miserable arquitectura, es lo mejor que hay en el pueblo. En el Almendral no hay hasta ahora iglesia alguna. Un frances habia entablado en este villaje una pe sca de bacalao, de que sacaba no poco provecho. Quiera Dios que con su muerte no se haya acabado este ramo de industria con el cual aquellos habitantes, no ménos que los de Valparaiso, podian sobradamente compensar la falta de tierras cultivables. Este mismo frances habia establecido una tenería y una chocolatería, las cuales avivaban la industria del pais. Hállase Valparaiso y su puerto en 33 grados 2' 36" de latitud y 304 grados 45' de longitud. Su puerto es un seno capacísimo y de tal suerte profundo que las naves mas grandes se amarran en tierra. Muchas veces están tan vecinas a ésta que los de los navios se hablan con los de tierra y cuanto mas se arriman a ella están mas seguros de los vientos terrales. El mar es aquí bastantemente abundante de peces; hay mucho atun, bacalao, cazon, congrio y otros peces, como de casi todas las especies de mariscos que dejo descritas. Por la mayor parte del año es quieto y parece que convida a los habitantes de Valparaiso a prevalerse de su oportunidad para ejercitar su industria en la pesca y en el comercio.

Gobierno de las Islas de Juan Fernandez

En el primer libro de esta obra dejo dicho cuanto de bueno y malo se debe decir de las islas de Juan Fernandez. Por tanto solo añadiré que este gobierno, aunque de mayor territorio que el de Valparaíso, está en todo rigor reducido al comando del presidio. Cuando el Excmo. señor don Domingo Ortiz de Rozas entabló este gobierno pensó hacer en dichas islas una poblacion formal, para lo que sacó de la Concepcion poblado-

res. Pero, o por carecer éstos de comercio o porque las tierras de la isla mayor donde se hizo la poblacion no se distribuyeron entre ellos, se vió en tiempo de don Antonio Guill que no podian subsistir. Así se retiraron al continente dejando solo la guarnicion, que se muda cada año, enviándola de la Concepcion, de donde tambien se llevan los víveres y se envia el capellan con facultades de cura. Este depende del Obispo de dicha ciudad, a cuya jurisdiccion se han asignado estas islas por haber sido sus feligreses los primeros pobladores de ellas.

Provincia de Copiapó

Copiapó es la provincia mas vasta de Chile. Ella tiene de largo de Norte a Sur cerca de cien leguas y de ancho de Este a Oeste, esto es, de mar a cordillera, cuarenta y cuatro. Al Norte la dividen los desiertos del Perú, al Levante los Andes, al Sur la provincia de Coquimbo, y el mar Pacífico al Occidente. Tiene esta provincia muchos valles amenísimos, separados por algunos montes que se desprenden de la cordillera y van a unirse con la cadena de los de la costa. La tierra es de suyo fertilísima y da todo género de frutas, legumbres, granos, hortalizas y simientes, así propias como de Europa y de los trópicos. Siendo entre todas las provincias de Chile la mas vecina al ecuador es la mas caliente del Reino, pero su calor nunca llega a ser insoportable, no obstante que las lluvias se dan allí muy raras veces, porque a la falta de éstas suple el gran rocío que cae todas las noches del año. Este, ayudado de una u otra lluvia, basta para que la tierra se mantenga todo el año verde y alegre y se cojan abundantes cosechas, particularmente de maiz, que allí acude a 300 fanegas por una. Sus mazorcas de ordinario tienen media vara, como ya lo escribió don Antonio Herrera. En sus campiñas no se ven grandes bosques ni árboles muy grandes, pero sí muchos matorrales, entre los cuales se cuentan la especie de barrilla, que es un pasto excelente para las cabras y vacas; la chilca y pájaro bobo, de que sacan la brea, como queda dicho en la historia natural. En el reino mineral es una de las provincias mas ricas de Chile; tiene muchas minas de oro, de lapizlázuli, que no aprovechan, y de turquesas, de las cuales abunda un cerro que por su singularidad ha merecido dar el nombre a la provincia, porque Copiapó quiere decir *sementera de turquesas*. Fuera de estas minas, tiene plomo, fierro, azufre y sal, de lo que se puede decir se componen los montes de su cordillera. Sin embargo de tanta riqueza, de tan benigno clima y de tan fértil terreno, es una de las provincias menos pobladas del Reino. Caminar por sus campiñas es lo mismo que caminar por un desierto, porque la gente que las puebla está reducida a aquellos valles que tienen agua corriente; y siendo éstos pocos, la mayor parte consiguientemente está despoblada. Toda esta vasta provincia no tiene mas rios que el Salado, Copiapó, Castaño, Totoral, Quebradahonda, Huasco y Collay. Entre éstos Copiapó y Huasco forman bellísimos puertos en su embocadura, los cuales son conocidos bajo el mismo nombre. El de Copiapó se halla en 26°-58' y el del Huasco en 28°-30'. La gobierna un corregidor, el cual tiene su residencia en la villa de Copiapó, situada sobre el rio de este nombre, en distancia de

catorce leguas del mar a 26°-50' de latitud austral y 300°-5' de longitud. Esta poblacion se empezó a formar mas de un siglo ántes que tuviese las formalidades de villa, habiéndose agregado en aquel paraje muchos españoles que concurrian al trabajo de unas minas vecinas. Así don José de Manso, en su fundacion, no hizo otra cosa que arreglar la distribucion de las calles y solares y darle unos pocos vecinos que sacó de las campiñas, con los que ella va creciendo y aumentándose notablemente en policía y cultura y se aumentará en riqueza si sus pobladores trabajasen mas sus campos, los poblasen mas de ganados y se aplicasen con mayor empeño al comercio, para el que tienen mejor proporcion que los otros chilenos por la inmediacion al Perú, así por tierra como por mar, el cual en su costa es tan manso que pueden ir con toda seguridad en barcas hasta el Callao. Fuera de esta poblacion tiene esta provincia otras dos, que son la de Santa Rosa o Huasco Bajo, cuatro leguas distante del mar, y la de Huasco Alto, cerca de la cordillera, ambas dos situadas sobre el rio Huasco a 29° de latitud. En estas poblaciones tiene el corregidor un teniente que las gobierna en lo político y militar. Lo espiritual está al cuidado de los curas respectivos de dichos lugares y de sus dependencias.

Provincia de Coquimbo

Cuasi lo mismo que acabo de decir de la de Copiapó puedo decir de la provincia de Coquimbo, porque ella es igualmente fértil en toda especie de frutas y semillas del país, de Europa y de las otras partes de la América. Es igualmente rica de los metales de oro y plata, cobre excelente, fierro, plomo, estaño. El nombre de Serena que dió Valdivia a la ciudad que fundó para capital de esta provincia le conviene mas por la serenidad de su cielo, que se puede decir perpétua, porque muy raras veces llueve en ella, que por el motivo de conservar el nombre de la patria de aquel conquistador. Con toda esta sequedad aparente sus campiñas están siempre verdes. El trigo rinde a mas de cuarenta por uno, sus vinos son muy generosos y de buen paladar; los olivos están todo el año con frutos y sus aceitunas dan un excelente aceite. Esta provincia escasea de bosques como la precedente; mas, tiene los árboles suficientes para fábricas y leña. Se extiende por 49 leguas de largo y 40 de ancho, confinando al Norte con la provincia de Copiapó, al Este con los Andes, al Oeste con el mar Pacífico y al Sur con las provincias de Aconcagua y Quillota. Sus puertos son Coquimbo y Tongoy. El primero está vecino a la boca del rio Coquimbo, que le da el nombre como tambien a la ciudad y a la provincia. El otro está hácia los confines de Quillota. Fuera del sobredicho rio riegan esta amenísima provincia el rio Tongoy, que comunica su nombre al otro puerto; el Limarí, Chuapa y Longotoma. Así en ésta como en la antecedente provincia hay no poco ganado vacuno retirado a los montes, porque siendo las haciendas muy vastas y servidas de poca gente, estos animales se han dejado totalmente en libertad. Tampoco en estas haciendas se hacen matanzas de ellos, como en las otras provincias del Reino, no porque no tengan para hacerlas muy gruesas y de mayor

utilidad que en el resto del país, sino porque no tienen la gente necesaria para las funciones que requiere una matanza y principalmente porque la que hay muestra menor actividad en los adelantamientos de sus intereses. Esta es la verdadera causa por que entre ellos no se vean los caudales que se forman en lo restante del Reino a pesar de las mayores proporciones que tienen para enriquecerse. Así su comercio es muy limitado. Apenas se ven llegar al año dos o tres navíos al puerto de Coquimbo, bien que sea uno de los mas bellos y seguros de aquellas costas. Toda su exportacion consiste en una pequeña cantidad de aceitunas secas salpresadas, de aceite, de cueros de cabra, que son los mejores de Chile, de brea, de incienso, de vino y principalmente de cobre en barras y labrado. El dinero que adquieren con este tráfico se emplea en comprar otros efectos que les llevan de las provincias vecinas.

En toda esta gran provincia no hay otra poblacion que la de la Serena o Coquimbo, fundada el año 1544 a grados 29—49' de latitud y 304—32' de longitud. Dista solo un tercio de legua del mar y está situada en una bellísima meseta a orillas del rio que le sirve de muro por un costado. La parte que mira al mar está naturalmente cortada a la altura de mas de tres estados de hombre. Los otros dos lienzos están murados de adobes. El recinto de la ciudad corresponde al número de los habitantes, que es muy reducido. Diez o doce familias son las que la mantienen en alguna civilidad y esplendor. Desde sus principios se fundó con la primera nobleza que llegó al Reino, y aunque ésta fué pasada a cuchillo por los nacionales, como se ha dicho en la historia, le fué sustituida otra de no menor calidad que es la que hasta ahora se conserva. En lo civil está gobernada por el Corregidor de la Provincia y por su Cabildo propio; y en lo espiritual por un párroco que extiende algunas leguas fuera de la ciudad su jurisdicion. Hay en ella conventos de domínicos, franciscanos y mercenarios y Hermanos de San Juan de Dios, que sirven a un hospital. Los jesuitas tenian tambien un colegio con bastante número de sugetos para atender, así a la enseñanza de la juventud como al bien de las almas de aquellos vecinos. Todas estas religiones tienen sus iglesias de miserable construccion por lo que mira a la arquitectura, pero ricas de ornamentos y vasos sagrados que muestran la piedad de aquella gente. Esta ciudad, que Dios ha privilegiado no afligiéndola con temblores, ha sido dos o tres veces saqueada por los piratas ingleses. El holandes tenia miras sobre ella, mas no pudo efectuarlas por no haber conseguido su intento en Valdivia.

Provincia de Quillota

La provincia de Quillota tiene de largo veinticinco leguas y dieziseis de ancho. Confina al Norte con la de Coquimbo, al Este con la de Aconcagua, al Sur con la de Melipilla y al Oeste con el mar. La gran riqueza de sus minas de oro y cobre, la dulzura de su clima y la fertilidad de la tierra hacen que ella sea una de las mas pobladas de Chile. En las haciendas se coge mucho trigo, mucho cáñamo, en lo que ella particularmente se distingue, y se hacen gruesas matanzas de vacas. El terreno es

muy a propósito para esta especie de bestias; el cardo es el pasto mas ordinario de sus campiñas, con el cual ellas engordan notablemente. A mas de ser regada de los rios Longotoma, Ligua, Chille o Aconcagua, Limache y de otros diversos arroyos perennes, el cielo descarga con frecuencia sus aguas, con lo que sus campos están siempre verdes. Mucha parte de esta provincia es montuosa, pero no poblada de grandes bosques. Entre sus montes es notable el cerro llamado *Campana*, tan alto que es el primero que descubren los marineros al llegar a Valparaiso; y entre sus árboles, la palma de cocos, que dejo descrita en la Historia Natural, de la cual se ven bosques enteros. Esta procura a los habitantes un ramo de comercio con el Perú, por su fruto, y con el resto de Chile por la miel que sacan de su cima. Se hacen tambien en esta provincia muy buenos quesos. Entre las frutas de Europa, de que abunda, se distingue una especie de manzanas camuesas, por su grandeza notables, su gran fragancia y delicado gusto. Esta provincia suministra muchos renglones al comercio activo de Chile, fuera del mucho oro y cobre que se saca de sus minas. El Corregidor gobierna lo político y militar de ella y tiene su residencia en la villa de San Martin o Quillota, que es la capital. Esta villa, que fundó don Martin de Concha en 1717, siendo gobernador interino del Reino, está situada en un amenísimo valle que forma el rio Chille en grados 42—96' de latitud y 304—20' de longitud. Está bien poblada, y aunque en ella no haya vecinos de grandes caudales, los mas lo pasan cómodamente. Ellos trafican con Valparaiso, donde llevan no solo toda especie de frutas, verduras y granos, sino hasta la carne, quesos, mantequilla y las cosas mas menudas, que venden entre los habitantes y gente de mar. Tiene esta villa una parroquia, una capilla de Santa Ana, un convento de domínicos, otro de franciscanos y otro de agustinos. Tenia tambien un colegio de jesuitas. Se ven en ella algunas fábricas bastantemente buenas, segun la rústica arquitectura de todo Chile. En las iglesias no hay otra cosa buena que los vasos sagrados y los ornamentos. Fuera de esta poblacion hay en la provincia otras várias que pueden decirse aldeas. Son éstas las que llaman Plaza, Placilla e Ingenio, que estan en 32 grados de latitud, y Petorca, que es muy poblada por el gran concurso de mineros que trabajan las inagotables minas de oro que se encuentran en su territorio. Yace ésta sobre el rio Longotoma, en 31 grados y 30' de latitud y 305 de longitud. Ninguna provincia de las de Chile tiene tantos puertos en su costa como esta de Quillota. Sin contar el de Valparaiso, que está fuera de su jurisdicion, tiene el famoso del *Papudo* en 32 grados, a donde llegaban el siglo pasado a cargar el trigo, sebo, cordobanes, jarcia y demas efectos de esta provincia los navíos del Perú. Medio grado mas adelante el de la *Herradura*, y pocos minutos mas arriba el de *Quintero*, donde Valdivia pensaba entablar un astillero y de quien dice Jorge Spilberg: *Portus hic nullius secundus*, y ya anotado en la historia por el desembarco que habia hecho en él el holandes; y últimamente el de *Concon*, que cae en la punta setentrional que forma la bahia de Valparaiso.

Provincia de Aconcagua

De lo que dejo dicho de las dos provincias antecedentes, la de Aconcagua, que se sigue, confina con ellas: a Setentrion con Coquimbo y al Occidente con Quillota; por Mediodia con la de Santiago y por Oriente con la cordillera. Ella es de largo y ancho lo mismo que la de *Quillota* y tiene los mismos rios, pero otros muchos mas arroyos. Ninguna provincia puede pretender ser mas fecunda de granos y frutas que esta. En ella acude prodigiosamente el trigo, y de ella sola se sacan para Valparaiso muchos millares de fanegas todos los años. Es no ménos abundante de minas de cobre y oro que Quillola, y en animales de Europa le supera. Su campiña, por la mayor parte plana, es amenísima y cuasi toda de regadío; por lo que pasando por ella tantos y copiosos rios no teme la sequedad, la que tampoco es frecuente en su cielo, porque éste se carga de nubes que disuelve en lluvias así en otoño e invierno muy frecuentemente, como no pocas veces en las otras estaciones del año, de modo que raras veces tienen que echar mano de las acequias de que tienen sangrados los rios. No abunda de maderas pero tampoco le faltan, porque así en las faldas de la cordillera como en los otros montes que cortan sus valles tiene grandes árboles de que se pueden aprovechar sus habitantes. El principal comercio que hace esta provincia consiste en el trigo y cobre, porque, aunque en su distrito haya minas de oro, éstas se trabajan poco como tambien las de plata de *Gormaz* que allí se encuentran Tiene una villa, fundada por don José Manso en 1742 con el título de *San Felipe el Real*, pero el de la provincia ha prevalecido, de modo que ya no se conoce con otro que el de *Aconcagua*. Está situada a orillas del rio de este nombre, en grados 32 y 48 minutos de latitud y 305 y 50 de longitud. Tiene, a mas de la parroquia, cuatro pobres iglesias, que son las de los religiosos de Santo Domingo, de San Agustin, de Nuestra Señora de la Merced y la que fué de los jesuitas. En esta villa se ha visto, mas que en ninguna de las otras, lo que es recoger a poblado la gente dispersa por la campiña, por la civilidad que se nota en sus habitantes, la que de dia en dia irá creciendo con el frecuente comercio. Tiene tambien la singular prerrogativa que ella es paso para todo el comercio que tiene el Reino con la provincia de Cuyo y Buenos Aires. Fuera de esta poblacion, en que reside el Corregidor, tiene hácia los Andes una aldea llamada *Curimon*, donde los franciscanos de la estrecha observancia tienen un convento numeroso que da pasto espiritual y edificacion con sus buenos ejemplos a aquellos habitantes.

Provincia de Melipilla

Despues de Quillota, siguiendo la costa de Chile, entra la provincia de Melipilla, dejando al Norte a Quillota, teniendo a la de Santiago al Este y al Sur la de Rancagua. Esta provincia es muy estrecha hácia el mar; pero de Oriente a Poniente se extiende hasta cerca de veinticinco leguas. Todo este distrito está bien poblado de españoles y la mayor parte de las haciendas que hay en él pertenecen a los vecinos de la ciudad de Santiago.

Goza de un temperamento de los mas benignos de Chile, y creido saludable para los que padecen afecciones al pecho o están tocados de eticia, porque sus aires son algo gruesos. La tierra produce aquí hasta el ochenta por uno en el trigo, en la cebada duplicadamente y en el maíz aun mucho mas, y a esta proporcion son los otros granos y miniestras. Con esta misma fertilidad y abundancia se cogen en toda ella las otras frutas de Europa, entre las que la uva se distingue por el buen vino que de ella se hace. Abunda en ganado mayor y del menor tiene mas que el suficiente. Lo mismo sucede con los caballos y mulas. Ella es una de las que mas contribuyen con producciones del país al comercio activo del Reino. Finalmente, riegan esta provincia el rio *Mapocho* y *Poangue*, pasando cuasi por medio de ella, y el rio *Maypo*, que la divide por medio de diversos canales que han sacado de él. Fundó en ella el año 1742 don José Manso, una villa, dándole por titular al glorioso patriarca San José y distinguiéndola con el nombre de su patria, *Logroño;* pero como en casi todas las otras ha sucedido con este nombre lo que con los otros, que lo han dejado por el del país, y así es conocida en el Reino por el de *Melipilla*. Dióle competente número de pobladores sacando algunos de la capital, que está poco distante; pero no obstante, ella se ha poco o nada aumentádose, no obstante la bella situacion que se le dió no léjos del rio *Maypo*, tanto porque la mayor parte de sus haciendas pertenece, como he indicado, a los vecinos de Santiago, como porque los que tienen alguna cosa se la quieren gozar en la capital. Así no pocos de sus pobladores la han desamparado. Desde el principio le puso su fundador, a mas de la parroquia, conventos de San Agustin y de los religiosos de la Merced, como una casa de jesuitas. Hállase esta villa en 33 grados y 32 minutos de latitud y 304—45 minutos de longitud. Fuera de esta poblacion en que reside el Corregidor, tiene otra en las vecindades del rio Mapocho, que poco ántes vuelve a nacer, llamada *San Francisco del Monte*, en la cual, con ocasion de un convento de franciscanos, se han ido uniendo muchas familias de gente pobre, que es la que forma esta poblacion. Ella goza de una bellísima y alegrísima situacion, por lo que ha inducido a varios señores de la capital a fabricar allí algunas casas cómodas para venir allí a divertirse por algun tiempo del año. No muy distante de la boca del rio Maypo tiene tambien su puerto que se llama de San Antonio, en otros tiempos frecuentado y ahora del todo desamparado. Hállase en grados 33 y algunos minutos mas de latitud y 303 y 88 de longitud.

Provincia de Santiago

La provincia de Santiago es la menor de todo el Reino. Ella se extiende de Oriente a Poniente solo quince leguas y de Septentrion a Mediodia doce. Tiene al norte la de Aconcagua, los Andes al este, y el rio Maypo al Sur, y Melipilla al Occidente. Está regada de los rios *Mapocho, Colina Lampa* y de varios otros riachuelos, como de muchos canales que se han sacado del rio *Maypo*. Tiene tambien la laguna de *Pudaguel*. Su distrito es cuasi todo llano y muy escaso de árboles de madera, porque sus pobladores inconsideradamente han arrasado los bosques, por lo que esta

provincia experimenta alguna sequedad, y necesita traer de las otras provincias la madera de construccion. Tiene algun espino, pero como este no sea arbol de gran cuerpo, le sirve mas para quemar que para la construccion de sus edificios. Han procurado suplir esta falta de bosques con la formacion de huertas de árboles frutales de toda especie y con algunos olivares, pero aunque éstas sean muchas y grandes, no son las bastantes para producir el efecto de las aguas que vienen de los bosques, ni la utilidad que, siendo ellos bien entendidos, se percibe. Con esto han hecho ver la fertilidad de la tierra en toda especie de granos, de miniestras y de berzas; al trigo se le ve rendir en no pocas partes a mas de ciento por uno, y la cosecha mas miserable no baja de sesenta. Abunda de viñas, que son aquí altas cuasi el estado de un hombre, y se coge de ellas mucho vino, pero no de la mejor calidad por el mucho riego que dan a las viñas y el mal gobierno que tienen de ellas en su cultura, como en el modo de hacer el vino. Las otras frutas de Europa, así por la calidad como por la cantidad y grandeza, son particulares aun dentro del Reino, y de las de esta provincia se deben entender los grandes elogios que han hecho los viajantes, de los frutos de Chile. Con todo que ella sea tan restringida no carece de minas. En los montes de Caren tiene riquísimas de oro, y en los de la cordillera, de plata. Se halla cerca de la ciudad un monte de piedra bellísima de cantería y dentro del recinto de la ciudad otro de un marmol rojo durísimo; tiene otros diversos montes de piedras calcáreas. En esta provincia se halla aquella tierra apreciabilísima *bucarina*, y de todas las otras de que he hablado en su lugar. El corregidor de esta provincia reside en la ciudad de Santiago, que es la que le da mas aprecio que toda su referida riqueza natural. Fundó esta ciudad el conquistador don Pedro Valdivia el año 1541 en grados 33 y 31 minutos de latitud y en 305 y 40 minutos de longitud, sobre un vasto y delicioso valle a las orillas australes del rio Mapocho que comunica su nombre al valle.

Hace muro a este feracísimo valle por la parte del Oriente la cordillera nevada y al poniente las ásperas montañas de *Poangue*, *Caren* y *Lampa*: por la banda del sur y norte la rodean otras montañas, que aunque no levantadas como estas otras, tienen lo bastante para defenderla y hermosearla. Su diámetro tomado de Oeste a Este, esto es, de la cordillera a las montañas de Poangue y Caren es de siete a ocho leguas, y de Septentrion a Mediodia, esto es, desde el rio de Colina hasta el de Maypo, de nueve a diez leguas, con lo que su circunferencia es de veinte y nueve a treinta leguas. En este valle a distancia de siete leguas de la Sierra Nevada y de treinta del mar, se levanta una colina que los españoles han llamado Santa Lucía, por la parte austral del sobredicho rio Mapocho, a cuyas faldas habiendo hallado muchos indios don Pedro de Valdivia, resolvió su primera fundacion en Chile, sirviéndose de la dicha colina como de fortaleza para defenderla contra los intentos de los naturales, poniendo la poblacion bajo el cañon. Esto no le salvó para que no fuese destruída de los *mapochinos*, ni para que ellos no llegasen a la misma fortaleza con una constancia inexplicable, como consta por la historia. Dióle forma del juego de un ajedrez, dejando un cuadro vacío en el medio

para la plaza; tiene cada uno de los cuadros ciento y cincuenta varas castellanas, y el que compone la plaza tenia demas el ancho de las cuatro calles que la cruzan, hasta el gobierno de don Manuel de Amat, que en el costado oriental, dejando libre la calle, edificó en lo interno de dicho cuadro un mercado, que por lo mal entendido de la fábrica, ha quitado toda la hermosura a esta plaza. Por la banda septentrional de ella estan las casas del Gobernador, las salas de la Real Audiencia, las de la ciudad con sus cárceles, y en lo interno las casas reales de Su Magestad. Hasta el año de treinta de este siglo fué este edificio de muy buena arquitectura, pero desde entónces, quitado su alto, se ha reducido a poca cosa. En la parte opuesta está la casa del Conde de Sierrabella, que muestra haber sido o tenido algo de bueno en punto de arquitectura. La de Occidente ocupa la catedral con las casas del Obispo, que presentemente nada tienen de particular. La catedral se hace al presente de nuevo toda de piedra de sillería, y acabada tendrá su frontis a la plaza, porque la antigua con los terremotos habia padecido mucho. Fuera de estos edificios, que son notables, se ven varios de particulares, aunque no de buena arquitectura, que hacen ver la magnificencia en las costosas portadas y en los fierros en mucha parte dorados a fuego de sus ventanas. La ciudad, que ántes estaba espaldeada de la sobredicha colina de Santa Lucía y separada del arrabal la *Chimba* por el rio, y de otro por la parte meridional por medio de una gran calle llamada la *Cañada*, hoy abraza la colina y los dos dichos arrabales en su recinto. Al de la Chimba se une por un bello puente hecho a todo costo. Los mayores caudales de Chile se hallan en esta ciudad; la mayor nobleza la puebla; cuenta diez títulos de Castilla, muchos caballeros de las órdenes militares, y no pocos mayorazgos. Tiene la gloria de haber dado nacimiento de padre y madre chilenos a un grande de España, que despues fué gobernador de las islas Canarias, capitan general del ejército contra la Francia y Virey de Navarra, cual fué el Exmo. señor don Fernando de Andia e Irarrázabal; en ella han tenido oríjen muchos togados y mitrados que han servido con honor de su patria a Su Magestad. Todos los religiosos que han entrado en Chile tienen casas en esta ciudad. Los dominicanos dos; los franciscanos cuatro; los agustinianos dos; los mercedarios dos; y los Hermanos de San Juan de Dios una con el hospital real de que cuidan. Los jesuitas tenian tres colegios con escuelas públicas, donde enseñaban las ciencias superiores e inferiores y una casa de ejercicios espirituales. Adornan no poco esta ciudad los siete monasterios de monjas que tiene, dos de los cuales son muy numerosos y cogen dos cuadras cada uno en su extension, el uno de Claras y el otro de Agustinianas. Contribuyen a su cultura dos colegios, uno de nobles y otro tridentino; porque en ellos se les enseña a los hijos de esta ciudad y de todo el Reino no ménos las letras que la cristiandad y urbanidad. No está falta tampoco de obras pías, porque tiene una casa para huérfanos fundada por el Marqués de Montepío; una casa de correccion de malas mujeres y una capilla intitulada la Caridad, donde se llevan a enterrar los pobres, y en estos últimos años se han puesto algunas camas para enfermos pobres. Los Tribunales mayores del Reino, como de la Real Audiencia, de la Real Hacienda y del Consulado residen

en ella; tambien reside el Gobernador, presidente y capitan general del Reino. La Real Casa de Moneda, le da mucha riqueza, como la Real Universidad por su parte no ménos lustre, porque desde que ella se ha entablado se han visto resaltar los ingenios de los hijos de esta ciudad. Su Cabildo se compone del corregidor, de dos alcaldes que se mudan todos los años y de doce regidores perpétuos. Difícilmente se encontrará ciudad que sea mas abundante de todas las cosas necesarias para pasar la vida cómoda, como la ciudad de Santiago, porque a mas de lo que ofrecen sus campiñas, de todas partes concurren a traer lo mejor para venderlo en ella, donde saben que se los han de pagar bien. Se cuentan en Santiago cuarenta y seis mil habitantes, cuyo número cada dia se va aumentando sensiblemente por el gran comercio que se hace en ella. No obstante esto tiene solo cuatro parroquias, esto es, la Catedral, Santa Ana, S. Isidro y Renca, que coge una parte de la ciudad, aunque de campaña, que son las que la gobiernan en lo espiritual. La Catedral, donde se hacen los divinos oficios con toda magnificencia, no tiene aun completas sus sillas, por la razon que dejo dicha, tiene solo cinco dignidades y cuatro canónigos, de los que dos son de oposicion y los otros dos de nómina real.[1]

Provincia de Rancagua

La provincia de Rancagua está encerrada entre los rios Maipo por el Septentrion y Cachapoal por el Mediodia y se extiende desde la cordillera hasta el mar. Su extension entre dichos rios es muy desigual porque ya tiene diez y siete, ya ocho leguas solamente. La bañan los rios Codegua, Chocalan y muchos otros pequeños. En esta provincia está la laguna de sal de *Bucalemu*, de que tengo hablado en el primer libro de esta obra, y fuera de ésta tiene otra tambien de sal, de la que no es poca la que se saca. Ademas de las dichas lagunas tiene la que llaman *Aculeu*, que boxea mas de dos leguas y de donde se sacan los *cauques*, de que he hablado en su lugar. Es tambien esta provincia fertilísima de trigo, acudiendo aquí la tierra a mas de ochenta por uno. Es escasa de bosques, pero, con todo, muy poblada de vacas, cabras, ovejas y de excelentes crias de caballos y mulas. Santa Cruz de Triana quiso nombrar don José Manso la Villa que fundó el año 1742 en esta provincia, en grados 34 de latitud y 305 y 32 minutos de longitud. Para conformar la planta al nombre, se apartó en algo al de Valdivia, que observó en las otras fundaciones, porque las calles no salen a las esquinas de la plaza, sino al medio de ella y así solo cuatro son las que refieren a la plaza y sus esquinas quedan cerradas. Puso en ella, fuera de la parroquia, los conventos de franciscanos y mercedarios y la residencia del corregidor de la provincia. Con esto y tener algunos de sus vecinos posesiones en su distrito, no es poco lo que se ha aumentado la populacion y civilidad. El sitio que ocupa la villa es alto, seco, sin dejar de ser llano y parejo. Fuera de esta villa, tiene la provincia una

1 Aqui hay una lámina que representa la ciudad de Santiago con la designación numérica de los edificios más notables.

aldea hácia el mar, en grados 33 y 50 minutos de latitud y 304-20 minutos de longitud, que una rica mina de oro, allí descubierta recientemente, ha hecho que allí se forme un establecimiento español, el cual, con la gente que atrae su riqueza, de dia en dia se va aumentando.

Provincia de Colchagua

La provincia de Colchagua es una de las mas apreciables del Reino de Chile por la gran fertilidad de sus tierras, que rinden mas de ochenta por uno; producen un vino excelente, dan frutos de los mas sazonados del Reino y por la gran riqueza de sus minas de oro, por la benignidad de su clima y por muchas otras circunstancias que no se hallan en las otras. Está ella entre los rios Cachapoal y Teno, la cordillera y el mar, y así de Septentrion a Mediodia, hácia las montañas de la cordillera, tiene veinticinco leguas y hácia el mar cerca de catorce. La bañan los rios Rio-Clarillo, Tinguiririca y Chimbarongo. Fuera de éstos tiene las lagunas Taguatagua y Cahuil, de las cuales la primera está llena de islas que van acá y allá, segun las lleva el viento que azota contra los matorrales que se sustentan en ellas; y la segunda abunda de choros, que se aprecian, a lo ménos, en las partes distantes del mar. Ninguna provincia da tanto trigo para el comercio de Chile con el Perú como esta, como ni tanto sebo, ni frutas, de modo que aunque no hubiese las ricas minas de que disfruta, con solo las producciones de sus haciendas los pobladores de esta provincia podian ser ricos. En la realidad, sus muchos pobladores gozan de una comodidad mas que mediana; y, para decirlo en una palabra, es Colchagua la provincia de Chile que tiene en su campiña personas mas ricas. Con todo que ella no es de las mas grandes, tiene fuera de la capital otras poblaciones, como son Rio Clarillo, Malloa y Roma. Malloa se distingue por un convento que tiene de religiosos menores de San Francisco y por el comercio que hace de pimientos o ají, el cual en este territorio es planta vivaz, pues dura la planta frutando tres y cuatro años. La capital y donde reside el corregidor de la provincia, es San Fernando, fundada por don José Manso y Velasco el año 1742, en grados 34 y 18 minutos de latitud y 305 y 30 minutos de longitud. El sitio en que la puso no es de lo mejor, porque está en un bajo que es sobradamente húmedo y dominado del rio Tinguiririca, que no dista mucho. No obstante, goza de un bello temperamento y muy sano, lo que no puede atribuirse a otra cosa que a lo despejado del llano que la circunda, porque en todo él no se ven ni muchos ni grandes árboles y así es libremente batida de los vientos. Púsole Manso una parroquia y un convento de franciscanos, y un particular habia fundado un colegio de misioneros campestres, jesuitas. Estos estaban para acabar una iglesia de perfecta arquitectura, la cual, por esto, hubiera sido singular, no solo en la villa sino en todo Chile.

Provincia de Maule

La provincia que los españoles han llamado de Maule por el gran rio que la baña, se compone por la mayor parte del territorio que los natu-

rales del Reino llamaban *promocaes*, esto es, gente de delicias, nombre que ellos dieron conociendo la bondad de dicho territorio. A la verdad, es uno de los mas deliciosos del Reino. Su terreno es fertilísimo en trigo, en toda especie de granos y frutos; se hace en él muy buen vino. De todos estos efectos hace poco comercio por la distancia tan grande que tiene de los puertos Concepcion y Valparaiso, que son donde se hace el de todo Chile; y los habitantes, aunque podian en su costa formarse un puerto o rada, no se han cuidado de eso, contentos con comerciar con otros géneros que les traen no poca utilidad, como son las vacas, cabras, ovejas, caballos, mulas, de que abundan grandemente; quesos excelentes, sal, oro y tambien cobre. La abundancia de todo comestible distingue esta provincia entre todas las del Reino. Esto le ha traido tantos pobladores que la han hecho la mas poblada del país. La cualidad de su clima hace que sus habitantes sean reputados en Chile por los mas valerosos, robustos y mas propios para la guerra. Extiéndese la jurisdicion de esta provincia desde los confines de Colchagua, que queda al norte, hasta cuarenta y cuatro leguas de largo, teniendo de ancho cuarenta. Al este la limitan los Andes, al sur Chillan, al suroeste Itata y al occidente el mar. Está regada por los rios Lontué, Rio Claro, Pangue, Lircay, Guenchulami, Maule, Putagan, Achiguenu, Longaví, Loncomilla, Purapel y otros ménos considerables. En ninguna provincia hay tantos establecimientos españoles. Fuera de la capital de la provincia, tiene a Curicó, Cauquenes, San Xavier de Bella Isla y San Antonio de la Florida. Estas dos últimas se fundaron en el año de 1755, la primera en grados 35 y 4 minutos de latitud, y 304 y 59 de longitud; y la segunda en 35 y 20 de latitud, y 304 y 45 de longitud; pero ellas, se puede decir, han quedado en un puro proyecto, porque nada han adelantado. La de Curicó o San José de Buena Vista, como la intituló su fundador Manso, fué puesta por éste el año 1742 en un sitio muy malo y que no correspondia al nombre porque era muy melancólico y húmedo; pero destruida con el terremoto del 51 de este siglo, fué trasladada al lugar que ahora tiene, que es al pié de una amena colina que le cae al occidente, de donde da vista a una llanura amenísima. Está a grados 34 y 24 minutos de latitud y 305 de longitud. Tiene una parroquia, un convento de mercedarios y otro muy grande de franciscanos de la estrecha observancia. Han hecho sus vecinos bastantes buenas casas, visten a lo ciudadano y se tratan con mucha civilidad y cultura. El mismo año que Curicó, fué fundada Cauquenes o las Mercedes de Manso, entre los rios Tutuben y Cauquenes, en grados 35 y 40 de latitud y 304 y 30 minutos de longitud. Tiene, a mas de la parroquia, un convento de franciscanos. Se señalan los pobladores de esta villa y del distrito de su campiña en la fábrica de los quesos, que son los mejores que se comen en Chile. Hállase a mas de estos establecimientos españoles un pueblo de promocaes con el nombre de *Lora*, hácia la boca del rio Mataquito, en grados 34 y 10 minutos de latitud y 303 y 50 de longitud. Es poblacion numerosa y está gobernada por un ulmen. A mas de este pueblo de promocaes tiene otros tres o cuatro de indios nativos, que se gobiernan de la misma manera. La capital de esta provincia se llama San Agustin o Talca, que es el nombre con que mas comunmente se conoce en Chile.

Ella fué fundada el año 1742 a orillas de Rio Claro, en grados 34 y 47 minutos de latitud y 304 y 45 de longitud. Su sitio, aunque no de los mejores de la provincia, fué preferido por un convento de agustinianos que habia en él. Con todo, ella es la que mas ha crecido y aumentádose de todas las poblaciones que se fundaron en ese mismo año, tanto en gentes, como en caudales, civilidad y cultura. Se ven en ella no pocas casas tan buenas y tan alhajadas como en la capital del Reino. Tiene, a mas de la parroquia, conventos de predicadores, de menores de San Francisco, de agustinianos y mercedarios y una casa que pertenecia a los jesuitas.

Provincia de Itata

La provincia de Itata se extiende a lo largo de la costa entre el corregimiento de la provincia de Maule y el de Puchacay y confina al Este con el de Chillan. Ella tiene de Oriente a Poniente veinte leguas y de Septentrion a Mediodia once. El rio Itata, que la atraviesa, le da el nombre, fuera del cual la riegan otros menos considerables. Su territorio produce el mejor vino de Chile, el cual, porque se hace comunmente en las haciendas que pertenecen a los vecinos de la Concepcion, es conocido bajo el nombre de *vino de la Concepcion*. Todas estas viñas son tan bajas que los racimos tocan a la tierra. Ellas están colocadas sobre colinas altas y no tienen otro riego que el de las lluvias. A mas de esto, es abundante de toda especie de granos, bien poblada de toda suerte de ganados y en ella hay muchas crias de caballos, particularmente de los de *brazos*. Sácase tambien no poco oro, así de los montes como de los lavaderos. Es mas poblada de bosques y tiene excelentes maderas, lo que hace que en ella sean mas frecuentes que en las otras provincias dichas las lluvias. Tambien es una suma muy sorprendente de *papas* la que anualmente se cosecha en esta provincia. Tiene una sola poblacion de españoles, que lleva el nombre dulcísimo de *Jesus*, pero que se conoce mas frecuentemente con el de *Coelemu*. La fundó el Excmo. señor don Domingo Ortiz de Rozas el año 1753, poniéndola vecina a la boca del rio Itata, en grados 36 y 2 minutos de latitud y 303 y 42 de longitud. Ella ha crecido tan poco que está como en principios de poblacion.

Provincia de Chillan

La provincia de Chillan, de que se habla tantas veces en la historia de Chile, confina por el Norte con la de Maule, al Este con la cordillera, al Sur con la de Huilquilemu y al Occidente con la provincia de Itata. Su extension es cuasi como de la precedente. La bañan los rios Ñuble, Cato, Chillan, Diguillin, Dañicalquin y otros muchos pequeños. Su terreno es por todas partes plano, amenísimo y propísimo para crias de ovejas, de las que se ven en ella manadas numerosísimas, cuya lana puede decirse es la mejor de Chile. Estas bestias forman el principal comercio de esta provincia, enviando fuera todos los años cantidad muy considerable de carneros para las otras provincias del Reino, llegando con ellos hasta la última de Copiapó. Fuera de esto, comercia esta provincia con toda espe-

cie de granos y frutas que envia a la Concepcion, particularmente en harinas. Tiene tambien en sus cordilleras buenas maderas, particularmente cipreses, de los que hacen una tablazon excelente. Abunda de caballos y mulas, y en una palabra, es una de las que concurren notablemente al comercio activo del Reino. En esta provincia es donde se hacen las célebres bayetas de que he hablado, y al cabo del año sus habitantes sacan de este trabajo no pocos millares de pesos, como tambien de las cubiertas de cama y otros efectos de lana. Se hacen tambien en ella algunos ponchos por lo comun *abalandranados*. Tiene una sola poblacion española fundada por don Rodrigo de Quiroga, siendo gobernador por la tercera vez del Reino, el año 1580, con el título de San Bartolomé de Chillan sobre el rio de este nombre en grados 36 de latitud y 305 y 2 minutos de longitud: ella ha sido muchas veces arruinada por los araucanos, como consta de la historia, y el año 1751 por un terremoto. Sus vecinos, con esta ocasion, procuraron mejorar el sitio, que era bajo y expuesto a inundaciones, mudándolo a mas elevado y seco y mas alegre, como de comun acuerdo lo hicieron el año siguiente, con lo que esta ciudad goza hoy dia uno de los sitios mas ventajosos. Es ella bien poblada, tiene vecinos bien acomodados y la habitan familias de la mas ascendrada nobleza de Chile. Está gobernada por el corregidor de la provincia, que reside en ella, y por su Cabildo en la forma de las ciudades de España. Tiene una sola parroquia, que se extiende leguas fuera de la ciudad, y conventos de franciscanos, dominicanos y mercedarios y un colegio que fué de los jesuitas. Fuera de ésto, tiene un pueblo de indios a orillas del rio Itata, con el nombre del *Membrillar*, que el Poncho Chileno ha colocado en la banda austral del rio Itata, no estando él sino de la banda septentrional. Es poco numeroso.

Provincia de Puchacay

La provincia de Puchacay confina por el Norte con la provincia de Itata, al Este con la de Huilquilemu, al Sur con Biobio y al Occidente con el mar. Ella tiene de Septentrion a Mediodia doce leguas y de Oriente a Occidente veinte. Por la mayor parte es montuosa y llena de bosques grandísimos, tanto de todas las especies de árboles que dejo descriptas, del país, cuanto de manzanos y membrillos, que en ella forman bosques de muchas leguas. Hay algunas viñas, pero por lo comun no hacen de los mejores vinos, a lo que puede contribuir lo mucho que llueve en esta provincia. Las otras producciones de Europa se dan muy bien. El trigo rinde hasta treinta por uno y la cebada excesivamente. Está su campiña muy poblada de ganado vacuno, cabras, y principalmente de caballos, que se crian muy fuertes y generosos. El temperamento es muy dulce y sano. Entre las frutas nativas del país abunda la *murtilla* y las fresas o frutillas, de que está cubierta la mayor parte de su campiña. De estas cultivadas se ven en várias partes de su territorio una especie que crece tan grande como un huevo de gallina y las otras son mayores que los de paloma. Las silvestres son como las que veo cultivar en la Italia, con solo la diferencia que aquellas despiden mas olor y son de mejor gusto.

Abunda tambien su territorio de lavaderos de oro, de los que no es poco el que se saca todos los años. El corregidor de esta provincia reside en la villa de San Juan Bautista o Gualqui, fundada por don Manuel de Amat el año 1759 sobre la márgen septentrional del Biobio, en grados 36 y 44 minutos de latitud y 303 y 48 de longitud. No tiene otra iglesia que la parroquial. Hay en ella varias fábricas u hornos de ladrillos, tejas y ollas, en lo que consiste principalmente el comercio activo de sus pobladores. Estaria muy bien en esta villa una fábrica de loza, porque en sus inmediaciones hay mucha greda y arcilla, que sabiéndola aprovechar, traeria mucha utilidad no solo a sus habitantes sino a todo el Reino.

Gobierno de la Concepcion

Dentro de la sobredicha provincia de Puchacay está el corregimiento de la Concepcion, que une en sí el gobierno de las armas de dicha ciudad, el cual con la mudanza que se ha hecho del sitio de la ciudad, ha extendido su jurisdiccion de modo que puede componer una pequeña provincia, porque se extiende por cuasi todas las márgenes de la bahía que lleva el mismo nombre, y así no manda solo en la ciudad y sus propios el corregidor sino en el nuevo puerto de *Talcahuano*, y llega hasta mas allá del pueblo antiguo de *Lirquen*. De este modo viene a tener de largo de seis a siete leguas, y de ancho de tres a cuatro. Manda él tambien en la isla de la *Quiriquina*, que es la que sirve de defensa de su anchuroso puerto. Por esto he creido necesario poner este corregimiento o gobierno separado. Ningun lugar ha sido mas disputado que éste, y ningun establecimiento español, segun dejo referido, ha sido mas bañado de sangre que él, como de la breve relacion de su historia que voy a tejer, se verá. Fundó esta ciudad don Pedro de Valdivia, año 1550, en un seno o pequeño valle que forman sobre el mar algunas bellas colinas, en grados 36 y 42 minutos de latitud, y 303 y 23 minutos de longitud con 30 segundos. A los cuatro años de esta su fundacion, en que ya ella contenia mucha riqueza y crecido número de pobladores por el mucho oro que se sacaba de sus vecindades, despues de la infeliz batalla de la cuesta de Mariguenu, el gobernador Villagra creyó deber abandonarla, como lo hizo, llevándose a Santiago sus vecinos. Volvió al año siguiente a reedificarla, pero tuvo otra vez precision de no persistir en ella. Don García de Mendoza la reedificó tercera vez, no sin contraste de los araucanos, y despues de algunas victorias que alcanzó contra estos el año 1558, la puso en mejor forma de defensa, añadiéndole buenas fortificaciones, las que le hicieron sostener el asedio de cincuenta y dos dias que le puso *Antuneeul*, teniente general de *Antuguenu*, y a este modo sostuvo diversos ataques de los araucanos hasta el año 1603, en que con las otras ciudades australes fué tomada y destruida por el toqui *Paillamachu*. En el mismo año la volvieron a edificar los españoles, poniendo en ella la silla espiscopal que estaba antes en la Imperial, y ella volvió en breve a conseguir su primer lustre, mediante las minas y el comercio, que entonces se hacia muy grande en su puerto. Desde este tiempo no se han atrevido los araucanos contra ella, porque en la realidad desde entonces

se puso en ella el cuerpo de tropas mas grueso del Reino. Pero no por esto se vió libre de otro mas poderoso enemigo. El año 1730 un terremoto la arruinó cuasi enteramente, y el mar saliendo de su gremio bañó gran parte de ella y se llevó al retirarse cuanto encontró, aunque sin muerte de alguno de sus habitantes, porque todos habian ganado los montes. Volvieron a edificar, y cuando ella habia llegado al mayor auje que ha tenido hasta aquí, se hallaron sus pobladores el 24 de Mayo de 1751 con un terremoto mucho mayor que el pasado y una salida del mar mucho mas grande. Entre uno y otra no quedó casa alguna habitable. Entre las ruinas de la ciudad y los que arrebató el mar, murieron nueve personas. Con esto entraron en mejor consejo los ciudadanos de esta infeliz ciudad y determinaron buscar un lugar que a lo menos los pusiese en seguridad del mas furioso enemigo, que era el mar, que les robaba todos sus mas apreciables bienes. Determinado el lugar por pluralidad votos, entró la discusion entre ellos, que fomentó despues el nuevo gobernador del Reino, y así dispersos, sin formalidad de ciudad, se mantuvieron trece años con atrasos grandísimos de sus intereses y con una suma incomodidad, porque sus habitaciones no eran sino barracas interinas y tan distantes unas de otras, que no solo las funciones de ciudad se hacian indecentemente, sino que aun se trataban con dificultad. Lo espiritual iba aun peor, y la justicia, tanto secular como eclesiástica, no estaba en aptitud de impedir los excesos que se cometian. Su comercio en este tiempo era de lo mas miserable que se puede decir. Muchos de estos años no se podian cargar dos navíos; y así la pobreza fué creciendo de tal modo que ella les hizo abrir los ojos para ponerse en manos del Gobernador, que entonces era el piadoso don Antonio Guill y Gonzaga, quien el año 1764 determinó la mudanza de todos los vecinos al sitio mismo que habian ellos al principio elegido y aprobado por el Exmo. señor don Domingo Ortiz de Rozas, donde ella está hoy. Este es un valle, tres leguas distante del mar, que pertenecia a los indios que sacó Garro de la isla de la Mocha, de lo que habia tomado este nombre. Está a la orilla septentrional del gran rio Biobio. La defienden por todo su costado oriental unos altos montes, de donde le bajan algunas y cristalinas aguas; por el occidente tiene una mansa colina, en cuya falda oriental tiene una profunda laguna, y a la occidental otra mayor, las cuales son de gran comodidad a los vecinos, y a poca distancia otra colina algo mas alta, llamada *Cerro de Chepe*, que corta la fuerza de los vientos polares. Por el septentrion es todo abierto y lo termina el rio *Andalien*, que dista cosa de dos tercios de legua y le sirve como de muro, porque con las mareas que suben por él hasta mas arriba de la ciudad, se pone intransitable. De Biobio dista por el Mediodia cosa de dos tiros de fusil, que es el ancho de una hermosa vega que corre de oriente a occidente, cosa de un tercio y medio de legua. En este valle, pues, se ha puesto de nuevo la ciudad, colocando en su centro la plaza y distribuyendo del mismo modo los solares y calles que en la de Santiago, con sola la diferencia que aquí han dado a estas últimas cuatro varas mas, para dar escape en tiempo de terremoto a la gente pobre, que suele vivir en cuartos que caen a la calle. Las iglesias se han distribuido de modo que todas tienen igual distancia de la

plaza, a excepcion de la catedral, que está en ella por el costado Meridional, ocupando el medio de él; a un lado tiene el Palacio Episcopal y al otro el Seminario Tridentino, y el que fué de los jesuitas, que distaba solo una cuadra, en atencion a los ministerios de confesiones y asistencia de moribundos que egercitaban, para que de este modo todos gozasen igualmente de este socorro espiritual. La de San Juan de Dios púsose mas retirada por razon del Hospital, para evitar en tiempo de algun contagio la comunicacion de él en el centro de la ciudad. Si como lo pusieron por la parte meridional de la ciudad lo hubiesen colocado por la septentrional, mas hácia el Oriente, hubieran provisto mejor a esto; porque estando mas resguardada la ciudad por esta parte de los vientos, estos no podrian traer a ella la pestilencial infeccion, como tambien porque son ménos frecuentes los vientos orientales y septentrionales que los australes y meridionales. El lado oriental de dicha plaza ocupan los cuarteles de la guarnicion. En el Septentrional están el Palacio para el Gobernador, cuando viene, y para el maestre de campo, cuando no está allí el capitan general: cae a la parte oriental de la frente. El medio tienen las Cajas Reales y Veeduría, y lo restante las casas de Ayuntamiento y cárceles de la ciudad. La otra frente, que es la occidental, pertenece a la ciudad. Las iglesias son las mismas que tenia ántes, esto es, la de los Predicadores, la de los Menores de San Francisco, la de los Agustinianos, la de los Mercedarios, la de los Hermanos de San Juan de Dios, la que fué de los Jesuitas y la de las Monjas Trinitarias. Fuera de éstas, hay una capilla llamada de la Caridad, donde se sepultan de limosna los pobres. Lo político de esta ciudad lo gobierna el Çorregidor, que, aunque ya no conserva el ejercicio de las armas de la ciudad, como lo habia tenido desde Valdivia, su primer fundador, hasta estos últimos tiempos, tiene este título; los dos alcaldes y cuatro regidores, que se eligen todos los años de los nobles de la ciudad, con otros oficiales menores. Fuera de esto, residen en ella dos oficiales reales de la Real Hacienda y un veedor. Lo militar lo gobierna el maestre de campo. Reside en ella tambien, de poco tiempo a esta parte, el sargento mayor del Reino y los tres capitanes de las compañías que dejo dichas. Tiene tambien un Colegio de Nobles, donde se les enseña las letras: estaba al cuidado de los jesuitas, los que tambien cuidaban de una casa de ejercicios. En lo antiguo tuvo ella el Tribunal Supremo de la Audiencia. Lo espiritual gobierna el Obispo con dos curas rectores de su catedral, a la cual sirven dos dignidades y dos canónigos, porque sus rentas son hasta ahora muy cortas. Los pobladores que se pueden decir nuevos se esfuerzan a fabricar muy buenas casas, todas de ladrillo, con la comodidad que tienen de la mucha y buena greda que sacan en las vecindades de la reciente ciudad. Para defensa de ésta se ha fabricado en una punta del monte oriental una buena fortaleza, toda de cal y ladrillo. Con esta mudanza de la ciudad ha extendido el Corregidor de ella su jurisdicion, porque se ha hecho otra poblacion en *Talcaguano*, para tener prontos los efectos del comercio con el Perú, los cuales empiezan ya a ser mas con solo la mudanza, lo que da que esperar que en pocos años esta ciudad vuelva a su lustre antiguo y aun a mayor. Como está aun en sus principios, sus fábricas no presentan sino la idea de lo que han de

ser cuando acabadas, esto es, bellas, fuertes y cómodas. Con todo, ella ya ofrece una cosa muy notable, que es el buen gusto de las pinturas y adornos de la Italia. Se distingue en esto el cualificado vecino y benemérito feudo encomendero don José Puga y Xiron, haciendo ver una cuadra adornada de doce láminas con sus marcos de bronce dorados a fuego, y con diversos adornos de plata trabajados en Roma, de un gusto muy particular. Ellas están hechas en forma de cornucopias, porque tiene cada una dos candelejas del mismo metal y del mismo modo doradas, de tres luces cada una, con lo que dicha cuadra y los otros adornos correspondientes hace el dia en medio de las tinieblas de la noche. No son ménos apreciables dichas láminas por lo rico de sus marcos que lo son por lo fino del pincel que ha formado los santos. Entre estos está un original del caballero Solimeni, que representa la gloriosa Santa Ana con San Joaquin y la Santísima Vírgen. Entre sus glorias cuenta esta ciudad no solo el haber dado togados y mitrados, sino la singular de haber dado nacimiento y educacion al Excmo. señor don Fermin Carvajal, conde del Castillejo, marqués del Puerto, Correazgo mayor de Indias, hoy grande de España, de primera clase, con el título de duque de San Cárlos, y de poseer aun de su hermano don Cárlos Carvajal, caballero de Santiago y conde de N., una florida descendencia con que llevar adelante tan noble e ilustre familia. El temperamento de todo este distrito es benignísimo en todas las estaciones del año, el terreno fértil y las playas del mar abundantísimas de toda especie de peces delicados y de testáceos. El seno y bahía del puerto es espacioso y corre de Septentrion a Mediodia por tres buenas leguas y de Oriente a Poniente otras tres. La *Quiriquina*, bella isla y fértil, situada en su boca, deja solamente dos entradas, la mas oriental de ellas se llama *Boca grande* y tiene media legua, y la occidental dicha, *Boca chica*, poco mas de una milla. El puerto es de buen fondo para toda suerte de navíos y seguro particularmente en el sitio en que ahora está, que es la parte que llaman *Talcaguano*, donde se arriman tanto que se puede hablar con ellos desde tierra. Aquí es donde he dicho se ha hecho una nueva poblacion, para lo cual se ha puesto una parroquia y una fortaleza sobre el monte que domina la habitacion, con el nombre de San Clemente, en la que manda un comandante. Finalmente, en esta bahía, por la parte septentrional de la antigua Concepcion, se ve una pequeña aldea con el nombre de Lirquen, compuesta toda de pescadores y fabricadores de ladrillos, tejas, ollas y cosas de greda.

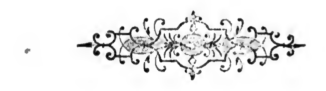
Provincia de Huilquilemu

La provincia de Huilquilemu, llamada comunmente *Estancia del Rey*, está situada entre Chillan y la cordillera, el rio Biobio y la provincia de Puchacay, a la que es igual en ancho y largo. Está regada de los rios Itata,, Claro, Laja y Duqueco. Su distrito es rico de oro de lavaderos, y en él se encontró en estos últimos tiempos una mina de este género tan rica que era lo ordinario sacar un hombre al dia hasta cuatrocientos pesos; estaba en ella el oro a capas, y se encontraron pedazos como de fundicion, sin duda en fuerza de los fuegos subterráneos, de no solo de

onzas de peso, sino de libras. Abundan en ella las viñas, todas bajas, y aunque sus vinos no son de los de mejor calidad, frutan mucho a sus habitantes, que los venden a los indios, que en esto no tienen paladar. Se debe exceptuar de esto el moscatel, que es el mejor que se gusta en Chile, y el vino de una u otra hacienda que no quiere hacer el tráfico con los araucanos. Abunda de frutas de Europa, que por la mayor parte son buenas. Es muy montuosa y llena de bosques. Sus campiñas, que con todo que llueve mucho sobre ellas, están pobladas no menos de ganados de todas especies, sino tambien de gente, la cual es fuerte y valerosa y se puede decir aguerrida a causa de los muchos combates que han tenido en su distrito sus antepasados con los araucanos. Ellos son siempre los primeros a tomar las armas cuando se teme algo de los indios. El corregidor de esta provincia reside en la poblacion que llaman Estancia del Rey, que es el lugar en donde por dos veces hicieron los gobernadores una fortaleza. Don Antonio Guill y Gonzaga, el año 1764, le dió título de villa, llamándola *San Luis Gonzaga*, en memoria del santo de su familia. Está en grados 36 y 45 minutos de latitud y 303-48' de longitud. A mas de la parroquia, los jesuitas tenian allí un colegio antiguo. Siendo esta provincia expuesta a las correrías e invasiones de los araucanos, porque el rio Biobio se puede pasar por ella fácilmente, los gobernadores fabricaron sobre las márgenes que le pertenecen diversas fortalezas, como son Santa Bárbara, Puren Alto, Tucapel y Yumbel o San Felipe de Austria. Este último está hoy en buena forma, pues su muralla es toda de piedra y tiene una punta de diamante terraplenada, sobre la que monta su artillería. Residia en ella el sargento mayor con un capitan de caballos y dos de infantería. Hoy la comanda un capitan. Ella forma un género de villa, porque se le han agregado algunos vecinos, y nunca falta algun mercader. Lo mismo digo de la plaza de Arauco, aunque fuera de esta jurisdiccion. Todas las otras están en un miserable estado de defensa, así por la poca guarnicion que tienen como por componerse sus murallas de unos miserables leños.

1 Aquí hay un mapa del país que habitan los araucanos.

LAUS DEO



INDICE DEL SEGUNDO TOMO

LIBRO SÉPTIMO.—CONQUISTA DEL REINO DE CHILE POR LOS ESPAÑOLES.

LIBRO OCTAVO.—CONTINUACION DE LA GUERRA.

LIBRO NONO.—CONTINUACION DE LA GUERRA.

LIBRO DÉCIMO.—SÉRIE DE LOS GOBERNADORES DE CHILE CON UNA COMPENDIOSA NOTICIA DE SUS HECHOS.

LIBRO ULTIMO. — ESTADO PRESENTE DEL DOMINIO ESPAÑOL EN CHILE.

FIN DEL INDICE

COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DE DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL

L



COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DE DOCUMENTOS RELATIVOS

Á LA

HISTORIA NACIONAL

TOMO XVI

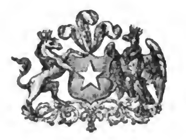
DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA DE CHILE

POR ALONSO GONZÁLEZ DE NÁJERA

CON UNA INTRODUCCION BIOGRÁFICA

POR

J. T. MEDINA



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA ERCILLA

1889

DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA

DEL

REINO DE CHILE

DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA

DEL

REINO DE CHILE

DONDE SE MANIFIESTAN LAS PRINCIPALES VENTAJAS QUE EN ELLA TIENEN LOS INDIOS Á NUESTROS ESPAÑOLES, Y LOS ENGAÑOS QUE DE NUESTRA PARTE HAN SIDO CAUSA DE LA DILACIÓN DE SU CONQUISTA, CON UN MEDIO QUE PROMETE BREVEDAD PARA ACABARLA.

DIVIDIDO EN CINCO PARTES,

EN QUE SE MUESTRAN BÁRBAROS DICHOS, HECHOS, CASOS Y USANZAS NOTABLES, EN LAS MATERIAS DE LOS RECOPILADOS TÍTULOS QUE SE VERÁN Á LA VUELTA DESTA HOJA.

CON DOS TABLAS,

UNA DE LAS COSAS MAS SEÑALADAS Y OTRA DE LOS CAPÍTULOS.

DIRIGIDO

A DON PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS, ETC.,

POR

EL MAESTRE DE CAMPO ALONSO GONZALEZ DE NAJERA

GOBERNADÓR DE PUERTO-HÉRCULES,

y alcaide de sus dos castillos por el rey nuestro señor.

PUBLICADO CON UNA INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA

POR

J. T. MEDINA

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA ERCILLA

1889

INTRODUCCION

Alonso González de Nájera, autor del *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*, salió de Lisboa con dirección á Chile el domingo trece de noviembre de 1600, como capitan de una de las tres compañías de soldados cuyo mando se confió a don Francisco Martínez de Leiva.[1]

Segun expresa á su Soberano el gefe de la expedición, el viaje fué feliz hasta los trece grados de la línea por la banda del norte, «en cuyo pasaje, agrega, fueron tantos los contrastes de malos tiempos, con ser verano en ella, que se me desapareció una carabela con treinta y cinco soldados, y los pilotos pensaron que habia de ser fuerza arribar á Tierra-firme por ser estas urcas malos navíos de la bolina, y por serlo buena la carabela creo me está esperando en el rio de Geneiro.»

Después de varias otras incidencias y de haber tenido que fondear en la costa brava de Paraiba, aquella flotilla que conducía cuatrocientos setenta y cinco soldados, el 19 de Enero de 1601 se encontraba en veintiun grados de la banda del sur, y pocos dias después en el puerto de Rio Janeiro, sin que hubiese muerto persona alguna y hallándose todos con salud. [2]

Desde allí se escribió á Buenos Aires para que se tuviesen listos los aperos necesarios á fin de que los expedicionarios pudiesen

1 Carta de Cristóbal de Mondragon al Rey, fecha en Lisboa á 14 de noviembre de 1600.

2 Carta de Martínez de Leyva al Rey, fecha á bordo de la urca «Media Luna», el 19 de enero de 1601.

continuar su viaje á Chile y se obtuvo del gobernador del Janeiro dos buques á propósito para verificar el resto de la navegación. El doce de Febrero se levaron anclas con dirección al Rio de la Plata,[3] á donde llegaban á mediados del mismo mes.[4]

Siguieron después hasta Tucuman, siempre á las órdenes de Martinez de Leiva, quien por haberse quedado á cargo del gobierno de aquella provincia, en que había de fallecer al año siguiente, confió el mando al capitán Pedro de Salinas, quien en unión de Gregorio de Puebla y Gonzalez de Nájera llegaron á Mendoza con aquel importante socorro á mediados de mayo, cuando ya las nieves de la cordillera hacían imposible el tránsito á Santiago, que solo principiaron á verificar en el mes de octubre. [5]

Nuestro futuro historiador, que se había educado en las guerras de Flandes y de Francia, luego de su llegada á este país, recibió órden de penetrar á las tierras del enemigo, ufano entonces con la derrota y desastrosa muerte del gobernador García Oñez de Loyola. Hubo de construir un fuerte de palizadas á orillas del rio de Biobio, comarca que estaba entonces muy metida en territorio de indios, y allí se quedó de guarnición con dos compañías de infantería que contaban cien hombres. Despues de seis meses de constante vigilancia, una noche al amanecer tuvo que sostener un rudo combate con los indígenas que asaltaron el fuerte y del cual, mediante sus buenos disposiciones, escapó con completa fortuna. Más, las penurias que allí experimentó fueron extraordinarias, segun él mismo se ha encargado de re-

3 Carta del mismo al Rey, fecha 31 de enero de dicho año.

4 «El socorro en que yo llevaba mi compañía, declara el mismo González de Nájera, llegó en salvamento al último puerto, que es el que llaman Buenos Ayres, el Rio de la Plata adentro, sin que en toda aquella larga navegación hubiese, no solo muerto, pero aun adolecido, un soldado de quinientos que iban en el dicho socorro, habiendo tardado en aquel viaje en lo que se navegó poco más de tres meses.»

5 Rosales, *Historia general de el Reyno de Chile*, t. II, pág. 268. Los documentos relativos á la historia del tránsito de los expedicionarios al través de la República Argentina han sido publicados en el *Registro estadístico del Estado de Buenos Ayres, 1859.*

ferirlas, habiendo necesitado de toda su valerosa constancia y de una vigilancia á toda prueba para precaver las diarias estratagemas que los indios ponian en práctica para apoderarse del fuerte que mandaba.

Cinco años sufrió así aquellas duras pruebas sin haber conseguido otra cosa que hacerse de incurables achaques, originados de las heridas que recibiera. En esa época, Alonso García Ramón, que acaba de recibirse del mando del reino, le nombró sargento mayor de batalla, con cuyo grado se retiró á Santiago. Se hallaba en esta ciudad hacía como dos años, cuando según nos cuenta el mismo Gonzalez de Nájera, habiendo el Gobernador llegado á Concepcion de regreso de una expedición al interior, «determinó dar cuenta á S. M. del estado de aquella guerra, para que se viese la urgente necesidad en que el reino quedaba de ser socorrido. Y esta ocasión obligó á que fuese yo enviado á tal efecto, á causa de hallarme á la sazón impedido de heridas y no poderse militar siempre á caballo en aquella áspera tierra y haber parecido ser más á propósito para informar cosa de guerra, como soldado, que otros de otras profesiones que por lo pasado habían sido enviados.»

En conformidad á este encargo, Gonzalez de Nájera partió para España el 14 de Mayo de 1607 por la misma ruta que había traído cuando vino á Chile, habiendo llegado á la corte á fines de 1608, después de haber sufrido considerables contratiempos y de haber gastado no menos de quince meses en el viaje. Luego de su arribo conferenció con los personajes que estaban más al cabo de las cosas de Chile, con don Alonso de Sotomayor, que habia gobernado en Chile y cuya opinión se tenía en mucho, y con el mismo Conde de Lemus, presidente entonces del Consejo de Indias.

Fruto, sin duda, de su deseo de manifestar por entero el estado de este país para obtener los socorros que llevaba encargo de solicitar, fué su *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*. Pero como esta tarea demandaba no poco tiempo, á fin

de anticipar desde luego algunos antecedentes á los consejeros reales, comenzó por estampar el *Quinto y sesto punto* de la relació de su *Desengaño*.[6]

Más, á pesar de que no se prestó atención á sus indicaciones, considerando sus relevantes servicios de más de treinta años en Flandes, Francia é Italia y los que acababa de contraer en Chile, fué incorporado nuevamente al ejército y nombrado en seguida gobernador de Puerto Hércules en Toscana. Allí continuó trabajando en la obra histórica que se había propuesto escribir, logrando al fin verla terminada el 1.° de Mayo de 1614, fecha en que con una respetuosa dedicatoria la envió al Conde de Lemus.

Sin embargo de estar destinada á la impresión, quizás á causa de la franqueza con que ella se expresaba acerca del estado de las fuerzas reales en este país, ó porque dominaban en la corte opiniones contrarias á las suyas tocante al modo como debía verificarse la pacificación de Chile, habiéndose resuelto implantar lo que se llamó la guerra defensiva, lo cierto fué que el libro permaneció inédito hasta 1866 en que los directores de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España* lo dieron á la estampa, sacándolo del olvido en que yacía en la biblioteca del Duque de Osuna.[7]

6 Este folleto rarísimo que hemos consultado en la Biblioteca del Museo Británico, consta de diez hojas en cuarto mayor, y es sólo un extracto de lo que bajo ese rubro se lee en la obra.

7 La existencia del libro de Nájera fué conocida de Leon Pinelo, quien en su *Epitome de la Biblioteca Oriental y Occidental. Madrid*, 1629, lo cita en la pág. 86 con este título: «Maestre de campo don Juan de Naxara, Relación de la guerra de Chile. M. S.,» noticia que fué repetida por González Barcia, col. 651, y en el *Compendio de la historia civil* del abate Molina.

El señor don Diego Barros Arana publicó en las páginas 121-129, del tomo II de la *Revista de Santiago* un interesante estudio acerca de la vida y obra de nuestro autor.



A DON PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS, DE ANDRADE Y DE VILLALVA, MARQUÉS DE SARRIA,
GENTIL-HOMBRE DE LA CÁMARA DE S. M.,
Y COMENDADOR DE LA ZARZA, VISOREY, LUGARTENIENTE Y CAPITAN GENERAL
EN EL REYNO DE NÁPOLES.

Considerada (Excelentisimo señor) la sospecha de poco crédito, que consigo traen las relaciones que se hacen de tierras remotas, no dejará de ser seguro argumento de la verdad con que he escrito las deste desengaño, á los que en su leccion estrañaren aquellas cosas que excedieren á las comunes de su noticia, el conjeturar que no sin mucha confianza me debí atrever á dedicar á V. E. materias que tratan hechos, casos y usanzas tan peregrinas, cuanto lo son las que muestro en este tratado, puesto que, si bien son exquisitas y de provincias apartadas, se puede tener por cierto, que las ha de haber hecho á V. E. como presentes el continuo estudio, hasta de las mas notables de aquellas partes que ménos comunican los de las nuestras, y el ser tan notorio, que con extraordinaria curiosidad ha solicitado siempre el inquirir de particulares testigos de su vista aquellas cosas, cuya novedad no ha dado materia á que la luz de la estampa haya hecho partícipes dellas á los que las ignoran: causas que no poco ayudan á lo que hacen á V. E. admirable sus pláticas y conversaciones.

Pues si se mira á lo que dispongo en materia de guerra, tambien se debe presumir habré bien examinado, que será elegible el camino que muestro, para la que se debe hacer en el Reino de Chile, á diferencia de la que en él se continúa desde el año de 1551 hasta el presente; considerando cuan interiormente tiene V. E. penetradas y sabidas las dificultades y estado de aquella

conquista, á cuyo deseado fin ayudó siempre V. E. con prudentes y sabios pareceres, el felice tiempo que fué V. E. digno presidente del Consejo de Indias, cumpliendo con maravillosa satisfacción con la autoridad real. Por lo cual será bien manifieste á V. E., cuanto declaro en estas relaciones, no menos que los defectos de su estilo, al cual no debe desacreditar la falta de retórica lo que me he esforzado á persuadir en materia de guerra, si se mira á que ha sido el autor mas profesor de armas que de letras; aunque el haberlo sido del arte militar será causa para no tener excusa los yerros que se notaren haber cometido en tal sugeto, especialmente con V. E., por saber á cuanto obliga el haber yo continuado el servicio de S. M. (de la manera que V. E. ha sido bien informado) en Italia, Francia, Flandes y el Reino de Chile, espacio de treinta y siete años, justos fiscales aún de cualquiera pequeño yerro.

Mi zelo ha sido hacer grato servicio á S. M. en mi particular fin, que es en el parecer que propongo sobre la manera como se ha de acabar la conquista de Chile, y para en él espero el particular favor de V. E., si, examinadas las causas que declaro, se conocieren tan probables y justificadas, cuanto yo me persuado, segun lo que comprendi en ocho años del uso de aquella guerra, para que en tal caso V. E. califique mis razones, representándolas á S. M.; pues no será indigna obra de la grandeza de V. E. ni ajena á su profesion, el proponer á su rey negocio tan grandioso y de peso, cuanto lo será el mostrarle seguro y breve camino, para ver acabado de sugetar un reino tal cual es el de Chile, que tantos años ha se defiende; pues es cosa sabida y averiguada ser el de mayores calidades y importancia de cuantos la corona de España dignamente posée pacíficos en aquel Nuevo Mundo. Cuyos presentes discursos, si V. E. los hiciere dignos de que S. M. pase los ojos por ellos, verá (demás de lo dicho) el extremo á que han llegado las calamidades de aquel miserable reino, para que, elegido por conveniente el reparo que propongo de aquella guerra, pueda darle el favor y remedio que han menester los fieles vasallos que en él tiene, que tan sin reposo perseveran en continua pelea, sustentando en sus casas la guerra mas afanosa y antigua que han tenido súbditos de S. M.; pues ha que duran en ella no ménos que sesenta años, procurando defender y vencer, en que no sin admiracion se vé la mayor constancia en aquella poca gente española, en sufrimiento de varios y nuevos trabajos, por la incomodidad, dificultades y asperezas de aquella tan inculta y apartada tierra, cuanto entiendo se pueden haber sufrido en conquista del Nuevo y Viejo Mundo, en cuya significacion puedo tener algun voto, por haber hecho experiencia de las guerras de mas nombre que ha habido en nuestros tiempos en las partes que dije atras, la cual razon podrá califi-

car el referido parecer que muestro por remate de las relaciones del estado de aquella conquista, para que se pueda ver della el felice suceso que se desea, el cual encamine Dios como mas convenga á su servicio, y conceda á V. E. muchos años la larga vida y dichoso fin que sus criados deseamos. De Puerto-Hércules y marzo 1.° 1614.

ALONSO GONZÁLEZ DE NÁJERA.



AL LECTOR

Si mirares, prudente lector, a la importancia del subjeto deste tratado, y a la variedad de cosas notables de la distribución de sus partes, bien conozco que cuanto más te parecieren útiles y maravillosas, tanto menos me será acepto el trabajo que juzgares habré puesto en la composición de tal obra. Pues viendo no ser menos bárbaro su estilo de lo que lo es su materia, podrás decir con razón que pudiera haber dejado tan desproporcionada empresa (respeto mi humilde ingenio) a quien con diestra mano manifestara mejor, como de estimada piedra, las ocultas lumbres de sus preciosos quilates. A lo cual podré dar por descargo, que aunque entre los pocos españoles que sirven a S. M. en el reino de Chile, no dejaría de haber algunos que fuesen no menos ejercitados (como dicen los poetas) en la escuela de Minerva, que en la de Marte, como es él sólo el que predomina en guerra tan seguida y continuada, no hubiera permitido que el sabroso ejercicio de la pluma suspendiera por ningún tiempo el riguroso de la lanza, para haberse podido encargar deste cuidado otro talento de más satisfacción que el mío. Y porque se me podrá replicar, que pues de tanta parte de las cosas que escribo, confieso que fuí testigo, que cómo yo sólo pude particularizarme en escribirlas entre tan usado rumor de trompetas y atambores, responderé a ello, que tampoco me hubiera sido a mí posible (por la misma razón) el poderlas hacer notorias, hallándome en los contrastes de la guerra, si aquel reino no me hubiera obligado a venir a España, a que, como soldado, informara a S. M. del peligroso estado de aquella conquista, cansado de haber enviado religiosos y personas de papeles. Donde llegado por tal ocasión a Madrid, y haciendo en él oficio de celoso procurador de provincias tan necesitadas de socorro, noté una cosa que no poco me admiró, y fué que, comunicando en diversas partes algunas notables maravillas de aquellas tierras y lastimosos sucesos de su presente guerra, hallé tan poca noticia de cosas tan dignas de ser sabidas, que me movió ardiente deseo de hacerlas notorias á cuantos las ignoraban, considerando era menos inconveniente el darlas yo a entender con mi grosero y mal limado estilo, antes que el dejarlas sepultadas en el olvido, como siempre lo han estado. Porque si bien es verdad qne escribieron en verso los autores que sabe-

mos, lo que dieron a entender de aquella tierra y gente natural, tegiendo flores en los hechos de armas, ornando con las véras sus ficciones, más fué (a mi ver) para engrandecer sus ingenios que para dar alguna luz, o sustancial regla para el reparo de las necesidades de aquella conquista y deseado fin della. Demás de que pasan en estos tiempos las cosas tocantes al valor de aquellos bárbaros indios, mucho más de veras de lo que ellos artificiosamente las engrandecieron, por lo mucho que la larga experiencia y curso del militar arte los ha hecho (más de lo que se puede creer) diestros y esforzados soldados. Como quiera que sea, yo he escrito como mejor he podido, no historia de seguida narración de acontecidos sucesos, dado que nunca es muy dificultoso de referir lo que va arrimado a la segura guía de obrados hechos, sino especulados pareceres y discursos sobre los puntos más esenciales para el reparo de una tan antigua conquista como es la del reino de Chile. Los cuales pareceres, por ser acomodados a guerra tan exquisita, no admitiendo cosa prestada de ajeno trabajo, podráse tener por sabido que tal cual pareciere, habrá sido mío el que he puesto en lo que he escrito, todo enderezado para que Dios y S. M. sean más bien servidos. Si no fuera cual ha sido mi deseo, podráme disculpar el haberlo tomado, hallándome en la Corte engolfado en pretensiones, con las inquietudes a que obligan como tan de su cosecha. Lo que puedo asegurar, como autor que he sido desta obra, es, que he cuidado cuanto me ha sido posible en sacarla tan casta, que se manifieste en ella una sencilla original verdad desnuda de toda arte, especialmente de ficciones: cosa que me pudiera desacreditar no menos con los españoles del reino de Chile, que con los que vienen dél a España, que podrán ser los verdaderos censores de cuanto digo, respecto de los que con incredulidad, por no haber estado en aquellas partes, acostumbran a decir a los que vienen dellas y cuentan sus cosas notables, que tienen licencia para poder decir cuanto quisieren, seguros de que haya entre ellos quien se lo contradiga. Lo que pretendo es, que a los unos y a los otros sea grato mi trabajo, cuando no sea por más de ser tomado en obra, de que en prosa ninguno (a lo que entiendo) hasta ahora se ha encargado. No dudo que habré cometido errores en ella, nacidos de descuido; pero no de tal perjuicio que muden ni alteren en cosa alguna lo esencial que he ido declarando, aunque por hacerlo al sentido más llano, confieso, he repetido en algunas partes cosas ya referidas, pudiendo citar el lugar donde las traté. Mas, considerando, que por no hacer quiebra en lo que se fuere leyendo para volver a buscar el lugar citado, pudieras, lector, dejar de ver calificadas muchas cosas que tuvieses presente, tuve por menos falta el repetirlas, para darles el valor de su necesario sentido, procurando no tanto que halles esta obra tan sazonada, que te obligue a verla más de una vez, cuanto que no esté tan desabrida, que sólo al comenzar a gustarla te estrague el apetito de acabar de leerla.

Vale



LAS MATERIAS QUE CONTIENEN ESTOS CINCO LIBROS

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

Con cuánto engaño, riesgo y trabajo buscan los nuestros las sementeras de los indios.

Engaño del desaprovechado asiento que tienen los fuertes que sustentan los nuestros en Chile.

LIBRO CUARTO

Trata dos discursos sobre el reparo de la guerra de Chile.

Que deshechos los engaños de aquella guerra, se persuade de la manera que se debe hacer para vencer sus dificultades.

Se prosigue el nuevo estilo de hacer la guerra.

LIBRO QUINTO Y ÚLTIMO

Contiene cinco ejecuciones de cosas que se deben poner en efecto para el uso del reparo y remate de aquella guerra.

De lo que conviene a la perfección del nuevo estilo de la guerra.

De qué esclavos es bien que con tiempo se vayan apercibiendo los españoles, que supla la falta que les han de hacer los esclavos indios.

En qué cosa han de ser mas amparados los indios encomendados, y la orden que se ha de tener con los amigos soldados, y cuán importantes son a nuestros españoles, los unos en la paz y los otros en la guerra.

Apuntamientos militares, con las razones de lo que han de importar, por cuyo medio vendrá a quedar el reino de Chile generalmente pacífico.

Cómo se ha de limpiar de indios esclavos el reino de Chile, y qué caminos sean los mas acertados para ello.



LIBRO PRIMERO

DEL DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA

DEL REINO DE CHILE,

DEL MAESTRE DE CAMPO ALONSO GONZALEZ DE NAJERA,

QUE CONTIENE CINCO RELACIONES CONVENIENTES A LA INTELIGENCIA DE CUANTO SE MUESTRA EN ESTE TRATADO

RELACION PRIMERA

DESCRIPCIÓN DEL REINO DE CHILE

En los varios y famosos descubrimientos que españoles han hecho en las remotas partes de la gran América, cosa bien notoria es el haberse seguido a sus heroicas empresas gloriosas victorias, en que dignamente ganó siempre España eterna reputación. De lo cual ha nacido a las demás naciones de Europa no pequeña maravilla, viendo que entre tan grandes y tan diversas provincias, como son las que españoles han sujetado a su rey, solo la de Chile (contada entre las menores) ha ya tantos años que por sí sola se defiende sin tener sus naturales rey ni caudillo a quien obedezcan, ni socorro ni otro favor de gente forastera. Razón de no poca consideración, mayormente si supieran los que en ella reparan, cuánto van creciendo cada día las victorias de aquellos bárbaros, y a los nuestros las dificultades de su conquista, no siendo inferiores en ánimo y osadía a los primeros españoles que las demás acabaron, ni de diferente naturaleza los indios con quien tanto afanan, que todos los vencidos y domados por ellos en aquel nuevo mundo, puesto que son hombres descalzos y desnudos, no de vestido, porque ninguno anda sin él, pero de todo defensivo reparo, especialmente para nuestras armas de fuego, y también no siendo las con que ellos militan, aventajadas a las que usaron siempre los demás occidentales indios, pues son las que en común usan

picas, lanzas y flechas, y aún éstas no tan nocivas (pues no son herboladas) como las con que pelearon algunas particulares naciones en su vana defensa. Y aunque es verdad que las acostumbran los puelches que habitan en las faldas de la gran Cordillera Nevada, comprendidos en el mismo reino de Chile, no son sus flechas las que nos hacen la guerra: pues no se ha visto español herido dellas que haya muerto por razón de su veneno. Pero como quiera que sea, no ha consistido en la calidad de las armas que han alcanzado, el permanecer tanto tiempo estos bárbaros en su conservación y resistencia. Porque ¿cuáles armas pudieran haber tenido que hubieran jamás llegado al efecto de las nuestras? ¿Ni qué les puede relevar a los indios que tengan entre ellos al presente algunos arcabuces y escopetas, como en efecto las tienen, aunque no les faltara la pólvora, que les falta, si requieren tales armas, demás dello, destreza y corazón que las rija? Y es cierto que no hay indio que lo tenga para atreverse a disparar un arcabuz en las manos; porque el que mas ánimo tiene, lo ata muy bien a un arbol, y después le da fuego como a hurta cordel.

Demás de que, sobre todo, en la cantidad de las tales armas con sus municiones, y de los que las han de manejar como se requiere, había de consistir la causa de la duración de su defensa, y en esto, como es cosa sabida, siempre les han tenido ventaja los nuestros, y se la tienen al presente. De suerte que las referidas causas no son las principales que les han hecho durar tanto tiempo en su obstinada resistencia, sino las que diré en este desengaño, para cuya claridad, y de los sucesos que fuere refiriendo, conviene que comience por la descripción de aquel reino, considerando que demás de estar en parte tan remota aquellas provincias, hay dellas mucho menos noticia en nuestra España de la que se tiene del valor de sus naturales, por lo mucho que los engrandeció don Alonso de Ercilla en su Araucana.

Dando pues principio a tal declaración, digo que Chile quiere decir *frío* en lengua de algunos de sus naturales, nombre que le fué dado por ser excesivamente fríos los vientos que corren de sus nevadas sierras en tiempo de invierno, en las partes que caen más al sur.

Es aquel reino, uno de los del Perú, que cae a su lado extremo a la parte de Poniente. Costéase, en pasando del estrecho de Magallanes al mar del Sur, dando la vuelta al Norte sobre la mano derecha. Es en su disposición prolongado y angosto, la cual longura corre Norte Sur, contenida entre el mar del mismo Sur, de quien es costa, y una muy levantada sierra, a que en aquella tierra llaman los nuestros la gran Cordillera Nevada, que por la parte del Levante de todo aquel reino le va haciendo una inexpugnable muralla, siendo la distancia o intervalo que hay desde ella al mismo mar del Sur tan igual y por medida, que imaginada una línea por su costa, y otra por la cordillera, por poca diferencia dejarían de ser paralelas, aunque en los mapas o descripciones particulares que se estampan, con la poca información que se tiene de aquella tierra, se describe con mas desigualdad. El espacio o distancia que hay entre la una y la otra línea, no pasa de veinte leguas, que es su igual estrechura, y su longura es de más de quinientas. Á la grandeza de montes o sie-

rras de aquella cordillera no se igualan los Alpes ni Pirineos, ni otra sabida cordillera del mundo, a que en todo el Perú llaman los Andes, que corren la mayor parte de su costa; pero en ninguna parte se levantan, ni son mas doblados estos montes o sierras que en el espacio que se prolongan de aquellas quinientas leguas de la larga juridición del reino de Chile.

Tiene este reino su principio en el valle y rio de Copiapó, que está a grados australes de latitud veinte y siete, su mitad a grados cuarenta, semejante altura en la misma parte austral, a la de nuestra España, y su remate a cincuenta y dos y medio, que es en el estrecho de Magallanes. Todo el reino tiene de Norte a Sur su meridiano a grados trescientos y diez de longitud. El intervalo que hay entre el meridiano de nuestra España a él, es de setenta grados de longitud, que contados a leguas diez y siete y media españolas por grado, son mil y docientas y veinte y cinco, y espacio de tiempo de cuatro horas y dos tercios, contando a quince grados por hora, que es lo que camina el sol, quedando nuestro meridiano el dicho espacio de leguas o grados más al Levante, por lo que nos amanece y por consecuencia nos es mediodía y anochece las mismas cuatro horas y dos tercios mas temprano que los de Chile.

Hay leguas desde la mitad de nuestra España a la mitad del reino de Chile, consideradas línea recta o por el aire (como algunos dicen) mil y ochocientas. Y todo el reino está de la otra parte del trópico de Capricornio en la zona templada, semejante a la en que está nuestra España, que es desta otra parte del trópico de Cancro, por lo que tiene su semejante temple y fertilidad, según mas largamente se verá en las excelencias de aquel reino.

Montuosidad de Chile

En las descripciones geográficas, donde quiera que se describe aquel reino, es imposible poderse dar al natural su retrato tan difuso y especificado, cuanto se puede expresar por palabras, especialmente su fragosidad, dado que los geógrafos que describen aquella tierra, aunque sea en particular carta, más atienden a mostrar sus partes insignes que a pintar su aspereza, por lo cual parece á la vista en sus descripciones, que tiene más de llano todo aquel reino que de montuoso. Digo, pues, que lo es tanto cuanto es conforme a razón, que tierra tan vecina a sierras tan grandes y dobladas, como son las de la Cordillera Nevada, no sea posible que sea llana, pues está en razón que ha de ser compuesta de otros montes, aunque más humildes, que procedan della, como allí se ve, que como miembros de su cuerpo van bajando en disminución hasta que llegan por muchas partes a la margen y Mar del Sur, como faldas de la misma cordillera. En estos montes, pues, hay tantos valles, riscos y quebradas, que sería imposible el poderse numerar; y en estas mismas sierras tantas entradas y salidas, que hacen todo el largo y ancho de aquel reino un intrincado laberinto, acopado generalmente de un espeso bosque de amenísimas arboledas por altos, bajos y laderas, en cuyas honduras, que todas vienen a ser unos deleitosísimos verjeles, en algu-

nas de las cuales apenas tiene el sol entrada, hay gran número de diversos lagos, prados y vegas. En todas las cuales diferencias y número de cerros y otros collados, por los cuales corren y se despeñan grandes y pequeños ríos, que bajan de la gran Cordillera Nevada y otros apacibles arroyos, hay particulares cosas que notar, de tanta novedad a la vista, que parece que no las pudiera imaginar más apacibles el pensamiento. Entre la confusión de las cuales partes hay algunas particulares cordilleras, inferiores a la principal, dificultosas de pasarlas cuerpo de gente de guerra, en las cuales, aún en medio del verano y tiempos más serenos, perpétuamente están lloviendo espesas nubes, que de contínuo tienen entoldadas sus cumbres, las cuales están pobladas de altísimos y derechos líbanos, los más vistosos y soberbios árboles que entiendo ha criado naturaleza. Entre estos montes y valles no deja de haber espacios de tierras llanas, en unas partes más extendidas que en otras, aunque cercadas de montuosos cerros, utilísimas a labranzas, y otros pelados collados muy fértiles para el mismo efecto. Hay también anchurosos valles, como es el fértil y abundoso que llaman de Quillota, otro tiempo dicho Nuevo Extremo, y otras hermosísimas y fértiles vegas, especialmente riberas de ríos, en cuanto a fructíferas, apropiadas a los maíces, las cuales producen variedad de flores en la primavera. Veráse más en particular la aspereza de aquel reino en el primer punto del libro segundo.

Que los de Chile no son antípodas de España

No son los chilenos antípodas de nuestra España, como algunos piensan. España no tiene ninguna tierra por antípodas, aunque algunos mapas extienden tierra incógnita hasta su parte opuesta: que esta tierra cada uno la describe a su fantasía, como cosa que aún no se ha visto por aquella parte como otras, cuanto más haber llegado a reconocerla. La parte opuesta de España es en el mar del Sur, más al Poniente del mar Pacífico, y más al Sur de las islas de Salomón, y en su mismo meridiano que está a grados doscientos de longitud, y a cuarenta de latitud australes, que son los mismos a que está España a la parte del Norte. De quienes son verdaderamente antípodas los chilenos, es de los tártaros y scitas, que habitan en la parte del Asia; y así parece que se corresponden en naturaleza y costumbres, por lo que toca a ser guerreros y crueles.

Terremotos

Todo el reino de Chile es sujeto a terremotos, por la razón de ser todo él costa, como dicen los naturales; los cuales temblores son tan ordinarios, que no sólo se sienten en el estremecer de los edificios, por lo que los fabrican generalmente bajos, y en el movimiento que se causa en los campos, mas también se oyen con un notable estruendo que hace toda la vecina Cordillera Nevada, de tal manera como si unos montes se diesen o encontrasen con otros. El año de mil y quinientos y sesenta y dos hubo en aquel reino un terremoto tan grande que trastornó algunos montes, y cerró el paso a algunos ríos, asoló la ciudad de la Concepción,

y hizo salir la mar fuera de sus límites algunas leguas la tierra adentro. Y el año mil y quinientos y setenta y cinco hubo otro no menor temblor, que hizo notables daños en la ciudad de Valdivia y su jurisdición.

Que en los cuatro tiempos y sazones del año se corresponden al trocado España y Chile

Las sazones de los cuatro tiempos del año en aquella tierra se corresponden al trocado con las de España; porque cuando a nosotros nos es primavera, es allá otoño, y cuando nos es acá verano, les es allá invierno, y por consiguiente al contrario. Entre los cuales tiempos hallo que en uno sólo hay allá un particular efecto, en el cual no sé si diga que nos tienen ventaja a los de acá los españoles de aquella tierra, y es que, como en el tiempo de nuestra primavera tenemos en estas partes la cuaresma, y allá en el mismo tiempo les es otoño, abundan en la cuaresma de la diversidad de frutos que acá nos faltan en ella; y por la razón dicha, en lo demás, como nuestro solsticio vernal es allá estival, y también al contrario, vienen a ser por ello las Navidades allá en los mayores calores del verano, y las fiestas del Corpus Christi y San Joan por la misma causa caen en el rigor del invierno, que por sus lluvias sé que procuraban los perlados particular buleto de Su Santidad para celebrarlas en tiempos más templados. La razón de ser allá los cuatro tiempos del año trocados a los nuestros es, según los causa la presencia y ausencia del sol; pues cuando a nosotros nos ha causado el estío, y se nos aparta del trópico de Cancro, sucediéndonos el otoño, a ellos se les acerca, con que les hace allá primavera, y verano llegando al trópico de Capricornio, dejándonos a nosotros entretanto el invierno con su apartamiento; y no sólo los tiempos dichos son en todo al revés, pero hasta el veranillo que decimos acá de San Martín, le hace también en aquella tierra en tan contrario tiempo, que le dicen allá de San Joan, porque sucede en junio como acá el de San Martín en noviembre. Y hasta el flujo y reflujo, o creciente y menguante del mar del Sur, observé en aquella tierra ser al contrario de nuestro mar del Norte, pues cuando acá es creciente allá es menguante, y al contrario.

Ciudades de Chile

Antes que llegue a tratar en particular de las ciudades de Chile, quiero decir primero lo que se puede dar a entender en general de ellas, diciendo que no todas las que llaman ciudades en aquel reino, les pertenece tal título, según se verá por los vecinos que adelante diré que cada una tiene; porque entiendo que la ostentación de algunos de sus fundadores, por la fama que tenían sus obras con tal nombre de ciudades, o por pensar también que con el tiempo vendrían a ser populosas, obligó a darles desde el principio tal nombre como en confianza, cuyo origen de nombre de ciudad lo fundan en las más en un fuerte de poca consideración de palos o tapias adonde, desde el nacer, las bautizan con tal nombre; y como todas no han crecido conforme sus edades, por defectos

de sus sitios y de la guerra, hánse quedado algunas desmedradas como plantas en ruín terreno, y otras que en lo que a las tales faltó, les cupo mejor suerte, han sido al contrario más buscadas y aumentadas de pobladores, y por ello mas crecidas, según se verá por el número de sus vecinos, diciendo primero la materia de que son fabricados sus edificios, los cuales, así públicos como particulares, son hechos unos de tapias y otros de adobes, humildes en cuanto a su altura, porque ninguno tiene más del primer suelo, a causa de lo mucho que es sujeto todo aquel reino a terremotos, como ya se dijo en su lugar, por lo que en todo él no se labran en las casas altos. El ser los edificios, como ya dije, de tapias y adobes, es por la carestía que hay en aquella tierra de la apropiada piedra para hacer cal, aunque sobran piedras, y por falta de yeso y por ser mas facil obra y menos costosa en edificios que tan poco se levantan. Con todo lo cual tienen muy buenos y cómodos apartamientos y espaciosas salas blanqueadas con gredas, y otras con alguna cal que hacen de conchas marítimas, orladas algunas salas y aposentos de romanas labores; y hay muy pocos edificios pajizos, porque casi todos están cubiertos de teja, como en provincias donde sobraba tanta tierra para tan pocos pobladores, por lo que hubo bien en que escoger los sitios para las ciudades que poblaron. Casi tienen todas particular calidad de ser de regadío; y como encaminan de las heredades a los pueblos las acequias del agua, antes o después de haber regado sus campos, pasando por conductos las calles, entran por dentro de las casas, y por ello la mayor parte tiene apacibles y alegres huertas, adornadas de frutales y proveídas de hortalizas para su gasto. Y finalmente digo, que son tan capaces las casas, que tiene cada una, junto con la principal vivienda, muy cómodos apartamientos para su servicio, donde demás de la huerta, tienen muchas caseras y domésticas crías, y sobre todo el agua corriente que es de gran servicio dentro de casa para su limpieza.

Las ciudades de Chile tienen otros nombres fuera de los que les pusieron sus fundadores, que son los que en lengua de los indios tenían los ríos que por ellas pasan, o el de la provincia o valle donde tienen su asiento; y digo esto, porque por los tales nombres nombran a muchas de las ciudades los españoles, más que por los que les pusieron sus fundadores.

La Serena

Las ciudades que, después o demás de las cinco que asolaron los indios según adelante diré, han quedado en pié en Chile, de la Cordillera adentro, contenidas entre ella y el mar del Sur, son otras cinco, de las cuales, por comenzar por la que está mas al Norte, y discurrir por ellas hasta la que está mas al Sur, digo, que es la primera la que llaman La Serena. Fundóla el gobernador don Pedro de Valdivia, el año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro. Púsole nombre La Serena, por ser él natural de Villanueva de la Serena en Extremadura. Llámanla asimismo Coquimbo, por estar fundada en un valle llamado Coquimbo, en treinta y dos grados australes de latitud, desviada al Poniente, junta al mar del Sur, y

vecina a una buena ensenada donde suelen hacer escala navíos del Peru. Es ciudad pequeña de hasta ciento y cincuenta casas; tiene dos monasterios de San Francisco y de la Merced; es la tierra de mejor temple que hay en todo aquel reino. No llueve mas de tres o cuatro veces al año, y en otras tierras cercanas a ella de la parte del Norte jamás llueve.

Santiago

La ciudad de Santiago, por otro nombre Mapocho, de un pequeño rio que pasa junto a ella, cabeza de aquel reino o obispado, está setenta leguas más al Sur de la ciudad de La Serena, apartada de la mar quince leguas, junto al grande y fertil valle de Quillota, llamado otro tiempo, como ya se dijo, Nuevo Extremo. Sírvese del puerto de Valparaíso, que está diez y ocho leguas della. Tiene su asiento en un muy grande y apacible llano, no muy apartada de la Cordillera Nevada. Está a grados treinta y cuatro y un cuarto. Fundóla asimismo don Pedro de Valdivia el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, que fué la primera que fundó.

El rio Mapocho, que dije pasa por junto a ella a la parte del Norte, aunque pequeño, a tiempos toma licencia de extenderse por la mayor parte de sus calles, a causa de las nieves que se derriten en la vecina cordillera, de donde él deciende, y extiéndese lo que digo, por no habérsele hecho reparos que le obliguen a estar a raya. Riéganse con él sus campos o posesiones y huertas; y aunque abunda de tal agua aquella ciudad, carece de fuentes para beber, por lo que se sirven para ello de la del rio, agua mal sana por venir de las nieves que ya dije, por lo que causa en algunos mal de orina. Puédese traer encañada una muy buena fuente de dos leguas de allí, y se deja por descuido, cosa que sería de grande utilidad a toda aquella ciudad, y aun de vista y adorno a su plaza. Tiene esta ciudad muchas y muy buenas viñas, y por ello gran cosecha de excelentes vinos. Abunda de ganados de todos géneros; la principal cosecha y granjerfá de aquella tierra, es el aprovechamiento dellos, que es su sebo y cordobanes que llevan a Lima. Queman la carne según digo en las excelencias de aquel reino. Hay junto a aquella ciudad un fertil y espacioso valle de hasta legua y media de largo y un cuarto de ancho, que se cierra con puerta y llave. Los que en él depositan sus caballos, los tienen seguros de invierno y verano, y los sacan gordos y lozanos: comodidad harto importante y particular.

Tendrá la ciudad de Santiago trescientas casas, muchas muy buenas, al modo que allá se fabrican, como ya dije; calles muy anchas y derechas, que con su espaciosa y cuadrada plaza, donde está la iglesia catedral y casa de Ayuntamiento, la hacen muy vistosa. Tiene cuatro monasterios de frailes, dos de monjas y un colegio, que son, San Francisco, grande y suntuoso templo, que tiene su asiento en una muy apacible vega; Santo Domingo, que se reedifica de nuevo; San Agustín; Nuestra Señora de la Merced, y un colegio de la Compañía de Jesús, que también se reedifica, util a la instrucción de la juventud. Los dos monasterios de monjas son de San Agustín y Santa Clara. Hay en todos muy

buenos y ejemplares religiosos y de famosos púlpitos, y muchos muy antiguos en aquella tierra y hijos della.

Hay en aquella ciudad muchas y muy nobles casas de hijos y descendientes de conquistadores, aunque todos lo son agora, y soldados bien ejercitados de aquella guerra, las cuales no nombro como quisiera, por no hacer agravio a alguna que se me podría olvidar.

Aunque esta ciudad es la mejor y mas ilustre población de aquel reino, está al presente muy deslustrada y perdida para lo que en otro tiempo solía ser; puesto que en sólo su jurisdicción tenía al principio ochenta mil indios en veinte y seis repartimientos, cosa que admira, considerando que al presente no tiene todo el reino la mitad entre todos los de paz y de guerra, por las razones que declaro adelante.

Ha dado tanta baja aquella ciudad por respeto del largo tiempo que ha sustentado con su hacienda, sangre y vidas aquella cansada y prolija guerra, y ha llegado a extremo, que unos por presunción, y otros por necesidad y embarazo de familias, entiendo que dejan de desampararla; y así se van entreteniendo como pueden, y sustentando con el tasado servicio de indios que les ha quedado; y si estos, por pocos que son, les faltasen, perecerían miserablemente en aquel destierro.

Nuestra Señora de la Concepción

La ciudad de la Concepción, por otro nombre Penco, de un pequeño río que pasa por ella, está en treinta y siete grados, setenta leguas mas al Sur de Santiago. Poblóla asimismo don Pedro de Valdivia, el año de mil y quinientos y cincuenta. Residen en ella los gobernadores, donde tuvo su asiento la primera Real Audiencia desde el año de mil y quinientos y sesenta y siete, hasta el de mil y quinientos y setenta y cuatro. Esta fundada esta ciudad junto al mar, que casi baten sus olas en ella, y suelen bañar sus calles y aún los más retirados aposentos de sus casas, por estar fundada en un bajo y pantanoso sitio y hoya cercada de collados y abierta por la parte del mar, por la comodidad de un apacible y anchuroso puerto, el cual tiene su mayor entrada por la parte del Norte, y lo demás guardado de tierra firme y de una isla prolongada, llamada la Quiriquina, de la parte de Poniente, por medio de la cual tiene otra estrecha boca o entrada. Á este puerto vienen navíos de Lima con socorros de gente, situado y bastimentos para el sustento de la guerra. Está proveída de excelente y mucho pescado y marisco, que nunca falta en su ribera en algunos arrecifes; da a tiempo mucha sardina y anchova en aquella costa, de que se bastece el pueblo; suélense pescar atunes de regalada comida.

Tendrá la ciudad de la Concepción hasta ciento y cincuenta casas de la materia que tengo dicha, que son todas las de aquel reino, las más dellas humildes. Tiene tres monasterios de frailes, franciscos, domínicos y mercenarios, y todos pobres y cansados religiosos y vecinos por la vecindad de las tierras de guerra, de que les nace mil gastos, descomodidades y inquietudes; a cuya causa ha padescido esta ciudad muy grandes trabajos, por haber tenido los enemigos tan a sus cuestas, inquietada



de sus armas, entradas y corredurías, especialmente hasta la llegada a aquel reino del gobernador Alonso de Ribera, que los retiró muchas leguas adentro. Tiene esta ciudad algunas viñas a su vista en las circunstantes laderas, de que se hace algún vino de poca fuerza. Ha sido habitada de nobles familias, que unas se han acabado con el tiempo y guerra, y otras la han desamparado por las causas dichas, de que han quedado pocas reliquias, como ha sido de la ilustre casa de los Verdugos, y de algunos particulares y señalados soldados, especialmente extremeños.

San Bartolomé de Gamboa

San Bartolomé de Gamboa, por otro nombre Chillan, tomado del valle de su asiento, pueblo que aún menos que a los referidos se le debría dar título de ciudad, por ser tan pequeño que no llega a cien casas, con dos monasterios de San Francisco y Santo Domingo. Está desviado de la costa a la parte de la Cordillera. Por junto a él corre un rio pequeño, aunque a tiempos grande. Diflere poco en altura de la ciudad de la Concepción, de la cual está apartada catorce leguas. Fundóla el mariscal Martín Ruíz de Gamboa. Tiene en su jurisdición algunas viñas, fértiles campos y posesiones.

Castro

Las cuatro nombradas ciudades están en tierra firme en las alturas referidas. La quinta y última que está más al Sur y a la parte del estrecho de Magallanes, es la ciudad de Castro, a la cual se le dió tal nombre en su fundación, por ser a la sazón gobernador en los reinos del Perú el licenciado Lope García de Castro. Está situada en la isla de Chiloé, una de las que hay en un archipiélago en altura de cuarenta y tres grados. Tiene esta isla (que está poco apartada de tierra firme) cincuenta leguas de largo, y de dos hasta nueve en ancho, en el lago que llaman de Ancud. Tendrá esta ciudad de Castro poco mas de cien casas, con un monasterio de San Francisco, cuyos habitadores españoles viven en suma pobreza, tanto cuanto lo significo en la Relación Quinta, por convenir el tratarlo en aquel lugar. La causa de la pobreza dicha es porque al paso que van faltando los indios por rebeliones y muertes, se les va acabando el sustento y modo de vivir a los nuestros.

Hállase en las playas de esta isla cierto género de oro bajo, a que llaman volador por su sutileza, cosa nueva y maravillosa.

Otras tres ciudades de la jurisdición de Chile, que están fuera de la Cordillera

Las cinco ciudades referidas son las que han quedado en el reino de Chile, después que por la infelice muerte del gobernador Martín García de Loyola, sucedió la rebelión general de los indios, por lo cual, como muestro adelante, destruyeron y asolaron otras cinco ciudades que además dellas había, que fueron la Imperial, Villarica, Valdivia, Osorno y An-

gol, por cuyas pérdidas tuvo fin el uno de dos obispados que había en aquel reino, que fué el de la Imperial, habiéndose reducido lo que ha quedado en aquellas provincias en uno solo, que tiene su asiento en la ya nombrada ciudad de Santiago, cabeza de aquel reino, según dije en su declaración. Y aunque en esta diócesis y jurisdición de aquel reino, entran y se comprenden otras tres pequeñas ciudades demás de las dichas, no las he contado con ellas por estar apartadas, no solamente de los accidentes de aquella guerra, pero de los límites que parece que demarcan y dividen aquel reino de las demás provincias sus vecinas, que tiene a la parte de Levante, por separarlas del reino, o a él dellas, la Cordillera Nevada, según lo tengo justificado.

Son las tres ciudades que digo de aquella jurisdición, Mendoza, San Joan de la Frontera y San Luis de Loyola, situadas en la provincia de Cuyo, tierra llana y bien poblada de espinos, árboles mas ofensivos que provechosos, aunque a los naturales es sustento su desabrida fruta, que es una cierta algarroba desmedrada, diferente de la de España. Es toda aquella tierra abundante de caza, especialmente de avestruces y guanacos, los que crian las piedras bezares, como declaro adelante. Es esta tierra de templadísimo invierno y de caluroso verano. No cae jamás en en ella rocío; llueve pocas veces, pero con grandes y repentinos aguaceros. Lo que es de regadío es fértil y fructífero, tanto de frutales como de trigos, porque es cosa ordinaria el cogerse ciento por uno del trigo de nuestra España; y posesión ha habido que ha dado ciento y cuarenta hanegas por una de trigo, que en general es muy grueso y limpio, de que se hace blanquísimo pan. Las ciudades son las que siguen.

Mendoza

Está Mendoza cuarenta leguas de la ya declarada ciudad de Santiago y en su misma altura y paraje, el cual intervalo o distancia que hay de la una a la otra ciudad, es lo que tiene de travesía la gran sierra o Cordillera Nevada, cuyo camino es estéril de yerba y monte, aunque no de agua, y por extremo fragosísimo, por la aspereza de sus grandes y dobladas sierras y profundos valles, y no menos trabajoso que dificultoso de hallar, aun en los tiempos que no hay nieve en muchas partes dél, no tanto por ser poco cursado, cuanto por los ordinarios terremotos o temblores de aquella tierra, que borran y ciegan de infinita piedra los senderos o caminos, por ir la mayor parte por pendientes y derechísimas laderas.

Aunque unos años se atrasan y otros se adelantan los tiempos de poder pasar estas sierras, por lo mucho que están cargadas de nieves, es el tiempo mas oportuno comunmente pasarlas desde principios de noviembre hasta mediado abril, por ser allá verano y haberse derretido parte de la nieve, y no ser tan bravos los vientos.

Algunos españoles que han querido pasar estas sierras fuera de sazón, han perecido miserablemente en ellas, quedando helados. Pasan por este camino de la Cordillera los socorros de gente que van de España a Chile, después de desembarcados en el Río de la Plata.

Está situada Mendoza en sitio llano. Tendrá hasta cien casas anchurosas pero bajas, como todas las de Chile, por respeto a los temblores de la tierra; espaciosas y derechas calles; una iglesia parroquial, dos monasterios de frailes domínicos y de la Merced. Tiene en su jurisdición fértiles valles que abundan de ganados, y toda la tierra de mucha caza. Sus posesiones son de regadío, que producen en abundancia maíces, y el trigo de España que ya dije; muchas viñas y diferencias de frutales; y así hay gran cosecha de vinos, camuesas, higos y membrillos que llevan a vender en carros, mas de doscientas leguas, a las provincias de Tucuman y Paraguay, y toda tierra llana. Está poblada esta ciudad de gente muy noble, hijos de conquistadores, en la cual han invernado gruesos socorros de gente que han sido enviados de España a Chile, por llegar a tiempos que estaba cubierta de nieves la Cordillera, y los han sustentado en sus casas largo tiempo con mucho amor y a tanta costa que excedía sus fuerzas.

Fundó esta ciudad don García Hurtado de Mendoza, que después fué virey del Perú y marqués de Cañete, siendo gobernador de Chile: no he podido averiguar en qué año.

San Ioan de la Frontera

La ciudad de San Ioan de la Frontera, de menos habitación que Mendoza, está treinta leguas mas al Sur della; tiene muchas de sus calidades. Fundóla asimismo el gobernador don García Hurtado de Mendoza, cuya memoria quedará eternizada en aquel reino, no tanto por la fundación de estas ciudades, cuanto por la fama de su mucho valor, pues de edad de veinte y un año ganó de aquellos belicosos bárbaros siete batallas campales, juntándose con victorias tan heróicas insignes obras de su prudente gobierno.

San Luis de Loyola

San Luis de Loyola, el mas pequeño pueblo de los tres, tendrá cincuenta casas con dos monasterios, aunque de a uno o dos frailes, domínicos y de la Merced. Fundóla el gobernador Martín García de Loyola. Tiene muy buen sitio, aunque no mucha agua para el regadío, muchos frutales y monte. Abunda de caza, especialmente de avestruces, tanto que me acaeció a mí matar dos dellos con galgos dentro del mismo pueblo, por cuyas calles suelen atravesar muchos.

Llaman comunmente a este punto la Punta de los Venados, por una cosa que no deja de ser de consideración, que siendo aquellas tierras espaciosísimas, llanas y desembarazadas de bosques, desde el rio de la Plata hasta este pueblo, que hay ciento y setenta leguas, y otras muchas adelante y por todos lados, y no viéndose en tan largo camino, yendo a aquel pueblo desde el dicho rio, otra cosa mas de ordinario por todos los campos que manadas de venados, hasta llegar a una punta que hace una sierruezuela junto a este pueblo, la cual se deja a mano derecha, y después de pasada, continuándose todavía tierra muy llana y espaciosa, es

de notar que no se ve de la punta de aquella sierra en adelante ningún venado, aunque hay otros muchos géneros de caza, que parece que hasta allí tienen solos los venados el límite de su querencia; y que algún secreto misterio les veda el paso de aquí adelante, teniéndolo tan abierto y espacioso como lo demás que habitan.

Rios

Considerado que el reino de Chile es prolongado y angosto, como tengo mostrado en el principio desta su descripción, guarnecido de la parte del Este de largo a largo de la gran Cordillera Nevada, y por la parte de Oeste del extendido mar del Sur, es mucho de notar el ver que a distancias casi iguales nacen y salen de la misma sierra con apresuradas corrientes diversos rios, que atraviesan con más sosegado curso el llano distrito de la anchura de aquel reino, hasta llegar a encorporar sus aguas con las del vecino mar; por manera que con su tan compartida distribución riegan y fertilizan igualmente por todas partes la tierra, hermoseándola con sus alegres riberas. Estos son los rios caudalosos de los cuales son algunos navegables, en cuyos intermedios, por tortuosos caminos, corren otros apacibles rios de menores corrientes, que llaman esteros, y otros amenos arroyos que conservan siempre verdes los deleitosos valles y alegres praderías por donde se reparten, donde crian sus húmedas riberas variedad de árboles, que por muchas partes se inclinan, abrazan y juntan por sus extremidades de manera los de la una con los de las otra parte, que en muy largas distancias corren sus frescas aguas, sin poder ser tocadas del sol. Son, pues, los rios principales de aquel reino, comenzando por el mayor, los que siguen:

Biobio.	Cachapoal.
Valdivia.	Colchagua.
Tolten.	Rancagua.
Itata.	Maypo.
Tenguererica.	Maule.

Cuyos brazos, más que de los otros rios, han luchado con no pocos españoles, que en ellos han perdido la vida pretendiendo vadearlos. Otros ríos hay famosos, de cuyos nombres no se puede tener noticia por estar más al Sur, y en las tierras de guerra y otros despoblados.

Puertos

Toda aquella larga costa del mar del Sur está proveída de no menos bien repartidos que seguros puertos, muchos de los cuales tienen poblados sus contornos de montes de grandes arboledas, apropiadas para fabricar navíos y otros cualesquiera bajeles, por lo que son famosos astilleros. Los cuales puertos son:

Guasco.	Biobío.
Coquimbo.	Cañete.

La Ligua.
Quintero.
Valparaíso.
Maypo.
La Herradura.
La Concepción.
Cautén.
Toltén.
Valdivia.
Canoas o Osorno.
Coronados.
El Lago de Ancud.

Estos diez y seis puertos son los vistos y descubiertos en la costa de Chile, sin otros que está en razón que habrá más al Sur, hasta llegar al estrecho de Magallanes. No he puesto a qué grado están, que fuera cosa importante, por no haber hallado de todos cierta claridad dello, y así tuve por menos inconveniente no poner sus alturas en duda.



RELACION SEGUNDA

DONDE SE MUESTRAN LAS EXCELENCIAS DEL REINO DE CHILE

CAPÍTULO I

Cuán saludable es su temple

Todo el reino de Chile es en general muy saludable, de lo cual tienen bien hecha experiencia nuestros españoles, porque no están sujetos en él a tantas enfermedades, ni a las largas y incurables que se padecen en Europa. No prueba la tierra a los españoles que llegan a aquel reino, y viven mucho mas larga vida que los nacidos en él, y engendran mas que en España, hasta los que por edad, según naturaleza, debieran ser inaptos para la generación; y las más mujeres son tan fecundas que las que en estos reinos fueren estériles, de mas de diez años de casadas, llegadas allá conciben cada año. Conviene aquel reino con las demás partes de las Indias, en que no se sabe en él qué cosa sea peste.

Los mantenimientos son en extremo sanos, y échase señaladamente de ver la bondad de ellos y salud de la tierra en la gente de los socorros que se envían de España a aquel reino; pues con llegar los soldados tan de nuevo a región tan apartada y casi opuesta a la natural suya, no hace en ellos efecto que se conozca el mudar de aires y mantenimientos, más que si se hubieran criado con ellos toda su vida, con ser tan ajenos de su uso cuanto diré. Porque aunque las tierras de paz pobladas allá de nuestros españoles abundan de muy buen pan y carnes, y las mas dellas de vinos (los cuales mantenimientos son de los mismos de nuestra España,) como los soldados pasan luego de largo de los tales pueblos a las tierras de guerra, lo que en ellas comen no es el pan que he dicho, porque no alcanzan allá sino unas raíces, de las cuales son unas blancas y otras moradas, semejantes a patatas, a que los nuestros llaman papas, y los indios puñe, y asimismo espigas de maíz, lo uno y lo otro cocido o asado en el rescoldo, y en lugar de vino beben el agua de los arroyos que por aquella tierra corren. Y es cosa notable que aunque estas dos cosas les son tan nuevas y les sirven de ordinario mantenimiento, y sin límite ni tasa, pues con ellos satisfacen cotidianamente la hambre, marchando o estando acuartelados, con todo ello no hay hombre a quien

haga daño comida tan nueva y ordinaria en tan repentina mudanza, de la misma manera que si se hubieran criado con tal mantenimiento toda su vida, o que comieran el mejor pan del mundo; no obstante que digan los médicos que cualquiera súbita mutación altera nuestra naturaleza. Y aún quiero encarecer este extremo con decir que si de pan comieran los soldados tanta cantidad cada día cuanta de las dos cosas que he dicho, tengo por sin duda que no dejara de causarles opilaciones, y que enfermáran dello, especialmente durándoles el uso de tales comidas no menos tiempo que seis meses cada año, desde noviembre hasta mayo, que es allá el espacio de verano, y lo que duran las campeadas. Y en tanto que el tal sustento no les falta (como sucede muchas veces) andan gallardos y sueltos, sin que jamás les falte vigor para lo mucho que trabajan. Héme alargado en esto por mostrar una tan señalada prueba de la salud de aquella tierra y bondad de sus mantenimientos, donde para lo que toca a enfermedades, hacen poca falta los médicos, y son mas ocupados los hospitales de algunos pusilánimes que las fingen, que de los que verdaderamente las tienen.

Temple de los inviernos

Aunque no comprenda todo el reino de Chile un mismo temple por la diferencia de sus climas o alturas, según se va continuando su angostura a la parte del Sur, digo que desde su principio, que está a grados veinte y siete hasta treinta y siete, como tengo dicho, que son leguas ciento y setenta y cinco, línea recta, que es lo conquistado, y parte dello poblado, aunque de tan pocos pueblos de nuestros españoles, como queda dicho en su lugar, es tierra templadísima, de invierno tan poco rigoroso, que por maravilla nieva, y cuando sucede, casi no cubre lo nevado la superficie de la tierra, do apenas permanece; pero aunque no nieva en lo bajo y llano, se ve nevar bien a menudo por toda la vecina cordillera, por estar a lo largo del reino siempre a la vista de la gente que lo habita, desde su menor hasta su mayor altura, por la grandeza de sus montes, cuyas cumbres están, tanto en verano como en invierno, vestidas de blanco, por la mucha nieve que eternamente las cubre; y a ciertas distancias en las cimas y extremidades que mas se levanten y rematan en punta, se ven fuegos de volcanes con llamas, que parece salen de la misma nieve, y que tocan en su esfera, las cuales se dejan ver de noche muchas leguas, así como de día sus humos. Y en fin digo, que tierra donde se crian palmas no puede ser destemplada en frialdad, ni menos son lluviosos los inviernos, hasta altura de treinta y siete grados; pero de allí adelante van siendo mas contínuas las lluvias según mayor altura, que de ordinario son con Nortes, y mas rigurosos los inviernos.

Temple de los veranos

Los veranos no dejan de ser con algun exceso calurosos en su mayor fuerza, especialmente sus siestas, porque mañanas y tardes son de apacible frescor, como tierra que está contenida entre la nieve de la cordi-

llera y la humedad del mar del Sur; y sus embates y el calor que digo de las siestas solo se siente cuando hay calmas, que acaece haberlas pocas, porque casi de ordinario respira el viento Sur, que es todo lo que puede ser recreable con suave olor de los floridos árboles y campos por donde pasa, especialmente en la primavera.

Llueve muy de raro y por maravilla, y cuando sucede, son de repente, cuanto breves y en abundancia, los aguaceros, que jamas son con tempestad de piedra, porque nunca cae en aquella tierra. No se sienten truenos en los veranos, y cuando algunos se oyen, aunque muy de tarde en tarde, es de invierno, y como de tan lejos como si sucediesen en otra región muy apartada, y así no alcanzan casi a verse los relámpagos, por lo que no he oido decir que jamas haya caído rayo en aquella tierra.

Las noches son mas frescas que calurosas, porque con la ausencia del sol se dilata el frescor que dije de la frialdad de la nieve de la cordillera, por lo que el agua serenada se conserva y bebe fría todo el siguiente día; y los que la quieren helada tienen la nieve bien a mano en la cordillera vecina a todos los pueblos de aquel reino. Gózase de día y de noche de un cielo sereno y claro; y en conclusión, aunque es largo el verano, dura comunmente la fuerza dél cuatro meses, que es desde a mediado noviembre hasta mediado marzo.

Vientos

En lo que toca a los vientos, el que mas de ordinario corre en los inviernos es el Norte, anunciador o mensagero de las lluvias. En los cuales inviernos soplan también, aunque pocas veces, el Poniente y Levante, que al primero llaman allá Travesía, porque viene de la parte del vecino mar del Sur y atraviesa aquel reino; y al segundo llaman Puelche, no muy sabroso, porque llega de la parte de la cordillera, que es habitada de unos indios llamados Puelches. De verano es casi contínuo el viento Sur, como dije, que da aliento grande y alivio a los caminantes, y templa la fatiga a los caballos que campean o hacen jornada, y en general es a todos de gran recreación y consuelo.

Árboles

Las aguas son en extremo buenas y saludables, a causa de que las mas corren por veneros de oro y ser de tierra tan montuosa, por donde se despeñan clarísimos arroyos, de que por todas partes se reparten infinitas corrientes, demás de otras apacibles fuentes de particulares; y varios nacimientos de lugares umbrosos y de notables vistas, así de riscos y peñascos, como de acopadas y entretejidas arboledas, aunque no oí decir de alguna que tuviese particular propiedad o virtud, lo cual no dudo de que las habrá y de que estarán ocultas, por estar casi toda aquella tierra en poder de bárbaros tan poco investigadores de secretos de naturaleza, cuanto descuidados en la estimación de sus manifiestas maravillas, como casi irracionales, puesto que no hay duda de que deben ser muchas las que hay en provincias dotadas de tan singulares partes. Lo que se puede

tener por argumento de que permitirá Dios que se vea acabado de poseer aquel reino de gente que la sepa considerar y conocer, y darle gracias por sus misteriosas obras; ensalzando y extendiendo en aquella remota tierra su santo nombre. Y de qué concederá a españoles tal victoria, se puede confiar, pues no careció de misterio el haber sido ellos a quien fué servido de abrir la primera puerta de aquella conquista, con los demás favores y razones que a este propósito alego en el capítulo primero del discurso segundo.

Baños

Algunos baños hay en Chile que se les va conociendo propiedades señaladas, pues se hallan ya, en algunos, curas para particulares enfermedades, como los que estan junto a Rancagua, doce leguas de Santiago, que curan de frialdades. De los cuales baños se puede creer que se irán descubriendo otros que vernán a ser célebres en el mundo, si Dios concede a los nuestros buenos sucesos, con los cuales no hay duda de que tratándose aquella inculta tierra, verná a ser toda ella lo que después de labrado un diamante bruto cuya apariencia prometa inestimable valor; porque si mi parecer no fué errado, yo ví aquella tierra tan bien dispuesta y socorrida tanto de naturaleza, que por poco que sea ayudada con el arte, tributará ciento por uno, y dará abundantísima cosecha de todo lo necesario a la vida humana, floreciendo en ella todos los tratos y granjerías que están repartidas en las demás provincias del mundo.

CAPÍTULO II

Fertilidad de la tierra

Es tan fertil aquel reino, que paren comunmente en él las ovejas y cabras a dos y a tres y a más crías. Abunda de todo género de ganados de los de nuestra España, llevados a aquella tierra, que son las principales haciendas de nuestros españoles, de que solo aprovechan el sebo y grasa y las pieles, de que hacen cordobanes y algunas badanas y cueros para suelas, todo lo cual es la principal saca que se lleva por mar a la ciudad de los Reyes, que está de aquel reino quinientas leguas por mar, y en general queman toda la carne, que parecerá notable perdición mirado a lo que se estima y vale en España, a lo que va cada año cada familia por diciembre, enero y febrero, meses que son allá de verano, a sus haciendas y alquerías, que comunmente dicen que van a la quema, de la manera que se va en estas partes a recoger los frutos los agostos; y es tan grande este número que queman de ganados, que pasan cada año de cien mil cabezas entre carneros y cabras, y de vacas serán mas de doce mill, donde se ven carneros y reses de maravillosa gordura, que tanto es de mayor maravilla este número, cuanto es poco el de los españoles que de asiento habitan aquella tierra, que son los que tratan en tales granjerías.

Los indios de guerra van también procreando sus ciertos rebaños de los géneros de nuestros ganados, particularmente cabras y carneros de los llevados de España, importante y nuevo sustento para ellos, que como lo han hecho hasta agora de pequeño principio, siempre les irán en aumento, pues no los queman ni desperdician como los nuestros, ni tienen menos aparejos de apropiadas tierras para sus crías y pastos.

Finalmente, es toda aquella tierra tan fertil y abundante de mantenimientos en todas las partes que se cultivan y benefician, que casi todos los de las tierras de paz y pobladas, comen de balde, y por ninguna parte poblada se camina en las mismas tierras de paz que sea menester llevar dinero para el gasto del mantenimiento de personas y caballos; por lo que, aunque hay gente pobre en aquella tierra, no hay ninguno mendigante.

Frutos y frutas que produce aquella tierra, y las que se han llevado de España

El trigo y cebada se da por extremo bien y en grande abundancia y limpio. No tienen allá centeno y avena, porque no hace para alguna cosa falta. Hácese del trigo muy blanco y sabroso pan. El maíz aprovechan mucho, que lo hay de muchas especies. Hacen dél varias comidas, y en particular cosas de pastas, mas lijeras o fáciles a la digestión que las de nuestro trigo; y asimismo se hace del maíz blanquísimo almidón.

Todas las frutas, legumbres y hortalizas que se han podido llevar destas partes, como son de lo que toca a frutas, uvas, melones, higos, melocotones, granadas, membrillos, peras, manzanas, naranjas, limones, aceitunas, produce aquella tierra en gran cantidad, de que cargan los árboles en tanta abundancia, que se llevan por mar al Pirú, todas de la bondad que las de España. Estas frutas se dan en aquella tierra, sin que se extrañen más que si fuesen hijas legítimas della, eceto guindas y cerezas que hasta ahora no han producido, aunque muchos han llevado allá los huesos conservados de muchas maneras, no porque no producieran, sino porque como delicados se corrompen y llegan aceitosos del largo camino, por lo que conviene se lleve su planta en barril de tierra. Son frutas que desean ver allá mucho los criollos, por lo que les son alabadas de los que de acá van a aquellas partes, y por ver si hacen ventaja a sóla una fruta que tienen de consideración, original de aquella tierra, por extremo vistosa, sabrosa y olorosa y sana, aunque algo flemosa, a la cual se hace agravio con el disminutivo nombre que le dan, llamándola *frutilla*, por ser como es de tanta excelencia, que puede muy bien competir en bondad con la mas regalada fruta de España, cuya forma es de hechura de corazón; en grandeza son las mas viciosas, y de jardines como huevos pequeños comunes, y las más desmedradas campestres, como nueces de todos tamaños; el color tienen unas blanco y otras rosado, y otras el uno y el otro. De comer son ternísimas, que se disuelven o deshacen en la boca, y a la digestión fáciles. No tiene esta frutilla corteza o cáscara que quitar, su superficie es unos puntos relevados a semejanza de madroños, pero no de su aspereza, porque son ternísimos y suaves; y final-

mente digo, que no tienen hueso ni pepita ni cosa que desechar, y así se come esta fruta entera, que cada una es un proporcionado bocado. Los indios hacen della vino, y curándola al sol, pasas, que son de buen comer. Nace esta fruta de una humilde yerbezuela que se planta para muchos años, a cuyas posesiones llaman los nuestros frutillares.

He especificado esta fruta, tanto por su excelencia cuanto por ser sóla natural de aquella tierra; porque aunque hay una murtilla y otra que se llama maque, menudas frutas, y otras sus semejantes, no son para que se haga memoria dellas.

No comparo esta frutilla a otra fruta de España, en lo que toca a su regalado sabor, porque no todas las frutas sufren en esto apropiada comparación, así como no se podría decir que la camuesa tiene el gusto del melocotón, ni hay otra que sea con otra en ello semejante.

Viñas y vinos

Viñas hay muchas y muy buenas en nuestros pueblos, de gruesas cepas y de muy buenas uvas, llevados sus sarmientos de España, a lo que creo, en barriles de tierra, de que se hacen excelentísimos vinos, especialmente en Santiago, claretes y blancos, porque uvas del todo tintas no se han llevado como las demás. Los vinos de Santiago llevados a tierras frías y de mayor altura, se conservan aunque vayan embarcados, y si los llevan a tierras cálidas, como a la ciudad de los Reyes, se corrompen y dañan.

De cuarenta grados en adelante a la parte del Sur no se dan viñas, por ser ya la tierra mas destemplada. Tienen los indios de guerra en las jurisdiciones de nuestras ciudades que asolaron, gran número de viñas que plantaron nuestros españoles, aunque nunca se han podado, ni se les ha hecho otro beneficio después que están en su poder, si bien es verdad que aman sobremanera mucho mas que las bebidas que ellos acostumbran, el reciente mosto que dellas beben; porque nunca lo dejan llegar a vino, ni aún sus uvas a sazón.

CAPÍTULO III

De las yerbas y árboles

Produce aquella tierra muchas y muy buenas yerbas medicinales, cuyas virtudes de gran parte dellas conocen los indios, con que hacen curas admirables especialmente en heridas, y en particular con una yerba llamada *quinchamali*, nombre de un cacique que halló su virtud. Púrganse con la raíz de la yerba lechetrezna, a que llaman *pichoa*, y aún se hallan bien con ella muchos de nuestros españoles, los cuales han aprendido de los indios, especialmente las mujeres, muchas maneras de curas con simples, por lo que no hay en los pueblos boticarios ni aún médicos, porque las mujeres lo son.

Hacen sal los indios de ciertas yerbas quemadas, según diré donde trato de la sal, que viene a quedar en pedazos cavernosos, como escoria de hierro poco menos negros. Sála mas que la nuestra, aunque tiñe algo las viandas, la cual, fuera de ser para sazonarlas muy buena, es también medicinal a los indios, porque desecha en agua y bebida, lo es notable remedio para heridas penetrantes.

Otra yerba crían en jardines; pienso que es llevada a aquel reino del Perú, a que llaman *mani*, que por su extrañeza es notable, porque siendo de altura de un codo, la fruta que había de dar en las ramas, la da debajo de tierra, no en raíces, sino que nace dellas en unas vainas o cáscaras delgadas y frágiles, que encierran a cuatro y a seis granos, a semejanza de arvejas, cuyo sabor y color tira a avellanas. Cómense tostadas en arena y se confitan, que de cualquier manera son de buen comer.

Otra yerba hay algo mas humilde y menos copiosa de ramas, llamada *madi*, de cuya semilla se hace maravilloso aceite, que en color y bondad no le hace ventaja el de olivas, y tostada la simiente y molida, es de agradable gusto.

Otra yerba hay poco mas alta a que llaman *quinua*, cuya semilla asimismo tostada, se hace blanquísima y muy semejante a grajea o anís confitado, que también es comida muy apacible.

Nace asimismo en aquella tierra la yerba que da raíces, que llaman los nuestros papas y los indios puñe, común sustento de los soldados españoles en la guerra y de todos los indios: y asimismo frísoles de varios colores, lo uno y lo otro comida de mucho sustento.

Hay gran número de plantas, y infinitas yerbas de hojas de notables formas y labores diferentes de las de nuestra España, aunque también hay algunas yerbas della para allá naturales. Las más comunes que nacen por los campos, son malvas, trébol, nabos, yerbabuena y mostazas, que no poco perjuicio hacen en algunas posesiones, especialmente las dos postreras.

Críanse en llanos y en cerros unos grandes cardos, a que llaman *maguey*, de cóncavas y gruesas pencas y agudas puntas, de las cuales se hacen cuerdas como de cáñamo, y dicen que en el Pirú se hace el hilo que llaman pita. De en medio dellos nace un mástil o asta de tres y mas codos, redondo y grueso como la muñeca, limpio de hojas hasta tres palmos antes de la punta, en los cuales carga de flores amarillas, de manera que parece a lo largo maza de armas de puntas, por nacer algunas puntas entre las flores. Estas astas nacen cada año, y cuando están agostadas y secas, son por extremo livianas, de las cuales juntas y entretegidas, hacen barcos los indios, en que los he visto ir desde Arauco por mar cinco leguas a la isla de Santa María. Sirven estas astas secas de yesca, para encender fuego con eslabón y pedernal, y encendida la punta de una asta, conserva el fuego y dura mas de dos jornadas. Es este maguey muy provechoso para los indios, que dicen hacen dél agujas y hilo para coser, y otras cosas útiles, y sobre todo es muy medicinal.

El provechoso cáñamo se siembra y da mucho, especialmente en el fértil valle de Quillota.

Caña de azúcar se comienza a dar muy buena en lo que llaman la Ligua, veinte leguas de Santiago, costa de aquel mar del Sur, a la parte del Norte.

En las vegas, partes bajas húmedas y pantanosas, se cría una yerba llamada *pangue*, de diformes hojas mayores que adargas, aunque no de su forma, porque tienen mas del redondo con algunas puntas. Los mástiles o pencas de las hojas son casi de a vara y aguanosas o de zumo como el del cardo, aunque de gusto agrio y áspero. Suelen comerla los caminantes en tiempos calurosos, para mitigar la sed, por ser refrescativa. Son tan viciosas, tiesas y grandes estas hojas, que llevadas por su mástil o troncho, sirve en verano una dellas de suficiente guarda-sol, y llevándola cubierta, excusa fieltro cuando llueve; y con ella hacen los indios reparos o chozas, donde hacen noche cuando caminan en tiempos lluviosos, y a los nuestros sirven sus gruesas raíces de zumaque, para curtir los cueros.

No sé si ponga en el número de los árboles o de las yerbas, una monstruosa planta, que ni se agosta ni perece los inviernos, como el pangue y demás yerbas referidas, a causa de que se sustenta en todo tiempo fresquísima, ni menos tiene forma de árbol ni de yerba, y así la llamaré neutral, a la cual le cuadrara mejor el nombre de planta gigantea, como llama Dioscórides al girasol, porque mas propiamente forma un bulto y apariencia de gigante. Esta, pues, aunque diforme, no hallo cómo mejor dar a entender su figura, si no es comparándola a una cosa por extremo pequeña, respecto de su diforme grandeza, por ser a la que en mas partes es semejante; y así digo que es de la forma de un pepino en su hechura y remate de punta, color exterior y interior, humedad, fragilidad y frescura, vetas, berrugas y puntas, y que puesto derecho en la tierra, imaginásemos creciese tanto, que viniese a ser su estatura de once o doce codos, y su groseza comunmente de cuatro y cinco palmos de circunferencia; y aún en la entrada de la cordillera en el camino que va de la ciudad de Mendoza, se hallan muchas destas plantas de seis y siete palmos de groseza, las cuales son en extremo derechas y tan tiernas, que cualquier golpe de espada las corta, cercena y derriba sin alguna dificultad; y por un lado junto a la cortadura vuelve a nacer otro tanto como lo cortado con otro semejante remate redondo. Nacen de todas las berrugas destas plantas, ciertas púas delgadas y largas de a jeme, y en su dureza bien desconformes a la ternura de donde nacen, porque son algo semejantes a las espinas de erizo. De la mitad del remate de cada planta, sale en la primavera una sola flor, desacompañada de hojas, en extremo blanca, semejante a la de la azucena, aunque mayor cosa, no menos exquisita y particular que todo lo demás, de la cual flor (que sólo he visto) dicen se cría una fruta sabrosa a modo de tuna, una especie de higos de aquellas tierras. Estos grandes y verdes mástiles crían por la parte o lado, que están guardados del viento Sur, unas yerbezuelas de menudas y labradas hojas, de su propio vicio, frescura y humedad, que echan su fruta mas adoptiva que legítima respecto de su planta, semejante a cerezas desmedradas, blancas, coloradas y de ambos colores, de buen lustre y parecer, con sus huesecillos, no de mal gusto ni nociva,

que presentada a muchas damas, la comen por golosina. Las partes donde comunmente nacen estos pimpollos, pues no sé cómo llamarlos, son tierras pedregosas en laderas o faldas de cerros, y siendo todos ellos humedad y acuanosos en todas sus partes, como el pepino, lo mas que tienen de maravilloso es, que se ven nacer algunos en el medio de las peñas, donde no se halla tierra que los pueda sustentar, del mucho humor que en sí conservan y piden; y asimismo salen por otras estrechas aberturas de las mismas peñas con la misma fertilidad. Despuntando un mástil destos o cortado un trozo, y hecha en la cortadura una poza, se llena luego de muy clara agua de buen gusto y sana de beber; y en cerros altos donde hay cabras domésticas convertidas en monteses, por carecer de agua, quiebran ellas mismas con los cuernos estos frágiles mástiles, y se sustentan de la interior agua que en sí conservan. Llámase esta planta según los indios *quiscaruro*, y no dudo sino que si se inquiriese, se descubrirían en ella tan maravillosas virtudes, cuanto naturaleza se extremó en hacerla notable y exquisita, como he mostrado.

Héme alargado con prolijidad en significar esta planta por su novedad y extrañeza, y porque es una muestra y cierta señal de la gran fertilidad de aquella viciosa tierra.

Hay en todo aquel reino hermosísimos y perpétuos pastos montuosos y llanos para cada género de ganado, porque collados y campos están en todo tiempo generalmente verdes de una común yerba, semejante al esparto en su perpetuidad y hechura, aunque sin comparación mas menuda, tierna y verde, que entiendo es general en todo el Pirú, a la cual llaman *ico:* jamas espiga ni se agosta, por lo que no cría semilla: cunde y hinche todos los campos como el esparto; nace en manojos, pero muy juntos y espesos, y en su crecer no pasa la mas viciosa de dos palmos poco más. Arde de buena gana por verde que esté; corre el fuego de la parte que se va quemando según el viento que lo lleva, por muchas leguas, tanto cuanto la yerba dura, y quemada renace de sus raíces con verde mas perfecto. Pácenla de buena gana en todo tiempo los ganados y otra cualquiera suerte de animales, y todos engordan con ella, aunque para los que trabajan no es de mucha sustancia.

Ya he dicho lo que he podido de la fertilidad de aquella tierra, y en general de algunas yerbas que cría, pues en particular fuera proceder en infinito, cuando tuviera conocimiento de todas ellas, porque sus frescos y umbríos valles las crían de várias y maravillosas formas.

Aunque sea fuera deste propósito, no dejaré de hacer mención de una cosa que noté en aquel reino, y es, que siendo sus referidas umbrías y partes húmedas, cavernas y peñas las mas aparejadas que me parece pueden ser para criarse en ellos caracoles, no ví jamas alguno pequeño ni grande en aquellas provincias, aunque lo advertí con cuidado, por haber militado por buena parte dellas, ni aun oí decir a los de aquella tierra que los hubiesen visto.

Árboles

Están todas aquellas provincias pobladas de montes o bosques de variedad de especies de árboles apropiados para todo género de maderame

y tablazón, por lo que en tiempo de paz tenían los nuestros artificios de sierras de agua para aserrar la madera, de que por su abundancia había saca para el Pirú, así para edificios como para fabricar navíos. Mucha de la cual madera es incorruptible y olorosa, como son cipreces y otros exquisitos árboles de que no supe sus nombres, que huelen a algunas frutas conocidas, y otros aromáticos. No pierden los árboles la hoja, y casi todos florecen en la primavera. Hay palmas, aunque no de dátiles ni cocos, pero de racimos de coquillos pequeños como las más gruesas nueces, y que crían palmitos grandes y sabrosos, cuyos troncos, aunque no son muy altos, como los de otras palmas, son gruesísimos y barrigudos, de forma de cañas de cebollas. Hay asimismo varias especies de grandes arrayanes.

Los árboles dignos de verse son los líbanos, de que hice mención en la descripción de aquella tierra, a cuyos altísimos, limpios y derechos troncos no igualan pinabetes, ni creo que otros ningunos árboles, por ser tan altos que parece tocan en las nubes. Sólc tienen ramas en sus extremidades, que hacen un acopado redondo a modo de guarda-sol, donde crían grandes piñas redondas y de extraña compostura, se encierran gran número de piñones, que tienen por seis de los nuestros, aunque no de tan buena comida. Hállase entre las cortezas de sus troncos (que también son notables) cierta resina blanca y tierna tenida por medicinal, especialmente para sacar fríos. Los pimpollos destos disformes árboles están todos vestidos de una librea de un claro y alegre verde, igualmente desde el nacimiento del tronco hasta todos sus ramos, los cuales tienen sus ciertos repartimientos para henchir los vacíos con tan particular orden, que hacen obra y labor notable. Sus hojas no son sujetas a moverse a ningun viento, por ser de forma de escamas algo levantadas de punta, que haciendo un modo de bordado como a pecho de azor, cubren igualmente tronco y ramas del color verde claro que dije, todo de tan agradable apariencia, que un solo pimpollo dellos pudiera adornar cualquier estimado jardin, y dar mucho que contemplar en sus partes.

Hay también en los jardines y huertas de los árboles llevados de España, olivos, naranjos, limones y camuesos, higueras y perales, que todas cargan de fruta, según dije donde traté dellas.

Aunque las cañas no son árboles, por estar muchas laderas y partes de montes pobladísimas de una especie dellas, hago mención aquí de sus calidades, y así digo que su fortaleza es notable, porque son macizas, y se tiene dellas gran servicio para varios efectos en aquella tierra; y de otras mas al Sur las he visto traer tan derechas y largas que algunas pasaban cincuenta palmos, tan fuertes que servían de muy buenas picas a los indios con sus engeridos hierros, y aún sus mismas puntas tostadas y engrasadas pueden servir de hierros. Llaman los indios a estas cañas coleos, y los nuestros cañas bravas.

CAPÍTULO IV

De la sal y miel

La sal que gastan los nuestros después de la pérdida de las ciudades que asolaron los indios, es traída del Pirú por mar en grandes piedras, porque antes se proveían de unas muy abundosas salinas, que están de la otra parte de la Villarrica, que fué una de las ciudades asoladas por aquellos bárbaros.

Los indios usan de una sal que hacen de yerbas quemadas, que tiene las calidades que ya referí, donde traté de las yerbas, y asimismo nuestros soldados, cuando la hallan en sus casas pajizas. Usan della comunmente los indios, y la tienen por mejor que la de las salinas que digo, aunque la tienen ahora en su poder.

Miel

No hay en Chile colmenas ni aún abejas de enjambre como las nuestras, pero las hay de otras muchas especies o diferencias, y así no falta miel, aunque no de la bondad de la nuestra, la cual se halla por los campos desta manera. Dan los indios fuego a la yerba, la cual arde con facilidad, según ya dije, tanto la verde como la seca; y por lo que el fuego deja quemado y desembarazado, van mirando con atención, y donde ven salir de la tierra por algún agujerillo alguna abeja, escarban allí algún tanto, y luego dan con el enterrado panal, que el mayor será como dos puños, no de tan buena vista respeto de los de nuestras colmenas, en fin como cosa enterrada, compuesta de ciertos vasos o bolsillos de forma de bellotas, que están llenos de miel, de los cuales panales exprimidos la destilan, y aunque no tiene el color muy perfecto, es bien dulce. Es más líquida que la nuestra, y los vasos que la encierran no me parecieron a propósito para poderse hacer dellos cera, y así no se saca, aunque se aprovechan de la miel. Las abejas son dos tantos mayores que las de España, y de color entre naranjado y negro, y por ser pocas, son pequeños los enjambres que crían. Hállase por muchas partes desta miel de la manera que he dicho, y no en cavernas de peñas o hueco de árboles, como la crían nuestras abejas silvestres, sin ser ayudadas del arte. A mí me ha acaecido armar la tienda de campaña en las tierras de guerra, y advirtiendo los indios de servicio que de la tierra que ocupaba la misma tienda salían abejas, sacaban en mi presencia los dichos panales dentro de la tienda, y esto sucede muchas veces.

Una yerba hay en aquella tierra de en medio de la cual nace un tallo o ramo de altura de un codo, cuyo remate está lleno de flores de un color verde semejante al cardenillo (color exquisito para flores) de forma de campanillas, las cuales vueltas lo abierto arriba, están en su sazon llenas de miel, harto semejante a la de los panales, y no es tan poca la cantidad que tienen della: que en cierta ladera me sucedió, como de paso, destilar de algunos destos tallos en un plato buena parte de miel.

Paréceme que si de España llevasen a aquella tierra enjambres en colmenas con sus panales, para que se sustentasen dellos, y bien tapadas, por lo que durase el viaje y camino, porque no se huyesen, que multiplicarían mucho, y hubiera mucha cosecha de miel y cera en aquel reino, así por ser templado como por abundar de varias flores.

CAPÍTULO V

Qué animales cuadrúpedos fueron llevados de España, y los legítimos de la tierra en cuanto á domésticos

Los animales llevados de nuestra España a aquella tierra, y que permanecen en ella con gran aumento, fueron todo género de ganados hasta el de bellota, y de animales de carga, especialmente caballos, que no menos que los demás han salido allá buenos, y perros, de que hay ya de todas razas. Y de otros he oído decir que se crían en unas islas en un archipiélago vecino a aquel reino, pequeños, blanquísimos y muy lanudos, que se sustentan del marisco, de los cuales cogen los indios cada año grandes manadas o rebaños, que encierran en corrales sólo para trasquilarlos, porque se visten de sus lanas, y luego les dan libertad. Sólo había en aquel reino una suerte de carneros, de que todavía se conservan algunos, a que comunmente llaman los nuestros ovejas de la tierra, no poco hermosos a la vista, tan grandes los mayores como jumentos medianos, aunque de diferente forma, porque a lo que mas se asemejan es a camellos, tanto que sólo difieren en no ser de tan dispuesta grandeza, y asimismo en que no tienen jiba o corcova, y aún les parecen en el andar señoril, lento y espacioso, y en echarse para que los carguen. Los pocos que usan los nuestros a carga crían lanas muy largas, aunque no tan finas como las de nuestros carneros. Son comunmente de dos colores, blancos y negros, y algunos todos negros y otros todos blancos, que son los mas hermosos a la vista, especialmente cuando tienen sus lanas crecidas, que son encrespadas. Hay pocos destos carneros, por lo que no los tienen a manadas: críanse con regalo: aprovéchanse los indios de sus lanas para vestirse, y de los huesos para puntas a sus flechas, de que las hacen como punzones de a jeme y otras arponadas. Aprovéchanse para comer no menos de la leche de las ovejas que de la sangre de los carneros, especialmente en tiempo de hambre, porque de cierto a cierto tiempo los sangran de la cabeza sin detrimento, de que sacan no menos cantidad de sangre cada vez que de leche a una oveja. No matan los indios estos carneros, aunque su carne es muy buena, la cual comí yo algunas veces, porque los conservan por los aprovechamientos que sacan dellos.

—•⁑•—

CAPÍTULO VI

De la caza de montería

De caza gruesa de montería sólo hay guanacos, que habitan las faldas de la Çordillera Nevada. Son muy semejantes en la traza, figura y grandeza a las ciervas, y en que no crían como ellas cuernos. Sólo difieren en que tienen el pelo más lanudo por la parte superior, con manchas de color bayo y blanco: relinchan los machos como potrillos. En andar por los más altos riscos y aspereza de las sierras, son ágiles como cabras monteses, aunque de pezuñas grandes; y cuando por cargar mucho las nieves en la Cordillera bajan a los llanos a buscar yerbas, andan en manadas como yo las he visto en los despoblados de Tucumán, camino de Chile; y aunque son veloces, no corren tanto como los venados (de que hay infinitos en las mismas llanadas); porque no se dividen como ellos cuando huyen, a causa de que corren conservados en tropas, algunas de más de ciento, y tan juntos, que se embarazan, y no pueden correr todo lo que pudiera cada uno solo. Y es de notar que no se junta ninguna manada sin su capitán, que los guía, que es siempre hembra, la cual tienen tanto cuidado de que lleve la vanguardia, que ninguno le pasa adelante por mucho que los persiga gente de a caballo o perros, y así se alancean con caballo alentado; y yo maté algunos con galgos, sin mucha dificultad, viniendo a España. No difiere a mi parecer su carne en gusto de la de los venados.

Son estos guanacos los que crían las verdaderas piedras bezares, las cuales tienen en el buche, y no en la cabeza ni otra parte del cuerpo, como algunos escriben. Las mas finas y perfectas son las de estos guanacos de la Cordillera de Chile, que hacen ventaja a las orientales. Otras se traen del Pirú, de vicuñas, especie de carneros de aquella tierra, que no tienen que ver con las de los guanacos, antes hay quien diga que no tienen virtud alguna, y otras se traen contrahechas, de las cuales son tenidas por buenas las que son compuestas de pítimas e antídotos contra venenos, aunque ¿qué certidumbre puede haber de que lleven tal mixtura, puesto que, según he entendido, son indios los que las contrahacen y venden, y se puede creer que las han de adulterar y engañar con ellas? En los guanacos mas viejos se hallan las piedras mayores. Conócense las verdaderas en que son todas compuestas de capas o cascos como cebollas, aunque de igual groseza. Y es mucho de notar que no hay ninguna que no se arme o funde sobre espina o hueso, y aún algunas sobre punta de flecha o aguja. Las más grandes son de más valor, mas por ser raras que por tener mas virtud. No se conoce su fineza en la distinción de los colores que tienen, tan varios como sus formas, porque todas tienen un mismo origen, y es de creer, que en todas será la virtud igual. Algunos dicen que les proviene de que los guanacos pacen el díctamo, yerba de singulares virtudes. Las piedras que se alcanzan en Chile cuestan allá cuatro veces mas que en España, donde las ha quitado su estima la abundancia de las que se traen a presentar de mu-

chas partes, y las más van a parar a los boticarios, de quien algunos venidos de Indias las compran mas baratas que allá, para volverlas a presentar.

No hay en Chile venados, osos, javalíes ni lobos; pero hay raposas pequeñas poco nocivas, y otros animales que lo suelen ser para los ganados, a los cuales llaman los nuestros leoncillos, si bien es verdad que no tienen semejanza de leones, porque son pequeños y los matan con cualesquiera medianos perros, o perseguidos dellos se encaraman en árboles, donde los flechan y matan los indios.

De la demás caza común de España no hay liebres ni conejos ni otros animales que les parezcan, salvo unos ratones como gazapillos, que solo muestran ser ratones en tener los piés y las colas peladas como ellos. Son mas grandes que las mayores ratas, y en la cabeza y largas orejas no difieren de los gazapos. Estos comen en aquella tierra las mujeres de todas calidades, y aún las damas criollas, estimándolos por regalada comida, de manera que entiendo que dejarán de buena gana una perdíz por un ratón; y aún son deleitosa caza para las mismas damas, porque tienen sus madrigueras en los campos llanos, y echándolas agua dentro los hacen salir a donde los toman a manos.

Lo que se puede tener por particular excelencia de aquel reino es, que en todo él no se conoce sabandija venenosa de las que se hallan en Europa, pues no se han visto jamás víboras, sapos, escuerzos, ni aún lagartos, por lo que se duerme en campaña sin recelo de cosa que ofenda, ni se sabe qué cosa sea chinches, pulgas ni mosquitos que den pesadumbre de noche y de día, con ser plaga universal a lo menos la de los mosquitos en muchas partes del Perú, particularidades no poco de estimar, bien consideradas. Y porque no digamos que en Chile dejó Dios de criar musarañas que nos inquieten, lo cual hizo a fin de que conozca el hombre su soberbia y se humille, pues animales tan mínimos lo desasosiegan y ofenden, digo que solo se sabe que hay en aquel reino uno nocivo, y este no es común en todo él, porque solo se halla en una particular y no grande provincia, que llaman de Mareguano, que es una muy pequeña araña de color rojo, de forma y grandeza de una garrapata (según he sido informado) la cual al hombre que pica en cualquiera parte, le priva por algunos días de juicio, a unos por mas tiempo que a otros, cuyo remedio es el mismo tiempo, por no saberse otro mas breve hasta ahora, y esto es cosa muy sabida en aquella tierra.

CAPÍTULO VII

Pescados y mariscos

Pues he dicho todo aquello de que he podido recorrer la memoria tocante a los animales terrestres que hay en Chile, y los que deja de haber de los comunes de nuestra España, hasta las sabandijas y musarañas mas menudas, razón será que no me olvide de los pescados que alcancé a ver de aquel mar del Sur y agua dulce; aunque dejaré de hacer memoria

de muchos no indignos della, que no llegaron a mi noticia por haber gozado poco de lo alegre y pacífico de aquel reino con las continuas ocupaciones de la guerra. Hay pues en aquel mar muchas ballenas, las cuales ví yo no pocas veces de lo alto de los cerros que caen sobre él, y por sus playas se ve cantidad de huesos dellas tan grandes que en el castillo de Arauco muchos dellos, que son de los nudos del espinazo, sirven en las casas de asientos. Y algunos indios de guerra hacen coseletes de lo que llaman barba de ballena, y frenos a sus caballos, según digo adelante. Y me parece que si se advirtiese en buscar las playas, no dejaría de hallarse ámbar en ellas, por ser ordinario el hallarse en costas de mares de tanto concurso de ballenas, cuanto lo es aquel.

Atunes de excelente comida se suelen tomar en el mar que está vecino a la ciudad de la Concepción, y en la de Coquimbo, dicha la Serena, se toman muchos, a donde dicen que se podrían hacer no menos útiles almadrabas que las mejores de España.

Hay copiosa pesquería en muchas partes de aquella costa, de robalos y lizas y mucho mas de sollos, de los cuales se sacan lances con redes de tan excesivo número, que no me atreveré a referirlo. Este pescado, despues de haber curado, se lleva a muchas partes del Pirú, de que en tiempos de paz había grande granjería. Sardinas y anchovas dan a sus tiempos infinitas a la costa; pero el pescado que es tenido aún en mas estimación que la trucha, como lo dice su nombre, es uno a que llaman pejerey, cuya común grandeza es de tres o cuatro libras. No tiene espinas fuera de la principal, y si algunas mas tiene son pocas y muy manifiestas. Hállanse estos pescados en la mar, rios y lagos apartados della, todos de una misma bondad. En el gran rio Biobio, tenido por estéril de pescado, he visto a un indio tomar con caña muy buenas truchas y pejesreyes. Anguilas no vi ni oí decir que se hallen en mar, lagos y rios en toda aquella tierra, ni gibias ni otros muchos pescados que acá nos son comunes; pero hay otros muchos géneros dellos propios de aquellos mares, de que por lo ya dicho no pude tener entera noticia.

Mariscos

Los mariscos presumo que exceden en bondad y en grandeza a los de otra cualquiera costa. Hay de los que en las nuestras se hallan, como son erizos, mosellones o almejas, que cada uno es mayor que diez de los de España, de excelente comida, especialmente los mosellones, a que allá llaman choros, que son de mucha sustancia, y poco dañosos. Dan muchos a la costa cuando después de haber reforzado el viento Norte sopla el Sur. Pero el marisco de mayor estima que entiendo no se halla en nuestros mares, es uno a que llaman allá pico de papagayo, porque descubre por un agujero de la concha do está encerrado, un cierto pico. También se hallan en otras partes, como donde llaman la Ligua, ostras o ostrejas o ostiones, que por todas diferencias los nombran en diferentes partes de España. Y asimismo hay otros géneros de comunes mariscos como cangrejos, pero los dichos son los mas estimados de aquella

costa, donde en cada uno de los erizos, que son del tamaño de cocos, se halla un cangrejo vivo, sin haber lugar por donde pueda haber entrado, cosa que noté por maravillosa.

CAPÍTULO VIII

Caza de volatería y aves domésticas

Hay en aquel reino cierta especie de perdices entre pardas y rubias, muy poco menores que las de España y de su figura, y no muy inferiores en la bondad de su comida, de pico y piés pardos y de cansado vuelo. Cuando anidan, ponen muchos huevos que suelen pasar de veinte, y lo menos son quince, de grandeza de los medianos de gallina (no poco excesiva respeto del cuerpo de las perdices) todos teñidos de un color de aceituna madura. Hay abundancia destas perdices: cázanlas los indios de muchas maneras, y muchas con perrillos pequeños y lijeros, puestos los cazadores en paradas donde las abocan al segundo vuelo. Los nuestros las cazan con alconcillos aletos.

Hay unos pájaros grandes poco menores que gansos, de pico largo y corvado, a que llaman mandurrías: otros algo menores llamados piuquenes, y otros mas pequeños que dicen frailecillos. Hay asimismo chorlitos y otras aves menores de diversas raleas, no malas de comer, todas las cuales andan en bandas por las praderías, esperan a tiro de escopeta y se toman con lazo.

Hay por muchas partes blanquísimas garzas de extremadas plumas, no cenicientas como en otras tierras; y otros diversos pájaros de varios colores, especialmente unos de tamaño de tordos, a que llaman comendadores, porque tienen todo el pecho de color de un muy encendido carmesí, dañosos para los sembrados.

Papagayos andan tantos en bandas, y a tiempos algunas tan grandes, que se puede decir que quitan el sol. Si hieren alguno con flecha o escopeta, se abaten los demás a socorrer al caído. Son estos papagayos, la langosta de aquella tierra, porque destruyen el trigo y maíces, cuando están espigados, a los cuales hay necesidad de poner guardia.

No hay en Chile de nuestras aves comunes, picazas, tordos, cuervos, milanos, grajos o cornejas, golondrinas, vencejos, gorriones ni ruiseñores, ni algunas de las raleas que se enjaulan; pero hay otras en su lugar que hacen sus oficios y tienen sus inclinaciones y propiedades. Hay unas aves inmundas y negras que llaman gallinazos y otras dichas buarос, que limpian la tierra de cosas que pueden inficionarla. Hay palomas torcaces aunque pequeñas, que tienen los piés colorados, y tórtolas de muchas diferencias, grandes como las nuestras y medianas, y otras tan pequeñas como pajarillos. Hállanse unos alconcillos llamados aletos, y otros baharis, estimadísimos no solo en aquella tierra, pero en todo el Pirú, a donde se invían presentados, y pienso que de allí se traen a España. En una cosa reparé en aquel reino, cuya causa no sabré decir, y es que pasando a mas altura de la ciudad de la Concepción, que está a

grados treinta y siete, aunque hay varias suertes de pájaros, no se oye jamás cantar alguno.

Qe aves acuátiles hay ánades de todas especies de las de nuestra España, y en lagunas y rios unos pájaros que tienen en las cabezas plumas martinetes. Hállanse en las marinas flamencos, aves grandes como cigüeñas, de cuellos y zancas largas, blancos con algún encarnado, nuevamente aportados a aquellas marinas, según dicen en aquella tierra, a que se tira con escopeta: todas aves comestibles. Hay gran número de gaviotas diferentes, que andan siempre por la costa cebadas en el marisco, y otros pajarazos grandes como gansos, a que llaman alcatraces, notables no solo por el pico que tienen diforme de más de a tercia y derecho, sino porque también desde el extremo y punta dél de la parte de abajo hasta el cuello les cuelga una bolsa o buche, que cabe un cántaro de agua. Sirven las plumas de cañones para escribir.

De aves domésticas y caseras, hay gallinas, palomas y gansos, todo llevado de España; y otros gansos de la propia tierra más cortos de cuello y torpes en andar que los nuestros, y de diferentes colores, y que al rededor de los ojos tienen gran parte colorado. Son también caseros como los nuestros.

CAPÍTULO IX

Minas de metales especialmente de oro

Remataré las excelencias de Chile en cuanto a su fertilidad, con la cosa mas preciada que produce, que es el oro, diciendo también que hay noticia en aquella tierra de haber minas de plata y de otros metales, y que en la ciudad de La Serena se sacan de cobre y plomo; pero lo que más hace a aquel reino digno de estimación es, el haber en él tantas minas de oro, que apenas hay parte donde poco o mucho no se saque deste precioso metal, pues se halla en cerros, valles, ríos y fuentes, hasta en las marítimas playas, como en las de Chiloe, el que llaman volador por su sutileza. Y yo ví en la ciudad de Santiago llevar de algunas casas diversas veces a vender granos de oro mayores que de trigo, que los llevaban en los buches o mollejas de las gallinas. Y me certificaron algunos antiguos de aquel reino (personas de crédito) que en las ciudades que destruyeron los indios, cuando llovia, manifestaba en la tierra granos de oro el agua que caía de las canales, y que en la ciudad de La Serena había indios que pagaban el tributo a sus encomenderos del oro que sacaban de las barrigas a lagartijas. He dicho por cuantos comunes medios se manifiesta y comunica el oro a los nuestros en toda aquella tierra, para que se vea lo mucho que tiene oculto, y que la dotó Dios de tan gran riqueza entre todas sus excelencias.

Son, pues, las minas que se hallan de oro, unas más fértiles que otras, y de diferentes quilates, entre las cuales las de mas subidos son las de Valdivia; pero éstas y las que en cantidad y bondad eran ricas y útiles a los nuestros, tornaron a recuperar los indios en las tierras que recobra-

ron con sus nuevas victorias, aunque no estiman más el oro que el plomo, por cuya falta oí decir a un antiguo español en aquel reino, que echaban los indios pedazos de oro en sus redes de pescar, y que había hallado una camarada suya en una de sus barracas, unas cuerdas para el mismo efecto de pescar, con los anzuelos de cobre, y por plomadas pedazos de oro. En estas minas se hallaban granos como nueces, otros como huevos, y algunos particulares mucho mayores; y un indio trujo a su amo un pedazo de oro, según lo halló en la superficie de la tierra, tan grande y de la forma de un ladrillo de jabón, y muchas veces se hallan mayores. En algunas minas los sacan como habas, y en otras como menudas arenas, que todo es a lo que llaman allá oro en polvo, que es el que está como se saca de las minas. Las que han quedado ahora en poder de los nuestros, son las más estériles y bajas, a las cuales están obligados los encomenderos de echar la tercia parte de sus indios por lo que toca a los reales quintos.

Hay generalmente más cosecha de oro los años lluviosos que los secos, a causa de que los arroyos crecen, y de otros hay nuevas corrientes, por lo que no es de estima la mina, por buena que sea, si está en secano apartada del agua, donde se pueda lavar la tierra para buscar el oro, como lo hacen los indios en gavetas de palo o barreños, dó por ser el oro el metal más pesado, viene después de bien lavada la tierra, aunque sea arena, a quedar en el fondo y remate postrero, según se va lavando y vertiendo agua y tierra, poco a poco traída con las manos a la redonda.

El oro acabado de sacar de su mina, no tiene necesidad de otro beneficio, porque se saca en su perfección, que aún hasta en esto muestra su nobleza, al contrario de la plata que es costosísima de beneficiar, para quedar de provecho. Y por remate de las calidades de aquel reino, digo, que son tales, que no hay cosa más sabida y que más se traiga en práticas en aquellas partes, que el decir que si faltase la guerra en aquel reino, aunque nunca hubiera en él minas, se despoblaría todo el Pirú de nuestros españoles, para irse a vivir aquella tierra. Tal es la fama que por todas partes hay de sus excelencias.

CAPÍTULO X

Las calificadas partes de los españoles criollos del reino de Chile

Pues de cuanto produce el reino de Chile he dicho lo que he podido reducir a la memoria, bien será para acabar de calificar aquella tierra, que diga los nuevos españoles que cría, pues los idos de España a ella, de más de que sabemos lo que acostumbran a ser por mucho que se alejen de su patria, no les toca de aquel reino lo que a sus sucesores herederos de sus obras, a quien por distinción se les da nombre de criollos, que son los de quien en general pretendo decir, no todo lo que pudiera, pero sólo lo que permite este lugar.

Estos, pues, son los que nacen entre el rumor de trompetas y atambores; los que casi dende las mantillas visten malla, y los que ofreciendo

sus vidas por el aumento de la fe, procuran defender su patria y sujetarla a su rey, haciendo muralla de sus cuerpos en amparo de lo que menos habitan, que son sus casas; y finalmente son los que llevando el peso de aquella guerra, muestran el valor que ignora nuestra España. Porque como los della son los que en el mundo menos han escrito sus hazañas, así las de los criollos de Chile aún para con sus mismos progenitores quedan sepultadas en olvido, por causa tan poco suficiente, como es el haberlas obrado en tierra tan remota, aunque ella misma produjo ingenio que pudiera celebrar su valor, trabajo que le fuera más debido y más bien contado por lo que le compatía, que el que tomó en dar por domados a los que se hallan mas que nunca victoriosos y casi invencibles.[1] Y pues basta lo apuntado para que dello se colija la prueba que hacen en las armas aquellos centauros criollos, según parece nacidos a caballo por su extremada destreza de ambas sillas, tal que imagino puede competir con la de todos los grandes ginetes y bridones de Europa, pasaré a la mucha opinión que no menos alcanzan por las letras, como dan dello testimonio aquellos pocos a quien las armas han dado lugar a profesarlas, por ser muchos a quien las ha interrompido la obligación de defender la patria; y así los que en letras han florecido, son los que con la ausencia han asegurado el tiempo para continuarlas. Fuera de la prueba que han hecho en las tales profesiones, muestran ser los criollos de claro ingenio y de ilustres y altos pensamientos, liberales y generosos, pocos de los cuales degeneran de la antigua nobleza, heredada de los valerosos soldados que a aquella guerra pasaron, hasta mostrarlo muchos con aumento della. Y como entre los españoles que van a tierras remotas hallan algunos humildes más aparejo que donde nacieron, para hacerse lugar por la virtud entre los más estimados, así los que de los tales allá decienden, no menos bien saben mejorar la paternal nueva opinión que conservarla; porque no ignoran cuánto es de más estima la virtud propia que la heredada; pues son autores de lo que poseen, y dejan a sus sucesores los que la buscan y profesan especialmente por las armas, de cuyo orígen se precian de decender todas las ilustres casas del mundo.

CAPÍTULO XI

Loores de las mujeres criollas de Chile

Pues he dicho en general, aunque en cifrada summa, lo que he conocido en los españoles que cría el reino de Chile, será razón que también diga algo de lo mucho bueno que pudiera de las mujeres, las cuales se pueden llamar no menos hermosas que desdichadas, pues les cupo en suerte el nacer en tierra, donde están de la misma manera sujetas a los trances y peligros de la guerra, que los mismos que la profesan; pues tantas han padecido las mismas calamidades que los más robustos soldados, sufriendo no menos constantemente largos cercos de aquellos bárbaros

1 Pedro de Oña, chileno, autor del *Arauco domado*.

indios, hasta morir con sus hijos en ellos miserablemente de hambre, quedando esclavas más de quinientas no de las menos principales, donde han acabado con lastimosas muertes la mayor parte, sirviendo al presente mas de doscientas que han quedado vivas, a los que aún para esclavos son de ánimos los mas serviles y abatidos que tiene el mundo; pues los negros son dellas respetados y tenidos en estima, mas que aquellos viles indios; el cual miserable estado tengo por el mas lastimoso y infelice, en que se pueden hallar cristianos. Y no dudo que si tuviera España la entera información que fuera justo, pudiera ser que del natural sentimiento de desdicha tan excesiva, naciera el procurarles remedio, y asimismo a las no menos olvidadas viudas, que han caído de honrados estados en el más desamparado a que pueda obligar una humana pobreza, todo nacido de las pérdidas de aquella guerra, juntamente con la de sus maridos y caros hijos. Y porque esto es fuera de la materia que pertenece a este lugar, y lo extiendo más dende trato los apuntamientos militares, digo que las españolas criollas de aquella tierra son dotadas de particular hermosura, gracia y donaire calificado de discreción y cortesía, mucho más de la que parece se puede hallar en pueblos tan abreviados o poco populosos, como tengo mostrado, y de lo que pudiera prometer tierra tan apartada de cortes, donde es mas propio el hallarse la urbanidad, discreción y policía. Son ejemplos de toda honestidad, de noble y señoril trato, de varoniles ánimos y de gran gobierno: administran el de sus casas y haciendas del campo con esfuerzo y paciencia, supliendo las largas ausencias de sus maridos en los tiempos de más cuidado, que son en los que van a asistir en el ejercicio de la guerra. Son muy trabajadoras y en ocupaciones de varias labores y recamos muy ejercitadas y maestras, agraciadas en el vestir, y los trajes de que usan tan conformes a los de las mujeres destos reinos, especialmente sus modos de tocados, que los que en ellos se inovan, se ponen tan presto allá en uso, como si los penetrasen con la vista; y así en eso como en todos sus ejercicios se conforman con las mujeres de España, excediendo a muchas en el valor, gobierno, arreo y compostura de sus casas, cuyas familias son mayores que las destas partes, por hacerse en ellas todas las domésticas obras que en España se hallan, hechas en tiendas y plazas, por no estar en uso el venderse en tales partes allá. Con las cuales aunque sumadas excelencias de las mujeres criollas, daré fin a las del reino de Chile, para cuya general declaración conviniera que hubiera yo participado de lo quieto y pacífico de aquel reino; y así no dudo habré pasado en silencio muchas de sus extremadas calidades a causa de que ocho años que en él estuve, participé siempre de las miserias y calamidades anejas a la guerra, como tan legítimas hijas della, demás de que cuando partí de aquel reino, vine bien ajeno de imaginar que había de escribir cosas dél, por lo cual no pude venir apercibido de las con que pudiera mejorar este trabajo, que llegado a España me obligó a tomar el ver cuan gran inconveniente era el estar aquel reino en parte tan remota, para ser entendido como convenía el estado de aquella guerra, y el infructuoso estilo con que se procura acabar aquella conquista, dando juntamente mi parecer de cómo podrá acabarse sujetándolo a otros más acertados.

RELACIÓN TERCERA

LAS VERDADERAS PARTES Y CALIDADES DE LOS INDIOS DE CHILE

CAPÍTULO I

Que los indios de Chile no son más robustos, membrudos ni de mayor estatura que nuestros españoles

Habiendo de tratar en este desengaño de los hechos de los indios naturales del reino de Chile, y de las causas de la larga resistencia que han hecho al esfuerzo y valor de nuestros españoles, conveniente cosa será el mostrar sus partes y calidades, demás de que servirá también para que se desengañen muchos que en España tienen dellas contraria opinión de la que se debe tener. Digo, pues, que no son aquellos indios de tan robustos gestos o rostros, ni de tan bien formadas y dispuestas personas, que se aventajen en ello a nuestros españoles, como algunos han creído. Porque considero que si rústicos labradores de nuestra España por lo que tienen de tostados y curados del sol como los mismos indios, los viéramos pelada la barba como ellos la traen, no dudo sino que no parecieran sus rostros harto robustos, entre los cuales se vieran en todas edades medallas tan semejantes a las antiguas romanas, como las que los indios representan en sus desbarbados rostros y cabelleras, aunque ya no las usan los más de los indios de guerra, sólo a fin de que en las ocasiones della, no haya de que hacerles presa. Y compararé siempre a los labradores estos indios, porque como hijos de los montes, son más semejantes a ellos que a ningunos otros hombres de España, así en el color tostado y encendido, que arguye más fortaleza que el blanco, como en las crespas y bermejas arrugas sayaguesas, que crían muchos dellos en los tozuelos o cerviguillos, y en otras rústicas señales.

Y si también viéramos los mismos labradores con el poco y sencillo vestido de la chilena usanza, que es tan solamente una camiseta o almilla de lana, que traen sobre las carnes, escotada y sin mangas, y algún tanto abierta por los pechos, y un paño de lo mismo revuelto que les sirve de pañetes (que en general sólo éste es su común traje) descubriendo pecho, brazos y piernas hasta medio muslo, no pongo duda en que también nos parecieran bien formados nuestros labradores, haciendo

plaza de los desnudos miembros, como ellos la hacen; porque la nación española en general es bien proporcionada, y el sencillo hábito los ayudara a parecer más crecidos. Demás de que se hallan en particular también, como entre los indios, tantos labradorazos tan dispuestos y doblados y fornidos, que representaran unos jayanes, lo cual no nos parece tanto en su presente hábito. Demás desto, conocida cosa es ser los indios de Chile semejantes en estatura a los hombres de España, y no de mayor por razón de habitar en correspondiente zona y clima austral; y así los considero a los unos y a los otros en correspondiente variedad de estaturas, aunque la imaginación nos haga a todos los indios dispuestos. Porque si se advierte en ello, así como en España se hallan entre los hombres de grande y de mediana estatura, otros pequeños aunque briosos, también se ven entre los indios otros mil hombrecillos de burla. Y para prueba de lo que altera y puede el hábito, yo he visto cantidad de los mismos indios de los que llamamos en Chile amigos, porque nos ayudan contra los enemigos declarados, vestidos a la española con vestidos que a su pedimento les hacía yo algunas veces prestar de nuestros soldados españoles, para haber de ir con gente nuestra a dar trasnochadas a los indios de guerra, y parecer a muchos que los mirábamos, que los disminuía y consumía nuestro hábito de tal manera, que los juzgábamos por más pequeños que nuestros soldados. Y aún tengo hecha mayor experiencia de lo que nos engaña su vestir, en que habiéndome parecido que algunos indios excedían en disposición de cuerpo a algunos españoles de grande estatura, los hacía medir con ellos para comprobarlo, y hallaba al efecto trocada la imaginada diferencia. Y para el engaño de los trajes digo, que aunque es averiguado que los turcos convienen en igual estatura con la gente de España, lo que se puede decir que proviene también de estar debajo de un mismo paralelo la mayor parte de la Grecia, con todo esto algunas veces en guerras que con ellos ha tenido nuestra nación, ha acaecido infundir temor en algunos soldados bizoños solamente la autorizada y crecida muestra de su acostumbrado hábito turquesco de marlota y turbante, particularmente cuando los veían venir con el alfanje levantado en el desnudo brazo, obligando a los soldados viejos usados a pelear con ellos, a que esforzasen a los nuevos, acordándol s que lo mismo había pasado por ellos la primera vez que los vieron en campaña.

Y pues basta lo dicho para desengaño del engaño que causan los rostros desbarbados y hábitos de los indios de Chile, diré también que es verdad que se hallan entre los dichos indios algunos de espaldas grandes y pechos levantados; pero no en tanto extremo (como algunos se han persuadido) que exceda la común forma de los hombres de España; y si en lo dicho algunos se particularizan, son los que tienen mas carnes y gordura que otros, según se manifiesta no solo en pechos, pero en todas sus demás partes. Y así digo, que espaldas grandes y pechos levantados mejor se hallan en nuestros labradores, y con diferente fundamento y en no menor número que entre los indios considerados tantos por tantos, como se vería si también manifestasen de sus cuerpos desnudo lo que ellos con el hábito que usan.

Ni tampoco se les deben atribuir a estos indios tan recios y nervosos miembros, que excedan en ello a los españoles; porque mas parecen sus miembros de carnes que de niervos bien fornidos, pues los tienen tan bien proveídos dellas, que no dan lugar a que se les descubra ni discierna señal de algún nervio que arguya vigor o fortaleza, como se verá en muchos de los labradores y aún carreteros y arrieros, de los que hay membrudos y otros enjutos y avellanados en nuestra España; puesto que fuera de ser los indios mas carnudos que nervosos, son sus carnes mas flojas y muelles que sólidas y firmes, respecto de lo que arguyen las de aquellos a quien los he comparado. Lo cual no será difícil de creer, si se me concede, como debe, que las carnes se crían conforme los mantenimientos con que son alimentados, y según esto, considérese qué comidas come la gente de España que he dicho, y qué comen los indios de Chile, los cuales en general se sustentan de frutas y legumbres, no gustando carnes sino raras veces y por maravilla, y cuando la comen es hartándose como perros cuando topan caballo muerto, por lo cual su comer cosas de nutrimento que cría fuertes carnes es tan de raro, cuanto es ordinario, sobrado y excesivo su beber variedad de inmundas y varias bebidas, como mas largamente diré adelante. Por manera que cuales son las comidas y bebidas tales serán las carnes y la sangre de los indios; y por ser de tan ruin ñutrimento las bebidas a que llaman chicha, acostumbran a llamar los nuestros sangre de chicha a los que tienen alguna descendencia de indios, motejándolos de flacos y flojos para el trabajo.

CAPÍTULO II

Que los indios no se aventajan en agilidad ni en fuerzas personales a nuestros españoles

Continuando las demás partes en que están tenidos en posesión de muchos de nuestra España los indios de Chile, que son mayores que aquellas de que los dotó naturaleza, viniendo a su agilidad por ser una de las cosas con que también los califican, digo, que no he visto ni oído decir que haya entre aquellos indios quien se aventaje tanto en ligereza, que no se hallen muchos que la tengan mayor entre nuestros españoles; porque son los indios en general tan haraganes y flojos, que ni aún por arte jamás se aplican a acaudalar ligereza ni otra alguna agilidad, puesto que si en cosa hacen algún ejercicio que los disponga a ello, es tan solamente en el juego que usan de la chueca, en el cual debían mostrar su ligereza, si alguna aventajada tuvieran; pero no se nota en ellos cosa que cause maravilla, y si a algunos la causa su correr en el tal juego, es porque no advierten en que es cosa averiguada el parecer siempre que corren con mas velocidad los desnudos que los vestidos, aunque por ir sin ropa han de correr aquellos más que corrieran ellos y otros cualesquiera hombres vestidos. Esto digo, porque usan a andar desnudos en este juego los indios, fuera del cual, como tengo dicho, no hacen de sí ningunas pruebas para haber de acostumbrar los cuerpos a ellas, por lo que son ene-

migos de fatigarlos y de todo trabajo; y es esto en tanto extremo, que aún en los bailes usados tan de ordinario dellos, en los cuales es costumbre en todas las naciones del mundo el descomponerse las personas con ligeros movimientos, particularmente de piés, es cosa de notar que al són de sus instrumentos bárbaros, los mueven ellos tan lentos, que aún no levantan del todo las plantas del suelo; pues asentadas las puntas de los piés, solo se brincan sobre los talones o calcaños. Mas, porque podría ser que la ligereza que se atribuye a los indios de Chile, se dijese por lo que se sabe por cosa muy cierta que hacen los indios de la provincia de Cuyo y de las demás a ella contínuas en sus llanas tierras, digo para mayor satisfacción que, aunque no procede de ligereza, tienen aquellos indios un tan incansable trotecillo, que sin correr persiguen por el rastro no solamente los venados, pero también los avestruces de que abunda aquella inmensa y llana tierra, por tener generalmente en su superficie un polvillo, que todo animal deja en él estampada la forma de sus piés, trayéndolos tan inquietos y acosados, que sin dejarles tomar reposo, los vienen a rendir y cansar hasta tomarlos a manos, que todo esto enseña la necesidad del mantenimiento a los que carecen de perros dedicados a tal caza.

Tiene España a los indios de Chile en posesión de que se aventajan en tan extraordinarias fuerzas, por las milónicas, o por mejor decir, ciclópicas que se les tiene atribuído, que no dejará de ser dificultoso de creer lo que en contrario probara de aquellos bárbaros, por lo que me obliga el escribir desengaño, aunque bien creo bastará para certificar que ninguno dellos se particulariza en extraordinarias fuerzas, el decir que si hubieran sido tan aventajados en ellas, estuviera en razon que en estos tiempos se hallara algún indio en todo aquel reino en opinión de señalado en fuerzas. Y esto no solamente no se ve, pero ni se sabe ni platica de ninguno dellos, pues no lo oí en ocho años que estuve en aquella guerra, habiendo tratado familiarmente no solo con los antiguos indios de paz, pero con los recien reducidos de las mejores provincias de aquel reino, que trujo a nuestra amistad el gobernador Alonso de Ribera, aunque con particular cuidado lo inquirí por todos los indios que pude. Y quien duda de que, cuando no hubiera hecho yo tal diligencia, hubiera oído decir a los capitanes o soldados antiguos en aquel reino, o a los farautes del campo, tratando tan de ordinario con los unos y con los otros, que había habido en aquel reino, o que al presente lo había algun indio de particulares fuerzas, así como en grandes congregaciones dellos en que me hallaba, me señalaban diversas veces con el dedo a otros, contándome que habían hecho algunas de las traiciones y crueldades que acostumbran debajo de estar en paz. Este argumento que tengo referido, seguramente que si lo propusiera en Chile, quedara bien confirmado de toda nuestra gente; pero porque lo que se dice por cosa experimentada es lo que más persuade, digo para acabar de probar que los indios de Chile no se aventajan en mas fuerzas que las ordinarias y comunes, que en el castillo de Arauco, acabando de dar todo su estado la paz en tiempo del dicho gobernador Ribera, ví muchas veces (hallándose en diferentes días gran número de indios en él) estar muchos dellos mirando a nuestros

españoles, cómo probaban las fuerzas en un esmeril que estaba allí sin fuste, donde fué la primera vez que ví a indios convidarse a imitar a los nuestros en semejantes pruebas, porque antes lo suelen rehusar por tener de sus fuerzas poca satisfacción. Y comenzando a porfía a hacer experiencia de quien le llevaba mas lejos, entre los mas dispuestos indios atado al esmeril por medio con una cuerda, de manera que quedaba pendiente y en balanza, no solo no hubo indio que lo pudiese llevar con una mano suspendido por la atadura hasta donde lo llevaban muchos soldados españoles de comunes fuerzas, pero ni aún que lo pudiese pasar del lugar a donde un criado mio (que las tenía buenas) lo llevaba asido con solo los dientes, con haber indios que se picaban y volvían de nuevo a la prueba, como corridos de su flojedad.

CAPÍTULO III

Las causas por qué no son los indios de mas fuerzas de las comunes, que en ellos se conocen

Basta ahora que diga las razones por qué estos indios no sean de mas fuerzas de las que tengo significadas; y así digo, que, a mi parecer, son el no ser hombres ejercitados en trabajo, porque rehusan en cuanto pueden el aplicarse a él para adquirir las fuerzas por arte, ya que no las tienen por naturaleza, y el alimentarse con mas fuerza de bebida que de comida, según lo mucho que son dados a la embriaguez; por lo cual, siendo el beber su principal nutrimento, ¿qué carnes pueden criar que no sean de la calidad de sus bebidas blandas y flojas, cuanto es suave para ellos al beber? que es por lo que él solo no les cansa, por ruínes que son sus bebidas, en las cuales convierten cuantas frutas y semillas poseen, por tan asqueroso modo, que lo fuera el referirlo; y por serles tan agradable nuestro vino, tiene entre ellos tanta autoridad una botija del que en las congregaciones de los mas principales caciques siempre le dan el mas preeminente asiento, de suerte que lo que por esta apacible medianera no se alcanzare destos sus tan firmes enamorados, no se alcanzará por ningún preciado tesoro, pues todo lo que el mundo mas estima, tienen ellos en desprecio fuera de este agradable licor. Y para avivar más el apetito, las cosas que más apetecen, aman y estiman para sus sainetes son sal, tabaco tomado en humo y pimientos que llamamos de las Indias, que los comen enteros. El uso de las dos postreras cosas está bien extendido entre los nuéstros en el Pirú. Y como en ninguna cosa ponen estos bárbaros mas cuidado que en las pertenecientes a su beber, tienen en los mas amenos y apacibles campos, diputados particulares lugares para celebrar otras diferentes borracheras de las que escribo adelante, donde trato de sus crueldades, que son unos bosques que parecen hechos o criados para tal efecto, de poco circuito y de altísimos y diformes árboles: lugares a que comunmente llaman los nuestros bebederos, por ser dedicados particularmente para beber los indios en ellos, donde como en consistorios o palacios de ayuntamientos, los caciques y clancapis

en tales borracheras tienen sus consejos y determinaciones en las cosas del gobierno de la guerra, como es para tratar rebeliones, paces, jornadas o otras empresas. Cosa que causa maravilla, que para los negocios que les son de mayor importancia, se juntan en ocasiones de tanta embriaguez a determinarlos, y que los resuelven tan a su provecho como lo hacen, de que nos da testimonio el gobierno que ha tanto tiempo los conserva en su defensa. Y porque nuestros indios de paz por la misma razón nunca tratan cosa buena en las borracheras, que también como los de guerra hacen, se las vedan los nuestros o ponen de nuestra parte personas que entiendan lo que tratan en ellas. Y en suma digo, que no solo en vida ponen todo su fin en beber, pero aún después de muertos piensan que lo han de continuar, según mostraré adelante. Y porque voy mezclando con lo poco que son para trabajo su mucho beber, por nacer lo primero de lo segundo, y por venir todo junto a ser mas argumento de lo poco que es dotada de fuerzas esta holgazana gente, diré para mas prueba de su acostumbrada pereza en cosas de ejercicios y trabajo, que después de la destrucción de las cinco ciudades que con tanta crueldad ellos asolaron en aquel reino en su última rebelión, y de las que los nuestros por causa della despoblaron, quedaron en su poder gran número de fértiles viñas, que habían hecho plantar nuestros españoles en sus pagos o jurisdicciones; y es de notar que con ser los mismos indios rebelados los que las beneficiaban en tiempo que estaban de paz, y los nuestros las poseían, no se halla que después que se rebelaron, en tantos años como há que las tienen por suyas, y gozan del tributo de sus vendimias, haya habido alguno de tantos agricultores, como quedaron entre ellos, que se haya puesto a podar alguna; y así están tendidas por los campos convertidos en malezas, con estimar ellos nuestro vino por incomparable bebida, respeto de las que ellos usan de sus frutas y legumbres, por lo que no se olvidan a su tiempo de acudir a disfrutarla convirtiendo en mosto sus desmedrados racimos, de cuya fuerza hacen luego experiencia hasta quedar fuera de sí tendidos al pié de las cepas; y así no son las mas inciertas emboscadas las que los nuestros les hacen cerca de las viñas. Y para acabar de significar cuanto huye el cuerpo al trabajo esta haragana gente, llegado a los rústicos ejercicios de la labranza de sus posesiones o heredades, que en todo el mundo es dedicada a los hombres, digo, que son tan dados al ocio, que tienen remitida esta trabajosa cultura a las pocas fuerzas de sus flacas mujeres, para lo cual cada uno procura tener dellas cantidad de peones, porque sea copiosa la cosecha, de que procede la multiplicación de sus borracheras; y así como jamás ponen manos en cosa de algún trabajo, no se hallará si se advierte en ello entre todos los indios uno que tenga callos en ellas.

Pues la ocasión de probar con razones las pocas fuerzas que tienen los indios, me ha obligado a decir a lo que llega su borrachez, para que no se entienda que ya que en el beber son viciosos, tienen en el comer alguna templanza, diré un extremo de la gula destos indios, que comprenderá todo lo que pudiera más largamente decir della; y es que todos los veranos que marcha nuestro campo por las tierras de los enemigos, acostumbra algunas veces a dejarles emboscadas al partir de los más

cómodos cuarteles, donde se ha hecho noche, y son tan brutos como las hambrientas fieras en que por maravilla escarmientan, con ver que se suelen hacer en ellos en tales ocasiones algunas matanzas, señaladamente las veces que el día de antes la han hecho los nuestros de vacas en los tales cuarteles, de las que suele llevar el campo para su mantenimiento, porque los ceba y aún ciega de tal manera la golosina de los huesos que quedan por el suelo, que por sacarlos el alma o tuétano, se ponen a perder las vidas, haciendo lo mismo por cualquier caballo muerto que haya quedado en el cuartel; porque como en tales tiempos están los indios emboscados, o en las cumbres de altos cerros a la mira de nuestros alojamientos, no han los nuestros aún salido dellos a la mañana, cuando a porfía el que primero llega, entra a buscar las inmundicias que tan caras les suelen costar, que es todo el extremo a que puede llegar la vileza de su gula. Allí notan nuestros emboscados, en tanto que se van juntando número de los indios, las injurias que nos dicen, y a la tierra ignominias dándole patadas y lanzadas, como en venganza de habernos albergado, hasta que de repente salen los nuestros, donde la toman mejor dellos. Y vueltos a su comer digo, que son pocos los que destos bárbaros dejan de comer carne humana, de tal suerte, que en años estériles el indio forastero que acierta por algún caso a pasar por ajena tierra, se puede contar por venturoso, si escapa de que encuentren con él indios della; porque luego lo matan y se lo comen, como hacen a muchos de los españoles que vienen a sus manos, especialmente si son muchachos, según diré más largamente donde trato de sus crueldades. Y en fin, no hacen distinción de animales comestibles a los inmundos y asquerosos que todo no lo coman sin asco ni recelo, sin perdonar sabandija, lo cual entiendo es causa de que crían muchos dellos feísimos lamparones. Y al propósito de ser tan golosos, referiré una contrariedad extraña, y es que en una provincia de aquel reino han ido los indios conservando en gran copia gallinas y gallos blancos de los comunes nuestros, sólo para aprovecharse de sus plumas, que por ser blancas las dan tintas de varios colores de toda fineza con raíces que para ello tienen, las cuales plumas les sirven para las libreas de sus borracheras; y es cosa notable que no comen la carne ni huevos de las tales aves, mas que si fuesen basiliscos. Y para dar del todo y en suma a conocer quien es esta nación por sus infames costumbres, digo que es gente indigna de llamarse racional, porque es ajena de toda virtud, hechicera, supersticiosa, agorera, sin justicia, sin razón, sin verdad, sin conciencia y sin alguna misericordia, más que crueles fieras, y principalmente sin Dios, pues no lo conocen ni guardan alguna religión, y esto se puede decir que lo hacen por no tener que servir ni obedecer a otros que a sus vientres.

Paréceme que los que me han oído a mí aniquilar y abatir tanto los indios de Chile, tenidos y reputados por tan belicosos, que me preguntarán, pues los he mostrado tan inferiores a nuestros españoles no solamente en armas, pero en corpulentas disposiciones, ligereza y fuerzas personales, que ¿cuál es la causa que se defienden tanto de los nuestros, según las muchas victorias que van teniendo dellos? A lo cual respondo,

que las cosas que he dicho en que son inferiores los indios a nuestros españoles, especialmente en ser flojos y no de aventajadas fuerzas ni agilidad, aunque esto les proviene del mucho vicio de la tierra, y lo mucho que son dados en ella a él, con lo cual se junta las pocas o ningunas forzosas ocasiones que los obliguen a oficios de trabajo, no les hacen alguna falta para defenderse y ofendernos, por razón de que les sobran las que diré, para que nuestra guerra sea en aquel reino inmortal, y nuestras cosas vayan siempre de mal en peor, en tanto que no se usara de nuestra parte del remedio que adelante propongo, que ha de servir de contra yerba a todas las cosas en que nos tienen ventaja, que son las que voy declarando en los puntos del libro segundo.

CAPÍTULO IV

Varios usos y costumbres de los indios, y la causa de sus valerosos hechos

Demás de que en general todos los indios de Chile, hombres y mujeres, andan, según dije arriba, vestidos aunque descalzos, es con mucha más honestidad que indios de cualesquiera provincias, en las cuales no hacen diferencia de las partes secretas a las públicas. Asimismo no se pintan los rostros ni cuerpo, como los del Brasil y otras partes, ni se horadan los labios o bezos como los del Paraguay y Charruas, y otros muchos que traen huesos y piedras labradas en ellos, a que llaman los nuestros barbotes, ni menos usan, salvo las mujeres, de zarcillos, brazaletes ni gargantillas, ni de otro algún adorno feminil de que usan los indios en otras muchas partes.

No tienen tasa ni límite en las mujeres, porque cada uno tiene todas las que puede sustentar.

Por muerte del padre hereda el hijo mayor a la madre y la tiene por mujer. Cómpranse los unos a los otros las mujeres por cosas de sus bebidas y comidas, vestidos, caballo, oveja de las naturales del reino o cosa semejante.

Persuaden lo que pretenden, especialmente para engañar, con razones tan eficaces y verisímiles, acompañadas con tan apropiados gestos, meneos y lágrimas, cuando les importa imprimir su engaño, que muchas veces no basta a muchos el estar sobre aviso y tener de sus cautelas experiencias para saberse librar dellas.

Presumen entre ellos de linajes o descendencias, y de apellidos, porque hay casas que se nombran del sol, otras de leones, raposas, ranas y cosas semejantes, de que hay parentelas que se ayudan y favorecen en sus disensiones y bandos, y es tanto lo que se precian destos apellidos, que solo les falta usar de escudos de sus armas.

No estiman el oro ni la plata, porque a ninguna cosa lo aplican que sea de servicio o adorno; aunque algunos, advertidos de los que lo ganaron en el saco y despojo de las ciudades que asolaron (como diré) han guardado tejos y barras, no para su uso, sino para rescatar parientes

prisioneros, por lo que saben que los nuestros estiman tal metal. No quisieran que lo produjera su tierra, por lo que los obligan los nuestros al trabajo de sacarlo, y así por ello, aunque lo sepan, no quieren revelar donde se hallan las fértiles minas dél.

Las joyas que mas estiman son unas piedras brutas sin algún labor, polideza o forma, feas, broncas y cavernosas, y aunque tiran a verdes, no son transparentes como las esmeraldas, con las cuales, hechas sartas, usan a adornarse los caciques, puestas en los sombreros los que las tienen, o en los apreladores de sus cabelleras, en que ponen toda su gala, a las cuales sartas llaman llancas.

Otras sartas usan de menos estima aunque de prolija obra, que les sirven de ceñidores, largas de a dos y mas varas, y de dos dedos de ancho, compuestas de menudísimos granos ensartados en hileras, que juntan unas con otras a modo de aljófar, o abalorio blanco, las cuales cuentecillas son hechas de conchas marinas. Estas dos maneras de joyas son las piedras preciosas y el oro de los indios, y entre ellos tiene el primer lugar la primera, como entre nosotros el diamante. Fuera de lo cual no se ve obra de sus manos que sea de algún primor, salvo sus armas y vasos para beber, que labran con toda perfección.

Usan algunas mujeres zarcillos de plata hechos de cálices y patenas que hubieron en el saco de las ciudades que destruyeron; porque minas de tal metal no sé que se hayan descubierto hasta ahora en aquella tierra, aunque hay noticia dellas, y comunmente también traen zarcillos de latón habido en el mismo saco, hechos a modo de ruedecillas de reloj, dentadas, grandes y pequeñas, y de otras formas.

Aunque en general tienen las mujeres el color mas castaño que moreno, tiénenlo muchas verdinegro y quebrado, y unas mas blanco que otras, según los temples de las tierras donde nacen y se crian, con algunos otros colores agraciados, tanto que las que dellas sirven a los nuestros, son causa de hacer a muchas españolas mal casadas. Son comunmente de mediana estatura, y en general tienen grandes y negros ojos, cejas bien señaladas, pestañas largas y cabello muy cumplido, tanto que á muchas arrastra, el cual traen bien trenzado, todo lo dicho muy negro. Entre nuestros indios de paz no se le puede hacer a indio o india afrenta que mas sientan, que cortarles el cabello, por haber hecho fuga o otro algún delicto. Su vestir es honesto para bárbaras, pues usan de faldas largas, mostrando sólo los piés descalzos y los brazos desnudos. Sus ejercicios son hilar y tejer lana de que se visten, en telares que arman de pocos palos y artificio. Dan con raíces a sus hilados todos colores perfetísimos, y así hacen los vestidos de varias listas. El negro, para el cual no tienen raíces, lo dan muy bueno, cociendo lo que han de teñir en cieno negro repodrido, y aún los nuestros dan de tal manera perfeto color tapetado a los cueros, pero sin cocerlos. Tienen a cargo las mujeres la labranza de las tierras, y el hacer los vinos que ya dije, y de llevarlo en cántaros a las borracheras, y a sus soldados cuando tienen sitiada alguna tierra o fuerte, y asimismo a las emboscadas dellos.

Mujeres y hombres son grandes nadadores; nadan de invierno y verano, y ellos pasan cualquier profundo y ancho rio con la lanza en la

mano o boca, especialmente para hurtar caballos a los nuestros. En naciendo los niños los lavan las madres en el agua de los ríos o mar, y ellas se bañan con ellos, y los muchachos desde muy pequeños usan andar como patos en el agua. Tienen por cama comunmente el suelo desnudo, y algunos una piel sencilla de cabro o carnero. Comen asentados en el suelo. y son muy partidos en lo que comen y beben.

No tienen los indios ciudades, villas o lugares para su habitación, ni fuertes, ni otro género de fortaleza fuera de la gran Ciénaga de Puren, que lo es por naturaleza y ayudada dellos por arte. Rehusan el congregarse en pueblos, por razón de que se dan venenos unos a otros, y así tienen divididas y apartadas sus habitaciones en diversos valles, que no es de poca importancia para la dificultad de su conquista, donde gozan habitaciones alegres y deleitosas, como diré adelante.

Tienen estos indios (según oí afirmar a los nuestros en aquel reino) muy gran respeto y miedo al demonio, y algunos plática y familiaridad con él, tanto en sus propias casas, como en profundas cuevas donde, dicen, hacen algunos hechiceros penitencia, y le hablan familiarmente, a los cuales van otros muchos indios con presentes, para que les profeticen cosas que desean saber, y ellos los traen engañados con mil embustes y falsas respuestas, como engañosos oráculos; cosa que no deja de ser de consideración en indios, que se sabe que no tienen religión alguna, como tengo dicho.

Aunque entre ellos no hay justicia, no se hurtan unos a otros lo que tienen, porque ausentándose de sus pajizas casas, quedan muy seguras con solo tapar la puerta con un ramo. Sus amistades las quiebran por livianas ocasiones fundadas en interés, y así por pequeño que se les siga, se niegan y matan unos a otros, y pasan de nuestro bando muchos a hacerse guerra con toda crueldad hermanos a hermanos y padres a hijos, aunque estando en sus tierras, con facilidad ponen tregua a todas sus domésticas pasiones, y se reconcilian para juntarse contra los nuestros. Son por extremo celosos, sobre lo cual fraguan entre ellos muchas pendencias, de donde nace lo que ví en una provincia de paz, donde hizo llamamiento de caciques el gobernador, que muchos dellos tenían a solo un ojo, porque en las peleas de sus borracheras se acribillan a flechazos y lanzadas. Cúranse con facilidad grandes y penetrantes heridas con yerbas, de las cuales conocen muchas de notables virtudes para tal efecto.

Tienen gran sufrimiento en los tormentos, como se vé en aquellos a quien los suelen hacer dar los nuestros por espías o rebeliones, y usan con facilidad en ellos de condenar muchas veces sin tener culpa a aquellos indios con quien están mal, por vengarse dellos, y otras veces a los que no son mas leales para descomponerlos, en lo que deben advertir mucho los nuestros para no hacer injusticia. En los cuales tormentos nunca echan lágrimas ni en otra ocasión sino es para engañar, la cual dureza de ánimo noté en cuantas trasnochadas me hallé en aquella guerra; porque entre los muchos prisioneros que se tomaban, especialmente mujeres y muchachos, cuando al amanecer dábamos sobre ellos, que aún como mas tiernos habían de mostrar algún sentimiento, no vi jamás al-

guno que llorase, con verse maniatar y sacar entre sus padres y demás parientes y llevarlos a ser esclavos; y de los mismos empedernidos ánimos viene también el no quejarse estos indios de sus heridas, por penetrantes y dolorosas que sean, ni en el discurso de sus dolencias y enfermedades, aunque mas las sientan.

Sángranse con una delgada punta de pedernal ingerida en la extremidad de una varilla, de suerte que sale la punta a un lado, y el contrario extremo de la varilla toman en la mano del desnudo brazo de que se han de sangrar, de manera medida, que venga a ajustarse la punta del pedernal sobre la vena que ha de romper, y asegurada de tal manera, dan con la otra mano un papirote sobre el pedernal, con que abre la vena y destila el hilo de la sangre sin dificultad, ni mas cuenta de onzas, de esperar cada uno a cuanto le parece que basta para la indisposición que siente, habiendo advertido ante todas cosas en atarse con cinta el brazo por la parte que nosotros acostumbramos. y sangrándose sin cuenta ni conocimiento de venas en el mismo lugar que los nuestros. No sé si lo han aprendido de los españoles, de los cuales algunos acostumbran en la guerra a sangrarse como los indios.

Tienen todos una misma lengua, aunque varían algo en ella y en la pronunciación, según las diferencias de sus provincias.

No tienen letras; y aunque les cause maravilla el uso de las nuestras, no apetecen el saberlas, ni otra alguna cosa de primor que les agrade. Su alfabeto no tiene *s*, quiero decir, que ninguna cosa pronuncian con ella.

Sírveles de reloj el arco o cóncavo del cielo por la parte que camina el sol de Levante a Poniente, porque preguntándoles a qué hora sucedió alguna cosa, a qué hora partieron o llegaron con cartas o otra tal, para decir al amanecer, señalan con el dedo a donde sale el sol; y si es mas tarde, señalan mas alto, como quien dice, cuando el sol estaba allí, hasta poner el dedo derecho para decir que a mediodía; y si dicen de alguna hora de la tarde, señalan de la misma manera los lugares por donde suele ir descendiendo el sol hasta el ocaso donde se pone; y de tal manera, casi sin hacer error notable, se entiende la hora que quieren decir.

Y concluyendo las partes y calidades de los indios, daré fin a esta relación con lo que todos lo damos, que es con sus muertes. Y así digo, pues, que confiesan la inmortalidad del alma, pero con mil disparates, diciendo que va a donde hay buenas comidas y bebidas, aunque tienen entendido que no moriría ninguno dellos, si no le matasen con heridas o yerbas, y por ello se persuaden que todos los que mueren (aunque sea de enfermedades) es por haberles dado enemigos suyos ponzoña. Y como de sus muertes nacen a los parientes sospechas de quien les pudo atosigar, según se las representa el demonio y sus ministros los hechiceros, no hay muerte que no sea causa y origen de otras muertes, pues de tales ocasiones nacen pendencias y bandos hasta matarse.

Sus entierros son debajo y encima de la tierra, donde aún confirman lo mucho que aman su beber; pues se entierran con un cántaro grande, o otra vasija, lleno de sus vinos, puesto a la cabecera, y un jarrillo pequeño encima dél con que piensan que han de beber en muerte, como lo ha-

cían en vida. De los cuales enterramientos he visto muchos que rompían y desbarataban nuestros soldados, cuando andábamos por sus tierras, donde se hallaba lo que he dicho, y aún en algunos sepulcros había ropa de su vestir, que bárbaramente, como lo demás, lo ponen sus parientes, ya podrida de la humedad de la tierra, lo cual solo tienen de gentiles. Los enterramientos de los caciques son algo levantados de tierra, porque ponen sus cuerpos entre dos grandes artesones cerrados, hueco con hueco, y encajados entre dos árboles juntos, o sobre fuertes horcones, y este es el fin de sus vidas y paraderos de sus cuerpos.

Lo que he querido dar a entender de las partes y calidades destos indios es, que no los dotó naturaleza de más fuerzas corporales, estatura, compostura de miembros, ligereza ni brío que a los españoles, y que si alguna agilidad muestran (que no sé que sea señalada) es en el andar por sus montes, por ser criados en ellos como fieras, y por la poca ropa que traen; porque fuera desto, no repechan una cuesta con mas aliento que los españoles, y en ánimo y valor tampoco les hacen ventaja ni aún igualan. Porque donde no hay honra que defender, me parece que no puede haber estímulo de honroso ánimo, aunque bien lo pudieran tener bestial. El que tiene les viene principalmente de la fortaleza de sus montes, que son sus casas; pues a las puertas de las suyas aún los viles y ruines gozquecillos tienen atrevimiento para acometer a los grandes alanos; porque si les hacen rostro, saben que tienen cerca la guarida para ponerse en salvo. Así que esta es una de las causas que obligan a los indios a hacer hechos notables no indignos de ser engrandecidos y estimados, pues no llegan con gran parte a ellos los de los mas belicosos bárbaros, que han dado muestra de algún esfuerzo en todo aquel nuevo mundo. Y en lo que hacen tal prueba de valor que excede a la que puede prometer ánimo de indios, es en acometer y asaltar nuestros fuertes, según se verá en su lugar, y en que ha tantos años que se defienden de la industria y valor de nuestros españoles. Aunque sí se suele decir, que para sacar un muerto de su casa son menester cuatro hombres ¿qué no será necesario para sacar hombres vivos de la que tienen tan fuerte, como muestro en el punto primero?

Obliga también a los indios a hacer hechos animosos, el apasionado celo de defender su viciosa vida, y el singular amor que tienen a su patria, de la cual es cosa particular que no hay indio que se atreva a salir, porque les parece que se han de morir luego, y así no la dejarán aunque mas crezcan sus victorias, y lleguen a acabar de recuperar por ellas todas sus tierras. Y aunque es verdad que se ensoberbecen y ufanan, usando de grandes retos cuando quedan vencedores en cualquiera jornada o ocasión, no se puede presumir que tengan ánimo o valor para dejar los límites de su reino, y ir a hacer guerra a otro ninguno. Tanto temen el hacer prueba de otro temple y tierra fuera de la suya, a donde con la ventaja que iré mostrando, hacen la guerra a los nuestros, por la gran prática que ya tienen de soldados. El uso de la cual disciplina, así como los ha hecho diestros, les ha infundido ánimo y osadía con tanta mas ventaja que en los tiempos pasados, cuanto se verá en el discurso deste tratado: tanto es lo que puede la costumbre en el uso de las cosas. Según

lo cual vimos pocos años ha en algunas islas setentrionales, que en medio de las plazas los hombres mas barbudos se tapaban con los dedos los oídos, por no poder tolerar el estampido de los arcabuces, cuando nuestros españoles los disparaban entrando de guardia en sus tierras, do estaban de presidio, y ahora vemos la mudanza que ha hecho en ellos la costumbre después de su rebelión; pues los ha hecho tan diestros en el manejo de las armas de fuego, cuanto prácticos soldados, según es notorio. Así que la costumbre como hace efecto en otros hombres, no lo ha hecho menos en los indios de Chile, los cuales también en el hacernos la guerra, se ayudan de varias cautelas y engaños, como gente astuta y cautelosa, según se muestra en el punto segundo. Verse han asimismo otras particularidades destos indios de no menos consideración en el discurso deste tratado, especialmente en algunos capítulos de la Execución Segunda, tocantes a los humores destos indios a diferencia de los esclavos negros.



RELACIÓN CUARTA

CRUELDADES DE LOS INDIOS DE CHILE

CAPÍTULO I

Que en todas ocasiones ejecutan los indios sus crueldades

Usan en tanto extremo de sus bárbaras crueldades los indios de Chile, y précianse de mostrarse de tal manera en las mayores que pueden inhumanos, que me obliga a hacer dellas particular relación, aunque solamente diré aquellas que acaso llegaron a mi noticia, y algunas sucedidas en mi tiempo; porque las que en general y en particular se saben en aquel reino, no hice diligencia en hacer memoria dellas, por no haber traido intento cuando pasé a estas partes de escribir este tratado; y las que referiré son tales, que se pudiera poner duda en darles crédito, si se dijeran de otros cualesquier infieles; pero ¿qué no se creerá de una nación bárbara, que su principal apetito y deleitación es ser cruel no menos a sangre fría, que en sus airados movimientos? Por lo cual no se deben medir sus obras con las de los mas inhumanos tártaros y scytas, porque a todos entiendo que exceden en despiadados hechos los indios de Chile. Daré, pues, principio a ellos con el que hicieron en uno de los sucesos de aquella guerra. Peleando con grande esfuerzo un alférez que yo llevé a aquel reino, hombre ya de edad y valiente soldado, llamado Ginés de Buendía, natural de Villarejo de Fuentes, con una emboscada de aquellos bárbaros, y habiéndole preso entre otros treinta españoles a quien quitaron las vidas, le cortaron vivo las piernas, y de sus canillas hicieron cornetillas o flautas, que usan a tocar en la guerra, y aún tengo para mí que le darían a soplar las médulas o tuétanos dellas antes que muriese, por ser cosa muy acostumbrada de aquellos enemigos, usando con él de otras feas y aún deshonestas crueldades y carnicerías, según hallaron su cuerpo los que acudieron luego al socorro. Y no contaré por extenso, porque sería demasiado largo, los varios modos de martirios que han dado a muchos religiosos y entre ellos a prelados de ejemplar vida, cuales fueron los padres Pozo, Abrego, Laynez, fray Joan de Tobar, fray Miguel Rozillo, fray Melchor de Arteaga, y otros de cuyos nombres no me acuerdo. Y son tantos los géneros de muertes que dan allá en sus

montes a todos los españoles que les caen en las manos, que si pudiéramos tener testigos de nuestra parte, para que llegaran todos a nuestra noticia, no hay duda de que la relación de sus inhumanidades fuera de mucho mas volumen de lo que lo será ésta. Pero las que son notorias por las relaciones ciertas de españoles y indios amigos, que por diversos modos vuelven a los nuestros de esclavitud, son tales que dudo se hayan oído sus semejantes de algunos otros infieles. Perdonan las vidas estos de Chile solamente a las mujeres, por aprovecharse y servirse dellas y a solos aquellos que de nuestra parte se pasan a ellos para ayudalles en la guerra, según diré en el punto cuarto, reservando también entre los que cautivan a los que saben algún oficio, como herreros para forjarles armas y otros que a ellos les son de algún provecho. Por manera, que no se puede atribuir a que por alguna piedad o misericordia den la vida a los que entre ellos la dan de los nuestros, sino por sus particulares intereses. Y no son estos enemigos de los que se tienen por satisfechos con solo dar la muerte, por mucho que los obligue a compasión cualquiera respeto de tierna o inocente edad, o lastimosas quejas, pues llega a tal extremo lo que aumentan su deleite sus mas excesivas crueldades, que a muchos les van comiendo a medio asar, a vista de sus ojos, los pedazos que les cortan de las carnes, sin reservar después las que les quedan en los ya difuntos cuerpos. Y en fin, es tan grande la rabiosa y insaciable sed que tienen de que no quede memoria de nosotros en vida ni en muerte, que hasta los huesos se beben quemados y hechos polvos mezclados en sus vinos. Y porque con los géneros de tormentos que acostumbran a dar estos indios, prolongan sus bestiales deleites, tengo para mí que solo para esto quisieran se les prolongaran las vidas a los españoles mas largo tiempo del que naturaleza permite en tan mortales ocasiones. Y para que mas por extenso se entiendan, será bien declarar el modo con que gozan dellas; y así diré de la manera que celebran aquellos bárbaros sus bailes y borracheras.

CAPÍTULO II

De la manera que celebran los indios sus más solenes bailes y fiestas

Muchas veces se congregan los indios a festejar sus borracheras, y señaladamente cuando han tenido alguna victoria de los nuestros. Júntanse, pues, en un ameno y verde campo, cerrado de arboledas, con gran provisión de cántaros de sus bebidas, de que llevan cargadas sus mujeres, y en el medio del llano plantan un pimpollo o árbol nuevo de limpio y derecho tronco, y en la cima muy acopado de hoja, el cual árbol llaman de canela (aunque no es de los verdaderos que la crían). En lo alto a la redonda de sus ramas, ponen las cabezas de los españoles que han muerto, cada una en su rama, de manera que se ven los rostros desde fuera, las cuales tienen adornadas de flores y guirnaldas, y aún les ponen sus mismos zarcillos algunas indias. A la redonda del árbol tienen pues-

to en círculo bancos de tablones, que son los puestos de los caciques y capitanes, y no digo asientos porque están siempre en pié con la perseverancia que diré. De las ramas donde están las cabezas bajan unas cuerdas de lana de diferentes colores, que cada una viene a tener en la mano un cacique de los que están a la redonda del árbol, puestos de piés sobre los bancos, como dije. La demás gente anda a la redonda de los bancos por un espacio del campo, mujeres y hombres todos en hileras, con figuras y disfraces tan varios, ridículos y disparatados que no se pueden bien referir. Porque unos traen parte de vestidos de soldados españoles y otros de hábitos de religiosos, clérigos y frailes, todo mezclado, casullas, capas de coro y otros ornamentos de iglesias; otros andan cubiertos de pieles de fieras con las cabezas boqui-abiertas, que caen encima de las suyas, mostrando sus grandes dientes; y otros por la misma manera con pieles de cabrones de diformes cuernos. Otros traen puestas capas de cuero semejantes en su hechura a las de coro, cubiertas por de fuera, unas de plumas amarillas, otras de coloradas y otras verdes de los gallos y gallinas que crían blancos, según dije en la Relación precedente, y otras semejantes capas traen cubiertas en lugar de las plumas que dije, de espesas hojas de breviarios y misales, y otras cartas y otras cédulas de gobernadores de aquel reino, según las he visto, cosido todo de manera que hacen con los tales papeles una gran volatería. Todas las cosas nuestras de que he dicho usan para celebrar estas fiestas, son las que les han quedado del saco y despojo de las ciudades que asolaron, las cuales tienen guardadas para tales ocasiones, donde hacen demostración dellas, unos por jactancia y otros por disfraz. Puestos, finalmente, de la manera que he dicho, al estruendo de sus confusos y bárbaros instrumentos de tamboriles y cornetas hechas de canillas de piernas de españoles, que hacen un són mas desconcertado y triste que alegre, bailan todos moviéndose a unos mismos tiempos, encogiendo y levantando los cuerpos al mismo són que tocan, sin descomponer los brazos ni levantar los piés del suelo mas de los calcaños; y al mismo són van también tirando los caciques las cuerdas de lana desde sus bancos dó están de piés, de manera que al compás del general movimiento y modo de su común baile, hacen también menear o bailar las ramas con las cabezas que están en ellas. Y lo que es de notar entre todas estas barbaridades es, que estando todos en la orden que he dicho, no hay indio por muy turbado que esté del vino, que jamás deje la lanza de la mano, y así su piquería hace muestra y forma de un circular escuadrón. Entre toda esta gente que anda como fuera de sí, ocupada en aquel su tan agradable baile, anda gran número de mozas y muchachos con varios vasos llenos de sus vinos, dando de beber por todas las hileras a los que bailan, sirviendo entre los vasos algunos cálices.

Cantan todos al són que dije, levantando y bajando a un tiempo el tono o voces, así como los cuerpos en el baile, cuyo tono (que por ser de tanta gente junta se oye de muy lejos) no sé si se le llame canto o lloro, según la tristeza infunde a quien lo oye. Y es cosa digna de consideración, que por recebir estos indios tanto gusto y contentamiento destos bailes y cantos, se les suelen pasar días y noches enteras sin to-

mar algún reposo. Vánse refrescando a menudo con las bebidas que dije, hasta que el cansancio y demasiada embriaguez los va derribando por aquellos suelos. En estos tiempos, siendo los nuestros avisados de alguna espía, suelen hacer grandes matanzas en los que el sobrado sueño y turbación del vino no les deja atinar a guarecerse en el circunstante monte, que siempre tienen a mano para arrojarse a él.

Estas borracheras tienen los indios por su sumo bien y gloria, especialmente cuando se les junta el tener español vivo en ellas en la manera que acostumbran, que es desnudo y atado al pié del arbol que dije, donde a su tiempo llegan a hacerles mil visajes y figuras a semejanza de matachines, hasta que habiéndoles servido harto en el solaz de sus fiestas, le llegan a herir, comenzando a dar principio a su penosa y prolongada muerte, hasta que se le acaba de cortar el hilo de la vida, y a ellos el de su pasatiempo. El primero que le llega a cortar miembro, pedazo de carne, o dalle cuchillada por donde se le antoja es el que le cautivó; porque él solo tiene entre todos esta preeminencia, sucediendo los demás, y señalándose en sus crueldades hasta que descarnan y cortan en pedazos al paciente martir, con cuchillos y cortadoras conchas marinas, participando todos de la fiesta, hombres, mujeres y muchachos. Asan y comen lo que van cortando, yendo primero quien con la mano, quien con el brazo y otros miembros, pasándoselos por delante de los ojos, y dándole con ellos al mísero paciente. Y, finalmente, cuando ven que se va ya acabando, le abren el pecho y le sacan el corazón caliente, con que le concluyen la vida, el cual traen de mano en mano entre los caciques y capitanes, mordiéndolo cada uno y chupándole la sangre, ruciando el aire con ella, no sé si a la parte del Oriente o Occidente, según sus diabólicas ceremonias. Á otros prisioneros los desuellan vivos, y en otros experimentan cada día nuevos linajes de tormentos y muertes, hasta venir a no dejar memoria dellos; pues los comen las carnes y beben los huesos molidos, según dije arriba.

Suelen traer algunos destos bárbaros en estos juegos, puestas máscaras de la piel seca y amoldada de rostros españoles, estimando en mucho las que tienen mucha barba y bigote. Hacen de las calaveras vasos para beber, pintados de varios colores, teniéndolo a gran blasón, especialmente si la cabeza ha sido de algún español señalado, como una que yo ví, que vino a nuestro poder en la provincia de Paicavi, que había sido de un valiente capitán que mataron los indios, llamado Urbaneja, de que estaba hecho un vaso labrado por de fuera de varios colores, como esmaltes, con el cual bebía un cacique teniéndolo por grandeza. Traen algunos hecho guante de la piel seca y dura de mano de español, atada por la muñeca en un palo, sonando dentro de lo hueco algunas piedrezuelas con que van haciendo són conforme al de su baile, como con pandereta de niño. Y, finalmente, en estas solenes fiestas de sus borracheras cada uno se arrea y hace alarde y muestra de las preseas que tiene de españoles, mostrando en ello una muy gran jactancia de su valor, para que los demás indios lo respeten y reputen por valiente y esforzado.

Para estas fiestas se sirven los indios del arbol de canela, donde dije ponen las cabezas y atan al pié del tronco a los cautivos desnudos. Y es

de notar, que le llaman arbol de paz: entiendo que es, porque piensan quitar las vidas en él a todos los españoles, hasta verse en paz libres dellos, y también porque para engañar a los nuestros siempre que vienen a tratar sus falsas paces, acostumbra a traer el embajador dellos un ramo verde del mismo arbol de canela, dando a entender por tal señal, que han de ser fijas y estables, pretendiendo con esto descuidarnos, para más a su salvo hacer los daños que acostumbran.

De la manera que he mostrado solenizan sus borracheras los indios de guerra, la mas célebre fiesta de todos los pasatiempos a que los obliga su ociosa vida, y la estiman por la principal gloria de su libertad. Y porque fuera destos bailes y borracheras, no menos que en ellas usan de otras crueldades, a que su naturaleza tanto les inclina, referiré algunas particulares de las que son notorias y sabidas de nuestros españoles en todo aquel reino, para que se conjecture por ellas qué tales serán las demás que usan.

CAPÍTULO III

Exquisitas y crueles muertes ejecutadas por los indios en algunos españoles

En la ciudad de Angol, una de las que los indios destruyeron en aquel reino, vivía una señora española, viuda, respetada de todos los españoles del pueblo, por ser muy noble y principal, y señalándose todos por tal razón en hacerle servicios, acostumbraban muchos a comprar de los indios de paz los regalos de caza y pesca, que traían a vender al pueblo, para hacerle dello presente; y como sucedía muchas veces el decir a los indios: «estas perdices o estas truchas véndemelas para la señora doña Joana,» que si no me engaño así era el nombre de la señora que he dicho, parecía que ya los indios estaban enfadados de oirlo. Sucedió, pues, en la rebelión general de los indios, que con otros españoles descuidados cautivaron un capitán llamado Escalante, y habiéndolo llevado al sitio de la dicha ciudad, después de haberla destruído, lo desnudaron en carnes, y le ataron fuertemente el cuello o garganta con las rodillas, y las manos con los piés, y hecho de tal manera una bola, le echaron un lazo por la misma garganta con una soga muy larga, y desde una barranca alta que estaba sobre un hondo rio, lo arrojaban dentro dél, y entre muchos tiraban a muy gran prisa de la soga diciendo en español: «¡Oh, qué hermosa trucha! Tiremos a prisa no se nos vaya.» Y luego llegaban otros indios, y decían también en español a los que tiraban de la soga: «Hola, hermanos, mira que esta trucha es para la señora doña Joana.» Y tornando a arrojar de tal manera al rio otras muchas veces al miserable cautivo, tornaban a tirar dél, y los maliciosos fingidos compradores repetían la misma mofa y burla que hacían de los nuestros, a presencia de los demás españoles, que con él habían llevado cautivos, hasta que en tan cruel tormento acabó la vida este tan sin ventura capitán.

Un indio de guerra, respetado entre los suyos, tenía en su poder un español cautivo con un hijo suyo, niño de hasta ocho años, y habiéndose ido un día a una borrachera que se celebraba en cierto valle, en su ausencia se animó el español de huirse, determinando emboscarse de día, y caminar de noche por aquella montuosa tierra, y sustentarse de sus silvestres frutas, confiado en que ya que no podía llevar consigo su hijo por los ríos que tenía que pasar, no le harían mal los indios por ser tan tierno; y en tal confianza puso en ejecución su huída. Vuelto, pues, el indio su amo a su casa y echándolo menos, llamó con grande enojo y sentimiento los amigos que pudo, y por muchas partes fueron en su seguimiento, y vueltos al cabo de algunos días sin haberle podido hallar, con el enojo y rabia que traía el indio, no se satisfizo con haber atado a algunas principales españolas que tenía cautivas y dádolas crueles azotes; pero tomó al inocente hijo del huído español, y lo crucificó en una cruz que hizo para tal efecto, donde él y los que lo acompañaron, lo fueron cortando en pedazos hasta acabárselo de comer, satisfaciéndoles el cruel indio con tal banquete el trabajo que habían tomado, tomando él juntamente venganza de la fuga de su cautivo.

Siendo yo sargento mayor de aquel reino tenía en mi servicio un paje de edad de diez y ocho años llamado Diego de Atenas, que era lo que se puede decir virtuoso y bien inclinado, hijo de un capitán español de aquel reino, no menos honrado que principal y noble, cuyo nombre era Francisco Ortiz de Atenas. Habiéndome, pues, pedido se lo prestase un padre de la Compañía de Jesús, llamado Luis de Valdivia, lo llevó consigo a uno de los fuertes de aquel reino desde donde lo despachó con unas cartas a otro no poco apartado y de camino no seguro de indios de guerra, y así a pocas leguas encontró una cuadrilla de ellos, que lo comenzaron a maltratar diciéndole mil injurias. Y atándolo muy bien, lo llevaron a la cumbre de un cerro donde dieron luego principio a su martirio.

Limpiaron un árbol renuevo en el cual hicieron una cruz, y habiéndolo desnudado, lo subieron en ella donde fuertemente le ataron manos y piés. Y habiendo hecho un fuego delante dél, comenzaron luego con toda crueldad a cortarle vivo a pedazos, los cuales ponían a asar en las brasas, sin moverlos a piedad las tiernas quejas, lamentaciones y ruegos que el mozo les hacía; pues para la piedad o misericordia que les movía, era como si no lo entendieran, aunque les hablaba en su propia lengua; porque aquellos hambrientos lobos, no poco contentos de haber topado tan buen lance, para salisfacer su insaciable apetito, no cesaban de cortar, asar y comer con mucho espacio y risa, burlándose y haciendo donaire de las quejas y palabras lastimosas del suspendido mártir; y viendo él la fiereza de aquellos empedernidos ánimos y la certeza de su muerte, y falta de algún socorro humano, se volvió a hablar con Dios pidiéndole perdón de sus pecados, y llamando en su ayuda a la Vírgen María por muchas veces, hasta que le fué faltando el vigor para poder más con voces repetir tales invocaciones. Y antes que acabase de morir, le abrieron el pecho aquellos crueles bárbaros y sacaron el corazón, cuya caliente sangre fueron chupando y ruciando el aire con ella, y sin apartarse de

allí, le acabaron de descarnar las remanentes carnes, dejando los huesos por aquel suelo, que a tener aparejo de vino y en qué molerlos, no dejaran de quemarlos y bebérselos en polvos, según ya dije lo acostumbran. Desta manera dieron la muerte aquellos inhumanos indios a este tierno muchacho, que con sencilla inocencia iba obediente a hacer el mandato del religioso.

Sucedió después, pasados siete o ocho días, que salió a correr la campaña una cabalgada de la guarnición de españoles del castillo de Arauco, y dió alcance a seis o ocho indios de guerra que iban a pié por el camino que había de hacer el difunto mozo; y como había pasado la palabra entre los nuestros de que no parecía, comenzaron los de a caballo a amenazar de muerte a los prisioneros, haciendo muestras de querer alancearlos, si no les decían lo que había sido dél. Tres dellos, con el temor de la muerte, y por no ser de los culpados en el caso referido, dijeron que los demás indios que con ellos iban, eran de los que se habían hallado con él. Los nuestros los ataron a todos, y llevándolos por guías, llegaron al lugar donde habían cometido el delicto. Hallaron en él la cruz, y delante della donde se había hecho el fuego, y por el suelo derramados los recién descarnados huesos, señales claras del inhumano y cruel hecho. Enternecidos de verlas, dieron la vuelta a su castillo, llevando consigo los prisioneros, donde en llegando se les tomaron divididos sus confesiones, y todos sin esperar tormento concordaron en todo lo que tengo dicho, refiriendo entre lo demás, como desde la cruz siempre había llamado el mozo a voces en lengua española a Dios y a la Vírgen María, lo cual pudieron bien entender, porque muchos de los indios rebelados entienden y hablan español, como criados en otro tiempo con los nuestros. Y con haberse comprobado tan claramente esta verdad, puede tanto la ambición de la fama que procuran de los indios, que ponen de paz en aquella tierra los que en ella tienen mando (engaño en que más se ciega nuestra gente en aquel reino) que el que tenía a cargo aquel castillo, pareciéndole que si perdonaba y daba libertad a aquellos prisioneros, había de ser parte para que dieran los de su tierra la paz, por haberla ellos con el miedo prometido, puesto la mira en solo este incierto y perjudicial interés, la demostración y castigo que hizo en aquellos delincuentes, fué contentarse con tenerlos algunos días en un cepo, y darles al cabo libertad, con no poco sentimiento de los soldados de la guarnición, que a no prevenirlo el que se mostró cruel en tan injusto perdón, hubieran seguido a los indios a hacer en ellos el castigo que todos esperaban que él hiciera.

Y porque se vea que no son menos crueles estos indios entre ellos mismos, en el tomar venganzas de agravios y ofensas, referiré otra exquisita crueldad usada de un indio con una india amiga suya. Fué, pues, que habiéndosele huído por ser terrible de sufrir, y pasádose a uno de nuestros fuertes, tuvo tanto sentimiento el indio, que más por deseo de tomar venganza della que por celos, hizo algunos servicios a los nuestros sirviéndoles de espía en ocasiones que salían a las tierras de guerra, donde por su industria hicieron algunos buenos efectos en los rebeldes; el cual oficio de espías suelen hacer algunos indios de guerra, para

obligar a nuestros españoles a que les entreguen sus mujeres cuando las tienen cautivas. Mostrándose, pues, éste para haber la suya muy solícito y fingido amartelado, obligó de la manera dicha a que se la entregasen, creyendo los nuestros que el haberla procurado con tanta instancia era por sobrado amor que le tenía. Y caminando luego con ella para su tierra en compañía de algunos amigos suyos, al subir de una cuesta la desnudó, y con un cuchillo le abrió el vientre cuanto le pudo sacar una tripa, y yéndosela el indio devanando al brazo izquierdo, con la otra mano le iba dando a ratos crueles azotes con unos bejucos a modo de mimbres, para que caminase la cuesta arriba, diciéndole: «Perra, con los cristianos os vais: vos pensábades que no habíades de volver a mi poder», haciéndole caminar de tal manera, hasta que el parto de sus tripas le acabó el vital espíritu. Vino al fin a caer muerta en el camino, con que el airado indio acabó de vengar su endurecido corazón.

Paréceme que basta lo referido para que se conozca el empedernido ánimo desta infernal nación, porque como las crueldades deben ser aborrecidas del piadoso sentimiento cristiano, así no menos ofenderá el oirlas que son en tanto extremo inhumanas; aunque no menos es para causar admiración el considerar que haya hombres que tanto discuerden de las demás que tratamos y conocemos entre nosotros en ser tan faltos de misericordia. Para lo cual deseo que se entienda que son estos bárbaros de naturaleza tan inclinados a derramar sangre y comer carne humana, que no se encarece todo lo que se debe su crueldad, en llamarlos crueles fieras; porque a ellas les falta el discurso y luz de la razon, para poderse compadecer en sus usadas carnicerías, a que los inclinó naturaleza para su sustento y conservación, y no se comen unas a otras las que son de una misma especie; pero estos hombres (si tal título se les debe dar) no sólo son crueles con los mismos hombres hasta comerles carnes y huesos, pero aún se deleitan y tienen puesto su mayor pasatiempo en buscar género de penosas y dilatadas muertes en que verlos padecer, excediendo también en esto a las mismas fieras, las cuales se contentan con sólo satisfacer su hambre. Y son tanto mayores los contentamientos y fiestas que tienen estos bárbaros en quitar las vidas a los míseros cautivos que les caen en las manos cuando son mayores las crueldades que usan con ellos, sin moverlos a piedad sus lastimosas quejas, de la manera que nuestra España se regocija y alegra en el lidiar los toros, con alancear y desjarretar hasta quemarlos vivos en muchas partes con fuegos artificiales, sin hacer caso del dolor que manifiestan en sus quejosos bramidos, o como pasatiempo y placeres que se toman los navegantes del mar Océano con los crueles modos de tormentos y muertes que dan a los pescados llamados *tiburones*. Son estos indios tan crueles como he mostrado, porque (entre otras razones) se crían desde niños en lo que ven hacer a sus padres, y se engolosinan en lo que ven deleitarse; y no sólo ese bárbaro ejemplo los obliga a ser crueles y carniceros, pero los mismos padres, para que lo sean, desde que son bien tiernos, les ponen en las manos el cuchillo, y entregándoles el cautivo desnudo y atado, les enseñan a que le corten de sus carnes, y asen y coman dellas, y a que, finalmente, le corten la cabeza, en lo que por ello vienen a ser

todos muy diestros. Demás de lo cual, como quien les enseña alguna virtuosa doctrina, le hacen que aprendan y sepan de memoria ciertos versos, que les tienen compuestos de todas las ofensas que han recibido de españoles, desde el principio de aquella guerra, haciéndoles que los canten, para que en todo tiempo les provoque a la venganza la memoria de tales agravios, los cuales fundan en el inquietarlos los nuestros de su viciosa y abominable libertad.



RELACIÓN QUINTA

SUCESOS DE LA GUERRA DE CHILE DEL AÑO DE 1598, Y EL ESTADO EN QUE SE HALLABA EL DE 1607, PARA MÁS INTELIGENCIA DE CUANTO SE CONTIENE EN ESTE TRATADO.

CAPÍTULO I

La muerte que dieron los indios al Gobernador Martín García de Loyola, la rebelión general que por ella hubo y ciudades que asolaron.

Para declarar el desengaño de la guerra de Chile, será bien decir el orígen que tuvo la infelice muerte del gobernador Martín García de Loyola, por haber sido el principio de todos los contrarios sucesos, que desde entonces ha habido en aquel reino. Digo, pues, que en el discurso de su gobierno mostró ser un gran ministro de Su Magestad, celoso de su real servicio, según la común fama lo manifiesta y publica en aquella tierra, junto con las ciertas demostraciones que dello dió; pues con muy poca gente y menores socorros de los necesarios a los militares gastos, por medio de su gran trabajo, industria y inteligencia, llegó a tener de paz casi todo aquel reino. Pero como tales obras no las emplease tanto en administración de repúblicas (para lo cual era lo que se puede decir suficiente) cuanto en el gobierno de la guerra, no pudo en ella suplir el ingenio la falta de experiencia, ni sustentar el arte lo que le faltaba en fuerzas, según la poca gente que tenía; y así cayó el edificio de sus obras, como fundado en arena, con ruina de su artífice, lo cual sucedió en esta manera.

Teniendo en espacio de cinco años de su gobierno reducida de aquel reino la mayor parte en la falsa paz que acostumbran dar sus naturales, con la cual vivía no menos contento que engañado, sucedió que caminando de la ciudad Imperial para la de Angol, acompañado de más de cuarenta capitanes, llegó a hacer noche a un valle llamado *Curalaba*, donde armadas las tiendas y echados los caballos al pasto, se recogieron todos a dormir a su tiempo, sin el recelo que debieran tener de enemigos y aún de los amigos; porque no son menos sospechosos en aquella tierra

muchos de los traídos a nuestra amistad, que los declarados de guerra; y pasando acaso por aquel valle hasta ciento y cincuenta indios de la provincia de Puren, que andaban por aquel camino a fin de robar alguna escolta de bastimentos de las que solían ir de la Concepción a la Imperial, vieron los caballos que andaban paciendo, y conocieron luego que dormía allí el Gobernador. Y como estaba todo suspenso y en tanto silencio, fueron poco a poco reconociendo, y hallaron que todos dormían sin alguna centinela, aunque se dice habían repartido entre todos la guardia aquella noche, y que no hicieron caso o no lo hizò aquel a quien tocaba de postrer cuarto, que fué el del alba y el del remate de sus vidas, el cual con justa causa es tenido en la guerra por el más sospechoso. Viendo, pues, los indios que los convidaba tan oportuna ocasión a tan famoso hecho (al cual nunca aspiraran si ya que no había cuerpo de guardia hubiera una sóla centinela) y habido su consejo sobre si embestirían con los dormidos, se resolvieron en hacerlo, y repartidos sin algún estorbo por las tiendas, dieron a un tiempo en ellas con repentino asalto, sin hallar más resistencia en quitarles las vidas, que dificultad en romper las puertas de sus tiendas; y como entre todas la del Gobernador era más grande, lo conocieron en entrando en ella los crueles verdugos de su vida, la cual le quitaron con mil heridas, habiéndole hallado en pié con la cota en las manos, que se debía de haber levantado sintiendo algún rumor. Esto es lo que se pudo saber de la manera que dieron aquellos bárbaros la muerte al gobernador Loyola con los cuarenta capitanes que dije, cuatro frailes franciscos y gente de servicio, que en todos serían más de cincuenta españoles; aunque por otras relaciones, asimismo de indios, se entendió que antes de matar al Gobernador, para triunfar con él, le llevaron desnudo a pié y maniatado a sus tierras, donde habiéndole muerto en la solemne fiesta y borrachera, que para ello harían con las crueldades que acostumbran, fueron luego con su cabeza levantando y conmoviendo todo el reino.

Desta muerte del Gobernador, que sucedió por deciembre el año de mil y quinientos y noventa y ocho, resultó la rebelión general, principio de las mayores pérdidas que españoles han tenido en Chile; pues rebelados todos los indios, asolaron las ciudades de Valdivia, la Imperial, la Villarica, Osorno y la de los Infantes de Angol, haciendo en ellas aquellos fieros bárbaros tales crueldades, extrago y derramamiento de sangre, cuales jamás se vieron en ninguna entrada o asalto de los mas airados y ofendidos enemigos del mundo; pues no reservaron estado, edad, religión ni cosa sacra.

De todos los sucesos desta rebelión referiré solo dos (por ser notables) nacidos del excesivo extremo de hambre que padecieron algunos de los nuestros que se pudieron entretener algún tiempo en el cerco y sitio de sus tierras. El primero fué que después de haber perecido muchos por falta de sustento, viéndose en el mismo peligro los que iban quedando vivos, y rehusando el comer la carne humana de los que morían, ponían de noche los muertos a tiro de arcabuz fuera del flaco fuerte que procuraban defender, y de día tiraban con escopetas a los perros que venían, ya cebados de la noche antes a ellos, de los vecinos cuarteles de los ene-

migos que sustentaban el cerco, comiendo los perros que de tal manera mataban con harta envidia de los que no tenían instrumentos para tal caza.

El otro caso es todo lo que se puede decir lastimoso. Viendo muchas de las mujeres principales que había en aquellas ciudades, morir delante de sus ojos a sus queridos hijos, sin poderlos dar algún remedio, enviaban sus hijas doncellas a que se entregasen a los enemigos que tenían a la vista, por librarlas de la presente muerte (lo cual hacía el ciego amor) pareciéndoles, que por su hermosura (por tenerla en extremo las españolas que cría aquella tierra) se contentarían aquellos bárbaros con tenerlas esclavas, donde al fin les darían el sustento que asegurara sus vidas.

De las ciudades que asolaron los indios, sólo fueron socorridas, aunque más tarde de lo que requería su necesidad y aprieto, la Imperial y Angol, lo cual hizo con animosa resolución y cristiano celo el gobernador don Francisco de Quiñones, acabado de llegar con tal cargo de la ciudad de los Reyes, retirando los que habían quedado vivos en ellas, las cuales asolaron luego los indios. En las demás ciudades degollaron más de tres mil españoles, llevando prisioneras más de quinientas mujeres principales, y mucha cantidad de niños y religiosos.

Después de todos sus atroces hechos, se retiraron muy ufanos los enemigos, viendo que habían alcanzado las mayores victorias que jamás imaginaron, dejando ardiendo en llamas ciudades tan ricas y prósperas, pobladas de tan ilustres ciudadanos, hijos de conquistadores, soldados tan valerosos, cuanto tenían bien experimentado los mismos enemigos, los cuales tan a manos llenas tomaron dellos satisfacción, sólo por haber sido contra toda regla de milicia estimados en poco de los nuestros, especialmente de algunos que gobernaban.

De lo que menos caso hicieron los indios en este rico saco fué del oro, del cual, si tuvieron algún sentido, tomaron venganza del largo y incomportable trabajo que les había costado el sacarlo de las entrañas de la tierra, y todavía como a causador de tanto afán, lo echaron en lo mas profundo de los ríos y en lagunas, con otras muchas joyas de valor, inútiles para ellos, quedando bien seguros que no lo pudiesen volver a juntar en otro ninguno tiempo los españoles. Pero hallaron otras joyas de inestimable valor para su uso, que fueron gran cantidad de armas ofensivas y defensivas, de las cuales llevaban cargadas muchas de las miserables cautivas, aunque tenían sobra de bagajes, pues quedaron dueños del mucho número de caballos, que mostraré en el punto que trata de su caballería. Desta manera se retiraron los victoriosos indios, llevando las prisioneras a pié por la aspereza de sus montes, contando por el camino unos a otros con grande regocijo las hazañas de las crueldades que dejaban hechas. ¿A quién, pues, no lastimará y causará indignación el ver esclavas de sus mismos criados mujeres españolas, delicadas y de tanta estima y calidad? No trato de los hombres que también cautivaron, porque el serlo les obliga a mayor sufrimiento. Llegadas las afligidas y nuevas esclavas a las silvestres chozas, vieron luego las muestras de lo que había de ser su triste y miserable vida, porque comenzaron luego

las mujeres de los indios (que nunca es una sola) a recibirlas no solo con rostro airado, pero con mil injurias y ignominias nacidas de celos y del común odio que tienen a españoles. Destas apacibles huéspedes o señoras quedaron esclavas sujetas a mil miserias y desventuras, viviendo en pajizas barracas, donde aún a llegarse a calentar al fuego no les es permitido. Las que en sus tierras y casas gozaban de mil regalos, servidas de rodillas en los compuestos estrados de sus entapizadas salas, en esta dura esclavitud les sirve el duro y desnudo suelo de cama, porque la más regalada que usan los indios consiste en una sencilla piel de cabra o carnero. Sus comidas son no solo rústicas, groseras e inmundas, pero asquerosísimas en el modo de prepararlas. Las cosas en que comunmente se ocupan, son las más abatidas y bajas en que se suelen ocupar los más viles y despreciados esclavos. Maltrátanlas los indios con rigurosos castigos, y con títulos y nombres injuriosos. Tráenlas descalzas y tan pobremente vestidas, que mucho más muestran de sus cuerpos desnudo que vestido. Y sin haber en esto alguna mudanza en las que hacen los tiempos, las obligan a ir a guardar el ganado (porque no hay familia de indios que no posea un rebaño dél) haciéndolas de señoras, pastoras, donde en tal oficio padecen crueles fríos, especialmente las que les cupo en suerte el ir a vivir cerca de la gran Cordillera Nevada. Obligándolas asimismo a traer haces de leña sobre los desnudos hombros, y a sus tiempos ir a cavar sus posesiones, que es oficio de las mujeres en aquella tierra, el cual hacen andando de rodillas, y así no hay una que no crie gruesos callos en ellas. Esta es la desdichada vida de las mujeres principales captivas, en que han vivido muriendo, y viven las que diré que aún permanecen, porque ha muerto a muchas el rigor de tan miserable estado en tierras tan apartadas de nuestras fronteras, que jamás llegaba a su noticia alguna nueva de españoles, y si algunas les daban sus amos, era decirles, para aumentarles el desconsuelo, que ya no había memoria dellos, porque los habían muerto a todos, lo cual no les era dificultoso de creer a las tímidas cautivas, considerando el gran extrago que habían visto hacer en los nuestros en la destrucción de las ciudades, y particularmente porque les daban tales nuevas los indios en ocasiones, que de nuevo habían muerto a algunos españoles, como lo iban haciendo andando victoriosos en su rebelión; y por certificárselas y dalles nuevo tormento, les mostraban las cabezas, nombrándoles las de algunos cuando eran conocidos, mostrándose aún crueles estos bárbaros en quitarles la esperanza de que tendrían fin en algún tiempo sus desdichas, y así vivieron sin ella por espacio de ocho años, hasta que fué el Gobernador a fundar un fuerte en el sitio de la asolada Imperial.

CAPÍTULO II

Vá el nuevo gobernador Alonso García Ramón a hacer un fuerte en el sitio de la asolada Imperial, desde donde se hicieron rescates de algunas españolas cautivas

En este estado se hallaban las afligidas cautivas, cuando el año de mil y seiscientos y cinco, que fué ocho años después de la referida pérdida de las ciudades, llegó de Lima a Chile por gobernador Alonso García Ramón, al cual el Conde de Monterrey, virey del Pirú, había ordenado que en redimir las cautivas emplease las reales fuerzas, y lo mismo le habían pedido con grande afecto y tiernos ruegos los Prelados y Real Audiencia de Lima, y cuantas señoras había en aquella ciudad, habiendo hecho todos largas limosnas para vestir las que libertase, por ser tan público en todo el Pirú el lastimoso estado de las olvidadas y desamparadas cautivas, cuanto en España se ignora. Viéndose, pues, el Gobernador más socorrido de gente, que jamás se vió otro en aquel reino, por haberle llegado de España, Méjico y del Pirú mas de mil y doscientos hombres, determinó hacer jornada a la asolada ciudad Imperial con designio de hacer un fuerte, y dejallo bien guarnecido y amunicionado, para que, con la llegada del campo y permanencia del fuerte, se fuesen rescatando las cautivas que se pudiesen. Esto fué el celo y las causas que obligaron al Gobernador a dar el desproporcionado salto que dió de nuestras fronteras a la Imperial, desmandando tanto dellos el fuerte que hizo.

Teniendo el Gobernador apercibidas todas las cosas pertenecientes a la jornada, dió órden a que se pusiese en efecto una de las más esenciales a lo que iba a hacer, determinando que, durante su ausencia, se hiciese un fuerte en la mitad del camino entre la Concepción y la Imperial, veinte leguas de cada parte, en una escogida comarca y sitio llamado Angol, donde antes de la rebelión estuvo la ciudad de los Infantes. Dejó encomendada esta obra al comisario general de la caballería, persona experimentada en aquella guerra y práctica de aquella provincia, a cuyo cargo estaban los fuertes y presidios de las fronteras, de la parte del gran río Biobío. Ordenóle, pues, el Gobernador que sacase dellos la gente suficiente, y que con ella y la que se esperaba que había de venir por mar en un socorro del Pirú, hiciese el fuerte que había de ser importante escala para los designios del que iba a hacer a la Imperial. Púsose luego en camino el Gobernador con un campo de mil hombres, dejando campeando otro de quinientos en resguardo de las fronteras y tierras de paz, con el cual quedé yo, siendo a la sazón maestre de campo. Yéndose, pues, acercando el Gobernador a los términos de la Imperial, como en aquellas partes por donde iba marchando el campo, había repartidas muchas cautivas tan descuidadas cuanto sin esperanza de pensar que hubiese ya españoles en el mundo para su consuelo, y oyeron de repente resonar trompetas, tocar atambores y disparar arcabuzazos, no hay cosa

a que se pueda comparar el repentino y no pensado gozo que recebieron; pero luego los indios a gran prisa las fueron retirando y poniendo en cobro por sus montes, juntamente con sus propias familias.

Llegado el Gobernador al sitio de la asolada Imperial, comenzó luego a un mismo tiempo a dar principio a las dos obras de su designio, que fueron la fundación del fuerte y rescate de las cautivas por trueco de indios prisioneros, que en emboscadas, trasnochadas y correderías, se iban tomando en aquellas no muy recatadas provincias, por estar tan apartadas de nuestras fronteras. Y para resolver los conciertos, iban y venían indios prisioneros que dejaban otros parientes en rehenes. Y como seguían nuestro campo (como lo hacen siempre) muchos capitanes y otras personas señaladas, en algunos de los cuales (por haberse hallado presentes en la pérdida de las ciudades) estaban de unos las mujeres cautivas, y de otros las madres, hijas y hermanas y otras parientas, todos a porfía solicitaban al Gobernador representando servicios con encarecidos ruegos, pretendiendo unos que fuesen sus mujeres las primeras, otros sus hermanas, y así las demás que dije; porque se había tomado relación de los prisioneros, con qué indios estaban algunas dellas, en lo cual procuraba el Gobernador dar satisfación a los que más obligación había. Veíanse en los truecos y rescates cosas que en cualquiera dellas obligaba a no pequeña compasión; porque iban los indios a traer algunas cautivas, las cuales, aunque se concluían los conciertos de sus rescates, no querían venir delante de los nuestros por verse preñadas, escogiendo por mejor partido el quedarse condenadas a perpetua esclavitud, antes que padecer tal vergüenza a ojos de sus maridos y de todo el campo. No aprovechaban para que viniesen los recaudos que se les enviaban del justo descargo y disculpa que tenían, por haber estado sujetas a la violencia y fuerza como esclavos. Otras que no tenían tal impedimiento, no las dejaban venir sus amos, porque les criasen sus hijos que tenían en ellas, las cuales se quedaban deshaciendo en lágrimas, rogándoles con tiernas peticiones que consintiesen en los rescates. Otras dejaban venir movidos de su interés, porque en el trueco rescataban de nosotros padre, hijo, mujer o hermano: a éstas traían los mensajeros, a cuya entrada en nuestros cuarteles concurría toda la gente. El hábito o por mejor decir desnudez con que venian, era lo que se puede decir mísero, porque traian unos malos paños que tasadamente les cubrian hasta medio muslo, y de allí abajo lo demás desnudo, con tan rústicos piés descalzos y abiertos de grietas por mil partes, que mas parecian de groseros jornaleros, que de mujeres delicadas. Mostraban los brazos desnudos y asoleados de haber andado, como dije, de tal manera por los campos sujetas al rigor e inclemencia de los tiempos. Los rostros traían tapados con las manos, supliendo lo que no podian los cabellos (obligánlas sus amos a traer cortados los que caen delante del rostro) que en tan justa vergüenza pudieran servirles de velo.

Esto basta para mostrar de la manera que salen de esclavitud las pocas españolas que se rescatan, y así, dejado esto aparte, es de considerar cuántas de las que han sido rescatadas, habrán dejado hijos en poder de sus amos, que sigan la vida infiel y bárbara de sus padres; porque en

esclavitud de ocho años, fué tiempo para poder haber tenido hijos en ellas, demás de que muchas cautivas fueron preñadas y otras con hijos pequeños de sus maridos, que los indios los venderían como acostumbran, y pasan de mano en mano a otras provincias.

CAPÍTULO III

Qué indios son los más crueles con los cautivos. Causas por qué aborrecen y castigan á los cristianos; y sucesos de otras rescatadas cautivas.

Los indios de la provincia de Purén dó está la famosa ciénaga que les sirve de refugio, fortaleza y amparo, es fama que hacen mejor tratamiento a las cautivas, como lo oí decir a las que digo en el punto cuarto, que se sacaron de prisión por industria de un rebelado mestizo polvorista, que se pasó a nosotros, y a otras señoras principales que rescató el gobernador Alonso de Ribera en aquella provincia, lo cual nos dió también indicio de ser así verdad, el ver que al traerlas los indios a nuestro campo, tuvieron cuidado de darles alguna manta, almilla o camiseta de su usanza, para que no parecieran ante nosotros tan desnudas. Por manera que así en esto como en otros tratamientos, tenían otra moderación con ellas respecto de la manera que las trataban los indios de las tierras que llaman los nuestros *de arriba*, por ser de las destruídas ciudades que están más al Sur de nuestras fronteras; porque como indios que trataban mas familiarmente con los españoles, y eran por ello mas resabidos y ladinos, vinieron a ser los más malos enemigos, de peor naturaleza, y mas crueles y inhumanos. Y como se juntó con el aborrecimiento y odio que nos tienen como a españoles, la falsa doctrina que les enseñó un clérigo de misa llamado don Joan Barba, que estando con los nuestros en el fuerte de la Imperial cuando estaba sitiado, se pasó a los indios de guerra con un casado llamado Gerónimo Bello; quiérennos asimismo mal como a cristianos, porque blasfemaba este apóstata clérigo de la misa y de los sacramentos, predicando a los indios contra nuestra fé, y les hacía entender que su bárbara vida era la buena y verdadera; y en estas persuasiones le ayudaba el Gerónimo Bello, al cual, teniéndole en la Imperial preso la justicia por amancebado, se huyó, como dije, a los indios con su amiga, que era una mestiza. Y aunque permitió Dios que después de algunos años los indios les quitasen las vidas por delitos que cometieron tocantes a mujeres, según se ha entendido, por ser celosísimos, lo cual harían con las crueldades que acostumbran y sus pecados merecían, con todo ello dejaron tan impuestos a los indios no sólo en las falsedades que les persuadieron, pero en perseguir y castigar a los que hacían o decían cosas de oficio de cristianos, que no sólo a las cautivas españolas, pero a los mismos indios castigaban los demás con rigor por ello. Y digo a los mismos indios, porque aunque es verdad que los de Chile son los que en todas las Indias

menos han tomado y toman las cosas de nuestra religión, con todo ello como muchos dellos nacieron y se criaron entre españoles y en sus casas, cuando florecían las ciudades destruídas, donde les daban dotrina de cristiano, háles quedado della el decir Jesús cuando estornudan, tropiezan o caen, lo cual hacen más por costumbre, que por devoción; pues a los que en estas ocasiones ven o saben que toman este dulcísimo nombre en la boca, los castigan severamente, de suerte que por muchas razones vienen a estar estos indios en común opinión de los más malos de todo aquel reino: que hasta esto les cupo en suerte a las tristes y afligidas cautivas, para su mayor desventura; pues la mayor parte dellas o casi todas son esclavas de tan malignos y abominables bárbaros, donde es averiguado, que entre los demás tormentos y trabajos que les dan, tienen de costumbre que las veces que no hacen lo que les mandan a su voluntad, no se contentan con azotarlas, sino que algunos les cortan las orejas o les dan cuchilladas adonde mas presto se les ofrece ejecutar su ira.

Pues la vida que les dan las mujeres de los indios por causa de celos, como dije atrás, y de otros contínuos intereses y rencillas que con ellas tienen, no se puede encarecer más que con decir, que ha causado la muerte a muchas cautivas el inhumano tratamiento que les han hecho, habiendo dado también a muchas venenos (cosa muy usada entre indios.)

Entre las cautivas que libertó, como dije, el gobernador Alonso de Ribera en la provincia de Purén, y en otras partes en diversas ocasiones, ví una cosa no menos lastimosa, que las que tengo dichas, y es que entre las españolas rescatadas que traían los indios a nuestro campo, venían algunas niñas, hijas de padres españoles, que la mayor no pasaba de doce años, tan blancas, rubias y hermosas, que ponía maravilla el verlas, las cuales sólo sabían hablar la lengua de los indios, como si fuera su materna; y como no estaban acostumbradas a conocer otra gente que los indios, cuando se volvían a sus tierras los que las habían traido, se querían volver con ellos, extrañando a los españoles de manera, que quedaban llorando, porque no las dejaban ir con ellos, y en la lengua de los indios decían que no sabían su nombre ni el de sus padres, ni aún se acordaban de haberlos visto, ni daban razón a donde nacieron, ni los indios sabían dar dello noticia: y así se quedaba sin poderse averiguar ninguna cosa de su nacimiento. Y niña hubo que me preguntaba a mí con lágrimas, en la lengua de los indios, que quién era su madre, y respondiéndole que no sabía, volvió a decir con sollozos: «No tengo de descansar hasta que sepa quien es mi madre.» La causa desto pudo ser, que como en la destruición de las ciudades llevaron cautivas los indios algunas niñas huérfanas de las madres que ellos habían muerto, y otras niñas pequeñas con sus propias cautivas madres, pudo suceder que los indios vendiesen entre ellos las niñas huérfanas, y las que no lo eran, quitándolas a sus madres, como acostumbran, o vendiendo a las madres y quedándose con las hijas; porque hay pocas cautivas que no hayan sido muchas veces vendidas entre ellos, y tenido por ello muchos dueños, de manera que como por causa de las ventas las suelen mudar de

un amo a otro muchas leguas, siendo las niñas pequeñas, no ternían edad para acordarse de sus madres.

Y de aquí se puede colegir cuantas niñas y niños destos habrá derramados entre los indios, que no solamente no conocieron padres ni tienen noticia dellos, siendo hijos de españoles, pero que siendo cristianos muchos dellos, se quedarán sin saber que lo son, confirmados por bárbaros entre los bárbaros.

Las cosas por qué acostumbran los indios a vender los cautivos entre ellos, es unas veces una oveja de las de aquella tierra, otras por collares de piedras que ellos estiman y usan, aunque de poco valor, y otros, hechos de conchas marinas, y otras por un rocín y aún por una piedra algo cóncava de hasta cuatro o seis arrobas, en que a fuerza de brazos muelen trigo y maíz y otras semillas con otra piedra pequeña; y otras veces compran con ellos trigo o cebada, de indios de otras provincias, cuando en las suyas hay carestía por sucesos de años estériles, y por otros accidentes semejantes; y en fin por cosas de mas y de menos valor, según la necesidad que tienen dellas. Dejo de decir, por no cansar, otras algunas circunstancias dignas de consideración, que en particular y en general nos contaban algunas de las rescatadas cautivas, y lo que especialmente me decía una señora llamada doña Juana, mujer de un capitán que estaba entre nosotros, nombrado Melchor de Herrera, la cual se vino huyendo de las tierras de los enemigos a un fuerte que tuve a mi cargo en las fronteras de guerra, y fué tan honrada, que por venir a buscar a su marido, pasó grandísimos peligros y trabajos, descalza y pobrísimamente vestida, pasando muchos ríos y tierras muy ásperas, viniendo de otras muy apartadas, con tanto ánimo, que no sé yo qué robusto animoso hombre lo tuviera mayor, o pudiera sufrir lo que pasó. Y dije por buscar a su marido, porque la primera palabra que conmigo habló, saliéndola al encuento fuera del fuerte, fué preguntarme con lágrimas, si era vivo su marido, nombrándomelo, y diciendo que sí, mostró singular contento. Y es también de notar, que habiendo venido de la manera que he dicho, traía consigo una niña de cinco años, hija suya y de su marido, con la cual la habían cautivado cuatro años había en un robo y entrada que hicieron los indios en un pueblo llamado San Bartolomé de Gamboa.

Finalmente digo, que todas las personas que con su pío celo y trabajo pudo libertar en los términos de la Imperial por vía de rescates y de correrdurías, el gobernador Alonso García Ramón, fueron veinte y nueve, la mayor parte mujeres y algunos hombres de cuenta, quedándose por concluir otros rescates comenzados a tratar por las razones que ya dije. De manera que se sabe por cierto, que pasan de doscientas las que todavía hay esclavas entre los indios, sin los cautivos, aunque en número fueron muy pocos respeto de las cautivas, por haber muerto los demás en defensa de sus ciudades, los cuales y ellas sabe Dios cuando ternán libertad.

CAPÍTULO IV

Qué caudillo y guarnición dejó en el fuerte el Gobernador, y su retirada. Cómo degolló el enemigo una compañía en Chichaco, y sucesos del nuevo fuerte de la Imperial.

Volviendo a la obra del fuerte que dije comenzó a hacer el Gobernador en el sitio de la asolada Imperial, digo, que habiéndose acabado dejó en él de guarnición docientos y ochenta hombres en tres compañías escogidas de los capitanes don Melchor de Robles, Francisco Gil Negrete y Francisco de Urieta, y por cabo de la gente y gobernador de aquella provincia, un caballero llamado don Juan Rodolfo, prático y experimentado soldado, al cual encomendó atendiese cuanto le fuese posible a los rescates de las cautivas y redución de los rebelados, dándole la palabra a él y a los capitanes y soldados, que los volvería presto a ver con un gran socorro de gente y municiones y refresco de vituallas. Y quedando todos muy contentos, finalmente se retiró el Gobernador con la resta del campo para volverse a nuestras fronteras y ciudad de la Concepción, muy confiado de que había de hallar el fuerte en el sitio de Angol que a la partida había encargado hiciese durante su ausencia el comisario general de la caballería. Llegado pues al señalado puesto donde lo había de haber hecho, y hallándolo desierto y rastro ni señal de haber estado allí gente nuestra, fué muy grande el sentimiento que dello tuvo por las muchas cosas que le dió que pensar, las cuales lo pusieron en gran cuidado, imaginando todas las que podían haber sido parte para estorbarlo, porque cualquiera no podía dejar de ser por nuestro daño. Llegó en fin al primer fuerte de nuestras fronteras, donde le fué dicha la causa, que fué la que sigue.

Habiéndole llegado al comisario a muy buena sazón el socorro de gente que dije había de venir del Pirú por mar, con la cual y la que había de sacar de los fuertes había de ir a hacer el fuerte que le dejó ordenado el Gobernador, quiso el comisario hacer más de lo que le dejaron por orden, para venir a hacer menos de lo que había de hacer, pues no solamente no hizo nada dello, pero fué causa de una gran pérdida, que parece fué presagio del futuro suceso del fuerte que quedó hecho en la Imperial. Habiendo pues sido la gente que había llegado del Pirú una muy lucida compañía, la cual traía un gallardo capitán nombrado Pedro de Villarroel, con un alférez, persona principal, llamado don Jusepe de Heredia, determinó el comisario con ella y otra gente de los fuertes ir primero a probar la mano a cierta tierra del enemigo llamada Chichaco, por un excusado motivo que para ello tuvo; donde a la retirada de tal salida, que había sido sin algún fruto, caminando por tierra áspera, le salieron los enemigos al camino, y con la presteza que acostumbran, le acometieron la retroguardia a donde iba la compañía nueva. Marchaba de tal manera dispuesta toda la gente, que no pudiendo ser socorrida de la vanguardia, degolló el enemigo toda la compañía nueva con capitán, y

alférez y oficiales, sin que escapase ninguno a vida, ni les pudiese aprovechar el pelear, habiéndolo hecho, particularmente el capitán y el alférez con tanto valor, que no sé cual llevó en él la ventaja, pues fué cosa sabida que ambos vendieron sus vidas a precio de muchas enemigas. Esta pérdida fué muy sentida en aquel reino, no solo por haber muerto tan valientes soldados, y animoso capitán y alférez que tan poco se habían logrado, pues acabados de desembarcar perdieron juntos las vidas en la primera ocasión a que salieron; pero por haber alcanzado los enemigos tan señalada victoria, que tanto les ensoberbió y animó. Todo lo dicho le fué contado al Gobernador, y que por tal suceso había dejado el comisario de ir a hacer el fuerte a Angol, lo cual y la pérdida sintió como debía, considerando de cuanto inconviniente era el no haber tenido efecto la fundación del fuerte, para socorrer el que dejaban hecho, y poderle dar vistas con caballería, para tener a menudo nuevas de su estado.

Habiendo llegado el Gobernador a la ciudad de la Concepción, mostraba en todas sus pláticas estar muy confiado del valor y industria de don Juan Rodolfo, capitanes y escogida gente que había dejado en el fuerte de la asolada Imperial, persuadiéndose hasta contrario suceso del que tuvo su quedada; y después de pasados algunos días, comenzando a darle cuidado el ver que no tenían nuevas del fuerte, ni respuesta de algunas cartas que tenía escritas a don Juan Rodolfo por vía de indios y diferentes caminos, tuvo una suya a los treinta de julio de mil y seiscientos y seis, escrita a cuatro meses de la retirada del Gobernador, con aviso de los rescates que había hecho de quince cautivas, señoras principales, y dos cautivos, el uno persona de estima, y de que dos soldados mestizos, de tres que había entre los de la guarnición del fuerte, se le habían huido dél y pasádose a los enemigos; y finalmente dando para lo de adelante mejores esperanzas de lo que el cielo dispuso, porque esta fué la primera y postrera nueva que de aquel fuerte se tuvo, cuyo suceso referiré, que fué desta manera.

Entre la gente del Pirú que suele traerse de socorro a Chile, acostumbran a venir algunos mestizos, hijos de españoles y indias, y aún hijos de otros meztizos, gente casi toda inútil para el servicio de Su Magestad, por ser tan floja y de pocos bríos, cuanto de poca estimación. A esta causa, viéndose en algunos trabajos de la guerra, como son hambres y otras necesidades y personales fatigas, sucede que cuando los demás soldados donde ellos se hallan, los pasan con tolerancia, valor y sufrimiento, ellos se afligen y rinden a la flojedad, dejándose descaecer de tal manera, que perdiendo el ánimo se pasan luego a los enemigos, donde les parece que ternán la comida que les falta y aliviarán los trabajos que les sobran. Por lo cual soldados que son de tan poco servicio y de tan mal ejemplo y daño, mayormente siendo tan pocos, que cuando fueran muchos, importaba poco su falta, no debrían por ningún caso llevarse a aquella guerra, donde han sido causa de muchos daños. He dicho esto, porque sucedió en el fuerte de la Imperial pasar los soldados que allí dejó el Gobernador alguna necesidad por falta de comida, que solo era el darse por tasa como es costumbre en otros fuertes de aquel reino menos metidos en las tierras de guerra. Esto solo, pues, bastó para que se huye-

sen al enemigo no solo los dos mestizos que escribió don Joan Rodolfo, pero después dellos otro que quedaba en el fuerte, teniendo por grande hambre la que se pasaba, como gente de pocas obligaciones y criada en la larga y viciosa vida del Pirú, solo por parecerles que al fin no les darían los indios la comida por tanta regla y tasa como dije.

Echado menos en el fuerte el tercero y postrer mestizo que se huyó, consideró luego don Joan Rodolfo, como soldado, que su huída podría ser causa para que el enemigo viniese con alguna junta, a aguardar la primera escolta que saliese del fuerte; y acordándose que se había hallado el dicho mestizo en una que tres días antes había ido no lejos del fuerte a hacer una hornada de carbón, para aderezar las armas de los soldados, y que había visto el lugar adonde lo dejaron preparado para que se hiciese, pareciéndole que daría aviso dello al enemigo para que viniese a aguardar la escolta cuando saliese a retirar el carbón, determinó, antes que tuviese tiempo para juntarse, hacer la salida, y así la puso por obra el siguiente día de la huída del mestizo con la mejor gente del fuerte, aunque no era muy lejos dél, llevando consigo los dos de los tres capitanes, que fueron don Melchor de Robles, y Urieta, dejando el fuerte encomendado al tercer capitán Francisco Gil Negrete.

CAPÍTULO V

Cómo degolló el enemigo la escolta del fuerte de la Imperial con el caudillo y dos capitanes, y el maravilloso secreto con que los enemigos tuvieron oculta tal victoria.

Saliendo pues don Juan con buena orden, vino a sucederle bien diferente de lo que había conjecturado en parecerle que se anticipaba a la venida del enemigo; porque sucedió que yendo el mestizo a buscar los indios, quiso la suerte que encontró con una junta dellos de gran número de caballería, la cual siempre los enemigos traian hecha, a fin de impedir la llegada al fuerte de algún socorro que le viniese; y como hallaron de quien tomar lengua de su estado, examinando al mestizo, vino a decirles que se holgaba de verlos juntos a tan buen tiempo, porque no podía tardar a salir escolta del fuerte, a retirar cierta cantidad de carbón que había dejado a hacer, y que podían tener sus espías para cuando saliese, y hacerle emboscada en la parte que él les mostraría para poderlos acometer. Contentos los enemigos con tal aviso, fueron a reconocer el puesto del carbón, y yendo marchando, sintieron sus reconocedores la escolta que salía del fuerte, y dando aviso a los suyos, procuraron no ser vistos della, y así por cierto rodeo se fueron a encubrir detrás de un bosquecillo que estaba cerca de donde se había de sacar el carbón, llevando consigo la traidora guía que ya la habían puesto a caballo; y estando muy secretos y callados, llegó nuestra escolta al lugar donde había de hacer alto, y adelantándose dos o tres que había de a caballo a algunas partes encubiertas, dieron con la emboscada de los enemigos,

los cuales viéndose descubiertos, vinieron todos a embestir con nuestra escolta. Al llegar cerca della les tiraron los nuestros seis o siete arcabuzazos que bastaron para que todos volviesen las riendas huyendo; pero el traidor mestizo, habiendo advertido que no tenían cuerdas encendidas más de solos aquellos soldados que habían disparado, comenzó a dar voces a los enemigos diciéndoles: *¿Dónde huir? Volved, volved, que los españoles no tienen cuerdas encendidas.* Y bastó esto para darles tanto ánimo, que revolviendo sobre los nuestros que eran ciento setenta y tres, los rompieron y atropellaron, alanceándolos a todos con los dos capitanes y don Joan Rodolfo, sin aprovecharle el defenderse con gran valor; porque cargaron tantos sobre él, que ni le aprovechó su mucho esfuerzo ni el estar muy bien armado, y en muy buen caballo; pues sin quererse rendir, al fin le derribaron y cortaron la cabeza con su presteza acostumbrada, donde aún después de muerto, probaron con él muchos sus lanzas, de manera que sólo quedaron con vida de toda la escolta dos caballeros criollos llamados don Bernardino de Quiroga y don Baltasar de Villagrán, y dos hermanos llamados Castañedas, que tomaron los enemigos prisioneros por saber hablar su lengua, y otro soldado llamado Rivas, que debió de hallar donde esconderse, el suceso del cual diré adelante.

Desta manera degolló el enemigo una escolta de tantos españoles con sus caudillos y capitanes por la industria del traidor mestizo, que fué una pérdida que animó tanto a los indios cuanto poco antes les había causado miedo y turbación la repentina llegada de nuestro campo a sus tierras cuando fueron a fundar el fuerte. Esta victoria, la cual sucedió a veinte y nueve de setiembre del año mil y seiscientos y seis, y la que alcanzaron de la compañía que degollaron en Chichaco, como dije, fueron las mayores pue ganaron indios en Chile, considerando que las tuvieran de tanto número de buenos soldados con las armas en las manos.

El suceso referido se ignoraba totalmente de nuestra parte, por lo cual el Gobernador hacía grandes diligencias para tener nuevas del fuerte, que tan secretas tenían todos los indios, según mostraré para ejemplo de su general unión en no revelar las cosas tocantes a las trazas y designios de su guerra. Porque todas las veces que han ganado en parte desmandada alguna cosa de los nuestros, tienen de costumbre pregonarla desde los cerros por todas las partes a donde hay pueblo o fuerte, o otra gente española que lo pueda oir, concluyendo tales nuevas con mil retos y amenazas, diciendo a los nuestros: *Hartaos de ver el sol, que no habeis de vivir seis días, porque vienen más indios sobre vosotros, que hay yerbas en los campos y hojas en los árboles*, que es una de las amenazas y bravatas que acostumbran a decir a los nuestros, aunque no sirva el tal aviso de la victoria que han tenido, de más que de darnos malas nuevas y parecerles que desaniman con ellas, gloriándose también ellos de sus hechos. Pero cuando de lo ganado puede redundarles otra ganancia en cosa, que de la pasada se siga o dependa, la cual haya de consistir en que los nuestros ignoren su primer buen suceso, porque no acudan al reparo de lo que queda sujeto a peligro, en los tales casos digo que no sólo no usan de sus pregoneras jactancias, pero disimulan los

sucesos con tan cauto artificio, mostrándose todos tristes y melancólicos en general silencio, que tales apariencias nos asiguran y persuaden, que no solamente no habemos recibido daño en alguna parte, pero nos dan indicio que si alguna novedad ha habido, que ellos han sido los perdidosos.

CAPÍTULO VI

Continúan los indios mañosamente el tener secreta la victoria alcanzada de la escolta, con que entretienen el ir los nuestros a socorrer el fuerte. Vá finalmente el Gobernador a ello. Combaten los indios el fuerte, y defiéndelo con valor el capitán Francisco Gil Negrete.

Tales se mostraban los indios cuando el Gobernador y todos los que tenían a su cargo los fuertes y presidios de fronteras, andaban por su orden inquiriendo entre los indios de paz y prisioneros que tomaban de los de guerra en correndurías que se hacían, para tomar lengua del estado del fuerte de la Imperial, y no era posible alcanzar a entender cosa dél más que si estuviera en otro mundo. Y es de notar, que en este mismo tiempo andaban los indios de guerra labrando y minando como por debajo de tierra, procurando levantar los de paz con las cabezas de los capitanes y demás españoles muertos, bebiendo todos juntos a la apacible presencia dellas con general secreto. Y aunque en este tiempo venian indios de guerra debajo de seguro a nuestros fuertes a tratar de rescatar algunos prisioneros, usaban de tanta disimulación, que con mil sumisiones fingían en sus palabras extraordinaria humildad y tristeza con los rostros afligidos. A algunos dellos les daba el Gobernador la palabra de darles sus mujeres, y a otros sus hijos, libres sin rescates, prometiéndoles otros intereses, si le llevaban una carta al fuerte de la Imperial, y se la daban a don Juan Rodolfo, y le traían respuesta della, y solo para entreternos se ofrecían a ello facilitando el efecto. Y aunque no había mas de catorce o quince leguas por los atajos que podian ir desde donde los despachaban, y siendo casi todo el camino montes con mil senderos por donde podían ir secretos; mayormente de noche, y con haber dado plazo para su vuelta que sería dentro de cinco o seis días a lo mas largo, se estaban por allá quince y veinte, y al fin dellos se volvian con la carta que habian llevado, afirmando que estaban los caminos tomados con grandes guardas, por lo cual no habian podido pasar, y que habian estado a peligro de que los cogieran sus indios de guerra y cortaran las cabezas, mayormente si los hallaran con la carta. Luego salía otro indio de través que se ofrecía de nuevo a ir, afirmando que él sabía un camino muy seguro y secreto, no poniendo duda en el hecho, todo a fin de dilatar más el negocio con otra tardanza y dilación, entreteniendo al Gobernador con estos embelecos, para que no fuese tan presto a socorrer el fuerte, por podello ellos entre tanto ganar por hambre, y

degollar la poca gente que en él había. Porque como en el fuerte no había quedado con el capitán Negrete más de ochenta soldados, y aquellos los más inútiles, enfermos y acobardados por el pasado suceso, con poca esperanza de socorro, y de todo tenian particular información los enemigos, por lo que les había dicho el fugitivo mestizo, especialmente de la gran falta de comida que tenian los nuestros, no acometían el fuerte, prometiéndose de ganarlo sin sangre, esperando a que por hambre se les rindiese; y esta era la causa por que habían tenido su tan general secreto y disimulación de la pasada victoria, y de procurar entretener al Gobernador con los echadizos mensajeros que se ofrecian a llevar las cartas. Pero al fin acabando el Gobernador de caer en la cuenta de sus cautelas, determinó ir a socorrer el fuerte sin haber podido tener alguna nueva dél, ignorando todavía la pérdida de la escolta, y así partió a treinta de noviembre del mismo año de mil seiscientos y seis, llevando consigo trecientos infantes y doscientos y cincuenta caballos.

Como los enemigos supieron por sus espías que ya el socorro iba marchando, y vieron que el fuerte no se les acababa de rendir, se resolvieron a acometerlo antes que llegara el socorro, y así lo hicieron por dos veces. Pero el animoso capitán Negrete, mas plático de lo que prometía su poca edad, como experimentado en la guerra de Flandes, había reducido la grandeza del fuerte a proporción de la poca gente que le había quedado para poderlo mejor defender, y desta manera animando sus soldados, resistió los dos combates esforzadamente, e hizo mucho daño a los enemigos.

En este tiempo iba marchando el Gobernador la vuelta del fuerte entre recelo y confianza de lo que había de hallar, y pasando por la provincia de Purén, sucedió que el soldado de los nuestros, nombrado Rivas, que se escondió en la pérdida de la escolta, había venido hasta allí caminando a tiento de noche y emboscándose de día, sustentándose de frutas silvestres, y como oyó nuestras cajas y trompetas, salió a encontrar nuestra gente, y llegado ante el Gobernador, le dió entera cuenta de la pérdida de la escolta, como quien se había hallado en ella, aunque no pudo dar razón si el fuerte estaba en poder de los nuestros.

Esta nueva causó gran sentimiento al Gobernador, viendo tan contrario efecto de lo que había sido su esperanza, y en nuestra gente gran confusión y tristeza. Juntó a consejo los capitanes sobre lo que se debría hacer, y aunque hubo muchos pareceres diferentes sobre el pasar o no adelante, y los mas de que se volviesen a las fronteras de donde habían salido, diciendo que ya se habría acabado de perder la poca gente que había quedado en el fuerte, con todo ello no quiso el Gobernador dejar de certificarse, y así, aunque barruntando que lo hallaría perdido, finalmente llegó a él, donde aunque fué muy grande el contento que tuvieron los del socorro en hallar vivos los que habían quedado, fué sin comparación mayor el que recebieron los del fuerte con su llegada, que tan deseada tenían, a los cuales mandó el Gobernador salir luego, y que se encorporasen con la gente del socorro. Halláronse en el fuerte ochenta soldados de los docientos y ochenta que habían quedado en su defensa, porque habiendo sido ciento y setenta los muertos en la escolta, los

treinta que venían a faltar, habían muerto de enfermedades, y parte dellos se habían ahogado pasando un río.

Con esto dió la vuelta el Gobernador, habiendo amparado y recogido las libertadas esclavas y dos cautivos, que fueron las que dije había rescatado don Juan Rodolfo, y pasando por donde estaban los cuerpos de los alanceados de la escolta, sintió lo que estaba obligado el suceso de su fuerte y muerte de don Joan Rodolfo que era muy su amigo, y de los capitanes, por ser él y ellos personas de calidad, valor y estima, y los soldados la flor de aquel reino.

Retirándose como he dicho el Gobernador, llegó con la gente que traía a donde había un peligroso paso dispuesto para poderse recelar de emboscada, por ir el camino entre dos fragosos montes, y viendo un valiente capitán llamado Juan Navarro, que andaba mirando el Gobernador a quien enviaría a reconocer aquel paso, llegó a ofrecérsele para ello, y tras él otro no menos osado llamado Pedro Machín. Partieron, pues, ambos bien armados y a caballo con la orden que el Gobernador les dió, y llegando al paso, aunque procuraron hacer su oficio con el debido recato, fueron acometidos con tan repentino ímpetu de los enemigos de la celada, que sin poderse retirar ni haber tiempo de poder ser socorridos, fueron cercados de tanto número de bárbaros, que con increíble presteza los descabezaron: muertes que no poco fueron sentidas del Gobernador y de todo aquel campo, por ser los que murieron personas tan señaladas y conocidas de los enemigos por sus obras en aquella guerra. Era el capitán Joan Navarro, natural de Baeza, de la noble familia de los Mendaños y Sanchez, que la ganaron venidos de Navarra; y el Pedro Machín hijo de un valiente conquistador de aquella tierra.

Llegado que fué el Gobernador a la Concepción, determinó dar cuenta a Su Magestad de los referidos sucesos y estado de aquella guerra, que es el que yo declaro en esta relación, y de que en mi llegada a España dí cuenta a Su Magestad y a Vuestra Excelencia, siendo a la sazón presidente de su Real Consejo de Indias, para que se viese la urgente necesidad en que aquel reino quedaba de ser socorrido. Y esta ocasión obligó a que fuese yo enviado a tal efecto, a causa de hallarme a la sazón impedido de heridas, y no poderse militar siempre a caballo en aquella áspera tierra, y haber parecido allá ser mas a propósito para informar cosas de guerra como soldado, que otros de otras profesiones que por lo pasado habían sido enviados.

CAPITULO VII

El estado en que quedó el Reino de Chile después de los pasados sucesos

Conociendo el Gobernador de la condición y costumbre de los indios las cosas que inovan, y lo mucho que se animan con una victoria, que al mas ruín se le pone como se suele decir un leon en el cuerpo, prometiéndose buen suceso en cuanto determinan emprender, comenzó luego a

reparar los puestos mas flacos y importantes con la gente que tenía; y por haber entrado ya el verano, dió orden para salir a campear, a que se fuese apercibiendo la gente de guerra. La que le había quedado era mucho menos que la que había tenido el año precedente; pues habiendo dejado en fuertes y presidios de las fronteras quinientos hombres, había sacado en campaña mil y quinientos en cuatrocientos caballos, y mil y cien infantes en los dos campos que hizo aquel verano según dije, y el segundo año que fué el de mil y seiscientos y siete, dejando la misma guarnición en las plazas de la frontera, tasadamente podía sacar a campear ochocientos hombres; y aunque la falta de los setecientos con que se hallaba, no procedía solamente de las referidas pérdidas, hay otros mil desaguaderos en aquel reino en que se deshacen, consumen y desaparecen los soldados.

Con las fuerzas que he dicho quedaba el Gobernador, cuando partí de aquel reino a catorce de mayo de mil y seiscientos y siete; y aunque no se puede juzgar con certidumbre el número de los contrarios, por no haber indios ciertos por donde se pueda averiguar, digo, que serán los rebelados que profesan la guerra, según lo que en ella entendí, veinte mil, aunque en aquella sazón podría tener el Gobernador por harto mayores las contrarias fuerzas, por las que les aumentaba el grande coraje con que quedaron los enemigos por las dos referidas victorias; porque en tales ocasiones no solamente crecen en ánimo, pero también en número de la manera que si les hubieran llegado de otras tierras reforzados socorros, no porque les venga ni pueda venir gente de fuera en su ayuda, sino porque en tales tiempos se animan y cobran bríos para tomar las armas, no sólo los que nunca las profesaron, como hay muchos entre ellos, pero hasta los insuficientes muchachos y jubilados viejos; y aún las mujeres las querrían tomar, diciendo que ha llegado el año de su general libertad. Por manera que esta fué una de las causas porque fueron grandes nuestras pérdidas, demás de que, como en la guerra no son las menores las del crédito y reputación, y era tanta la que los nuestros tenían que refrenaba a los enemigos, vino a ser muy grande la pérdida que della tuvieron en los referidos sucesos: lo primero, por haber sido en tiempo que tenía el Gobernador más fuerzas que tuvo hasta él otro alguno en aquel reino, con las cuales lo tenía amenazado todo, diciendo en las juntas que hacía de los caciques de paz y prisioneros de guerra a quien daba libertad, para que llevasen a sus tierras las nuevas del perdón general y privilegios que en aquella ocasión concedía Su Magestad, a los que dentro de un año se redujesen, que las paces que les había de recibir, habían de ser con las condiciones que él quisiese, y de los que no quisiesen aprovecharse dellas, no les había de quedar piante ni mamante. De suerte que estas palabras que repetía el Gobernador ya con los dichos sucesos, no habían servido mas que de fisgadoras y burlarse los enemigos dellas, refiriéndolas en sus maliciosas pláticas, haciendo poco caso de nuestras fuerzas y amenazas, visto cuan mal las habíamos cumplido.

La segunda razón fué, por haberse el Gobernador adelantado tanto como tengo dicho con su campo a dejar tan empeñado el fuerte, porque no

son los enemigos tan poco soldados que no echaron luego de ver con la dificultad que podía ser socorrido, y que aquella presa se la dejaban como en las uñas; porque tiene conocido por experiencia que de maravilla ganan con nosotros algo, sino es en ocasiones que nos descuidamos o nos desmandamos desmedidamente. De manera que no sólo vieron los indios por el efecto lo poco que pudo contra ellos nuestro aumento de fuerzas, amenazas y osadías, pero que de todo ello les resultó ganancia y provecho.

Y finalmente, porque si alguna confianza tenían los indios, de que en ningún tiempo podrían los españoles del todo sujetarlos, aún cuando vieron dentro de su tierra el mayor número de gente española, que jamás habían visto, no se puede negar que quedarían mas confirmados en su opinión, viendo lo poco que habían podido los nuestros con tan gran aumento de gente, y por consiguiente mas atrevidos, teniéndonos de nuevo en desprecio, del cual está llano que les ha de nacer confianza para emprender aquellas cosas a que jamás se atreverían; porque son de condición estos bárbaros, que así como los acobarda y desmaya cualquiera pérdida, así los anima y ensoberbece cualquiera victoria. Y habiendo visto cuán señaladas las habían alcanzado, ¿a qué número de españoles no se atreverán ya a acometer con su mucha fuerza que tienen de caballería, según declaro en el particular punto della? Aunque habiendo degollado estos bárbaros en campaña tantos españoles juntos con las armas en las manos, victorias tan nuevas en aquella guerra, y viendo lo caro que cuesta a Su Magestad el poner en ella cada soldado por ser en tierra tan remota, y las inferiores armas de los enemigos respeto de las de otros de Europa, se pueden tener éstas por tan grandes pérdidas, como las que lo han sido en Flandes o en otras guerras de diferente máquina.

Tanto cuanto he dicho haber quedado los enemigos con aumento de ánimo y esfuerzo, quedaron por todas las partes del reino los nuestros temerosos; y si en algún lugar dejaron acaso de estarlo sería más por falta de discurso que de ocasión; porque aunque no estaba el reino tan falto de gente, que no le quedase más número que el que en todos los años atrás había tenido antes que fueran a él los nuevos socorros, con todo, no era suficiente para asegurar lo que entonces había mas necesidad que en otros tiempos de que lo estuviese, y atender a la conservación y defensa de las provincias que había dejado puestas de paz el gobernador Alonso de Ribera. Porque conociendo los españoles de Chile la arrogancia de los victoriosos indios, y teniendo por cierto el seguirse luego el acometer hechos que sin las dichas victorias nunca se atrevieran a emprender, consideraban que no había cosa segura en todo el reino, y se persuadían más viendo ya comenzar a pasar los correos de que el enemigo venía sobre la ciudad de Santiago con gran fuerza de gente, avivando estas nuevas las demostraciones de tales efectos, que eran las cabezas de los españoles degollados en las dichas pérdidas, que de mano en mano de los indios de paz iban entrando de secreto por nuestros pueblos, hasta los mas retirados o apartados de las fronteras de guerra, las cuales cabezas enviaban encubiertamente los indios rebelados para le-

vantarlos, porque no hay cosa que mas incite a rebeliones. Y aún se decía por cosa cierta que había pasado de la ciudad de Santiago por nuestras tierras adentro la cabeza de don Juan Rodolfo. Llegaban también nuevas de algunos partidos o distritos de los pueblos de indios de paz, que los corregidores dellos iban ahorcando algunos caciques y otros indios, porque se comenzaban a levantar.

Todas estas nuevas tenían la dicha ciudad muy confusa, viéndose tan sujeta a la voluntad de los indios, por estar toda abierta y sin haber en ella cosa fuerte, y hallarse la mayor parte de los que habían de tomar las armas para hacer alguna defensa más de cien leguas ausentes, ocupados en la guerra con el Gobernador, y ella tan desproveída de armas que pudieran ser de efecto en un repentino levantamiento. De todo esto había vivido descuidada, teniendo por su mayor fortaleza las muchas leguas que se veía apartada de las tierras de guerra, no advirtiendo que la duración de toda su seguridad consistía en que los enemigos no alcanzasen de los nuestros las victorias que han alcanzado, y que importaba poco estar los declarados tan lejos, teniendo tan cerca como era en sus mismas casas, tanto número de los domésticos y disimulados que en las rebeliones y alzamientos siempre son los mas perjudiciales y crueles, y no digo solamente los familiares caseros y ladinos, a que como he dicho llaman *yanaconas*, que aún no son los peores; pero los muchos esclavos de que está poblada toda la jurisdicción de la ciudad, especialmente un muy fértil valle de muchas leguas, que llaman de Quillota, donde en las haciendas, alquerías o cortijos y otras rústicas casas de campaña de los españoles vecinos y moradores de la ciudad, hay muchos indios esclavos traídos de la guerra, mezclados entre los de paz encomendados, que en la voluntad que nos tienen, son todos unos y de un mismo ánimo para lo que es desear victoria a los suyos, no menos que la deseaban a los cristianos los cautivos esclavos de las galeras turquesas en la naval batalla de Lepanto, pues della se les ha de seguir su libertad, porque todos asisten en contínua servidumbre de los ciudadanos.

CAPÍTULO VIII

Cuán desapercebidos, abiertos y flacos se hallaban los pueblos de nuestros españoles

Por ser una de las cosas que importan a el estado de la guerra que voy declarando, el decir el desapercibimiento con que se hallaban los pueblos de nuestros españoles y su poca fortaleza, será conveniente lo refiera aquí, aunque en la descripción de aquel reino la hice particular dellos. Digo, pues, que la ciudad de Santiago, que es sola la que ha quedado en él, que tenga partes y grandeza para poderse llamar ciudad, se hallaba en medio de tantos peligros y tan sujeta a ellos, como he dicho en el capítulo precedente. Muchos también de sus habitadores acostumbran vivir en sus haciendas, derramados y divididos por el valle de Quillota y

otras partes, más de lo que conviene para su seguridad; y aunque conocen los que de tal manera están divididos el riesgo en que se hallan en tales soledades, acompañados de tanto número de enemigos como lo son sus esclavos, donde viven en el peligro que los leoneros que rigen y gobiernan leones, los obliga y fuerza a no poder hacer otra cosa para poder sustentar sus casas y familias con la cultura y beneficio de sus campos, la suma pobreza a que todo ha venido, sobre la cual se obligan a mantener unos por caridad, y otros por parentesco otras familias de pobres viudas, y hijas y hijos de las que retiró el gobernador don Francisco de Quiñones, cuando, como dije atrás, despobló la Imperial y Angol, donde desampararon y dejaron perdidas las haciendas que tenían, tanto muebles como raíces, y asimismo otras mujeres de calidad, de las que los gobernadores han rescatado del poder de los enemigos, que en otros tiempos se vieron ricas de bienes de fortuna. Así que a todos estos gastos y costas se hallan obligados los vecinos y moradores de Santiago, lo cual no tiene proporción con sus pocas fuerzas, por el mucho tiempo que ha sustentado aquella ciudad sobre sus flacos hombros el peso de la guerra, por lo cual juzgo que no hay hombre en ella que esté excluído de merecer que Su Magestad le haga merced. Y porque en el remate del presente capítulo, y en el segundo del discurso primero, trato mas en particular cuán flaca y desapercebida de reparos y defensa se halla esta ciudad, no me detengo aquí en significarlo.

La segunda, que es Nuestra Señora de la Concepción, está setenta y cinco leguas de la ciudad de Santiago, a la parte del Sur. Es un pobre y flaco lugarcillo, puesto, como dije, en las fronteras de guerra, por lo cual es presidio ordinario, sin cerca, fuerte ni reduto, metido en una hoya y pantanoso sitio, por la comodidad de un muy seguro y apacible puerto de que goza, el cual pueblo tiene y han tenido los enemigos tan en su casa y manos, que se puede creer, que milagrosamente la Señora de su advocación lo ha sustentado y librado dellas hasta ahora.

San Bartolomé de Gamboa, que comunmente llaman *Chillán*, también presidio de frontera, catorce leguas de la Concepción, mas desviada a la parte de la cordillera, es solo un corral de tapias, que contiene algunas casas, la mayor parte pajizas.

Coquimbo, que es el pueblo más retirado y a trasmano de las fronteras, que está de la Concepción ciento y setenta leguas, a la parte mas segura de nuestras tierras, que es a la del Norte, es otro lugarejo pobre, bien poblada su jurisdición de indios esclavos, a los cuales está harto sujeto y vendido si hubiese rebelión.

La ciudad de Castro a la parte del Sur, que es la mas desmandada de aquel reino, porque está en la isla de Chiloe, que la hace fuerte para los indios, se sustenta en extrema pobreza. Fué saqueada de cosarios ingleses en el año de mil y quinientos y noventa y nueve. Está apartada de la Concepción setenta leguas. No tiene comunicación con nuestros pueblos por tierra firme, de la cual está poco apartada, porque se han de atravesar las provincias de guerra. Corresponden con ellos por aquella costa del mar del Sur, pero muy de tarde en tarde, a causa de los pocos navíos que poseen los nuestros, los cuales emplean en enviar a Lima por

los socorros de la gente de guerra y su situado como en negocio mas importante para sustentar la guerra, y así suelen pasarse dos y tres años, que en las ciudades de tierra firme no se tiene nueva de aquel pueblo, ignorando los dél por la misma razón las cosas del estado dellas, de tal manera, que sucede escribir de allá en algún barco, que la necesidad les obliga a hacer, a gobernador, que algunas veces ha mas de dos años que lo dejó de ser, entendiendo que todavía gobierna. Y como por razón de pleitos, y diferencias y pretensiones, y principalmente por significar la necesidad que tienen de comida y vestido, han menester acudir al gobernador, por no poder pasar si no son sustentados de las ciudades de tierra firme, por ser su isla tan estéril que no produce mas de solas las raíces que tengo dicho llaman papas, y habérseles acabado los ganados, de cuyas lanas se solían vestir, sucedió que al tiempo que yo salí de aquel reino, que habiendo tres años que no iba navío de los nuestros a aquella ciudad, y hallándose los della con muchos negocios represados, y con extrema necesidad de comida, y tanta desnudez que con pedazos de alhombras y tapices viejos traían cubiertas las carnes, maravillados de tanta tardanza de navío, se determinaron de hacer uno en que venir los diputados para pretensiones, y los demás que tenían forzosos negocios a buscar su remedio ante el gobernador; y habiendo hecho con más trabajo que proporción un navío tan grande y pesado, cuanto falto de clavazón por la falta de hierro, se embarcaron en él cuarenta y seis españoles entre hombres y mujeres, y con ellos tantos indios esclavos y de servicios, que en todos llegaron a quinientas personas; y hechas a la vela sin haber aún perdido de vista el puerto, se fué el navío a fondo, donde perecieron todas las quinientas personas, sin que escapase mas de solo un caballero llamado don Francisco de Cabrera, que trayendo consigo su mujer y hijos, no pudiendo salvar sus vidas, salvó la suya por ser tan buen nadador que pudo salir a tierra. He hecho aquí mención desta desgracia, por no ser fuera de propósito de las cosas que en esta relación escribo, y haber llegado la nueva al punto de mi partida, el aviso de la cual trujo el mismo caballero que della escapó, con quien yo hablé muchas veces en Santiago.

Por lo que he dicho se echará de ver cuan flacos, abiertos y sin defensa quedaban los pueblos de nuestros españoles en Chile, y por consiguiente cuan sujeto todo él a perderse; pues en cosa tan flaca como he mostrado consistía toda su seguridad, mayormente hallándose los enemigos tan superiores y pujantes, en especial el número de caballería. Y para conclusión de lo que pretendo persuadir del estado de aquella guerra, remataré este primer libro con una razón que a mi parecer lo declara más. Si en tiempo del gobernador Loyola, no teniendo los enemigos las ventajas que ahora tienen a los nuestros en cosas tan esenciales a su guerra, como diré adelante, con tan inferiores fuerzas y comodidades, por solo haber muerto cuarenta hombres dormidos, se ensoberbecieron tanto que tuvieron osadía para destruir cinco ciudades las mejores de aquel reino, ahora que se hallan tan poderosos y soberbios, por haber alcanzado dos tan grandes victorias, habiendo degollado docientos y quince españoles despiertos, pues fueron tantos los de las dos rotas di-



chas, y con las armas en las manos ¿qué ánimo, osadía y facilidad no tendrán para ganar y destruir pueblos tan flacos y sin defensa, cuales tengo significado? Y esto bastará para que se acabe de conocer la necesidad en que dejé aquel reino de ser socorrido.

FIN DEL LIBRO PRIMERO



LIBRO SEGUNDO

DEL DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA

DEL REINO DE CHILE,

DEL MAESTRE DE CAMPO ALONSO GONZALEZ DE NAJERA,

QUE CONTIENE CUATRO PUNTOS DONDE SE MUESTRAN LAS MAS CONOCIDAS VENTAJAS QUE TIENEN LOS INDIOS A LOS NUESTROS EN AQUELLA GUERRA

PUNTO PRIMERO

LA GUERRA QUE HACEN LOS INDIOS A NUESTROS ESPAÑOLES CON LA GRAN FORTALEZA DE SU TIERRA

Para declarar la guerra que nos hacen los indios de Chile con la fortaleza de su tierra, tomaré principio del origen que tuvieron sus rebeliones, por ser todo una materia. Y así digo, que la primera vez que se rebelaron en tiempo que don Pedro de Valdivia los tenía de paz, no es de creer que llegaron a ponerlo por obra, si no fuera confiando en cosa tal que les prometiera seguro suceso a su designio y pretensión; porque de otra manera cierto es que, aunque bárbaros, consideraran el manifiesto peligro a que se ponían no saliendo con su intento de librarse de ajena sujeción. Para lo cual no debió de ser bastante causa a mi parecer, el haberse desengañado de que los enemigos que los oprimían, eran hombres mortales como ellos, y no Dioses, según refiere don Alonso de Ercilla, que fueron tenidos en el principio por tales, donde dice:

«Por Dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros, pero olieron
Que de mujer y de hombre eran nacidos
Y todas sus flaquezas entendieron.»

Porque aunque se hubiesen ya certificado que los españoles no eran Dioses, y aún quiero conceder que tuviesen creído que no fuesen mas hombres que ellos, con todo esto no podían dejar de temer la manifiesta y clara ventaja que los nuestros les tenían en armas y caballos, bastante causa para reprimirles el intento de rebelarse, puesto que tenían los indios en aquel tiempo tan poco valor, que al estampido de sólo un arcabuz se postraban sus escuadrones por el suelo, y tan poco ánimo que cuando iban a probar la mano en cosa nuestra, topando en el camino fresca huella, aunque no fuera más que de sólo un caballo, sucedía deshacerse y volverse atrás sus numerosas juntas. Tanto era el miedo que tenían entonces a nuestros caballos. Y no quiero decir que era en las primeras vistas que tuvieron con los españoles, cuando entendían que caballo y caballero eran un sólo cuerpo, sino después de desengañados en el discurso de su guerra. Así que, no pudiéndose negar esto, claro está que la esperanza que les había de quedar para rebelarse, había de ser fundada en cosa que pudiese estar a la prueba, y contrastar con tales contrarios. De donde se colige no haber sido la causa de su rebelión la codicia de los españoles, como algunos se han persuadido, lo cual nos da también a entender el ejemplo de otros muchos indios de provincias y tierras llanas, que nunca se han rebelado aunque están sujetos a españoles. Ni podemos atribuir la rebelión de los de Chile al conocimiento que tenían de que eran diestros y pláticos soldados; porque no era aún sazón de poderlo ser en aquel tiempo para presumir competir en ello con los españoles; pues de su disciplina han venido a serlo tanto después acá. Por manera que no habiendo cosa en qué poder fiar por sus personas negocio tan peligroso, como era el rebelarse y tomar las armas contra enemigos tan superiores para estar ciertos que podrían salir con su intento, cierto es que ninguna cosa les quedaba que les pudiese alentar a resolverse a ponerlo por obra, sino solamente el seguro refugio y amparo que les ofrecía la gran fortaleza de su tierra, por ser poblada no sólo de innumerables montes, sierras, valles y otras quebradas fragosísimas, pero de muchos y muy grandes ríos, ciénagas o pantanos tales, que cada cosa destas por sí sola se defiende, y es menester irla ganando (como dicen) palmo a palmo, cuando no tuviera gente que se opusiera a defenderla. Y como tienen esta calidad las tales tierras, que en sus dificultosos pasos vale un hombre de los que los defienden por ciento de los que se los van a ganar; de aquí les nació (a mi parecer) a estos indios el atreverse a defender junto con su deseada libertad, tierra que con su disposición tanto les convidaba y animaba a su defensa.

Demás desto, como no hay señorío de extranjera nación que no sea odioso a los naturales, no les había de faltar voluntad a los de Chile para echar de sí el yugo de la sujeción que tanto les molestaba; pero nunca se atrevieran a poner en ejecución esta voluntad, si no les ayudara la gran fortaleza de su tierra, porque los sujetos no ponen por obra el deseo que tienen de librarse de ajeno señorío en tanto que carecen de aparejo y comodidad para ejecutarlo, como lo vemos en los que sin ser bárbaros, a fuerza de presidios y castillos permanecen en obediencia, las cuales guarniciones y fortalezas, si se las quitasen, bien se deja en-

tender lo que harían, y así de ninguna nación sujeta, mayormente conquistada, se puede tener tanta seguridad de su fidelidad, que no sea más acertado el tenerla de las fuerzas que los aseguran. Así que teniendo los indios, como conquistados, deseo de procurar su libertad, vinieron a rebelarse, por haber tenido el aparejo para ello tal y tan bueno, como tengo significado, mayormente que no poseyendo otro mejor ni peor, cierto está que en él pusieron toda su esperanza para levantarse y dar principio a su defensa.

Pues ya he referido cual fué la causa que animó a los indios de Chile a poner por obra su primera rebelión, digo ahora que de todas aquellas cosas en que tienen ventaja a los nuestros en su guerra, aquella con que más nos la hacen, es la misma fortaleza de su tierra, y aún la principal en que todavía fundan y confían que les ha de servir para cuantas rebeliones quisieren hacer de aquí a la fin del mundo, especialmente después que tantas experiencias tienen hechas della, puesto que todas las veces que se han levantado y se levantan cada día, es teniendo confianza en la segurísima guarida de sus montes y riscos. Por lo cual, demás de ser infieles y bárbaros y por consiguiente sin palabra ni honra, son tan variables que viendo que tienen tan a mano donde ponerse en salvo, y hablar (como dicen) de talanquera, no aguardan a que los obliguen grandes ocasiones, porque de balde se vuelven cada día a su natural casa, que para ellos es el paraíso terrenal, y más fuerte que los más fuertes castillos de Europa, porque no se puede batir ni minar, pues mal se pueden batir montes ni minar ciénagas, ni se pueden sitiar ni tomar por hambre, porque es tanta la abundancia de comidas y tan buenas, que producen sus fértiles valles, montes y quebradas, que no tienen necesidad de esperar a ser basteceida de otras partes por via de acarreto. Y es tanta esta abundancia que tienen los indios, que cuando marchaba nuestro campo, aún por sólo aquello que podía andar de sus tierras, se sustentaba de sus comidas hasta muy pocos años ha, que por hacernos más guerra con quitarnos comodidad tan importante como era el sustentarse a su costa nuestro campo, han ido retirando sus sementeras y ganados a lo más seguro y interior de la aspereza de sus montes, donde hay mil dificultades para podérselas quitar, y sustentarse los nuestros dellas, según lo declaro más por extenso en el *Desengaño cuarto*. Pues decir que se les pueda dar escalada a sus montes y innumerables cerros, hallando en ellos entrada, ¿quién atinará tanto número de senderos, veredas, vados, quebradas y barrancos, como en aquella tierra hay? Y cuando hubiera guías para todo, y nuestros españoles entrasen en lo más íntimo de sus tierras, ¿quién obligará a los enemigos a que los esperen juntos en ellas, ni qué ciudades han de defender o desamparar, donde haciéndose los nuestros ricos con algún saco, ellos quedan necesitados y destruídos por él, para quedar constreñidos a dar paz, puesto que los bienes que poseen y se hallan en sus humildes y distantes chozas, son unos trastos tan inútiles, que el mendigante más pobre que topara con ellos no los levantara del suelo, y el soldado que tiene más ventura en dar con alguno de sus preciados tesoros que tienen enterrados, viene a ser todo lo que haila algún poco de trigo, maíz o cebada,

que guardan como en silos para el sustento de su año? Fuera de que es tan grande la seguridad que tienen los indios, hallándose en la aspereza de su tierra, que suele ir marchando nuestro campo por ella, y ellos también acompañándolo a su vista por las altas cumbres de sus inespugnables montes, tan seguros de nuestra gente y mosquetes, como si estuvieran en las nubes; y aún muchas veces marcha nuestro campo por tales partes, que va mas sujeto a recibir daño dellos, que ellos a peligros dél; porque pasando por los forzosos caminos que van arrimados a las laderas y faldas de los encumbrados montes, dejan caer los enemigos grandes piedras y gruesos troncos de arboles, que vienen rodando a donde matan y quiebran piernas a soldados y caballos, sobre los cuales montes van haciendo sus humadas como atalayas, para que por tal señal se sepa por toda la tierra la punta que hace nuestro campo, y camino que lleva, y se ponga en cobro cuanto puede alcanzar a correr nuestra caballería.

Es tan grande esta ventaja que digo nos tienen los indios en aquella guerra, que aunque me quedan por referir otras muchas, no hay ninguna que llegue a lo grande y contraria que es esta de la fortaleza de su tierra. Y siendo esto tan notoria verdad, como en efecto lo es, excusados fueran los demás puntos que con éste escribo; pues por él solo basta a probarse sin más comprobaciones, que no sólo tienen aquellos indios abierta esta puerta y las llaves deste castillo tan en su mano para su refugio, pero que se debe tener por cierto y averiguado, que eternamente no habrá por ello fija ni segura paz en Chile. Porque así como ha sido la causa esta inexpugnable fortaleza de haber durado tantos años aquella guerra, así lo será de que dure todo el tiempo que quisiese Su Magestad continuar el mucho gasto que en ella sustenta, con el intento de pretender fija paz de indios tan variables y superiores en tan señaladas ventajas, como son las que declaro; y así yo tengo por sin duda, que será tan imposible el dejar los indios de hacer lo que hasta agora han hecho, en tanto que los hubiera en aquel reino, cuanto lo será el poderles talar sus inmensos bosques, aplanar la muchedumbre de sus encumbrados montes, secar sus pantanosas ciénagas y agotar caudalosos rios para facilitar su conquista.

Y para probar más mi opinión digo, que si pretende Su Magestad poner de paz los indios de Chile por vía de fuerza y guerra, es tiempo perdido, supuesta la fortaleza de su tierra, por lo cual no ha de servir sino de perder gente y gastar su real hacienda, sin ganar sus vasallos alguna reputación, pues procurar su paz por vía de partidos, dádivas y ofrecimientos, no nos prometen los obstinados ánimos de aquellos bárbaros ningún fruto bueno; porque antes los ensoberbecerá el ver que se procura su amistad por tales medios, y entenderán que el hallarnos necesitados y flacos de fuerza nos obliga a tratar dello, al cual punto desean ya haber llegado nuestro partido, para esforzar y impelir más el suyo contra nosotros con nueva osadía; porque como por pura incredulidad ignoran el mucho número de gente que hay en España para poder ir a hacerles guerra, por no admitir razón que baste a persuadírselo, páreceles que cualquier socorro que va a Chile es el fin y remate de toda la

gente española que se puede enviar a aquel reino, y por ello ya no podra enviarse otro socorro, por habernos ellos ido consumiendo y acabando. Y por la misma incredulidad no es posible persuadírsele la gran potencia de Su Magestad, acerca de lo cual diré un gracioso aunque bárbaro dicho de un cacique, al cual estando procurando un soldado hacerle capaz della con mil argumentos y razones, finalmente le preguntó: *Para que yo vea que tan poderoso es ese vuestro rey, decidme que tantas mujeres tiene.* Y respondiéndole el español que una, comenzó a reirse de todo cuanto la había dicho, diciendo: *¿Qué grandeza puede ser la de vuestro rey, pues no tiene mas de una mujer?* Pareciéndole que había de consistir la potencia real en el tener a proporción della el número de mujeres, que acostumbran a tener los indios conforme a su posibilidad.

Y volviendo a la ventaja que los indios nos tienen con la fortaleza de montes, para que mejor se entienda la guerra que en ellos nos hacen, diré sólo un ejemplo con que excusaré de decir otros modos semejantes que usan, de sus cautelosas emboscadas. Es, pues, que plantan la frutilla (que tengo referida en la relación segunda) en algunas laderas y partes eminentes, que de lejos se manifiesten y descubran arrimadas por un lado a lo espeso de sus montes, en las cuales se emboscan en los tiempos que marcha nuestro campo o otra gente nuestra; porque saben por experiencia que los inobedientes y poco advertidos soldados, que nunca faltan, mayormente entre los de nuestra caballería, tienen por costumbre el desmandarse a los tales frutilleros, Y como los soldados sin algún recato no solo se apean y derraman por ellos, pero dejan sus lanzas hincadas junto a los caballos, y los arcabuces en las fundas de las sillas, y quitada cada uno la celada, sin recelar la que los indios les tienen hecha, las van hinchendo de la frutilla, cuando los cautos enemigos que los están acechando, los ven bien ocupados y divertidos en la vendimia de lo que para tal cebo les plantaron, salen de improvtso a ellos con sus amoladas picas, y les quitan las vidas como a gente que quiso más ponerse a peligro de ser escarmiento a otros más recatados, que tomarlo ellos en los muchos que cada día degüellan con tales cebos. Para gozar de tan gustosos lances, y de otros que no cuento por no cansar, estiman sobremanera los indios sus tan propicios montes por hallarlos tan cómodos, para nuestra ofensa, cuanto aparejados para su defensa; y como les deben toda su conservación, no dudo que si fuéran gentiles, así como no guardan religión alguna, ya les hubieran atribuído alguna deidad, dedicándoles templos o otros simulacros que tuvieran en veneración; pues no tienen mas libertad o vida de la que ellos les dan, como sus tan fieles y firmes defensores, ni de otra causa nace la perpetuidad de su defensa, y la resistencia que hacen a nuestros españoles. Lo cual se persuade eficazmente ser verdad fuera de las razones dichas, por el ejemplo de otros indios que habitan tierras llanas, como son las de Cuyo, Tucumán, Iuries y Paraguay, y otras provincias a ellas conjuntas, los cuales con ser muchos más en número que los de Chile, más corpulentos, no menos armados y diestros en sus armas de flechas y bolas, y con estar sujetos también a españoles, a quien los de Chile rehusan tanto el sujetarse, por los cuales no son pocos trabajados ni muy exceptos de agravios, con

todo esto, encogen los hombros y sirven con humildad y obediencia no solamente sin rebelarse, pero sin haber dado jamás indicio dello, no porque no holgaran (como se puede muy bien presumir de gente sujeta) de romper el yugo y echar de sí la carga de la sujeción que tanto los lastima, pero la llanura de sus campos los obliga a sustentar esta paz y sosiego; y así por haberles sido tan poco favorable su tierra, de quien se podrán quejar como de madre impía que no les quiso dar donde esconderse, habrán de pasar con paciencia su pobre vida, hasta que los esconda en la sepultura. Así que la domestiquez o ferocidad de cualesquiera indios solamente consiste en la disposición de las tierras que habitan, fragosas o llanas; y por consiguiente si las provincias de Chile fueran llanas, por belicosos que fueran sus defensores, mil Chiles hubieran allanado a Su Magestad sus leales vasallos, a quien tanta sangre y vidas cuesta un sólo Chile, por lo que su fortaleza favorece a sus naturales, los cuales son en aquella guerra, por causa de sus montes, como el mar de Flándes, que cuanta tierra le van ganando los industriosos flamencos muchos años a poder de diques, argines o reparos con increíble costa o trabajo, la torna él a cobrar con mil daños en un día que sale de madre.

Bien sabida cosa es también, cuántas naciones en el mundo se sustentan exentas de ajeno señorío, solamente por la particular fortaleza de las tierras que habitan, como vemos que hacen los esguízaros, por lo cual se atribuyen el arrogante título de domadores de príncipes. Y ejemplos tenemos en nuestra España sin traerlos de fuera della, de lo mucho que pueden las tierras montuosas, pues cuando se perdió en tiempo del rey don Rodrigo, aunque los moros sujetaron della todo lo que hallaron llano, jamás pudieron triunfar de lo áspero y montuoso, y la gente que se retiró a las montañas fué también poderosa después, para restaurar todo lo perdido. Y en nuestro tiempo habemos visto el cuidado en que la pusieron los moriscos en la guerra de Granada, solamente por la fortaleza de la Sierra Nevada y Alpujarras.

Y porque me parece que bastan las razones y ejemplos dados para probar la guerra que hacen a los españoles los indios de Chile con la fortaleza de su tierra, daré fin a este punto con un argumento que en suma persuada, que jamás se verá seguramente pacífico aquel reino, en tanto que lo habitaren indios, los cuales dicen para prueba de su intento, que solo una vieja que quede dellos, nos ha de dar guerra. Digo, pues, que así como no se puede tener por segura ni del todo ganada alguna ciudad de que se haya tomado posesión por concierto o fuerza de armas, si teniendo castillo o ciudadela, se deja en poder de los mismos naturales, así de la misma manera no podrán jamás Su Magestad y sus vasallos gozar con seguridad el reino de Chile, en tanto que los indios fueren señores de sus fragosas tierras, que, como dije, son más fuertes que los más fuertes castillos y ciudades del mundo. Lo que he significado de la disposición de la tierra de Chile en cuanto a lo que es áspera y montuosa, podrá servir también fuera de lo que es mi propósito, para que entiendan a lo que llega su inmensa fragosidad algunas personas de consideración, que sin haber estado en Chile, y aún podría ser sin haber oído otro són de campanas que el de su tierra, presumen tanto entender desde

España la guerra de aquel reino, que dan trazas y pareceres para vencer sus dificultades, tan fáciles, breves y resolutas, cuanto fuera de todo camino, en lo cual parece que ofenden, a los que no han sabido usar de tales medios, mostrando haber dado ellos sólos en el blanco y punto de lo que hasta entonces no han advertido cuantos grandes soldados se han desvelado procurando con las armas en las manos acabar a Su Magestad aquella conquista.

Al cual propósito no quiero dejar de referir dos graciosos pareceres que dió en escrito en el Real Consejo de Indias cierta persona de autoridad, que acababa de llegar de Chile a España. El primero fué que sin ninguna duda se acabaría aquella conquista, si los nuestros diesen en pegar fuevo a los montes, pues habiéndolos quemado, no ternán los enemigos donde esconderse, y quedando descubiertos los podrían matar a todos sin que quedase ninguno a vida.

El otro arbitrio era que supuesto que aquel reino es angosto y prolongado, que si se partiese nuestra gente en dos haces y con la una les tomasen las espaldas a los indios, y con la otra la delantera, de modo que los cogiesen en medio, que vendrían a apretarlos de suerte que hiciesen en ellos una cruda matanza, y que los que de aquel aprieto escapasen por los lados, no hallando segura acogida atrás ni adelante, de fuerza habían de ir a ahogarse en el mar del Sur, o salir a la Cordillera Nevada, donde por ser tierra fría y estéril, necesariamente habían de morir de frío y hambre.



PUNTO SEGUNDO

LAS MAÑOSAS ASTUCIAS, ESTRATAGEMAS Y SAGACIDAD CON QUE HACEN LA GUERRA LOS INDIOS A LOS NUESTROS

CAPÍTULO I

Milicia de los indios de Chile, y causas porque han llegado á ser tan soldados

Si sabemos que es el tiempo el que por largo hábito y uso hace a los hombres maestros de las cosas que emprenden, y que las que con mas facilidad les enseña, son aquellas a que más inclinacion tienen y con mayor afición se aplican, no será dificultoso de creer, que en los tiempos presentes hayan llegado los indios de Chile a estar tan diestros y pláticos en el ejercicio militar, como en efecto lo están, supuesto que tienen no menos que sesenta años de su tan apetecida disciplina, que son los que ha que sustentan guerra no con otra bárbara nación como la suya, sino contra la española que tantas ha sujetado. Y como tuvo orígen el atreverse aquellos indios a defender su tierra en el gran amparo que les ofrecía la fortaleza della, según lo mostré en el precedente punto, ha venido a nacerles de la perpetuidad de tal refugio la duración y perseverancia que queda dicha han tenido y tienen en su defensa, hasta venir a tener por deleite y vicio el ejercicio de la guerra. Todo lo cual, finalmente, ha bastado para habérseles convertido en naturaleza tal profesión, cuando no los inclinara a ella particular influencia de planeta, como entiendo que los dispone; y como por conocerlos tan dados al bélico ejercicio, lo dió a entender don Alonso de Ercilla, donde dice:

«Venus y Amor aquí no alcanzan parte:
Sólo domina el iracundo Marte.»

Por manera que a soldados de tan larga prática y experiencia ¿qué les faltara para poder ser puestos en el número de los muy aprobados, aún fuera de los de su género? pues nos muestra la misma experiencia el esfuerzo con que se defienden del valor y disciplina de los españoles. Y así no hay que maravillarnos de sus blasones y arrogancia, con que

suelen decir muchas veces que ya los españoles saben casi tanto como ellos. Y a la verdad no es poco lo que saben, pues han llegado a saber también lo que han habido menester para su conservación, sustentándose cada día con más valor en su intento, como lo muestran bien en la sagacidad y estratagemas con que nos hacen la guerra, andándose tras nuestros descuidos, recatándose de nuestros cuidados y poniéndose tan en cobro, que aún hasta sus habitaciones han retirado a lo mas fragoso de sus montes. Por lo cual cuando hace entrada pública nuestro campo por sus tierras, por maravilla halla cosa en que hacerles daño, de tal manera que el gobernador Alonso de Ribera, habiéndose desembarcado en las fronteras de guerra cuando llegó a gobernar aquel reino, corrió gran parte de las tierras de los enemigos con setecientos hombres, y no solamente no halló cosa en qué probar la mano con ellos, pero ni aún pudo ver un indio en todo cuanto anduvo, de que quedó no poco maravillado. El cual gobernador hizo después en aquella guerra más fruto (aunque en tiempo tan infructuoso) de lo que prometía tan mal dispuesta tierra, porque habiendo sido la duración de su gobierno en coyuntura que los enemigos andaban por una parte soberbios y arrogantes con las victorias alcanzadas por la muerte del gobernador Martín García de Loyola, y ciudades que asolaron, y por otra advertidos y recelosos como tan experimentados, son muy de estimarse las victorias que dellos alcanzó, y los muchos que puso de paz con su acostumbrado trabajo, industria y mucha suficiencia no llegada, por siniestras informaciones, a noticia de quien la podía agradecer, pero bien conocida de Chile cuando la perdió.

Y volviendo a los indios digo, que como recatados huyen los peligros, y en casos repentinos pelean como desesperados, y que solicitan, finalmente, con mil mañas tales ocasiones para matar españoles, que ellos no puedan ser ofendidos; y como gozan de tantas comodidades y ventaja cuantas son las que voy declarando, raras veces pierden lance en que nos puedan ofender sin propia pérdida, que no gocen de la coyuntura, con lo cual van nuevamente perpetuando su estado, puesto que en materia dél, no menos que en la de guerra, saben muy bien elegir lo que conviene a su conservación, la cual procuran en todas sus empresas y efectos, pues si son buscados de nuestra parte con fuerza de gente, parece que la tierra está despoblada dellos, desapareciendo a un tiempo como cuerpos fantásticos; y si por necia confianza acaece estar pueblo, fuerte o escolta, o otra alguna cosa nuestra a mal recaudo, luego suceden sobre ella casi inmediatamente, pareciendo la campaña llena dellos, como si los hubiera brotado la tierra, porque sobre todas nuestras cosas tienen siempre disimuladas espías y secretas centinelas de a pié y de a caballo. Cuando han determinado enbestir con cualquiera de nuestras plazas o otra cosa, en que se pongan a algún riesgo por noticia que hayan tenido de descuido o insuficiente guardia y defensa, lo hacen con increíble presteza, porque estudian en aprovecharse della solo a fin de no dar tiempo a los nuestros para que puedan tomar las armas, particularmente las de fuego, como gente que no tiene para ellas alguna defensa. En estas acometidas eligen el tiempo y lugar más conveniente a su seguridad, y a la del suceso de su intento. No esperan ni acometen cuerpo de gente

nuestra en campaña, sino es en sitio muy aventajado y que tengan segura la retirada, o por mejor decir la huida, teniendo guardadas las espaldas con espeso monte, o derrumbadero de escabrosas quebradas, recelando siempre el siniestro suceso; porque tienen conocido de la confusa orden de sus huídas que jamás acostumbran a rehacerse, aunque haya lugar y ocasiones donde poderlo hacer. Las veces que los aguardan en los aventajados puestos donde se presentan, tienen con su copioso número de caballería, guardada a un lado, la infantería de que hacen escuadrón formando en él hileras a imitación de los nuestros, aunque no con la cuenta y razón que nosotros. Finalmente, cuando más se animan a acometernos, es en sazón que sucede caer algún aguacero, conjecturando que las armas de fuego por estar mojadas, no serán de efecto. Y porque será bien declarar las que ellos usan, diré aquí en particular las que traen sus infantes, pues en el punto que trato de su caballería, digo las armas que ella usa.

CAPÍTULO II

Los géneros de armas de que usa la infantería de los indios

Las armas de que usa la infantería de los indios, solamente son picas, flechas y macanas; y cada uno se arma de las que más apetece o se conoce más diestro para su manejo. Las picas son muy derechas y bien sacadas, aunque de madera no tan densa, fuerte y correosa como las nuestras de fresno, por lo cual son mas livianas y largas, pues son tan cumplidas, que casi todas llegan a treinta palmos, y algunas pasan de treinta y tres. Traen en ellas por hierros, pedazos de espadas españolas con amoladas punta, y muchas hojas enteras, muy limpias y resplandecientes con que aumentan su longura. De la manera que los indios, así de paz como de guerra, acaudalan estas espadas de los nuestros se verá adelante en el *Desengaño tercero.*

Los arcos que usan, son mucho más cortos y reforzados que los que traen los indios de las provincias de Cuyo, Tucumán, Paraguay, el Brasil y otras partes; porque no llegan a cinco palmos, cuyas cuerdas son de niervos, que aunque duras y fuertes, son sujetas, cuando se mojan, a aflojarse, y perder por ello la fuerza los tiros. Las flechas son de dos palmos y medio, de unas cañas que llaman *trabas* o *coleos*, de que abundan sus montes, lustrosas como las nuestras, y fortísimas por ser macizas. Píntanlas de varios colores que les dan, de lacre; las puntas son de diferentes materias y figuras, porque las más comunes son unos husillos de hueso de hasta un jeme de largo, redondos, lisos y agudos como punzones, y algunos con arponados dientes difíciles de sacar de las heridas. Otras traen de las mismas cañas, cuyos arpones o lengüetas dejan de industria delicados y frágiles, porque rompiéndose, se quedan en las heridas a causa de ser enconosas, y finalmente, todas las puntas engastadas de manera en sus hastas, que con facilidad se despiden y quedan donde entran, como los casquillos de acero que usan los turcos en sus

saetas. Destas flechas traen bien proveídos sus carcajes, aunque unos indios que llaman puelches, que habitan en las faldas de la Cordillera, las traen hincadas en el tocado que usan a modo de turbante, hecho de madejas de lana de varios colores. No usan los indios de Chile en común de yerba en sus flechas, salvo los puelches que he dicho, pero son poco nocivas por lo que toca a la yerba.

Las referidas armas ofensivas son las que en común usan casi todos los infantes, respeto del cual número son raros los que traen las macanas, la cual arma es una asta de madera densa y pesada, de largueza de quince palmos, poco más o menos, y tan gruesa como la muñeca, con una vuelta al cabo de hasta palmo y medio, que va ensanchando hasta el remate cuanto un palmo, y gruesa como dos dedos, modo de tabla, en cuya vuelta forma un codillo que es la parte con que de canto hace el golpe y hiere, y así se valen della los indios en las trabadas peleas, y particularmente donde se defiende mucho algún enemigo, porque en tales tiempos llega el macanero, y con un golpe que le alcanza, concluye con él y lo echa a una parte por armado que esté; porque siendo esta arma como es, de dos manos, levantada en alto y dejada caer con poca fuerza que sea, ayudado su peso, como queda atrás la vuelta que dije, y va el codillo adelante, corta el aire y asienta tan pesado golpe donde alcanza, que no hay celada que no abolle, ni hombre que no aturda y derribe; y aún es tan poderosa esta arma que se ha visto algunas veces hacer arrodillar a un caballo, y aún tenderlo en el suelo de un solo golpe; y para mas declaración es su forma esta.[1]

De armas defensivas no usan todos los infantes, así como de las ofensivas; porque cuando mucho las traerán la quinta parte de los que se congregan en una junta. Las que traen son coseletes, capacetes y adargas, todo de cuero de buey, duro y crudío. Algunos de los coseletes son cortos como cueras, y otros mas largos y cumplidos. Por maravilla trae todas estas armas un soldado solo, porque unos traen más, y otros menos de sus diferencias; pero de las que más usan son las adargas. Algunos, aunque raros, traen coletos de ante y cotas, y otros (aunque son muchos menos) petos y espaldares de hierro, y celadas de cresta antiguas, y aún se ven algunos armados, aunque raros, de coseletes de barba de ballena, que resisten las flechas, formados de tablas de anchura de una mano, cosidas unas con otras, de manera que vienen a ceñir el cuerpo y hacer forma de coraza, aunque no muy ajustada.

Estas son las armas ofensivas y defensivas de que usa la infantería enemiga y amiga en Chile, de las cuales, especialmente de las ofensivas, son ellos mismos los artífices, proveyéndolos abundantemente de la materia para ellas sus amados montes, donde las perficionan y acaban sin necesidad de esperar a que los provean dellas de otras tierras como los nuestros. Y es cosa muy de notar, que con ser los indios gente tan viciosa y haragana, como tengo significado en la Relación Tercera, y no tener ejercicio ni ocupación que sea de algún primor, lo tienen maravilloso en saber labrar sus armas, por lo cual se puede bien decir, que a las

1 Pónese en el original.

que saben mueran. En el perficionarlas tienen grande flema, raspándolas con conchas marinas que les sirven de cepillos, trayendo dentro de la asta una sortija que muestra lo supérfluo que le han de quitar. Hacen sus arcos de maravillosa forma, y en sus flechas muy vistosos labores; y précianse tanto del arreo de sus armas que profesan, que no solamente no dan paso sin ellas, pero aún bailando en sus borracheras de noche y de día, no dejan jamás la lanza de la mano. Tráenlas de contínuo tan bien tratadas, limpias y resplandecientes, que hacen en ello no sólo ventaja pero hasta vergüenza a muchos de nuestros españoles.

Volviendo a tratar de las astucias, modos y trazas de los indios, con el gobierno y ventajas que tienen a los nuestros en su malicia, digo que saben en todo tiempo sin error a donde los han de hallar para ofenderlos, estando ellos al contrario bien seguros de ser hallados; porque los nuestros tienen sus habitaciones, pueblos, estancias o alquerías manifiestas, patentes y estables, y ellos las suyas inciertas, mudables y ocultas, habiéndolos el largo escarmiento hecho tan astutos que han sabido en todo reducir su milicia para su negocio y menester, al mas acertado punto que podía prometerles su mucha experiencia. Y dije largo escarmiento, porque en otros tiempos tenían los nuestros victorias destos enemigos, por lo mucho que ellos mismos las ocasionaban, confiando en sus grandes y desordenadas juntas, y persuadidos que en cada batalla habían de acabar de todo punto con los españoles, libertando su patria del odioso señorío de forastera nación, lo cual no era mas que un ir a morir bestialmente; porque solo se fundaban en que eran superiores en número de gente, sin discernir la ventaja que la poca nuestra les tenía, no solo en la diferencia de armas, pero en la caballería, por carecer entonces los indios totalmente della; y así eran muchas veces por la nuestra desbaratados y muertos en alcance. Las cuales victorias alcanzaban los nuestros en diversas batallas a que los convidaban los mismos indios; pero al presente están bien seguros y libres de perder alguna, porque han llegado a ser tan soldados, que aún con hallarse señores de la campaña, a causa de ser inferiores en número de caballería, no pelean con los nuestros donde esté dudosa su ganancia, como ya dije, sino cuando ven de su parte muy clara y conocida la ventaja. De donde ha nacido lo mucho que habemos venido a perder de lo ya ganado en aquel reino, y lo mucho que se ha atrasado aquella guerra con haber aumentado en ella Su Magestad tanto nuestras fuerzas con tantos y tan copiosos socorros de gente, municiones y situado, cuanto jamás se han visto en ella, y, por el contrario, habiéndose disminuido el número de los enemigos de más de dos millones que en el principio de aquella guerra había, de tal suerte, que en los tiempos presentes tasadamente habrán quedado en todo el Reino de Chile entre amigos y enemigos, treinta mil indios que pueden tomar armas, de los cuales serán con poco error los veinte mil de guerra; y así es de notar con cuanta más industria saben estos pocos que han quedado defender su tierra del mayor número de españoles que jamás la pisaron: ejemplo notable de cuanta importancia es en la guerra la buena orden y gobierno. Y para significar el que estos bárbaros tienen en su milicia, digo que obedecen poco a sus ca-

ciques, y mucho a sus capitanes que los gobiernan y mandan en la guerra.

Los títulos que tienen sus ministros en ella son Toqui, Pilquitoquí y Nitoquí, los cuales tienen sus insignias diferenciadas, que son unos bastones con una piedra enjerida en cada uno. Estos son diferentes en color y grandeza, tan grandes y menores que una mano, que con sus bastones hacen una forma de hacha.

Los mas famosos capitanes, a los cuales ha durado más tiempo el mando y el respeto que les han tenido los indios, han sido aquellos que antes fueron nuestros prisioneros o que sirvieron a nuestros españoles, como han sido Anganamón, Pelantaro, Nabalburi y Longotegua, que eran todo su gobierno en mi tiempo.

CAPÍTULO III

De la manera que se convocan los indios para hacer sus juntas contra los nuestros

Fáltame por decir de la manera que los indios se convocan y congregan en sus juntas contra los nuestros. Digo, pues, para que se vea la sagacidad que en ello tienen, que cuando no se juntan, dan a entender con falsas muestras que lo hacen, y cuando lo ponen en efecto es con grande disimulación. Resuelven sus empresas con maduro consejo, las cuales ejecutan ordinariamente en los llenos de la luna, sirviéndose de tal señal, como tan general y manifiesta para determinar el plazo en sus llamamientos, y venir a congregarse en el sitio diputado. Hacen sus jornadas de várias y apartadas provincias con extremada cuenta y puntualidad, conforme al aviso que por sólo un mensajero se les da de parte de cualquier ordinario cacique, que toma a cargo el hacer junta contra nosotros. Lleva el mensajero una cuerda a que llaman *yipo*, de tantos nudos cuantos días han de tardar los indios en venir a juntarse en el puesto que se les declara; para lo cual van deshaciendo cada día un nudo, contando los que faltan para conforme ellos medir el tiempo de sus jornadas y ajustar el en que han de llegar al lugar señalado. Pasa de cacique en cacique por todas las provincias, como si volara la anunciadora insignia de guerra que lleva el mensajero, que es una ensangrentada saeta, y para tocar el arma mas viva, la suele acompañar cabeza de español, si acaso les ha caído alguno en las manos. La cual no solo infunde en los indios de guerra animoso deseo de venir a las armas con los nuestros, pero aún a los mas confirmados indios de paz de nuestras fronteras los incita, mueve y obliga a declarada rebelión, por muy amigos que nos hayan parecido, a los cuales en el acudir al natural odio que nos tienen, cualquiera cabeza de los nuestros les es lo que el ratón que cuenta la fábula de la Gata transformada en Ninfa. Finalmente digo, que sin aparato ni estruendo de elección de capitanes (porque siempre los tienen diputados para tales tiempos) ni arbolar de banderas, ni rumor de atambores, trompetas,

bandos ni ordenanzas, por sólo esta sorda señal dejan sus casas y tierras con maravillosa prontitud, sin mandato que les haya sido intimado de parte de rey o de otro príncipe a quien estén sujetos; porque no reconocen vasallaje a ninguno, y sin moverlos cebo de algún interes de sueldo, porque la ganosa voluntad que tienen siempre dispuesta para tomar las armas contra los españoles, es para ellos más que expreso mandato de natural señor, y el mayor interés del mundo, al cual no llega ningún crecido estipendio.

Juntos, pues, por tal manera, de la diversidad de valles de aquel reino, los distantes y derramados soldados y capitanes, en un sitio llano y anchuroso, forman entre todos una espesa y confusa rueda, y en medio della dejan una desembarazada y no grande plaza, a la cual vueltos todos los rostros, es cosa para ver el gran número de sus espesas y largas picas y resplandecientes hierros, que hacen la misma figura circular, porque cada uno tiene su pica arbolada en las manos. Y estando de tal manera con gran atención y silencio, sale en medio de la plaza y rueda el cacique promovedor de la junta con una saeta ensangrentada en la mano, y vuelta la punta siempre a la parte de la provincia o tierra de los nuestros, donde han de ir a acometer el determinado hecho, y haciendo movimientos con los brazos y flechas, comienza en voz que todos lo entiendan a hacer su razonamiento, rematándolo de rato en rato con cierto tono y razón interrogante, con que obliga a que toda aquella multitud le responda a un tiempo una breve respuesta, que es como decir, bien está. Acabada el tal cacique su plática, entra luego otro en su lugar, que hace lo mismo, y sucesivamente todos los demás caciques y capitanes por su antigüedad. Y al remate del razonamiento de cada uno, es cosa muy de oir y notar el rumor y estruendo que toda aquella turba junta hace, puesto que sin pronunciar palabra, hace cada uno con la boca un rumor semejante al susurro que hacen las abejas, aunque más levantado; y en el mismo tiempo, con tan confuso ruido, asida cada uno la pica a dos manos, teniéndola arbolada y cargando el cuerpo sobre ella, hieren todos juntos con los talones en el suelo, de suerte que parece que tiembla la tierra: efecto notable de su muchedumbre.

Los razonamientos que hacen los caciques y capitanes en la manera dicha, son decir oprobios y ignominias contra los nuestros, refiriendo de uno en uno todos los males de que les somos causadores en su tierra, con que encienden y provocan todos sus soldados en ira y rabioso deseo de venganza contra los nuestros.

Lo mismo que he referido hacen también nuestros indios amigos, cuando se juntan para ir con nuestra gente a hacer en las tierras de los enemigos alguna entrada, provocándose con otras contrarias razones, para ir con osadía a acometer a los indios de guerra. Al cual rumor que he dicho hacen con la boca y talones, es ordinario el decir nuestros españoles: «Ya echan fuera el miedo los amigos.»

Habiendo acabado los indios de guerra su razonamiento, van todos con gran ánimo y determinación a donde acometen el ya determinado hecho, con órden, valor y obediencia, y sobre todo, con admirable secreto. Y este es el estilo que tienen y órden que guardan en sus determinadas

empresas. Demás de lo cual, los que dellos vienen entre los nuestros a tratar de paces y rescatar prisioneros (porque les es permitido) para lo cual son siempre enviados los más astutos y práticos, notan con descuido cuidadoso prudentemente nuestros descuidos, y oportunos lugares y tiempos para ofendernos. No hay en nosotros inadvertencia en que no adviertan, para no perder lance en dañarnos. Saben elegir los puestos de más efecto para sus emboscadas, las cuales hacen con gran sufrimiento. Son singulares maestros de estratagema, y por extremo cautelosos en poner insidias y asechanzas a sus enemigos, y en fingir y desvelarlos con aparentes muestras, para que no entiendan ni colijan sus determinaciones.

Los caciques no tienen mano para hablar de paz en sus juntas y borracheras, y cualquiera soldado tiene autoridad y licencia para matar al que trata della. Estiman en mucho a los que en las mismas juntas son elocuentes en predicar contra nonotros.

CAPÍTULO IV

De algunas no bárbaras estratagemas que han usado los indios de Chile

Várias y casi innumerables han sido las estratagemas que han usado los indios con los nuestros en el discurso de la guerra de Çhile, y muchas bien dignas de ser celebradas! pero porque no pienso hacer mención en este tratado (como otras veces he dicho) sino de los sucesos de mi tiempo, y aún de los que yo hubiere sido testigo, referiré solamente algunos en que se verán las estratagemas y ardides de guerra que usaron aquellos bárbaros en un fuerte que tuve a mi cargo, ribera del gran río Biobío, el más empeñado que a la sazón había en las tierras de los enemigos. Digo, pues, que deseando un famoso capitán de los indios de guerra, llamado Nabalburi, ganarme el fuerte que he dicho tenía a mi cargo con dos compañías de infantería, se resolvió a enviar quien pegase fuego dentro dél a las barracas de carrizo del alojamiento, la noche que con una gran junta llegase él a combatírmelo; y para que se siguiese el efecto de su resolución, usó desta estratagema. Hizo buscar entre los indios de guerra uno muy flaco, convaleciente de alguna enfermedad, pero animoso, y una mujer y un niño chiquito de la misma disposición, y habiéndolos traído de diferentes tierras todos tres tan flacos, que no tenían sino el armadura, prometió al indio y india cierto interés de su usanza, y les dió órden que viniesen a mi fuerte, pareciéndole que por verlos yo tan flacos, y que de su voluntad se venían a rendir, no les haría mal alguno, y que me confiaría dellos. Y así dijo al indio, que con esta ocasión procurase hacer un tan gran servicio a su patria, como era pegar fuego a las barracas del alojamiento del fuerte, la noche que con una muy gran junta llegase él a combatirlo; y que en caso que yo le enviase por

el río, a cuya ribera estaba el fuerte, a otro que estaba a la parte de las tierras de paz en un barco que allí tenía, pusiese la mujer en ejecución el intento; porque ayudados con el incendio, no habría duda en que llegando los indios, ganarían el fuerte, y degollarían a todos los viracochas (que así llaman ellos a los españoles) de cuyo saco y cautivos tendrían él y la mujer sus partes. Advirtióle que, para que más a su salvo lo pudiese poner por obra, procurase hacer en el fuerte alguna barraquilla arrimada a otras grandes, donde con la mujer y niño lo dejarían estar, por no hacer caso ni presumir mal dellos; que de tal manera podría en ella tener apercibido el fuego con más secreto para la noche que lo había de dar al fuerte, y que comenzase por su misma barraca: que por ser todas hechas de carrizos, no habría duda en el efecto. Dióle también un cordel en el cual había tantos nudos, cuantos días habían de pasar hasta el de la noche que pensaba combatir el fuerte, para que estuviese advertido la que había de poner por obra su designio, lo cual había de ser al tiempo que por la llegada de la junta se tocase arma en el fuerte en el alboroto della. Usan los indios de este cordel, a que (como dije en el capítulo pasado) llaman *yipo*, para todas sus cuentas, yendo deshaciendo cada día un nudo, hasta que llega el en que han determinado poner por obra lo que pretenden; y así había de ir este indio deshaciendo un nudo cada día, desde el que se partió a poner en efecto la orden que le dió su capitán. Y para que en tan importante empresa no hubiese yerro de la una ni de la otra parte, se quedó el Nabalburi con otro semejante cordel, de otros tantos nudos, que había de ir deshaciendo por la misma órden, que el indio los del suyo. Finalmente, le ordenó que, llegado al fuerte, dijese que la india y niño eran su mujer y hijo, y que por haber sido en su tierra el año estéril, pasaban todos los indios tanta necesidad de mantenimientos que se comían unos a otros, y que así la excesiva hambre le había obligado a ir a buscar su remedio entre los cristianos, como gente piadosa. Instruído, pues, muy bien el indio, llegó en fin a mi fuerte con la mujer y niño, tan flacos como dije; y haciendo su plática con las razones que traía a cargo de decir, la acompañaba con algunas lágrimas, significando la extrema hambre que padecían todos los de su tierra, diciéndome con esto de cuando en cuando: «Capitán, ten lástima de mí.» Díjome también cómo antes de la última general rebelión había sido él del repartimiento de una principal señora, llamada doña María de Rojas, mujer que había sido del famoso maestre de campo Lorenzo Bernal, y que acordándose de la buena vida que en aquel tiempo tenía en servicio de su señora entre los cristianos, se volvía a amparar dellos con su mujer y aquel hijo, que sólo le había quedado entre otros que en sus brazos se le habían muerto de hambre, y a esta razón se comenzó la mujer a limpiar los ojos de las lágrimas que vertían mostrando sentimiento. Preguntéle al indio qué nuevas había entre los de guerra, y si trataban de juntarse para algún efecto, y dijo: «Señor, mas cuidan ahora de buscar que comer por lo mucho que pelean con la hambre, que de tratar de otra guerra.» Díjele que qué decían de aquel fuerte. Respondió, que vivía yo con recato, y que tenía muchos arcabuces, y que por ello todo el reino junto no se atrevería a acometerlo.

Traía la india a las espaldas un envoltorio dentro de una red de que se sirven como de mochila, y habiéndola puesto en el suelo, me abajé a querer ver lo que traía dentro, y fué cosa de notar, que con estar el indio tan flaco y haberse mostrado en sus razones tan cuitado y humilde, se volvió a mí con tanta soberbia y aún descomedimiento a estorbarme que no viese lo que había en la mochila, como si me tuviera solo en su tierra entre los suyos. Púsome esto mayor deseo de ver lo que allí traía, y en fin lo miré aunque hacía todavía instancia el indio para que no lo viese.

Hallé unos ovillos de hilado y alguna lana para hilar, y envueltos en ella unos palos con que los indios acostumbran a encender fuego. No fué esto lo que me dió indicio del mal intento que traía, considerado que pocos indios caminan sin el tal aparejo de hacer fuego; pero dióme grande sospecha el hallar en otro escondrijo el *yipo* o cordel de los nudos que dije, y aumentóla ver cómo se había opuesto el indio a no consentirme reconocer la mochila. Disimulé la sospecha a que semejantes venidas de indios obligan, y híceles dar de comer, teniendo gran cuidado con ellos. Ordené que tuviesen siempre una centinela de vista, y que con ella estuviesen de noche en el cuerpo de guardía. Pero mostrando el indio gran sentimiento por ello, comenzó a hacerme tanta instancia en que le dejase hacer una barraquilla donde vivir dentro del fuerte con su mujer y hijo, que esto y el haberle hallado el cordel que dije, fué causa de que me resolviese a hacerle dar tormento. Entreguélo a sus verdugos, que fueron algunos de los indios amigos que tenía allí, y estando presente con el faraute que tenía en el fuerte, confesó todo lo que ya he referido, con lo cual confrontó la confesión que también hizo la india, apartada dél. Condenéle a alancear; y porque le detuve dos días para que se convirtiese y muriese cristiano, no se puede creer lo que me molestaban los indios amigos para que se lo entregase para alancearle. Entreguéselos al fin viendo que no quería morir cristiano, y todos con sus picas muy contentos lo llevaron a un llano donde lo alancearon, mostrando con su muerte el mortal odio que tienen a los indios de guerra. La india y el niño que ni eran su mujer ni hijo, ni aún el niño hijo de la india (según su confesión) ganaron en lo que el indio perdió, pues se bautizaron luego y quedaron entre cristianos, donde aprendiesen a serlo.

La junta que fué general, vino dentro de doce días (del cual número no hubo diferencia al de los nudos del cordel) y me combatieron el fuerte aquellos bárbaros con el valor que refiero en el *Desengaño quinto*.

Otro suceso referiré en que se echará también de ver cuan astutos y advertidos soldados son los indios de Chile.

Por estar fundado mi fuerte, como dije, a las riberas del gran río Biobío, tenía en él un barco en que enviaba por leña y carrizo y otras cosas necesarias para el servicio del fuerte, haciendo que fuesen en él un sargento y ocho o diez arcabuceros, prevenidos de convenientes órdenes del recato que habían de tener, así para que llegando a la ribera, no encallase el barco, como para saltar en tierra. Variaba cada día los lugares a donde había de ir, desmintiendo espías desta manera, para que no

pudiesen con certeza atinar los enemigos la parte a donde lo enviaba; y así les salieron vanas muchas emboscadas que pusieron en diferentes tiempos y lugares. Pero advirtiendo ellos al cabo de algunos días, en tener cuenta con los lugares adonde acostumbraba a ir el barco, que los más eran a la otra parte del ancho río, y contando que eran ocho, hicieron en un mismo día otras tantas emboscadas bien reforzadas gente, y pusieron en cada lugar la suya. Fué en fin fuerza que el barco hubiese de dar en una dellas, y que los que habían saltado en tierra peleasen con la muchedumbre de indios que sobre ellos cargaron. En esta ocasión perdí un sargento llamado Gabriel de Malsepica, muy esforzado soldado, con otro de harto valor, nombrado Alonso Sanchez, que vinieron a morir de heridas al fuerte, habiéndose llevado el río a otro, que cayó en él, muerto de un golpe de macana. Escaparon los demás por puro valor de sus personas, aunque bien heridos de lanzadas y flechazos, viniendo el barco cubierto de flechas, de que aún hasta los remos estaba atravesados de parte a parte. Retiró un soldado harto valiente llamado Vallados (aunque mal herido) una pica que quitó a los enemigos, que tuvo treinta y cuatro palmos de asta. Constó manifiestamente haber sido ocho las emboscadas que aquel día habían puesto, por haber sido tantas las que se contaron desde el fuerte, que descubrieron luego como vieron las demás, a aquella donde había dado el barco, procucurando con toda diligencia ir a ayudarla y socorrerla, como lo hicieron las mas cercanas con grande grita y vocería.

Otra estratagema usaron los indios conmigo que fué desta manera. Creciendo en el invierno el río en tanto exceso cual jamás se había visto, vino a quedar el fuerte que estaba a sus riberas aislado casi en medio dél, siendo necesario guarecernos todos sobre lo alto de la palizada con el poco trigo que había para el sustento, envuelto en frazadas. Duró esta avenida y el llover por dos días, hallándonos a peligro de perecer todos anegados. En este tiempo, a la parte de tierra de donde estaba el fuerte más distante, hicieron apariencia y muestra tanto número de indios de caballería y infantería, que cubrían toda una grande vega que allí había, y escaramuzando todos con grande grita y algazara, mostraban solemnizar nuestro presente peligro con fiesta, pareciendo la otra contraria y más cercana ribera yerma y solitaria, sin que se viese en ella un indio: industria y traza de los enemigos, pareciéndoles que había de pensar yo a que en la otra parte estaban juntos todos, y que a esta otra, como mas cercana y segura, pues no parecía en ella algún indio, me había de atrever a salir a salvarme con la gente en el barco, que ellos sabían que tenía dado cabo al fuerte. Pero venían engañados, porque poca exhortación fué menester hacer a los soldados, para que todos prometiesen, como lo hicieron, de morir anegados conmigo antes que pretender tan vil remedio. En fin, como Dios fué servido que al cabo de los dos días fuese declinando la avenida, bajando el gran río que iba hecho un mar, y vieron los enemigos manifiestamente que se iba descubriendo el fuerte (el cual se pudo tener a milagro no habérselo llevado el ímpetu de la gran corriente) entonces se descubrió por encima de un collado un copioso escuadrón dellos armados de mucha piquería que había estado

emboscado, donde hasta entonces no había parecido ninguno, mostrándose con su silencio muy tristes y melancólicos, por no haberles sucedido su designio conforme había sido el deseo.

Otro ardid fué, que viendo los indios el cuidado con que vivía en mi fuerte, y la orden con que salían las escoltas, que acostumbraban a ir a menudo por aquellos campos a cosas del servicio del fuerte, y a traer algunas yerbas de que nos sustentábamos por faltarnos ya la comida, y que con cuantas diligencias hacían para hacerme en mi gente algún daño, nunca hallaban alguna descuidada, apartada o desmembrada para ejecutar su intento, determinaron darme ocasión para que algunos soldados se desmandasen a donde sus emboscadas tuviesen en que cebarse. Acordaron, pues, de echarme algunos caballos sueltos que se me viniesen al fuerte, como que se les habían huído de algún pasto, pareciéndoles que apoderándome dellos me atrevería a enviar soldados a caballo, y que confiados en ellos los mismos soldados, se alargarían lo que a pié hasta entónces no habían hecho, mostrando aquellos enemigos en estas trazas la gran codicia que tenían de quitarnos las vidas, pues holgaban perder sus caballos que tienen en mucha estima, por ejecutar su rabioso intento en los nuestros. Dieron, pues, un día aviso las centinelas, que de unos collados bajaban al llano y vega del fuerte, caballos maneados que mostraban ser hasta diez dellos. Salí con gente a ver qué misterio era aquél, maravillado de la novedad y no sin recelo de estratagema, porque sabía que el enemigo no podía tener tan cerca pasto donde tuviese caballos. Quise, con todo ello, probar la mano a ver si a salvo podía coger algunos, y finalmente retiré los seis dellos que eran los que estaban a menos peligro de emboscada. Fué esta presa de consideración para el fuerte, porque la tuvimos a muy buena montería para remediar la presente hambre. Y así quedó no menos burlado el enemigo en su esperanza, que en la del pasado suceso. Averiguóse haber sido tal como he dicho el intento de los enemigos, por relación de muchos indios que luego dieron la paz.

No fueron las referidas estratagemas las mas artificiosas que se han usado en el mundo, pero débense tener por de no poca consideración supuesto que fueron ordenadas por bárbaros indios, y por ellas se verá lo mucho que se desvelan en buscar trazas para satisfacer la insaciable sed que tienen de nuestra sangre. Todas las cuales enderezan a su capital fin, que es de sustentarse en la guerra y hacérnosla a su salvo, porque conocen muy bien tres utilidades que dellas se les sigue. La primera, el gozar a sus anchuras de su amada libertad. La segunda, no ponerse en peligro de caer en manos de enemigos tan ofendidos. Y la tercera, andarse a la sabrosa caza dellos, no dando vida a ninguno que viene a sus manos, quedando bien seguros del que una vez les cae en ellas que les haya de volver mas a tirar arcabuzazo. Y con ser esta una de las cosas mas sabidas de nuestros españoles, y especialmente de los que mandan en aquella guerra, es lástima decir de la manera que se han con los indios que cautivan en el tratamiento y confianza que dellos hacen, de la cual saben bien los indios aprovecharse para volverse riendo a sus tierras, donde aunque los nuestros no les hayan hecho daño

alguno, y aunque los hayan vestido y hecho todo buen tratamiento, vienen a ser los mas crueles, haciéndonos, en fin, generalmente todos la guerra, como verdaderos enemigos y soldados. Y han llegado a serlo tanto, que no de balde dicen los que de los nuestros son antiguos en aquel reino, que no ha muchos años que eran pájaros bobos respeto de lo bravos, atrevidos, astutos y recatados que son ahora, encareciendo la vuelta que en tan poco tiempo han dado.

Por todo lo que queda dicho, podrá Su Magestad entender cuan perdido tiempo es el que se gasta en aquella guerra, puesta la proa en pretender poner de paz gente tan indómita y tan acostumbrada a rebeliones, como diré en el *Desengaño primero*, donde más largamente se verán las razones que contradicen que hayan de ser mas fijas las paces que nos dan y dieren, que las que nos han dado, como lo declaran bien los rebelados y resabidos ladinos de los muchos que hay entre los indios de guerra, cuando contando en español con tono a la bellaquesca, acostumbran a decir hablando con sus lanzas: *Este es mi amo: este no me manda que le saque oro, ni que le traiga yerba ni leña, ni que le guarde el ganado, ni que le siembre ni siegue. Y pues este amo me sustenta en libertad, con él me quiero andar.*

Con esto daré fin a este punto de las mañosas astucias de los indios, del cual se podrá colegir cuan grande ventaja es en el enemigo el gobierno que lo mantiene, seguro de no perder, sin que le falten ocasiones en que dañar su contrario.



PUNTO TERCERO

LA GUERRA QUE HACEN LOS INDIOS DE CHILE Á LOS ESPAÑOLES, CON LA GRAN VENTAJA QUE LES TIENEN EN NÚMERO DE CABALLERÍA

CAPÍTULO I

La mucha caballería que poseen los indios, y causa de la poca con que se hallan los nuestros a su respeto

Como sean de tanta consideración en el ejercicio militar los que comunmente se llaman nervios de la guerra, y entre ellos no sea el menos principal el de los caballos, podré con bastante fundamento encarecer con título de señalada, la ventaja que, después de la muerte del Gobernador Loyola, tienen los indios a nuestros españoles en número de caballería; pues es cierto que a cualquiera ordinaria ocasión a que se juntan, acostumbran sacar en campaña no menos que dos y tres mil caballos, y haciendo algún esfuerzo, aún los llegan a cuatro mil; y que a su respeto es muy inferior el número de los que tienen los nuestros, pues ordinariamente campeando los veranos, no juntan mas de cuatrocientos; y en caso que se reforzasen (para lo cual será necesario sacar los pocos de la guardia y guarniciones que tienen en algunos fuertes) no pasarían de seiscientos, porque se han ido disminuyendo en los nuestros, al paso en que los indios se han ido aumentando. Y es tanto la disminución de nuestros caballos, que por mi parte puedo decir que en mi llegada a aquel reino el año de mil y seisciento y uno, caminando de Santiago a la tierras de guerra ví en cosa de treinta leguas de camino por todas partes gran número de gruesas bandas de hermosísimos caballos campestres, que eran los que habían permanecido y multiplicado después que para tal efecto fueron algunos echados por los españoles en nuestras tierras de paz en el principio de aquella guerra, como se hizo en otras provincias de las Indias llevados también de España, y pasados solos cinco años que estuve de aquella primera salida ocupado en la guerra, volviendo a la misma ciudad por el propio camino, por mucho que advertí en tender la vista por las mismas campañas, veía muy de tarde en tarde alguna tropilla de tan pocos caballos, que se de-

jaban muy bien contar, y estos fuí informado que casi todos eran potrillos y yeguas desmedradas. Y porque la gran disminución destos caballos es una de las principales causas de la falta que tienen nuestros españoles en aquella guerra de caballería, será razón decir las que han sido parte para haberse consumido estos campestres caballos en tan poco tiempo. Digo, pues, que no pongo en cuenta los que salen del reino por la Cordillera Nevada que llevan a Tucumán y Iuries algunos pasajeros y mercaderes en recuas de mercancías que vienen de Lima al puerto de Valparaíso, ni los que se ocupan, así en vaquear, como en cosas del servicio y bastimento de la ciudad de Santiago, porque estos gastos de caballos siempre los habrá habido en aquel reino, (aunque en todas estas ocasiones se consumen buena parte dellos) pero referiré los modos y caminos principales por donde en mayor cantidad se han ido consumiendo de nuevo el gran número que ocupaba los campos que dije.

Ha venido a tanta pobreza la gente española avecindada y nacida en Chile después que de nuestra parte van las cosas de aquella conquista tan decaída, porque no hay provincia tan rica que no la venga a necesitar y consumir una larga guerra, que demás de que andan desamparados en aquel reino muchos mestizos y otros huérfanos, hijos de padres españoles, hay muy pocos que puedan ya sustentar de vestidos (que es lo más costoso en aquella tierra) a sus pobres hijos, y como no tienen de donde remediarse, acuden todos al común y general depósito de los potros de los campos para venderlos a quien pueden, como lo hacen, unos por domar y otros mal domados, viniendo en esto a consumirse una gran parte dellos, por ser muchos los que de su venta se aprovechan. Y aún en esto no consiste su principal menoscabo, sino en lo mucho que los destruyen por tal causa los yanaconas y demás indios de paz encomendados que hacen el oficio de potreadores, porque para haberlos de encerrar y atar en los corrales hechos de palizada, los corren con tanto desorden, que para encerrar uno, atropellan y despeñan muchos potros y yeguas, con lo cual ellos se perniquiebran, y ellas malparen. Y aún podría ser que los potreadores, como indios de quien no se puede tener ningún buen concepto, hiciesen en este caso todo el mal y daño posible a fin de acabar de consumir totalmente nuestra caballería y necesitar a los nuestros de caballos, pues se puede creer desearán el aumento de los indios de guerra (que depende de nuestra caída) por ser, como son, todos unos; mayormente que parte de los potreadores son de los cautivos traídos de la guerra, que está en razón que sean tan mal intencionados como los que quedan en ella. Continúase, pues, por muchas partes esta persecución de los potros, y así no puede dejar de ser mucho su estrago. Demás de que como han entrado en aquel reino en muy poco tiempo tantos y tan diferentes socorros de gente, así de España como del Pirú y Méjico, y a esta causa la gente ha crecido en tiempo que los caballos iban faltando, háseles venido a dar a los pocos que habían quedado tanta caza y mano, que ha sido causa para acabarlos de consumir, porque veían los indios de paz y los demás que hacían granjería dellos, que había tantos compradores y que era causa para poderlos vender antes de domarlos. Y aunque por la que he dicho se destruyen muchos caballos,

pues se impide su multiplicacion, la ruina y menoscabo de los que a tanta costa cogen sin que dellos se pueda tener ningún servicio en paz ni en guerra, sino antes daño, es cosa aún más lastimosa. Y no sólo estos caballos vienen a ser útiles, pero los muchos que los Gobernadores, en tiempo que llegan socorros de gente, mandan atar a los indios de todos los partidos para repartir por las compañías de los bisoños a cuenta de sus sueldos; porque como todos son potros bravos acabados de coger en los campos de la manera que dije, no son de provecho para el trabajo; y así llevándolos a la guerra, en llegando a lo áspero del camino donde habían de ser de algún alivio a sus dueños, todos se van rindiendo y cansando como potros, de tal manera que es necesario que los mismos soldados y oficiales los vayan desjarretando porque no se aprovechen dellos los enemigos. Esta es la primera guerra en que los bisoños ensangrientan sus picas y espadas, habiendo muchos dellos vendido las camisas para comprar los potros de los particulares, que he dicho se los venden, y al fin vienen a quedarse a pié en lo mas trabajoso del camino, habiendo también recibido grande daño, porque los potros arrastran muchos soldados y les quiebran las armas por el camino; y los que sirven de bagaje arrojando de sí las cargas, las dejan por los campos; y así vienen los soldados a perder su ropa, por no tener después en qué llevarla. Y no es como quiera la carnicería que dije se hace de los potros que se van quedando rendidos; pues se puede tener a no poca maravilla que venga a lograrse uno de todos cuantos salen a la guerra en semejantes ocasiones, y así parece que se llevan solamente para hacer dellos banquete a los enemigos, porque como hambrientos alanos, los comen hasta dejar los huesos limpios.

De las referidas causas se sigue, que como los campos de las crías de caballos eran el común depósito para que en nuestra guerra hubiera abundancia dellos, como la solía haber [1], no había vecino que no sacase cada verano a la guerra ciento y ciento cincuenta y aún doscientos caballos entre los de servicio y bagaje, y ahora han venido en tanta diminución, digo que se sigue que para poder sacar quince o veinte, han menester no poco empeñarse, porque no hay ahora caballo de carga que no cueste treinta y cuarenta pesos, y si es de camino o guerra, setenta, ciento y ciento y cincuenta, y aún más. Y aunque estos son los comunes precios de los caballos según se aventajan en bondad, yo he visto comprarse algunos a trescientos pesos. Y aún es el mayor trabajo la dificultad con que se hallan, que suele ser causa de excusarse de salir a la guerra algunos de los que sirven en la caballería. Porque como la aspereza de la tierra no permite el poderse llevar carruaje, ni siguen a nuestro campo vivanderos como en otras guerras que los mantienen de bastimentos, que no es la menor causa que hace aquella guerra tan trabajosa y difícil, ha menester forzosamente cada uno de los vecinos buscar en qué llevar toda la comida y bebida necesaria para el sustento de medio año que por lo menos se campea, no sólo para sus personas, pero para

1 *Al margen se lée:* Destos caballos sólo se podían servir los nuestros y no los indios de guerra, por estar sus tierras muy apartadas dellos.

sus criados; y no digo camaradas, porque ya no hay vecino que sustente en la guerra los soldados que solía por la ocasión dicha. Y si en los tiempos que se hallaban más frutos en la campaña no iban atenidos a la ayuda dellos, ¿cuánto menos iran ahora que se caminan jornadas sin topar ni aún señal de algunos frutos?

Fuera de las referidas causas de la carestía y falta de caballos que tiene nuestra gente, es también ocasión de que ni se aumenten ni conserven los que les habían quedado aún a los que se preciaban de sustentar particulares y escogidas castas y razas dellos de no menores obras que vista y opinión, el haberlas convertido muchos en crías de mulas por respeto de poseerlas con más seguridad que los caballos, los cuales en ninguna parte pueden tener seguros, porque no hay puerta, ni cerradura ni aún pared, que los ladrones no rompan y quebranten para sacarlos de las casas de sus dueños, cuanto más de los pastos de la campaña. Y ha crecido tanto este robo de los caballos entre los mismos nuestros, que habiendo comenzado a usarse por pobres mestizos y otra gente tal, se han quitado ya las máscaras muchos tenidos en posesión de honrados, y son tan buenos maestros deste arte, como sus inventores. Y el que destos honrados más lo disimula, da trazas al indio que le sirve para que haga la presa, y hallada del dueño, le carga a él la culpa del cometido delicto. Y finalmente, por no detenerme en cuento tan largo, como lo sería si hubiese de referir todo lo que en estos hurtos pasa, sólo digo, que no basta ningún rigor de los Gobernadores para remediarlos, y que la principal causa del gran exceso que en ellos hay es el hallarse cada año muchos soldados que vienen de la guerra a las ciudades con necesidad de caballos para volver a ella, y falta de dineros para pagar los precios a que cuestan, aunque tales necesidades no han dejado también de convertirse en vicio, pues ya no faltan ladrones que los hurtan para venderlos a otros.

CAPÍTULO II

Los medios por donde los indios han ido acaudalando su mucha caballería, y de la manera que prueba la nuestra en la guerra

Como de la muerte del referido Gobernador Loyola procedió la general rebelión del Reino de Chile, y della la lastimosa ruína y destrucción de las ciudades donde tantos y tan nobles caballeros y soldados murieron, de los cuales salía cada verano a la guerra un grande y no menos importante que vistoso número que daba lustre a nuestro campo todo el aparato y tropel de muchos y muy buenos caballos que traían, vino a manos de los enemigos haciéndonos la falta que se puede considerar después de la de los dueños que la regían. Y así esta nuestra pérdida fué la mayor ganancia que han tenido los indios en aquel reino, por haber della tenido principio el poseer número de caballería, y haber sido mucha y regalada la que ganaron en las mismas ciudades y en los

potreros que tenían los nuestros. Consérvanla agora aquellos bárbaros con gran comodidad y aumento, porque tienen hermosísimos pastos de campos, valles y quebradas, que en todo tiempo los cubre fresca y viciosa yerba, donde apacientan sus caballos en gran copia gordos, gallardos y lozanos. Sírvense dellos sólo en el ejercicio de la guerra, sin sujetarlos a otros consumidores trabajos, pues no los ocupan en bagajes ni en recuas para bastecer fuertes, porque no los tienen, ni para sustentar su campo de municiones, pues sus arcos, flechas, picas, lanzas y macanas no tienen necesidad dellas, y su mantenimiento que es tan poco embarazoso como sus armas, lo lleva cada uno cuando marcha a cualquiera jornada en una pequeña bolsa de cuero de la forma de escarcela. El mantenimiento es harina de trigo, cebada o maíz tostado, mezclada con madi, semilla sabrosa, la cual es todo su matalotaje o *cocavi* como ellos le llaman, y el común sustento de los indios en la guerra. Por manera que excusan los bagajes que a los nuestros son forzosos, en que se gasta y perece gran parte de nuestros caballos, y así tienen ellos los suyos gordos y descansados para la caballería de su guerra. Y porque está en razón, me obliga a decir, cuán diferente llega a ella la nuestra: digo que cada año por la primavera sale de la ciudad de Santiago, para irse a juntar con el Gobernador en las fronteras, la principal parte de la caballería que anda en nuestro campo, y la mejor y la más bien tratada, por ser muchos de los que en ella van a servir personas muy principales y nobles, y todos muy buenos hombres de a caballo por lo mucho que todos se precian de serlo, especialmente los criollos de que sale a la guerra la mayor parte. Esta, pues, de tan buena caballería ha menester caminar desde la ciudad de Santiago hasta llegar a las tierras de guerra por lo menos cien leguas, la mayor parte de trabajoso camino, en el cual se pasan ocho o nueve ríos, y aunque algunos dellos a tiempos son pequeños, vienen a ser en el que se pasan muy grandes y por extremo furiosos, por entrar ya los calores del verano y venir aumentadas sus corrientes con las nieves que se derriten en la cordillera; de manera que son tan peligrosos en el pasarse, especialmente los que se pueden vadear, que casi cuestan en aquel reino tantas vidas de soldados y caballos, como la misma guerra; y como en los más caudalosos no hay cosa ayudada con arte, porque no hay puentes que puedan resistir su furia y ímpetu, ni barcos ni pontones que puedan estar seguros de sus avenidas y de los indios de guerra, es fuerza que los caballos los pasen nadando en pelo, cuando los nuestros van a ella, y así los entregan sus dueños a manadas al rigor de la fuerza de sus corrientes y largas travesías, forzándolos a ello a poder de voces y pedradas, donde muchos se cansan y ahogan, y de ordinario los más gordos y mejores. Pasa después cada soldado sólo con su silla no a poco riesgo de anegarse en un modo de barco pequeño hecho de haces de carrizo, a que llaman balsa, del cual es piloto y guía con maravillosa destreza un solo indio de los de paz, de los que son dedicados para tal oficio. Por manera que los caballos que destos trances han escapado, vienen a llegar a la guerra flacos, trashijados y deshechos de tan largo y áspero camino y ruines pastos, y así ¿qué bríos podrán tener para acometer o resistir la caballería enemiga, no

sólo tan superior en número cuanto he dicho, pero tan bien mantenida y descansada, que los está aguardando dentro de su misma tierra sin necesidad de salir della? Pero bien fácil será de conjecturar que tales efectos pueden prometer caballos que van tan necesitados de descanso, reposo y pasto. Y si no fuese más el daño que la pérdida dellos, no fuera demasiadamente grande; pero es cosa lastimosa el verse hombres de verguenza en ocasiones de honra en caballos que contradicen cuanto procuran espuela, rienda y corazón para ganarla.

Y volviendo a tratar de la caballería de los indios, digo, que cada día la han ido y van aumentando, porque no hay peligro a que no se pongan para hurtar los caballos a los nuestros, por estimarlos sobre toda riqueza, señorío o mando. Y es tal su arrogancia y presunción en viéndose a caballo, que le parece a cada uno, que todo el mundo es poco para él, de donde nace el tenerles increíble envidia los demás que se hallan a pié, y el no descansar hasta acaudalar caballos poniéndose a manifiestos riesgos y peligros. Y llega a tanto su atrevimiento, que pasan de noche los ríos caudalosos a nado, y muchas veces con harto frío, cuando nuestro campo está acuartelado cerca dellos, y entrando pecho por tierra en nuestros cuarteles sin ser sentidos, se llevan nuestros caballos que andan paciendo. Y cuando están los cuarteles de nuestro campo cercados de montes, como ordinariamente sucede, salen antes de amanecer dellos con mucho secreto, tendidos por el suelo, por no ser vistos de nuestras rondas y centinelas, y de tal manera se vienen a aquella parte a donde tienen ya ojeado, que andan paciendo nuestros caballos; y cuando es de día van descubiertos entre ellos las espuelas calzadas, y la lanza atada al pié arrastrando entre la yerba, reconociendo los mejores a vista de nuestra gente, que piensa muchas veces que son nuestros indios de servicio, porque van haciendo muestra o ademán con los brazos, de que andan segando yerba. En fin se llegan desta manera a los caballos que les parece mejores, y les quitan las maneas, y con gran presteza haciendo dellas barboquejos y pasando la lanza del pié a la mano, saltan en ellos y corren de manera, que por presto que tocan armas las centinelas y sale gente de a caballo tras ellos ya van metidos por sus montes, donde dejan de seguirlos los nuestros por recelo de sus emboscadas.

Otras veces salen en medio del día de los mismos montes en cuadrillas de lijeros caballos, y a toda riendan llegan a los pastos de los nuestros, donde cogen por delante los que pueden aunque maneados, y picándoles con los regatones de las lanzas les dan tanta priesa, que como las desembocaduras de los caminos de los montes por donde salen a nuestros prados están tan cerca, por mucha priesa que se dan a enfrenar los de nuestra caballería para irles al alcance, ya tienen retirada la presa en lo salvo de sus montes, donde no entran a seguirlos por el recelo que dije.

Y no es menor el daño de la falta que nos hacen los caballos y frenos que se llevan, así los esclavos que se huyen de nuestras tierras, como los indios de servicio de nuestro campo, que usan también a huirse en los mejores, o para ser recebidos bien de los enemigos sus parientes, o para ser soldados contra los nuestros, que nunca son los peores ni los menos nocivos enemigos.

Finalmente, aumentan los indios en gran número su caballería, cuando se rebelan de las falsas paces que dan a los nuestros, como mas largamente diré en el *Desengaño primero*, de donde nace una gran diminución de nuestros caballos, a cuya proporción y de los demás menoscabos que en tan poco tiempo ha habido dellos, presto se verá el fin y remate de los pocos que han quedado.

CAPÍTULO III

Los efectos que hace la caballería de los indios y las armas de que usa.

Es tanto el ánimo que se les ha infundido a los indios viéndose con tan gran número de caballería, que con ella se atreven a embestir nuestras escoltas y otro cualquier cuerpo de gente, aunque esté con las armas en las manos, habiendo perdido mucha parte del respeto y temor que en otro tiempo tenían a las de fuego. Y es de manera el ímpetu de sus acometimientos, que al barloar todo lo atropellan y desbaratan, siendo muy poco el daño que reciben, y muy grande la alegría de la victoria, especialmente si llevan por despojos cabezas de españoles o prisioneros, que para ellos vueltos a sus tierras y entre los suyos, es mas que triunfo romano; pero siempre en sus acometidas van de tal manera con la sonda en la mano, que fian más sus empresas de la ventaja que reconocen de su parte que de sucesos de fortuna, y así por el gran conocimiento que tienen de pláticos soldados, no acometen cosa que dejen de salir con ella. Han tomado los enemigos esta resolución de acometer nuestras escoltas, que nunca pueden ser de mucho número de gente, respecto del grande de su caballería, por los preceptos que les dan los fugitivos españoles, mestizos y mulatos que andan con ellos, cuyos consejos los ha hecho más soldados, más animosos y de más gobierno, según lo muestro en el siguiente punto. Y vuelvo a decir que como las más de las partes que son llanas en aquel reino, están cercadas de montes y cerros de donde hay mil avenidas de caminos, que todos desembocan a ellas, y se vienen muchas veces a reducir las tales partes llanas a pasos estrechos, no puede siempre marchar nuestra gente tan junta y ordenada, que no pueda ser acometida por muchas partes de la caballería enemiga tan de repente, cuanto tengo significado que tienen de costumbre los indios por dar el menos lugar que pueden a que los nuestros se valgan de sus armas de fuego; y así no tienen tiempo para ponerse los infantes en orden, o para tomar puestos en lo escabroso o montuoso del lugar a dó se hallan, para poder resistir y ofender. Porque no todos los caminos pueden ser reconocidos de nuestros descubridores a causa que por todas partes pueden adelantarse seguros que no los cojan a manos los indios, como se ve algunas veces. Verdad es que algunos daños suceden en semejantes tiempos que se excusarían, si en los nuestros hubiera la orden, recato y cuidado que debiera haber en el marchar, y el debido reparti-

9

miento de los géneros de armas que son necesarios según los pasos y las tierras por donde se camina.

Y aunque nos hacen los indios tanta guerra, como he dicho, con su caballería, en ninguna cosa nos la hacen mayor ni más a su salvo, que en juntar toda la que pueden, y ir de noche donde tenemos nuestras sementeras de trigos, cebadas y maíces, para sustento de las guarniciones de los fuertes y presidios, cuando ven que están granados, y darles tantas vueltas y revueltas, pisándolos con la muchedumbre de sus caballos, que como yeguas en parva los dejan trillados y destruídos, que no son de algún provecho; daño que nos comienzan a hacer de nuevo, porque aun al tiempo que yo salía de Chile, me alcanzó en el camino una carta del Gobernador Alonso García Ramón, en que me envió desde las fronteras de guerra, que habían destruído desta manera los enemigos las sementeras de los fuertes los más a trasmano de nuestras tierras de paz, difíciles de sustentar de bastimento por vía de escoltas, lo cual no pudo dejar de poner al Gobernador en cuidado, porque un año sólo que lo acostumbran en todas partes los enemigos, lo cual no poco se teme por la facilidad con que lo pueden hacer, harán a los nuestros tanta guerra, que tengo por imposible el poder sustentar las guarniciones de los fuertes desmandados.

Como quiera que es tan presta la caballería, y en todo aquel reino se sabe la mucha que tiene el enemigo, es tan temida por todas partes, que en la ciudad de Santiago, que está mas de cien leguas apartada de las tierras de guerra, y aún en la de Coquimbo, que lo está cerca de doscientas, da cuidado y no se habla sino della; porque aunque hay de por medio muchos rios que pasar, sabe el enemigo diversos vados, atajos y caminos ocultos a los nuestros. Lo cual le es también de gran comodidad para retirar las presas que hace en sus corredurías con tanta brevedad, que cuando hay caballería nuestra, que lo siga, se pone con ellas en lo salvo de sus montes, antes que los nuestros le puedan dar alcance. Porque demás de la ventaja que siempre llevan los que retiran presas, porque miden el tiempo, distancias y ocasiones, tiénenla también los indios a nuestros españoles en que traen sus caballos mas alentados y escogidos para tales efectos, y aún mas aliviados del peso de las sillas, porque usan de unos fustecillos pequeños hechos de madera muy leve, tan amoldados a sus caballos con sus cojines de lana, que no viene a pesar todo seis libras. Y por ser las nuestras muy pesadas y cargadas de ropa, dicen ellos que afligen nuestros caballos y los cansan presto; y así las que llegan a su poder cuando ganan caballos ensillados y enfrenados en alguna victoria luego las desbaratan, deshacen, adelgazan y cercenan cuanto pueden.

Pues he comenzado a decir de la suerte que los indios usan las sillas, diré en lo demáas cómo traen sus caballos en la guerra y las armas de que usan sus bárbaros caballeros. Traen, pues, muchos dellos estribos y espuelas de jineta y brida, como los que nosotros usamos, y los demás lo uno y lo otro de madera tales, que bastan para excusar los de metal: muchos también usan de los frenos que los nuestros, pero los que carecen dellos los traen de barba de ballena o madera muy fuerte, tan bien

hechos, que suplen los de hierro; y las cabezadas y riendas unos las traen de cuero y otros de cuerdas.

Los soldados acreditados, valentones y capitanejos, y otros que son los más respetados y temidos, por ser más emparentados, traen no sólo mejores caballos, pero encubertados de hijadas[1] de cuero crudío de buey, raspado y muy pintado de colores con divisas y trofeos, en lo cual imitan a nuestros españoles. Traen asimismo los que he dicho adargas muy buenas, celadas aceradas, y lanzas con hierros jinetes, y petos y espaldares de hierro y otros que no los alcanzan coletos de ante o cotas. Las cuales armas que he nombrado de hierro o acero, y asimismo los coletos son de las que los indios ganaron en el saco de las referidas ciudades y en otras particulares victorias aunque no han dejado de hacerles nuevamente otras armas, como se las hacen cada día los herreros españoles que andan con ellos, según digo en el punto siguiente. De las demás, como son coseletes, celadas, adargas y hijadas con que guarnecen los caballos, todo de cuero de vaca crudío, frenos, espuelas y estribos de madera, los indios son los maestros. No usan los de a caballo de otras armas ofensivas más que de solas lanzas jinetas, en las cuales, como también su infantería en las picas, traen comunmente hierros hechos de pedazos de espadas, de los cuales abundan por la causa que declaro en el *Desengaño tercero*.

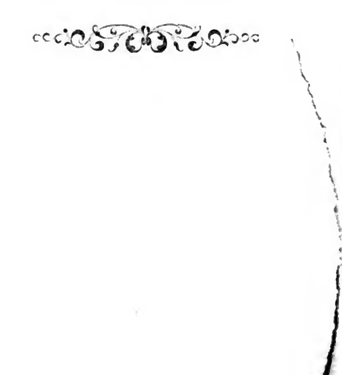
No he hecho mención de espadas, alfanges ni de otras semejantes armas de cinta, porque no usan dellas. No traen sus caballos en general herraduras, que no es pequeña falta en aquella tierra. Las trompetas de que usa su caballería, son unas cornetas hechas de canillas de piernas de españoles, y de indios nuestros amigos, con las cuales hacen un són tan triste y funesto, que causa enfado y pesadumbre el oirlo.

Ya he dicho los caballos, jaeces, armas y instrumentos bélicos de que usa la caballería de los indios, y diré por ser cosa ridícula los trajes que saca a muchos de los efectos a que se junta. Sacan muchos dellos vestidos a la española, o por preciarse mucho de parecer españoles, aunque les parecemos a ellos tan mal, o porque entienden que hacen muestra más fiera; y otras veces lo hacen a fin de engañar gente nuestra descuidada, porque piense que son verdaderos españoles, cuando los ve venir; con la cual confianza han hecho en los engañados algunas suertes así que procuran vestirse a nuestra usanza, no con malos vestidos, que han guardado del saco y despojo de las ciudades. Pero ponénselos de manera muchos dellos, que provocan a risa sus disfraces; porque unos traen sobre las armas hábitos de frailes con sombreros de muchas plumas, y otros, fieltros con bonetes de clérigo: otros basquiñas, y otros verdugados abiertos por ambos arzones, de manera que más parecen máscaras de Carnestolendas, que gente armada y de guerra; y algunas veces se visten casullas y capas de coro, y otros ornamentos de iglesias que violaron y robaron con sus sacrílegas manos. No son los indios en general, buenos hombres de a caballo, porque aunque hay muchos que lo son muy

1 *Al márgen se lee:* Las hijadas circundan y cubren el caballo para defensa de las flechas y lanzadas.

buenos, hay otros que en el pelear para herir con la lanza, sueltan las riendas y la toman a dos manos, y con la fuerza del golpe vienen a trompicar y caer por las orejas del caballo. La causa desto es el haber poco tiempo que tienen caballos, y haber cada día entre ellos muchos caballeros noveles que los acaudalan de la manera que dije.

Andan los enemigos después que se ven ricos de caballos, tan victoriosos, soberbios y arrogantes, que se puede creer sin duda que no trocarán su guerra por ninguna paz ni tregua, o otra suspensión de armas, aunque se les concedan todas las franquezas y libertades de que pudieran estar exentos sin nosotros, lo cual conforma con su corajosa y bárbara presunción, viendose tan soldados, bien armados y victoriosos, pues como tales usan de tan arrogantes amenazas que acostumbran a decir, que aún han de venir hasta Castilla a hacernos guerra. Así que deseando tanto los indios verse libres de sus enemigos, y hallándose tan contentos y ufanos con su mucha caballería, no hay que esperar que hayan de admitir partido alguno. Porque dejar la guerra y el uso de su caballería por alguna paz o suspensión de armas, será trocar el mayor vicio que tuvieron en su vida, por el trabajo de la sujeción. Y donde no hay indio que esté sujeto a superior de respeto que lo enfrene, yo tengo para mí por lo que juntamente conozco de su naturaleza, variedad y discordancia de humores, que es tan dificultoso el obligarlos ningún partido a mansedumbre, cuanto sería posible el constriñir los carniceros lobos a que se sustenten de campestres pastos, y las tímidas ovejas a vivir de carniceras rapiñas.



PUNTO CUARTO

LA GUERRA QUE NOS HACEN LOS INDIOS CON LOS FUGITIVOS ESPAÑOLES QUE ANDAN ENTRE ELLOS

Habiendo determinado declarar las cosas más principales con que los indios de Chile hacen la guerra a nuestros españoles, no es razon pase en silencio lo que es causa de la mayor parte de las ventajas que nos tienen. Es, pues, que hay entre los indios más de cincuenta españoles fugitivos que los industrian, enseñan y amaestran en todas las cosas que exceden a su capacidad. Destos fugitivos algunos son mestizos, y parte mulatos y otros legítimos españoles, que en todos hacen el número que he dicho, sin otros miserables que los mismos indios han muerto, no porque los han hallado tibios o remisos en ser perjudiciales a los nuestros, sino por sus particulares pasiones que las más veces son celos, cosa que los ofende mucho. Y no pongo en el número destos perniciosos a los pobres cautivos, porque no se mueven jamás a ser traidores a su nación, y si la ofenden alguna vez, es siendo forzados, según que advertí un día acercándome con nuestra gente a pelear con una junta de los enemigos, donde a un lado della ví que obligaban a palos a un cautivo a que nos tirase con un arcabuz. Y como en otra ocasión que obligaron a un capitán llamado Diego de Huerta a que desde un alto cerro que caía sobre la mar tirase con una escopeta a unos españoles, que tierra a tierra iban en un barco por la costa, amenazándole que si no hacía en ellos tiro cierto, le quitarían la vida con los bastones y macanas que tenían levantadas sobre su cabeza, señales que prometían ejecución cierta de las amenazas. Pero el honrado y animoso capitán los dejó burlados en sus deseos, porque por no hacer daño a los de su nación, fingiendo que se acomodaba para hacer buena puntería, se llegó al límite de la caída del alto despeñadero, y de allí se arrojó con gran presteza, y dando de peña en peña, vino a parar en la playa y ribera del mar, de donde muy maltratado y un brazo hecho pedazos, fué retirado de los del barco, quedando de este insigne hecho nombre al cerro, pues se llama el del salto de Huerta. Sanó el capitán después, aunque quedó estropeado del brazo.

Mucho admira a los antiguos pobladores de Chile, el ver que haya tanto número de fugitivos españoles entre los indios, acordándose que en otro tiempo tenían a gran maravilla haber algún mozuelo mestizo entre ellos huído por algún delicto; pero más admiración causa a antiguos y

modernos, el saber la falsa doctrina y documentos que les han dado, particularmente el apóstata clérigo de misa don Joan Barba y otro seglar llamado Jerónimo Bello, de los cuales traté en la Relación quinta. Cuyas diabólicas obras que he oido decir en aquel reino, especialmente a los que han sido cautivos, dejaré de referir aquí por no ser largo, aunque no eran fuera desde propósito: considerando que los malos ejemplos y engañosas persuasiones de hombres tan olvidados de Dios endurecen mucho los ánimos de aquellos bárbaros, para que perseveren en su mal intento. Porque poco menos ayudan en una guerra los falsos predicadores, que los práticos y esforzados soldados.

No tienen los indios a los fugitivos españoles en más estimación de lo que conocen que les importa su consejo, favor y ayuda, no dejando también de aborrecerlos, como a españoles, aunque se agradan de los servicios que les hacen, para lo cual solamente los sustentan; y así se verifica hasta en estos bárbaros, que en todas partes es amada la traición, pero no el traidor. Porque de tal manera los quieren mal, que para engañar el natural odio que les tienen a fin de poder tratar con ellos sin que les turbe el sentido, la apariencia y muestra de españoles, los obligan desde el principio no solo a que anden descalzos a su usanza, y vestidos en su hábito, pero a que traigan las barbas peladas como ellos; y porque hasta los nombres que tienen de españoles, les dan pesadumbre, les hacen que los muden dándoles otros de los que ellos usan, y no sólo a los fugitivos, pero a los cautivos hacen lo mismo, según dicen los que salen de entre ellos, los nombres que les tenían puestos. A todo esto se sujetan estos desdichados por contentar a los indios, como también lo hacen en las demás cosas que ven les son agradables, por lo cual no hay ninguno que quiera hablar en defensa o favor de algún cautivo, aunque lo vea en algún insufrible trabajo. Porque no hay cosa de que más se acrediten con los indios, que en hacerse en su naturaleza, y mostrarlo en aquellas ocasiones que hacen más prueba de serles en todo semejantes; y como la principal es el declararse enemigos capitales de los españoles, y esto en ningún tiempo lo manifiestan mejor, que en los trabajos y peligros de los pobres cautivos, vienen a mostrar en sus aflicciones unos corazones duros, cuando más debían enternecerse. Algunos sucesos pudiera referir que les pasan en estas ocasiones, pero los dejo, porque el más corto fuera demasiado largo.

En pasándose a los indios estos imitadores de sus vidas, y profesores de su perniciosa amistad, toda la que aquellos bárbaros les hacen, es darles mujer para más asegurarles en su compañía, con lo cual desde luego los prendan habiéndolos primero muy bien examinado para notar lo que pueden del intento de su ida a ellos. Las mujeres que les dan, son españolas de las muchas cautivas que dije tienen en su poder, aunque sean casadas y señoras principales, y los nuevos esposos mestizos o mulatos, los cuales las acetan aunque saben que los verdaderos maridos son hombres de calidad, y que están vivos entre los nuestros. ¿Qué tercio, pues, harán estos indignos herederos de tales mujeres, para que los enemigos hayan de venir a dar la paz? Y ¿qué cosa no inventarán para persuadirles a que no la den por lo mucho que deben temer de verse

con los legítimos maridos? Así que viendo que de la paz se les ha de seguir el quedar desamparados de refugio que los pueda escapar de nuestro poder, no hay camino por donde no estorben que los indios la den. Con cuyas persuasiones quedan los indios más duros y obstinados en su propósito de no dar jamás la paz.

Muévense también a ello estos bárbaros por el grande temor que tienen de que dándola, han de ser castigados de sus delitos. Porque como han cometido tantos y tan inhumanos, así en la destrucción de las ciudades y mal tratamiento que hacen a los cautivos, como en las crueles muertes que han dado con excesivos tormentos a los cristianos en sus bailes y borracheras, no se pueden persuadir que culpas y ofensas tan grandes se nos hayan de borrar en ningún tiempo de la memoria, y que se hayan de quedar sin castigo, mayormente habiendo de andar entre los nuestros (supuesto que dieran general paz), sugetos a lo que quisieran hacer dellos los maridos de las mujeres españolas cautivas, y a la voluntad de los padres cuyos hijos mataron, y a las de los hijos a cuyos padres quitaron las vidas con tantas crueldades. Y sobre todo temen el riguroso castigo que tienen por sin duda que Su Magestad ha de mandar hacer en ellos, por haber tenido atrevimiento (estando de paz) de rebelarse y haber muerto a su gobernador. Y así entienden que los partidos y perdon que se les ofrecen, son cautelas y engaños que les armamos, para tomar después venganza dellos. Hállanse también entre los indios unos insolentes valentones, que son entre ellos los gallos, y los que más blasfeman del nombre español, que han quitado las vidas a muchos indios, solo porque han tomado en la boca el nombre de paz, por lo cual tienen disimulados enemigos que se han de declarar y volver contra ellos el día que la hubiere, y como saben que tales delictos han de salir a la plaza de nuestra noticia, temen que no se han de pasar en silencio ni quedar sin castigo, y así han introducido una rigorosa inquisición para que no se pueda hablar de paz, porque no deja de haber entre los indios algunos labradores que la desean, tanto porque no hacen profesión de soldados, cuanto por los agravios y molestias que reciben de los que entre ellos lo son. Así que por estas causas juzgo no se puede esperar, que aquellos contumaces bárbaros hayan de dar jamás paz por bien ni por mal, ni que si la dieren haya de ser en ningún tiempo estable y fija, pues de parte de los indios hay tantos que la han de estorbar y contradecir hasta la muerte, y por la de los fugitivos españoles también, por lo mucho que les va en no venir a verse en nuestras manos.

Los cuales para asegurarse deste peligro, no tienen número las cosas que inventan, y que les hacen creer a los indios, que tienen los nuestros ordenadas para tomar venganza dellos en teniéndolos de paz. Y esta es la primera cosa de que les informan cuando se pasan a ellos con la cual les captan la benevolencia, porque en cosas de tal subjeto les dan los indios gratos oidos con grande aplauso y gusto en general congregación, y así vienen a quedar más confirmados en su propósito indignándose juntamente de nuevo contra los nuestros. Ofrécenles en tales ocasiones los fugitivos todo favor y ayuda, hasta perder las vidas por ellos, y lo ponen en efectos como traidores a Dios, a su rey y a su nación. Las ar-

mas que usan son muy buenas escopetas que les dan los indios, de las que hubieron en el saco de las ciudades que asolaron, con las cuales y otras armas se estreman en hacer a los nuestros todos los daños que pueden para acreditarse y alcanzar fama y estimación entre los indios. Son los que los capitanean en sus empresas y acometimientos, y así por su industria han alcanzado los indios victorias de los nuestros de mucha consideración, como fué la que últimamente tuvieron de la escolta de ciento y setenta españoles que degollaron (según dije) junto al fuerte de la asolada ciudad Imperial con don Joan Rodolfo su caudillo, por capitanear un soldado mestizo huído a los enemigos del dicho fuerte una gruesa junta de caballería.

Demás de las militares trazas y ayudas que han dado y dan a los indios estos fugitivos, les han hecho fraguas donde algunos que son herreros les forjan hierros para sus lanzas y frenos, y espuelas para sus caballos, porque no les falta hierro para todo, del mucho que hallaron en el saco y despojo de las ciudades. Y así para correr parejas con los españoles en armas ofensivas solamente les falta tener abundancia de pólvora, para poderse servir de las muchas escopetas, arcabuces y aún mosquetes que ganaron en el saco de las ciudades, y que se llevan los fugitivos cuando se pasan a ellos, y que también quedan en su poder cuando sucede en algunas ocasiones degollar españoles, como en la de la Imperial, de cuya pólvora que les hallan en los frascos, proveeen a los traidores españoles para que les sirvan de escopeteros. Y si un mestizos de los fugitivos llamado Prieto que era polvorista, no se hubiera reducido a los nuestros, sin duda alguna tuvieran los indios pólvora en abundancia, porque le tenían ya juntos los materiales que se requieren para hacerla, habiendo traído cantidad de azufre de los varios volcanes de la Cordillera Nevada, y asimismo salitre de que en muchas partes están escarchados campos y caminos, con lo cual y el comun carbón venía a no faltar nada de lo necesario; pero a este tiempo, como digo, se redujo a los nuestros. Y porque es bien se sepa el suceso de la redución deste polvorista, lo referiré aunque haga alguna digresión.

En tiempo del gobernador Alonso de Ribera, siendo yo sargento mayor de aquel reino, marchando un día por la provincia de Purén con la infantería de nuestro campo, que llevaba a la sazón a mi cargo, en tanto que el gobernador había ido con la caballería y alguna mosquetería a procurar hacer daño a los indios retirados en la nombrada Ciénega de Purén, conocí al Prieto que nos daba voces desde un cerro donde estaba bien armado y a caballo en compañía de un indio valentón; y haciendo yo hacer alto a la infantería, llegué solo hasta el pié del cerro, donde le comencé a decir; que hasta cuando pensaba perseverar en aquella vida tan peligrosa para su alma, que mirase que era cristiano, y lo mucho que ofendía a Dios andando haciendo guerra a cristianos en ayuda de infieles, que gozase de la oportuna ocasión de la llegada de nuestro campo a aquella tierra, donde en muchos años no había llegado; merced que Dios le concedía para que se pudiese pasar a los nuestros, y que se viniese conmigo, que yo le aseguraba el perdón de todos sus delictos pasados de parte del Gobernador, el cual no sólo no le haria daño pero le

haría mucha merced porque fuese ejemplo su venida, para que otros se redujesen de los que como él andaban en aquella miserable vida. Respondióme que el indio que estaba a su lado era el más valiente y respetado de aquellas provincias, y el que más españolas tenía esclavas en su poder, que para obligarlo a que les hiciese buen tratamiento, y no tomase venganza en ellas por el sentimiento que tendría, si vía que él se pasaba a nosotros, le dejase una vaca muerta de las que traía el campo, y una capa y una espada. Todo esto me decía a voces el Prieto porque el indio Guanecuca (que así se llamaba) no entendía palabra en español. Oyendo yo tan favorable respuesta le dije, que haría cuanto me había dicho, y así a su vista hice luego derribar una vaca de un mosquetazo, y hinqué una espada al pié del cerro dejando junto a ella una capa que me dió un honrado alférez llamado Mora, y le dije que se acabase de resolver. Había en la ladera de aquel cerro una eminencia a modo de cuchillo desde arriba hasta abajo, y ví que se pasó a la otra parte del cuchillo donde el indio ya no le podía ver, desde donde esforzándose a dar algún color a su culpa comenzó a darme descargo del haberse pasado a los enemigos. Tornéle a decir que acabase de venirse a mí, que todo aquel escuadron estaba aguardando su venida para darle mil abrazos. Finalmente lo que no se había atrevido hacer cuando estaba al lado del indio hizo entonces, que fué dejarse venir la ladera abajo a caballo como estaba, arrojando la lanza y diciendo: Pues aunque me ahorquen, se vino hasta echarse en mis brazos, y con no pocas lágrimas me dijo: Misericordia, misericordia, señor sargento mayor, con este hombre arrepentido. Yo le animé cuanto pude, y luego porque ya nos veía juntos el indio Guanecuca, le mandé que le dijese como le dejaba allí aquella capa, espada y vaca muerta, y que en cualquiera cosa le haría amistad. Díjoselo el Prieto en su lengua, y fué cosa de notar, que no solo no respondió palabra el indio, pero se quedó en el lugar donde estaba sin hacer movimientos más que si fuera una estátua, como admirado de lo que había hecho el Prieto, porque tenían todos los indios muy grande confianza en su lealtad, por haber ocho años que se había bien acreditado entre ellos en contra nuestra. Volví con él al escuadron donde todos los soldados a una voz le dieron la bien venida, y proseguimos luego nuestro camino llevando junto a mí al Prieto para informarme dél en qué partes de aquellos montes había españolas cautivas, a donde pudiese guiar nuestra caballería. En fin llegamos a juntarnos con el Gobernador, que se alegró mucho deste suceso. Y el mismo día guiando el polvorista como tan prático de los secretos de aquella tierra nuestra caballería, se sacaron del poder de los enemigos veinte y siete prisioneros entre mujeres principales y otras personas de estimación, con un famoso herrero llamado Nieto, a quien por ser cautivo, forzaban los indios a que les forjase armas, y con él un capitán de mucha cuenta llamado Pedro Alaide al cual el Nieto había librado de la muerte, diciendo que no había indio que acertase a traer los fuelles como se requería para su ejercicio, y que así tenía necesidad de aquel español para él. La redución deste polvorista estimó en mucho el Gobernador y todo el reino, por lo que importó haberles quitado a los enemigos artífice tan perjudicial, como

lo fuera para nosotros (demás de ser soldado muy nocivo) y haberse sacado tantos cautivos de miserable servidumbre. Quedó por ello perdonado el Prieto, y se le dió licencia para que se fuese al Pirú, como lo hizo, así porque no se volviese otra vez a lo pasado, como mestizo en quien se podía tener poca fé, como para animar a otros fugitivos, que por su ejemplo quisiesen venirse a los nuestros, pero nunca se vino otro ninguno.

Y volviendo a tratar dellos, digo, que son los que en suma han enseñado a los indios todas las cosas que antes ignoraban, y que han bastado para perficionarlos no solo en las cosas de la guerra, pero en las del gobierno general de su estado. Todo lo cual encaminan a nuestra ofensa y a su conservación, y así se podrá tener por cierto que han salido de la aljaba destos pérfidos consejeros, todas las cosas que en estos puntos parecieren haber requerido más industrioso ingenio, del que se podía esperar de la capacidad de bárbaros talentos, particularmente el importante arbitrio que de poco tiempo a esta parte han tenido para destruir nuestras sementeras, según ya dije, y para conservar y gozar las suyas en gran copia y abundancia, juntamente con sus ganados, sin que los nuestros sean poderosos para podérselas quitar, como solían, así para sustentarse en tanto que discurrían por sus tierras, como para necesitarlos a ellos; según se verá en el Desengaño que trata de las sementeras de los indios. Así que de los españoles fugitivos procede la conservación y defensa de los indios y todos los daños y pérdidas de los nuestros, con que se menoscaban cada día más nuestras fuerzas.

Verse han las más ordinarias causas, porque se pasan al enemigo los referidos fugitivos, en el *Desengaño cuarto* del desaprovechado asiento de los fuertes.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

DEL DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA

DEL REINO DE CHILE,

DEL MAESTRE DE CAMPO ALONSO GONZALEZ DE NAJERA,

DONDE SE MUESTRA CINCO PRINCIPALES DESENGAÑOS DE COSAS QUE CONTRADICEN LOS BUENOS EFECTOS DE LA CONQUISTA DE CHILE

BREVE DECLARACIÓN DE LOS ENGAÑOS Y FALSAS OPINIONES QUE TIENEN LOS NUESTROS EN COSAS TOCANTE Á LA GUERRA DE CHILE

Para poder declarar con fundamento el desengaño de la guerra de Chile, será bien que muestre primero cuáles son los engaños principales que acerca della tienen nuestros españoles en aquel reino. Comenzando, pues, por algunas opiniones que tienen en cosas tocantes a aquella guerra, que no han dejado de ser causa de muchas pérdidas, y de la dilación de aquella conquista, digo, que el primero y mayor engaño es el de la esperanza en que perseveran de que han de ver en algún tiempo acabada aquella conquista, por vía de paces que hayan de sustentar los indios por mal o por bien.

Otro engaño es la sobrada confianza que hacen de los indios, que dan la paz.

Y no es menor creer, que el cuidado y recato es dar de sí indicio de miedo a los indios, por lo cual dejan de guardarse diciendo bárbaramente, que el hacerlo es dar avilantez al enemigo, razón que ha sido causa de no pequeñas pérdidas en aquel reino.

Es también engaño el descuidarse teniendo mas confianza en la remisión y poca osadía de los indios, que recelo de su mucho cuidado y atrevimiento, pareciéndoles muchas veces donde no se debe, que basta para asegurarlos el nombre de españoles.

Engáñanse también en decir, que el fortificarse en los cuarteles de campaña, cercándose de palizadas (como se suele hacer) es encerrarse en corrales como carneros, y despertar con tal demostración de miedo al enemigo, como si el estar sin algún reparo, los hiciera más seguros dél; o como si él se durmiese en perder alguna ocasión para ofenderlos.

Otro grande engaño que tienen los nuestros es que como conocieron en otro tiempo a los enemigos, poco soldados y menos armados y no tan atrevidos, consideránlos siempre en su primer figura y desapercibimiento, y no mirando las alas que les han nacido de su mucha caballería no se recatan todo lo que se debría della, y así no advierten lo mucho que vale contra ella, la infantería en tierra fragosa, y dejan de estimar el valor de la mosquetería, picas, escuadrones y orden dellos para resistirla.

Es también grande engaño el tener puesta la paz y la guerra en manos de mestizos farautes o intérpretes de nuestro campo, por la mucha mano y crédito que se les da. Cosa lastimosa que negocio de tanto peso penda de la voluntad de hombres de tan poca satisfacción (como lo saben bien los nuestros en aquella tierra) pues por gozar de su imperio y propio interés, sustentan toda su vida la guerra.

El último engaño es, que aquellos que no han visto los indios airados cuando se rebelan, pelean o ejecutan la fiereza de sus crueldades por razón de que se sirven de los que muestran humildad; y porque tratan de ordinario con los marchitos y encogidos que andan entre ellos fingen abatimiento y miedo, no se persuaden que puedan tener el valor y bríos que muestran cuando se quitan la máscara y descubren la rabiosa sed que tienen de nuestra sangre. Este último engaño obliga a los loyolistas (que son los imitadores del Gobernador Loyola) a fiarse sin recelo de los indios y acariciarlos, disculparlos y volver por ellos, y a dar voto de que aquella guerra se ha de acabar por medios blandos y suaves, por cuyos pareceres jamás tendrá fin en tanto que los siguieren los que gobernaren, como suelen algunos hacerlo.

LOS ENGAÑOS QUE TIENEN LOS NUESTROS EN EL MODO DE HACER LA GUERRA

La guerra que de presente se hace en Chile, es una milicia ciega sin determinado ni seguro fin, porque ni es suficiente para ganar ni conservar. No hacen los nuestros jamás mudanza en ella, aunque ven que el enemigo la ha hecho con el uso de su mucha caballería, y de la misma manera proceden que cuando no la tenía y era bárbaro en su milicia. Así que siendo ahora tan soldados con tantas y tan conocidas ventajas como están declaradas, hacen los nuestros la guerra con las mismas confianzas que siempre han tenido.

Con los pocos pueblos que les han quedado sin alguna fortificación.

Con las fronteras abiertas y los fuertes tan divididos y desterrados, que enflaquecen nuestras fuerzas, pues ni ofenden ni defienden.

Con las inútiles campeadas con que desamparan todos nuestros pueblos, y van cada año a llevar el acostumbrado tributo al enemigo, de

todas las armas y caballos con que hace la guerra, como se declara en el *Desengaño tercero*.

Con el engaño de los prisioneros que se toman rotos, y huyéndose cada día se vuelven a su tierra vestidos, armados y instruídos, para sabernos mejor hacer la guerra, con lo cual vienen a permanecer todos enteros y más soldados.

Con la desnudez y hambre de nuestros soldados, que los obliga a dar sus armas a los enemigos hasta pasarse a ellos a darles también precetos de guerra, y acaudillarlos contra los nuestros.

Y finalmente recebiendo las particulares paces de los indios, las cuales dan solamente para cebarnos y entretenernos, y rehacerse ellos de armas y caballos, con que sustentarnos la guerra más largamente, siendo con pacto entre ellos que no duren más tiempo del que tardaren los nuestros en descuidarse para darles en las cabezas y robarlos.

Estos son los siete engaños o pecados capitales de la presente guerra de Chile, con que pensamos hacerla al enemigo y nos la hacemos a nosotros mismos; pues se echa de ver todo el daño en nosotros prevaleciendo los indios al paso que los nuestros van cayendo. Las causas destos efectos permanecen vivas: los remedios para la enmienda que otros proponen, son a mi parecer dudosos, costosos, peligrosos, dificultosos y largos; y como también tengo yo mi deseo de acertar a servir a mi rey en dar regla para la enmienda desta guerra, digo (si también no me engaño, aunque por la edad y experiencia no me falta obligación para acertar en lo que dijere) que para poder reparar el presente peligroso estado de aquella conquista, y acabarla con brevedad, he hallado un remedio que tiene estas calidades.

Acorta los gastos, y lo que se fuera ganando, los pide cada día menores. No requiere más soldados de los que hoy hay en Chile, y no abarca muchas cosas juntas que se puedan embarazar unas con otras, porque se atiende a sola una fácil y particular obra en que consiste un sólo determinado fin, que será el cumplimiento y remate de aquella conquista, cuyo discurso de tiempo será breve. Conserva lo que está ganado sin necesidad de particulares presidios yendo siempre adelante en las ganancias con menos trabajos y más provechos que los pasados, y sin riesgo de volver atrás. Da tiempo oportuno para que se rehagan y vuelvan sobre sí los vecinos y demás moradores de aquel reino. Asegura, finalmente, a los indios encomendados, alivio y descanso en sus usados trabajos, y que el corto tiempo que durase la guerra, ha de ser sin recelo de hambres, porque en general ha de haber abundancia de bastimentos, cuya falta ha aniquilado y abatido siempre aquella milicia. Todo esto ofrece el mudar el estilo que ahora se tiene en aquella guerra, según que iré declarando y disponiendo adelante, habiendo desengañado primero de las cosas que mas impiden aquella conquista.



DESENGAÑO PRIMERO

CUÁN GRANDE ENGAÑO ES EL ESPERAR DE LOS INDIOS FIJA Y ESTABLE PAZ

CAPÍTULO I

Causas de la poca estabilidad de las paces que dan los indios, y el engaño que de nuestra parte hay en procurarlas

Desde el principio de la guerra de Chile dieron muestra los indios de ser naturalmente cautelosos supliendo con estratagemas y engaños todo lo que les faltaba en armas, industria, destreza y prática de soldados, para competir con los nuestros. Y aunque en muchas cosas han llegado ya a correr con ellos parejas, y en otras a tener las ventajas, perseveran todavía en dar sus falsas y engañosas paces por la experiencia que tienen de los muchos provechos que se les siguen dellas. Pero en viendo que han conseguido los fines que pretenden, con facilidad y sin ocasión alguna las rompen, como la experiencia nos lo ha mostrado muchas veces. Y no se puede esperar otra cosa destos indios, porque como no dan rehenes, ni tienen de qué darlos, para que se pueda tener alguna confianza, que por ellos hagan de sustentar paz, ni tienen que temer castigo que les cause escarmiento por no podérseles ir a hacer a sus tierras por su fortaleza (demás que no están juntos en ellas para poder ser hallados) ni tener pueblos en que se les puedan hacer daños, vienen a quedar estas paces como prendidas con alfileres en sólo el albedrío de los indios que las dan; y como ellos no tienen fe, ni guardan ley, ni saben qué cosa es honra, sino que su profesión es como la de los gitanos, fundada solamente en engaño, no se puede hacer fundamento en su palabra; y así necesariamente han de ser las paces tan quebradizas y poco estables. De aquí se colige, que así como la poca seguridad destas paces es por defecto de los indios, así el hacer fundamento en ellas ha sido y es por culpa de los que de nuestra parte las pretenden, pues creen que las han de sustentar aquellos inconstantes bárbaros, principalmente habiéndoles manifestado, como he dicho, la experiencia en tantos desengaños y daños recibidos debajo de la capa de las paces el poco crédito y seguridad

que hay de parte dellos. Así que podemos decir que no son los indios los que nos engañan, sino que nosotros queremos engañarnos, puesto que si llegando de nuevo un gobernador a aquel reino, preguntase al cacique de la primera provincia que le diese la paz, si la había dado su parcialidad otras veces, y habiéndole (queriendo decir verdad) respondido que sí, le replicase: Pues ¿cómo os atrevereis a venir a dar esta paz y pensais que he de tener confianza que habeis de ser constantes en sustentarla si por consecuencia os habeis de haber rebelado otras tantas veces cuantas decís que habeis hecho amistad con nosotros? Podría volver a responder con mucha razón el cacique: Señor, la causa es porque aunque conocemos que teneis tan larga experiencia de nuestra poca estabilidad, también tenemos hecha otra tanta prueba de lo que perseverais en procurar nuestra paz, dándonos siempre tan nuevo crédito en el recibírnosla, como si fuera la primera. A lo menos en esta verdad no nos engañará el indio que quisiera decírnosla, y pudiera decir más los provechos que a todos se les siguen de las mudanzas de las paces y guerra, puesto que el tiempo que están rebelados gozan de andar en libertad y a sus anchuras, y de mil robos, lances y victorias que tienen de los nuestros, y que de la paz sacan todos los provechos y comodidades que diré. Y así cuando estando de guerra, ven que ya andamos más recatados de lo que ellos querían para sus lances, y que el tiempo les va consumiendo las herraduras con que labran sus tierras y las armas para sustentarnos la guerra, porque de nuevo nos volvamos a descuidar para hacer ellos de todo nueva provisión y mejorar y aumentar su caballería, ordenan que dé la paz alguna de sus parcialidades confiados en la certeza con que los nuestros la han de aceptar. Y diré los efectos que hacen con ella, para que se entienda el manifiesto engaño de todas las que nos dan.

CAPÍTULO II

Los daños que se siguen a los nuestros de las paces que dan los indios

El primer engaño con que comienzan a comunicarse los indios con nosotros, y la primera prenda que fingen nos dan de la fidelidad de su paz, es traernos sus caballos mostrando que se deshacen ya dellos, como de cosa inútil para su servicio, pues ya no los han de haber más menester para hacernos guerra. Pero los caballos que traen, son los que les parecen bastan para entablar su engaño, porque solamente son las achacosas yegüezuelas y defectuosos rocines; aunque para que la intención de su aparente paz nos parezca del todo sin doblez, traen entre ciento desaprovechados algún razonable caballo. Y no se ha de entender, que de los unos ni de los otros se deshacen de balde, porque no hay gitanos en feria, que mejor los sepan vender, abonar y regatear. Y como ordinariamente dan estas paces en la primavera, porque, para todo lo que intentan, observan los tiempos y sazones más a su propósito, y en esta los



soldados están a vísperas de salir a campear, como lo acostumbran allá cada verano, y temen el ir a pié por tierra tan áspera, vánse desnudando poco a poco de sus vestidos para proveerse en aquella nueva feria de caballos, y así unos dan por ellos los capotillos, y otros las capas pidiendo los indios mil impertinencias, y reparando en los colores, porque vienen a no querer las capas si no son azules, color que a ellos mas agrada, y aún les vienen a dar de secreto los soldados y particularmente los bisoños, cuchillos y machetes, hachas, dagas y espadas, sin reparar en el gran deservicio que hacen a Su Magestad, y en el grande daño que a ellos mismos redunda. Así que a la sorda se van vistiendo y armando los indios de nuestros propios vestidos y armas para contra nosotros, comenzando a dar los primeros caballos por herraduras hasta acabar en las mejores espadas, de suerte que no hay moros de galera, que así engañen a quien no los conoce, como nos engañan estos a quienes con tanto engaño llamamos bárbaros.

Y no está en sólo lo que he dicho este engaño de los indios, porque falta lo principal con que rematan su feria. Y para que se entienda digo, que en muchas de las paces que dan, dejan de industria sin comprender entre los reducidos un capitán valentón, el mayor cosario que se halla entre ellos pintándolo a los nuestros el más indómito de su tierra, y que anda solo por los montes sin quererse sujetar a la paz; y exajerando su obstinación en no querer condecender con lo que hacen todos los demás indios de su tierra. Y cuando les dicen los nuestros que por qué no lo prenden o matan, responden (aunque come y bebe cada día con ellos en sus borracheras) que le andan buscando, pero que no le pueden dar alcance. Al cual por lo que se me ofrecerá decir dél daré por nombre Paylamacho, así por darme más bien a entender, como por haber conocido en mi tiempo uno deste nombre, que en cierta paz que dieron los indios, hacía la figura que he dicho: habiendo, pues, dado alguna parcialidad de indios la paz, como en confianza della comienzan nuestros soldados a descuidarse, dejando los caballos en los vecinos pastos de los prados y vegas, comienzan los indios a hurtarlos, llevándose de cuatro en cuatro y de seis en seis y en mayor número, no sólo los mejores de los que ellos vendieron, pero entre ellos muchos muy buenos de los de nuestra caballería y ministros; y culpando los nuestros a los indios es de notar cómo se justifican y muestran inocentes con semblantes disimulados dando a entender que tienen pesar dello, y finalmente echan la culpa al Paylamacho que no dió la paz, diciéndole mil injurias; pero no dejan por ello de proceder en sus hurtos, hasta que nos han robado más caballos y mejores que los que ellos trujeron. En que se echará de ver si se han sabido bien entender en sus ventas o conchavos (como allá dicen), pues vuelven a cobrar lo vendido mejorando, y se quedan con lo que les dieron por ello tan sin remedio, que jamás se vuelve a cobrar dejando a nuestros soldados a pié, desnudos y desarmados.

Cuando se han pasado algunos días en entretener los caciques a los que de nuestra parte hacen pesquisa de sus caballos, con decirles que andan a los alcances de Paylamacho, y que ya una vez lo habían cojido y se les huyó, afirmando finalmente que no se les puede escapar, vienen los que

de los mismos indios tienen entre los nuestros algunos parientes cautivos de la pasada guerra, a tratar de sus rescates, los cuales concluyen a precio de otros caballos, y después de tener en su poder y libertad sus prisioneros, se van llevando los caballos que dieron por su rescate por el mismo estilo que los pasados, disculpándose a cada nuevo hurto que sucede, con Paylamacho, con que queda cerrada la puerta para que los dueños dellos no traten de cobrarlos.

Como de grado en grado van poniendo por obra los nuevamente reducidos, el intento de sus paces comenzando en el principio por cosas de menos interés para rematallas con la mayor ofensa que es de matar españoles, donde declaran mas abiertamente su traición, no tratan della por no espantar la caza, hasta haber tenido sus primeros aprovechamientos. Pero llegados ya a tiempo que los tienen concluídos, habiendo cargado de herraduras para cultivar sus posesiones, mejorando y aumentando su caballería, vestido sus personas de paño, que ellos mucho estiman, proveídose de armas desarmando sus contrarios para hacerles la guerra; y finalmente habiendo rescatado sus parientes prisioneros, y que ven que todo lo referido no se les puede despintar por tenerlo en lo seguro de sus montes, comienzan a ejecutar el principal intento de sus paces, que es llevar a los nuestros las cabezas.

Y como han menester poco los soldados de Chile para descuidarse, los que antes de la paz no osaban salir un paso de sus fuertes sin muy buena escolta, comienzan en confianza que los indios son ya amigos a menospreciar el recato, aborreciendo las enfadosas armas, y a salir a espaciarse desembarazados dellas, deseosos de la libertad, con una confianza tan grande, como si desembarcaran en España de alguna larga navegación. Y así cada uno se desmanda por su parte derramándose y dividiéndose unos a pescar, otros a emboscarse en el monte o carrizal a rematar cuentas a criados, otros a bañarse al distante río, otros a los prados a segar la yerba para sus caballos, y otros finalmente a la apartada laguna a lavar la única y singular camisa.

Los indios que en estos tiempos no dan paso en vano ni se duermen, como ven cuan a medida de su deseo les van correspondiendo sus designios, y que ha llegado la sazón de poder ya desvedar la caza de soldados que hasta aquel tiempo tenian prohibida, comienzan a seguir los rastros de los desmandados, encerrándose un día en el carrizal y otro en el monte, poniéndose a la espera, y así salpicando en diferentes partes, asaltan a los descuidados soldados. Por lo cual un día amanece uno sin cabeza que se atrevió a ir solo y sin armas a otro fuerte: pregúntase quien lo ha hecho, responden los indios que Paylamacho. Hállase otro día dentro del carrizal otro soldado descabezado: Dicen los oficiales del soldado a los indios que ellos lo han muerto, y responden fingiendo grande inocencia, que Paylamacho lo ha hecho. Pescan al otro pescando, y dánle mil lanzadas, y al otro en el monte. ¿Quién lo hizo? Paylamacho. Van nuestros indios de servicio a las casas de los indios de paz, que dicen son sus compañeros a cargar de hoja de maíz para pasto a los caballos, y después que les han llevado hurtado de sus amos todo lo que estos fingidos amigos han querido, para que les dejen cargar de la hoja, embo-

rráchanlos y por quedarse con los caballos que llevan, les dan la muerte cuando los ven dormidos, y hácese de nuestra parte una liviana diligencia para saber quién lo hizo, y de todo finalmente echan la culpa a Paylamacho. Desta manera van dando cabo de los soldados, quedándose los muertos por muertos, los delictos muchas veces probados sin castigo, y los malhechores seguros y aprovechados de los despojos. Y cuando ven que sus maleficios se van demasiadamente declarando, tratan de secreto para rematar la paz el día en que han de dar en todo lo descuidado a lo cual suelen acometer tan a un tiempo, como emboscada que sale de repente a enemigos sin recelo. En fin, se derraman y corren a una parte y a otra al descubierto, a donde mejor pueden ensangrentar la lanza, matando soldados, recogiendo caballos y ganados, y quitando las vidas a muchos españoles, que asegurados de la paz están con descuido derramados por diversas partes del reino, atendiendo a la cultura de sus campos. Y así se vuelve a dar principio a la guerra pasada, y se pone fin a la traidora tregua a que los nuestros, engañados de sus fingidas apariencias y demostraciones, dan nombre de paz. Estos son los principios, medios y fines que tienen las que dan los indios a Chile, en que se echará de ver cuánto mas barato nos saldría una declarada guerra, donde se conozcan los enemigos por enemigos, que una fingida paz donde los nuestros se descuidan para tanto daño con los falsos y disimulados.

Pero porque se ofrecen tres objeciones o dudas acerca de lo que he dicho, será necesario declararlas con sus soluciones. Es pues la primera duda. Que si es tan extraordinario el dar sus paces los indios con la cautela que he mostrado y se tiene dello tanta experiencia, o por qué las procuran y se las quieren recebir los nuestros?

La segunda que ya que se reciben, ¿por qué se hace tanta confianza de indios, de quien se tiene sabido los efectos de sus pasadas paces y rebeliones?

Y la última. Que si las paces las dan los indios con tan falso intento, ¿cuál sea la causa que van con los españoles a hacer entradas en las tierras de guerra, y que en su ayuda se muestren muy crueles contra los rebelados pues mal se pueden compadecer estos, con haber de volverse con ellos mismos en rompiendo la paz que han dado a los nuestros.

CAPÍTULO III

Causas del engaño que hay de nuestra parte en procurar que los indios den la paz

Para satisfacer a la primera duda, digo, que desde que se dió principio a la conquista de Chile, todos cuantos Gobernadores se han enviado a ella, han ido siempre con una particular orden de procurar acabarla por vía de paces, obligando a los naturales a reducirse por buenos y suaves medios o por fuerza; y como esta especial comisión siempre se ha observado en aquel reino, todos han procurado que den la paz los indios.

Fuera de que como los españoles encomenderos de Chile tienen sólo puesta la mira en el interés del gozar del servicio de los indios, engáñalos la esperanza de que mediante la paz, han de poseer con quietud lo que tuvieron, y que se les aumentarán las haciendas con el tributo de sus rebelados indios, que volvieren a reducirse a su deseada paz, y así todos procuran que la den. Es también causa del engaño que hay en los nuestros de procurar las paces de los indios, la esperanza que tienen de que como en otro tiempo las dieron, harán lo mismo ahora, mas no advierten que entonces no eran tan soldados, ni tenían las ventajas tan conocidas que ahora tienen. Ayuda también a este engaño el parecerles que como por vía de paz se señorearon todos los demás reinos y provincias del Pirú, que siempre han permanecido en ella, sustentándola los indios con tanto acierto, que lo mismo ha de ser en aquel reino, sin discernir la diferencia que hay de indios a indios, y de tierras a tierras; puesto que es cosa natural ser siempre mucho mas belicosos los hombres de tierras ásperas o montuosas, que los de las llanas, y aquellas mucho mas fáciles de defender, que de conquistar, según se lo manifiesta claramente a los nuestros la misma experiencia, pues al cabo de tantos años que han trabajado en aquella conquista, no han ganado más tierra que el que en grande raudal nada agua arriba, porque los ha vuelto la corriente al lugar donde dieron la primer braceada, que es donde agora se hallan, y estos son los daños y pérdidas que todos saben.

Demás desto, como no solo los Gobernadores, pero los ministros y capitanes cuando andan con algún campo a su cargo, o están en los fuertes de las fronteras, pueden recibir las paces, y todos saben la comisión y orden que, dije, hay desde el principio de aquella guerra, hace cada uno por su parte gran ostentación en cual pone mas indios de paz, representándolo por servicios los ministros y capitanes con los Gobernadores y Virey, para que los galardonen con repartimientos, rentas y lanzas, y los Gobernadores con Su Magestad proponiendo el fruto que hacen en su real servicio, y en el efecto a que fueron allí enviados, y de aquí principalmente nace el procurar y recibir las paces que dan los indios. Y es de manera, que hay algunos caudillos que no mirando a más que a tener servicios que representar, como he dicho, solicitan y reciben paces en cualquier ocasión, como yo he visto algunas veces ir marchando campo por algunos valles, cuyos indios estaban de guerra; y queriendo descargar el bagaje para hacer noche, llegar en tal tiempo un pobrete indio al caudillo y decille: Capitán, el cacique deste valle dice, que te salgas luego dél, y no le cortes sus maíces, que él irá mañana a donde estuvieres a darte la paz. Y por solo el dicho de un tal embajador, manda luego tocar a retirar y cargar el bagaje, sin consentirse cortar una espiga, los soldados muertos de hambre, dejando la comida hallada y cierta por ir a bucar de nuevo la dudosa, por solo la codicia de aquella tan imperiosa paz. Y así como esta, se reciben otras muchas, demás de las que dije, aunque se ve cuan dañosas son, y que no dura más el tiempo que las sustentan los indios del que tardan en coger y poner a salvo sus maíces y demás frutas de sus sementeras; con que se quedan riendo de ver cuan como a bobos o verdaderos bárbaros nos engañan cada día.

Pero no por esto dejan de ser los servicios dignos de recompensa, consideradas las dificultades y casi intolerables trabajos con que se hacen. De los cuales, hecha comparación a los de Flandes, doy como quien ha experimentado unos y otros, la ventaja a los de Chile, aunque guerra de menor máquina. Y para prueba desto bastará que se considere la diferencia que hay de la guerra que se hace ordinariamente de noche, y no en cualquiera, sino en las que son mas lóbregas y tempestuosas, para más asegurarse los enemigos y hacer mayores efectos en el reino más áspero de aquel nuevo mundo, y en nada ayudado con humana industria o arte, a la que se hace comunmente de día en las más llanas provincias de Europa, cuales son las de Flandes. Y pues el premio es siempre debido al trabajo, síguese que el que más trabajará, más lo merecerá, cuando el tal trabajo se pone en aquello que se ordena. Y no obstante que los servicios se logren mal, pues el efecto no está en los que ponen en ejecución la obra, sino en los que informan a Su Magestad y a su Real Consejo; pues, sin mirar primero con prudencia la calidad de la empresa, y por qué camino se debe emprender, y sin discernir su dificultad, facilitan lo imposible, como, por ejemplo, si un príncipe o capitán general mandase acometer alguna temeraria empresa donde o sucediese pérdida, o el suceso fuese infrutuoso, en tal caso ¿qué culpa tedrían los soldados, si en la ocasión hiciesen su deber en los que les fué mandado? Así de la misma manera es sin fruto cuanto trabajo se pone en la conquista de Chile, pues se procura darles fin persiguiendo y acosando los indios para obligarlos a que den la paz que jamás han de sustentar; pero ¿por qué no serán dignos de premios los ministros y soldados de aquella guerra? pues por la orden que se les tiene dada de procurar que los indios den la paz, trabajan eternamente en aquella contraria tela de Penélope. que cuanto se teje de noche se desteje de día.

Con lo que he dicho habré respondido a la primera objeción de la causa por que porfían los nuestros en pretender y querer recibir las paces de los indios, teniendo tanta experiencia de la cautela con que siempre la dan. Y concluiré con decir, que todas serán falsas y engañosas, si no son las de aquellos indios cuyas tierras están en nuestras mismas fronteras y entre los nuestros. Porque éstos perseveran en la paz, por la necesidad que tienen de gozar de sus tierras y no ir a pedir su sustento a otras ajenas, donde son tratados como forasteros, y lo principal por ser tierras menos fuertes para podellas ellos defender (de donde también nace gran parte del engaño del pretender los nuestros que por consecuencia den las otras provincias la paz, porque no consideran lo que se aventajan en fortaleza a las tierras que se conservan en ella); pero de los demás no se puede esperar que hayan de tener confianza ni firmeza en sus paces; porque poco conocimiento tiene de la perversa naturaleza de los indios de Chile, el que se persuade que por afición o amor sustenten sin fraude cosa que nos convenga, sino es constreñidos de necesidad y a más no poder, porque les está bien tomar tal partido.

CAPÍTULO IV

Causas del engaño que tienen los nuestros en hacer confianza de los indios que dan la paz

A la segunda objeción de la causa por qué se hace tanta confianza de los indios, pues se saben los efectos de sus paces, digo, que esto nace del uso que hay de querer los que las reciban, que se tengan por fijas y buenas, como cosa adquirida por obra de sus manos. Fuera de que aquí como en cada provincia de indios que dan la paz, hay un Paylamacho a quien atribuyen los indios todos sus delictos, según dije, así hay entre los nuestros dos Paylamachos que son los farautes o lenguas de nuestro campo, a los cuales me parece que no cargaré la conciencia en dar la culpa de cuantos daños cometen los indios en las paces que se les reciben, y de la perniciosa confianza que dellas hacen los nuestros. Porque estos Paylamachos son los enemigos domésticos asalariados que tienen nuestros españoles en aquel reino, y los que entretienen, dilatan y sustentan la guerra y abonan las paces, con sus embaimientos, las hacen leales y buenas a fin de conservarse en sus provechosos cargos, trayendo encantados a los gobernadores y caudillos con sus artificiosos embustes. Cada paz, dicen, que aquella ha de ser la buena y la fija, y que no es como las otras, y si se recelan los nuestros de los indios dicen que es darles avilantez para que sean malos, viendo que desconfiamos dellos. Dicen a los soldados, que pueden ir libremente por donde quisieren, para que vean los indios que ya todos somos unos, y que estimamos aquella por verdadera paz, y aún reprenden y culpan al que ven que no del todo se fía dellos, y dicen que los indios se corren y avergüenzan dello. Y finalmente cuando los que han dado la paz se rebelan haciendo los daños que he dicho, se disculpan estos Paylamachos diciendo, que los indios muy de veras habían dado la paz, pero que los nuestros les dieron la ocasión para rebelarse; porque algunos se recataban dellos, o porque el otro soldado quitó a un indio una cesta de frutilla, y por cosas tan livianas como estas. Y como estos Paylamachos con su artificioso modo con que se gobiernan, han adquirido entre nuestra engañada gente el crédito que los hechiceros entre los indios con sus embustes, viene a ser esta una de las principales causas que obligan a los nuestros a hacer la confianza que hacen de los indios que dan la paz.

Para responder a la tercera y última objeción en que se duda, que cómo es posible que den los indios la paz con tan falso intento de volverse a rebelar, si van con nuestros españoles a la guerra a ayudarles haciéndola cruel a los rebeldes, digo, que es cierto que van con los nuestros todos aquellos a quien se les da la tal orden; pero se ha de entender que los que entre todos muestran ser leales amigos, son aquellos indios que viven en sus legítimas tierras más propincuas a nuestras fronteras y entre los nuestros. Porque como están determinados ya (según he dicho) a sustentar la paz por pura necesidad de gozar sus tie-

rras, y no ser tratados de las ajenas como forasteros, y principalmente porque ven que no son tierras fuertes para poderlas defender los nuestros y conservarse en ellas rebelados como los demás indios; y así han echado la cuenta como hombres constreñidos de tal necesidad, a perpetuarse en nuestra vecindad y amistad, son los que con veras procuran acreditarse con los nuestros por buenos y leales amigos; y como en lo que pueden hacer dello más prueba, es en mostrarse verdaderos enemigos de los rebelados, son contra ellos crueles, y así van con los nuestros a la guerra, y viene a tener Su Magestad en ellos buenos y baratos soldados, tales cuales los requiere aquella guerra y se van empeñando cada día más en la enemistad de los rebelados con los daños que les hacen, como hombres que están determinados a no rebelarse ni irse a hacer vida con ellos. Y así fundado en esta razón, propongo al fin deste tratado la mucha que hay para que Su Magestad conceda a éstos tales amigos las baratas franquezas y privilegios que allí digo, para acabar más presto con su inexcusable ayuda aquella conquista.

Los demás indios que no tienen las forzosas causas que estos que he dicho para sustentarse en nuestra amistad (en lo cual advierte poco allá nuestra gente) que son los indios más distantes de nuestra frontera que habitan tierras fuertes dispuestas para con más facilidad poderlas defender, el cual argumento bastaba para que no se les recibiesen sus paces, y que para que las sustenten, es menester sustentar sobre ellos costosos presidios de soldados, estos tales el tiempo que permanecen de paz van cuando se lo mandan con los nuestros a la guerra, así como los que dije primero: pero hacen esto tan de falso como lo muestran los efectos que hacen; pues por maravilla matan indio en ella, aunque para acreditarse y dar muestra que nos ayudan toman algunas indias y muchachos prisioneros, porque saben que se han de rescatar con cualquier rocín por el mal uso que han introducido los farautes. Y de aquí nace el engaño de los que piensan que de véras son nuestros amigos, porque en esta cautela no se repara allá lo que se debría, y aún se hace destos indios más confianza de la que sería razón. Aunque el Gobernador Alonso de Ribera, como cuidadoso y advertido soldado, los tuvo siempre por tan sospechosos que con señalado recelo cuando andaban con ellos por las tierras de guerra me encargaba, por ser yo a la sazón sargento mayor de aquel reino, que no me olvidase de ponerles cada noche particular cuerpo de guardia con sus rondas y centinelas arrimado a su cuartel, el cual se les acostumbra siempre a situar a un lado de donde se acuartelan y hacen noche nuestros españoles, y aunque casi todos en aquel reino se dejan engañar con sus paces por las razones dadas, con todo ello tienen en aquella guerra tan diferente fé en ellos que en los indios amigos que dije primero, que se puede comparar a la diferencia que hacen todos los príncipes para sus guerras en el fiarse más de los soldados de su propia nación, que de los de las ajenas, no obstante que a los unos y a los otros sustentan en sus ejércitos y se les da su sueldo. Y con esto queda absuelta la última objeción.

CAPÍTULO V

Cautelas con que dan siempre los indios sus paces

Menester sería convertir este *Desengaño* en no pequeño volumen, si hubiese de referir en particular las tramas y estratagemas de que usan aquellos indios en sus engañosas paces, pero de lo que dijere se podrá conjecturar el artificio de sus cautelas. Muestran particularmente lo mucho que penetran con sus entendimientos (aunque inclinados al mal) cuando vienen por embajadores de parte de alguna provincia que dicen quiere reducirse a nuestra amistad, y cuando algunos caciques fingen venir a dar la paz, y asimismo cuando otros particulares indios nos dan a entender se vienen a gozar della entre los nuestros por no poder vivir entre los suyos. Porque en estas ocasiones para probar lo que pretenden y persuadir lo que intentan hacen tales argumentos que bastan a engañar aún a los que más experiencia tienen de sus cautelas; y así cotejando su bruta vida con su elocuencia y modos de orar es esta una de las cosas que más admiran a los que llegan de nuevo a aquel reino si notan lo uno y lo otro. Porque en su oración, dividiendo las partes de sus materias, usan de tan elegantes términos y razones, como si hubieran salido de las escuelas de Aténas, unas veces disculpándose y otras probando cuánto mejor les está nuestra amistad que el uso de la trabajosa guerra, acompañando sus razones ya con voz lastimosa, ya con lágrimas y con demostraciones y semblantes, que bastan, como digo, a engañar a los más recatados. De manera que por su mucha agudeza de ingenio, rehuso el darles a estos indios títulos de bárbaros. Algunas de las razones y términos que usan en tales tiempos, según que oí a algunos embajadores que vinieron a ofrecer paz de parte de sus caciques en los fuertes que tuve a mi cargo, son éstas:

«Capitán: Los caciques de mi provincia con todos sus indios dicen, que nunca han tenido más de un corazón con los cristianos tan bien intencionado, que muchos días se hubieran venido a dar la paz, pero que lo han dejado de hacer por falsas relaciones de los que les certificaban que usábades de tanta crueldad con los que se venían a reconciliar con vosotros, que les cortábades los piés, y les hacíades amasar barro con las rodillas para hacer tejas y adobes. Mas como ya están desengañados, por haber mostrado lo contrario la buena acogida y tratamiento que hicistes a los indios cuyuncheses, que os dieron poco ha la paz, determinan venir todos a dárosla; porque estamos cansados de andar como raposas por los montes, huyendo de vosotros, donde no tenemos lugar seguro, ni sabemos qué cosa es un día bueno, y todos suspiramos acordándonos del buen tiempo que perdimos, cuando estábamos de paz. Y de habernos apartado della fué por culpa de algunos mozos livianos, inquietos y revoltosos, promovedores del mal que hemos experimentado en andar fuera de vuestra obediencia, por cuyas culpas padecen los que no las tienen, y aún no dejamos de ser molestados destos insolentes.»

En semejantes razones hacen demostración de los efectos que he dicho, y cuando se les ha respondido a todo, piden algunos destos embajadores a la despedida les hagan disparar algunos mosquitos (que así llaman a nuestros mosquetes) para que puedan decir en su tierra la honra que les han hecho. Y aunque es verdad que ellos estiman esta salva, hácenlo muchas veces para que mejor se crea, que el negocio que han tratado ha sido sin doblez, o para poder decir a los suyos cuan bien asentado han dejado su engaño a que son enviados. Desta manera dejan al capitán con quien han tratado con la duda a que obligan tales embajadas. Y digo duda, porque algunas veces suelen tratar con veras lo que otras mil con fraude, si bien es verdad que las veras al cabo también se convierten en engaño cuando rompen las paces que dan. Otras veces suele ser su venida a reconocer el fuerte y los soldados y armas que tiene, para ver si hay comodidad para acometerlo, o lugar donde hacer emboscada cerca dél [1]. Y para dar alguna muestra de los muchos engaños que usan estos cantelosos indios en venir a dar sus paces, referiré el suceso de una que fué a dar un cacique a un fuerte no léjos de otro que yo tenía a mi cargo, donde aumentó la hazaña de la cautela del indio el haber podido engañar a uno de los capitanes más cuidadosos y recatados de cuantos había en aquel reino y antiguo en él, llamado Gonzalo Becerra.

Residiendo el capitán Becerra en su fuerte en un valle llamado Guenoraque, llegó un día un cacique del mismo nombre del valle, y que era señor dél, acompañado de todas sus mujeres y hijas, y de cerca del fuerte dijo a los centinelas que quería hablar al capitán, que se lo llamasen porque era el cacique de aquel valle que venía a darle la paz. El capitán viendo que venía acompañado de mujeres y algunas muy niñas salió con sola su espada muy confiado a hablar al cacique. Abrazólo el indio con gran demostración de amor diciéndole, que venía a darle la paz, que había muchos días que lo deseaba por vivir en su natural tierra y ser amigo de los cristianos, y que no había podido hacerlo antes por temor de los indios de guerra, y no poder sacar de sus tierras toda su familia, pero que habiendo hallado oportuna ocasión entonces a causa de que todos los indios de la tierra a donde vivía, se habían ido a juntar a una borrachera, lo había puesto en ejecución, y que era grande el contento que tenía de que se le hubiese cumplido un tan gran deseo. Habiendo divertido al capitán con estas razones tan de su gusto que le iba diciendo, porque ya he dicho atrás las causas por qué solicitan tanto los tales capitanes las paces de los indios, lo fué poco a poco apartando del fuerte no mas lejos que un tiro de ballesta dél hasta cerca de una barranquilla cerca de un río que por allí pasaba. Asentáronse en ella los dos solos asegurado el capitán de la fidelidad que mostraba el indio en las mujeres que consigo traía, y asimismo los oficiales y soldados del fuerte, por lo cual los dejaron ir solos aquel poco espacio. Comenzaron la mujeres en-

1 *Al margen se lée:* El gobernador Alonso de Ribera por tal respeto dió orden que metiesen los nuestros en los fuertes a los tales embajadores con los ojos vendados, como se acostumbra donde hay guerra a meter en los cuarteles o tierras a los atambores o trompetas del enemigo cuando vienen a tratar de algún rescate o otra cosa.

tretanto a cortar ramas, y a hacer escobas para barrer, como que ya limpiaban el sitio donde habían de hacer las barracas de su vivienda, y entonces dijo el cacique al capitán: Señor, el corazón se me quiebra acordándome del tiempo en que con mis mujeres y hijas vivía en aquel llano, que ahora están barriendo para reedificar mi casa. Y diciendo esto, mostró enternecerse de suerte, que derramaba algunas lágrimas. Movióse el capitán a compasión, porque el cacique era hombre de edad, y no hay lágrimas en canas que no enternezcan, y consolándolo con algunas razones, le prometió todo buen tratamiento y que lo defendería de los indios de guerra. Agradecióselo el cacique, y finalmente le dijo que dejaba algunos de sus indios cortando los palos de que habían de hacer las barracas, y que no tardarían en venir a comenzar a fabricarlas, y que le rogaba que en aquel sitio llano donde habían de hacerse, le mandase poner una muy grande cruz (decía esto, porque sabía que en los pueblos de los indios acostumbran los españoles por orden de los obispos a ponerles una muy alta cruz), y así le hacía en ello instancia para fingir más su cautela. Viendo, pues, el cacique que había ya traído su intento a la sazón deseada para ejecutar su traición, se quitó el sombrero de la cabeza, que era la contraseña que había concertado con los centinelas de una emboscada que había dejado detrás de unos cerros no distantes de donde él se hallaba con el capitán. Estaban los centinelas pecho por tierra acechando por la ceja del cerro, y como vieron la señal, dieron al punto aviso a la emboscada y así salieron de tropel a toda rienda por un lado del cerro más de cien indios de a caballo con buena tropa de infantería, y casi en un instante atropellaron al capitán. Dióle un indio de a pié tan grande macanazo en la cabeza, que lo tendió en el suelo, y fué cosa nueva en semejantes ocasiones de llegar los indios a tener español entre las manos, el no cortarle luego la cabeza para triunfar y cantar con ella victoria como acostumbran. Tocóse en el instante arma en el fuerte, y fué el primero que salió el alférez, valiente soldado, llamado a lo que entiendo Arce, y tras él los arcabuceros que más presto pudieron tomar las armas. Metióse el alférez entre los enemigos, y peleó tan valerosamente en defensa de su capitán, que hizo que le soltasen los que se lo llevaban, aunque lo tuvo por muerto. Fué luego socorrido de un cabo de escuadra llamado Francisco Calvo, y de otros que venían disparando algunos arcabuzazos, y así se fueron retirando los enemigos con su cacique, llevando delante las mujeres, y dejando al capitán sin espada, sombrero y calzones, y con la cabeza abierta del macanazo, aunque no muerto por el esfuerzo de su alférez. Túvose a milagro que viviese, aunque por algunos meses quedó sin juicio; pero yo le dejé ya con él en la ciudad de Santiago con media cabeza hundida del macanazo, y no poco corrido de que hubiese sido más el engaño del cacique, que su mucho recato. Pero no hay de qué maravillarse, porque aunque se dice comunmente que el buen capitán no ha de decir jamás, quien tal pensara, pudo si esto es regla general para en todas ocasiones, ser su excepción la del engaño deste indio.

CAPÍTULO VI

Pruébase que en Chile nunca habrá fija ni segura paz

Con el ánimo, intención y cautelas que he referido, ofrecen y dan los indios sus paces; lo que es de maravillar es, que no sea fácil de persuadir a cuantos han visto sus efectos, que hayan de ser todas falsas y engañosas, pues lo muestra tan claramente la experiencia madre del desengaño. Demás de que, ¿qué rehenes pueden dar los indios que los obliguen a permanecer en la paz, siendo gente tan miserable y inconstante? Ni ¿qué yugo o freno se les pueda poner en tierra tan fuerte que baste a tenerlos sujetos y seguros, donde los mandaren poblar como es costumbre para poderse tener algún servicio o provecho dellos? Y supuesto que dada la paz poblasen para volver a despoblar y irse al monte a todas las horas que quisieren, ¿quién se lo ha de estorbar, pues están tan ciertos de no tener que temer para ponerlo por obra, cuanto seguros de no errar el camino de sus montes? Y no habiendo de poseer estos enemigos posesiones, cuyos frutos no sean tan ajenos, cuanto suyo el trabajo de la labranza, ¿por qué se habían de detener en tierras tan odiosas regadas con su sudor, y olvidarse de las de sus montes y valles, que les son tan naturales como a los pescados el agua, y tan alegres y deleitables como significaré? Pues viviendo en sus montes, divididas y apartadas las familias, en la diversidad de sus amenos valles y quebradas, gozan a sus anchuras con mil comodidades de cuanto puede apetecer no solo bárbara afición, pero cualquiera otro humano deseo de acertado gusto. Porque si el mío no es estragado, puedo decir con verdad que todas las veces que he pasado por sus valles, he hallado tanto en qué recrear los sentidos y ánimo, que para gozar de una vida muy deleitosa, no hallaba otra falta, sino la de los amigos. Y de aquí les nace a los indios el tener notable afición a estos paraísos, fuera de la que naturalmente tienen todos los hombres a las tierras donde nacieron y se criaron. Y no sólo a cada uno por entero, pero al arroyo, a la fuente, a la ribera, al soto, a la arboleda, al lago, hasta a los riscos y peñas tienen increíble cariño y amor, porque cada cosa destas les causa apacibles gustos y pasatiempos. Y para significar en suma en cuánta estimación tienen los indios tales viviendas, bastará decir que se vé muchas veces, tomando en ellas los nuestros algunos prisioneros, y viendo ellos que los sacan de aquel tan su amado distrito, pedir con mucha instancia que si los han de matar en otra parte, que los priven de la vida en su tierra, y no los lleven fuera della a morir a otra ninguna, echándose para esto en los suelos, y haciendo otras mil exclamaciones para que les sea concedida su petición.

Al contrario de lo que tengo dicho, les es enojosísimo el haber de vivir congregados en pueblos cuando están de paz, porque los obligan a que estén, no donde puedan tener alguno de sus desamparados recreos, sino en tierras llanas o pelados collados, donde sean útiles para las labranzas; y también porque viviendo juntos, hay entre ellos tantos celos

y otras familiares pasiones y rencillas, como gente que carece de justicia y leyes, que cada día se dan venenos unos a otros, especialmente porque tienen entre sí muchos hechiceros, que siempre fomentan sus discordias y bandos. Y como tienen creído por cosa infalible que entre ellos no hay muerte natural, quiero decir por dolencia, y por lo cual no se maravillan de las muertes de los que ven morir de heridas y de otros violentos casos, no muere ninguno de enfermedad que no digan los suyos que le dieron ponzoña o bocado (como allá dicen), y que de aquella vino a morir porque naturalmente no podía; y así esta vana creencia es ocasión de las muchas discordias que he dicho, por hallarse juntos en pueblos. Y esta es una de las razones que ellos alegan, para rehusar el juntarse con ellos por ser grandes hombres en saber alegar de su derecho. Pero aunque vivan divididos y apartados por los valles, sin comunicarse en ellos, no por eso se desengañan de su error, viendo que mueren muchos sin haber tratado con vecinos de quien tener sospecha que los pudieran haber atosigado; porque como su ordinario solaz y fiesta es irse a congregar en sus bailes y borracheras en deleitosos lugares que para ellos diputan, siempre tienen ocasiones de sus sospechas, y así vienen a permanecer en su bárbara opinión, la cual no terná fin en tanto que durare su beber. Así que rehusando tanto los indios congregarse en pueblos, y teniendo tanta afición a sus amados montes y abierto siempre el camino para volverse a ellos, no se puede esperar que hayan de perseverar jamás en paz; pues della se les sigue el daño que aborrecen, y pérdida del bien que aman, como tengo dicho.

Demás de esto, cosa averiguada es, que si han de dar general paz los indios ha de ser o de su voluntad o por fuerza. La que dieren de su voluntad, no hay razón que persuada que haya de ser durable, pues no es creíble que haya gente en el mundo, que con buen intento se ofrezca a querer estar sujeta a extranjeros, y en particular entiendo que son los indios de Chile por razón de ser criados en vida tan libre, los que sobre todas las naciones del mundo más aman su libertad y el no sujetarse a nadie; pues aún de su misma nación no admiten quien los gobierne, ¿cuanto, pues, menos se sujetarán a la nuestra, siendo tan diferente y ajena de sus costumbres y lengua? Mayormente que como saben que no los buscamos sino para darles preceptos y doctrina de religión, cosa que tanto aborrecen, y para servirnos dellos quiérennos mal como a perturbadores de su tan agradable libertad.

Y si han de dar la paz por fuerza a poder de malas obras, con destruirles sus comidas y perseguillos y molestarlos en sus tierras, ¿qué gente desdeñada habrá que persevere con voluntad en obediencia de sus ofensores reducida por tal estilo? ¿Ni qué buen efecto se puede esperar de lo forzado y traído como por los cabellos y más poseyendo estos enemigos tierra tan fuerte? Así que de todas las diferencias de paces que dan los indios de Chile, se ha de entender que son engañosas, falsas y limitadas, tanto las que nos dan de su voluntad, cuanto las que nos dan por fuerza; porque o han de ser con la cautela del intento de procurar con ellas de nosotros los medios para sustentarnos más largamente la guerra, como dije arriba, o para quitarnos las vidas, aunque también lo

primero va encaminado a tal fin. Mayormente que no puede haber crédito de firmeza para que no niegue cada día a sus enemigos gente que con tantas veras y voluntad se junta y arma contra nosotros todos de un ánimo y corazón, sin rey ni caudillo, y que también tantas veces niega no sólo a sus amigos y a su misma nación, pero a sus más cercanos parientes, pues muchos se pasan entre nosotros sólo a fin de tomar venganza dellos, y muchas veces movidos de cualquiera liviana comodidad, desde donde les hacen cruel guerra como gente cruel, vengativa, inconstante y desleal. Pues si a los suyos y a su misma sangre no guarda fé esta desconocida gente ¿en qué fundan los advenedizos que hayan de tener con ellos particular lealtad? Y conociendo esto los nuestros, con todo ello ha ya tantos años que afanan procurando con tanta solicitud y trabajo sus tan quebradizas y aparentes paces, persuadiendose siempre con tanta ceguedad de que algún tiempo han de ser fijas y estables.

De que tengan aquellos bárbaros tales calidades o condiciones, si bien se mira, no nos debríamos maravillar, pues las han mamado (como dicen) en la leche y criádose con ellas; y vemos en todos los hombres, que las cosas que más aprenden y toman de corazon, son aquellas en que se crian y en que imitan siempre a sus mayores, cuyo vivo ejemplo tienen contínuamente delante de los ojos, y que aquellas abrazan, defienden, desean, apetecen y buscan por la gran fuerza y poder que tienen en la vida humana el uso y costumbre, particularmente las de la educación. Lo cual aún en los brutos se verifica, pues vemos la diferencia que hay en la fiereza o mansedumbre de los domésticos tratados y criados entre gente, a los bravos, campestres y selvajes, no obstante que sean unos y otros de una misma especie. Así que esto mismo se ha de considerar de los indios de Chile, porque como no son criados en repúblicas ni escuela de leyes y preceptos de justicia, piedad y equidad parece que no saben hacer distinción entre el bien y el mal, y que no tiene la ley natural algún poder con ellos, como hombres que han vivido sueltos y libres, siguiendo sus apetitos en los ásperos montes en compañía de las fieras, y así convertidos en su naturaleza corresponden a ellas en sus obras. Con esta consideración se pueden quietar y no maravillarse aquellos a quien les causa gran admiración de que los indios sean tan crueles, de que no tengan palabra, de que sean ingratos y no conozcan beneficio, de que sean cautelosos, de que se huiga el esclavo a quien se le hacía buen tratamiento, y finalmente de que rompan las paces y se rebelen, y de que nos aborrezcan y tengan por enemigos, como a gente tan disconforme a sus costumbres, y que les va con violencia a perturbar su libertad y viciosos deleites; pues en todo siguen las leyes que aprendieron en la rústica vida donde nacieron y criaron, y las que los van dejando como en herencia sus padres. Y así se podrá decir, que en hombres tan brutos y no del todo racionales, no es posible hallarse los mismos efectos que en los que lo son, con los cuales es muy grande yerro el quererlos igualar.

Lo que deste punto se podrá colegir es un conocimiento claro y evidente del tiempo que se pierde caro y peligroso, y del perjudicial engaño que hay en pretender acabar los nuestros la conquista del reino de Chile

por vía de reducir los indios a general paz por fuerza o por grado. Porque aunque el ponerlos de paz (cosa que es dificultosísima), sea posible puestos los medios de las fuerzas necesarias para ello, no lo será jamás de que los indios la sustenten segura y fija, y que deje de haber guerra hasta el fin del mundo.



DESENGAÑO SEGUNDO

CON CUANTO ENGAÑO ADMINISTRAN SU OFICIO LOS FARAUTES QUE SUSTENTA ASALARIADOS NUESTRA GENTE DE GUERRA

CAPÍTULO I

Origen de los farautes, y cuán gran engaño fué el haberlos introducido mestizos

Para obligar a los indios de Chile a que se fuesen reduciendo de paz (que ha sido el vano medio por el cual se ha procurado siempre señorear aquel reino) hubo de nuestra parte en el principio de aquella guerra necesidad de criar y sustentar intérpretes de la lengua de los indios, para que pudiesen persuadirles nuestra pretensión y declarar a los nuestros sus respuestas, embajadas, designios y voluntades; y que juntamente fuesen también prácticos de las provincias y valles en que se divide aquel reino, para guiar y encaminar nuestro campo los veranos, en los cuales ha acostumbrado siempre a discurrir por las tierras de los indios de guerra para obligarlos a dar la paz con destruirles sus sementeras,

La elección, pues, destos intérpretes, pudieran los nuestros haberla hecho, así de españoles criollos como de mestizos, pues las condiciones referidas se podían hallar en los nuestros en Chile, también lo eran los españoles criollos, y por ello no menos antiguos soldados de aquella guerra, para tener conocimiento della, y que si los mestizos tenían plática y conocimiento de las costumbres y lengua de los indios, ninguna ventaja hacían en ello a los criollos. Y aún mirándose a otras calidades y partes buenas que se habían de considerar para anteponerse la una destas dos diferencias de personas para tal oficio, claro es que se había de hacer elección de los criollos, pues por ser españoles legítimos por razón de ambos padres, (especialmente si se escogieran personas de calidad) es cierto que se habían de hallar en ellos las tales partes mejor que en los mestizos, los cuales por lo que participan de indios, heredaron el ser no menos faltos de verdad que los mismos indios, y el ser de ruines inclinaciones, en las cuales descubren bien a la clara el paren-

tesco que con ellos tienen, aunque sean hijos de españoles nobles y ilustres; así como vemos en España lo poco que se aventaja entre los demás mulatos el que tuvo por padre caballero muy conocido (como los ha habido y hay) pues en fin es estimado en lo que los demás mulatos. Y la razón es, porque en la sangre de las indias y negras que conciben y crían a los mestizos y mulatos, se enturbia la de los que los engendran, por muy clara y limpia que sea.

Así que no siendo menos aptos o suficientes para el oficio de farautes los españoles criollos que los mestizos de aquel reino, y siendo aquellos de mas confianza y verdad que estos, con todo ello en el principio de aquella guerra se introdujeron mestizos y no criollos en el tal cargo, sin considerar cuan importante es, y que todo él es oficio de confianza, porque ni se pueden tomar cuentas dél, ni averiguar con pruebas manifiestas si se administra mal; y no digo si se administra bien, porque los buenos efectos de la guerra lo dijeran. Y cuando no tuviera otra calidad tal oficio era esta harto bastante, para que no se fiara sino de personas de autoridad, de cuya estimación y crédito se pudiera esperar toda buena satisfación, la cual no podía prometer la vileza de los mestizos, que como dije son lo mismo que mulatos. Y aún tengo a estos por de mejor naturaleza tanto cuanto se aventajan en bondad los negros, de quien participan (según probaré adelante) a los indios de quien los mestizos tienen otra tanta descendencia.

Y no por razón de ser los farautes mestizos se podía esperar que obligarían mas a los indios a venir en lo que de nuestra parte se pretendía, sino antes lo contrario. Porque los indios abominan a los mestizos como a hombres que les parece tienen aquella parte de su sangre adulterada y traidora, por tenerla mezclada con la de enemigos que tan de corazón aborrecen, como son los españoles, y también porque como los mestizos de Chile entre sus naturales defectos tienen una cosa buena, que es ser por excelencia buenos soldados (en lo cual se aventajan a todos los demás mestizos de las Indias, así como también los niños indios a los demás en ser belicosos) tienen por esta causa tan ofendidos a los indios de guerra con los daños que les hacen, que vienen los indios a estar con ellos muy indignados.

La elección tan mal considerada, que, como he dicho, se hizo de mestizos al principio para el oficio de farautes, ha sido causa para que de mano en mano haya ido pasando de mestizos en mestizos hasta el presente. Y para que se vea el gran engaño que hay en poner oficio de tanta confianza en manos de gente de tan pocas obligaciones, diré de cuan grande importancia es el tal oficio en aquella guerra particular de Chile y lo mucho que se fía de los farautes, porque, lo primero, los gobernadores, ministros, capitanes, oficiales y soldados idos de España a aquella tierra, como militan con nación tan ajena de nuestra lengua y costumbre, no ven ni comprenden cosa de las importantes de aquella guerra, sino es por los ojos de los farautes; no oyen, entienden ni saben cosa de los intentos y designios de los enemigos, sino de boca de los farautes que es solo aquello, que ellos les quieren dar a entender. No se hace jornada que no sea por la parte que aconsejan los farautes, ni se recibe

paz que no sea por su aprobación, ni se hace fuerte ni pueblo que no sea por su voto. Y finalmente, no sé que haya cosa que se determine, disponga, acepte, niegue, procure, condene o apruebe, en que no concurra el parecer de los mestizos farautes, y se resuelva principalmente por su voluntad. Así que la paz y la guerra está puesta en manos destos intérpretes de la manera que en tiempo de los gentiles estaba la determinación y resolución de sus empresas, en las ambiguas y engañosas repuestas de los oráculos, puesto que por otros tales son tenidos en la guerra de Chile estos hombres de tan poca autoridad y satisfación. De lo cual se puede colegir, que todo el peso de aquella guerra, y el hacerla breve o infinita, que es en lo que consiste la duración de los reales gastos, la pérdida de las ciudades y muerte de tantos españoles, todo pende de la voluntad destos segundos gobernadores, y aun pudiera decir primeros en cuanto al poder y facultad, que en aquella guerra tienen; pues no podrá negar ningún Gobernador el estar mas parte della en las manos de los mestizos farautes, que en las suyas.

Siendo, pues, este cargo tan preeminente y de tanta confianza, quién duda que ha sido muy grande engaño el ponerlo en manos de hombres tan desobligados a administrarlo con rectitud y fidelidad? Porque sabiendo ellos que del entretener la guerra (lo cual pueden hacer si usan mal de su oficio) se les ha de seguir muy grande interés (que a tantos tenidos en el mundo por hombres de bien, ciega y hasta torcer el camino de la fidelidad,) y el ser estimados en mucho más de lo que por sus personas merecen, y el tener mando y imperio y aun regalo; y aun sabiendo por otra parte que con el fin de la guerra (el cual se vería si ellos lo procurasen) han de fenecer también y parar todas estas utilidades quedando ellos descompuestos, desestimados y tenidos en su ruín estimación de mestizos, que son los hombres más desechados que hay en aquella, cierto es que siendo gente de tan malos respetos, se aplicarán con más voluntad a lo que les acarrea honra, provencho y gusto, que a lo que es privación de todos estos bienes. Demás de que está en razón que gente tan ruín se ha de dejar llevar a lo que le inclina su naturaleza sin forzarla. Y el haberse abrazado estos frarautes con lo que es de su cosecha, nos lo persuaden los efectos que se manifiestan en la misma guerra, puesto que ha más de sesenta años que la sustentan con embustes y falsas esperanzas, sólo a fin de permanecer ellos en su dignidad y aprovechamiento. Lo cual han podido hacer (y aun lo continuarán si no se les va a la mano en su fraudulento trato) por ser muchas y muy artificiosas las trazas de que usan amoldadas a su inclinación y naturaleza, las cuales no puedo enteramente dar a entender, porque es tan encubierta la máquina del trato destos lenguas (que así los llaman en Chile), y tan grande el artificio con que lo traen secreto, que no puedo en este Desengaño poner al natural los matices de sus enredos, tramas y embaimientos, para sacar al vivo el retrato de sus obras, pero declararé algunas de sus cautelas, para que por ellas se puedan conjecturar las demás que usan

CAPÍTULO II

Cautelas y engaños que usan los farautes

Luego como llega algún Gobernador al reino de Chile, para haberse de informar de las cosas de la provincia, estado de la guerra y calidad de los indios, habla muchas veces a solas con los farautes, que de ordinario suelen ser dos, como con personas que se supone han de tener conocimiento de todo, por la obligación de su oficio. En estas ocasiones hallan los farautes aparejo y campo abierto, para asentar en la estimación del Gobernador la importancia de sus personas, y cuán esenciales son en aquella guerra, mostrando la plática y conocimiento que tienen de todas las provincias y indios, y que saben como requieren ser tratados para atraerlos y reducirlos a la paz. Dícenle la mucha autoridad y crédito que tienen acerca dellos, dándole a entender que los tienen en el puño, y que saben los que son bien intencionados, y conocen los que son traidores y falsos, y, en suma, le prometen, que si les deja hacer a ellos, harán de manera que le dé todo el reino la paz, y què triunfe de lo que no alcanzó ninguno de sus antecesores, que por haber querido guiarse por sólo su parecer, nunca habían hecho efecto bueno. A los cuales comienzan a poner mil defectos, diciendo que por dar de cabeza, erraron la guerra, y que con sobrada presunción entendían saberlo todo, no considerando que aquella guerra era muy diferente de otras de Europa, donde se habían hallado, que eran enemigos de consejo, y que hacían poco caso dellos; que el uno no debiera hacer la guerra por la costa, y que el otro no debía de ir por la cordillera: que otro hizo el fuerte donde no lo había de hacer, y que mudó otro adonde no había de estar, pero que al cabo cuando dejaron el gobierno, se pelaban las barbas por no haberles dado a ellos crédito. Y todos estos defectos que cuentan de los gobernadores pasados, vienen finalmente a parar en cargar de lisonjas al nuevo Gobernador, diciéndole que no ha entrado ninguno en aquel reino, que haya hecho mejores preguntas que él, ni que tan presto haya entendido aquella guerra, ni esté tan al cabo de cuanto le informan. Y engrandeciendo su mucha suficiencia, dicen lo mucho que hubiera ganado el rey y aquel reino si hubiera enviado por lo pasado un tal Gobernador, por el gran derramamiento de sangre de españoles que se hubiera excusado. Finalmente, con estas y otras razones viene el Gobernador a quedar atado de piés y manos destos hechiceros morabitos, para no intentar cosa sin su parecer, ni dejarlos de la mano, pareciéndoles que son los verdaderos médicos de la enfermedad de aquel reino, y lo que conviene es procurar curarlo por sus recetas y pareceres.

Ya que estos farautes tienen conquistada la gracia del Gobernador, que es la primera y mayor hacienda que les conviene hacer para entablar sus maleficios, conciertan para cuando se acerca el tiempo de salir el Gobernador a campear, cual de los dos ha de ir con él, porque por maravilla se ve ir los dos juntos (negocio que debe ser concierto asen-



tado entre los dos, para no encontrarse en sus aprovechamientos) y así sale sucesivamente cada uno su año, fingiendo el que se excusa falta de salud y que tiene necesidad de tomar sudores, para lo cual se entrapa la cabeza, y así se queda. Saliendo, pues, en campaña el que le toca aquel año ser piloto de aquella navegación del mar de sus Indias, sabe tan a propósito guiar la proa, que como quien huye de escollo o bajío, se aparta de aquellas tierras de indios, que le han enviado alguna grata embajada, porque como es el que guía el campo, da a entender al Gobernador, que aquel es el camino que se debe llevar, aunque sea rodeo para el buen efecto que se pudiera hacer.

El tiempo que se marcha por tierras de paz, es mucho más regalado que el Gobernador, pues no hay cómitre de galera que sea más bien servido de la chusma, que él lo es de los indios amigos que lleva consigo el campo (los cuales van a su orden) siendo asimismo regalado por extremo de los indios de las tierras de paz, por donde al principio se pasa, con muchos refrescos, así de bebidas como de frutas, enderezándose todos a él con tanta solicitud, como si fuera otro adorado Inga.

Y para que se vea cuán estimado y regalado es de los indios amigos, referiré una disputa que tuvieron un día dos caciques, hallándonos alojados en un hermoso valle llamado Cayocupil. Disputaban, pues, sobre quien tenía entre los cristianos de aquel campo el primer lugar y principal mando, el Gobernador, el capellán o el faraute del campo, y proponiendo lo que podría juzgarse de cada uno, según lo que veían, alegaban que al Gobernador le abatían las banderas y los soldados le hablaban descubiertos; pero cuando el capellán decía misa, el Gobernador y el faraute y los demás cristianos se arrodillaban delante dél; y tras esto decían que el faraute cuando marchaba el campo lo guiaba por donde quería, llevando su puesto delante de todos con los indios amigos, y que a él llevaban los indios de paz todos los presentes, y él enviaba dello lo que quería al Gobernador y capellán, el cual y los ministros y capitanes iban a menudo a su tienda a pedirle lo que habían menester para el camino; y finalmente, que el faraute era quien prendía y soltaba los indios prisioneros (lo cual decían porque se los remite el Gobernador para que los examine como quien entiende su lengua) y el que mandaba ahorcar los que se ahorcaban; juzgándolo porque se halla siempre el lengua presente à las justicias, como los prebostes en Flándes; finalmente, concluyeron que el faraute era la persona más preeminente y poderosa del campo, y que el gobernador, capellán y todos los demás estaban a su orden. Esta disputa fué entendida de un fraile que sabía la lengua, y estaba oyendo a los indios, el cual la refirió al Gobernador, y fué muy reída la ignorancia y opinión de los caciques.

Demás de lo que es regalado el lengua, del Gobernador y indios, lo procura él ser con cautela, dando trazas para que no le falte de ordinario carne fresca de vaca (que es una gran preeminencia cuando se va marchando) de las pocas que lleva el campo, para valerse dellas en tierras estériles y infructuosas. Es, pues, la traza, que como hay entre los indios amigos algunos caciques conocidos por valientes y de particular lealtad, a quien el Gobernador procura tener gratos, dice el faraute a alguno

destos que cuando él esté con el Gobernador vaya y se ponga adonde puede ser visto dél. Hácelo así el indio, y luego como lo vé el Gobernador ante sí dice al faraute que le pregunte si quiere algo, el cual hablándole en su lengua lo que le parece, y respondiéndole el indio (que podrá ser le diga, vine a hacer lo que me mandaste) vuelve al Gobernador y le dice: tiene este pobrete vergüenza de decir a V. S. su necesidad. Háme dicho que ni él ni su cuadrilla no tienen que comer, que sea V. S. servido de mandar que les den una vaca. El Gobernador manda que luego se le dé, perc viene a poder del lengua, y desta manera tiene proveída su tienda de carne fresca y salpresada, aunque ministros y capitanes y todo el campo lo ayunan. Y deste mismo estilo usa para aplicarse cualquiera india que le agrada de las que suelen tomar prisioneras los soldados, haciendo que alguno de los tales caciques amigos diga, que es su hermana o mujer que se la tenían cautiva los indios de guerra, y esto aunque no la conozca ni la haya visto en su vida, por lo cual se la manda dar el Gobernador y que la quiten al soldado, aunque ha aventurado la vida por cautivarla; pero luego la despacha de noche el lengua a su casa con indio amigo a caballo.

Como estos mestizos lenguas tienen tanta parte de indios, vienen a ser tan fingidores como ellos, con todos se ríen de falso, y a todos hacen apacible rostro, y con todos tienen buenas palabras, y a cuantos pueden algo lisonjean. Y con todo esto no se hallará que con ninguno tengan amistad particular, de manera que entre en sus tiendas, ni sea partícipe de lo que tratan en ellas con los indios; porque como todo lo que tratan es fundado en engaño, viven con cuidado y recelo de que se descubra por descuido delante de testigos cosa que los descomponga.

Después de haberse caminado algunas jornadas por las tierras de paz, se comienza a entrar por las de guerra, que son las de los principales aprovechamientos de los lenguas; y así son muy deseadas dellos; pero no de los soldados por las grandes necesidades que suelen pasar por falta de comida por tener los indios cogidos sus frutos de la campaña, aunque muchas veces se pasan estas necesidades por guiar el campo los farautes por tierras muy estériles, movidos solamente de sus aprovechamientos, engañando con falsas relaciones a los Gobernadores. De donde nace que acosados de la hambre los soldados se desmandan a buscar que comer, tan lejos, que muchas veces no vuelven, porque los matan los indios.

Cuando va marchando nuestro campo por las tierras de los enemigos, es cosa ordinaria donde quiera que hace noche, el venir a hurtar los indios de guerra los caballos que pueden de nuestros cuarteles, y a esta causa suelen coger los nuestros en emboscadas algunos ladrones dellos. Acostumbra, pues, llevar a su tienda el lengua los prisioneros, no tanto para la averiguación de sus delictos (aunque este es el pretexto) cuanto por inquirir si alguno tiene tejo o barra de oro con qué rescatarse y librarse de la muerte. Porque, como tengo dicho en otras partes, aunque a los indios no les es de algún servicio el oro, y por eso no lo estiman, con todo ello han guardado algunos advertidos barras y tejos del que ganaron en la destruición de nuestras ciudades, sólo para rescatarse si

acaso ellos o sus parientes cayesen en nuestras manos, por saber lo que estimamos tal metal. Si halla el faraute que alguno de los presos tiene oro, procura soltar uno de sus compañeros para que vaya por él (quedando el dueño entretanto en rehenes), y para despacharlo, suele dar diversas trazas, yendo a decir al Gobernador algún embaimiento semejante a uno de que usó en cierta ocasión uno destos lenguas para conseguir su intento, el cual referiré para que se vea como en materias de su interés muestran estos embusteros el pronto ingenio que tienen para tramar de engaño.

Habiéndose una noche tomado en una emboscada dos indios, que venían a hurtar caballos (el uno de los cuales traía un freno y espuelas para retirar el que cogiese) los llevó el lengua a su tienda para examinarlos, y habiendo averiguado con amenazas de la muerte que el uno dellos tenía un tejo de oro y con el temor obligádolo a decir que si a su compañero le diesen libertad le enviaría a su tierra por el tejo, se la procuró el lengua movido de su codicia, con esta cautela. Fuése al Gobernador y le dijo que examinando los dos indios presos había hallado que el uno era hijo de un cacique muy bien intencionado, al cual había muchos años que él conocía por grande amigo nuestro, y que habiendo sido enviado por su padre (viendo que el campo andaba tan cerca de sus tierras) a darnos la paz, y habiéndose encontrado acaso por el camino con otros indios que venían a hurtar caballos, a los cuales porque no sospechasen a lo que venía había dicho, que él también traía el mismo intento, y así había sido preso en una emboscada; que sería muy acertado el darle libertad por lo mucho que importaría tener de nuestra parte al cacique, el cual si sabía la prisión del hijo, se mudaria con el sentimiento del buen intento que tenía de dar la paz. Y con esta invención (como no hay Gobernador antiguo ni nuevo que no ignore de la manera que hacen su oficio estos falaces intérpretes) vino a alcanzar el lengua la libertad del indio que merecía ser ahorcado por ladrón de caballos. Envióle al fin, y al cabo de pocos días volvió con el deseado tejo. Y el lengua andaba procurando después ocasión en qué fundar otro engaño para obligar al Gobernador a dar la libertad que él había prometido al otro indio que hizo traer el oro. Pasándose en esto muchos días, y estando el indio preso en un cuerpo de guardia, le preguntaron algunos soldados criollos pláticos de la lengua la causa de su tan larga detención, y el indio como desesperado de su libertad, les refirió el engaño que he dicho del faraute; pero después se ofreció ocasión en que le alcanzó libertad de la manera que diré adelante.

De semejantes trazas usan los lenguas para conseguir lo que pretenden, y poder cebar su insaciable codicia, pero no consisten en lo que he referido principalmente sus engaños. Porque aún en cosas más graves usan asimismo mal del oficio que se les confía, trocando las palabras y interpretándolas falsamente en orden a sus fines particulares y abonando las fingidas paces de los indios sólo por entretener la guerra, y conservarse ellos en sus honrosos y provechosos cargos. No hay paz que no la aprueben y apoyen diciendo que es verdadera, llana y sin doblez, aunque saben la cautela con que la dan los indios; ni viene embajador de

ellos a ofrecerla, que no le hagan buen acogimiento haciendo gran ostentación de la embajada, como si no supiesen cuán falsa es. Cuando llega a nuestros cuarteles alguno destos embajadores, que ordinariamente traen un ramillo verde en la mano, le sale luego al encuentro el lengua, y mostrando un nuevo y extraordinario gozo, como si ya estuviera todo el reino de paz, lo suele llevar a la tienda del Gobernador, al cual dice que mande salir fuera los que están con él y hace esto porque si había algunos que entendiesen la lengua de los indios no puedan ser testigos de los embustes y palabras con que encarecen la paz. Suele hinchir al Gobernador de esperanza, de que ha de ver grandes sucesos, y decir del cacique que envía a dar la paz (muchas veces sin conocerlo) que es muy emparentado en toda aquella tierra, muy respetado y valiente. Y que él sólo basta para que todo el reino dé la paz. Y algunas veces suele decir, especialmente si el Gobernador es nuevo, que aquel cacique jamás había dado la paz, pero que con un recaudo que él le envió, diciéndole que era diferente el nuevo Gobernador que allí venía de cuantos había habido en aquel reino, para lo que tocaba al buen tratamiento de los indios, luego había enviado a dar la paz. Si el Gobernador le preguntaba qué significa el ramo que trae el indio, suele responder: Señor, este ramo es de un árbol a que los españoles llaman canela y los indios árbol de paz, y cuando viene a darla algún embajador, y trae un ramo como éste, es señal que es paz verdadera, sólida, firme y estable, y no falsa como otras; con que de nuevo alegra al Gobernador. Finalmente lo suele dejar tan sabrosamente engañado con sus embustes, que no sólo no es conocido su artificio, pero aún queda él en posesión para con el Gobernador de muy zeloso del servicio del rey.

CAPÍTULO III

Prosíguense los engaños de los farautes

Suelen los caciques después de haber enviado sus embajadores venir ellos mismos al campo a dar la paz acompañados de algunos de sus indios, y en estas ocasiones acostumbran también los lenguas a encarecer y abonar las paces, y a fingir mil cautelas y engaños, como el que fingió uno dellos en la venida de un cacique, para poder dar libertad al indio, que atrás dije había enviado por el tejo de oro, lo cual pasó desta manera.

Habiendo muchos días que estaba en prisión el indio, cuyo rescate había traído al faraute el compañero, llegó a nuestro campo un cacique, hombre ya de edad, acompañado de algunos de sus indios; llevóle el lengua a donde estaba el Gobernador, y los dos solos se encerraron con él en su tienda, artificio acostumbrado del faraute para celar sus engaños, aunque en esta ocasión (como también en otras) pudo más el curioso deseo de los soldados de saber nuevas; pues no faltaron algunos que entendían la lengua de los indios que acercándose a la tienda oyeron lo



que pasó en esta plática. Comenzó pues el cacique a decir hablando en su lengua, que había deseado la llegada del campo tan cerca de su tierra para dar aquella paz, y que la venía a dar con buena voluntad, porque no tenía más de un corazón. Y habiendo preguntado el Gobernador al lengua que qué decía el cacique, le respondió: Señor, dice que pasando ahora por el cuerpo de guardia vió un indio pariente suyo, que V. S. le tiene preso, y que pues viene de tan buena voluntad él y los suyos a ser nuestros amigos sin ser a ello forzados, y es esta la primera cosa que se le ofrece, suplica a V. S. le mande dar libertad. Respondióle el Gobernador que le dijese, que cómo quería que hiciese tal cosa habiéndole hallado que venía de noche a hurtar caballos, trayendo para ello un freno y espuelas. Y dijo el faraute al cacique que decía el Gobernador, que él lo tenía creído así, y que él lo agradecía mucho; y procediendo el cacique su razón, y desculpándose con algunas de no haber venido antes a dar la paz, volvió el lengua a decir al Gobernador: Señor, dice el cacique que su pariente no salió con intento de hurtar caballos, sino en seguimiento de una yegua que se le había soltado, y que para poderla volver, llevaba el freno y espuelas, y que no hallará V. S. otra cosa. Y tras esto le dijo: Señor, ya V. S. no ha de ahorcar este indio preso, porque se desdeñarían mucho el cacique y todos los indios de su valle que de tan buena gana vienen a dar esta paz; y así mejor será contentarlos, pues con esto dará V. S. buen ánimo a otros indios para que vengan a reducirse, y importa mucho el ganar los gobernadores buen nombre, para que todos los indios huelguen de venir a dar la paz. En fin, con estas y otras razones convenció al Gobernador para que mandase soltar al indio; y vuelto al cacique le dijo que había trabajado mucho en significar su buena voluntad, y que el Gobernador había mandado que se le diesen cuatro botijas de vino para él y sus compañeros; que le diese las gracias por ello. Dióselas el indio en su lengua, y el faraute dijo: en mucho ha estimado, Señor, el cacique la merced que V. S. le ha hecho en haber mandado soltar su pariente, y dice que ha de hacer grandes cosas en servicio de los cristianos; y si V. S. le entendiese las encarecidas razones con que muestra su agradecimiento, se maravillaría, porque casi quiere el buen viejo llorar de contento; y porque es costumbre, Señor, a los que vienen a dar paz, el mandarles los gobernadores dar muy bien a beber, mande V. S. dar cuatro botijas de vino al cacique y a sus compañeros. Mandó el Gobernador que luego se las diesen, y con esto se despidió el cacique, y el lengua fué luego a sacar de la prisión al indio, y le dió libertad en pago del tejo que había recibido. He referido este engaño para que se vea cuan falsamente administran el oficio de intérpretes los que lo son en Chile.

Este engañoso estilo que tienen los lenguas en referir falsamente a los gobernadores las palabras de los indios, es muy usado dellos, no solo por respeto de su gran avaricia, sino también para dar libertad a indios de guerra prisioneros, puesta la mira en que estando libres nos han de sustentar más largamente la guerra por conocer los que son hombres de valor, sediciosos y enemigos capitales nuestros. Truecan también de la misma manera las palabras que otros indios amigos declaran en sus

confesiones, cuando estando presos por imputación de algunos delictos se les da tormento, y desta manera los hacen padecer injustamente, porque son notablemente vengativos de los que en alguna ocasión no han andado ajustados a su voluntad. Y para prueba de esto, testigos son nuestros españoles en Chile de haber oído decir en alta voz a indio que estaba para ser justiciado: Oh!lengua, lengua, a quien quieres salvar, salvas, y a quien quieres matar, matas. Lo cual decía en la propia suya con mas dolor y sentimiento (a lo que mostraba) de que no fuese entendida su razón y verdad que de la muerte que presente tenía. De donde se puede colegir de que deben de ser muchos los inocentes y leales que por falsas relaciones destos lenguas, imputándoles que se quieren rebelar, o hacer alguna traición, han sido injustamente condenados a muerte, y muchos los facinerosos y traidores que han sido librados della. En que se verá cuánto mas fieles ministros son estos farautes de los indios de guerra, que de nuestros españoles; pues los favorecen tanto y los vengan de sus contrarios, que son los indios nuestros amigos.

Échase también de ver cuán perjudiciales nos son estos lenguas, y al contrario cuán provechosos para los indios de guerra en los diversos nombres que así éstos como todos los de nuestra parte les dan. Porque los indios nuestros amigos, como aquellos que saben los embustes y tramas en que siempre se ocupan, los llaman en su lengua calcos, que quiere decir hechiceros. Los soldados españoles los llaman zánganos, porque se sustentan de trabajos ajenos, pues en agradándoles alguna india de las que los soldados con tantos riesgos y peligros cautivan en aquella áspera tierra, luego dan trazas para quitársela buscando cacique o otro indio amigo que la pida al Gobernador de la manera que ya dije; y finalmente los indios de guerra los llaman padres, como se echó bien de ver pocos días há, en que habiendo muerto a un hijo de uno destos lenguas entre otros soldados que en cierta ocasión degollaron, fué muy grande el sentimiento que conociéndolo después tuvieron, diciendo: ¿Que habemos hecho, que habemos muerto al hijo de nuestro padre?

Son estos mestizos lenguas tan perversos y de tan mala inclinación y naturaleza, que dudo haya en el mundo otros hombres de tan malas calidades. Porque ¿dónde se hallaría infiel tan inhumano, que no se compadeciese de la miserable esclavitud de las olvidadas españolas que viven muriendo entre los indios de guerra? Y sé por cosa averiguada que ofreciendo por su rescate a uno destos lenguas en la provincia de Paycavi un indio prisionero una cautiva principal española que decía ser moza y muy hermosa, no la quiso acetar el traidor faraute, deseando más un tejo o barra de oro que pidió al prisionero por su rescate, que la libertad de la pobre cautiva. Y así hizo el indio diligencia entre sus parientes para que le buscasen algún oro, y finalmente le trajeron dos tejos pequeños, por los cuales dándolos al lengua tuvo libertad, quedándose la española sin esperanza de poderla alcanzar. Y ¿quién duda que no hayan usado estos crueles mestizos de otros semejantes inhumanos hechos, donde no se hayan podido probar por el gran artificio y disimulación con que en secreto tratan con los indios?

En lo que he dicho en este Desengaño, se podrán conocer los embustes, tramas, poca verdad y codicia insaciable de los lenguas, que tan en daño nuestro las ejercitan, y en tanto provecho de nuestros enemigos y suyo. La causa de permanecer secretos sus embaimientos, es porque como los indios rebeldes, a los cuales casi todos son notorios, ven que se ordena tanta parte dellos en su beneficio, tienen singular cuidado en no revelarlos, y así se conservan siempre los farautes en su crédito y estimación con los gobernadores. ¡Tanto son verisímiles sus artificiosas palabras y lisonjas con que tratan con ellos, mayormente por ser los gobernadores los que menos entienden la lengua de los indios!

A quien me arguyera que cómo puedo haber sabido el infiel trato que he dicho destos lenguas, siendo tan secreto el artificio de sus embustes, respondo: que, aunque los lenguas al tiempo que van al gobernador con algún embuste o llevan consigo algún indio recién venido, tienen muy grande cuidado que no esté delante persona alguna, con todo ello como de ordinario les dan audiencia los gobernadores dentro de sus tiendas y las más veces de noche (que es cuando más acostumbran a venir los indios con sus embaimientos) en tales tiempos no dejan algunos de los que entienden la lengua, de arrimarse por de fuera de la tienda a oir algo de lo que se dice (porque es cosa ordinaria en soldados el deseo de saber nuevas) y como no hay impedimento de pared de tapia o cal y canto, sino una delgada jerga, han oido sin ser vistos en diversas ocasiones engaños notables del trocar los lenguas el sentido y palabras de los indios. Asimismo como sucede muchas veces haber indios detenidos por muchos días con prisiones en los cuerpos de guardia, suelen los que entienden la lengua, preguntarles la causa de su larga prisión, y responder muchas veces algunos de los indios desconfiados de las promesas del faraute, la causa porque los detiene, que siempre es particular interés suyo. Finalmente digo, que son tantos los que en Chile saben tramas y engaños destos lenguas, que si se hiciera información y dijera cada uno lo que sabe, se probará bien cumplidamente la verdad de la profesión que hacen de tratar con muy gran fraude negocios de tanto peso, como son los que dellos se confían. Estas cosas, pues, me contaban muchos en aquel reino, a propósito de decirme la lástima que era, que hombres de tan poca satisfación sustentasen aquella guerra por su particular interés. Y es cierto de que sea por su interés, pues se ve que están ricos de esclavos, ganados, posesiones y alquerías, y sobre todo, de tejos y barras de oro, al tiempo que casi en todos los españoles de aquel reino se ha acabado por haber perdido las tierras de las mejores minas. Y aunque procuran los lenguas ocultarlo con el cuidado que pueden, con todo ello como este metal no puede estar secreto, no falta quien los vea partir barras y tejos, sin los muchos que envían a Lima con mercaderes para que les hagan empleos.

Y porque se dirá, que cómo los que saben lo mal que hacen su oficio estos lenguas, no lo declaran a los gobernadores, digo: que en aquel reino no hay quien se atreva a decir lo que sabe, porque demás de ser lenguas estos mestizos, tiénenlas tales que todos las temen, recelando que como hombres desalmados y sin conciencia, no les levantase algún falso

testimonio, cosa que no se usa poco en todas las Indias. Fuera de que como no hay ninguno que sepa todos los delictos destos lenguas, sino que entre muchos se saben (como se ve cuando se juntan en corrillos que cada uno refiere algún caso que tiene averiguado) espera uno a que otro revele lo que sabe, y así todos callan y se quedan ocultos los delictos. Y muchos también dejan de revelar lo que han oído. porque si les pregunta el Gobernador que cómo lo saben, no se han de atrever a responder que estuvieron escuchando de noche lo que en secreto se hablaba en su tienda. Y con todo sé yo muy bien que no ha faltado quien se ha determinado más de una vez a ir a desengañar a algún Gobernador con pruebas harto bastantes. Pero llegando a entrar con tal intento en su tienda, se volvía a retirar diciendo: ¿Qué ha de pensar el gobernador según lo tiene este embustero hechizado, sino que me mueve a decir mal dél alguna pasión de particular interés mío, porque no pudo tan presto como yo quisiera, darme algún indio amigo que le pedí, para que me llevase el caballo del bagaje o por cosa semejante? Y otras veces yendo a lo mismo viendo al Gobernador pasearse sólo, mudaba de intento cuando estaba cerca dél, y llegando le trataba otra cosa, pareciéndole que se obliga a mucho, quien pretende descomponer a hombre bien recibido.

Si los Desengaños que escribo en este tratado se viesen en Chile, tengo por cierto que ninguno dellos sería mas acepto ni aprobado que éste, de los engaños de los lenguas, y que ninguno me fuera mas agradecido. Porque no hay duda que permanecen en el mundo muchos oficios mal administrados, y muchas personas agraviadas sin ponerse remedio en sus agravios, no mas de porque cada uno de los agraviados aguarda a que el otro dé parte dellos a quien los ha de remediar, y así dura el padecer y sufrir por tal respeto. Pues ¿qué mas se puede sufrir que lo que padecen nuestros españoles en Chile con la duración de aquella guerra, la cual entretienen los farautes con sus embustes? Luego cosa muy importante y grata será a los españoles de Chile el descubrir un tan gran engaño como hay en la administración del oficio destos lenguas, los cuales en lo que principalmente deben ser culpados, es en no haber siquiera hecho servicio a Su Magestad en decir a sus gobernadores (que tanta confianza hacen dellos) cuan vano tiempo es el que se emplea en procurar por cualquier modo paz estable en Chile, puesto que por ser criados en la guerra en este oficio de intérpretes, saben mejor que los muy antigos soldados, que la causa de la duración della ha sido el engaño que ha habido siempre de nuestra parte en esperar y pretender fija paz. Pero son tan verdaderos enemigos nuestros estos lenguas, que antes nos dan a entender que se ha de acabar aquella conquista por vía de paz, y que ellos hacen profesión de medianeros della, y así por causa de sus falsas promesas y engañosas esperanzas han muerto tantos españoles en aquel reino, que apenas hay campo que no haya sido regado con su sangre. Y lo que es muy de notar destos farautes, es que haciendo su oficio de la manera que he dicho, no tienen vergüenza de pedir a los gobernadores, a la retirada de las campeadas, remuneración de sus servicios.

Si supiera que para dar fin a aquella guerra, por el camino que propongo, había de ser necesario intervenir semejantes lenguas, no hay

duda sino que desconfiara de todo punto de que hubiese de haber buen suceso. Pero una de las mejores calidades que juzgo ha de tener el nuevo estilo de hacer esta guerra, es que no ha de haber necesidad de intérpretes a quien se dé sueldo (para que engañen) como a estos se les ha dado; pues como quiera que no ha de ser guerra de ruegos ni contemplaciones, cualquier pajecillo podrá servir de lengua a los gobernadores, o el primer soldado que se hallare a mano de los muchos que entienden la lengua en aquella tierra, de manera que ninguno ha de saber que se ha de tener particular necesidad dél para tal oficio.

No ignoro que así como los que profesan armas, hieren con las armas, así estos que profesan ser lenguas, han de procurar herir con ellas al revelador de sus secretos. Pere como de lenguas tan mal acreditadas tampoco se pueden temer sus vituperios, como desear sus loores, sólo para este caso no ternán efecto sus embustes, pues ya les fuera yo semejante, si dejara de manifestar el mayor engaño de aquella guerra escribiendo el Desengaño della.

En una cosa sola hallo que han dejado de engañar estos farautes, y es en haber correspondido fielmente a la obligación de su calidad en la administración de su cargo, pues nos han dado lo que justamente prometía su naturaleza, y así esto les podría valer de algún descargo, puesto también que con más razón se debe dar la culpa a los que desde el principio los eligieron, y a los que los han sustentado tantos años en su oficio. Y por estas dos razones no deben incurrir estos lenguas en la pena que disponen las leyes militares para los que en la guerra hacen oficio de espías (aunque ellos han hecho aun peor oficio que de espías dobles) pero lo que importa es acudir al remedio de su perjuicio, ya que no se ha hecho antes. Y pues el nuevo estilo de guerra que propongo, los ha de privar de tal cargo (pues no ha de haber como ya dije necesidad de farautes) bastará por pena de sus delictos, que se destierren al Pirú, de donde no alcancen a turbar más el puro aire de aquel reino (que tantos años han tenido inficionado sus venenosas lenguas). Porque así como los que se ven en alguna guerra muy trabajados, suelen suspirar y llorar acordándose de la alegre paz que perdieron, así será tanta la pena que sentirán estos lenguas viéndose en tierra de paz, la cual les obligará a traer a la memoria su dulce guerra, que tanto bien les causaba, que les bastará por castigo de sus delictos. Así que lo que importa para remedio del daño que causan estos lenguas y para su castigo, apartarlos de aquella guerra. Porque de otra manera cierto es que nunca ir dejarán, sabiendo que fuera della no han de ser más que unos cuitados mestizos semejantes a los tantos del juego, que durante él tienen valor, y acabado los echan en el suelo y pisan.



DESENGAÑO TERCERO

DE LOS MUCHOS Y GRANDES DAÑOS DE QUE SON CAUSA LAS CAMPEADAS

CAPÍTULO I

Los daños que reciben de las campeadas los españoles avecindados en Chile

Como desde el principio de la guerra de Chile acostumbran nuestros españoles en aquel reino a salir cada verano en campaña y entrar por las tierras de los indios rebelados para hacerles la guerra (a las cuales salidas llaman campeadas), no dudo de que les parecerá no ser acertado el dejar el uso dellas, siendo tan fundado y puesto en razón, cuanto acostumbrado donde quiera que se hace guerra a indios, por ser el medio principal para sujetarlos. Pero aunque no niego esto segundo, digo, que siendo la particular conquista de Chile, se conoce ser esta regla inútil y dañosa, más acertado será el darle de mano, y dejarla como perjudicial. Tal hallo yo que es al presente el uso destas salidas en aquel reino, puesto que son tan pocos y tan livianos los provechos que se sacan dellas, que no tienen comparación con los daños que redundan no solo cuantos españoles y pacíficos naturales hay en Chile, pero al servicio de Su Magestad, y aun al de Dios, y así los iré declarando, para que se manifieste la razón que hay para mandar que se dejen de todo punto las campeadas. Demás de que importa que cese esta afanosa máquina para que la costa y trabajo que en ella se pone, se convierta, comute y emplee en el nuevo camino que con suavidadd se ha de tomar, para llevar a fin aquella conquista.

Ninguna cosa desdeña ni apura tanto los vasallos de Su Magestad en aquel reino, especialmente a los de la ciudad de Santiago, que son los que llevan todo el peso, cuando el censo perpetuo que tienen en los continuos apercibimientos, que para salir a campear hacen cada año. En los pasados llevaban mejor los de Santiago este trabajo, y el de haber de caminar más de cien leguas para ir a las tieras de guerra, porque se hallaban todos mas hacendados y los caballos eran como de balde, y por-

que ayudaban y suplían mucho los vecinos de las ciudades que destruyeron los indios, y así se tomaba este trabajo con mas comodidades y a menos costa. Pero como ahora viven en necesidades extremas, y los caballos han subido tanto de precio por la falta que hay dellos en aquel reino, que son mucho más caros que en España (y muchas veces no se hallan), vienen a ser los trabajos que padecen muy grandes, y así son bien dignos de remedio, o por lo menos de algún alivio.

Lo primero para haber de ir los vecinos a una campeada, han menester comenzar a apercebirse casi desde que se retiran de la antecedente, porque es muy poco lo que les queda que sea de provecho de una para otra; y así comienzan desde luego a domar potros y buscar caballos, empeñándose para comprarlos, y luego van herrándolos y aderezando las sillas y las armas defensivas y ofensivas. Hace cada uno en su casa el matalotaje que ha de llevar por lo menos para seis meses que dura cada campeada, como es cecina, bizcocho, harina, manteca, vino y los cueros en que se ha de llevar, las tiendas de jerga para la campaña, arganas, sogas, herraje y herramental para herrar los caballos en la guerra, y finalmente hasta hoces para segar la yerba, con otras mil menudencias enfadosas, porque ninguna cosa destas se halla ni se vende hecha en Chile, sino que es menester hacerlo cada uno en su casa.

Llegado, pues, el tiempo del verano, se parten los vecinos a servir en aquella guerra sin sueldo ni interés alguno, rompiendo por mil dificultades y desamparando sus mujeres y hijos, que todos quedan con tristeza y llanto, viéndoles partir tan lejos a guerra de tanto trabajo y peligro; pues aún en el pasar de los ríos del camino se suelen ahogar muchos. Pártense sin poder gozar algún verano de la alegre vista de sus posesiones, y dejan los frutos dellas desamparados en los campos en la sazón que más requerían la presencia de sus dueños, hallándose siempre ausentes en las cosechas (tiempo bien ocupado y trabajoso), y dejando remitido el cuidado de todo a las flacas fuerzas de sus mujeres; y así (por no ser bastantes para darles el cobro y recaudo que se requiere) se viene a dañar y perder todos los años mucha parte de los fructos, que son las haciendas de Chile. Han menester partir sus indios de servicio, dejando unos para que entiendan en las cosechas, y llevando otros consigo a la guerra para el cuidado del bagaje, aunque muchos no tienen indios para la una destas cosas. No se trabaja poco en el disponerles a los indios las voluntades, porque es gente con quien es menester contemporizar y andarla templando con halagos, y al cabo cuando ya está concertado y hacen los amos su salida a la guerra, sucede a algunos volvérseles los indios del camino, unos por el miedo del riesgo y trabajos que pasan en la guerra (que no son pequeños) y otros tirados del amor de indias que dejan en el pueblo, quedando ellos en el campo con las cargas de su matalotaje, perdida la paciencia, y confusos sin saber qué medio tomar, y muchos de los indios que se ofrecen y van de gana con sus amos a la guerra, es con designio de huírseles allá con los mejores caballos, pasándose a sus naturales tierras con sus parientes, donde vienen a ser los peores enemigos que tenemos. Todas estas desventuras suelen suceder a los vecinos, al cabo de haber andado todo el año rega-

lando a los indios para aquella ocasión, y no les sucede mejor con los que dejan para el servicio de sus casas y labor del campo, porque muchos dellos, como faltan los amos, pierden el respeto a las mujeres, y se huyen y andan a sus placeres.

Podráseme preguntar, si fuerzan los gobernadores a los vecinos de Chile a ir a la guerra, siendo el gasto y pérdidas tan grandes; pues parecerá fuerte cosa no siendo comprendidos en el número de los soldados ni tirando sueldo de tales, el oprimirlos a que con tanta costa y dificultades hayan de ir tan lejos, aunque no quisieran, cada año a las campeadas. A lo cual digo, que no los fuerzan los gobernadores aunque lo codician por su importancia y buenos caballos; si bien es verdad que algunos se ofrecen de su voluntad, por tener más comodidades para ello posponiendo todos los trabajos y dificultades que he dicho, y a los que no lo hacen se lo ruegan los gobernadores cuando vienen de la guerra los inviernos a Santiago a solo este efecto; y como es mandato el ruego de los que pueden mandar, desta manera los obligan, y cuando dejan de venir los gobernadores a tal efecto por alguna ocupación o falta que harán en la frontera, y envían algún ministro en su lugar, que comunmente se dice que va a sacar la gente de la ciudad de Santiago, y estancias de campaña, les escriben los mismos gobernadores a los vecinos, que el que no saliere a la guerra, que en su casa lo hallará, y otras semejantes razones que pasan de ruego; y como no hay hombre en Chile, que no procure conservarse en gracia de los gobernadores, porque no hay ninguno que no los haya menester, el rico porque no le den molestia, y el pobre porque le hagan justicia y defienda de agravios, vienen de tal manera a salir cada año a la guerra muchos desganados y aún desdeñados, que no quisieron verla por los dichos respetos, como se echará bien de ver en lo mal que muchos dellos se recogen y van a juntarse donde es menester.

CAPÍTULO II

Daños que se siguen a los españoles avecindados en Chile, a causa de algunas desórdenes que hay en aquella guerra

No paran en solas las que he referido las desventuras de los afanados vecinos de Chile; porque se les siguen otros muchos daños de algunas desórdenes que hay en aquella guerra, que todas nacen de uso de las campeadas. Consiste, pues, el principal destos daños en los hurtos que cada año les hacen los soldados, especialmente los de la caballería, de los caballos, indios y indias de su servicio, que son el medio esencial del sustento de sus familias; y que quitárselos es desposeerlos de sus piés y manos; y hacen esto sin mas duelo ni piedad, que la que tienen de los moros, los que de nuestras fortalezas de Berbería entran en sus tierras a saquear y robar sus aduares. Y habiendo tenido origen a mi parecer este daño en el principio de aquella guerra, del permitirse aun-

que injustamente a algún pobre y desacomodado soldado, el poder ir de los presidios o fuertes de la frontera a los pueblos y estancia de los españoles, a traer como pudiese a la guerra algún caballo cuando valían como de balde, si se hallaba sin él, o a traer indio que le sirviese de segar la yerba, a fin que de tal manera se pudiese sustentar en la guerra, ha venido deste pequeño principio en un abuso y desorden tan grande como se ve al presente; pues los más de los soldados pretenden licencia para ir a gozar deste privilegio, haciéndolo muchos más por vicio que por necesidad; y aún entre ellos personas de buena apariencia y que presumen de hombres de bien.

Luego, pues, que se retira el campo de las tierras de guerra a la entrada de los inviernos, los soldados que han perdido en ellas sus caballos o el indio que los servía, y muchos sin tener tal ocasión sino por irse a dar un verde de vicios, viendo ya esta puerta tan abierta, importunan al gobernador pidiéndole licencia para irse a pertrechar a la ciudad de Santiago, que es lo mismo que decir, que les den licencia para ir a hurtar a los mismos españoles las cosas que dije. A los cuales se les da la licencia que piden, y entre ellos, a algunos que son más que soldados, por tener tal fuerza de costumbre que inconsideradamente se ha introducido de conceder estas licencias los gobernadores, a los cuales parece que el irse a la mano en darla, señalándose alguno en ello más que sus antecesores, se haría odioso a los soldados, porque se desdeñarían viendo que les negaban aquel usado alivio y recreo llegando de tantos trabajos como pasan en las campeadas. Debe también de causar esta permisión el parecerles a los gobernadores que al fin volverán los soldados mas bien apercebidos de caballos y indios, para poderles ayudar mejor en la guerra; pero los que a esto miran, advierten muy poco en lo caro que les viene a salir este incierto interés, según los soldados que se huyen y desparecen en Santiago, y el trabajo con que los ministros hacen después volver a la guerra a muchos de los que se quedan, según se verá adelante. Finalmente, esta es una de las cosas más mal entendidas de cuantas hay en aquel reino; porque redundan della otros mil deservicios de Su Magestad, fuera de los que voy diciendo de los daños de terceros.

Van, pues, por toda la tierra de paz muchos destos que llevan licencia tomando más de la que fuera lícito, comiendo la sustancia de los indios de paz y encomendados hasta llegar a la combatida ciudad de Santiago, donde, dejado aparte las pendencias que fraguan en ella y otras borrascas y desacatos que suelen tener con personas eclesiásticas, en que consumen todo el invierno, sustentados no en mesones, porque no los hay allá, sino hospedados en casas de personas particulares francamente. Este voluntario acogimiento que debía serles grato, no es parte para que reserven las tales casas, porque en ellas suelen hacer muchos con extrema ingratitud los principales daños de su intento; pues sin mirar al regalo que reciben de sus pobres o ricos huéspedes, aprovechándose de la ocasión y comodidad del tiempo que los hospedan, lo emplean en irles engañando el indio o india de su servicio hasta llevárselos cuando se van a la guerra, en agradecimiento del hospedaje, sin reparar en que del servicio de los indios pendía el sustento de sus huéspedes, y que quedan

perdidos sin ellos como ya dije. Otros que no hacen esto en sus posadas, hacen las diligencias que pueden de día y de noche, engañando y llevándose los indios y indias de otras casas, sin tener respeto a ninguna; y otros se llevan los caballos no sólo de los pastos del campo tope donde topare, pero de las mismas caballerizas y casas de sus dueños, rompiendo puertas y aún tapias para ello, según dije en el punto de la caballería. Y esto viene a ser también causa, que cuando los propios dueños quieren ir a la guerra, ni tienen indios que llevar a ella, ni que dejar para sus cosechas, estorbándoseles asimismo su jornada la falta de los caballos. Y los soldados que son tan poco inteligentes o tan desgraciados que en poblado no hallan indio voluntario que se quiera ir con ellos a la guerra, toman por remedio el salir a los campos a llevarse por fuerza los que hallan ocupados en servicio de sus amos, tomando a las ancas de sus caballos los pastores que guardan los ganados, sin reparar en que quedan descarriados y perdidos; y algunas veces sucede llevarse muchachos cristianos y libres, nacidos entre españoles, que llegados a la guerra, los venden allá por esclavos a otros españoles, cosa que yo averigüé mas de una vez. Y es no menos lastimoso que se llevan muchas veces indios de pobres religiosas de algunos monasterios, lo mas ordinario de miserables viudas, cuyo sustento y de sus hijos consistía en el ayuda y servicio de los indios que las dejan desposeídas, sin otro refugio ni amparo que pueda suplir la falta que les hacen. Y el extremo que en estos agravios hay, díganlo los gobernadores, pues sobre esta sinrazón son tan importunados allá en la guerra con cartas que les escriben las viudas, reclamando en vano desde la ciudad de Santiago, y asimismo cuando vienen a ella los inviernos, donde de ningunas otras personas son mas frecuentadas sus casas, que de pobres viudas que derramando no pocas lágrimas, van a pedir misericordia y querellarse de tales agravios, porque muchos soldados se atreven a ellas por verlas desamparadas y sin maridos que les vayan a los alcances. En estas desórdenes no deja de haber algunos capitanes y oficiales que han dado y dan a los soldados harto mal ejemplo, como lo dirán muchos que tienen dellos justas querellas en aquella ciudad y fuera della.

Llegado el tiempo de la primavera en el cual los Gobernadores se suelen hallar en Santiago por haber invernado en aquella ciudad, y mucho mejor cuando por haberse quedado en las fronteras (como suelen) han enviado en su lugar algún principal ministro con otros inferiores, para que le ayuden a hacer volver a la guerra a los que della fueron antes con licencia a aquella ciudad, y a sacar los vecinos para las campeadas, ¿quién acabará de contar los cohechos que hacen algunos de los tales ministros a los ciudadanos, para excusar o reservar de ir a la guerra a los que lo procuran, y a los que a ellos les parece? Desta manera, pues, vienen a tener cada año muchos aprovechamientos con que triunfan y juegan largo, y acaban de apurar a los vecinos. Por esta vía permanecen disfrazadas las derramas que mandó quitar Su Magestad, por haber sido informado era tributo insufrible en sus tan trabajados vasallos.

Síguense también otros daños del dar licencia a los soldados para ir a pertrecharse a Santiago, porque como se ven tan apartados de sus com-

pañías ministros y oficiales, y tan cerca del puerto de Valparaíso y de la Cordillera, que son las puertas y salidas de aquel reino, toman ánimo para huirse dél unos en su hábito, y otros en el de frailes, unos a sus aventuras, y otros que no falta a quien vayan arrimados que los inducen, y a la sorda se van disminuyendo las fuerzas de Su Magestad, que son los soldados que a tanta costa se llevan a aquel reino, y viene a ser en mucha más cantidad de la que se puede pensar. Pásase también grandísimo trabajo en volver a encaminar después a la guerra a muchos soldados de los que han invernado en Santiago, porque unos se finjen enfermos en el hospital, otros se esconden y a otros los esconden, en fin buscan muchos mil modos y trazas para excusarse. De manera que para haber de sacarlos, aún no son bastantes bandos que se echan de pena de la vida y diligencia de los ayudantes, preboste general y capitanes de campaña. Y aún después de puestos en el camino los que se han podido encaminar, van algunos pusilánimes de tan mala gana, que se vuelven a Santiago tirados de la afición que han cobrado al poco tiempo que anduvieron libres, o a la amistad de alguna mestiza o india, y otros dan las mismas cantonadas para huirse del reino, obligando al preboste o a otros ministros a volver en su seguimiento, y ahorcar a los que alcanzan. De todos los daños y desórdenes, que he referido, son causa las campeadas.

CAPÍTULO III

Daños que reciben de las campeadas los indios encomendados y los reducidos a nuestra amistad

Muchos son los daños que reciben los indios encomendados, cuyas poblaciones están de nuestras fronteras adentro. Porque los soldados que vienen de las campeadas cada año a la ciudad de Santiago, y que vuelven a ellas los veranos, como pasan por sus pueblos, les comen y llevan lo que tienen para su mantenimiento; y aún si con esto se contentasen, no los dejarían muy agraviados; pero como no hallan contradición ni resistencia a su codicia, les llevan algunas veces no sólo los caballos, pero los hijos y aún hijas a la guerra; y los que más se señalan en destruirlos y molestarlos son los que vuelven de mala gana a las campeadas, porque como rehusan el llegar a la guerra que tanto aborrecen, toman por entretenimiento el ir dando bordos teniendo por atajo el rodeo del camino derecho, que debrían llevar buscando los pueblos de los indios; aunque estén muy desmandados, haciendo tales estaciones y espaciosos altos a costa de no pequeños daños de los míseros pacíficos indios.

Llevan también los Gobernadores cada año a la guerra muchos indios destos pueblos, con las recuas de las municiones, y dellas dejan después buena parte para el servicio de los fuertes, y aunque los más dellos son casados, por maravilla vuelven a ver sus mujeres y hijos, porque o los

matan en las salidas que hacen a las escoltas, o mueren en los fuertes de mal pasar o de enfermedades. Y así se han acabado y consumido, de manera que el camino que hay desde la ciudad de Santiago hasta las fronteras, está casi despoblado y desierto dellos respeto de los muchos que solía haber. De donde nacen mil importantes y generales faltas, principalmente la del beneficio y cultura de los campos, porque como ya he dicho muchas veces, los tales indios encomendados que están de paz, son los labradores que sustentan a los españoles en aquel reino, y no sólo de mantenimiento, pues los que caminan pocos o muchos por las tierras de paz hasta los socorros que van a la guerra, como yo he visto, de quinientos y de mil hombres, no tienen necesidad de llevar bolsa para el gasto del camino, porque los indios les dan de comer a su costa a ellos y a sus caballos, y no solamente a los pasajeros y viandantes y socorros, pero también sustentan en las casas de las ciudades o pueblos donde viven a todos los españoles que tienen asiento en aquel reino de cualquier estado que sean, dándoles generalmente la comida y vestido, pobre, mediana o faustosamente hasta el arreo de sus casas, y aún las fábricas dellas, de manera que todo sale del labor y trabajo destos indios. Sino díganme a qué español le envían de su tierra lo que allí tiene o ha menester, si por medio de los indios no lo adquiriese y granjease a respeto del número que cada uno tiene dellos.

Diviértelos también de sus labranzas, las obras que por orden de los Gobernadores les reparten cada año de atar potros y domallos, y de hacer pertrechos de guerra y otros semejantes cargos o cargas con que los trabajan, apuran y afligen, que todo finalmente viene a ser para las campeadas, por cuya causa padecen cuantas molestias y vejaciones he dicho, con ser de tal manera necesarios a los nuestros estos indios encomendados, que no hay cosa más cierta que el quedar perdidos los españoles si los tales indios faltasen en aquel reino. Ya que he dicho las molestias y daños que causan las campeadas a los indios encomendados, pasaré a los que reciben dellas los reducidos a nuestra amistad, cuyas poblaciones están al abrigo de nuestras fronteras.

Los indios bien intencionados que entre los rebeldes se hallan cansados de la guerra, porque muchos hacen más profesión de labradores que de soldados, y porque de los suyos reciben de ordinario mil agravios y molestias, por ningún camino inquieren y saben mejor el tratamiento que hacemos a los ya reducidos a la obediencia de Su Magestad que tienen sus poblaciones en nuestras fronteras, que por los avisos que estos mismos les dan. Porque como son todos unos y muchos dellos parientes, no dejan de comunicarse sin que sea posible el estorbarles sus correspondencias, y conforme a lo que entienden los rebelados que les pasa entre nosotros a los que se han reducido, así toman la resolución en sus intentos de pasarse de nuestra parte o quedarse entre los suyos, porque no tanto se andan a viva quien vence, cuanto a buscar mejoría de suerte y donde sean más bien tratados. Las nuevas, pues, que estos alcanzan a saber por la vía que he dicho son tales que los obligan a escarmentar en cabeza ajena, y a querer más morir entre los suyos que mal vivir entre los nuestros. Así que no hay duda de que serían muchos los indios que

por librarse de las vejaciones que reciben de sus soldados se redujeran a nuestra amistad, si vieran que con ella estaban libres de molestias, porque aunque todos carecen de leyes y justicia, hay algunos que no dejan de pagarse della guiados de la razón, como más racionales; especialmente los que en algún tiempo gozaron de la que entre los nuestros los amparaba y defendía de agravios; pero como ven los que reciben los ya reducidos, perseveran en su rebelión.

De todos los daños y molestias que reciben los indios nuestros amigos, son causa las campeadas y el estilo con que se hace aquella guerra, puesto que contínuamente andan ocupados en cosas tocantes a ella, o campeando los veranos, tiempo en que habían de dar orden a las cosas del sustento de sus familias, o ocupados en escoltas; unas veces cargados como bestias y otras sin carga guiando recuas; y son tan contínuas las escoltas, que aún no han bien acabado de llegar de unas salidas, cuando es menester que de nuevo se aperciban para otras, de suerte que aún los recién reducidos no tienen lugar de hacer las barracas de sus viviendas; y como son mestizos, gente de poca satisfación, aquellos a quien se les da cargo de sacar a los indios amigos de sus tierras para tales obras, ponen toda su felicidad en hacerse temer dellos, como si fuesen señores absolutos, y así apalean caciques y indios principales, y les usurpan los caballos, y finalmente en todo quitan, ponen y hacen lo que quieren entre ellos, seguros de que no se han de osar quejar los pobres indios, por tenerlos ellos tan sujetos. Y por esto ni son oídos los indios, ni se les puede hacer justicia, quedando de tal manera secretos los agravios de los unos y solapadas las desórdenes y insolencias de los otros; y así se sustentan los mestizos en sus tan mal administrados oficios. Obliga este mal tratamiento algunas veces a los indios amigos a desesperadas resoluciones, y así poco tiempo ha que hallándose apurados de uno destos insolentes mestizos llamado Ramos (a quien yo conocí) amaneció una mañana puesta en un palo su cabeza en medio del cuartel de los indios amigos, al cual atrevimiento, como digo, los obliga el ver que no tienen recurso en sus agravios y oposiciones. Y aunque es verdad, que conviene ser mandados estos indios a veces con algún rigor, podían usar dél a sus tiempos en lo tocante al servicio del rey con moderación, sin hacerles agravios hombres de más crédito que los mestizos, pues hay tantos que no lo son y saben hablar la lengua como ellos, puesto que no es ley que hayan de ser mestizos los que ejercitan tales cargos, así como dije en el precedente Desengaño de los que hacen oficio de farautes.

Cuando han de salir a campear estos mestizos con el número de indios amigos que se les ha dado por orden, dejan reservados los que les parecen movidos más de sus intereses, que obligados de justos respetos, y así van los demás de tan mala gana a la guerra, que se quedan muchos dellos escondidos por los caminos en los montes. Vuélvense también muchos aún después de encorporados con la gente del campo, así por el rigor con que los han sacado de sus casas, como por ir muchos dellos a poner en cobro sus mujeres y hijos, celando que los indios de guerra no se los lleven o maten en las entradas que suelen hacer en sus tierras, en

tanto que ellos están ausentes en las campeadas, y también por la experiencia que tienen del poco provecho que sacan dellas respeto de lo mucho que trabajan y del riesgo a que se ponen. Porque los prisioneros que ganan en la guerra, de cuya venta o rescate se les podía seguir algún interés, se los quitan con violencia los soldados o el mestizo su caudillo; y si de aquí escapan hace lo mismo el mestizo lengua del campo cuando llega a su noticia, de manera que no gozan las ganancias y las pérdidas son ciertas, porque como se empeñan mucho como hijos de la tierra, cada día matan y hieren los enemigos a muchos dellos. Así que por estas razones rehusan y temen las campeadas nuestros indios amigos todo lo que se puede encarecer. Veráse adelante el parecer que doy para reparo y remedio de las molestias que reciben. Porque importa mucho al servicio de Su Magestad que sean bien tratados y defendidos de agravio, y aún premiados, pues tiene en ellos soldados que en ninguna cosa le son costosos, y que le sirven de balde en guerra, donde siendo bien tratados son el verdadero cuchillo de los rebeldes y sus mayores perseguidores; en fin, como cuñas del propio leño.

CAPÍTULO IV

Los fines porque se hacen las campeadas, y cuán grande engaño es el pretenderlas

Para que se vea el engaño grande que hay en el uso de las campeadas de Chile, diré los intentos con que las hace nuestra gente, y cuan infructuosos y dañosos son los efectos que les corresponden; y no digo del designio que lleva de poner provincias de paz, pues tengo mostrado el engaño dellas. Y así uno de los demás intentos que lleva nuestro campo, es de matar enemigos y de tomar prisioneros, pero es fin que no se puede conseguir. Porque como tienen los indios tan bien sabida la sazón del tiempo en que acostumbra cada año a entrar por sus tierras nuestro campo, y las entradas que él hace son tan públicas que demás del bullicio general de la gente, marcha con banderas tendidas y con estruendo de cajas y trompetas y disparar de arcabuzazos, los mismos indios van haciendo de cerro en cerro sus humadas como atalayas, para dar general aviso a toda la tierra de la punta que hace nuestro campo, con lo cual todos se retiran y ponen en cobro en lo seguro y cerrado de sus montes, donde es imposible hallarlos los nuestros. Porque harto falto de juicio sería el indio que en entradas de sus enemigos tan manifiestas y públicas se descuidase tanto, que se pusiese a donde lo pudiesen matar o tomar prisionero. El daño que deste tan incierto provecho saca nuestra gente es cansar la caballería hasta rendir los caballos, dejando también algunos estacados en los disimulados hoyos,[1] que los indios tienen he-

1 *Al margen se lee:* Acostumbran los indios a hacer grandes hoyos en los caminos y senderos con espesas estacas que dentro hincan, largas de a brazo y de agudas puntas, de los cuales hoyos cierran la superficie tan disimuladamente, que mostrándose los

chos, y fatigar muchas veces la infantería hasta apurarla, caminando sin parar por tortuosos y fragosos caminos a dó se adelantan de noche compañías señaladas a ver si pueden llegar a tiempo de coger sobre el ferro (como dicen) algún indio o chusma confiada en que aún se halla lejos nuestro campo, en las cuales ocasiones si una vez cogen los nuestros algún prisionero, aunque no sin riesgos y peligros, mil veces se vuelven las manos vacías con menoscabos y daños de su vano trabajo. Por lo cual sucede casi siempre el no poder hallar los nuestros ni aún indios de quien tomar lengua, para saber la parte donde podrá hallar nuestro campo algunos frutos de qué sustentarse. Porque como demás del estar todos los indios avisados, cuando los nuestros campean es verano, en tal tiempo no duermen los indios en sus barracas donde los piensan hallar, porque cualquiera suelo les es cama.

Poco hallo que poder decir de otro intento que tienen los nuestros en sus campeadas, que es de rescatar cautivos, porque en otro tiempo pendía del tomarse prisioneros en las campeadas, el rescatarse con ellos algunos españoles; pero como ya los indios cautos y escarmentados no se ponen en tan mal cobro que se dejen tomar a manos de los nuestros, sino es tan raras veces y por maravilla, como he dicho, así es averiguado que cesando el tomarse los tales indios prisioneros, han de cesar también los rescates de los cautivos; pues otro ningún precio no admiten por rescate los indios. Y aún no se rescatan los cautivos por cualquier indio, porque es necesario que sea cacique o capitán, o otro indio muy emparentado que les haga falta, y que les importe a los indios el volverlo a cobrar y tener consigo para los efectos de su guerra.

Casi no sabré decir qué provecho nos viene de otro intento que llevan los nuestros en las salidas que hacen a campear, que es el quemarles sus pajizas casas a los indios, porque, aunque se puede llamar provecho nuestro el daño que se le hace al enemigo, paréceme que el que recibe en esto, más redunda en nosotros que en él. Porque así como sería poco avisado el cazador que hallando muchas madrigueras de conejos en campos rasos y desembarazados, donde sin dificultad ni trabajo por estar de morada (como dicen los cazadores) los pudiese cazar cada día, y dejando comodidad tan manifiesta se pusiese a deshacerles las madrigueras, pues sería obligarlos a irlas a hacer a otra parte más segura por cerrados montes y malezas, así de la misma suerte se engañan los nuestros en quemarles las barracas a los indios (sino es en caso que se hallen llenas de sus comidas) estando muchas dellas donde con facilidad las puedan hallar, en sus trasnochadas y corredurías, pues los obligan con quemárselas a que vayan a hacerlas en partes tan fuertes y escondidas, que de maravilla se puede después atinar con ellas. Mayormente que cuando marcha nuestro campo y desamparan los indios sus casas, yéndose a los miradores de las cumbres de sus montes a verlos pasar, muchas veces dejan ellos mismos pegado fuego a sus habitaciones, de manera que las

indios de la otra parte, obligan a nuestros soldados de a caballo a correr tras ellos donde caen en los hoyos, y quedan estacados, hasta que vuelven sobre ellos y los matan.

ven los nuestros arder mucho antes que lleguen a ellas. Lo cual se puede decir que parece que por regocijo y fiesta nos hacen tales luminarias, conociendo los muchos provechos que (según diré) les vamos a dar a sus propias tierras con tanto trabajo y costa nuestra, porque no siempre queman sus casas por entender que los nuestros se las han de quemar, pues se ven los humos y llamas de muchas en partes de donde como lo ven ellos mismos, pasa bien apartado nuestro campo. Y entiendo que también lo hacen, porque nuestra gente se desengañe si piensa que les hace grande daño o tomar grande venganza en quemarles sus casas. Porque como son tan poco costosos sus palacios, por ser de tan poca fábrica su arquitectura, y la materia tan poco dificultosa de hallar que la tienen al pié de la obra, pues sólo se requieren para ella palos, varas y paja o carrizo, con grande facilidad vuelve cada familia a levantar otra casa, sin que tenga necesidad el dueño de desembolsar algún dinero más de solo convidar a beber a sus amigos para un día y aún para menos de medio en que se la dejan de todo punto acabada. Su forma es comunmente a la de un navichuelo vuelto lo de abajo arriba, entre las cuales barracas hay pequeñas, medianas y mayores, y la más grande de indio señalado no pasa de cien piés de largo y treinta de ancho.

Dicen algunos en Chile, más viejos soldados que soldados viejos, que el principal medio para acabar aquella guerra, y necesitar los enemigos a dar la paz, es el destruirles y talarles las sementeras, y que para hacer esto principalmente se ordenaron las campeadas, cuyo uso abonan y califican también con una razón común, en que les parece que dicen una gran sentencia de soldados, que es decir: a toda ley pisarle al enemigo la tierra. Y dijeran bien si fuera en el principio de aquella conquista, porque entonces era de mucho efecto. Pero como se van solamente tras este antiguo uso y común decir, no miran que ha muchos años, que en lugar del fruto que se solía sacar del desfrutarles a los enemigos sus sementeras en las salidas que hacían los nuestros cada año a campear, no se sacan ya sino muchas pérdidas y daños. Y cada año mayores a la medida de como van siendo los enemigos más soldados, porque la experiencia les enseña a ir cada día poniendo reparo en sus pérdidas, asegurándose dellas con nuestro daño, como se ve al presente que nos lo hace en este particular intento del que a él se le solía hacer en el salir a talarle las sementeras. Así que es muy grande engaño el continuar más estas salidas, pues no han servido de más que de haber obligado a los indios a retirar sus sementeras a partes tan dificultosas de hallar, que no sólo no se alcanzan comidas que destruirles para por tal camino constreñirlos y necesitarlos a que den la paz, pero ni aún para sustentarse dellas nuestro campo como solía. De manera que es maravilla que se halle para comer, cuanto más para dañar y destruir; y así es casi ninguno el daño que en este caso se les hace a los indios, demás de que no obliga a uno siquiera a que dé la paz. Y al contrario se les siguen mil daños a los nuestros, uno de los cuales es que por ir los soldados a buscar estas negras comidas con tanto riesgo de sus vidas, se hacen tan inobedientes, que ni estiman bandos ni mandatos de gobernador, ni respetan oficiales, ni aún temen castigo, y así ha venido aquella milicia a ser la más

estragada que entiendo hay en todo el mundo, porque a todo esto obliga la hambre con que llegan los soldados a un cuartel a hacer noche cargados con sus armas y rendidos del cansancio al cabo de haber caminado todo el día por tierra tan áspera y fragosa. Y no sólo se siguen estos inconvenientes, sino otros mucho mayores, pues se da ocasión a los indios para que maten muchos soldados que se desmandan a buscar estas tan caras comidas, posponiendo las vidas por hallarlas, y aventuraran mil que tuvieran, no dándoseles nada que los maten por matar la hambre que tanto les molesta. Y esta necesidad siempre la ha de haber en aquel reino, en tanto que se perseverase en las campeadas; porque como tengo dicho en el Punto primero, es imposible el llevar el campo bastimentos en carros por la aspereza de la tierra, y dificultosísimo el llevarlos en recuas; de lo cual hizo experiencia el gobernador Alonso de Ribera el año de seiscientos y dos, y no pudo salir con su intento, especialmente durando como dura por lo menos medio año, el campear de cada verano sería menester grande cantidad de comida, y un excesivo número de caballos que la llevasen, según los muchos que se cansan y que hurtan los enemigos, y gran cantidad de indios amigos que cuidasen dellos. Así que todos estos daños recibe de nuevo nuestra gente en las campeadas de Chile, después que los enemigos han retirado sus comidas en las partes que declaro en el siguiente Desengaño. Y cuando no hubieran usado deste remedio los indios para impedir su propio daño, tengo para mí que lo hicieran para solo ocasionar a nuestros soldados a que se desmandaran para buscar sus comidas, por lo mucho que interesan en que se les vayan a las manos tantos, como se desmandan en pequeñas cuadrillas, y muchos de dos en dos y aún de uno en uno, donde tan a su salvo les dan en las cabezas; pues de matar españoles que es su principal codicia, gozan de los despojos que les quitan, como sus armas, caballos y vestidos.

En lo que he dicho se podrá echar de ver cuán dudosos y inciertos son los fines que pretende nuestra gente en las campeadas de Chile, y lo caro que cuestan los pocos o ningunos provechos que dellas saca: pues son a costa de tantas vidas, armas y caballos, sin ser casi ninguno el daño que se le hace al enemigo, que al cabo se queda riendo de ver cuán bien se lo pagamos.

CAPITULO V

Que con nuestras campeadas hacemos la costa al enemigo de toda la guerra que nos hace

No paran los aprovechamientos que sacan los indios de nuestras campeadas en solo matarnos los soldados que se desmandan por buscar sus comidas, ni en los caballos, armas y vestidos que les quitan, sino que pasan tan adelante las utilidades que también por otros caminos les damos, que aguardan cada año nuestras campeadas, como una famosa y

abundante feria donde saben que a manos llenas se han de proveer de cuantas cosas les va consumiendo el tiempo, así de las que son de efecto para sustentarnos la guerra, como de las que pertenecen a la labor y cultura de sus campos. Y si no les hubiéramos dado esta comodidad tan a su propósito, cierto es que en la presente conquista de Chile nos fueran aún mas inferiores en fuerzas, siendo ellos ahora tan pocos respecto de los muchos que fueron en el principio de aquella guerra, cuando con tanta facilidad los sujetaron los nuestros con ser muchos menos nuestros primeros conquistadores de cuantos al presente sirven a Su Magestad en aquel reino; pero con nuestras campeadas se han hecho soldados para saber defenderse y ofendernos; con nuestra comunicación les habemos dado consejo para saberse gobernar; con nuestros caballos, caballería para superar la nuestra, y finalmente con nuestras armas les habemos dado ánimo y confianza para perseverar en el propósito que tienen de acabarnos de echar de todo punto de su tierra. En todas estas cosas han medrado los indios cuanto podían desear con solo la ocasión de las campeadas; porque cosa es bien sabida que en los principios de aquella guerra las comodidades que alcanzaban a tener de su parte y cosecha para su defensa, eran solas estas: la gran fortaleza de la tierra que habitan, el conocimiento de su fragosidad, como de su tan propia casa; la soltura y lijereza de sus personas en la misma aspereza de la tierra, por la costumbre que tienen de andar por ellas como fieras, y por los sencillos y poco embarazosos vestidos de su traje; y finalmente, las armas ofensivas de que usaban, que eran lanzas con las puntas tostadas, arcos y flechas. Estas cuatro cosas cierto es que las poseían los indios por naturaleza, ayudando con el arte lo tocante a sus armas; porque si se mira a la abundancia con que la misma naturaleza los provee en su misma tierra de la materia de que las hacen, no podían jamás tener falta ni carestía dellas, ni necesidad de esperar que se las llevasen de otros reinos como a los nuestros de Vizcaya. Pero con todos estos cuatro dones que poseían los indios no se hubieran podido defender del valor, destreza, armas y caballos de nuestros españoles, si no hubieran hallado medios para alcanzar tan gran provisión, como al presente tienen de armas de más efecto que las que he dicho solían tener, y tan gran número de caballos con que han dado calidad y valor a los dones que antes poseían por naturaleza. Porque aunque las tierras fuertes son más aptas para ser defendidas que ganadas, no fueran jamás parte para defendernos la conquista de su tierra, considerado que sus comunes originales armas con que solo podían ofender, eran de muy poco efecto; porque teniendo las lanzas, como dije, las puntas tostadas por carecer de hierros, aunque algunos las traían de cobre, las resistía, así como a las flechas, cualquiera coleto de ante o escapuil (que es un capote colchado de algodón) y así reconociendo su flaqueza las han ido como astutos mejorando de manera, que en lugar de las puntas tostadas, ya no traen en general sino limpios, resplandecientes y acerados hierros, y estiman en tanto grado estas lanzas y picas, que no privan ya, lo que solían entre ellos, las flechas, como arma de poca ofensa por ser muy raros los que matan con ellas, aunque dando en el rostro en las peleas, hieren, turban y desatinan. Y

desprecian las flechas por la abundancia que tienen de las nuevas armas que digo de más efecto con que los vamos armando, así como vemos que en nuestra nación se ha dejado de todo punto el uso de los ballesteros, de que pasaron compañías a la conquista de las Indias, y aún fueron a la última guerra de Granada, por haber mostrado claramente la experiencia de cuanto más eficaz ofensa son las armas de fuego. Provéense, pues, los indios en nuestras campeadas de los muchos caballos que dije en el punto de la caballería, y así han llegado ya a echar cuatro mil en campaña, y para ellos de tantos frenos, espuelas y estribos, que ya van acabando de renunciar los que al principio de su caballería acostumbraban a traer de barba de ballena y de maderas fuertes y duras, por no alcanzar de los que nosotros traemos. Y aunque también alcanzan cantidad de herraduras, no las aplican para sus caballos aunque holgaran saberlos herrar, sino para la labor de sus campos, ingiriéndolas (después de muy bien adelgazadas) en las frentes de las palas de madera con que rompen la tierra de sus labranzas, en cuyo ejercicio les son muy útiles, y así las estiman en mucho. Provéense también de algunas cotas y de cueros crudíos de vaca, de que hacen las armas defensivas, como son sus coseletes, celadas o capacetes y adargas, y asimismo hijadas para armar sus caballos. Los cueros de que hacen estas armas son de los que deja nuestro campo, aunque lo pudiera excusar en los cuarteles donde se matan vacas,[1] cuando las lleva para dar ración a los soldados en necesidades de campestres comidas. De las armas ofensivas las que en mayor número alcanzan los indios, y aún las que más les hacen al caso, son espadas de que se sirven para guarnecer de hierro sus picas y lanzas. Y cuando las comenzaron a tener, guarnecían con cada una tres y cuatro astas, quebrando cada hoja en otros tantos pedazos, bien amoladas sus puntas. Pero como ahora ya tienen tantas, que aún podrían armar de ellas cualquiera grueso socorro de gente que les llegase, no rompen las hojas como solían, precisándose de traerlas los infantes enteras en las largas y livianas astas de sus picas, con que las hacen mas cumplidas. Los de a caballo traen lanzas jinetas mas cortas, de hierro, como deben ser. Demás de las espadas, granjean cuchillos, machetes, podones y hachas en gran cantidad. Destas herramientas se aprovechan en el común servicio de sus casas, y también en el hacerlas. Vienen también a su poder gran número de hoces de segar, de que se sirven principalmente para la siega de sus agostos, y algunas veces sucede en las peleas cortar con ellas cabezas a los nuestros con maravillosa presteza, así como también lo hacen con los agudos cuchillos. Entre todas las herramientas estiman en mucho las hachas, porque les son de mucho servicio, especialmente para nuestra ofensa; porque cuando marcha nuestro campo derriban con gran presteza árboles, que en su caída se atraviesan en fragosos y estrechos caminos, y impiden el paso a nuestra caballería, dándonos mucho en qué entender, por el peligro que hay de que viniendo la noche, no se pueda llegar a cuartel donde alojar. Con las hachas cercan y fortifican sus casas con albarradas de maderos entretejidos, para que repentina-

1 Los indios no tienen vacas, aunque tienen otros ganados.

mente no se las asalte nuestra caballería en las trasnochadas, y en summa con ellas nos combaten los fuertes hechos de palizadas gruesas, de que son los más de aquel reino, cortando los palos por el pié y desbaratándolos.

Pertréchanse principalmente los indios de las armas, herramientas y aderezos de caballos que he referido, por vía de los yanaconas o indios de servicio de nuestro campo, que las dan a los indios que se van reduciendo en sus fingidas paces cuando se campea. Porque muchos de los yanaconas huelgan de seguir a sus amos, y salen con ellos a las campeadas con intento de proveer a sus amigos y parientes de las cosas referidas. Otros también se las dan a trueco de sus bebidas, y por frutas y golosinas de las que de industria acostumbran a traer los indios a nuestro campo, especialmente en los tiempos que hay hambre. El exceso que en esto hay lo certifican bien los amos de los yanaconas, pues usan a llevar a la guerra muchos más pertrechos y aderezos de los que juzgan habrán menester, por razón de los que saben que sus yanaconas les hacen perdidizos cada día en las campeadas, y con todo ello por maravilla hay alguno que a la retirada del campo, halle que le ha sobrado cosa de todo lo dicho. De manera que una tan grande cantidad de que va apercebido todo el campo, viene a quedar toda cada año en poder de los enemigos.

Suélese decir por refrán, que el codicioso y el tramposo presto se conciertan, y aunque esto es verdad, yo digo que mas presto se conforman el codicioso y el necesitado. Porque como la hambre es el mas cruel y irreparable enemigo que tiene la guerra, qué maravilla es que los yanaconas que son indios, armen a los indios codiciosos de nuestras armas, pues los mismos españoles hacen lo mismo vendiéndoselas por campestres comidas a sus tan capitales enemigos, para cuya ofensa y su defensa las traen en aquella tierra, viéndose apurados de la hambre, por no poderse hallar sazonadas, ni aún por sazonar, las comidas de las sementeras de los indios, a las cuales va atenido para sustentarse casi todo el campo, como dije arriba; una de las cuales necesidades me obligó a mí, siendo maestre de campo, a hacer matar algunos de nuestros caballos en las tierras de guerra, para dar ración a los soldados. Y como los tiempos destas hambres las saben los indios reconocer en los nuestros no menos bien que los cautos cazadores en tiempo de nieves en los simples pájaros, que es cuando menos hallan que comer, de la misma manera que los ceban con el grano en aquella necesidad para cazarlos, así de la misma suerte en los tiempos que saben los astutos indios que no pueden hallar comidas los soldados, los ceban para desarmarlos con frutas y harina que traen en sus escarcelas o zurrones. Y como no osan quitarles los soldados con violencia estas comidas, porque no se quejen dellos, y les impidan sus oficiales el gozarlas, toman por partido comerlas en paz con beneplácito de los indios, aunque sea a costa de las espadas, que son el precio que ellos les piden haciéndose bobos. Así que sucede desta manera venir a desarmarse de espadas en tales ocasiones gran parte de nuestro campo, hasta hurtarlas unos soldados a otros para el mismo efecto, los que han dado ya las suyas a los indios viendo que

es moneda que tan bién corre entre ellos y que les instiga la hambre, y no solamente les dan las espadas, pero otras muchas cosas de las que arriba dije, y para tal efecto se andan los indios de rancho en rancho con falsas y fingidas risas mostrando bondad, inocencia y simpleza; cosa harto mal entendida el consentir a los indios recién reducidos andar por nuestros cuarteles reconociendo cuanto quieren, pues demás del daño que he dicho, nacen otros muchos; pero es de tal la codicia de los que pretenden representar servicios con haber puesto indios de paz, según dije en el *Desengaño primero*, que no permiten que en cosa alguna les contradiga nadie a los indios, ni quieren entender, aunque lo entiendan, el no ser mas que aparentes sus paces.

Llega el desconcierto que he dicho a tales términos, que puedo afirmar como testigo de vista, que aún en los cuerpos de guardia no están seguros los hierros en las picas, ni las manillas y llaves de los arcabuces y mosquetes, porque las mismas centinelas que se ponen a las armas, quitan de noche lo que he dicho para darlo a los indios, y así me fué forzoso dar orden que cada centinela recibiese por cuenta de aquella a quien sucedía, todas las piezas tocándolas de noche con las manos a tiento pieza por pieza, mirando si faltaba algo para dar cuenta dello al oficial de la guardia, y aún no bastaba tal cuidado. Tal era el atrevimiento que ponía la hambre en los soldados, y a mí me acaecía hallar algunas veces las manillas y llaves de los arcabuces y mosquetes en las escarcelas de los indios, envueltas en la harina, que dije acostumbran a traer en ellas. Los cuales indios antes se dejarán hacer pedazos, que revelar el soldado que les da estas cosas, aunque se lo pongan delante, de lo cual hice algunas veces experiencia; y es de creer que lo callan, a fin que por su causa no se corte el hilo de la provisión que les hacen los soldados de armas para armarse, y piezas dellas para desarmarnos, porque de otra cosa no les sirven las llaves y manillas de nuestros mosquetes y arcabuces, porque saben que tantos ofensores ternán menos, cuantos españoles no se pudieren aprovechar de sus armas.

Y no solo dentro de los cuarteles, pero fuera dellos hacen su feria los indios, porque los soldados en viéndolos, luego le preguntan si traen fruta o murque, que este nombre que en aquella lengua quiere decir harina, les tiene bien enseñado la hambre, respondiéndoles que sí, luego los siguen a darles por ella el premio que ellos pretenden. Y para que se vea las trazas que inventa la necesidad y codicia, diré de la manera que un dia se hacían estas ventas entre los indios y los soldados. Hallándose alojado nuestro campo a la ribera de un río en la provincia que llaman de Paycaví, me pidieron algunos licencia para nadar, por haber visto que de la otra parte, que era todo boscaje, había indios de los recién reducidos que los llamaban como con señuelo mostrándoles de sus frutas. Concedíles licencia, ignorando el intento, pero despues vine a averiguar que vadeando el río hasta la cinta por donde hacía una vuelta y recodo, que se encubría de nuestro cuartel, llevaban escondidas por debajo del agua las espadas a entregarlas a los indios, y aún la pólvora de los frascos en las calabazas que los mismos indios les daban muy bien tapadas. Y no se daban manos los indios a ir recogiendo a la sorda estas cosas a

trueco de sus frutas, incitando a los soldados a que les fuesen aprisa llevando más, porque allí no los podían ver los oficiales, y fuí informado que habia durado esta feria gran parte de una tarde. Verdad es que las cosas que he dicho, no las hacen todos los soldados, sino los ruines bisoños poco práticos, porque los honrados y soldados viejos antes se dejarán morir de hambre, que hacer tales vilezas y traiciones. Pero en fin, la hambre es causa de que aquellos las hagan, y se puede temer que este daño aún crecerá más, porque la falta de comidas ha de ser cada año mayor, por la razón que ha ido hasta ahora en aumento. Podráseme decir que ¿cómo no se castigaban al principio con rigor tales desórdenes y delitos de los soldados, para atajarlos con tiempo? A lo cual digo, que pudiera satisfacer bien cumplidamente con otras razones, pero lo general es el no resolverse los superiores por atarles las manos al ver que el reo es la hambre. Lo que importa a mi propósito es, que se entienda de la manera que se arman los enemigos, y se desarma nuestro campo en las campeadas, que parece que el salir a ellas solo es ir cada año a dar tributo y parias al enemigo.

En fin se retira el campo deshecho, falto y descompuesto de cuanto salió abundantemente proveído de las tierras de paz, quedando dueños de todo los indios de guerra, los soldados descalzos, rotos y casi desnudos para quedar a invernar la mayor parte en desabrigados fuertes. Y en suma digo, que no hay ninguno en aquel reino, así de los naturales como de los españoles de cualquier profesión, estado o calidad que sean, que se pueda alabar que esté esento de daño de las campeadas. Porque en otras guerras es cosa muy sabida haber hombres que se sustentan de la misma guerra, y aún se levantan y mantienen fausto por ella entre los muchos que derriba y empobrece; pero en la de Chile ni aún vivanderos no hay que ganen su vida con tal oficio, salvo los mestizos lenguas del campo, que sólo ellos se aprovechan por todos.



DESENGAÑO CUARTO

DE LAS SEMENTERAS Y GANADOS DE LOS INDIOS

CAPÍTULO I

Del grande engaño con que los nuestros buscan las sementeras de los indios

Considerando que han llegado a tiempo los indios que han sabido poner reparo en el mayor daño que les hacían los nuestros en aquella guerra, que era destruirles cada año sus sementeras, con que los necesitaban y constreñían a dar las forzadas y fingidas paces que daban, bien se podía poner en el número de los Desengaños que voy declarando el mostrar con cuán grande engaño y ostinación procuran los nuestros salir todavía al mismo efecto de talarles sus campestres frutos, sin considerar que los han puesto ya los indios en tan buen cobro, que no solamente les han estorbado el poderles hacer el daño que en ellos les solían hacer como en su principal sustento, como lo es las comidas, pero les han quitado la comodidad de poderse también sustentar a su costa dellas, redundando el daño (que muchas veces tengo dicho) que reciben los nuestros, pues por buscar los tales frutos (que ya tan mal como dije pueden hallar) se van a poner cada día en manos de los enemigos acosados de la hambre, y en tan pequeñas cuadrillas, como los podían los indios desear. Y porque la mucha guerra que de tal manera hacen a los nuestros, la tengo declarada más largamente en el precedente *Desengaño de las campeadas*, diré solamente aquí las causas que han obligado a los indios a poner tan en salvo sus frutos (que es lo que en el dicho Desengaño me faltó por decir), y de qué manera y cuán a su propósito lo han hecho, que a mi ver ha sido unas de las mayores de sus nuevas advertencias para no tener ya que temer daños nuestros, ni cuanta guerra les podamos hacer por el camino que ahora se la procuran hacer los nuestros y pretendieren hacérsela, aunque más se redoblen nuestras fuerzas. Digo, pues, que del haberse sustentado nuestro campo desde el principio de aquella guerra de sus naturales frutos, de los cuales el más común y de mayor nutrimento ha sido siempre su maíz, ya de poco tiempo a esta parte se han comenzado a desquitar y pagar de su mano con haber dado principio a

sustentarse de nuestras propias y legítimas semillas que llevaron de España los nuestros a aquella tierra, que son nuestros trigos y cebadas de harto más sustancia que sus maíces, proveyéndose también de nuestras cabras y carneros llevados asimismo de España. Porque como el maíz que antes era el nervio principal de su sustento, es de su calidad fruto tardío, y requiere ser sembrado en tierras no solamente bajas y llanas, pero húmedas y frescas (así como vegas y cañadas), reconociendo los indios estas sus cualidades, y que eran causas que por mucho que dilatase nuestra gente cada verano sus usadas salidas a campear aguardando a que hubiese yerba en los campos del largo camino para el sustento de nuestra caballería, con todo ello no dejaba siempre de llegar a sus tierras a sazón que lo estaban en la que se había de coger sus maíces; y por requerir también las tierras que dije llanas, eran fáciles de hallar de los nuestros, no solo para el sustento del campo, pero para talar y destruir cuantas vegas dellos se hallaban, para necesitarlos a que dieran la paz, considerando, pues, los mismos indios cuán patente y manifiesto tenían para los nuestros su principal sustento, y no ignorando que nuestros trigos y cebadas no requerían tanto regalo como sus maíces, y que no les eran inferiores en bondad de mantenimiento, y que principalmente eran de mucho más temprana cogida para lo que era el no hallarlos por segar nuestro campo como sus maíces; estas fueron las causas que los obligó a procurar poseer suficiente parte de nuestras semillas, y así fueron procurando acaudalar las cantidades que pudieron por algunos años, así en sus particulares cautelosas paces, como en el saco de las ciudades que destruyeron. Las cuales semillas multiplicaron, como lo hacen maravillosamente en aquella fértil tierra, en las várias sementeras que dellas hacían, conservándolas después en sus secretos silos, pasando generalmente la palabra de la conforme resolución de su Consejo, de que ningún indio las aplicase a su mantenimiento, hasta que de tal manera vinieron a poseer por todas partes tanta cantidad, que no solamente han venido a tener abundantísima cosecha de lo necesario para su sustento, pero les sobra ya tanto trigo y cebada, que dejan muchas veces perder grandísimas hazas de ambas semillas, de que yo fuí testigo el año de mil y seiscientos y dos, que el gobernador Alonso de Ribera llegó con el campo a la fértil provincia de Purén, donde del año precedente se veían fertilísimos trigos y cebadas por segar, cuyas gruesas espigas estaban denegridas de las lluvias y fríos del pasado invierno, por no haberlas segado los indios, como cosa sobrada para su menester; y esto sin haber ido años había por sus tierras gente nuestra que se los hubiera estorbado.

Así que abundan de tal manera los indios de guerra de nuestros trigos y cebadas, que por sus propiedades han ido dejando casi del todo sus regalados maíces, viendo no solamente que todo terreno era apropiado para nuestras semillas, ora fuese bajo, llano, ladera o cumbre de cerro, pero que su cosecha era sin comparación mucho más temprana que la de sus maíces. De lo cual les nacen estas comodidades. La primera, que siembran sus trigos y cebadas en várias hazas divididas en sus muchos cerros no poco trabajosos y dificultosos de subir. Lo segundo, que por madurar tan temprano como dije, respeto de sus tardíos maíces, cuando

nuestro campo sale a campear, todo se halla segado y la cosecha puesta en cobro enterrada en sus ocultos silos, donde acostumbran los indios a conservarla para el mantenimiento de su año.

A esta causa es cosa lastimosa el referir las necesidades que padece nuestra gente en estos tiempos en las campeadas, porque no puede salir el campo los veranos tan temprano como sería menester para llegar a tiempo de poder participar de los trigos y cebadas de los enemigos, como antes solían de sus maíces, por la forzosa necesidad que hay, según dije, de esperar a que crezca en los campos la yerba, para el común sustento de nuestra caballería y embarazoso bagaje. Y así cuando viene a llegar nuestro campo a las tierras de los enemigos, atenido a sustentarse de sus sementeras seis meses del año que se campea en tierra, donde no hay modo de llevar bastimento por la aspereza de la tierra, de maravilla se halla trigo o cebada que no esté ya segado; y si algunos hay que no lo estén, tengo para mí que de industria los dejan los indios para cebo de los nuestros. Y como lo que se acierta a hallar, está tan repartido en tan diferentes alturas de cerros de agrias subidas, cuando llega nuestra gente al cabo de la jornada, y suba todo un campo a cerro y halle algo por segar, es tan poco que no alcanza a espiga por soldado. Y si visto este inconveniente, pensando satisfacer mejor la hambre con que todos llegan (a que obliga el cansancio de la aspereza de la tierra y peso de las armas) hubiese de tomar por remedio el repartirse el campo en pequeñas cuadrillas, para subir cada una a su cerro, querría que se me dijese qué mejoría se hallaría en esto. Pues no fuera otra cosa sino hacerle al enemigo su juego, dándole a manos llenas toda la satisfacción que tan ansiosamente desea para irnos acabando a su salvo.

Esto es lo que pasa en estos tiempos para sustentarse nuestro campo en las tierras de guerra, a cuya causa matan cada día a los muchos soldados que referí en el *Desengaño de las campeadas*, a las cuales se va con no poco riesgo de padecerse excesivas hambres. Porque ¿qué cosa más de recelar puede ser, según lo dicho, en tierra donde de maravilla se halla de quien tomar lengua, que llegar nuestro campo a cuartel donde piensa que hallará que comer como otros años, y al cabo no hallar en él cosa de sustancia, o suceder esto dos o tres jornadas arreo, bastante término para perecer todo el campo de hambre?

Lo que queda dicho me parece que basta para que se vea esta particular mudanza y dificultad que nuevamente tienen los nuestros, para poder acabar aquella conquista por el presente camino que lo procuran, de que los indios están no poco ufanos y gozosos, viendo lo mucho que se les van aumentando sus comodidades, particularmente esta tan importante de su mantenimiento, por lo que se hallan más prósperos que jamás se vieron. Pues fuera de lo que se ha mostrado de sus sementeras, tampoco abundaron jamás de tanta carne, como al presente poseen; pues por maravilla hay familia de indios que no posea un rebaño de ganado de nuestras cabras y carneros, que también llevaron los nuestros de España a aquella tierra, según ya dije, y especialmente de cabras por ser ganado tan a propósito para la aspereza de sus tierras, habido todo de la manera que acaudalaron el trigo y cebada. El cual ganado multiplica maravillo-

samente entre ellos, por razón que no lo queman, como hacen los nuestros para la cosecha y granjería del cebo, según tengo referido en las excelencias de aquel reino.

De lo dicho se podrá comprender el manifiesto engaño de nuestra gente, pues con la misma costa, solicitud y intento sale al presente a destruirle al enemigo sus sementeras, teniéndolas ya cogidas, y las por coger en partes donde a tan manifiesto riesgo y trabajo han de poder sustentarse dellas (por las causas dichas), como cuando en otros tiempos había tantas, que se cansaban nuestros soldados, y aún se embotaban sus espadas en cortar sus maíces, antes que se pudiese acabar de talar y destruir la muchedumbre dellos, que cubrían los campos en tanta cantidad, que obligaban a los gobernadores (por no dejarlos intactos y de algún provecho a sus agricultores) a ser los primeros que se apeaban, y que comenzaban a cortarlos con sus espadas, para que por su ejemplo hiciese lo mismo sin pereza la demás gente del campo, y con todo no era suficiente a poder acabar de cortar los muchos maíces que se hallaban en cada parte donde se acuartelaba nuestro campo, si no era deteniéndose para ello más tiempo del que convenía.

De lo referido se verá cuán bárbaro es el parecer de aquellos que por sólo haber visto ser cosa antigua y usada las campeadas, quieren que todavía se persevere en el uso dellas, sin dicernir las contrarias ocasiones que ahora hay para excusar los muchos daños que causan.



DESENGAÑO QUINTO

DE LOS FUERTES QUE SUSTENTAN LOS NUESTROS EN CHILE

CAPÍTULO I

Cuán desaprovechado asiento tienen los fuertes, y el origen de sus fundaciones

Que sean de poco efecto los fuertes que nuestros españoles sustentan en Chile, puédese probar por todas estas razones. La primera, que se ve por experiencia, que a causa de estar tan desmandados de nuestra abierta frontera, divididos por las tierras de guerra, ni aseguran, ni pueden nuestras tierras de paz, puesto que no son poderosos para impedir el paso a los enemigos de suerte que dejen de entrar por ellas sus juntas a hacernos daño todas las veces que quisieren. Porque demás de que tienen mil caminos y vados por donde poder hacer tales entradas, sin que ninguno de los fuertes lo pueda ver, ni aún tenga indicio dello, viene a ser lo mismo, aunque pasen de día y arrimados a los mismos fuertes, donde los vean los nuestros pasar; pues de cualquiera manera es como si no los viesen, pues no hay ninguno que pueda estorbarles el paso ni aún atreverse a despachar español ni indio amigo, por ningún camino a tocar arma en nuestras tierras para apercebirlas. Por lo cual no siendo de algún fruto los tales fuertes para lo ya dicho, que es para lo que principalmente debiera ser, y se sustentan en todas las tierras fronterizas del mundo, no sé yo para qué otra cosa (fuera dello) puedan ser de provecho, de manera que se tenga por bien empleado el trabajo y costa con que se conservan, según diré. Pues solo parece que los sustentan los nuestros para disminuir su poder dividiéndolo en tantas partes de que no hay duda, sino que los enemigos se deben de burlar de nuestra poca milicia, viendo que tiene nuestra gente sus fuerzas repartidas, donde por ello dejan de serlo y de estar proveídas de defensa sus mismas casas y tierras, que es en lo que se había de poner el primer cuidado, estando tan a peligro de perderse, cuanto lo tengo mostrado en la Relación quinta.

Pues si decimos que ya los tales fuertes son inútiles para lo dicho que podrán aprovechar, para lo que es hacer desde ellos guerra al enemigo,

por lo cual le obliguen y constriñan a dar y sustentar paz (que es lo que siempre se ha procurado en aquel reino) podríase en tal caso tolerar el trabajo y costa con que se sustentan; pero yo dejé en aquel reino cuando me partí dél diez fuertes tan divididos y apartados unos de otros, que no sólo no se podían dar la mano como convenía, mas ni aún apenas tener unos de otros noticia de su ser y estado. Y hallándose en tan desproporcionada disposición para poderse ayudar con juntarse sus guarniciones para hacer entradas (como era razón) en las tierras de guerra, pregunto yo ¿cómo podrán hacerlo por sí solos? Dado que no hay ningún fuerte, aunque entre en ellos el de Arauco, que es el mayor, que su ordinaria guarnición pueda salir segura ni aún media legua, aún para ir de escolta a cosa del servicio del mismo fuerte cuanto mas a hacer guerra al enemigo. Y porque en las cosas que se pretenden probar por razones, tienen gran fuerza los ejemplos, y yo pienso usar dellos en todas las partes que los pudiere dar, diré solamente dos casos a este propósito sucedidos en dos fuertes de aquel Reino en mi tiempo, el uno a caballería, y el otro a infantería de sus guarniciones, que comprobarán mi opinión. El primero de los cuales fué, que saliendo de un fuerte que llaman de Yumbel una escolta de caballería a cargo del teniente de un capitán llamado Martín Muñoz, la cual escolta iba a sólo a traer yerba, le sucedió que aún no hubo bien perdido de vista el fuerte, cuando dió en ella una emboscada de aquellos rebelados bárbaros tan de repente, que sin poder hacer resistencia, degollaron della treinta y dos soldados, con los cuales usaron tan carniceras crueldades, cuales jamás acostumbran a usar ningunos otros enemigos del mundo, con aquellos a quien quitan las vidas; lo cual hicieron no sólo en el privarlos dellas, pero en otras feas carnicerías que hicieron antes y después de muertos, como tienen de costumbre, escapando los demás como pudieron, acogiéndose a la cercana guarda de su fuerte.

El otro caso fué, aunque lo tengo referido en la Relación quinta, el que sucedió junto al fuerte de la asolada Imperial, donde saliendo dél una escolta con su Gobernador y caudillo don Joan Rodolfo y dos capitanes, con ciento y setenta y tres infantes, la flor de docientos y ochenta que había en el fuerte, con no haberse alargado dél un tiro de arcabuz, dieron los enemigos en ellos, y los degollaron a todos con el caudillo y capitanes.

Estos dos casos sucedieron en mi tiempo. Pudiera referir otros sus semejantes, que han pasado antes dél en aquel Reino; mas porque me parece que con lo dicho queda probado no ser suficientes ninguno de los tales fuertes por sí solo, pues no pueden ayudarse para hacer guerra al enemigo, ni ofenderle en cosa de consideración, bastarán estos ejemplos para que se vea la mucha guerra que hacen, no los fuertes al enemigo como se debiera, sino el enemigo a los fuertes, por hallarlos tan solos, desamparados de quien los puede socorrer, metidos en sus mismas tierras.

El origen del acierto que se ve tienen hoy los fuertes, no hay duda de que se debió de tener en el principio de aquella conquista; pues por ser entonces muchos menos los españoles que había en aquel reino, que los

destos tiempos, no podían usar de tantos fuertes, y los pocos que entonces harían, no siendo suficientes para formar y cerrar frontera, cierto es que los dividirían en las provincias que más cómodo les viniese, según las muchas que iban abarcando por el lugar que daba a ello el ser los naturales en aquel tiempo tan poco soldados, y el mucho respeto que tenían a los españoles, y a aquellos primeros fuertes. Los cuales españoles como después con el tiempo se fueron aumentando, fuese perseverando y llevando adelante el estilo del desordenado fabricar de fuertes, lo cual no está en razón que haya de durar para siempre, considerando que ha llegado tiempo en que tiene Su Magestad gente en aquel reino para poder dar forma a su conquista, tomando pié más seguro y cierto para ella; comenzando a dar orden en el fundar los fuertes en tal lugar, que conserven y aumenten lo ganado, asigurando correspondientemente los unos a los otros de manera que el enemigo no pueda jamás volver a pisar lo que una vez hubiere perdido. Desta suerte se perpetuará y lucirá lo ganado, haciendo con ello escala para aumentarlo sin volver pié atrás, con lo cual no se dejarán perder las tierras de que una vez se hubiere tomado posesión, haciéndose diferentemente de lo que se ha hecho por lo pasado; pues tenemos ejemplo de la facilidad con que lo ha ido y va recuperando el enemigo, todo a tanta costa nuestra.

CAPÍTULO II

Dispusición y fábrica de los fuertes

Son pues los fuertes que dije en cuanto a su materia, algunos dos o tres de tapias, como lo es el más principal, que es el de Arauco; pero todos los demás son de palizada, quiero decir, de unos palos los más derechos que se hallan a mano del sitio donde se fundan con la rustiquez que se cortan, y de grosor indiferente, que los que más lo son, serán poco más que el timón o pértigo de un carro, y de altura de catorce o quince piés, cual más y cual menos, los cuales plantados hasta una rodilla o tres palmos, bien firmes, ajuntados unos con otros, van de tal manera haciendo hilera por lo diseñado componiendo y cerrando la circunferencia o espacio del trazado sitio. Los cuales palos vienen a ser las murallas de los fuertes, con otros más delgados atravesados, que van abrazando por la parte de dentro los plantados, a que llaman cintas, porque ciñen a los otros divididos en cuanto su altura en convenientes distancias, bien atados con ellos con látigos o correas de cuero crudío de vaca, que son las comunes sogas de aquella tierra. Tienen algunos destos fuertes por la parte de dentro otra palizada la mitad más baja que la de fuera, distante della cinco o seis piés, el cual hueco o vacío de entre la una y la otra se terraplena todo a la redonda de fagina y tierra, de manera que el tal terraplén viene a servir de muralla al fuerte, donde se pasean las rondas y se ponen los convenientes centinelas, y de donde, finalmente, se pelea y está a la defensa detrás de los débiles y flacos pa-

rapetos, que es lo que sobrepuja la primera y principal palizada de defuera, a cuya causa en los combates hieren y matan los enemigos muchos soldados con sus largas picas por entre los palos.

La forma, figura o traza que tienen estos fuertes, es comunmente cuadrada con algunos traveses, y en su grandeza diferentes, respeto de la guarnición que los ha de sustentar y defender, y comarca do se fundan.

El alojamiento de la gente son barracas de carrizo, materia bien apta al fuego, por lo que están estos fuertes con sus murallas muy sujetos a incendios, y de la misma son los cuerpos de guardia, dejando en el medio toda la plaza de armas que se puede.

A algunos destos fuertes se les abre foso, conforme es el suelo, de tierra fija o arena; pero de cualquier manera nunca es de consideración lo que se ahondan, y su anchura para que dejen los enemigos de arrimárseles cuando los asaltan, sin que sea parte para estorbarlo los muchos hoyos que hacen los nuestros por de fuera del foso con agudas estacas, y otras menudas puntas tostadas de unas cañas duras, macizas y enconosas que hay en aquella tierra, las cuales entierran muy espesas y disimuladas por más a fuera de los hoyos por un espacio del campo, cuyas puntas sirven de abrojos descubriendo por parejo hasta dos dedos; que aunque contra los indios para andar todos descalzos, deberían ser de alguna defensa al fuerte, con todo ello hacen tan poco caso de los tales abrojos, como de lo demás, cuanto lo diré en lo que sigue. Porque determino declarar todos los daños a que han estado y están sujetos los fuertes.

CAPÍTULO III

Valor con que los indios acometen y combaten los fuertes

Muchas veces suelen los indios juntarse de propósito para acometer un fuerte, y caminando para él con denuedo y resolución, son tan agoreros, que una raposa y aún perdiz que encuentren, advierten para donde toman su huida o vuelo, y según sus juicios que acerca dello echan, les basta para conjecturar qué tal ha de ser el futuro suceso de aquella jornada, por lo cual les acaece dejarla y volverse desde el camino, y aún suelen hacerlo muchas veces de bien cerca del fuerte que van a combatir. Y cuando no han hallado ningún agüero de contraria significación, llegan con maravilloso silencio hasta cerrar con el fuerte, y comenzar a toda prisa su combate. En el cual silencio de su llegada ponen particular cuidado, a fin de no dar lugar a que (siendo sentidos) tomen los nuestros sus aventajadas armas de fuego que tanto temen. Y finalmente, con tal secreto en la oscuridad de la noche, especialmente al cuarto del alba, cierran con tanta determinación por todas partes según vienen repartidas sus juntas para cada frente del tal fuerte, que aunque se lastiman y abren los piés en los ya dichos abrojos y hoyos estacados, todo lo menosprecian a fin de ejecutar su rabioso intento, y probar la mano en

lo que desean, persuadidos de que han de ganar el fuerte por la confianza que llevan en que en tanto que los piqueros y flecheros pelean por entre los palos del fuerte, han de ir talando sus mismos palos los hacheadores, que llevan diputados para tal efecto. Los cuales en tales ocasiones no se dan menos priesa con sus hachas a cortar y derribar los palos, que los demás a pelear por todas partes con un general murmúreo diabólico de su multitud, hablando entre todos en voz alta que se puedan entender solamente sus capitanes, no otra cosa mas de nombrarse por sus nombres en su lengua, y los ladinos en la española, como si dijesen: Yo soy Pelantaro, yo soy Anganamón, yo soy Longotegua, yo soy Nabalburi, y otros sus nombres semejantes. Lo cual tienen ellos a gran valentía y arrogante presunción, pareciéndoles también que aún con sus nombres han de poner terror y ayudar a su empresa, quitando la esperanza a los combatidos de pensar que se hayan de retirar sin la victoria de su empresa, yendo allí tales capitanes. Muestran estos indios tanto valor en esta acometidas y combates, que verdaderamente ninguna cosa emprenden ni acometen con ánimo más temerario, considerando que con tan flacas armas como son las dichas de que usan respeto de las nuestras, van sin ningunas defensivas a ponerse a terrero de tantos arcabuzazos y mosquetazos, como son los que de tan cerca les tiran los nuestros, hasta que cuando no salen con su empresa, a poder de los muchos que ven caer entre ellos muertos y heridos, vienen después de un largo y porfiado tesón a retirarse los que quedan en pié no saliendo con su empresa. Y son tan advertidos y cuidadosos en pundonor de soldados, que cuando van a tales combates no se olvidan de llevar indios diputados sin armas, para que durante el combate no entiendan en otra cosa más que en retirar sus muertos y heridos, porque no saliendo con su intento, no se pueden gloriar los nuestros de que hicieron en ellos gran riza o matanzas. Y por llevar adelante el uso de alegar ejemplos en lo que dijere, como ya propuse, y porque también me viene a propósito para que se vea que en lo que en este he referido lo sea no menos por experiencia, que por oídas, diré de la manera que se hubo una general junta de los rebelados indios en un fuerte que me combatió una noche teniéndolo a mi cargo. Lo cual declararé para que mejor se vea el valor destos bárbaros, por haber sucedido en el tal combate cosas no indignas de consideración, lo cual pasó desta manera.

Luego como llegué de España a aquel reino por orden de Su Magestad, con una compañía que llevé a él y fuí con ella a la guerra, en la primera entrada que hizo aquel verano en las tierras de los enemigos el Gobernador, que a la sazón era Alonso de Ribera, en tiempo que los recién rebelados indios estaban ufanos y victoriosos por la pasada muerte que dieron al gobernador Loyola, y destruición de las ciudades que della se siguió, tiempo en que los indios estaban mas de parecer de acabar de libertar su tierra, que de sujetarse a nuevas paces y servidumbre por ningún partido, en esta sazón, pues, determinó el Gobernador andar con la gente campeando, hacer un fuerte riberas del gran río Biobío, comarca que en aquel tiempo estaba muy metida en las tierras de los enemigos; el cual se hizo de palizada, como los que tengo dicho, y con dos compa-

ñías de infantería que tenían cien hombres, me lo dejó a cargo, aunque contra el parecer de la gente de guerra vieja de aquel reino, pareciéndole que en sitio tan empeñado no lo acertaba el Gobernador en dejarlo a cargo de capitán y gente nueva en aquella tierra, para lo que era aquella guerra por la poca prática que había de tener de los modos de guerrear de aquellos indios, y saberse defender de sus trazas, astucias y estratagemas. Finalmente, habiendo yo puesto el fuerte en la más defensa que me fué posible con foso, hoyos, estacas y abrojos (de los que ya dije) con que los suelen fortificar, y otras muchas prevenciones contra arrojadizos fuegos, y de haber peleado algunas veces escoltas que salían a cosas del servicio del fuerte, con emboscadas que les tenían hechas los indios, de que nunca faltaban heridos, y de haberse pasado extremas hambres y otras necesidades, sucedió que pasados seis meses, en tiempo que por algunos indios tenía ordenado que los soldados durmiesen con sus armas en los puestos señalados de la muralla que habían de defender, llegó una noche al cuarto del alba una general junta de nueve mil indios (cuyo número se averiguó después como diré) la cual se fué acercando al fuerte por sus cuatro frentes, según venían repartidos, con tanto silencio, que de ninguna manera fueron sentidos de rondas ni centinelas, hasta que llegaron a cierta distancia que con alguna luna que hacía fueron descubiertos de una centinela, la cual aún no hubo bien dicho arma, cuando todos a un peso por todas partes cerraron con el fuerte, sin que les fuese de algún efecto abrojos, hoyos ni foso, en cuya repentina arremetida atravesaron la misma centinela de una lanzada, derribándola dentro del fuerte, que era un mosquetero llamado Domingo Hernández. A la voz que dió la centinela diciendo «arma», salté del cuerpo de guardia donde estaba con sólo la rodela y espada en la mano, y como la gente del fuerte se halló en los puestos que dije habían de defender, estaba ya toda con las armas en las manos, repartiéndose por todas partes los cabos de cuerda encendidos, que en manojos les habían llevado con gran presteza otros soldados, que para tal efecto hacía que asistiesen de noche en el cuerpo de guardia, cada uno con su manojo de los cabos de cuerda, así para conservarla, por tener poca y muy pocas balas y pólvora (porque todas las cosas van en aquel reino de pié quebrado,) como porque los soldados de la muralla en tan repentina ocasión no perdiesen tiempo y dejasen sus puestos para ir a encender la cuerda al cuerpo de guardia, donde de fuerza se habían de embarazar. Finalmente, llegado yo a donde se peleaba, se comenzó un encendido combate disparándose del fuerte por todas partes muchos arcabuzazos y mosquetazos, y de la parte de los indios por haber dellos un tan gran número, se tiraba infinita flechería, aunque hacían mayor daño en los nuestros con sus largas picas, hiriéndoles de muy malas heridas por entre los palos del ya dicho parapeto, sintiéndose su general murmúreo (que también dije) que parecían espíritus infernales. Andando yo pues de una parte a otra peleando en las partes mas flacas con mi espada y rodela, me fué dada una lanzada por debajo della y ansimismo un flechazo, y de otra lanzada me pasaron la misma rodela con ser de hierro; andando otras veces esforzando a los soldados a la pelea y a que ninguno desamparase

su puesto, por haber muchos que me decían que estaban mal heridos, a los cuales animaba diciendo que no era tiempo de desamparar ninguno su puesto, hasta vencer o morir peleando, ayudándome a todo con muy grande ánimo otro capitán que conmigo estaba aunque también mal herido llamado Francisco de Puebla. A muchos de los soldados que tiraban botes de picas a los enemigos, con hacerlo con gran presteza, con todo ello les hacían presa dellas y se las quebraban quedándose con los trozos de los hierros en las manos, llegando su porfía a tanto, que por entre los palos del parapeto en que estaban otros muchos enemigos encaramados y abrazados, le quitaron a un soldado el arcabuz de las manos, y a otro un mosquete; y sacaron de la muralla una capa y una frazada de las con que se cubría la gente en los puestos de la misma muralla donde dormian, por hacer algún frío. Nombrábanse por sus nombres los capitanes (de la manera que dije arriba) sin sonar otra voz conocida en medio de su tácito y común murmúreo. Pero sobre todo era de notar el estruendo que por todas partes andaba de golpear de hachas como si talaran un monte. Por lo que viendo ya las aberturas que iban haciendo en algunas partes, que no me dejaban de dar cuidado, y que había ya cerca de dos horas que duraba el combate sin dar los enemigos muestras de flaqueza, con cuanto eran de nuestras aventajadas armas ofendidos, y los muchos soldados que me habían herido, tomé por remedio el hacer pasar la palabra a todos de que en alta voz dijesen: Que huyen, que huyen. Y como habla muy gran parte de los indios nuestra lengua, y mucho más la entienden a causa de haber servido en otro tiempo a españoles, fué de tanta eficacia el levantar los nuestros tal vocería, que pensando los de los unos lados, que los que estaban en los otros huían, comenzaron a huir por todas partes desamparando la empresa al punto que comenzaba a abrir el día, viéndose ya de los indios que huían los campos llenos; por lo cual los nuestros comenzaron luego a tirar a lo largo.

Los heridos que quedaron en mi fuerte de solo picazos fueron treinta y nueve soldados, sin los que lo estaban de flechazos, heridas menos peligrosas, entrando en la cuenta el referido capitán Francisco de Puebla que conmigo estaba, que fué herido de dos picazos y el que a mí fué dado; y asimismo un sargento mayor llamado Betanzos, habiéndose todos señalado en aquella defensa con maravilloso esfuerzo, juntamente con un alférez llamado Jusepe Lunel, el cual no porque él solo no fuese herido entre los demás oficiales (porque todos lo fueron de lanzadas) dejó de dar muestra de su valor, cuyo puesto que ocupaba tuvo bien seguro y defendido en aquel combate. Y fué cosa misteriosa que con haber heridas harto penetrantes y algunos pasados de parte a parte, demás de los cuales hubo un soldado llamado Granados herido de un arcabuzazo que de entre los indios tiró algún mestizo, fué Dios servido de que ninguno muriese con haber sido curados por ensalmo con solo agua del río por un alférez llamado Diego de Ibarra, que lo acostumbraba hacer en otras ocasiones, por no haber en el fuerte no sólo cirujano, pero ni aún ningún género de medicinas, ni sacerdote que administrase sacramentos; siendo el regalo que tenían los heridos un poco de trigo bien tasado,

quebrantado y cocido con agua simple, sin sal ni otro aderezo, echados todos vestidos, sin cama donde poderse desnudar. Misterios de los que obra Dios en aquellas partes, por los cuales se verá cuál es la vida de los inútiles fuertes que voy declarando.

Los muertos que habían quedado de los enemigos eran solamente doce, que fueron los que habían dejado por no haberlos podido acabar de sacar del foso, aunque no muy hondable, porque durante la pelea habían puesto su acostumbrada diligencia y cuidado en retirar todos los que habían podido, según se veía manifiesto en los muchos rastros y caminos de sangre que había por entre la yerba, de los que habían llevado rastrando, así por el campo a la redonda del fuerfe, como por la parte del vecino río a donde los habían echado por su barranca abajo, cuya sangre aún se veía en los remansos. Y como por ocasión de la mucha pérdida de los enemigos y causa del no haber salido con su empresa, dieron luego la paz cinco parcialidades dellos en un mismo tiempo, como fueron los coyuncheses, gualques, quilacoyas, reres y quechureguas, indios reputados por los más valientes y belicosos del reino, cuyos caciques confesaron haber pasado de docientos y setenta los que les habían muerto en aquella ocasión, y haber sido nueve mil, como ya dije, los indios que se habían juntado y venido a aquel combate, afirmando asimismo haber venido cinco veces sobre el mismo fuerte en diferentes tiempos hasta llegar a su vista, y que se habían vuelto por algunas de sus agoreras señales que habían visto. Halláronse con espuelas los doce muertos que he dicho, que debían ser entre ellos de la fama según sus disposiciones, y mostrar haber venido a caballo y haberse apeado para tomar la vanguardia. Tenían algunos dellos colgados al cuello pedazos de huesos de canillas de españoles, insignia con que se arrean y honran por señal de haber muerto capitán español o otra persona señalada. Veíanseles las plantas de los piés abiertas por muchas partes, de las agudas puntas de abrojos que habían pisado cuando de tropel habían pasado por encima dellos al cerrar con el fuerte; y cada uno traía atada al desnudo brazo una cuerda (cosa que acostumbran) con que piensan llevar atados los que tomaren prisioneros.

Hice poner sus cabezas repartidas en las puntas de los palos de la palizada a la redonda del fuerte, con la del indio que poco antes había venido a quemármelo con la estratagema referida en el Punto segundo.

Estaba el foso lleno de despojos de las armas que habían dejado los retirados muertos y heridos (señal bien cierta de haber sido muchos) como eran, picas, hachas, adargas, arcos y flechas, y un muy gran número por todas partes de hachos de carrizos embreados, que habían traído para pegar fuego al fuerte. Y fué cosa de notar, que el que lo había de encender se halló fuera del foso metido en un grande hoyo, que había hecho para estar mas seguro de los balazos, y no se pudo encubrir tanto en su hoyo que, como al contrario de la perdíz dejase la cabeza fuera, tenía llevado un gran pedazo della que parecía más de algún rascador de mosquete que de balazo; porque acabándoseles a los soldados las pocas balas que he dicho había en el fuerte, echaban botones de acero de los jubones, y otros los rascadores de los mosquetes y arcabuces. Porque a haber la

cantidad de municiones que convenía, no hay duda sino que hubiera sido mayor la matanza, pues no hubiera tiro perdido en tanto número de enemigos. Tenía éste que digo los palillos en la mano con que acostumbran los indios a encender fuego, y una olla llena de menuda paja y estopas, en que había de comenzar a arder. Pero fué Dios servido que le atajaron a buen tiempo su intento, que no pudiera dejar de llevar su designio al mejor suceso del que tuvo. Lo que era el fuerte estaba tan sin figura, según lo habían desbaratado, que había harto que reparar en él, a causa de los muchos palos que tenía cortados y arrancados, y los grandes hoyos que por debajo de la palizada habían hecho, procurando hacer minas por donde entrarlo.

He referido este suceso tan en particular, por haber pasado puntualmente, con todo lo cual dejo de hacer mención de algunas circunstancias de consideración, por no alargarme demasiado; y de lo que he dicho estoy bien cierto que no habrá ninguno de los muchos testigos que dejé en Chile deste suceso, y vieren la relación que dél he hecho, que digan que la he encarecido en cosa alguna. Y también sé que para España no menos en particular la envió el gobernador Alonso de Ribera a Su Magestad y Real Consejo en la ocasión de dar cuenta de las nombradas provincias de indios, que por no haber salido con la empresa del fuerte, se habían reducido a nuestro servicio y amistad. Aunque también diré, no fué muy famoso este suceso a respeto de otros, que se ven en semejantes ocasiones en aquel reino. Ni lo he referido por haberme parecido más notable que otros, en que me he hallado con otros enemigos de Europa. Este se puede tener por grande, si se considera y mira la calidad destos de Chile, pues siendo unos indios bárbaros, descalzos y casi desnudos de ropa, cuanto más de armas defensivas, las barrigas al aire, tengan una tan gran osadía para acometer con tanto ánimo y resolución gente fortificada, y a ellos superior en tan aventajadas armas como son las de fuego.

CAPÍTULO IV

Daños de que son causa los fuertes

Materia toco, aunque no ha sido fuera della lo pasado, que sé muy cierto dirán los de Chile que terné bien que hacer en acabarla, porque yo hallo que ninguna cosa hay en aquel reino que así haga odiosa su guerra a cuantos en ella asisten, y aún a los que de muy lejos tienen noticia della, cómo es la vida que se pasa en los fuertes. La cual siendo tal cual diré, pudiérase no sólo tolerar, pero sufrirse con paciencia, si dellos se sacara algún aprovechamiento al servicio de Su Magestad; puesto que los vasallos, demás de haber nacido con cargo y obligación de servir a sus príncipes, especialmente en la guera, mirado los que a tal servicio libremente se someten, cosa averiguada es que al asentar de sus plazas en las listas militares, no sacan condiciones de que han de servir en unas partes y en otras nó, pues tácitamente consienten y se obligan a ir a ser-

vir a dónde y cómo se lo mandaren; pues siendo estó así, será cosa justa y puesta en razón, que los trabajos que deben ser sufridos en servicio del rey, de que los honrados vasallos tanto se precian, si son solamente trabajos y no servicios, se atajen y excusen, especialmente cuando antes se hace en ellos deservicio, que servicio al mismo rey. Por lo cual entenderé yo haberlo hecho no pequeño a Su Magestad en declarar las cosas en que no es servido de la manera que tengo probado, el ser no solo inútiles, pero dañosas las campeadas en Chile, averiguando de la misma suerte ser lo mismo el sustentar los fuertes en aquel reino del modo que hasta el presente se sustentan, en que inútilmente se consumen los principales gastos de aquella guerra, como se ha visto en las razones alegadas en el capítulo referido, de cuán poco efecto son los mismos fuertes. Y para haber de dar principio a los daños de que son causa, digo, lo primero, que son tan caros de sustentar en las partes donde están fundados, que solamente el meterles bastimento y otras municiones por vía de escoltas y recuas, por razón de los muchos ríos y aspereza de la tierra, es causa de todos estos daños.

El primero, consumen las tales escoltas muchos caballos que se ahogan en el pasar a nado caudalosos ríos, y en los muchos que en cada dormida a ida y vuelta hurtan los codiciosos y atrevidos indios, donde son tan pocos nuestros caballos, como en muchas partes tengo significado.

Son las tales escoltas causa de inquietar y de divertir de sus labranzas los indios amigos y encomendados que llevan a cargo las recuas, en que reciben no pocas molestias, especialmente cuando dellos mismos hacen recuas, llevándolos cargados como bestias, según yo lo he visto llevarlos desde Arauco a los fuertes de Levo y Paycaví, que hay catorce leguas, a donde llevaban trigo, y otra vez grandes piedras de sal (que fué un particular regalo de la sal que entonces se hizo a los soldados) con que apuran a los indios de paz, que había mas razón de sobrellevarlos y tenerlos contentos y gratos, y no digo nada del trabajo con que los españoles los acompañan, así infantería como caballería.

Si los enemigos desbaratan alguna escolta, pónese en manifiesto peligro de perderse el fuerte, para donde se lleva comida o municiones de guerra, por el tiempo que pasa hasta poderse enviar otra.

Consúmense gran cantidad de pertrechos, como son jerga para costales y enjalmas para las dichas recuas, que todo viene a montar mucho dinero cada año, demás de la carastía que hay allá de tales cosas.

Acaece que viéndose las guarniciones de los fuertes en peligro de perecer de hambre, aventuran los caudillos a enviar algún soldado a las fronteras y tierras de paz a significar su presente necesidad, porque aún los indios amigos o yanaconas, si los hay en el fuerte, no se atreven. Los cuales mensajeros matan los enemigos en el camino, como a mí me mataron un honrado soldado llamado Francisco Gómez, enviándolo una noche con semejante aviso desde el fuerte que dije arriba, por el río abajo en un modo de barco no muy seguro, a que llaman balsa, hecho de haces de carrizo, según allá se usan.

Por bastecer por la mar otros fuertes de la costa, sucede también perderse grandes barcones que allá se hacen a mucha costa, y ahogarse la

gente que los gobierna, de la manera que en mi tiempo se anegaron tres soldados con el arraez llamado Morales, y algunos indios amigos llevando un barco de trigo desde la isla Santa María al fuerte de Levo.

Esto que hasta aquí he dicho, es para en cuanto a lo que cuesta y se pasa en abastecer los fuertes desde nuestras fronteras, que todo es a costa del rey, y para lo que toca a la vida que tienen los capitanes y soldados españoles en los mismos fuertes, hay tiempos en que se pasa el año entero que ni oyen misa, ni confiesan, porque no hay sacerdote que por ningún interés quiera sufrir la vida de los fuertes.

La desnudez y hambres que pasan los soldados, no sé en que largo ni apretado sitio de tierra se pueden padecer mayores; porque en cuanto al vestir es todo lo mísero que se puede decir, pues andan descalzos de pié y pierna, y muchos de los de nuestra caballería con las espuelas calzadas sobre el pié desnudo, como la traen los indios, y la mayor parte dellos y de los infantes traen las espadas sin vainas.

Lo que toca a la comida, la ración que se les da a los soldados antes de haber ocasión de extraordinarias necesidades, es cuatro celemines de trigo o cebada para un mes, que es la tercia parte de una hanega, y muchas veces se les da tres y menos, lo cual muelen ellos mismos a fuerza de brazo, no sin trabajo (aunque quisieran tener mucho que moler) sobre unas piedras encavadas con otras menores al uso de los indios, lo cual molido cuecen en agua simple; pues no solamente no tienen otro mantenimiento, pero ni aún sal que dé sabor a tan pobre y tasada ración. Y cuando esto se acaba, por no tener otro recurso de que valerse es cosa lastimosa lo que obliga a comer la intolerable hambre (a la cual como a enemigo tan poderoso) no hay ánimo, valor ni cosa fuerte que no se rinda. No diré lo que en tales tiempos he oído decir que han padecido soldados en fuertes de aquel reino, sino solamente lo que a mí me ha pasado con los que tenía a mi cargo, en el que dije me combatieron los enemigos, porque llegado el tiempo en que se acabaron las tasadas raciones de trigo y cebada, ordené al principio que, de dos compañías que conmigo tenía, saliese cada día la una a los infructuosos y estériles campos a traer cardos, de los que en España suelen dar verde a los caballos, que era la cosa más sustancial que en ellos se hallaba, y acabados (no con poco sentimiento de los soldados) cargaban de otras yerbas no conocidas, de que me enfermaban algunos, y los sanos ya no se podían tener en pié. Salía yo cada día en un barquillo que allí tenía, y iba el río arriba, de cuyas riberas traía cantidad de pencas de áspera comida, de unas grandes hojas mayores que adargas de una yerba llamada *pangue*, cuyas raíces sirven allá a los nuestros de zumaque, para curtir los cueros. La partición de las cuales pencas era menester hacerla siempre con la espada en la mano, porque sobre el comer mostraban ya atrevimiento los soldados y falta de respeto. Llegó finalmente el extremo de la hambre a tales términos, que no quedó en el fuerte adarga ni otra cosa de cuero, hasta venir a desatar de noche la palizada de que era hecho el fuerte, para comer las correas de cuero crudío de vaca y podridas de sol y agua, con que estaba atado el maderame (que como en otras partes he dicho, los tales látigos o correas son los que sirven allá de sogas), y aunque se vivía con cuidado

haciendo mirar los soldados que iban de noche a la guardia de la muralla, que no llevasen cuchillos ni aún espada, más de unos gorguces o chuzos, con todo ello sucedió que una mañana amaneció el fuerte en veinte y tantas partes desatado y abierto, por lo que tuve soldados muy honrados en prisiones, y a otros que los hallaba asando las correas debajo el rescoldo del fuego.

Solía matar con una escopeta algunos perros campestres[1] (de que hay más de los que quisieran los nuestros en aquella tierra) los cuales se llegaban de noche al fuerte, y no faltaban soldados y aún más que soldados, que los asaban y comian.

Pues los heridos y enfermos que allí tuve, ya tengo dicho cuán faltos vivieron y yo con ellos de sacramentos, cirujanos, medicinas y de comida de alguna sustancia; pues careciendo de todo espiritual y corporal socorro, se me murieron allí el ya dicho sargento Gabriel Malsepica, y otros no menos valientes soldados, retirados con heridas que habían sacado de algunas emboscadas de los indios yendo a escoltas. Las salidas de los cuales decir lo caro que cuestan, no habrá para que volverlo a repetir para traerlas a este propósito de los daños de que son causa los fuertes; pues bastan los sucesos de que he hecho memoria acerca de las pérdidas que suceden por ellos, donde ya traté de cuán poco efecto son los fuertes. Lo cual haré por rematar este capítulo con otro nuevo daño, que nace dellos, harto más perjudicial al servicio de Su Magestad que los que tengo referidos. Pues es cosa averiguada que los más malos y más perniciosos enemigos que tiene el rey en aquella guerra, son salidos destos fuertes, que son los fugitivos soldados mestizos y españoles que dellos se pasan a los indios de guerra. Porque así como los más ruines son los que menos saben sufrir las miserias y necesidades que he dicho se padecen en los fuertes, así de la misma manera dan señal de quien son en pasarse los que lo hacen por ellas a los enemigos donde se muestran de peor naturaleza que ellos, en ser crueles y inhumanos como cobardes en las obras de que tengo escrito el particular Punto cuarto. Acerca de las cuales huídas de los soldados digo, que unos las hacen con ánimo de servir y ayudar a los indios de guerra de su espontánea voluntad por gozar sin contradicion de algunas viciosas libertades, y otros hacen tales fugas con designio (aunque engañado) de creer que los enemigos les darán libre paso por la Cordillera para salir del reino, y otros que pudiera ser que por ningún otro caso cometieran tal traición, costreñidos de la hambre, según mostraré adelante. De las cuales huídas al uno y al otro fin diré solamente las que han sucedido, así en mi tiempo como en mi presencia, en fuertes que tuve a mi cargo, que son éstas.

Siendo yo sargento mayor de aquel reino, y invernando en otro fuerte fuera del que tengo dicho, el cual tenía a mi cargo en los términos de Millapoa, no estando aún del todo en defensa, se me huyeron una noche trece soldados, juntos, acaudillados y engañados de un alférez que había sido de caballos, llamado Quintero, los cuales habiendo tomado el

1 *Al márgen se lee:* Los perros han multiplicado tanto que destruyen el ganado.

camino de las tierras de guerra, a donde iban ya encaminados todos con sus armas, bien amunicionados, persuadidos del engañado Quintero, de que por las tierras de los enemigos los sacaría del reino, fuí avisado dentro de media hora de su huída por un muy honrado alférez, que a la sazón lo era, llamado Joan de Ugalde, y procurando luego hacer diligencia para atajarlos, dí tal orden a ello, que enviando luego tras ellos por dos partes indios amigos con oficial y soldados españoles arcabuceros los más alentados, finalmente les dieron alcance de manera, que entre los unos y los otros les cogieron en medio, y me los trajeron dentro de dos horas al fuerte, sin que escapase ninguno, donde les puse en seguras prisiones. Por el cual delicto convino para castigo y ejemplo dar luego garrote al caudillo y incitador de tal fuga, y llegado allí al cabo de pocos días el Gobernador, mandó ahorcar a otro de los mismos soldados en quien se halló también señalada culpa.

Poco después de este suceso se me iban otros tres soldados aún por más mal fundado camino y designio, que era en un barco por el río abajo, a cuya ribera estaba el fuerte, hasta que los metiera en la mar por donde pensaban irse al Pirú quinientas leguas de navegación, a donde de tal manera suelen huirse otros muchos, pero con mejor aparejo del que estos llevaban, en lo cual no sólo había dificultades, pero mil imposibles; los cuales soldados cogí (como dicen) en el hurto, pues los hallé embarcados en el barco la noche que estaban para huirse.

Después de lo dicho, apretando más la hambre y necesidad en el fuerte, donde por comer los soldados me pedían pedazos de cuero de vaca crudíos, diciendo que eran para hacerse abarcas de algunos cueros, que tenía reservados para reparos del fuerte, y lo que era peor que se hartaban de unos cardones gruesos no conocidos, de perversa digestión, de que se murieron dos sargentos reformados muy honrados. Por estas necesidades se me huyó a los enemigos otro sargento también reformado llamado Salazar, de particulares y buenas habilidades, el cual después de haber estado algunos meses entre los indios de guerra, veniendo con número dellos a hacer cierto robo a otro fuerte nuestro fué preso de los españoles, al cual mandó ahorcar el Gobernador.

Otro soldado que entre los nuestros estaba en buena figura llamado Palacios, me vino un día a pedir licencia en el mismo fuerte, para ir a las espaldas dél a cortar un haz de carrizo para aderezar su barraca, el cual venía con su arcabuz al hombro y cuerda encendida, y diciéndole que no fuese solo, aunque era tan cerca, me dijo que sus camaradas iban con él de la misma manera apercebidos, y dándole la licencia, se fué solo y se pasó a los enemigos, donde quedaba cuando partí de aquel reino, uno de los mayores cosarios dellos. Todos estos sucesos, que he referido, acontecieron en el segundo fuerte que tuve a mi cargo.

Poco tiempo después, en otro fuerte llamado el Nacimiento (el cual había yo hecho) que estaba a cargo de un capitán llamado Francisco Betanzos, se huyeron una noche a las tierras de los enemigos diez y nueve soldados juntos, y últimamente en el nuevo fuerte de la asolada Imperial, se huyeron los cuatro soldados que tengo referidos en la Relación quinta, el uno de los cuales guió la junta de los enemigos que degolló la es-

colta de los ciento y setenta y tres soldados con don Joan Rodolfo y capitanes.

Todos los sucesos que en los capítulos pasados y en este he alegado, son acontecidos en fuertes que he tenido a mi cargo, y en otros de mi tiempo, lo cual refiero por informar con certeza de casos que a mí me consta haber sido verdaderos, dejando de hacer mencion de otros muchos deste género sucedidos en tiempos atrás. Porque es cosa certísima que he dejado a parte las dificultades con que se sustentan los fuertes, como tengo dicho, nunca se oyen en aquel reino sino muertes miserables de soldados, infelices pérdidas nuestras, y por consiguiente victorias de los enemigos, de escoltas que salen de los fuertes, soldados sueltos que matan cada día a poco trecho que se desmandan dellos, retiradas de caballos que se llevan de sus vecinos pastos, y finalmente las dichas cuadrillas de soldados que se pasan a los indios de guerra, poniendo la mira los más dellos solamente en que al fin los enemigos les han de dar de comer, viendo que entre los suyos perecen de hambre. Porque no siendo todos los soldados que sirven al rey en hábito que a todos arma, pues a todos admite nacidos con unas mismas obligaciones, mucho ha de tener a que mirar el que resiste los contínuos combates de la importuna hambre hasta no poderse afirmar en las piernas, y mucho más el que se deja morir della, sabiendo la parte a donde ha de hallar el total remedio de su mal, por ilícito que sea.

Obligados destas consideraciones vénse descalzos como los indios, tan desnudos o mal arropados como los indios, que trabajan más que los indios, y que comen y beben y duermen mucho menos que los indios; y como la desnudez, trabajos y hambres hacen hacer muchas cuentas, en dando en esta de irse a los enemigos, se van a ellos, conociendo que ha de ser entre ellos su suerte mejorada.

En el fuerte que hizo don Alvaro de Sande en los Gelves, por falta de agua se descolgaban los soldados de las murallas abajo en medio del día a presencia de sus ministros, y se pasaban a los turcos, porque los mostraban desde las trincheras racimos de uvas y garrafas de agua que derramaban al aire; y otros semejantes casos han sucedido en sitios de otras plazas, que no admiran tanto por ser en sitios o cercos apretados. Pero que sin haberlos suceda tan de ordinario en los fuertes de Chile y tan de balde o sin para qué, cosa tan lastimosa cuanto digna y necesaria de remedio, esto es lo que debe obligar a no pequeño sentimiento. Lo cual y otras desventuras que dejo de decir, son causa de que no se puede dar a cualquiera de los que sirven en aquella guerra más estimado galardon, por servicio de veinte años, que licencia para salir de aquel reino. No dudo de que no faltarán personas de tan poco discurso que les parecerá que no hago el oficio que debo de servidor de mi rey en haber mostrado tan al descubierto los trabajos que padecen los que sirven en aquella guerra, pareciéndoles que con ello la haré odiosa a cuantos viesen este Desengaño, con que los obligaré a que rehusen cuanto pudieren el ir a servir a aquella conquista. A lo cual digo, que habrán bien contrario juicio del que se debe, los que tal sentido dieren a lo que he dicho; pues no se puede negar que hace muy gran servicio a su rey el que

con razones evidentes prueba aquella cosa, en que perdiendo el tiempo gasta inútilmente su real hacienda, padeciendo sus vasallos sin algún fruto incomportables trabajos hasta perder las vidas miserablemente; y no sólo las vidas, pero las almas aquellos que habiéndose pasado a los enemigos por extremas necesidades, mueren en servicio de los mismos infieles enemigos.[1] Demás de que aunque la ocasión de la materia y título deste libro, que es de Desengaño, me obligaba también a decir verdades, no hago odiosa a nadie aquella guerra en lo que he dicho, pues juntamente con mostrar las cosas contrarias, inútiles y desaprovechadas della, persuado que se elija en su lugar un camino tal, con que se mejore y asegure más aquella conquista, no sólo útil, fácil, provechoso y breve, pero donde ternian tal vida cuantos en ella sirvieren a Su Magestad, que la hallen tan amable, cuanto al presente es de todos aborrecida, de tal manera que anime su fama al ir a buscarla aún a los que se hallaren muchas leguas apartados della, donde ternán lugar para poder mejor gozar de las excelencias de aquel reino, al cual dotó Dios de las mejores calidades de cuantos hasta agora están descubiertos, según tengo mostrado en la segunda Relación. Por manera que el intento que he tenido, ha sido no hacer deservicio a Su Magestad, sino antes hacerle un particular servicio

Volviendo a mi propósito, digo, que los referidos sucesos de los fuertes son los que causan en aquel reino los principales daños, y los que tienen en contínuo cuidado a los gobernadores, teniendo y esperando cada día sobresaltos de semejantes ruines nuevas de los fuertes, que escandalizan, afligen y desconsuelan, con no poco sentimiento, los pocos pueblos de españoles. A todo lo cual digo, que porque me parece que deseará Su Magestad saber cuáles son los aprovechamientos que se sacan de sustentar estos tan costosos fuertes entre tantos daños como nos acarrean, pues estuviera en su razón que hiciera otra no menos larga relación de sus utilidades, digo a ellos, que no sé ni siento, por muy bien que lo he mirado que sean de otro provecho más de para solo hacer que despueblen los indios de guerra espacio de dos leguas poco más o menos a la redonda de cada fuerte, en la comarca que se funda, de donde se ausentan, porque no los cojan los nuestros en sus salidas tan cerca, descuidados en sus alojamientos, los cuales distritos no sirviendo de alejar a los enemigos igualmente de nuestras fronteras para asegurarlas, que era para lo que a la verdad habían de ser los fuertes, no sé qué utilidad sacan los nuestros de aquello poco que despueblan; y si es para que los indios vengan a dar la paz, y a poblar al calor de los fuertes, bien contados son los que vienen a esos como de prestado, pues se van y se vienen a los suyos cuando les parece. Y no sirven arrimados a nuestros fuertes sino de espías, para dar aviso a sus parientes de cuanto ordenan los

1 *Al márgen se lee:* Si en los trabajos en que no se sirve a Dios, al rey ni a sus vasallos, pierden las almas aquellos que se pasan al enemigo y mueren sirviendo a infieles, y los que dellos se pueden haber a las manos mueren por justicia, ¿en qué cosa se puede descargar más la conciencia de Su Magestad, que en manifestarle daños tan injustos para que los mande remediar?



nuestros, y de los descuidos que ven, que tan disimuladamente saben notar, o que vienen como me vino a mí a quemarme el primer fuerte que tuve a mi cargo el indio con la mujer y niño que referí en el Punto segundo; o como el otro cacique que engañó al capitán Gonzalo Becerra, demás de que los indios de guerra no dejan perdidos tan de balde aquellos espacios que despueblan, que dejan de sacar más fruto dellos que los nuestros, pues les sirven de plaza acomodada cada uno, para poner sus espías y secretas emboscadas, para hacer suertes de las que tengo dichas en la gente que sale de los fuertes, conforme a lo cual considérese si este es provecho nuestro, porque yo no siento ningún otro de mucha o poca importancia, por donde se conocerá cuán gran yerro es el conservar fuertes de tales calidades. Y no digo sustentar, pues tan mal se sustentan, habiendo sido la causa en aquel reino, después que usan dellos, de tantos daños, que para referirlos sería menester particular libro. Pues ya he dicho, que no me he valido, en lo que tengo mostrado, de ejemplos de cosas sucedidas a muchos capitanes que ha habido y hay en aquel reino, que han probado en aquella guerra otras mayores miserias y calamidades, y experimentado destos indios otras cosas más notables, que las que tengo referidas dellos, sino solo las cosas de mi tiempo y que ví y me sucedieron en ocho años que serví a Su Magestad en aquella guerra.

FIN DEL LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

DEL DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA

DEL REINO DE CHILE,

DEL MAESTRE DE CAMPO ALONSO GONZALEZ DE NAJERA,

QUE CONTIENE DOS DISCURSOS SOBRE EL REPARO DE LA GUERRA DE CHILE

DISCURSO PRIMERO

QUE PERSUADE DE LA MANERA QUE SE DEBE HACER LA GUERRA EN CHILE, A DIFERENCIA DE LA QUE SE HA HECHO POR LO PASADO

CAPÍTULO I

Razones que animan a los españoles a proseguir la conquista de Chile, y prueban ser cosa conveniente por el breve fin que prometen

Si bien se miran las ventajas referidas que nos tienen los indios en la conquista de Chile, y los engaños tan perjudiciales que en el uso della hay de nuestra parte, juntamente con su presente peligroso estado, ¿quién duda que les parecerá a los lectores no sólo dificultosa, pero inacabable aquella guerra? Mas, como quiera que ya no se ha de continuar (si mi parecer se aprobare) por los medios y estilo pasado, sino por otro tan seguro y breve que ha de superar y vencer todas las dificultades hasta aquí declaradas, según iré mostrando, no dudo que haya ánimo tan retirado, encogido y remiso, a quien no se le infunda codicioso deseo de ser ejecutor de tan gloriosa empresa, considerando que habiéndonos puesto Dios debajo de los piés la tierra, para que la anduviésemos y visitásemos

a nuestra voluntad, será cosa digna que de toda ella nos incite particular deseo a ir a buscar a Chile, dado que entre todas las del mundo, pienso que es la que más se particulariza en extremadas excelencias, según ya tengo mostrado. Son tan apetecibles las cosas que nos llaman a tan dichosa conquista, que no es de maravillar que obligue al que dellas ha hecho experiencia, a que anime a nuestros españoles a tan felice peregrinación y empresa. A donde el cielo con sus demostradoras estrellas, el agua con sus favorables vientos, la mar con su abundancia de pescados, y la tierra con sus apacibles caminos y caza de montería, convidan y provocan de la manera que diré, a que venzan el natural amor de la patria, y con voluntario y libre destierro se alejen a dar fin a aquella mal entendida guerra. Y para que se vea cuan ciertas son las prodigiosas señales que diré, generales, públicas y sabidas, que se consideran en favor de las navegaciones que se hacen de España a aquel nuevo mundo, declararlas hé. Después de las cuales haré mención de otras particulares que noté en el viaje de mar y tierra, que por orden de Su Magestad hice a Chile el año de mil y seiscientos, por parecerme que por las unas y las otras, y las que más dellas se consideran en el mismo reino de Chile, evidentemente se manifiesta haber sido y ser especial voluntad divina que aquel reino sea poseído y habitado de españoles más que de otra nación, las cuales señales son las que se siguen.

La primera de las señales generales y sabidas es, que puso Dios en el celeste hemisferio inferior cuatro resplandecientes estrellas, que forman una hermosísima cruz, cuya estrella de su pié cuando más derecha, se muestra con la de la cabeza, que es cuando está con ella Norte Sur, dista del polo Antártico treinta grados, la cual cruz sirve de guía y norte a los que navegan a aquellas partes, en que parece haber sido especial querer de Dios que la Sancta Çruz y verdad del Evangelio se plantase y extendiese en aquel nuevo mundo, pues con tal insignia y bandera nos guió y guía a él. Y no es menos de advertir que cuando por el movimiento del primer móvil llega esta cruz a la parte más alta, que es el meridiano de cualquiera navegante o habitación, para que mejor se vea su forma y lo mucho que campea entonces, es solamente cuando se muestra perfectamente derecha y cuando sirve la dicha cruz a los pilotos del Norte como a los nuestros la estrella polar, tomando por ella con mucha más facilidad y menos observaciones de lo que se hace a la vuelta por dicha nuestra estrella polar.

La segunda señal es, ser cosa sabida el ser más favorables y cómodos los viajes que se hacen de España a las Indias Occidentales, que de otra provincia de Europa, por lo que parece que señaladamente tuvo Dios guardada a sólos los españoles la empresa del señorear aquellas tierras mas que a otra nación.

La tercera señal fué el haber permitido también la Divina voluntad, que fuesen asimismo españoles los primeros descubridores y conquistadores de aquellas partes, habiendo con el mismo misterio dado el tan acertado crédito (entre otros reyes forasteros) solamente los de Castilla al famoso don Cristóbal Colón, que con tanta importunación ofrecía aquel tan dichoso descubrimiento.

La cuarta y última señal de las generales que he dicho es, que entre todos los infinitos meridianos de la esfera, o de solos los que le corresponden y se consideran en el globo terrestre y marítimo, hay uno particular a quien llaman fijo, porque sólo en él se fija y mira más precisamente la aguja de navegar a nuestro Artico polo, y por consecuencia su opuesta parte al Sur, y este singular meridiano permitió Dios que pasase más cerca de nuestra España que de otra provincia, pues es por sus islas que son las Canarias. Por el cual respeto se ve que generalmente ponen los geógrafos el tal meridiano en el medio de las descripciones o pinturas del globo terrestre en los mapas y cartas universales de navegar, y así por el tal meridiano se comienzan a encaminar nuestros navíos para aquella tan felice navegación, donde el aguja comienza a mostrar el camino con más certeza.

He hecho mención destas publicas y sabidas señales que se consideran en favor de la general navegación que se hace para las Indias Occidentales, por ser comprendido en las mismas Indias el reino de Chile, y por consiguiente tocarle parte de tales señales y pronósticos, para venir a juntar con ellos los favores que especialmente hace Dios a los que señaladamente navegan y van a aquel reino, por ser mi particular intento tal declaración, según lo que noté en tal viaje, tanto por mar como por tierra.

Lo primero de lo cual fué, que en el discurso de la navegación que se hace a la ida, por convenir que se lleve siempre más al Este y costa de Guinea que al oeste, se ve que abunda de tal manera aquel mar de excelentísimo pescado, que bastantemente se podría dar ración dél a cualquiera gran armada que por él navegase, según lo mucho que se pesca, especialmente con fisga y harpón yendo los navíos navegando, pues es tanto que da en rostro su demasía viéndose el mar lleno dél, tanto con la claridad del día, cuanto de noche con lo que él resplandece. De manera que dudo se pueda tirar piedra a cualquiera parte que deje de dar en pescado. Y todos son de tan excelente comida, especialmente los que llaman dorados, largos de más de a vara, que en bondad pienso que ninguno de otro género les iguala. De suerte que parece que para lo que es la ida a aquel reino de Chile, el mismo mar va regalando y banqueteando a los que van a su conquista y habitación; puesto que se ve que al contrario conveniendo a la navegación de la vuelta el volver los navíos más al Oeste y costa de Brasil, es aquel mar tan estéril de pescado, que por maravilla se mata ni aún se ve alguno en todo el viaje.

La segunda muestra es, que comunmente son más prósperas las tales navegaciones a la ida a Chile que a la vuelta, por la ordinaria y más conveniente derrota que se hace, que es por el viaje que se encamina para el Río de la Plata, sin haber causa natural que obligue a tal diferencia y efecto. Porque aunque algunos dan por razón, que a la ida se va cuesta abajo, yerran en tener tal opinión, porque universalmente no hay en ningún mar alto ni bajo, a causa de que en toda la redondez del globo terrestre, son las aguas del mar en universal o tiradas naturalmente por igual de la virtud del centro, y así no se puede causar alto ni bajo. Ni menos pueden obligar a lo dicho las corrientes que se conocen en el

Océano, por ser variables en sus movimientos. El cual efecto experimenté yo, digo lo que toca a la facilidad con que más de ordinario se hacen a la ida tales viajes, más que a la vuelta; pues fué el que llevé todo lo que pudo ser felice sin que se conociese señalada alteración en todos aquellos espaciosísimo golfos, ni en el Río de la Plata, con ser peligrosísimo, tanto por huracanes cuanto por sus muchos bajíos y islas donde suelen perderse muchos navíos, hasta que finalmente el socorro en que yo llevaba mi compañía, llegó en salvamento al último puerto que es el que llaman de Buenos Aires, el Río de la Plata adentro, sin que en toda aquella larga navegación hubiese no solo muerto, pero ni aún adolescido un soldado de quinientos que iban en el dicho socorro, habiendo tardado en aquel viaje en lo que se navegó poco más de tres meses; y no hago mención de muchos venturosos y favorables sucesos desta particular derrota, por ser cosas menudas y huir prolijidad, aunque no fueran indignas de ser considerados. Y fué cosa de notar que al contrario volviendo yo a España el año de mil y seiscientos y ocho por el mismo mar, demás de haber tardado quince meses en el viaje y arribadas, me ví por muchas veces ya como perdido a causa de crueles temporales y extraordinarias tormentas, tales cuales las pueden haber pasado hombres que las hayan podido contar, y dejo de decir las grandes que han tenido otros muchos al volver a España por no alargarme.

El segundo socorro de mil hombres que llevó también a Chile el Gobernador Antonio Mosquera el año de mil y seiscientos y cinco, hizo su viaje por la misma derrota, no menos próspero y breve, y al volver los navíos donde fué embarcado, perecieron en el viaje por grandes tormentas. Y finalmente digo que no se sabe que se haya perdido, ni aún pasado mal su navegación, ninguna gente que haya ido de España, dedicada para el reino de Chile.

El camino de tierra que los socorros llevan después de desembarcados, hasta llegar a aquel reino, que serán cerca de trescientas leguas, abunda todo él de perdices, que por su mucha mansedumbre esperan a que las pesquen con lazo, puesto a la punta de una caña.[1] Y asimismo hay muchos avestruces y grandes rebaños de venados, como de ganado que con no muy lijeros perros se matan, todo sobrado mantenimiento para cualesquiera caminantes, siendo toda la tierra por extremo llana y de apacibles ríos, proveídos en todo tiempo de bonísimos pescados, y que al cabo sólo tiene por conocido azar el pasaje de la gran cordillera o sierras nevadas, que tiene cuarenta leguas de travesía, que es desde la ciudad de Mendoza hasta la de Santiago, cabeza del reino de Chile. La cual cordillera tengo para mí es de las mayores y más estériles que se hallan en el mundo, así de yerba como de árboles y aves, pues solo abunda de guanacos. Y lo que es también de notar es, que la travesía desta cordillera, aunque trabajosa de pasar, está dispuesta de manera que todas sus subidas y bajadas son sin comparación mucho menos penosas de pasar

1 *Al margen se lee:* No camina sin ella ningún viandante de a pié y de a caballo, por lo cual les basta para ir bien mantenidos el llevar bizcocho y con hacer fuego.

a la ida que a la vuelta, porque casi todas tienen más cortas las subidas que las bajadas, por ser a su respeto muy profundas.

Llegados, pues, nuestros españoles a Chile, no los prueba la tierra como en otros climas o regiones, cuyo temple les es tan apropiado, que por maravilla se vé adolescer en él un español. Y aunque lo tengo escrito en la Relación Segunda, volverlo hé a repetirlo aquí, diciendo para este propósito que no se padecen las enfermedades largas, ni las incurables que se conocen en Europa. Viven los españoles idos a aquella tierra, conocidamente mucho más larga vida que los nacidos en ella. Los hombres y mujeres engendran y conciben idos de España mucho más que en ella, según se vé en lo que cargan de hijos, y se verificó en las mujeres casadas que fueron en los referidos socorros, que averiguadamente algunas de las muchas que fueron, habían sido estériles en España de más de diez años de casadas, y llegadas a aquel reino se volvieron tan fecundas que parían cada año.

Las frutas de España se dan mucho mejor en aquella fértil tierra, y con más ventajas que en estos reinos, ni en otra alguna parte de las Indias.

La habla o lengua de los indios parece que fué ordenada, para que con facilidad la aprendiesen los españoles, porque es facilísima a la pronunciación de los nuestros, lo que tengo para mí que no lo será tanto para otra ninguna nación de Europa, razón por sernos todas dellas a nosotros más difíciles de aprender.

Todo lo que hasta aquí he dicho, parece que denota haber facilitado y allanado Dios la ida de los españoles a aquel reino con particulares favores, dificultando su vuelta, como se ha visto por lo referido, concediendo en el mismo reino las comodidades dichas, mostrando ser su divina voluntad que se perpetúen en aquella fértil tierra, para que poseyéndola, introduzcan y extiendan en ella su sancta fé. Para el cual fin nos concluyen y acaban de persuadir otras dos razones, por las cuales parece que no sin falta de misterio permite Dios que se vaya desembarazando aquel reino de sus naturales, para que lo ocupen y posean los nuestros; aunque esto no sé si sucediera para con otra nación, lo cual se puede presumir que nó, pues casi todos los referidos favores han sido particularmente declarados para la nuestra. Pues es cosa digna de maravilla el ver que conocidamente se ha visto que desde que entraron nuestros españoles en aquella tierra, se van acabando los naturales tan a prisa por contagiosas dolencias con que hace Dios a la sorda en ellos (por sus divinos juicios) mucho mayor estrago sin comparación del que les causa nuestra contínua guerra. Y para prueba desta verdad, considérese que en el principio de aquella guerra, habiendo hallado los nuestros en aquel reino más de dos millones de indios, y siendo cosa averiguada que en sólo una calle de la ciudad Imperial se hallaron trescientos mil de visita tributarios, lo cual fué tan cierto que viven hoy en Chile algunos españoles que lo vieron, demás de que no hay cosa más sabida en toda aquella tierra, que no causa poca admiración, y tras ello el ver que el día de hoy no se hallan en todas aquellas provincias treinta mil indios entre amigos y enemigos que puedan tomar las armas para que se vea

en tan pocos años (pues no pasan de sesenta) lo que quiere decir una tan notable baja y menoscabo. A lo cual no sé que se pueda dar otro sentido, junta esta razón con las demás alegadas, sino la que tengo dada que es, que quiere la Divina Providencia favorecer a la nación española en señalarla para que suceda a aquella nación en la posesión de su tierra, visto lo mal que se disponen sus naturales a conocer la verdad de nuestra religión, y aprovecharse de nuestras predicaciones, como lo declaro más en particular adelante.

Y para mayor argumento de la verdad deste parecer, se puede considerar que en la llegada de nuestros españoles a aquellas partes occidentales, hicieron experiencia los indios y españoles de dos nuevas contagiosas enfermedades, la una de las cuales fué la de las viruelas que pegaron los nuestros a los indios, cosa que jamás habían conocido; y la otra fué el mal de las bubas, cuyo origen tuvo en los indios del comer carne humana, al cual mal impropiamente llamamos mal francés, pues no vino de Francia, sino de las Occidentales Indias[1] esta enfermedad, la cual cobraron los nuestros de los indios, como en contracambio de las viruelas que les dejaron.

Pues si se considera los efectos que en los indios y españoles han hecho estas dos enfermedades, verse há como para la de las bubas que trujeron nuestros españoles a España, fué Dios servido de enviarles tras ella el remedio de la misma tierra de donde vino, que fué la zarzaparrilla; habiendo demás dello permitido que se fuese perdiendo la fuerza desta nueva enfermedad en estas partes, de tal manera, que habiendo sido en los principios cruel y peligrosa, por lo que pocos escapaban dellas, ya por la Divina Misericordia no se ve por maravilla morir un hombre della, y si miramos al contrario el efecto que han hecho en los indios las viruelas, hallaremos ser cosa cierta que se ha ido encendiendo su fuerza entre ellos como fuego, antes que disminuyéndose, pues se vé al presente que ninguna peste suele causar tan grandes mortandades en Europa, cuanto son grandes las que causan las viruelas en los indios de Chile, donde es tan ordinario este morbo, que pocos años deja de hacer en ellos muy grande estrago. Y es cosa misteriosa que con ser tan contagioso, jamás en aquella tierra toca a nuestros españoles, aunque adolezcan del tal mal, y mueran dél los indios de servicio, que tienen dentro de sus mismas casas, por manera que parece que envió Dios armados a aquella tierra a los españoles desta tan secreta y irreparable arma por sus secretos juicios, para que más apriesa y con menos trabajo hiciesen la guerra a aquellos bárbaros. A los cuales es también mucho de notar que les infundió el mismo Dios en los ánimos, para el propio efecto de acabarlos, según se vé, una cosa que a mi ver repugna con extremo a su naturaleza, lo cual es, que habiendo defendido aquellos indios su tierra desde que se comenzó aquella conquista con el valor que es notorio, y con un común aborrecimiento a nuestra extranjera nación, por ver que los iba a sujetar y privar de su libertad y vicios, con todo ello, es cosa

1 *Al margen se lee:* Joan Baptista Montano, médico veronés, Consilio 350, *De morbo gallico*, Francisco Guicciardino en su Historia de Italia, fin del libro segundo.

que admira que jamás ha faltado desde el principio de aquella guerra parte de tan conocidos enemigos que voluntariamente han estado y asistido siempre de la nuestra, tan en servicio de nuestros españoles, favor y defensa de su causa, que habiendo vuelto las armas contra los suyos (siendo todos unos amigos y parientes) no lo han hecho jamás contra los nuestros con ser gente engañadora, sin honra ni palabra, sin el cual ser vicio y ayuda destos naturales indios, juzgo sí es cosa certísima, fuera imposible haberle podido sustentar nuestros españoles en aquella tierra, ni que se podrá jamás acabar aquella conquista, según lo pruebo más en particular en el Discurso que trata en qué cosas deben ser más amparados los indios amigos de Chile. La cual referida maravilla no es indigna de ser numerada entre los declarados misterios, pues en ella no menos que en los pasados muestra Dios que hasta de nuestros crueles enemigos tan ofendidos de nosotros pase en nuestro favor parte tan suficiente y incansable para ayudarnos a hacer la guerra contra sus mismos naturales amigos y parientes. De todos los cuales digo también, que no carece asimismo de misterio el ver que siendo tan singulares maestros para acabar y perfeccionar las armas ya referidas, con que nos hacen la guerra en que dan no poca muestra de su ingenio, con todo ello, permite Dios que les falta para lo que es saber valerse de nuestras armas de fuego, faltándoles el ánimo a los que en otras ocasiones muestran tenerlo tanto para el atreverse a disparar y manejar las dichas armas. A la cual ocasión correspondió el haberles Dios quitado el maestro polvorista Prieto, por el camino que referí en el Punto Cuarto. Porque no dudo que nos pudiéramos despedir de la pretensión de la conquista de aquel reino, si en las armas nos fueran iguales aquellos indios.

CAPÍTULO II

Prosíguense las razones del capítulo pasado

Acerca de lo que queda dicho es de advertir, que habiendo sido particularizados los españoles con tan señalados favores, cuanto he mostrado hasta haberlos puesto el divino auxilio dó pudieran haber tomado (con la facilidad que mostraré, segura posesión de aquel reino, con todo ello han tenido desde el principio de aquella guerra en tanto desprecio a los naturales indios, y señaladamente los primeros conquistadores que pudiendo conjecturar que habían de ir cada día creciendo en destreza militar y en valor, según fuesen aprendiendo a ser soldados, ayudados del aparejo de la fortaleza de su tierra, ninguna cosa les persuadió para que dejasen de proceder obstinadamente en su poco recatado estilo de guerra y descuidos, sin determinarse a buscar camino o medio como elegir fortificación estable y firme para su refugio y conservación, que sirviese de amparo para contrarios acontecimientos, y que juntamente fuesen desde ella continuando su guerra, asegurados en su resguardo, contra la cual fortaleza no pudiese ser superior la fuerza y poder de los naturales; pues-

to que mal se podrá guardar ni vivir como soldado el que no piensa que puede ser vencido de su contrario, especialmente entregándose como se habían entregado los nuestros, tan en manos de la fortuna en aquella remota tierra tan fuerte para sus naturales, y a donde con tantos trabajos ofreciendo sus vidas a tan varios peligros, se habían desterrado de su legítima tierra. Acerca de lo cual tengo para mí que viendo Dios tan grande olvido y descuido en los nuestros (puestos en aquel reino con los soberanos favores y ayuda que tengo referidos) en no querer tomar pié firme y estable, para poder con la seguridad que se debía asistir a la conquista y conversión de aquellos infieles, para justificar el mismo Dios la causa de su vencimiento, demás de lo que a la particular seguridad de los nuestros importaba, así entiendo que fué servido de despertar sus ciegos entendimientos con permitir primeramente la infelice muerte de su famoso y primer caudillo el gobernador don Pedro de Valdivia con cuarenta españoles, por lo cual volviesen a perder la mayor parte de lo que habían ganado en aquella tierra, como lo hicieron con la general rebelión de sus ya pacificados naturales. Y para que por tal suceso acabasen del todo de abrir los ojos con el escarmiento, y viesen lo mucho que podían aquellos hombres bárbaros y descalzos tan poco estimados, quiso que no acabasen los nuestros de perder de todo punto la posesión de aquella tierra, porque pudiesen usar de la enmienda y se llevasen adelante los efectos de la tan declarada Divina voluntad; puesto que no había necesidad de usar de milagro para la seguridad de los nuestros donde había dado los medios convenientes que diré, para lo que debían hacer, advirtiéndolo con el escarmiento pasado, juntamente con el conocimiento de la importancia de la obra. Y como un tan gran aviso y ejemplo no bastó para que se acabasen de resolver a poner en ejecución prevención tan importante para lo presente y porvenir, permitió también Dios segundariamente la muerte de Villagrán, en la cuesta que conserva hasta agora su nombre, con noventa españoles. Y no bastando todas estas desgracias y desastres, permitió tercera vez inviar no solo otro tal recuerdo, pero con tanto mayor castigo, cuanto fué el de la muerte del gobernador Martín García de Loyola con más de cuarenta capitanes, sin otros españoles, como tengo mostrado en la Relación quinta, y con las infelices pérdidas de las cinco ciudades que asolaron aquellos no estimados enemigos. Los cuales sucesos no han sido otra cosa (a mi ver) sino avisos y castigos y más castigos de la dura pertinacia de los nuestros, yendo después acá en aquel reino sucediendo nuevas pérdidas, como fué la de la escolta del fuerte de la asolada Imperial con su caudillo don Joan Rodolfo, por no haber aún comenzado a dar principio a fundar la tan conveniente fortaleza para la conquista de aquel reino y amparo de lo que en él poseen los nuestros. La cual obra es tan necesaria y importante, cuanto me esforzaré a probar en lo que se sigue, por ser de tanta consideración que si se dilata quiera Dios por su misericordia que no sucedan por ello en aquel reino otros daños de mayor exceso que los referidos para castigo de tan sobrada, terca y obstinada confianza de los nuestros, pues han llegado a verse en el estado de mayor peligro que jamás se han visto, que es en el que se hallan al presente.

CAPÍTULO III

Qué cosas deben ser las primeras que se han de poner en ejecución, para dar principio al nuevo modo de hacer la guerra

Como quiera que siempre son más seguros en los fines que en los principios los buenos sucesos de la guerra, dificultoso parecerá el dar regla para que sean tales los de nuestros españoles en la de Çhile, pues van hasta ahora caminando tan al revés de lo que solían que según su presente estado se podría comparar su cura a las que llaman en la medicina deshonra de médicos. Pero fiado en que no debe de haber carecido de soberano misterio el deseo que me ha movido a tratar del remedio de aquel reino, espero salir con mi empresa considerado que aunque es de creer que lo que más hace en ayuda de aquellos bárbaros son nuestros pecados, con todo ello podemos confiar en la Divina misericordia que ha de venir tiempo en que se vuelvan en nuestro favor los suyos, alumbrados nuestros ciegos entendimientos, para saber vencer las ventajas que tengo referidas que nos tienen, deshaciéndose los manifiestos engaños que (como he mostrado) duran de nuestra parte en aquella guerra, poniéndose en ejecución el medio no dificultoso que ofrezco. Y supuesto esto, digo, que aunque a mi parecer he dejado bien probado en lo pasado cuan imposible sea que haya jamas en aquel reino fija y permanente paz, aunque todo él la dé, como nos lo ha mostrado bien a la clara la larga y costosa experiencia por las muchas veces que la han dado los indios en tantos años como ha que dura aquella conquista, con todo ello tengo por de tal calidad la regla que propongo, que ha de ser poderosa para que se puedan sustentar sin el riesgo en que al presente se hallan los pueblos de nuestros españoles y las poblaciones de los indios amigos y tierras de labor de los unos y de los otros, sin necesidad de más gente de la que hoy hay en Chile, sin necesidad de la paz de los indios, y quedando todo en la manera dicha seguro y conservado, pueda hacérseles la guerra con menos costa y trabajo, y más a nuestro salvo de lo que hasta agora se ha hecho, en que se imitará el acertado estilo que guardan los mismos indios en su milicia, que es ofender sin poder ser ofendidos. De manera que mejorándose en todo el estado de aquella conquista, se vea cada día que generalmente va todo convaleciendo y medrando de nuestra parte, con un conocido y manifiesto menoscabo de los indios de guerra, de suerte que en tal mejoría se pueda hacer conjectura que prometa con poca diferencia de tiempo el en que se podrá ver el fin y cabo dellos. Porque si no es por camino de deshacer y acabar de todo punto los indios rebelados, tengo por imposible el acabar aquella guerra por otro ninguno.

Esto es lo que comprendí de las calidades de aquella conquista, y con este parecer vine a España, y dél hablé en ella a don Alonso de Sotomayor, del Consejo de Su Magestad, como quien tuvo tanta ocasión y partes para sentir lo que se debía de aquella guerra, así por haber sido tan gran soldado de Flandes, como por haber gobernado el reino de Chile con tan-

la aprobación, por lo que se mostró no poco contento de haber hallado quien fuese de su opinión, cuyo parecer debió de dar bien a entender en el Consejo de Indias las veces que se trataría, cómo se daría fin a aquella guerra. Por lo que será bien notorio a todos los señores Consejeros, que es lo que me hacia cierto que tuviera de mi parte al dicho don Alonso, para la aprobación del parecer que en este tratado propongo, si fuera Dios servido de haberle concedido más larga vida. Con todo lo cual espero que, aún los que no hubieren estado en Chile, conocerán por las razones dadas y las que adelante fuere mostrando, cuánto importará al servicio de Su Magestad lo que dijere. Pues referidas las declaradas ventajas que tienen a los nuestros los indios (que es de creer por consecuencia habían de ir cada dia en aumento, así como lo han hecho hasta ahora) no será pequeña obra lo que en lo dicho se hiciere, puesto que nos consta que más de en sesenta años que ha que dura aquella conquista, por no haberse hallado seguro medio para acabarla, pues antes se ha ido perdiendo la mayor parte de lo ganado, ha sucedido en los Consejos de Su Magestad, constreñidos de ver lo poco que lucían los contínuos socorros y gastos de aquella costosa y prolija guerra; haberse intentado várias resoluciones para excusarlos, como ha sido el pretender unas veces despoblar de todo punto aquel reino desamparándolo, de suerte que se dejase a sus naturales; lo cual hubiera sido con más reputación suya que nuestra; y otras veces dando otras trazas a este propósito, que los dichos Consejeros saben que por algunas importantes razones juzgo que no fueran elegibles.

La primera cosa que me parece hará mucho al caso, para que todo se haga y suceda como conviene, será que el Virey del Pirú pase de Lima a Chile, porque con la presencia de tan suprema autoridad, se asegurarán los efectos que iré diciendo en lo que se ha de ir poniendo por obra, puesto que aunque no resida años, bastará que esté hasta que se entablen, que después con facilidad caminarán para su fin, considerando que no será muy grande la falta que hiciere en el Pirú, pues sucede en vacantes gobernar la Real Audiencia de Lima mucho tiempo. Mas, porque tengo alguna noticia que respetos de materia de Estado contradicen la ida del Virey a Chile, y por no ser de mi profesión, no sé si serán más poderosas las razones que para ello se hallan, que las que en materia de guerra como soldado pudiera yo alegar acerca de las muchas utilidades y aprovechamientos, que causará al servicio de Su Magestad la presencia del Virey en Chile, dejaré de tratarlas por abreviar este discurso, difiriéndolas para si acaso se me preguntasen. Y entretanto por si no se concediere la ida del Virey, me arrimaré a lo que podrá más suplir su falta que es la nueva Real Audiencia que Su Magestad ha mandado que tenga asiento en aquel reino, si bien es verdad que dél se escriben algunas razones que la reprueban haciéndola excusada, las cuales pues no pueden ser tan importantes, que no sean accesorias a mi principal intento, que tanto conviene al servicio de Su Magestad, será razón que él las contradiga; porque como conozco a Chile, sé que el Gobernador no puede acudir a todas partes, siendo la principal la de la guerra en que ha de asistir y aunque por su sustituto quede en las tierras de paz su teniente general (como es

costumbre) sé también que no son allá obedecidos tan puntualmente los tales ministros, cuanto lo son en España como más cerca de los ojos de su rey. Demás de que las cosas que ordenaren muchos ministros justos, como lo son los oidores de una Audiencia, así como serán más bien entendidas, y por ello más bien ejecutadas y resueltas, así también serán mas respetadas y obedecidas, por representar la real persona de Su Magestad, por lo que entiendo que será acertado que se confirme su asistencia en aquel reino.

Supuesto, pues, que el Audiencia y Gobernador se han de dar la mano, él en las fronteras de guerra, y ella en las tierras de paz, para ordenar que se vayan poniendo en ejecución las cosas que fuere mostrando, digo que la obra que ha de ser el principio y fundamento para el buen suceso de todo lo demás, será lo que se sigue:

CAPÍTULO IV

Lo mucho que conviene se haga un fuerte en la ciudad de Santiago

Cosa es digna de notar que habiendo tantos años que nuestros españoles sustentan una tan contínua guerra en el reino de Chile, en el cual no se practica sino de cosas pertenecientes a ella, sintiendo bien a menudo sobresaltos de armas y alborotos de la venida de los enemigos a las tierras de paz, y poblaciones nuestras, no teniéndose por seguras en tales tiempos aún las más retiradas de las fronteras de guerra, y por otra parte viviendo en contínuo recelo y temor de general rebelión de los sospechosos y familiares enemigos que nuestros españoles tienen no menos cerca que en sus propias casas, que son los esclavos y yanaconas o indios de servicio. Á cuyas causas sabe bien la ciudad de Santiago las veces que en ella se han guardado o velado, como allá dicen, en tiempos de diversas victorias que han tenido los enemigos con que la han puesto en no pequeño cuidado, con estar más de cien leguas apartada de las tierras de guerra, y que con todo ello esté toda aquella ciudad tan abierta y sin género de defensa, puesto que no hay parte en toda ella donde pudiesen los enemigos hallar en qué tropezar para entrarla. En las cuales ocasiones de rebatos es cosa bien cierta que no hay familia que no quisiera que su casa fuera un muy fuerte castillo, pues sin reparo alguno está toda aquella ciudad derramada por un gran llano tan a cureña rasa lo que tanto teme, con ser esta ciudad la metrópoli o cabeza de aquel reino, y con todo esto no sólo en ella, pero en ningún otro pueblo de los que tienen los nuestros en aquella tierra, ni aún en los de las mismas fronteras, no hay ninguno que tenga muralla ni fuerte, ni aún un reduto, a que tenga algún respeto el enemigo, siquiera para que no se persuada ni se le haga tan fácil lo que de ordinario tanto desea y se promete, que es destruir la ciudad de Santiago por el ejemplo de la facilidad con que asoló las ciudades que llamaban allá de arriba, porque estaban más al Sur.

Por tanto, para que pueda perder del todo la esperanza de venir a acabar de recuperar lo poco que ya poseen los nuestros, que todo consiste en la ciudad de Santiago, es a mi parecer una de las cosas más importantes que son menester en aquel reino, que se haga un fuerte a lo menos en aquel pueblo, así para el propósito de mi intento, como por lo mucho que es menester para reparo de todo lo dicho, porque será a los indios de guerra gran freno, y a los de paz y esclavos de servicio un gran inconveniente para que no se atrevan a rebelar, que es el más cierto suceso que pueda acontecer para hacer cierta la total pérdida de aquel reino. Porque si con un fuerte de los muchos que sustentan los nuestros empeñados en las tierras de los enemigos, donde no solamente no se pueden dar la mano ni socorrerse, pero con dificultad tienen unos de otros noticia de su ser y estado, pretenden (aunque tan en vano) obligar a los rebelados indios a que despueblen y dejen sus propias tierras que por antigua sucesión poseen, procurando por tal camino desarraigarlos y echarlos dellas, pregunto yo ¿con otro fuerte hecho en las propias tierras que poseen los nuestros, no sería cosa más cierta el estorbar que no se las viniesen a ganar los mismos enemigos, ni se atreviesen a rebelar los disimulados caseros? Porque efectivamente es cosa sabida ser mucho lo que respetan los indios los fuertes, que si bien es verdad que acometen algunos, es por tenerlo allá en sus casas o tierras solitarias, donde ven que por ningún camino pueden ser socorridos, que es lo que les anima a ello y el ser mucho más flacos los fuertes de lo que lo será el que digo se haga en Santiago. Y porque para tal propósito diré el sitio que ha de ocupar en aquella ciudad, y mostraré la traza que ha de tener, soy de parecer que su fábrica sea de cal y canto, así para que sea más permanente, como para que pueda poner más terror a los indios la novedad de tan inespugnable materia, pues lo será para sus pocas máquinas, aunque flaco y bien débil para las nuestras, dado que no habrán visto otro fuerte della en aquel reino. Y porque aunque abunda de piedra y carece todo aquel reino del género de la que se hace la cal, y en sólo aquella ciudad se halla, porque de cal y canto dejé fabricándose el Colegio de los padres de la Compañía de Jesús, de la cual groseza de muralla bastará que sea el fuerte y aunque sea de menos de dos piés. El cual fuerte será acertado que de ordinario tenga alguna gente de guardia, y que sea de la misma ciudadana y no de otra, mudándose cada día, estando repartida toda en compañías para ello, y que esté encomendado el fuerte a algún capitán jubilado, cuidadoso, que sea asalariado, o que sea plaza y alojamiento de los corregidores, pues se hacen de capitanes y maestres de campo con expresa orden que jamás entre algún indio en él, aunque sea yanacona, y que en su entrada tenga demás de la puerta, rastrillo caedizo con torno, y arriba en el mismo torno, perpétua centinela por ser importante apercebimiento para las cautelas y extratagemas de que saben usar los indios. Y también podrá servir este fuerte de cámara de municiones de guerra y de almagacen de trigo, teniendo en él tahonas o cantidad de molinillos de mano, de los que allí se usan de piedra, y hechos espaciosos galpones o galerías cubiertas de teja.

El fin principal para que se ha de hacer este fuerte, será, como he dicho, para que sirva de atajar los designios a los enemigos, así declarados como familiares, porque de otra manera, animados de lo que los llama la facilidad de la empresa (según está todo abierto y llano) no hay duda si probasen una vez la mano, de que no quedaría cosa en pié para segundo envite, con que estaría acabado de perderse Chile. Y digo se haga este fuerte en la ciudad de Santiago más que en otra parte, por ser la más importante y la más codiciada del enemigo, como la más principal y cabeza del reino, porque destruída la cabeza saben bien, que no habría resistencia en sus pocos y flacos miembros. Porque asi como no se trata otra cosa entre los indios de guerra, sin que se procure quitar la vida al Gobernador, como cabeza, por parecerles que será la principal ocasión de donde se les han de seguir mayores y más importantes victorias, que de matar la mitad de los españoles, por la experiencia que tienen de las que se les siguieron por la muerte que dieron a los gobernadores Valdivia y Loyola, así entienden ellos (y no se engañan) que destruyendo la ciudad de Santiago han de quedar tan señores de su reino, cuanto lo eran antes que los españoles lo pisasen. Hecho este fuerte, cuando después con el tiempo se hiciesen otros dos en la Concepción y San Bartolomé de Gamboa, que son dos pueblos de la frontera, fueran de tanta consideración, cuanta hubiera sido razón que los hubiera habido muchos años ha, pues hubieran estorbado los daños que saben los mismos pueblos, y de que hubieran permanecido, cosa cierta fuera si hubieran sido de cal y canto y pequeños, para no más guarnición de veinte y cinco soldados, y aun para menos, con bajacorte o contrafuerte en cada uno, capaz para amparo del pueblo en ocasiones de armas, como la del designio o planta que al fin deste capítulo muestro, para el que digo se haga en Santiago. Y que podrán hacerse de cal y canto, será cosa facil, pues no siendo menester mucha, habiendo de ser pequeños, no fuera dificultoso el llevar la cal de Santiago por mar, a cuya costa están vecinos los dos dichos pueblos. Porque hablando, primero, de San Bartolomé de Gamboa, pueblo de frontera, aunque es verdad que como pequeño está cercado de tapias, no es fortificación durable, en aquella tierra, como diré. En el cual pueblo por no haber en él siquiera un reduto seguro, han estimado los indios su fortificación en tan poco, que entiendo han sido más de tres veces las que han quemado aquel pueblo, muerto españoles y llevádose la mitad dél prisioneros. Porque verdaderamente los indios menosprecian las flacas fortificaciones, y las fuertes las respetan y temen.

En el otro pueblo, llamado la Concepçion, también de frontera, solía haber en otros tiemdos un fuertecillo de tapias, del cual ha muchos años que no hay memoria, porque, como dije, es fortificación tan flaca en aquella tierra la de tapias, que aún no resisten la batería de las lluvias de la parte del Norte que las combaten, deshacen y atierran, y es de manera que para conservarlas es menester censo perpétuo de aforrarlas cada año de la parte de aquel viento, con una especie de juncos que llaman totora, tendidos a modo de esteras, o con ramos tegidos o cañas, atados en forma de zarzos,

Los muchos sobresaltos de armas que ha padecido esta pobre ciudad de la Concepción, sin tener cosa segura ni aún dudosa donde guarecerse la gente della, pudiera decir si viviera el buen obispo de la Imperial don Fray Reginaldo de Lizarraga con toda su decrepitud, que hacía allí su humilde habitación, y los religiosos y señoras de aquel pueblo, que tantas veces en tenebrosas noches de crueles inviernos han saltado de las camas, y muchas veces lloviendo, desnudas, descalzas, a medio vestir, a meterse en un lodoso corral de vacas de unas malas tapias, por no haber otro refugio de más consideración, donde no hubiera servido de más que de haberse congregado para esperar al enemigo, donde las hallara juntas para irlas atando como a ovejas y llevándoselas, con cualquiera mediana diligencia que para ello hiciera. Cosa de maravillar como los mismos enemigos se han contentado las veces que de aquel pueblo han corrido sus calles, con los daños que en él han hecho, considerado su atrevimiento, crueldad y codicia, siendo como es también aquella ciudad cámara de proveídos almagacenes de todos los bastimentos y municiones de aquella guerra. Pero ya he dicho en otra parte, que se puede creer que la Señora de su advocación sustenta milagrosamente aquel pueblo, porque medios humanos no ha tenido ni tiene para su defensa, y aún ahora menos que nunca, porque el dicho corral la batería de las aguas lo desmanteló por todas partes. Y como en aquella tierra nunca se levanta lo caído, tampoco se hace de nuevo, porque todo es vivir con necias confianzas, hasta que llega la hora en que vienen a acabar con tan miserables muertes, como las de las ciudades que asolaron los indios, cuyos vecinos no poco presumían de su seguridad, las cuales acometieron aquellos bárbaros fiados en que tampoco había en ellas cosa que resistiese su intento. Unas piecezuelas de artillería hay en esta ciudad de la Concepción por aquellos lodos cubiertas de barro, que las pudieran aplicar al fuerte que dije, siquiera para espantar. Allí se están que no hay quién les dé la mano para levantarlas, con haber un general de la artillería y aún casi un capitán della para cada pieza. No sé si las campeadas estorban que no haya el cuidado y curiosidad que en todo falta.

Hánse de advertir para lo que he dicho dos cosas. La primera, que estos fuertes no solamente han de servir para asegurar nuestros pueblos de los indios de guerra, aunque dellos los asigurará desde el principio la principal obra que adelante diré, que ha de hacer resguardo a todo lo ganado y lo que se fuere ganando, sino para la ocasión de que durante la fábrica de la tal obra que digo se ha de hacer, se pueda con seguridad limpiar de todo punto aquel reino de los sospechosos esclavos, según mostraré adelante, refrenando en los pueblos dichos su rebelión y la de los indios de paz, porque todo se prevenga y haga con seguridad y firme fundamento. La segunda cosa será, que los tres fuertes no han de ser necesarios para más tiempo de para hasta que con lo dicho se acabe también la guerra, pues lo uno y lo otro será de manera que no queden en aquel reino enemigos naturales con quien lidiar ni tener sospechas, según promete el medio que adelante propongo.

Lo que es el fuerte de Santiago soy de parecer se haga donde sea señor del río que pasa arrimado a aquella ciudad a la parte del Norte, en al-

guno de los lugares levantados que él no riega en sus mayores crecientes, el cual será de la traza de la siguiente planta. [1]

Hecho el fuerte, será capaz de tantos hombres que en ocasión puedan estar a su defensa, y que tenga sus dos contrafuertes suficientes para guarecer toda la gente del pueblo y caballos, sin que embarace lo uno ni lo otro a los que lo han de defender, lo cual podrán hacer por todas sus partes sin que pueda ser por ninguna ofendido. Sus murallas serán de altura de tres tapias, y cada uno de los lados de su circunferencia, que en todo son dieziocho, terná los piés de distancia que señalan los números.

Ha de haber troneras en todos los traveses, que muestran los ceros, y en sus semejantes donde no se han puesto, pues bastan los señalados para que se entiendan los demás por ellos, con que quedará el fuerte por todas sus partes defendido correspondientemente.

No dañará que se haga este fuerte y los otros dos que he dicho, de la manera que he mostrado, aunque se pueda tener por muy seguro que será más cierto el miedo que causarán, que el ser jamás acometidos de indios.

Háse de considerar que este modo de fuerte, es de la mejor traza que pueda ser para contra indios, lo que no fuera tal ni tan fuerte para quien usara artillería y otras máquinas de que no usan indios.

CAPÍTULO V

El devaneo con que se ha hecho y se va haciendo la guerra en Chile

Aunque al principio tengo dado a entender por su descripción la traza y figura del reino de Chile, con todo ello la iré significando a tiempos por modos más comunes y ordinarios, según me viniere a propósito, para darme mejor a entender, como será decir que toda la estrechura y longura que tengo significado de aquella tierra, está ocupada o enredada de corrales, puesto que todo aquel reino es un valle compuesto de muchos valles cercados de sierras, y atajados de ríos, que es a lo que llamo corrales.

Ahora digo, que en lo que han entendido los nuestros desde el principio de aquella guerra hasta el presente, ha sido en gastar el tiempo y la real hacienda con un labor infinito en andar poniendo corrales de paz, puesto que en tanto que se apaciguaba uno, se rebelaba otro y ponía de guerra, andándose asentando y levantando como mazos de batán. Y el Gobernador que más bien ha hecho la guerra, ha sido aquel que más corrales ha puesto de paz, no advirtiéndose en que son victorias vanas, supuesto que han siempre visto que lo que hoy se pone de paz, mañana se vuelve de guerra. Los cuales corrales o castillos, porque cada uno lo

1 Pónese en el original.

es en fortaleza, son tantos que se puede tener por imposible el poder ser jamás sujetados con seguridad, sino es sustentando sobre cada uno fuerza de presidio que los tenga sujetos, y esto tiene de lo imposible lo que se puede juzgar. Por lo que no ha sido otra cosa el gobierno de Chile, que una prueba de reputaciones de gobernadores, tal, que más se ha podido llamar para ellos aquel gobierno hueso sin bocado, que bocado sin hueso. Porque bien sabida cosa es cuántos y cuán grandes soldados, criados en otras muchas guerras de mayor nombre, han usado en aquella de todos los medios que su larga prática y experiencia de milicia les ha dado a entender, procurando enmendar cada uno el poco fruto que hizo su antecesor, quitando, mudando y trocando fuertes, pueblos y modos de tratar los naturales con el gran ánimo y ardiente celo, con que han entrado en aquel gobierno de ganar la joya, sujetando al dominio de su rey aquel tan defendido reino, con que han pensado engrandecerse y honrar sus linajes, y al cabo de haber todos rematado contra la corriente, han venido de unos a otros a dejar siempre la guerra pendiente, unos como perdidos de esperanza, dejando el gobierno en manos de sus sucesores, y otros muriendo a manos de los enemigos en la demanda, culpando el mundo a unos de que no entendieron la guerra, a otro poniéndole defectos de que no era soldado, a otro que la ejecutó con riguridad y aspereza, y a otro que la hizo con blandura, no dando en el blanco ni aún los mismos judiciosos censores de ajenos trabajos, pues todos han ignorado (a mi ver) en lo que ha estado el yerro y la falta del no haber podido acabar de vencer aquella hidra de siete cabezas, habiendo estado el daño del no haberse acertado aquella conquista, según mi parecer, en lo que se muestra por este ejemplo.

No hay duda en que contradiría toda razón militar el dejar de tener buen suceso cualquiera grande empresa, aunque fuere acometida de inferiores y desproporcionadas fuerzas, si fuesen ayudadas de buen gobierno y orden de guerra, especialmente contra lo que se supiese no poderlo tener tal, así como al contrario no podrían jamás prometer felice efecto las cosas que se emprendiesen, aunque fuese con mayores ventajas, si lo hiciesen con desconcierto y falta de buena disciplina. Porque ¿qué sería de los soldados que presupongo, que por escalada, por trato o por otra militar estratagema, hubiesen tenido miedo para entrar en alguna murada ciudad enemiga, si viéndose dentro della y inferiores al número de su popular gente, debiendo unirse eligiendo plaza de armas en la más conveniente, formando escuadrón para desde ella deshacer y asegurar primero los contrarios inconvenientes que les podrían dañar, y en lugar de tan importante advertencia los cegace de tal manera la codicia del saco, que no curando de tal prevención, se derramasen con desorden por las calles y casas, sin guardar orden y concierto de pláticos y experimentados soldados? el suceso de los cuales bien se deja entender que tal había de venir a ser, pues como ciegos de la codicia irían todos desordenados y divididos (cuanto lo podían desear los contrarios) a ponerles miserablemente su vida en las manos.

No creo que fué muy desemejante a lo que he propuesto la primera entrada que hicieron nuestros españoles en Chile, pues su gobierno fuè

tan desordenado, que comparando aquel fuerte reino a otra semejante murada ciudad enemiga, como la que he dicho, tuvieron tanto desconcierto en viéndose en ella, que en lugar de elegir primero, como prudentes, plaza de armas en sitio conveniente, para desde él ir con seguro pié dando forma a su conquista, mayormente siendo tan aparejado aquel reino (cuanto diré) para fortificarse en él los conquistadores, primero corrieron desordenados al saco y codicia del oro, siendo como es, aquella tierra a semejanza de una calle larga ocupada, como ya dije, de fuertes y cerrados valles habitados de indios, cuyos lados son, el uno, la gran Cordillera Nevada, y el otro el mar del Sur, pues sin mirar inconvenientes se dividieron por todo aquel reino o calle de la manera que si la hallaran yerma y deshabitada de defensores, o como si los que tenía supieran que eran lerdos en defender su tierra, o inhábiles en el manejo de las armas. Porque de la misma manera y tan sin recelo comenzaron a fundar, no una ciudad siquiera, donde estuvieran todos juntos, sino muchas ciudades como allá las llaman, y tan divididas unas de otras, escogiendo, no tanto fuertes sitios para su seguridad, cuanto aparejados para sus tratos y granjerías, de la manera que si no hubiera en el mundo, cuanto más tan en casa, quien los pudiera perturbar sus designios, siendo junto con ello tales sus fundaciones, cuales las podían desear los enemigos para el propósito que tan a medida de su deseo les vino, pues destruyeron tan a su salvo, sin hallar cosa fortalecida ni resistencia y sin propia sangre, no menos que cinco ciudades, a tiempo que parece que aguardaron a que estuviesen en el colmo de su mayor prosperidad, por haber crecido en ellas, no menos sus tratos y mercancías, que sus descuidos, sucediéndoles lo que dice el común refrán que *quien mucho abarca, poco aprieta;* puesto que estaban tan divididos que no sólo no se pudieron socorrer, pero aún así no tuvieron unas de otras noticias de sus miserables sucesos tan correspondientes al mal gobierno de los nuestros, cuanto merecidos de su ciega confianza.

Ejemplo fué este fin de lo que prometía el bárbaro principio y modo de señorear un reino tan remoto, fuerte y poblado de tantos y tales enemigos.

Lo dicho me basta para mi intento, puesto que dello será fácil el conocer en qué estuvo este engaño y daño, que es en el que todavía perseveran los nuestros sin escarmiento, pues obstinadamente se tienen todavía divididos los pueblos que les han quedado y fuerzas que aún después acá han ido fundando, con ver que las pérdidas pasadas tan recientes están por consecuencia amenazando lo que falta por perderse de aquel reino, que es mucho menos que lo perdido, y que se están aún vivos, enteros, victoriosos, soberbios y arrogantes los mismos verdugos que lo fueron ayer de un tan gran número de sus vecinos, parientes, amigos y compañeros.

CAPÍTULO VI

La enmienda del engaño con que hasta ahora se ha hecho la guerra en Chile

Aunque hay al presente más dificultades de las que en otros tiempos ha habido, por lo que vemos estar los enemigos tanto más soldados, armados y victoriosos, vale más tarde que nunca acudir al reparo de lo que queda en riesgo de acabarse de perder, pues todavía no se ha perdido del todo la posesión y commodidad que permanece para la enmienda del yerro pasado y principalmente el aparejo, en que en tantos años no se ha reparado, que es en cuán a propósito está dispuesto aquel reino para poderse en él fortificar los nuestros, no solamente para asegurarse en el presente peligro y para lo porvenir de todo el poder de los enemigos, según dije, pero para que juntamente puedan también llevar adelante su conquista hasta acabar de señorear aquella tierra, lo cual se podrá hacer con más cierto que dudoso fundamento. Para lo cual me conviene en esta ocasión volver a repetir de la manera que por naturaleza está dispuesta aquella tierra, no obstante que lo tenga mostrado en su descripción y en otras partes, y así digo que toda ella corre Norte Sur, a semejanza de una calle larga, como ya dije, en cuanto al ser angosta y larga, pues en lo demás es tan ocupada de cerros (como he mostrado) cuyo principio, que es la parte que mira al Norte y lo más templado, es lo que poseen nuestros españoles; y la parte que está al Sur, que es la mas fría, es la que habitan los indios de guerra. Las razones que hay para que puedan conservar nuestros españoles la parte desta calle que poseen, y lo que demás fueren ganando de lo que habitan los indios, son estas: La primera, que mirando los nuestros al Sur do están las tierras de guerra, tienen las espaldas siguras por la parte del Norte, pues por ella no tienen enemigos que temer, y por los prolongados aunque cercanos lados o costados de la misma calle, también están seguros de enemigos, a causa de que por el que cae al Levante, que es a la mano siniestra mirando al mismo Sur, están guardados del fuerte muro de la gran Cordillera Nevada, tierra intratable y inhabilitada por sus perpétuas nieves y aspereza, y por la del Poniente y mano derecha los asigura asimismo el gran mar del Sur, por manera que de cuatro lados que tiene esta calle, están los nuestros de los tres, no sólo defendidos y guardados de los indios, pero por extremo seguros, pues sólo los tienen a la frente. Acerca de la cual parte digo, que pues es sola ella la que tienen que guardar, y aquella es tan angosta, que respecto de la longura de aquel reino o calle, que es dé más de quinientas leguas, es ella de menos de veinte, querría saber que razón hay para que esta frente y parte que sola responde a sus enemigos, no la fortifiquen los nuestros de tal manera con fuertes que se den la mano. Pues aunque usan de los fuertes que he dicho, no los han aplicado jamás a este particular fin de atender a cerrar con ellos frente y frontera, pues sólo los han empleado en aquellas provincias que les parecían más

importantes para con su asistencia obligar a los indios dellas a dar la paz, que es el vano labor y perdido tiempo con que han siempre lidiado los nuestros y gastado tantos años a costa de tanto derramamiento de propia sangre. De lo cual ha nacido el haber estado los fuertes, como aún lo están al presente, hechos plazas muertas, pues no ofenden ni defienden, sino pregúntenles de qué servicio fueron en la defensa (siquiera) de alguna de las cinco ciudades que asolaron los indios, y ternán harto que decir del recelo en que los mismos fuertes se hallaban de perderse. Porque a la verdad son fuertes que en los daños que nos causan, más parecen fundados del enemigo para nuestra ofensa, que sustentados de los nuestros para la suya. Y pues esto lo tengo bien declarado en su lugar, pasaré adelante con decir lo que pretendo probar, y lo que fué el intento que me movió a escribir este discurso.

CAPÍTULO VII

Persuádese el ser necesaria la fábrica de una fortificada frontera

Ya que he mostrado el portillo que les falta a los nuestros por cerrar de aquel reino, pues se puede llamar portillo, respeto de lo que por las demás partes están cerrados, fortalecidos y guardados, digo ahora que en la delantera y frente de nuestras tierras que mira al Sur, en lugar escogido que tenga las partes que adelante digo, soy de parecer que se junten todas las fuerzas que tiene Su Magestad en aquel reino, donde se dé orden se recojan los fuertes desmandados y perdidos, y con ellos se haga una fuerte y inexpugnable frontera, pues lo podrá ser, juntas nuestras fuerzas, para todo el poder de los indios, puesto que las fuerzas unidas siempre se aumentan, por la razón que cuando son divididas, se enflaquecen y disminuyen, así como nos muestra la experiencia el no ser de algún efecto los materiales de la pólvora, cuando están divididos, y juntos vemos cuánto vienen a ser de eficaz potencia. Mayormente que les ha de aumentar a los fuertes la que han de tener juntos la calidad del sitio que han de guardar, considerando de cuán grande ayuda ha de ser el defender sola una frente, sin recelo de contrarios acontecimientos ni armas por sus demás partes. Y pues es tan cosa sabida que aquellos sitios son más fáciles de fortificar, que son más ayudados de naturaleza, no será razón que seamos ingratos a ella, pues con tanta seguridad y firmeza favorece nuestra necesidad y partido, para ganar y conservar lo que falta de aquel reino. Y porque todas las cosas que han de pertenecer a la fábrica y perfecion desta frontera con su uso y utilidades que dellas se han de seguir, las trato largamente adelanle, bastará que diga en este lugar, que no sólo ha de servir de defender y asigurar nuestras tierras de paz, que terná a las espaldas, librándolas del presente peligro en que se hallan, estando como está ahora abierto lo que con la frontera de fuertes se ha de cerrar, pero se ha de hacer desde ella muy gran

guerra al enemigo, de tal manera, que le sea un muy perjudicial padrastro y tan temido que pueda decir viendo tan fundada obra y nuevp principio de hacerles guerra, que comienzan los nuestros a abrir los ojos y a gobernarse como soldados, puesto que no son los indios tan poco práticos como ya nacidos y criados todos en el ejercicio de la guerra, que no hayan sabido reconocer y notar el devaneo del mal gobierno pasado de los nuestros, donde es de creer que dirán, que qué hubiera sido dellos si desde el principio hubiéramos comenzado con tan estable y seguro asiento nuestra conquista. Y pues, como he dicho, muestro adelante de la manera que desde la frontera se les ha de hacer la guerra, no me deterné en declarallo aquí, donde sólo pretendo probar cuán acertada será esta obra, pues juntamente con ser socorro para los nuestros en su presente peligroso estado, ha de ser el seguro y verdadero principio para acabar de señorear de todo punto Su Magestad aquel reino. Porque ¿qué cosa puede ser más a nuestro propósito, que la ya dicha disposición y traza de aquella tierra, para la prosecución de su conquista, donde deste puerto tan firme y seguro las ganancias que se hicieren, no las pueda en ningún tiempo desquitar el enemigo, pues se han de llevar siempre por delante dejando asegurado lo de atrás, hasta en la sazón que en su lugar diré se mejore la frontera al final asiento que ha de tener para dar cabo a aquella conquista, pues toda la fuerza y dificultad della está en menos de veinte leguas de ancho, y otro tanto de largo, según declararé, por lo que no se ha de entender que ha de ser menester mudarla más de una vez? Y aún es de advertir, que vencidos los primeros enemigos que por la comunicación de nuestra vecindad y contínuo ejercicio de las armas, son los más soldados y atrevidos, cuanto más adelante se fuere, son más ruines, bárbaros y medrosos, y por ello mucho más fáciles de vencer, de la manera que adelante muestro.

Este medio de la fábrica de la frontera que he dicho, ha de ser la fuerza más proporcionada a la de las tierras de los enemigosque se puede hallar, como lo probaré, y el remedio que me parece puede haber más eficaz para acabar aquella guerra, y así digo, que en tanto que no se usare dél, tengo por sin duda que por otro ningún camino haya jamás de tener fin. Por lo que no nos maravillaremos de que aquella tierra se resista y haga terca en rendirse, pues tan al revés de lo que se requiere y de lo que nos facilita y manifiesta su conquista, la habemos pretendido por tan cansado, costoso y desaprovechado modo.

CAPÍTULO VIII

Pruébase el ser poderoso el asiento de la fortificada frontera, para poder conquistar desde ella las tierras de los indios, hasta dar el deseado fin a la guerra.

Comparada la fortaleza de la tierra que poseen los indios a una muy fortificada plaza, contra la cual no se puede imponer para combatirla

cosa más poderosa que una fuerte y levantada plataforma, de donde se puede jugar el artillería a todas partes, de manera que no haya lugar a donde los fortificados se aseguren, así de la misma manera no sé que pueda ser cosa más apropósito y necesaria para aquella tierra, que la fábrica de un fuerte, frontera contra la fortaleza de las enemigas tierras, en reino tan dispuesto a poder ser atajado con ella cuanto tengo mostrado; pues se puede jugar desde ella como con artillería con tantas y tan diversas salidas, que en la aspereza de aquellos montes no haya cosa que no ofendan, dañen y rindan, asigurando juntamente los nuestros con ella sus poblaciones, como si estuvieran mil leguas apartadas de los enemigos de guerra. Porque así como no se deben emprender ganar grandes y dificultosas empresas sin mucho peligro, con gente inútilmente dividida y sin apercebimiento de resguardo de no inferior fortificación, así de la misma manera no se pueden en Chile conquistar las tierras de los indios con menos seguro fundamento, que son el firme pié de una fortificada frontera de cuyos fuertes se han las dichas salidas, como se hacen a trabar escaramuzas de la frente de un escuadrón, desde la cual frontera será más conforme a razón el hallar los nuestros descuidados en sus varias tierras a los indios, que ellos a los nuestros desapercibidos en sus fuertes, en lo que se verná a recompensar y hacer no sólo equivalente la seguridad de nuestra frontera a la fortaleza de sus montes, pero que les llevará a ellos ventaja en ser no menos ofensiva que defensiva. Por lo cual no hay duda que su obra ha de exceder en fortaleza a la de las tierras de los enemigos, para poderlos ir consumiendo y acabando con importunas y oportunas trasnochadas, entradas y correndurías; puesto que así como no hay plaza tan fuerte que un sitio no la consuma, no pudiendo ser socorrida, cuanto más fácilmente se podrá consumir la plaza de los indios, que son sus fuertes tierras, dudo que el número de sus defensores (por ser limitado) no puede ser socorrido de otros ningunos indios de fuera de aquel reino, demás de ser ellos tan contados o tan pocos (respeto de los que han sido, para poderse dar fin dellos sin mucha dilación de tiempo) que todos los que pueden tomar armas de los rebelados aún no llegan a veinte mil. Y dije pue no hay plaza tan fuerte que un sitio no la consuma, porque el sitio para aquellos montes será la frontera, si desde ella son perseguidos los indios, como he dicho, que es la cosa que más los desatina, amedrenta, encoje y acobarda, de tal suerte, que no saben donde meterse, que es por lo que dije arriba que han de ser importunas las entradas. Y dije también oportunas, porque las más importantes y ciertas serán las que se hicieren en tiempo oportuno, que será por industria y aviso de espías enemigas que muchas veces vienen a los nuestros a vender a los suyos mismos, movidos de interés, y también serán de efecto las correndurías y trasnochadas por otras señales que tienen bien conocidas los nuestros (según declaro más largamente adelante) dado que los indios no se fortifican en sus tierras en particulares puestos, y demás dello es gente que de puro haragana, jamás tiene centinela que les toque arma, especialmente de noche, condición bién a nuestro propósito para la manera de guerra que los nuestros les han de hacer, con la cual han de gozar a manos lle-

nas de muchos y buenos lances, ora matando enemigos, ora retirando copiosas presas de prisioneros. Porque cosa es bien sabida en Chile, que todas cuantas buenas suertes se han acertado, y cuando más numerosas retiradas se han hecho de prisioneros, han sido en entradas secretas, con las cuales y con los indios que se irán pasando a los nuestros, como lo hacen cuando ven que anda a mal su partido, que después vienen a ser el verdadero cuchillo de los que quedan sustentando la guerra (según declaro en los apuntamientos della) verná a que de fuerza por el uno y otro camino se vengan a acabar los pocos rebelados que hay, con que terná fin aquella conquista. Todo lo dicho no dudo que terná efecto, ayudado con los medios, a mi parecer, no poco eficaces, que adelante voy declarando, que todo va encaminado a dar fin y cabo de los indios que sustentan la guerra, hasta que no la haya, ni la pueda haber en aquel reino, asegurándolo de tal manera que no quede en él gente natural, que pueda resucitarla, sacando della fuera del reino sin que haga falta la parte que adelante digo, con el fácil medio que declaro para ello, porque este es el fijo camino para señorear Su Magestad aquel reino. Y digo que me persuado (salvo mejor parecer) que cualquiera otro ha de ser dar, como dicen, en los troqueles, con un gasto tan infrutuoso como el pasado. Para todo lo cual, digo, que si algunas dudas se ofrecieren en este capítulo, entiendo que se hallará la necesaria solución o satisfación dellas en lo que voy declarando.

CAPÍTULO IX

Razones que obligan a mudar el estilo de la guerra en Chile

Para que se pueda conocer de cuánta importancia sea el retirar nuestros fuertes de manera que no estén tan en las uñas de los enemigos, dándoseles juntamente el cobro que se debe a ellos y nuestras fronteras, conviene se consideren dos cosas. La primera, los innumerables daños, trabajos y costas que se excusarán de las que tengo dicho son causa los fuertes, y el mucho descanso y provechos que del recogerlos a su conveniente puesto se seguirá al servicio de Su Magestad y a todo aquel reino. La segunda razón es, que todo se comprará a tan poco precio, como será el dejar perder aquellos pocos espacios de tierras que dije tienen nuestros fuertes en su redondéz, despoblados de habitaciones de enemigos, aunque se están ellos bien perdidos si se considera que antes nos son del daño que tengo dicho, que de algún provecho; pues el dejar estas inútiles tierras ha de ser medio para ganarle al enemigo otras muchas (no para que sean neutrales como hasta ahora lo han sido y lo són) sirviéndonos dellas como de capa que se alarga al toro, para resolver a cortarle las piernas, según lo que a su precio se irá después ganando, lo cual ha de ser como dicen con pié de plomo, de suerte que se conserve por propio, y no queden las tierras que se ganaren tan desamparadas como lo han estado hasta ahora; pues ha sido de manera que se podría agraviar el enemigo

de que las llamemos más nuestras que suyas. En fin digo, que cuando no hubiera de servir esto que aquí he propuesto, demás que de asegurar y conservar lo poco que tenemos hoy en Chile por nuestro, considerado el peligroso estado en que todo se halla, se había de tener por muy acertado el procurar con todo cuidade la seguridad y amparo de nuestra frontera. Para lo cual digo, que si determinare Su Magestad (visto que conviene a su real servicio) enviar a aquel reino la tan necesaria orden que tengo dicho, para que cesen las campeadas en aquella guerra, no dudo de que la gente dél, así española, como natural amiga y de paz, solemnizará con general contento la alegre nueva y llegada de tal órden; y, al contrario, a los indios de guerra les dará que pensar y aún les causará muy gran cuidado el primer año que vean que no se campea, maravillados de tal novedad, temiendo que se persevere en faltar nuestras usadas entradas en sus tierras por la falta de los importantes provechos que se les seguía dellas (como tengo bien declarado) de que tomarán ocasión para echar mil juicios destas y de otras dañosas sospechas. Por manera que hallándose la gente de las tierras de paz y guerra en tan diferentes sentimientos, cosa averiguada es que en tiempo que se les concede un tan gran alivio y descanso a españoles y indios de paz, que cuando no fuera tan liviana la ocupación en que los empleará el Gobernador para perpetuar con seguridad su descanso, que les parecerá muy lijera respeto de los trabajos y daños que les causan las campeadas. Por lo que también, no siendo el Gobernador a quien menos parte le cabrá de alivio, así de trabajos de espíritu como personales, aunque no sea más de el verse libre del recoger la gente cada año para las campeadas, cierto es que después de hecho el fuerte que dije, ha de ser la primera obra que se ha de hacer en aquel reino en la ciudad de Santiago, podrá comenzar sin alguna dificultad ni recelo de rebelión de los esclavos a dar orden a que se pongan puertas al abierto campo de la frontera. A cuya orden acudirá la gente española y natural con voluntad, viendo que se da principio a lo que ha de ser el medio para el total descanso de sus usados e inútiles trabajos. Y pues tengo dado a entender por los pasados argumentos la gran necesidad que hay de que se fortifique aquel reino, sin que se fíe ya más de la ignorancia y pocos bríos de los enemigos, pues ha llegado ya tiempo en que nos empatan (como dicen) las bazas en el saber ser soldados, y tener bien reconocidas las esenciales cosas en que han llegado a tenernos ventaja, con las cuales no hay nación tan ruín a quien no le crezcan los pensamientos y bríos. Por tanto, antes que falte el tiempo para ir al reparo de necesidad tan urgente, será bien que se dé la orden que conviene para fortificar la puerta por donde puede hallar tan fácil entrada el total daño y pérdida que amenaza aquel reino, procurando se haga en él la más estable, firme y fuerte frontera que se pueda, sin que fuera della le quede al enemigo cosa en que se pueda cebar, reparo que le será de tanta ofensa, cuanto a nosotros de defensa, y que terná bien que temer. Porque verdaderamente no debe de haber enemigos en el mundo como los de Chile, que así los haga acobardar el reconocer obras de cuidado y recato en su contrario, no menos que el ver que tienen valor en el acometerlos; pues aún se ha visto por experiencia lo que han

vivido temerosos y encogidos en los tiempos que han experimentado gobernadores cuidadosos, de bríos y resolución, como lo fué en mi tiempo Alonso de Rivera. Y finalmente digo, que aunque ha de ser el único remedio para acabar la guerra de Chile el de la fábrica de la frontera, fuera de la cual quedamos sin esperanza de hallar otro mejor, más fijo, fácil, breve y menos costoso, que cuando no fuera de tanta utilidad, se pudiera estimar en mucho tal obra en la presente sazón, porque aún desde el principio de su fábrica ha de comenzar a mostrar su importancia con todo sosiego y quietud.



DISCURSO SEGUNDO

PROSIGUE EL NUEVO ESTILO DE HACER LA GUERRA

CAPÍTULO I

Elección que se ha de hacer del límite de la frontera para él asiento y reducción de los fuertes desmandados, y lo que se ha de advertir para ello

Para el hacer la elección del asiento de los puestos a donde se han de situar los fuertes, por no tomar yo mano en dar voto desde Italia adonde al presente me hallo, en cosa tan importante que debe ser determinada por más que un parecer, digo que el que yo puedo dar es, que se debe resolver allá en junta de consejo de los hombres más práticos de la disposición de aquella tierra, para que se venga a averiguar cual sea el más conveniente término o paraje de la travesía que se ha de elegir para que sea atajada con la frontera formada de fuertes. El cual sitio se ha de advertir que tenga las cualidades que se pudiere de las que digo en lo que se sigue, las cuales aunque se ponen aquí, no se ha de entender que se han de hallar todas, sino las que dellas se pudiere, por lo que no dañará el poner tantas, cuantas són las que serán importantes.

Lo primero digo, que deben quedar antepuestos los fuertes a nuestras poblaciones y tierras de indios amigos, de tal manera, que no estén demasiadamente adelantados dellas, para que con más facilidad puedan ser bastecidos y amunicionados y quedar todo defendido debajo de su vecina protección y amparo.

Que sea el paraje más corto, tomado por la travesía desde la cordillera al mar del Sur, acomodado y dispuesto para poder mejor ser ocupado y defendido de los fuertes.

Que desde los fuertes haya fáciles surtidas para salir a hacer guerra al enemigo.

Que los fuertes han de estar a distancias convenientes y que ocupen aquellos vados o avenidas por donde los indios pudieran hacer más fácilmente entradas a nuestras tierras, de manera que estén de guardia a ellos, pues servirá de guardar los tales pasos de los enemigos, y tener también tomada nosotros la posesión dellos para las entradas que de nuestra parte se han de hacer a sus tierras.

Que los puestos que fueren de ríos que se ocuparen con fuertes, se tenga en ellos barcos, pontones o chatas para pasar de noche o de día caballería y infantería para las entradas. Y en suma digo, que la orden que han de guardar los fuertes en sus sitios, ha de ser que hagan oficio como de muralla, aunque a distancias desiguales, como será fuerza donde los sitios lo requieran, de manera que se tenga atención a que han de atravesar la anchura de aquella tierra, pues no es más ancha de veinte leguas desde la parte de la cordillera al mar del sur, como se ha dicho. Y no se ha de entender que ha de ser esto tan de barra en barra como dicen, pues no han de dejar de defenderse con su natural fortaleza algunas partes de la misma travesía, con que verná a no ser mucha distancia la que se ha de ocupar con fuertes, mayormente si se pudiere tomar por lo más angosto, según he dicho, donde hará una frente y límite tal, que a lo menos hasta sus espaldas se puedan cultivar las tierras, y vivir con más seguridad que hasta ahora la han tenido nuestras estancias y pueblos de españoles y naturales de paz y los que llamamos amigos, y los asigure de los daños que recelan. Y aunque esta orden que digo que han de guardar los fuertes entre sí veo muy bien que no ha de poder ser tan precisa ni por nivel, según lo que sé de los altos y bajos de aquella tierra, pues es cierto que ni en el apartamiento que han de tener entre sí los fuertes ni en la derechura del límite de la travesía que han de tomar, no han de poder tener su asiento tan por cuerda como si estuvieran en un campo raso, pues será fuerza que unos más distantes que otros, y otros más adelante y otros más atras tengan asientos. Puesto que a lo que principalmente se ha de atender, ha de ser a guardar los más importantes pasos, considerando que cuando la necesidad obligare a que estén algunos de los fuertes algo desmandados de la orden de su hilera que se pretende, no lo estarán tanto, que estén tan a peligro como lo están ahora, pues está cada uno solitario en su particular provincia, como el de Arauco, el de San Pedro, el de Levo, el de Paycaví, el de Nacimiento, el de Monterrey y el de San Jerónimo, pues estan a más de siete, a ocho, a nueve y a diez leguas cada uno de otro, el cual apartamiento de fuertes bastará para ejemplo de la seguridad que terná el fuerte o fuertes de los que digo que fuere fuerza les toque el estar más apartados de los demas, considerando que el de Arauco con haber estado tan solo en el riñon del estado de Arauco y indios más belicosos, y en tiempo que estaba de guerra, con todo ello ha veinte años que se sustentan.

Acerca de lo que queda dicho, sólo hallo que se podrían ofrecer estas dificultades.

La primera, que la anchura o travesía de aquel reino no se pudiese cerrar tanto con los fuertes que se pudiesen, como dicen, dar la mano o estar a vista unos de otros. A lo cual digo, que no sería inconveniente, puesto que los entremedios o intervalos mayores los pueden ocupar los indios amigos fronterizos de más confianza, pues pocas tierras hay en aquel reino, que no sean buenas para cultura y vivienda. De los cuales indios ya se tiene experiencia lo mucho que son de confianza, y cuan bien saben guardar pasos y dar avisos de lo que sucede, por lo que no se ofrecerá cosa de que no den luego nueva a los fuertes, con cuya vecindad

y amparo vivirán también los mismos amigos más seguros y contentos que nunca vivieron, cobrando más ánimo en el hacer tal oficio.

La segunda dificultad que supongo podría hallarse es que el sitio para los fuertes fuese corto por ser lo demás de la travesía tan montuoso, que no se pudiese ocupar con fuertes. A lo cual digo, que cuando todos ellos no pudiesen ocupar más sino un breve distrito, bastará para asegurar lo demás que quedase abierto, el hallarse todas nuestras fuerzas juntas, para que no imaginase el enemigo, ni tuviese osadía al acometer cosa nuestra; pues tengo bien mostrado con el recato que se gobierna, mayormente que donde hay tanto campo donde escoger paraje acomodado, de razón se ha de hallar que no tenga tales inconvenientes y que se hallen ríos caudalosos o esteros y otros cómodos, apacibles y importantes sitios donde fabricarlos, considerado lo mucho que abunda de ríos grandes y pequeños aquel reino.

CAPÍTULO II

Cómo se ha de poner en ejecución el ocupar los puestos del sitio que se presupone que ha sido ya elegido para frontera, colocando en ella los fuertes viejos que al presente están en los sitios desmandados

Habiéndose resuelto y determinado el límite que se ha de elegir para frontera y lugares importantes, donde se han de fundar los fuertes, lo cual tengo para mí que se podrá hacer sin que se halle inconveniente tan grande que lo pueda dificultar; pues presumo que se dará tan buena orden a todo, que no se halle muy diferente de lo que yo lo facilito, aunque no dejo de confesar que ha de haber para ello algún trabajo; pero mirada como he dicho la importancia de la obra, hase de haber el Gobernador en ella, para lo que tocare a su ejecución y servicio que en ello se ha de hacer a Su Magestad, como el médico que pretende curar la enfermedad sin atender a dar gusto al enfermo. Porque no ha de contemporizar con pareceres fundados en pereza, pues no faltará quien los dé, aunque se les haya de seguir de tal obra el provecho que al enfermo de la útil medicina, para que el aprovechamiento que ha de nacer del efecto propuesto, venga a tener su fruto sazonado, que es lo que tanto conviene al descanso de todo aquel reino, fin y remate de aquella guerra.

Por tanto, animados todos a la ejecución de una tal obra, irá el Gobernador acompañado de las personas más prácticas de la tierra, a reconocer los más importantes puestos del distrito que se hubiere determinado tomar, para que se comiencen a fundar en ellos los primeros fuertes que se pudieren por aquel año, los cuales se podrán guarnecer con la gente de los fuertes viejos de menos efecto y más desmandados, que para ello serán los primeros que se fueren despoblando, hasta que se haga otro año más número de fuertes en la frontera, los cuales habrán de ser los que conforme a mi parecer pongo adelante en una demostración. Aunque

para llevar esta obra en aumento con ayuda de los indios amigos, que son los maestros de tales fábricas, se podrá trabajar tanto de invierno como en verano; pues no todos los sitios estarán empeñados donde se trabaje con riesgo, ni sea menester tener gente de guerra en su resguardo, y así se hará en aquel primer año toda la más obra que se pudiere y para más seguridad podrá correr entretanto la tierra nuestra caballería.

La materia de que serán los fuertes, será bien que al principio sea de palizada, como son los más de aquel reino para que se abrevie, y esto será como de prestado para tomar la posesión de los puestos, por ser obra más facil y breve, que después con el tiempo se podrán cercar de tapias y cubrir de teja, por lo que toca a los arrojadizos fuegos, pues al fin con cuan achacosos són, son más fuertes y durables los de tapias, que los de corruptibles palos, como se ha visto por los muchos años que ya dije se ha defendido y conservado el fuerte de Arauco, por ser de tapias.

Y los fuertes que no se pudieren acabar de fundar el primer año, según se hubiere determinado, se podrán acabar en el segundo; pues para el guarnecerlos ha de haber harta gente en lo que al presente hay españoles, considerando que no ha de haber otra cosa en todo aquel reino en que emplearla, la cual siempre se aumentará y lucirá con nuevos aventureros por las razones que adelante muestro. Y finalmente digo, que este es el único y especial remedio que se puede poner, así para que quede cierta esperanza de que se verá acabada aquella conquista, como para poner el necesario reparo de que tiene tanta necesidad lo que ha quedado en aquel reino por nuestro. Resta ahora decir la seguridad con que estará la frontera durante su fábrica.

CAPÍTULO III

La seguridad con que estará nuestra abierta frontera durante el tiempo que se gastare en reducir a ella los desmandados fuertes para fortalecerla.

Los veranos que se dejare de salir a campear por los grandes daños, que de hacerlo nos redundan, como tengo mostrado, y que asimismo no se hiciere al enemigo otra alguna guerra por gastarlos en la fábrica de los fuertes en la ya señalada y conocida frontera, no será tiempo perdido, pues se ocupará en cosa tan aprovechada, ni menos el ver el enemigo en su duración tal suspensión de armas de nuestra parte tampoco se ha de aprovechar della como otros enemigos, procurando en el inter fortificarse, porque la fortaleza de su tierra no tiene necesidad de aumento de fortificación ni de otros reparos, por ser montes y sierras las plazas que posee. Ni menos ha de apellidar o llamar con su favor gente de otras tierras, con quien confederarse para hacerse más poderoso contra los nuestros, en tanto que los ve ocupados en fortificar su tierra, porque es tan distinto, apartado y de por sí aquel encerrado reino, que no tiene comunicación ni alianza con otros ningunos indios, de quien pueda ser

ayudado ni socorrido. Y aunque me alargue más de lo debido, diré a este propósito otras razones bien conformes a él, como será, que cuando por la misma causa de ver los enemigos tan divertidos a los nuestros en su obra, como olvidados de hacerles más guerra, se dijese que por alguna de las partes aún no fortificadas se podría determinar (por gozar de la coyuntura) a hacer entrada a nuestras tierras de paz, quisiera preguntar a los que esto pensasen, que si en tiempo que los gobernadores (como lo saben bien los nuestros de Chile) barriendo toda la gente del reino cada verano para salir a las campeadas, entran con todas las fuerzas que tienen en las tierras de paz tan de propósito por las tierras de los enemigos, dejando la poca guardia que dejan en los apartados fuertes de la abierta frontera tan flacos, como todos saben, y haciendo tan sobrada confianza dellos, se empeñan por las tierras de guerra adentro de provincia en provincia, tanto que lo ordinario es llegar hasta la de Puren, que está de la Concepción (último pueblo de nuestra frontera) más de veinte leguas, dejando todos tan lejos sus casas y familias con lo poco que les ha quedado en aquel reino, y tienen en que hacer pié tan sólo, que no queda con las mujeres quien apénas pueda tomar armas, si no son los clérigos y frailes de los pueblos; si en estos tiempos, que todo nuestro campo está tan ausente y a trasmano ocupado y divertido, enconándose en cortarles a los indios las pocas mieses que hallan de su sustento, quisiesen gozar los mismos indios de tan oportuna ocasión, juntándose para ello a su tiempo que saben cuan ciertas son las tales salidas de nuestro campo cada verano, y entrando tan sin estorbo, como lo podrían hacer por las tierras que los nuestros dejan tan por las espaldas; por ventura ¿hay tiempo en que más a su salvo pudiesen hacer esto los indios? Pues aún antes de poner en ejecución tal intento, habiéndose congregado para ello, ¿habría camino por donde los nuestros pudiesen ser sabidores desta junta y intento de los enemigos? Si esto podría suceder sin que nuestro campo lo supiese, díngalo los de Chile, y véanlo por el ejemplo del fuerte de la asolada Imperial; pues habiendo tantos meses que habían degollado los enemigos junto a él tan famosa escolta con el caudillo don Joan Rodolfo y capitanes, nunca pudo el gobernador Alonso García Ramón con cuantas diligencias hizo, entender cosa de aquel infelice suceso y miserable estado del fuerte, mas que si hubiera pasado en otro mundo, con estar menos de catorce leguas de Paycavi y de otros fuertes, donde estaba gente nuestra inquiriendo nuevas del dicho fuerte, hasta que el Gobernador, conociendo las cautelas de los indios, temiendo algún mal suceso, se determinó a ir con las fuerzas que pudo a verlo y tocarlo con las manos. Porque verdaderamente todas las naciones del mundo pueden aprender destos bárbaros a saber tener secretas sus militares empresas; y si no, basta el ejemplo dado. Acuérdese la misma gente de Chile de la referida rota y pérdida de Chichaco de Alvaro Núñez, si supo ni tuvo noticia della el Gobernador con nuestro campo hasta haber vuelto de la asolada Imperial, y haber llegado a nuestros fuertes donde al fin fué menester que nuestros españoles lo hiciesen sabidor dello. Esto digo para que se acabe de entender el gran secreto con que los indios se juntan para acometer sus empresas, y para lo que

toca a hacer las fuerzas que acostumbran en lo desamparado. También querría que me dijesen los de Chile, si después de junto el enemigo, se pusiera a entrar por nuestras tierras adentro, especialmente con la mucha fuerza de caballería que agora tiene, si se lo habían de estorbar ni aún saber de su entrada nuestros fuertecillos de burla, que están tan desterrados, divididos y solos, fuera de que hay mil caminos por donde los enemigos podrían pasar a nuestros desamparados pueblos, y aunque entraran por junto a ellos ¿hay guarnición de fuertes (siendo tan pobre cada una y sin cosa que les dé calor) que se lo saliese a defender? Y una vez entrados los enemigos por todas nuestras tierras, por ventura ¿hallábase nuestro campo en parte donde pudiese volver a socorrerlas, ni aún poder saber lo que en sus casas pasaba? Pues pudiera no quedar persona habida en ellas, ni piedra sobre piedra, y estar los nuestros en las tierras de los indios vengándose en sus papas (que son las raíces que tengo dicho que comen los indios, de que se sustentan los nuestros en sus tierras) tan ajenos de tal cuidado, como lo están todos los años que acostumbran empeñarse en ellas sin algún recelo.

Considere la gente de aquel reino (ya que he llegado a tratar deste punto) que debe mucho a Dios en que habiendo llegado el tiempo que los enemigos ya no hay lance que no alcancen, que no ha sido poca misericordia del cielo en no haberles dejado dar en este, pues si se pusiese a lo dicho, no hay que dudar en que tenía lugar que le sobrase para entrar en nuestras tierras, violar, degollar, robar, destruir, asolar, quemar y retirar presas y prisioneros con mucho espacio, aumentando la fuerza de su gente, no sólo de armas, pero el gran número de los esclavos que no se dormirían en ayudarles en sus crueldades, y volverse todos a sus tierras con una tan famosa victoria, alcanzada sin sangre ni riesgo, ricos de prisioneros y despojos, pudiendo hacer todo lo dicho con mucho espacio antes que nuestro campo allá donde se suele desterrar, pudiese tener noticia de lo hecho. Porque ¿quién se había de atrever a pasar por las tierras de guerra, para ir a avisárselo, ni cuando lo supiera, fuera posible el poder llegar a tiempo de estorbarlo, como he dicho?

Demás de lo que tengo referido que pudiera suceder en ausencia de nuestro campo, diré otro peligro a que también quedan sujetas nuestras tierras en la misma ausencia del campo, y es que en ningún tiempo podría ofrecérsele el gran número de esclavos que dejan los nuestros en sus casas y haciendas, que le fuese más aparejado para poder ordenar una noche entre todos una conjuración y junta en la ciudad de Santiago, donde sería fácil el armarse de armas de las propias casas de sus amos como en caso pensado, y rebelados a un tiempo, hacer por sí solos de tal manera todo cuanto queda referido, que pudieran hacer los indios de guerra yéndose libres, armados y ricos de despojos a su tierra, sin hallar estorbo en nada. Para freno de las cuales rebeliones he mostrado lo que importará el fuerte que dije se debe hacer por la primera obra en la ciudad de Santiago, que ha de ser el fundamento de todo lo que voy tratando.

Estos dos peligros de la venida de los indios de guerra a los pueblos de los nuestros y general rebelión de los esclavos y indios de paz, que es

la cosa mas factible que puede suceder en la ausencia de nuestra gente en las campeadas, me faltaron por alegar en las demás razones que mostré, donde traté los muchos daños que causan y puedan causar las campeadas.

Lo que he querido inferir de todo lo que hasta aquí he dicho, aunque con tan larga digresión, es que si los enemigos no han entrado en nuestras tierras pudiéndolo haber hecho en tantos años en sazones tan oportunas, ¿qué junta se atreverá a entrar por nuestras fronteras, ni qué esclavo se osará levantar o rebelar en tiempo que se han de hallar todas nuestras fuerzas juntas, no desterradas en Purén, sino tan vecinas a nuestros pueblos y tierras de paz, a dar calor a las fábricas de algunos de los fuertes que se fueren fabricando que la hubieren menester, por tener necesidad de resguardo? Y pues no habrá de qué tener recelo en tiempo que el reino ha de estar no menos apercebido y guardado que en otros tiempos, tampoco habrá que sentir los días que se gastaron en fortificarlo, pues los tiempos que se perderán de las campeadas, bien sabida cosa es que no se pierden en ellos ocasiones de sujetar o ganar ciudades o castillos al enemigo; pues no posee en este caso más de la fortaleza de sus montes ni tampoco se pierde ocasión de retiradas de otros famosos triunfos, pues aquellos con que siempre han entrado los nuestros en la ciudad de la Concepción después de haberle pisado al enemigo su tierra (que allí se tiene por grande hazaña), no ha servido sino de retirarse todos hartos más pisados, deshechos, hambrientos, rotos, consumidos, pobres y aniquilados, por lo que se puede tener a muy grande ahorro los años que se dejare de campear, aunque por otros caminos no se le hiciese otra guerra al enemigo.

CAPÍTULO IV

Qué aprovechamientos han de nacer del asiento que ha de tener nuestra frontera

Aunque en ocasiones que se han ofrecido en otros particulares capítulos, tengo alegados algunos de los aprovechamientos que han de nacer del asiento de nuestra frontera, con todo ello diré aquí los demás que se me ofrecieren, que serán bien manifiestos, como es, lo primero, que de la frontera no ha de haber hombre en aquel reino a quien no alcance parte y sea interesado en los aprovechamientos della, tanto por los contínuos y grandes trabajos y gastos a que les ha de poner límite, cuanto por el general y principal descanso y provecho que para adelante les ha de prometer, pudiéndose llamar en el inter cada uno de los que tienen haciendas en aquel reino, señor de lo poco o mucho que posee, mejor y con más seguro título o salvaguardia que por lo pasado, considerando que le han de cerrar las puertas al enemigo, para que no pueda entrar a sus usadas correderías y otros mayores daños a que se hallaban sujetos, y estaban esperando dél cada día.

Considerando también los soldados de cada guarnición de los desterrados fuertes que los han de mejorar de sitio, a donde pueden tener más propíncua y segura la comunicación de los demás fuertes y de nuestros pueblos, pues no ha de haber necesidad de escoltas para ir y venir gente de los pueblos a la frontera donde se les han de recrecer provechosas y seguras ganancias con mucha moderación de sus trabajos, por el camino que adelante se verá. No les ha de faltar en ningún tiempo bastimentos a las guarniciones de la frontera, pues ha de tener su asiento donde tenga libre y seguro el paso de nuestras tierras de paz a ellos para llevarlos. Y para no decir de uno en uno los daños que ha de excusar la frontera, bastará que diga que tendrán fin todos aquellos de que dije eran causa los fuertes desterrados, con que habré dicho harto.

La gente natural del reino en todas partes podrá atender sin estorbo ni inquietud a bastecer de frutos la tierra, y habrá en los pueblos plaza de mantenimientos, en que ternán granjerías los indios de paz con el nuevo descanso en que se hallarán esentos de los molestos trabajos en que por lo pasado habían sido ocupados para las campeadas, con lo que en tierra tan fértil habrá abundancia de todo mantenimiento, con lo cual acabarán los soldados de cuidar más del comer y de hurtarse unos a otros las pobres y tasadas raciones, no siendo su comer trigo o cebada sola, pues podrán tener pan y carne fresca, o a lo menos cecinas, de la mucha carne del gran número de ganados que inútilmente se quema cada año en aquel reino para solo aprovechar el sebo, según dije en su lugar. De la cual provisión podrá haber obligados o diputados, que provean todo el año la frontera, y la cuaresma de tollos o sollos curados, pues es tan abundosa la pesquería que se hace en aquel reino dellos donde se cargan navíos para Lima, y asimismo se podrá proveer de vino y quesos, de que hay también gran cosecha y abundancia de legumbres; y teniendo como terná en lo que toca a los bastimentos y en lo demás un tan conocido y fijo gobierno, y asimismo estable orden y asiento. El ministerio y ejercicio de la guerra que se ha de hacer, como diré, lo irá teniendo el de más gobierno general del reino en sus repúblicas, para poderse llamar en todo reino de orden, concierto y policía, y no de behetría y agravios. Pues la justicia eclesiástica, militar y civil ternán sus particulares, conocidas y distintas jurisdiciones, para poderse cada una administrar con rectitud, sin que las unas se mezclen ni embaracen con las otras, aclarándose todo finalmente lo que hasta entonces haya estado confuso y mezclado. Por el cual respeto se han padecido no pocas diferencias, pleitos y discordias entre prelados y gobernadores. A todo lo cual ha de poner leyes y orden la nueva Real Audiencia con la ocasión del estar en tan limitado lugar separada la jurisdición militar, haciéndose las estables ordenanzas que ha de guardar y tener en conformidad (si allá pareciere) de las que a su pedimento hice y dejé yo al gobernador Alonso García Ramón, cuando me envió a Su Magestad a dar cuenta del estado de aquella guerra; pues servirán de que Dios y Su Magestad sean más bien servidos, y se ajuste mejor la orden y concierto que en todo se ha de tener, para que se reduzgan las cosas al dicho asiento, con que todos ternán quietud de la misma suerte que si tuviesen la guerra muchas leguas apartados de sus

tierras, viviendo con pecho sosegado. Considerando que pues un ejército duerme y descansa en tierras de enemigos debajo del amparo y confianza que se hace, no sólo de sus rondas centinelas, pero aún de cualquiera de sus centinelas solas, mucho mejor y con más seguridad podrá vivir y descansar segura toda nuestra gente en aquel reino, puesto que los ejércitos muchas veces se acuartelan en campo abierto, sin que los fortalezca por alguna parte monte, río o pantano, y el reino de Chile, no teniendo más de una frente que guardar de la manera que ya dije, esa se ha de fortalecer con todas las fuerzas del reino. Porque así como en todos los castillos y fortalezas se tiene siempre la principal guardia y cuidado en sus puertas, pues se ponen en ellas los cuerpos de guardía, armas y rastrillos, puentes levadizos, dobles y fortificadas puertas con traveses para su defensa, por ser aquella la parte a donde siempre se enderezan los contrarios engaños y estratagemas, por poder ser por ellas las fortalezas con más facilidad cautelosamente ofendidas, que por las demás partes de sus murallas, a dó no hay necesidad de tanta guardia, porque ellas mismas se defienden, así de la misma manera se ha de considerar el reino de Chile (que a mi parecer es el más fuerte del mundo) como una fortaleza, cuyas puertas es aquella frente o delantera que responde a las tierras de guerra, que es lo que sólo tiene que guardar, se ha de poner por ello toda la fuerza del reino de la guardia de los fuertes, pues lo demás de su disposición, que son los lados, tienen, como ya tengo muchas veces dicho, por la parte del Este la fuerte muralla de la Cordillera Nevada, y por la de Oeste le hace foso el extendido y espacioso mar del Sur, y sus espaldas (que es a la parte del Norte) despobladas, donde no hay naturales que temer.

Y no será el menos útil aprovechamiento de los que han de nacer de la frontera en que la guerra que desde ella se ha de hacer, no terná necesidad de los engañadores mestizos lenguas o farautes que la extraguen. Estará reducida toda la gente de guerra del reino en la frontera, por lo que no habrá necesidad de tenerla en otras guarniciones donde dé la molestia a huéspedes, como se suele en la Concepción. Ahorrarse ha en la guerra que se hiciere desde ella el gran número de caballos, que cada año perdían los nuestros y se llevaban los indios en las campeadas, y los que se ahogaban; pues podrán tener hartos con seguridad estando la frontera de la otra parte de los más grandes y peligrosos ríos contados desde Santiago, que es desde donde acostumbra hasta el presente cada año a salir la fuerza de nuestra caballería, la cual no teniendo ya para qué hacer jornadas tan largas, ha de asistir toda por temporadas con la de los soldados asalariados. Excusarse ha tambien las muchas armas y pertrechos con que nuestro campo armaba cada año los enemigos, que cualquiera destas cosas si bien se considera es importantísima, especialmente esta última del quitar al enemigo la ocasión de armarse de nuestras mismas armas, y hacernos la guerra con ellas a nuestra costa; así como también es muy importante el haber de aumentarse el número de nuestros caballos para esta nueva guerra con los muchos que antes se empleaban en bagajes en las mismas campeadas, pues las entradas que se han de hacer en las tierras de los enemigos desde la frontera, han de

ser a la lijera sin necesidad de bagajes ni otro embarazo, según mostraré en su lugar. Y por remate digo, que será gran calidad el tener los nuestros fortificacion que excede al poder y fuerzas de los enemigos, que hasta entonces no la habrá jamás habido en aquel reino para su fija posesión, como lo será la frontera, de la cual juntándose nuestra caballería, correrá la tierra y será señora de la campaña, que es lo que más ha de atemorizar a los indios, lo que no se pudiera hacer desde los solitarios y desmandados fuertes.

CAPÍTULO V

Qué orden han de guardar entre sí los fuertes, y de qué cosas han de estar proveídos

Por lo mucho que ha de ayudar a la conservación, buena distribución y orden de la frontera, converná que haya desigualdad en la grandeza de sus fuertes, y que todos estén repartidos en su sucesión. Para el cual fin presupongo que los que han de ocupar la elegida raya de la anchura de aquel reino, sean once, y dellos los cinco grandes y los seis pequeños: a los grandes llamaremos principales, y a los pequeños comunes para diferenciarlos, aunque cada uno ha de tener el particular nombre que se le quisiere poner allá para distinguirlos o diferenciarlos. Los cuales porque en la orden de sus asientos correspondiente se aseguren y guarden entre sí, y se fortalezcan más las extremidades o remates de los fuertes de la frontera, ternán el asiento los principales, según se muestran figurados en el siguiente capítulo, donde entre los comunes parecen más claros, y asimismo los números de sus guarniciones.

Los cinco fuertes principales que he dicho han de estar entre los seis comunes, con que se ha de cerrar y fortalecer nuestra abierta frontera, han de tener conforme a su capacidad más número de infantería, y que juntamente tengan ellos solos caballería en tanta cantidad cada uno, como su puesto, comarca y sitio lo requiere, advirtiendo que poca caballería en fuertes, es más del enemigo que nuestra, porque aún (como se suele decir) la tierra se la come; y la mucha es temida y respetada, y a cualquiera correduría o a hacer yerba, va sin recelo, y los fuertes principales aseguran los pequeños que tuvieren a sus lados.

Advertirse ha que se procure que en cualquiera disposición que estén los fuertes, haya libre camino por donde se puedan socorrer y dar la mano gente de sus guarniciones, para hacer entradas de noche o de día en las tierras de los enemigos, habiendo dado primero aviso al cabo de los fuertes o fronteras del día y hora en que se han de juntar, y el puesto a donde lo han de hacer, y para cuantos días ha de ser la salida, que siémpre será a la lijera, porque se prevengan y aperciban todos de municiones de guerra y comida a su respeto que será sin bagaje, porque bastará para cuatro compañeros la que llevare en alforjas una camarada.

Aunque se puede tener por muy cierto, que los enemigos no han de osar acometer ningún fuerte, ni hacer entrada por sus entremedios a nuestras tierras, estando la frontera en la disposición dicha, y poblado a su abrigo de indios amigos que hacen guardia, defienden y dan avisos (como tengo dicho), con todo ello porque no nos quede cosa por advertir, digo, que para en caso que se atreviesen a ello o a hacer otro algún daño en sus jurisdiciones, importará que cada fuerte tenga una piecezuela de artillería de las muchas que tengo dicho están apeadas por aquellos suelos en la ciudad de la Concepción, y de las que sobran en el fuerte de Arauco, para que no disparándose sino en ocasiones que se tenga aviso por algún indio amigo de algunas de las dichas entradas, pueda servir de tocar arma a los demás fuertes disparándola, para que algunos de los principales puedan por tal aviso echar gente a tomar algún importante paso al enemigo, o a lo menos si por la dicha pieza que se disparare, hiciere lo mismo la suya cada fuerte sirva de espantarlos, especialmente si fuera de noche, dó por la incerteza o poca seguridad no será acertado el echar gente fuera, pues no dejará de ser de mucha eficacia para aquellos indios el miedo que concibirán viendo que han sido sentidos, para que cese el poner en efecto su designio. Pues no hay duda que recelando (si hicieran entrada) que les han de tomar las espaldas, son tan recatados que se puede tener por cierto, que no intentarán jamás llegar a ponerlo por obra disparándose las piezas (como he dicho) segun hubiere sido el aviso, o se diere otra orden que más convenga. Puesto que aquello a que menos se puede dar cierta regla, es a los acontecimientos de la guerra, aunque fácil cosa será el conjecturar y prevenir todos los que en ofensa de la frontera pueden suceder.

También será acertado, no obstante, el estar en razón que los fuertes no serán jamás acometidos (por la unión de su vecindad) que todos los que se fundaren, así los principales como los comunes, se procure que sean antes pequeños que grandes respeto sus guarniciones, pues vale más que sobre gente para defender las murallas o reparos, que murallas para la gente que las ha de defender; porque aunque en el alojamiento estén algo apretados los soldados, habrá hartos para la defensa de todos los puestos para socorrer y refrescar donde fuere menester, y al fin cuando para otra cosa no aproveche, servirá para que su ordinaria guardia se haga con pocas centinelas, que redundan en alivio del trabajo de los soldados; aunque soy de parecer que jamás ternán ocasión los nuestros para haber de defender sus murallas.

CAPÍTULO VI

Con qué gente y costa se podrá hacer cada año la nueva guerra, y lo que podrá durar hasta ver su deseado fin

Ya que he mostrado lo que me ha parecido ser perteneciente y necesario al asiento que ha de tener la frontera, menester será que junto con ello declare qué tiempo podrá durar hasta que se vea el deseado fin a aquella

guerra, y con qué gente se podrá sustentar, y qué costa terná cada año a Su Magestad, puesto que podría ser tan caro su gasto, que fuese contra peso para desestimarse cuantas utilidades tengo mostrado que promete. A lo cual digo, que así como todas sus demás partes han de ser elegibles y aceptas, así también será tan barata de sustentar aquella guerra y frontera, cuanto declararé por otra excelencia demás de las que ofrece, fuera de que, ¿qué costa no ahorrará si se advierte que la que ha de tener esta nueva forma de guerra (que será sin aumento de la que al presente tiene) ha de ser poco durable, pues en término de cinco años a lo más largo, no dudo de que se verá el fin de toda su costa, sucediendo en su lugar el copioso premio y recompensa que se reserva en aquella viciosa y fértil tierra, no sólo para restaurar Su Magestad los gastos que en su procurada posesión hubiere hecho, pero para poder galardonar con larga mano con dones de la misma tierra a los que en ella hubieren trabajado en su Real servicio y a muchos más que fueran. Los cuales galardones serán más estables y seguros a los nuevos conquistadores (pues quedarán sin enemigos) de lo que lo fueron a los antiguos cuanto ganaron, porque así como no pueden ser durables las cosas violentas, así también se lograron poco las adquiridas sin seguro fundamento, dado que han sido tantos los que han restituido a los enemigos, cuanto en su tierra habían ganado, y junto con ello, no sólo sus propias vidas, pero las de sus caros hijos.

Pues para declarar el gasto o costa que hará a Su Magestad cada año la fortificada frontera, dado que en ella se ha de incluir todo el que se ha de sustentrr en aquel reino, digo que no será menester más gente de la que hoy se halla en Chile, que son mil y quinientos hombres (sin primera planas) distribuidos de la manera que diré, cuyo gasto antes se ha de disminuir que acrecentar cada día, aunque no hubiera para ello otras razones mas del no haber de usar de las costosas campeadas. Demás de que honrando Su Magestad aquella guerra como conviene para el mismo fin de acabarla (según adelante declaro) obligará a que vaya por mar gente española del Pirú, y por tierra del Paraguay, Juríes y Tucumán. Y estos que han de ir por tierra, lo harán con muy buenos caballos de que abundan sus provincias. Y no dejarán de ayudar mucho a dar fin de los indios rebelados el mandar Su Magestad que se hagan compañías de soldados mamelucos[1] en el Brasil, para llevar a la conquista de Chile, por ser como es gente acostumbrada a hacer guerra a los indios naturales de su tierra, y criada en la aspereza della, usada a sufrir sus mismas descomodidades, a lo cual irán de buena gana, como se les ceda libre la salida de Chile con los esclavos que solo hubieren ganado en la guerra. Y los demás que quisiesen comprar de los comisarios de los esclavos que declaro adelante en los apuntamientos de cosas que se deben observar, lo cual ternán por muy buen premio de sus servicios. Y las tales compañías de mamelucos se podrán conducir a Chile desde el Brasil, sin que haga costa a Su Magestad, porque no habrá necesidad de em-

1 *Al márgen se lee:* Mamelucos son hijos de indias y portugueses, como los que llaman en Chile mestizos.

barcarlas, pues podrán ir por cierto camino usado de muchos de aquella tierra que van al Pirú. El cual camino se toma desde una de las ciudades de aquel estado, la cual no nombro por no saber si Su Magestad se servirá de que este camino se haga notorio por algunos respetos.

Y volviendo a las razones por que esta gente mameluca será a propósito para aquella guerra digo, que es por ser acostumbrada a andar por asperezas y tierras, aunque más calientes, semejantes a las de Chile, y a pelear con indios y hacer la vida que ellos, durmiendo por los campos hasta que hacen presa, por lo que son todos hechos a mucho trabajo, y una vez que se llevasen a aquel reino, quedaría abierta puerta para ir otros muchos después de su voluntad. Porque considerada su condición y naturaleza, dejarán para ello sus casas y familias, ciertos de que les han de dejar volver a ellas con sus ganancias, que son los esclavos, los cuales estarían seguros de volverse a su tierra. Esto harán los mamelucos, porque cada uno sigue de buena gana el oficio que profesa, y la vida en que se ha criado, y de que irán todos de voluntad, estoy dello bien informado. Entre los cuales mamelucos irán también otros soldados particulares, y dellos muchos usados a la misma guerra, porque soldados portugueses han probado muy bien en ella, no menos que lo han hecho en Flandes y en la India Oriental, y en otra cualquiera trabajosa guerra; y de que ayudarán mucho en la de Chile, pueden tener por cierto, considerando que el primer socorro que entró en aquella tierra cuando la muerte del gobernador Loyola, que estaba el reino en peligro de perderse, fué una compañía de portugueses que llevó desde el Río de la Plata a su cargo un caballero castellano llamado don Francisco de Ovalle, el cual capitán y soldados sirvieron con mucha aprobación a Su Magestad en aquel reino, de que fuí yo testigo ocho años que después militaron debajo de mi mano, los que aún permanecían, y los dejé sirviendo juntamente con su dicho capitán, a mucha satisfación de su gobernador y ministros. Y volviendo a mi primer propósito, digo, que de todas partes concurrirán muchos a ocupar el lugar que los ganonciosos dejaren y fueren a sus tierras acreditando aquella guerra, porque honrándose, como diré, a los que en ella sirvieren, no habrá cajas ni trompetas que así hagan tanta gente para cualquiera conquista, cuanto la fama de que se honran y galardonan sus servicios en aquella, con lo que no será menester llevarse a ella gente forzada del Pirú o Méjico, ni de España ni de otra parte; pues jamás hizo buen fruto en ninguna guerra.

No tengo que decir la costa que hará esta nueva conquista, puesto que habiéndose de hacer con los mil y quinientos hombres que sustenta Su Magestad hoy en Chile, la costa será la misma que al presente hacen en cuanto a los sueldos, la cual no declaro por ser tan sabida, y aún presumo y se deja bien entender del nuevo estilo della, que no será tan cara.

Pues tengo dicho cuantos han de ser los fuertes de la frontera, y la orden que han de guardar en ella, como mejor se declara adelante, lo que resta ahora es mostrar, de los mil y quinientos soldados, cuantos han de ser infantes y cuantos de a caballo, según lo que ha de requerir esta nueva manera

de guerra, y cómo se ha de distribuir en los fuertes de la frontera para guardarla, haciendo frente en defensa y custodia de todo lo de paz que ha de tener a las espaldas, y asimismo la gente que podrá salir della a hacer la guerra, y quedar en resguardo de todo, y las armas con que han de servir.

Para lo cual digo, que de los mil y quinientos hombres serán los novecientos infantes, y dellos los trescientos picas, los quinientos arcabuceros, y los ciento mosqueteros, y de a caballo seiscientos.

La manera como ha de estar repartida toda la gente en la guarnición de los fuertes, será que toque a cada uno tantos soldados, cuantos en la siguiente demostración se declara bien especificadamente, donde parecen los fuertes en la manera que han de tener su asiento diferenciados, no para que se entienda que han de estar tan derechos, como en la figura se muestran; puesto que ni ellos han de poder estar como yo los junto, ni yo los podré juntar como allá han de estar; y así lo que digo es en cuanto a su sucesión, y que los fuertes pequeños estén abrigados de los grandes, y que haya caballería en diferentes partes que será en solo los fuertes principales, que son los que parecen entre los comunes en la demostración que se sigue. Y porque todos los que señalo que han de estar en la frontera son once, habiendo necesidad de hacer algún fuerte fuera della en lugar desmandado, para guardia de algún importante pasaje de río y seguridad de los barcos, como está al presente el fuerte de San Pedro, cerca de la boca del río Biobío, en tal caso dejarse há de poner en los fuertes de la frontera, según en la figura se muestra, cualquiera de los dos comunes que están a los lados del fuerte principal y mayor de en medio. Y si para lo dicho fuere menester otro fuerte de los otros dos comunes que están al otro lado del mismo fuerte principal y mayor de en medio, pues para la buena órden que pretendo le quedarán en su lugar los otros dos también comunes, con que quedarán reducidos todos los principales y comunes a nueve.

Demostración de los fuertes de la frontera con la guarnicion de infantería y caballería que ha de tener cada uno

	Picas	Arcabuceros	Mosqueteros	Sumas de toda la infantería	Sumas de toda la caballería	Sumas de toda la infantería y caballería
Leste						
Frontera	30	52	10	92	120	212
	25	40	8	73		73
	30	52	10	92	120	212
	25	40	8	73		73
	25	40	8	73		73
	30	52	12	94	120	214
	25	40	8	73		73
	25	40	8	73		73
	30	52	10	92	120	212
	25	40	8	73		73
	30	52	10	92	120	212
Oeste	300	500	100	900	600	1500

CAPÍTULO VII

Cómo se ha de distribuir la guarnición que han de tener los fuertes de la frontera en conformidad de la precedente tabla.

La guarnición que ha de ser de solo infantería, que está señalada en la precedente tabla para cada fuerte de los seis comunes, son 73 infantes, los 25 picas, los 40 arcabuceros y los 8 mosqueteros, que todos los seis fuertes suman 438 infantes.



Los señalados para cada uno de los cinco fuertes principales, que son los que han de tener infantería y caballería, son 212 soldados, los 92 infantes y los 120 de a caballo. De los infantes son los 30 picas y los 52 arcabuceros y los 10 mosqueteros, excepto el fuerte mayor de en medio que le tocaron 2 mosqueros más, según parece todo lo referido en la precedente tabla, que vienen a ser todos los infantes de los cinco fuertes principales de cada uno 92, y de todos cinco 462 con los dos mosqueteros dichos, que tiene más que los demás principales el que le toca el lugar de en medio; que junta esta suma con la de los otros dichos infantes de los seis fuertes comunes 438, vienen a ser a cumplimiento de los 900 infantes, que con la dicha suma de los 120 caballos, que se señalan a cada uno de los cinco fuertes principales, que toda es 600 caballos, hacen los 1500 hombres que tengo dicho ha de haber en la frontera para el nuevo estilo de guerra propuesto. Las cuales guarniciones serán bastantes para sacar dellas gente a corredurías, quedando la suficiente guardia para la defensa y seguridad de todos los fuertes de la frontera, como se dirá.

La causa de haber señalado tantos infantes en los fuertes principales ha sido porque cuando saliere gente a corredurías (que se podrán ofrecer ocasiones en que sea toda la caballería) es bien que por lo que ternán los tales fuertes más murallas que guardar que los comunes, les quede la gente suficiente para su defensa, que serán los 462 infantes dichos.

CAPÍTULO VIII

La gente que en todas ocasiones podrá salir de los fuertes a corredurías, y quedar en ellos para su seguridad

Ahora para mostrar la gente que de todas maneras podrá salir de los fuertes a correr la tierra de los enemigos, según los efectos que se ofrecieren, será desta manera.

Cuando fuere menester sacar gente de todos los fuertes, supuesto que sea necesario ser toda infantería, podrán salir de cada uno de los seis comunes 25 infantes y quedarle han 48 para su defensa, con lo que habrán salido de todos seis, 150 infantes y quedádoles 288.

De los cinco fuertes principales saliendo también infantería, podrán salir de cada uno 92 infantes, que será toda su infantería, que sumará 462 infantes, contados los dos mosqueteros que hay más en el fuerte de en medio, y quedarle ha su caballería, que son 120 soldados de a caballo a cada uno y a todos cinco 600. De manera que juntos los 150 infantes que se sacaron de los seis fuertes comunes con los 462 de los cinco principales, habrán salido de todos los once fuertes 612 infantes, y quedará la frontera guardada con 888 soldados.

Y en caso que hayan de salir también de todos los fuertes infantería y caballería, podrán salir de los seis comunes los dichos 150 infantes que dije, y de los cinco principales toda la caballería, que serán todos los

600 caballos, que harán 750 hombres, qué será la mitad de toda la gente de guerra, quedando en cada uno de los fuurtes principales sus 92 infantes, que todos serán los 462 que dije, y en cada uno de los seis comunes los ya dichos 48 infantes, que serán todos de los seis comunes 288, que junto con los 462 de los cinco fuertes principales, vernán a quedar de guardia en toda la frontera 750 infantes, que será la otra mitad de toda la gente.

La gente que se ha mostrado se podrá sacar de cualquiera de las dos maneras dichas, cuando se hiciere salida general de todos los fuertes, que será bastante su número para dar la batalla a todos los indios de Chile, dejando la frontera con suficiente guarnición para su defensa.

Las demás particulares salidas que se podrán hacer, como será si saliere la caballería sola, que serán todos los 600 caballos de los cinco fuertes principales, con que quedarán todos los 900 infantes en la frontera, no será menos poderoso su número que los dichos, y las demás salidas que con menores números se hicieren, porque habrán de ser conforme a las ocasiones, que serán muchas y diferentes, no las diré; pues mal se podrá dar regla para todos los efectos, puesto que unas veces se ofrecerá sacar gente de pocos fuertes, y otras de más, según las ocasiones. Dado que bastará decir que habiendo de salir caballería sola, la menos que se podrá sacar de sólo un fuerte principal serán sus 120 caballos que podrán ir a cualquiera correduría con seguridad. Por manera que me parece, que no queda cosa por declarar para lo que toca al poder salir gente suficiente de la frontera para todos efectos, dejándola bien asegurada con la que quedare.

CAPÍTULO IX

Qué ministros de guerra bastará que haya en Chile, y qué puestos han de ocupar de la frontera

Ya que quedan declaradas todas las cosas pertenecientes a la frontera, para que las fuerzas de aquella guerra estén reducidas en su limitado término, paréceme que se podrán también limitar y reducir a menos número los ministros della, excusándose los gastos excusados, pues hay en aquel reino casi tanta variedad dellos y de oficiales, como había en la guerra y ejército de Flandes. Por lo cual bastará a mi parecer que haya después del Gobernador y capitán general del reino sólo un maestre de campo dél, un sargento mayor que se intitule de la frontera, cinco ayudantes que en aquella guerra son necesarios, como diré, un capellán mayor con cuatro menores, un auditor, un capitán de la artillería con su teniente, un proveedor mayor de bastimentos con dos tenientes, y un municionero mayor que tenga a cargo las municiones y pertrechos de guerra, un cirujano mayor con dos menores, dos capitanes de campaña; y en cada fuerte un tenedor de ba..timentos y municiones, que todos vernán a ser inexcusables y pocos respeto de los muchos ministros que

hay al presente. Y siendo los que he dicho los forzosos para la frontera, quedarán con ellos reformados, entre otros, los impertinentes títulos de generales en guerra de tan poca máquina, como es aquella, donde pierden por ello de su estimación en aquel reino y fuera dél; y así será cosa decente que solo se intitule general, el que tiene legítimo título para llamárselo, que es el Gobernador y capitán general de aquel reino. Y que no haya maestre de campo general, ni general de la mar, donde toda la armada dél consiste en un pobre barco, y llegan a ser tan comunes estos generalatos que hasta los corregidores de pueblos se dan indebidamente tal título de generales en aquella tierra. Y asimismo bastará también que haya el sargento mayor que dije, que se intitule de la frontera, y no uno en cada fuerte, como se ha usado; pues ahora serán menos menester que antes, para que se excusen tanta confusión de bastones de diversos oficios, como se suelen hallar en corrillo en la ciudad de la Concepción, que parece junta de danzantes de loqueado. Los que he dicho solos serán los suficientes que tengan sueldo conforme a sus cargos, pero tan aventajados, cuanto lo son en aquel reino los precios de las armas, caballos y vestidos, a respeto de lo que cuesta todo en España, como diré en su lugar.

Demás de que conviene al servicio de Su Magestad que los dichos ministros se traten de manera, que no haya agravio a la autoridad de los cargos, el deslustre de las personas, pues el representallas como se debe o con abatimiento, es lo que causa en los ánimos la estimación o el desprecio, de tal manera, que no sé cuál de las dos cosas ayuda más a ser respetada la dignidad y título de los cargos, o la honra de aparencia del arreo y lustre de los que los administran, en lo que va tanto a decir que pudiera muy bien alargar esta materia con ejemplos, que sé muy cierto que probaran más mi intento.

Los puestos, pues, que los tales ministros han de ocupar, y de la manera que han de estar repartidos en la frontera, así para más guardia della, como para que mejor pueda cada uno administrar su oficio, serán estos.

Ya dije en el precedente capítulo de la manera que han de guardar la distribución de sus asientos en la frontera, tanto los fuertes principales como los comunes, según lo cual digo, que el Gobernador soy de parecer que resida en la Concepción, porque demás de que será el más cercano pueblo de la frontera, es cámara de municiones y por su seguro puerto escala a donde se descargan, y también se desembarcan los socorros de gente que vienen del Pirú, por lo cual asistirá desde allí a todo, y podrá ir a dar vistas a la frontera cuando le pareciere.

El maestre de campo residirá en medio de los fuertes de la frontera, que verná a ser en el mayor de los cinco principales, y en su lugar competente como maestro que ha de ser de la guerra. Porque así como el corazón, parte más noble del cuerpo, está en el medio dél, que es la fuente de donde nace el calor que conserva los miembros, así es bien que esté el que ha de ser caudillo desta frontera en el medio del cuerpo della para dar calor con su buen gobierno a los demás fuertes a una mano y a otra, y también le hallen cerca los avisos y dé órden a las determinaciones guerra.

Estará con el maestre de campo uno de los cinco ayudantes y el capellán mayor, y en cada uno de los otros cuatro fuertes principales habrá un capellán, que estén a su órden y vayan a tiempos debidos a los fuertes comunes de sus lados a decir misa y a administrar los sacramentos. El auditor general residirá también en el mismo fuerte del maestre de campo, tanto por la medianía de su asiento para administrar justicia militar, como para consultar cosas della con el maestre de campo. También residirán en el mismo fuerte el teniente de la artillería, y el cirujano mayor con medicinas, y asimismo el uno de los capitanes de campaña y los de caballos y infantería, que tocarán a la guarnición del fuerte.

En el último fuerte de a la parte de la Cordillera, que también será principal (como dije), residirá el sargento mayor de la frontera con su ayudante, y asimismo un capellan y cirujano, y el otro capitán de campaña con los capitanes de caballos y infantería de la guarnición.

El fuerte principal, que será el primero de la parte de la costa, se encomendará al capitán de caballos más antiguo, con un ayudante y un cirujano, y los otros dos fuertes principales restantes estarán también a cargo de capitanes antiguos, que cada uno tendrá también un ayudante que haga oficio de sargento mayor de su fuerte principal, habiendo más en cada uno dellos un capellan, como ya dije, y asimismo un armero con fragua para reparar armas. Y en cada uno de los fuertes principales y comunes habrá un tenedor de bastimentos y municiones, que cada uno dé cuentas de los recibos, gastos y consumos al proveedor y municionero mayor, al uno, de los bastimentos, y al otro, de las municiones de guerra y pertrechos. Y los unos y los otros fuertes ternán la guarnición y capitanes que les perteneciere.

En la ciudad de Santiago residirá, con un teniente, el proveedor mayor de bastimentos para recogerlos y encaminarlos a la frontera o Concepción, donde estará el otro su teniente para entregarse dello.

En la Concepción asistirá el capitán del artillería, y el municionero mayor

Estos ministros estarán en los dichos pueblos para asistir desde ellos a las cosas de la frontera, los fuertes de la cual serán conocidos por la distinción de los nombres que se les porná a cada uno.

CAPÍTULO X

Cuánto importan en la guerra las acertadas elecciones de los ministros, y lo que conviene se procure sean tales las que se hicieren en la de Chile

Son tantos y tan grandes los daños que redundan en la guerra de las elecciones de ministros incapaces y poco experimentados, que no son parte para restaurarlos los demás inferiores proveimientos, por acertados que sean, ni el buen concierto y orden en las demás cosas, puesto que puede haberla en todo lo de más política, y faltar el debido gobierno mi-



litar en el saber proveer y tomar partido como conviene en las ocasiones que se ofrecen, especialmente repentinas. Por lo que no se puede llamar menos que dón del cielo, el de aquel capitán general que acierta en negocio tan importante, como es de las elecciones de ministros, el cual está en razón que se prometa prósperos sucesos en sus empresas, a pesar de toda adversa fortuna, dado que son infinitas las utilidades y aprovechamientos que nacen en la guerra, del elegirse en ella pláticos y idóneos ministros, de lo que dejo de dar ejemplos; porque los capítulos que en este tratado escribo son sumados en cuanto a la sustancia de sus sugetos, como quiera que no escribo preceptos militares, sino desengaño y reparo de una particular guerra.

El motivo que he tenido para hacer esta breve recordación de lo mucho que se debe advertir en las elecciones de los magistrados de guerra, ha sido el saber que en Chile hay necesidad de encomendarse tal cuidado, más que en otra ninguna provincia de guerra, consideradas las elecciones que allí se suelen hacer que favorecen harto más sus pocas suficencias los designios de los enemigos de lo que ayudan a los nuestros. Porque contemplaciones de personas graves de Lima, no dejan de hacer torcer las obligaciones de algunos gobernadores, en lo que toca a la importante rectitud con que debrían proceder en tales elecciones. Para lo cual sólo quiero contentarme con darles un ejemplo de la propia tierra de Chile, que aunque ratero, tiene su sentido a propósito; y es decir, que los gobernadores debrían dar los cargos de la manera que venden allá los indios a los nuestros las oilas de barro, por las cuales no les dan más de aquello que cada una cabe de trigo. Así que por la misma manera debe dar el gobernador las administraciones de los cargos respectivamente conforme a la capacidad de cada uno, no dando al que tiene poca o ninguna lo mucho, y al que tiene mucha lo poco, que esto por mil caminos se descubre y conoce. Porque si bien en todo tiempo se han de buscar hombres experimentados, háse de advertir que aún en los tales suele haber engaño. Porque como quiera que la experiencia, demás de que no se compra con dineros, ni se viene a poseer con la hacienda, ni sangre heredada, no basta el tenerla sola a los que por larga profesión de militar disciplina la han alcanzado, si no la tienen ayudada con discreción, quiero decir, que no bastan sólo servicios, pues se ven hombres harto cargados dellos y de canas, y mucho más de ignorancia, aunque ayuden a engañar con ellos personales apariencias. Y digo esto, porque muchos se pagan de hombres de agradable superficie, que al cabo no son otra cosa que necedades y errores escritos de buena letra, y otros cuyas figuras no son admitidas, suelen ser como borradores de prudentes discursos y razones, que trasladados en limpio, quiero decir, puestos en el efecto de la administración de los oficios y cargos, corresponden en ellos con maravillosa prueba. Mas, hallándose que a la experiencia y discreción las acompaña disposición personal y buena traza, cierto es que debe ser preferida por lo mucho que se aumenta en los tales la autoridad y respeto en los cargos militares, más que en la de otra alguna profesión. Y por ser tan importante cuanto sabido este punto, será bien se aumente y ponga entre los apuntamientos que adelante se declaran, para el uso y estilo de aque-

lla guerra, por la necesidad que digo hay en ella de idóneos ministros, el cual dirá así.

Que por cuanto en la guerra los mayores y más irreparables yerros son los cometidos por defecto de poca experiencia de los ministros, no lo pueda ser ninguno, especialmente sargento mayor y maestre de campo en la conquista de Chile, en edad más aparejada para aprender que para enseñar, gobernar y dar órdenes, mayormente a los que le sobra todo aquello que a ellos les falta, sin haberla primero empleado en los precedentes cargos el suficiente tiempo, de donde por legítima sucesión y partes que se requieren, puedan ser antepuestos a ellos por los gobernadores. Porque no hay cosa que en común entibie más los ánimos de los soldados y desdeñe los beneméritos, que ver puesto el mando de la guerra en idiotas de tal edad que aún no hayan podido tener antes ocasión de poder llegar a saber obedecer, y el bastón en manos que jamás gobernaron pica ni manejaron arcabuz, y que en los trances y ocasiones mas urgentes tienen necesidad que los soldados les enseñen como se han de haber y gobernar; y esta orden excusará a los gobernadores el rendirse a inconsiderados ruegos de particulares respetos y ausentes contemplaciones, que muchas veces pueden más con ellos, que la presente necesidad que hay de excusarse en semejantes injustas peticiones.

CAPÍTULO XI

Lo que conviene se honre nuestra milicia para concluirse con brevedad la conquista de Chile

Las cosas que se pusieren por obra que importaren a los efectos de aquella conquista, de las cuales se conociere que ha de redundar la brevedad en su fin, que es el blanco principal a que han de tener puesta la mira la Real Audiencia y Gobernador, procurarán que se asista a ellas con más cuidado que algunas otras, pues acabada la guerra, se acaban los trabajos, gastos y empeños de todas las cosas, comenzando a desquitarse todo con el mucho interés que promete la fertilidad de la tierra, creciendo en todo el descanso y el provecho. Para lo cual el primero y principal camino que se ha de tomar, será el del honrar y favorecer la milicia de aquella frontera, de tal manera, que alentados los que de presente sirvieren en ella a Su Magestad, anime y incite la fama de su buen tratamiento a los demás de aquel reino y de fuera dél a ir a servir a ella, para que los que presumieren de ser servidores de Su Magestad, caballeros y todas personas nobles, puedan tener por blasón el haber servido algún tiempo en la frontera de Chile, de suerte que no tenga menos nombre y reputación aquella guerra en todas las Indias, y ante los ojos de Su Magestad y sus Consejos, del que ha tenido en ellos y en toda Europa la de Flandes, pues aunque de indios, son tan hombres cuanto lo han mostrado en los muchos años que se han sabido defender, no de otros indios, sino de españoles. Y de razón aquella guerra debe ser de más

reputación que se tiene con enemigos más feroces y belicosos, pues los de Chile vemos que hasta ahora conservan el título de invencibles. Débese hacer lo que digo, para que se acabe con brevedad aquella guerra, que es el fin que se pretende. Porque del honrarla Su Magestad ha de nacer cada día el ver en ella prósperos sucesos, que por no alargarme en el significar lo mucho que va a decir del honrar esta guerra al dejarla descaecer, bastará que diga que no importa menos que el esperarse della breve y felice suceso o largo y dudoso fin. Por ser esta una de las conquistas que más requieren ser asistidas y reforzadas con liberal gasto de la Real Hacienda, para que venga al fin a ser menos costosa de lo que lo son las lentas, largas y dilatadas, como lo ha sido hasta ahora la de aquella tierra que ha sido la principal causa porque han lucido en ella tan mal sus gastos, y tenido tan ruines sucesos. Ya tengo declarado lo mucho que importa a Su Magestad el señorear aquel reino, y cuan útil y provechoso ha de ser para que después en breve tiempo él mismo con el esquilmo de su fértil cosecha, de que toda su tierra es tan fecunda y abundosa, especialmente de ricas venas de oro, restaure los gastos que hubiere obligado a hacer su pretendida posesión y señorío: ahora digo que soy de parecer que no dudo por lo que sé de aquel reino que puede esperar Su Magestad dél con toda confianza, lo que el labrador de la tierra que cultiva, donde con tan franca y liberal mano derrama en ella el ya recogido trigo de sus trojes, con la cierta esperanza de que lo ha de volver a gozar con mayor colmo, no solamente desquitando con ello los gastos del trabajo de las labranzas y de lo que fué sustento de las aves, pero sobrándole en su cosecha abundoso crecimiento de lo que primero pareció desperdiciado y perdido. Porque para alcanzarse a gozar en breve con facilidad el liberal premio que promete la misma tierra, no será el medio menos eficaz el hacer lustrosa su guerra con la nueva estimación della, para lo cual ha de ser la principal parte el tener los soldados el necesario estipendio bien pagado; pues no ha dado en el mundo menos victorias la buena paga, que la buena fortuna, considerando el tal estipendio, no por la medida de las milicias de Europa, que en esto hay grande error, pues se paga en ellas poco más del vestido de lo que cuesta en aquel reino el calzado, al cual respeto considérese lo que valdrá allá lo uno y lo otro en tierra tan cara. Para lo cual los sueldos necesarios que debrían tener ministros, oficiales y soldados, yo me atrevería a señalarlos sin demasía, si se tomase mi voto y parecer como desinteresado, y que también sube lo que allá cuesta, lo que tienen obligación de sustentar para bien servir a Su Magestad, puesto que se debe mirar también a que no es de poca importancia para hacer los enemigos la estimación que podrían de nuestros soldados, el verlos bien o mal tratados para respetarlos, o hacer poco caudal dellos, pues es causa el verlos pobremente vestidos, para perderles de todo punto el respeto y tras él el temor, considerándolos los indios tan en piernas y descalzos como ellos, y en lo demás poco más vestidos, cosa en que no reparan poco aquellos bárbaros, de que pudiera dar algunos ejemplos de consideración. Demás de lo cual sé por experiencia, que hay dos ocasiones en la milicia de aquel reino, que son bastante causa a los ministros y oficiales della, para

dejar de hacer como debrían sus oficios en el castigar delictos de soldados, y en el atreverse a mandarles lo que deben hacer como tales; una de las cuales es el ver que los delictos los cometen forzados de necesidad, por las cuales ocasiones han menester los oficiales hacerse muchas veces sordos y ciegos; y el otro es el dejar de ordenarles cosas del servicio de Su Magestad por verlos desmayados y apurados de hambre, para lo que toca a la buena cuenta que importa que den de lo que se les ha de encomendar, conociendo su poco valor para ello, y para poder sustentar el trabajo que se requiere en lo que han de hacer, cosa que no poco estraga aquella milicia, y pone mala costumbre en los soldados. Los cuales de quedar mal impuestos, viene a que por animosos que sean los capitanes, muchas veces no se atreven a acometer empresas de consideración de noche o de día con gente tan mal disciplinada, pues poco aprovecha que un capitán sea todo corazón en las ocasiones, si no tiene quien le siga y ayude en ellas, donde por mucho que pelée, al fin no puede pelear más de por un hombre sólo; y para abreviar en decir los daños que nacen de la necesidad, digo en suma, que della resulta finalmente el mayor mal que puede haber en la guerra, que es la falta de obediencia, su principal fundamento; y pues donde ella falta, todo va en perdición, vuelvo a decir, que remediándose las necesidades de los soldados, se estiman y cobran bríos y presunción, que son efectos propios de la nación española, y no se abaten a cosas bajas y feas. No estorbarán a los ministros y oficiales los dichos respetos el hacer bien sus oficios, para castigar con el debido rigor lo que requiere castigo y mandar y hacer que se haga con resolución lo que conviene al servicio de Su Magestad, con que resucita la obediencia y todas las cosas se encaminan a su debido ser y perfección, cobrando con ello confianza los capitanes, para acometer y acabar cualesquiera dificultosos hechos, viendo que llevan trás sí gente de vergüenza y brío, para ayudarles a ganar honra, prometiéndose favorable suceso en cuanto emprendieren, que es de donde nacen las famosas victorias, y dellas el dichoso fin y remate de las conquistas. Una cosa convernía mucho que se hiciese en defensa y favor de la nueva frontera, y es que cese el mal uso de enviar a ella de Lima y de las demás partes del Pirú desterrados por condenaciones a purgar delictos, como han siempre acostumbrado, especialmente hombres facinerosos; porque estos tales, demás que no hacen en aquella guerra ningún fruto bueno, tampoco dan buen ejemplo a los demás soldados. Y cuando algo desto haya de haber, se podrá inviar caballeros y personas nobles de los que sucede cometer delictos, de la manera que se ha acostumbrado en España el inviarlos a Orán. Porque los tales no han de hacer las cosas que hacen y prometan los ruínes, ni darán mal nombre a aquella guerra, para que se estime en poco, ni desanimarán con sus perniciosas palabras y mala voluntad a los que sirven con buena. Y asimismo importará al servicio de Su Magestad que si algún socorro de gente se llevare a aquel reino de las mismas tierras del Pirú (como es costumbre) no vayan mestizos entre los soldados, por las muchas traiciones que han cometido en aquel reino, demás de ser soldados de poca codicia para el trabajo, en

lo cual y en animosidad son sin comparación muy inferiores a los naturales mestizos del mismo reino de Chile.

CAPÍTULO XII

Si será bien que nuestra infantería traiga banderas y cajas, y nuestra caballería estandartes y trompetas. Y que se use de nombre en aquella milicia, según se acostumbra en Europa.

Porque parecerá fueran excusadas las cosas que propongo en este capítulo, siendo como son debidas en cualquiera guerra, verse ha en su remate la causa que me ha obligado a tratar dellas, y así digo, que supuesto que en este nuevo estilo de guerra han de residir todas las compañías en la frontera, y que della no han de salir a las espaciosas campeadas, como siempre se ha usado, porque la guerra se ha de hacer con repentinas salidas, tanto de noche como de día y de diferentes partes de la frontera, con gente suelta, desembarazada de todo bagaje, digo a ello, que porque parecerá no ser necesario por tal razón el uso de las banderas y estandantes, con todo ello, considerando que no han de hacer algún gasto, ni ellas han de ser tan caras de hacer que por su costa se deje de usar dellas, puesto que se hacen en aquella tierra de tafetán de la China, que allá es bien barato, y aunque no muy durable, tampoco será defecto pues durará como el mejor, supuesto lo poco que han de trabajar las tales insignias, pues se han de estar casi siempre plegadas o rodeadas a sus astas en las casas de los alféreces. Y porque se dirá a esto, que de qué servicio han de ser habiendo de estarse encerradas, digo, que no ha de ser esto siempre, porque se han de sacar en las ocasiones que diré. Porque considerando que los alféreces son ministros inexcusables en las compañías no menos en las de infantería que en las de caballos, así para que como oficiales cuiden del buen gobierno dellas, como para los efectos en que se emplean, paréceme a mí, que para dar entera forma aquella milicia, y honrar lo que se debe el particular cargo de alférez, se ordene que tengan sus banderas y estandartes; pues habiendo llegado a merecerlas, no les será de menos estima el tener la posesión de tales insignias en sus casas, que el hábito de Santiago en los pechos al que lo hubiere alcanzado por servicios militares, y principalmente, porque es un género de honra muy estimable del llegar a recibir los alféreces las banderas o estandartes de mano de sus capitanes, con las honradas razones con que acostumbran a dárselas en presencia de todos sus soldados, que en tan público acto no hay ninguno de los que están a la mira a quien no incite loable deseo de llegar a conseguir tal honra, sirviendo de estímulo para procurar merecerla por la virtud de sus obras. Porque no está en razón que los capitanes los elijan tan a secas con decirles que los hados hacen alféreces de su compañía, y que los tengan por tales, igualándolos en ello con los cabos de escuadra. Lo cual servirá asimismo para que los capitanes sean señores

juntamente con sus compañías de tan real insignia de que poder disponer, dado que no es la menor calidad que alcanza el que por sus obras llega a ser capitán, el verse en estado que tenga facultad de poder elegir y criar de su mano un alférez por medio de entregarle la bandera reputada por la honra de su compañía. Y esta autoridad se disminuye y menoscaba no menos que en los capitanes, que en los alferéces, privándolos de tan esenciales instrumentos para tales elecciones. Y no quiero decir que hayan tan por el cabo de dejar los alferéces de hacer demostración de sus personas, honrándose con el adorno de las banderas por razón de la calidad deste género de guerra, en cuyo uso es excusado el llevarse banderas y estandartes a las ocasiones que se han de ofrecer, como dije al principio y mostraré adelante. Porque días han de tener los alferéces para marchar con sus insignias, como serán los de las muestras o alardes, y en otros en que deben el sargento mayor y ayudantes sacar a ejercitar las compañías, dando con ellas povonadas por praderías y campos llanos cerca de los fuertes, formando también dellas escuadrones, y para instruir y ensayar los soldados el saber marchar y guardar rectamente sus hileras, porque este aprovechamiento y el enseñarlos en los escuadrones a saber calar las picas a todas partes, haciendo que los acometa nuestra caballería, será cosa tan conveniente cuanto necesaria; pues ya es otro tiempo del que solía ser en aquella tierra, considerando la mucha caballería que posee al presente el enemigo, por lo que conviene haya destreza en el saberse formar escuadrones y manejo de las picas, enseñando asimismo a los de armas de fuego a saber disparar y tirar a un blanco, pues tales ejercicios han de hacer diestros y práticos los soldados, y juntamente honrar, dar ser y calidad a aquella milicia, para lo cual he hecho este breve discurso; y porque aunque se usa de banderas y no de estandartes en aquella guerra, ha muy poco que ni aún banderas no se usaban, hasta que entro en aquel reino el gobernador Alonso de Ribera (como diré adelante) y está a peligro después que acabó su gobierno de volverse a dejar su uso por haber muchos que son de opinión que se deben excusar las banderas. Mas, porque parece por las razones dadas que es justo que las haya, y asimismo estandartes, no será menester alegar más de las dadas donde no se halla inconveniente que las contradiga, pues, aún fuera de las utilidades que tengo dicho, excusan el ponérsele la acostumbrada guardia en las casas de los alferéces, y esto por estar como han de estar dentro de fuertes, y no en campaña o pueblo abierto.

Las trompetas y atambores, instrumentos bélicos anexos a los estandartes y banderas, aunque no se deja de usar dellos en Chile, es de manera que se van ya dejando, siendo tan forzosas y de tan gran servicio en la guerra y en la paz, así para echar bandos, como para tocar arma, recoger y marchar. Y porque sobre todo en aquella guerra ponen particular terror al enemigo, especialmente en los repentinos acometimientos, como lo muestra la experiencia y los mismos indios espías que de los de guerra suelen venir por algún interés a darnos aviso de la parte a donde los nuestros pueden ir a hacer alguna buena suerte, nos lo dan a entender, pues nos hacen instancia que lleve la gente trompetas y ca-

jas, como quien tiene experiencia del temor que infunde su horrible estruendo en aquellos bárbaros. Y esto basta para lo que toca a estos instrumentos, a fin de que no se deje de usar dellos y mejores y más de los que se usan.

El nombre que en todo buen uso de milicia se acostumbra a dar de noche a las rondas y centinelas en tiempo de paz y de guerra, por cuyo medio se diferencian y conocen los amigos de los enemigos para la guardia y seguridad de los ejércitos y de cualquiera plaza, especialmente fronteriza, por sitiar o sitiada, y de las armadas o flotas que navegan o están en puertos, y asimismo de otro cualquier otro cuerpo de mucha o poca gente a que le convenga vivir con recato, digo, que deste nombre no se usaba en la guerra de Chile, cosa que es de maravillar de que no lo hubieren introducido tantos grandes soldados de otras guerras como han gobernado aquel reino. En lo cual no hubiera que notar, si en aquella tierra fuera impertinente y excusado el usar del nombre, puesto que no hay nación con quien se tenga guerra de ajena o propia lengua donde no sea necesario usar dél, mayormente que donde más conviene es donde los enemigos son más atrevidos y astutos, inclinados a estratagemas, según lo cual yo no sé que más atrevidos y cautelosos pueden ser, que los indios de Chile. Demás de que ha algunos años que nunca han faltado entre los indios de guerra, no solamente rebelados, mulatos y fugitivos mestizos, pero legítimos españoles (según tengo mostrado en el Punto cuarto) insistidores de traiciones y engaños, que maquinan siempre contra los nuestros, de quien se puede tener más recelo que de los más astutos enemigos de Europa. Todas estas razones a mi parecer bastaban para que fueran causa de que se hubiera usado el nombre en Chile, las cuales obligaron al gobernador Alonso de Ribera luego que llegó a aquel reino a introducir el uso dél, maravillado de que no se usase. Lo cual hizo también procurando perficionar aquella milicia para darle en todo, partes de guerra de reputación, como lo es, y hace que lo sea la calidad de los enemigos con quien se tiene, como lo han bien experimentndo nuestros españoles, no en menos tiempo que en sesenta años de su tan valerosa resistencia, por las razones que muestro al remate deste capítulo. Y aunque no dejó de haber dificultades para entablar el gobernador tal uso, el cual como cosa nueva estrañaban los soldados criados en aquella guerra, especialmente los que no habían hecho experiencia fuera della, con todo ello salió con su intento, habiendo tenido al principio algunos en prisión y a peligro de hacer en ellos ejemplares castigos, por menosprecio que habían hecho de parte tan importante como es el nombre entre cuantos tiene en uso el arte militar; pero como quiera que la ignorancia y falta de tal conocimiento releva en parte la culpa, no usó el gobernador del rigor que se debiera usar en otras partes, quedando al fin sentado y puesto de costumbre el uso del nombre, y con tanta prática como se puede tener en cualquiera guerra de Europa por haberse ido desengañando poco a poco los que ignoraban en el principio su importancia.

No sólo introdujo el gobernador Alonso de Ribera el nombre en Chile, pero puso orden, concierto y policía en otras cosas muchas de aquella

guerra, usando de todos los efectos buenos que hizo. Porque no hay que dudar de que los que sintieren, como se debe, las cosas de la guerra, conocerán que el que hubiere militado en Flandes, no sólo no errará otra cualquiera nueva guerra que tuviere a cargo, pero la aprovechará y enmendará de cuantos defectos tuviere. Y volviendo a las cosas de que enriqueció aquella milicia el referido Gobernador, las cuales no traigo todas a este propósito por no alargarme, digo, que cuando no lo hubiera obligado a ello la necesidad que había dellas, y el perficionar, como dije, aquella guerra, hubiera sido acertado como lo será, si lo dicho se sustenta, para que los soldados que sólo tienen por oficio el serlo, lo sepan ser como se debe en otra cualquiera parte, y los caballeros y demás personas particulares que fueren a ellas se honren en ella y fuera della en cualquiera conversación donde se hallaren, de otros cualquiera soldados en saber hablar, discurrir y disputar con fundamento en materia de su profesión, como tales soldados, preciándose haberlo sido en la guerra de la frontera de Chile contra enemigos tan valerosos, de manera que no se hallen ignorantes de las que en las demás milicias se usa. Porque si se mira a que los enemigos con quien se tiene aquella guerra son indios, que parece que el nombre de indios los abate, no negara ninguno que no con otros indios, como ya dije atrás, sino con españoles se han mostrado y se muestran ser hombres, no sólo esforzados, pero invencibles, pues hasta ahora no hay quien se pueda gloriar de haber triunfado dellos; y tanto más muestran valor, cuanto menos aparejo y comodidades han tenido de armas y otras máquinas para resistir las nuestras. En lo cual se puede considerar, qué fuera o qué hiciera aquella indómita nación, si nos fuera igual en armas. He querido decir en esto, que tanto debe ser la guerra de más reputación, cuanto los enemigos con quien se tiene son más reputados por valientes y belicosos.

FIN DEL LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO Y ULTIMO

DEL DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA

DEL REINO DE CHILE,

DEL MAESTRE DE CAMPO ALONSO GONZALEZ DE NAJERA,

TRATA CINCO ESENCIALES EJECUCIONES DE COSAS QUE SE DEBEN PONER EN EFECTO PARA EL USO DEL REPARO Y REMATE DE AQUELLA GUERRA

EJECUCION PRIMERA

DE LO QUE CONVIENE A LA PERFECCION DEL NUEVO ESTILO DE LA GUERRA

CAPÍTULO I

Las causas que obligan a procurar dar fin y cabo a los indios rebelados, que es el único medio para perpetuar la paz en aquel reino.

Antes que comience a tratar lo que promete este capítulo, conviene se advierta en lo que este libro dijere, es con presupuesto de que los indios de Chile tomados en la guerra, son esclavos. Porque he fundado cuanto digo acerca de aquella guerra, en que lo son y han de ser, por razón de haber sido dados por tales esclavos por una cédula que Su Majestad mandó despachar el año de mil y seiscientos y nueve, no me acuerdo en qué mes y día. Y también advierto a los lectores, que en todas las partes donde hablare de indios esclavos, se entenderá no sólo de los que se fuesen tomando en la guerra después de la dicha orden, pero de los

que antes della había en Chile entre los nuestros y al presente, por razón de que aunque en la tal nueva orden se han dado por esclavos, en que se supone que antes dello no estaban dados por tales, digo a esto, que ví en ocho años que asistí en aquella conquista (antes que se enviase la dicha orden) que siempre tenían por esclavos cuantos indios de todas edades se habían tomado y tomaban en la guerra; y así se vendían y compraban públicamente por esclavos, y aún se enviaban a vender y presentar por tales a la ciudad de los Reyes, lo que no me pareció ser cosa nueva, sino puesta en uso de tiempo atrás en aquella tierra. La causa o el origen que tuvo lo que digo, ni lo supe ni procuré saber, viendo que era cosa tan asentada y pública; y esto basta para que conste el fundamento que tuve cuando tomé a cargo el escribir este Desengaño, y para descargo de mi conciencia en lo que toca al parecer que doy acerca de cómo se debe hacer la guerra a los rebelados indios de Chile, que es conforme a lo que he supuesto, que es el estar dados por esclavos.

Ahora digo, dando principio a mi intento, que no ha sido menos perdido y vano el trabajo y tiempo que se ha gastado en la conquista de Chile pretendiendo domesticar la bárbara fiereza de sus naturales indios, del que se hubiera empleado en pretender volver blanco el atezado etiope; pues se ha procurado, esperando durable paz de gente constreñida por necesidad y malas obras a darla y a permanecer en ella, dado que siempre se ha pretendido por el medio de necesitar los indios destruyéndoles sus comidas y tras esto poniéndoles después precepto a los reducidos por tal camino, de que no se habían de volver a la natural guarida de sus montes, estando a la vista dellos. No mirando a que aún los irracionales y torpes pescados, con no tener piés se los dejan tan cerca del agua, cuanto ellos lo están de sus montes, brincan y se maltratan hasta volverse a lanzar en su elemento. Acerca de lo cual digo, que ya que los nuestros no se han ido desengañando (tras tantas experiencias) del poco fruto de su vano trabajo, para determinarse a tomar resolución en mudar los bolos a donde mejoraran su juego, considerando que (según entiendo) no se les puede dar otro mejor asiento, que el que tengo propuesto de la fortificada frontera (a la cual espero en Dios que podremos llamar fin de la guerra), procuremos desde ella dar fin y cabo de quien tanto procura el nuestro, dejando ya de pretender el tan aguado y caro servicio de indios tan contumaces, obstinados y crueles, de quienes apénas hay persona española en aquella tierra, que no haya sido lastimada en cosa de lo más querido de su sangre, ni hombre que no haya probado los aceros de sus lanzas, por quien están tanto número de miserables viudas arrinconadas y tantos huérfanos por casas ajenas, y otros descarriados desposeídos de sus haciendas, muebles y raíces, y muchas de sus casas patrias, y tantas miserables mujeres principales esclavas (como tengo referido) que nos tienen como en desquite y prenda del caro servicio que nos hacen los pocos enemigos (ya excusados) que asisten con los nuestros. Según lo cual para qué se quiere esperar más daños de los recibidos de gente, que tan ciertos estamos que no se ha de cansar jamás de hacer a los nuestros los que pudieren, cuanto estamos

seguros que no han de mudar jamás de naturaleza, demás de que cada día van teniendo más aparejo para poderlos los nuestros esperar mayores. Así que tiempo es de dejar de pretender ya esta paz de Júdas, que tan arrastrado trae todo aquel reino, pues vemos manifiestamente que cada día crecen las dificultades para acabarse aquella guerra, dado que todos los gobernadores, aunque más soldados sean, la han ido y van dejando siempre pendiente a sus sucesores. Por tanto justo es el dar orden para que no quede en aquel reino memoria de los indios de guerra, ni esclavos que entre los nuestros los están aguardando y aún llamándolos cada día para su redempción y nuestra total ruína, así como para el mismo fin solicitaban en Europa los moriscos de España las naciones que les parecían poco amigas della. Según lo cual cierto es, que será imposible acabarse de señorear aquel reino, ni vivir en él nuestros españoles sin manifiesto peligro, sino es apocando los indios que lo defienden en tanta cantidad, que los que quedaren, sean sólo aptos y suficientes para el servicio de los españoles, y que queden juntamente impedidos para poder hacer fuga, o poder militar en su fragosa tierra, como diré en su lugar. Pues no pudiendo llegar lo dicho a efecto por vía de poderse ver jamás destos enemigos segura paz, ni de hacer en ellos matanzas veniendo a batalla, respeto la gran fortaleza de su tierra, y ser los indios tan astutos y matreros, que atienden tanto a su conservación, que ya ni nos buscan ni nos esperan juntos en ninguna parte para venir con los nuestros a las manos, como lo hacían cuando eran bárbaros en su poca destreza y disciplina, como quien dice: ¿Para qué queremos venir a pruebas con nuestros enemigos, pues poseemos tan segura fortaleza como es la de nuestra tierra, de donde podemos ir a hacer fuertes en ellos en seguras y ciertas ocasiones, hasta que sin riesgo nuestro no quede en nuestro reino memoria dellos? Así que supuesto que por las dichas vías ya no nos queda esperanza en cosa que nos prometa buen suceso por prudencia, por justicia, por necesidad, si no somos más obstinados que los mismos indios en su rebelión en procurar toda la vida su paz, debemos valernos del medio que nos muestra, como los podemos ir acabando. Lo cual se hará por la justificada manera que en el capítulo tercero siguiente se muestra, no obstante que las causas que se hallaron para dar los indios por esclavos, esas mismas obligaban a que la guerra se les hiciera más rigurosa de la que diré se les ha de hacer.

CAPÍTULO II

Razón por qué (entre otras muchas) es justo que los indios sean dados por esclavos, y las bestiales causas que tienen para no sujetarse jamás á segura paz, y para aborrecer nuestra religión, como lo hacen.

Dejado aparte los grandes delictos cometidos y reiterados por tantas veces destos indios en las muchas que han dado a Su Magestad la obe-

diencia tan inhumanos y atroces cuanto dellos se han enviado de aquel reino diversas relaciones a Su Magestad, por lo que no los refiero, quiero alegar en su disculpa el decir que la tengan para lo que toca a no haber guardado la dada obediencia, por no saber como bárbaros la gravedad del delicto que en ello cometían, y que también como tales bárbaros naturalmente crueles (pues entre ellos mismos lo son) tengan asimismo disculpa las crueldades que con los nuestros han usado. Pero para lo que toca a la libertad que defienden, que el mundo no bien informado los justifica, digo que estos bárbaros demás de que no defienden religión, pues no guardan ninguna, no es razón que se les abone la libertad que defienden, por ser libertad bestial; puesto que por lo que principalmente sienten el perderla, es por los muchos vicios y abominaciones de que les priva, demás de no querer reconocer a Dios, ni cuidar del alma, ni aún puieren cabeza para el gobierno temporal, ni leyes que los mantenga en justicia, pues se gobiernan en todo como irracionales llevados de sólo el apetito sensual de sus vicios, a los cuales se entregan sin límite ni tasa, como gente que para cosa alguna no tiene quien les vaya a la mano, ni del cielo ni del suelo temen castigo, aunque no en balde se lo da Dios con las mortandades que en otras partes tengo referido, lo cual ni lo estiman ni conocen por castigo, ni la contínua guerra que tienen sobre sí. En las cuales abominaciones no les excusa la ignorancia, puesto que tanta parte de los indios han sido en aquel reino bautizados por lo pasado de nuestros religiosos, y doctrinados hasta de los amos a quien han sido encomendados. Acerca de lo cual digo, que esta razón bastaba a obligar no sólo a que haya sido obra justa el haberlos dado por esclavos, pero a que sea justísimo el procurar ir dando cabo destos indios, con que justificadamente se dará fin seguro y cierto a esta conquista, en que entiendo se ayudará a la intención divina. Para el cual castigo aún los demás indios dan la sentencia, pues nos aconsejan y persuaden los que de muy atrás están confirmados en nuestra amistad, poblados en nuestras tierras, y declarados y conocidos por capitales enemigos de los de guerra, de que han hecho muchas pruebas en nuestra ayuda y favor, según muestro adelante; pues todas las veces que les preguntan los gobernadores de qué manera se podría acabar aquella guerra, responden: Señor, de la manera que os han enseñado y enseñan los mismos enemigos, que es hacer lo que ellos han hecho y hacen siempre, como verdaderos enemigos y soldados, que es no perdonar la vida a ninguno de cuantos de vosotros les caen en las manos. Y otras veces que les preguntan soldados españoles lo mismo, responden: matar, matar, que si esto hubiérades hecho muchos años ha, ya la guerra se hubiera acabado y gozárades en paz este reino. Pero que ¿es menester que nos aclaren los indios esta duda, pues es tan manifiesta su solución? Porque ¿quién ignorará que gente tan ociosa y haragana, y que tan fuerte tierra posee, sin reconocer superior que les prohiba gozar a manos llenas, como ya dije, todas las libertades que apetece su deseo sin alguna limitación, quieran en ningún tiempo sujetar la cerviz al yugo de la servidumbre, mayormente hombres a quien les es mucho más duro el suave de nuestra religión? La cual cuando no les limitara otra cosa más del número

de mujeres, de que como en otras partes tengo dicho, está acostumbrado a tener cada uno cuantas puede sustentar, sin límite ni tasa, era para ellos causa bastante para morir mil muertes, antes que perder una mínima de sólo este bestial fuero, y el vedarles el juntarse en sus borracheras, que son su suma gloria y donde desenfrenadamente se entregan a toda la variedad de sus vicios, por lo que acostumbran a vedárselas los nuestros a los de paz, y por el peligro de que en ellas tratan de rebeliones; y porque también después de borrachos pierden el respeto a sus amos y se matan entre ellos como brutos. Y como les duran estas borracheras no sólo un día, pero días y noches, bailando y bebiendo hasta caer todos sin sentido, en tales tiempos ni reservan madre ni hija, ni hermana, pues sin distinción usan de cuantos incestos apetecen, y aún tanto mayores pecados, cuantos aún sin que les obligue la privación del sentido, acostumbran a acometer especialmente los de guerra, según es notorio en aquella tierra y oí referir a los que salían de esclavos. Todas las cuales torpezas tiene en ellos arraigada y facilitada la costumbre, como nacidos y criados en ellas. Y sobre todo el dar a los reducidos, sacerdotes que los adotrinen, corrijan y reprendan, es para ellos la cosa más insufrible de llevar, según lo mostraré adelante con ejemplos de cosas de que he sido testigo.

De suerte que quien bien considerare todas estas razones, verá que es un ciego devaneo el pensar que estos indios se sujetan jamás a permaneciente paz, porque todo su fin y cuidado lo tienen puesto en procurar echar del mundo a los que les perturban la libertad del uso de sus vicios. Y pues todo lo dicho nos obliga a mudar esta guerra de camino tan perdido y infinito, para acortar cosa que tantas razones nos lo persuaden, que todas nos declaran este engaño en tiempo que estos enemigos nos tienen las ventajas que jamás han tenido, forzosamente habrá sido menester contra ellas el armarnos de la fuerte frontera, lugar tan aventajado, que excusara el buscar y admitir ya más conciertos engañosos, más de sólo procurar por tal camino dar fin y cabo de los indios de guerra, que ha sido el sujeto deste capítulo.

CAPÍTULO III

Distinción de la manera que se ha de tener en el ir haciendo la guerra a los indios, para que quede seguro el reino de nuevas rebeliones.

Aunque el punto principal en que más se ha de poner la mira en todo lo que hasta aquí queda propuesto, y de lo que falta por decir, ha de ser enderezado finalmente a quebrantar las fuerzas a estos indios, de suerte que queden de tal manera flacos, deshechos y disminuídos, que venga a hallarse aquel reino libre de rebeliones y guerra que puedan más inquietarlo, con todo ello, converná distinguir en qué proporción se ha de efectuar esto, porque no se ha de entender absolutamente que se ha de

hacer la guerra tan a fuego y sangre, como se suele decir, que se hayan de ir pasando a cuchillo a todas las diferencias de profesiones de indios de aquel reino que hubiéramos a las manos, sin que quede memoria dellos con el sentimiento de sus atroces y innumerables delictos. Ni menos ha de convenir el echar del reino a todos los que se podrían echar dél, pues está claro que aunque los indios nos hagan a nosotros la carnicera guerra que nos han hecho y hacen tan por parejo como infieles y bárbaros, no debemos nosotros imitarlos como cristianos, y que por la providencia y misericordia de Dios usamos mejor del discurso de la razón que ellos, y así no debemos ejecutar con todos tal castigo sin distinción de culpas, pues se debe tener respeto y atención a que sólo el culpado pague la pena de su delicto, y el sospechoso nos eximamos dél, y al inocente le dé libertad su inocencia, pues no ha de estorbar el llevar adelante el asegurar nuestro intento en lo que toca a sujetar aquel reino esta justificación de conciencia, que para declararme más se ha de usar della en esta manera.

Que a unos indios no se les perdone la vida por sus muchos delictos de que han sido muchas veces perdonados y por que no sustenten más la guerra. A otros se saquen del reino, porque como sospechosos no la renueven y resuciten, y a otros se dejen en él con los nuestros, porque no han merecido la primera ni segunda pena, y es bien que por algunos respetos (que diré) queden en la tierra. Porque aunque son todos indios los naturales del reino de Chile (como acostumbramos a llamar a todos los australes) y entre los de Chile hay diferentes pronunciaciones de su lengua, según la distinción de las provincias que habitan, así como en nuestra España, con todo ello hacen nuestros españoles dellos solas cinco diferencias, no según sus lenguas, sino según sus profesiones, las cuales nombran por estos nombres. Llaman a unos indios de guerra, a otros amigos, a otros de paz encomendados y tributarios, a otros yanaconas y a otros esclavos. Los oficios, que estas cinco diferencias hacen, son estos.

Los de guerra (que son los rebelados) la sustentan con el tesón y obstinada perseverancia que sabemos, presumiendo siempre acabar de libertar por armas su tierra, de ajeno señorío y a ellos de sujeción.

Los amigos son los reducidos de los de guerra a nuestra amistad, que como reconciliados en ella, no se apremian a que tributen a sus ya conocidos amos españoles que solían tener, a quien estaban encomendados antes de la general rebelion, lo cual se hace para que por su ejemplo se reduzcan otros, y por tal ocasión los ocupan los nuestros en que les ayuden en solos los ejercicios que son dedicados a la guerra, como es en fábricas de fuertes, en ir a escoltas y principalmente a la guerra, armados con los nuestros a ayudarlos contra los rebelados, acaudillados de mestizos que los capitanean, por lo que dije que a estos tales indios llamamos amigos.

Los indios de paz encomendados y tributarios son aquellos que sustentan la paz en nuestras tierras, que no han sido del número de los rebelados, y por ello perseveran en el servicio de sus amos, que son aquellos españoles a quien están encomendados; los cuales amos los tienen

con obligación de echar la tercia parte dellos a las minas, que es a sacar oro de que pagan el quinto a la real caja, y el tributo a sus amos que es siete ducados cada uno al año y los demás restantes tienen a cargo el beneficio de la labranza de los campos o posesiones, y crianza de ganados de sus mismos amos.

Los yanaconas son los indios de servicios más libres, porque no hay parte dellos obligada a minas, como los ya dichos de paz encomendados. Sirven los más dellos más cerca de las personas de sus amos, particularmente acompañándolos en la guerra, a donde tienen cuidado de sus caballos y cargas de vituallas, en poblado de otros familiares y caseros oficios.

Los esclavos son los tomados prisioneros en la guerra, que sirven a nuestros españoles en la cultura y labor del campo y en otros oficios, en que como a tales esclavos los emplean.

Ya he especificado no solo las diferencias de los indios, pero los oficios que cada uno hace, según lo cual bastará lo declarado, para que se conozca cuales indios son los perjudiciales y nocivos y por ello culpados, cuales los reconciliados a quien por ello debemos perdonar y aún agradar, porque nos ayudan en la guerra sin interés ni costas; cuales los sospechosos y cuales los innocentes (más en las obras de lo que se puede juzgar lo habrán sido y serán en los deseos) para que conforme a ello se vea qué indios son los dignos de castigo, y cuales hay más causa de entresacarlos de los demás, como la zizaña del trigo, para limpiar el reino dellos, y de cuales se debe hacer elección para que se perseveren en el servicio de nuestros españoles, pues estos no han de ser tantos, según diré, que sean poderosos para mover después nuevas rebeliones, faltando los dañosos y obstinados en su rebelión. Porque cuando no fuera justo dar diferente pago a los innocentes que a los culpados, no será bien que queden totalmente desposeídos de servicio nuestros españoles, no embargante que si con el tiempo es Dios servido de ir continuando la destrucción en los indios que quedaren, de la manera que la han hecho hasta ahora por sus secretos juicios, por mortandades de contagiosas dolencias, según tengo dicho en otros lugares, vernán a tener todos fin por conjectura del pasado estrago, sin que quede memoria dellos, como no lo ha quedado en otras partes de las Indias, así como en las islas de Santo Domingo y de Cuba, donde los indios naturales, cuyo número era casi infinito, ha venido a acabarse tan por el cabo, que aún no ha venido a quedar señal dél. Por manera que entretanto se irán introduciendo negros en su lugar, que ayuden en el servicio de los nuestros a los naturales pacíficos, que dije serán bien que queden en el reino. Los cuales negros se podrán ir llevando a aquel reino, por el fácil modo que muestro adelante, donde pruebo cuanto más seguro, útil y agradable servicio ha de ser a los nuestros que el de los indios. Y al fin, como el tiempo trae las cosas al último centro de su permaneciente asiento, yo no dudo sino que verná a lo largo con el mismo tiempo a haber en aquella tierra labradores españoles, de la manera que los hay en España y en cada provincia de Europa de su misma nación, sin que se hayan de servir siempre de esclavos.

CAPÍTULO IV

De que manera se ha de hacer desde nuestra frontera más guerra al enemigo, que con las campeadas, excusándose los daños que dél recibía nuestro campo.

Ahora porque me conviene volver a tratar de la frontera, digo, que supuesto que con los reducidos fuertes se hayan tomado en ellas las avenidas, vados y senderos más conocidos por donde el enemigo cómodamente podría hacer sus entradas en nuestras tierras de paz, como ya dije, estando proveídos de sus convenientes guarniciones y ministros, será bien que se entienda, que en este género de milicia el verdadero camino de ofender a los enemigos que tienen tan fuertes y intrincadas retiradas, como los de Chile, más debe ser con repentinas trasnochadas y correduríás que con públicas y amenazadoras entradas; pues ya tengo mostrado el estruendo con que ha acostumbrado a entrar cada año nuestro campo en las tierras de los enemigos. Dado que no debe ser nuestro intento solamente espantar a enemigos tales, pues se ha de tener puesta la mira en limpiar aquellos montes, receptáculo de vicios, de autores de tantos daños. Porque como quiera que no son nublados que basta el espantarlos a són de campanas, razón será que cese ya el tocar de trompetas y atambores, y disparar de arcabuzazos, y no seamos como los papagallos (que son la langosta de aquella tierra) cuyas bandas pudiendo llegar con secreto a destruir los trigos y maíces (que es su mantenimiento) van con tanto rumor de graznidos, que obligan al que les está de guardia (aunque esté durmiendo) a salir de su choza a espantarlos, con lo que dejan de hacer el daño que pudieran tan de su provecho si llegaran callando. O que seamos como las víboras del Paraguay que llaman del cascabel, que pudiendo también con secreto morder con mortal ponzoña a los viandantes que con sosiego reposan las noches en el campo, van sonando su cascabel cuando van ejecutar su intento, con que tocan arma a los descuidados, que avisados de tal sonido, tienen lugar para librarse dellas. Víboras son nuestros españoles para los indios de Chile, (pues dicen ellos mismos que aún nuestro vaho o aliento los mata) especialmente si saben usar de los medios que pueden sin rumor, y a la sorda como buenos cazadores, pues no es otra cosa la guerra de Chile que una caza y montería de fieras. Y pues tenemos armas ofensivas y defensivas tan aventajadas a las de los indios, como es notorio, y ya que no les excedemos en número de caballería, por la mucha que ellos han llegado a poseer de la nuestra por nuestro mal gobierno y su mucha industria, basta que les seamos superiores (para lo que a ello toca, en que cien hombres de a caballo de los nuestros bien armados pueden acometer sin recelo por lo menos a mil de los suyos, con lo cual les tienen nuestros caballos otra ventaja que no es pequeña, para en aquella áspera tierra, la cual es que los nuestros los traen herrados, y ellos los suyos

sin herraduras. Por manera que siendo estas ventajas tan evidentes, por qué no procuraremos tenerles la que nos ha de ser de tanto provecho, y a ellos de tanto daño? Pues teniendo todas nuestras fuerzas juntas de invierno y de verano, podemos secretamente en todo tiempo, ora con el silencio de la noche, ora con la claridad del día, variando surtidas hacer repentinas entradas por diferentes tierras de los enemigos, de tal suerte que en ninguna parte estén seguros, durmiendo de invierno en sus ranchos o barracas, y de día en sus fuegos conocidos por sus humos, y asimismo en los demás tiempos sembrando o cogiendo, o congregados en sus bailes o borracheras, como sabe bien nuestra gente en Chile, y que en ninguna cosa de las dichas pueden los indios poner reparo. En un tiempo que hubo en el fuerte de Arauco mucha más gente que la de su ordinaria guarnición, se acostumbró por muchos días, especialmente de invierno, a hacer tan a menudo entradas y corredurías en las tierras de los enemigos, que casi se alcanzaban unas a otras, hallándome yo en él, siendo sargento mayor de aquel reino, de donde se les hacía cruel guerra a los indios. Acerca de lo cual digo, que si de un solo fuerte se hacían tantos daños al enemigo, como era matando y retirando prisioneros y ganados, lo cual ayudó a poner todo aquel importante estado de paz, según esto, ¿qué efectos no se harán desde tantos fuertes abrigados y juntos por sus muchos caminos que para ello han de tener? Demás de lo cual, nunca vi que los indios con ser perseguidos y acosados, atendiesen a poner siquiera una centinela que pudiese darles aviso de nuestras salidas, para impedir su efecto, lo cual dejaban de hacer aunque les costaba cada día bien caro nuestras salidas, por ser los indios para cosa de trabajo tan haraganes, como en la Relación tercera tengo significado. Así que, pues salían los nuestros a hacerles tanta guerra de solo un fuerte tan conocido sin que jamás tuviesen los indios aviso dello, claro está que menos la podrán tener cuando nuestra gente varíe sus salidas por tantas y tan diferenses partes, como lo han de hacer desde los fuertes de nuestra frontera, y también en un mismo tiempo de dos, de tres y demás partes, y algunos concertados a donde se han de ir a juntar, con lo cual se harán diferentes efectos, que los que se hacen con las campeadas sin dejarle al enemigo los ya dichos provechos dellas. Lo cual harán a tiempos con caballería sola, cuando las entradas fueren largas y conviniere que sean prestas, y a tiempos con caballería e infantería, y con infantería sola, según la calidad de las tierras a donde se hicieren las salidas, llevando indios amigos, y a tiempos haciendo entradas ellos solos con sus acostumbrados caudillos, y continuándose hacer lo dicho, unas veces por conocimiento de las partes a donde se puede hacer presa, y otros movidos y guiados de particulares indios enemigos de los que muchas veces de secreto suelen venir a dar avisos sin engaño, y servir a los nuestros de guía, obligados del interés de rescate de mujer, padre o hijo, o de otro algún pariente que los nuestros les tengan preso (como ya dije). Así que de todas maneras no tiene duda, sino que se continuarán a hacer muchas y muy grandes presas, siendo este el medio principal y verdadero para acabar y consumir a los enemigos, pero con tal órden y mandato inviolable, que pues están ya dados por esclavos, se haga de

los que tomaren prisioneros y vinieren a nuestras manos lo que declaro adelante, para que de tal manera luzga la guerra que se les hiciere, y no sean los prisioneros como vasos de noria, que como van saliendo del agua, se vuelven a esconder en ella; pues de la misma manera vamos con tanto trabajo y afán, sacando los indios de la fortaleza de sus montes, y huyéndose, cada día se vuelven a esconder en ellos, con que siempre permanecen enteros.

De la manera que queda dicho, no hay duda que se trocará nuestra suerte en que nos sea a nosotros más cierto el hallarlos a ellos desapercebidos, antes que ellos a nosotros descuidados en ninguna parte; pues se tiene experiencia que jamás se han hecho en aquella guerra famosas presas que no haya sido en entradas secretas, como lo saben bien los nuestros en Chile. Desta manera, ayudado lo dicho con lo que adelante voy mostrando, se acabará la guerra de aquel reino, quedando los nuestros libres de enemigos, y por ello de peligro y cuidado diferente del perpétuo, a que quedarán condenados cuando queramos conceder que se haya de acabar aquella conquista por medio de dar la paz los indios. Pues quedando vivos y en su tierra, en ninguna manera fuera posible que se conserve sin costosísimos y perpétuos presidios, con los cuales se tuviera más gasto del que se pudiera tener en el uso de una muy rompida guerra, junto con ello siempre causarán recelo a los nuestros.

CAPÍTULO V

Que bastará mudarse sola una vez la frontera para acabarse de todo punto la guerra en Chile

De la manera que he mostrado se podrá ir haciendo la guerra desde el primer asiento de la frontera, y en su discurso se irá reconociendo sazonada ocasión en que se juzgue lo mucho que ternán y a los indios despoblados de sus tierras, por la mucha guerra que se les habrá hecho, y viendo ser ya tiempo oportuno en tal caso con otra semejante diligencia y visita, como la que dije arriba que se debe hacer para la eleción del primer asiento de la frontera, se podrá volver a determinar por personas práticas a qué parte se pueda mejorar que sea más conveniente para ir ganando tierra y apretando de más cerca a los enemigos que hubieren quedado, de manera que por las espaldas no dejen los nuestros cosa que no quede asegurada y sujeta. Porque con tal pié de plomo conviene irse conquistando aquel reino, por ser de tal disposición, que es la tierra que más se requiere en el mundo ir (como dicen, ganando palmo a palmo) pues no se ha de caminar en ella con piés de zancos que atrancan mucho peligro de dar con el falso fundamento en tierra, desengañándose todos cuantos fueren y no fueren soldados (según mi parecer) que pensaren ha de tener fin aquella conquista por otro camino del que aquí propongo. Porque así como el ingeniero conveniendo hacer fortaleza en sitio desproporcionado, la traza y fábrica acomodándose a la dis-

posición del terreno, no guardando las proporcionadas y comunes reglas que se observan en lugares acomodados y llanos, así de la misma manera en la conquista de Chile no se pueden guardar las reglas que en otras para haberse de acertar, porque es menester se disponga y siga conforme a la disposición de la tierra. Y pues las razones que acerca della he dado, obligan a procurar sujetar aquel reino por medio de la fábrica de la frontera compuesta de fuertes, digo ahora que desde el primer sitio y asiento que se le ha de dar, no hay duda sino que se podría con dificultad continuar y acabar aquella guerra. Porque cosa manifiesta es que no podría correr nuestra gente sin muchos descomodos y dificultades, todo lo que habrá por sujetar de la angostura de aquella tierra, aunque es tampoco como diré. Por lo cual de la manera que se va arrimando con trincheras o plataforma un ejército cuando comienza a sitiar alguna ciudad o otra fuerza hasta rendirla y sujetarla, así de la misma manera a tiempo oportuno se ha de mejorar nuestra frontera con el acuerdo que dije se le ha de haber dado su primer asiento. Para lo cual se ha de considerar, que no ha de ser menester mudar más de una vez la frontera. Porque todo lo dificultoso de la fuerza de aquella guerra es menos distancia de lo que se puede presumir, pues consiste desde donde hacen ahora raya los últimos términos de lo conquistado, hasta el río que llaman de Toltén (en solas veinte leguas de largo Norte Sur, y casi otro tanto de ancho Leste Oeste). El cual término demás de ser tan corto, es de notar que no todo es habitado de indios que tengan unos mismos aceros o bríos; porque aunque son todos unos de una misma costa, pues lo son de la mar del Sur, y contenidos entre ella y una misma cordillera, son criados en diferentes climas. Fuera de la cual razón háse de entender que aquellos son más belicosos que distan menos de nuestra vecindad y comunicacion, como más usados en el ejercicio de la guerra y escuela de nuestra milicia. Y no sólo en esto van declinando los que van distando más al Sur de nuestras tierras, pero se diferencian por la primera razón en rudez, en brutalidad, en discurso, en ingenio y en animosidad, de tal manera, que no sólo de los nuestros son tenidos por más bárbaros y de menos bríos, que los que dije, pero los mismos indios nuestros vecinos burlan dellos y los tienen en tan poco, que los estiman por dejativos, flacos y de poco valor, dándoles por ello nombre de beliches, que entre ellos es de desprecio, que a lo que me ha sido interpretado, es como decir hombres apocados y sin presunción. Cosa verdaderamente de notar, que en tan poco districto de tierra se halle tanta diferencia en el valor y pusilanimidad destos indios, lo cual y el no haber necesidad de que se mude más de una vez nuestra frontera, son dos cosas que allanan y facilitan no poco el fin de nuestro intento. Después de mudada o mejorada nuestra frontera se conocerá en su debida sazón el tiempo conveniente para tomar puesto, para hacer un fuerte junto al río de la asolada ciudad de Valdivia, comarca fertil y aparejada, para que por mar se bastezca también nuestra frontera, y por tierra se apriete la guerra, y se acabe de dar fin y cabo de aquella conquista.

Cuando los enemigos se hallen tan quebrantados, disminuídos y flacos, que se vea que su fuerza no pueda hacer resistencia que sea de efecto,

mediante el estilo que se ha de haber tenido en hacerles la guerra, según se muestra adelante en los apuntamientos della, se podrían reedificar las ciudades que aquellos bárbaros asolaron. Para lo cual sólo quiero advertir, que se tenga en ello dos cuidados: el primero que ante todas cosas se funde un fuerte en cada una, que sea de la traza que he dicho ha de ser el Santiago que permanezca en pié hasta que quede todo el reino libre y acabado de asegurar de todo punto de enemigos, como lo quedará observándose lo que adelante se muestra; lo otro es, que las poblaciones que hubieren tenido su antigua fundación junto a algún río, se mejoren arrimándolas donde lo hubiere, no solamente porque al fin ternán aquella parte a que se arrimare al río fortalecida y segura, pero también porque no tienen número las comodidades y beneficios que reciben las ciudades de la vecindad de los ríos, especialmente si son navegables, y mucha más calidad terná el sitio que se pudiere ocupar donde hubiere puerto de mar. Dado que permaneciendo nuestra frontera en su ser, y fundándose los pueblos con los referidos resguardos de fuertes, como he dicho, hasta que de todo punto se acabe la guerra, será hacerla por todas partes a lo seguro, no fundando ya las cosas sin seguridad, sin traza, sin orden y sin concierto, dejándolo todo en manos de la fortuna, como de haberse hecho de tal manera todas nuestras obras ellas mismas nos dan testimonio de lo mal que se han conservado; lo que podrá prometer contrario suceso el fijo fundamento desta nueva manera de guerra, mediante el ponerse por obra lo referido y lo que me resta por decir, porque no muestro en este capítulo más de solamente la forma que se ha de tener en hacer la guerra al enemigo desde la frontera, y como no ha de ser necesario mudarla más de una vez.



EJECUCION SEGUNDA

DE QUÉ ESCLAVOS ES BIEN QUE CON TIEMPO SE VAYAN APERCEBIENDO NUESTROS ESPAÑOLES QUE SUPLAN LA FALTA QUE LES HAN DE HACER LOS ESCLAVOS INDIOS

CAPÍTULO I

Que contiene se haga otra guerra en las mismas tierras de paz que habitan nuestros españoles

Ya queda dicho de la manera que se ha de ir continuando aquella conquista desde nuestra ofensiva y defensiva frontera, que no dará menos cuidado a los rebelados en sus tierras, que un muy perjudicial padrastro a los de una importante fortaleza. Y porque entretanto que nuestra gente está ocupada en hacerles la guerra, converná que se vaya haciendo otra sin sangre en muchas poblaciones a los sospechosos esclavos, no menos necesaria para no perder tiempo en asegurar por todas partes aquel reino, pues tengo dicho que no ha de quedar en él cosa que pueda resucitar más guerra, digo, ahora, que para asegurarnos de tan gran inconveniente como es el gran número de esclavos que poseen los nuestros, de cuya doméstica guerra que se les debe hacer trato adelante, considerando que ha de ser causa para venir a no quedarles a los nuestros el suficiente servicio para poder cómodamente sustentarse, y que no se ha de poder suplir la parte de los indios, que para lo dicho les faltare con otros indios de otras provincias vecinas a aquel reino que dejen de hacer falta a otros españoles a quien también allá sirven, por tanto, no hallo otra gente con que se pueda mejor satisfacer a tal suplimento, que con esclavos negros. Y esto por razón de que se ve ya en aquel reino que sin haber aún llegado el tiempo que constriña a los nuestros extrema falta de indios a buscar otro género de esclavos de que valerse, se vé que comienzan a irse apercebiendo de negros muchos de nuestros españoles, como pronósticos del futuro descarte que han de hacer de los sospechosos esclavos indios. Y porque tengo de los negros tal concepto, que han de probar tan bien en aquella tierra como presumo, y ellos se van acreditando, iré diciendo en los siguientes capítulos lo que se puede sentir de sus buenas calidades en lo que toca a su cris-

tiandad, lealtad y domestiquez, a diferencia de lo que tienen los nuestros conocido de los indios, y de la opinión en que yo los tengo, que no discuerda de la de todos los españoles de aquel reino, dando, finalmente, la traza y medio cómo los nuestros se puedan cómodamente ir proveyendo de los tales negros.

CAPÍTULO II

Pruébase el ser los negros llevados a Chile de mejores calidades que los naturales indios, y señaladamente más seguros y provechosos, y, lo primero, cuán mal se aplican los indios a las cosas de la religión

Es tan incierto y caro el servicio de los indios de Chile, y son tan despegados de nuestra condición y naturaleza, que para significar en cuantas cosas son ajenas della en todas sus calidades, podré pintar a su opósito una por una todas las de los negros: tanto se les diferencian en la bondad dellas. Advirtiéndose para ello, que todo lo que de los indios y de los negros dijere, será hablando de sus generales efectos, condiciones y obras, y no de particulares excepciones. Y también que lo que referiré de sólo los indios, será de los que asisten en servicio de los españoles que son los encomendados, yanaconas y esclavos, y no de los de guerra que se ha de suponer que son peores que ellos.

Pues comenzando por las cosas de la fé, en cuanto a las nuestras exteriores que son las que se pueden juzgar que hacen los indios, digo, que se les pegan tan mal todas ellas, que en cuanto a lo primero es llevarlos como por los cabellos a que se junten a rezar la doctrina y oraciones como lo acostumbran allá todas las familias de españoles, para doctrinarlos cada noche en sus mismas casas; y esto hacen aún los que son nacidos y criados en ellas. Pues para el juntarlos los domingos y fiestas a las ordinarias procesiones a que los sacerdotes sus doctrineros los constriñen, van de tan mala gana, que los demonios no huyen mas de las cruces, que ellos de las que en tal ejercicio les obligan a llevar. El ir a los divinos oficios y el sentir algo bueno dellos o de nuestros sermones los que a ellos son enviados, por muy ladinos que sean, es cosa perdida, y lastima el ver cuan en balde van a lo uno y a lo otro, y el poco caso que hacen de todo, por ser gente que no es menester menos dificultad para encaminarla a la iglesia, que para apartarla de las tabernas, que es con lo que más lo puedo encarecer. Y en suma digo, que yo he hablado con algunos religiosos, clérigos y frailes, doctrineros en pueblos de indios encomendados, preguntándoles cómo tomaban los indios las cosas de nuestra religion, y reyéndose de su vano trabajo, me decían de su sequedad y despegamiento, mucho mas de lo que tengo dicho, y que en las confesiones nunca trataban verdad, ni jamás daban muestras de acordarse de Dios en ningún tiempo, trabajo o enfermedad. Y entre otras cosas oí decir a uno de los dichos sacerdotes un desconocimiento

brutal de un indio que se puede traer a este propósito, por no ser de los menos instruídos de su doctrinero, el cual diciéndole al indio que por qué no daba diezmo a la Iglesia, pues le daba Dios tantos potros, respondió riyéndose: Pues cómo es mi caballo el que me engendra los potros que me paren mis yeguas, y dices que me los da Dios?

Con otro indio cacique, hombre ya viejo, no de los criados y adotrinados entre nosotros, como los que he dicho, sino recien reducidos a nuestra amistad, me sucedió en el castillo de Arauco, que por parecerme que tenía sugeto de hombre de razón, según algunas agudas preguntas que me había hecho en materia de guerra, le pregunté ¿qué a cuáles tenía por hombres mas sabios y de mejor razón y entendimiento, a los españoles o a los indios? Y respondiéndome que a los españoles, me animé a decille, que pues lo entendía así, que porqué no se aplicaban a creer lo que los españoles, que era que había un solo Criador de todas las cosas, y que mediante nuestras obras buenas o malas, nos había de dar el premio o la pena eterna. Y estando muy atento a todo, habiéndole dicho lo que digo por palabras mas especificadas y inteligibles mediante un buen faraute aguardando del indio alguna buena respuesta, la primera cosa que habló, fué decirme si le quería dar una herradura, que es cosa que ellos precian para cavar sus posesiones. Desta manera y al tono deste bárbaro sienten y hacen caso todos los indios de las cosas de la fé y religion cristiana que se les enseña, no dándoles mas cuidado del que este mostró en querer saber cosas del alma, singularizándose en esto los indios de Chile entre todos los otros indios australes. De lo cual no se puede decir que sea solo la causa el no estar acostumbrados, como no lo están, a guardar alguna otra religión como los demás indios de otros reinos, y que pudieran por ello ser fácilmente persuadidos a dejar la falsa y aplicarse a la verdadera; pues vemos que los nacidos, criados y adoctrinados en nuestra propias casas (como ya dije) estrañan de la misma manera el cuidar del Criador y del alma como los demás con dárselo a mamar desde la leche. Y concluiré lo que toca a la voluntad con que toman nuestra religion los indios de aquella tierra con otro ejemplo, que muestra mas claro cuanto la aborrecen.

Hallándome en un fuerte que tenía a mi cargo en los términos que llaman de Millapoa a las riberas de un grande río, había de la otra parte una parcialidad de indios llamados coyuncheses, tenidos por nuestros mas fieles amigos, y estando congregados en un pueblecillo con sus caciques, que se habían reducido allí poco había de la pasada rebelion, a donde les teníamos hecho un reduto junto a su pueblo, para asegurarlos de los indios de guerra con españoles que los aguardaban, sucedió que habiendo venido a mi fuerte dos padres jesuítas a confesar los soldados, me dijeron, que holgarian de pasar el rio a ver el nuevo pueblo de los recien reducidos indios, y confesar a los soldados del reduto. Finalmente pasé con ellos en un barco, y viendo los indios a los religiosos, fué tanto lo que se alborotaron y los caciques los primeros, que dieron muestra de tomar las armas para nosotros, de tal manera, que advertiende yo en la causa de su alboroto y algazara que levantaron, corriendo todos de una parte a otra entre sus barracas a tomar sus picas, como si

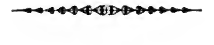
les hubieran tocado arma, me dí la priesa que pude para que los padres se desembarcasen y se entrasen en el fuertecillo de los españoles, yendo yo la vuelta de los indios a aquietarlos, como lo hice con las mejores palabras que pude, porque algunos caciques y otros indios eran ladinos, diciéndoles que los religiosos no iban sino a ver a los españoles del fuerte, con lo cual se amansaron, aunque no del todo, diciéndome los caciques con no poca soberbia con su medio hablar español: No es tiempo de pateros, no es tiempo de pateros (que así llaman ellos a nuestros religiosos, queriendo decir padres), diciendo mas: Aún no habemos dado la paz, y ya nos envían pateros, para que nos volvamos al monte.

Ejemplo es éste, para que se vea mas claro el odio que tienen estos brutos hombres a las cosas de nuestra religion por las cosas que tengo dicho atrás les prohibe de sus vicios. Y esto basta para prueba de cuan mal la toman los indios.

CAPÍTULO III

Cristiandad de los negros

Ya he dicho lo que siento, y es notorio en aquel reino, de la poca devoción de los indios a las cosas de la fé. Veamos ahora a su diferencia cómo se han con Dios en este caso los negros; y pues en España son mas conocidos que los indios de Chile, véase con cuanta sencillez y veras se aplican a las cosas de devoción y todo culto divino, pues en muchas partes, especialmente en Portugal y sus islas, donde hay mas cantidad de negros, sustentan cofradías y crian sus ministros y mayordomos, traen por las calles puestas sus ropas y insignias los recogedores de limosna, y la saben conservar y distribuir en cosas decentes. Ordenan ellos solos sus procesiones, llevan en andas sus imágenes, especialmente la de Nuestra Señora, con mucha veneración, agradándose tanto de tales obras y ejercicios, como si las hubieran mamado, como dicen, en la leche, o la hubieran heredado de sus padres, siendo traídos de tierras y costumbres mas bárbaras y bestiales que la de los indios. Y pues lo que digo es cosa tan sabida, no será menester gastar mas tiempo en esto, diciendo solamente por conclusión para comprobar sus obras que se conoció pocos años ha en la Nueva España un negro santo, pienso que se llamaba Joan, cuyo retrato o imagen reverencian y tienen consigo los mas de los negros del Pirú y aún muchos blancos, y sabe Dios cuántos sanctos hay dellos, que no son conocidos entre tantos como vemos, que ponen los medios para serlo, porque como quiera que Dios no es aceptador de personas ni de colores, cierto es, que no estima en menos las buenas obras de un esclavo negro, que las de un rey blanco.



CAPÍTULO IV

Efectos del ánimo de los indios

Ahora vengamos a los efectos del ánimo de los indios, y veráse patentemente por algunos ejemplos que diré de sus obras, cuan dados son a deslealtades.

Porque si muchos mueren en la guerra al lado de sus amos, han sido sin comparación muchos mas los que se han atrevido a cortarles las cabezas viéndolos descuidados y otros que han picado las cinchas a los caballos también de sus amos, por cuya falta les han luego muerto los indios de guerra en la primera arma y refriega, con otros mil Lautaros que ha habido entre ellos, como el que causó la muerte a su señor y amo don Pedro de Valdivia. Son recatados y en extremo secretos, cuando tratan y ordenan alguna traición contra los nuestros, porque no dan indicio ni sedal della, hasta que la ejecutan. De todo esto pudiera dar no pocos ejemplos para el atraidorado ánimo destos despiadados indios, pues aún unos con otros en la guerra y particulares pasiones son carnicerísimos y vengativos, y no solamente entre ellos son tales, pero aún con despiedad de sí mismos menosprecian las penosas justicias que por sus delictos hacen en ellos los nuestros, como se vé cuando sucede cortarles los piés, que es por poco antes del nacimiento de los dedos, lo cual se hace algunas veces con pujavante, dando golpes en él con martillo, puesto el pié sobre algún leño y otras veces con golpes de machete, que en tales casos es cosa que admira el ver con la constancia y determinación, desden y denuedo, que sin que sea menester atarlos ni tenerlos, ponen libremente el pié sobre el leño, y esperan sin hacer movimiento el golpe del martillo, que da en el pujavante o los golpes del machete, que una manera o de otra se echa a una parte el medio pié y cortado el uno es de notar cuan sin temor ponen luego el otro sin que se lo manden, y como acuden luego a meterlo cortado en el caldero de cebo hirviendo, que está allí aparejado para quemar la cortadura, haciendo lo uno y lo otro con notable tolerancia sin hacer visaje en el rostro que solo muestran demudado, que no sé qué pudo ser mayor el sufrimiento y valor qne escriben del famoso romano Mucio Scévola. Y aún, indio ha habido, que puesto el pié en el madero comenzándoselo a cortar otro indio que hacía el oficio de verdugo con un machete, viendo que se daba mala maña, ha sucedido el quitarle el machete de las manos y cortádose él mismo el pié. Y porque no para aquí el temerario ánimo de aquellos bárbaros, digo, que hubo un indio criado de un capitán que yo no conocí en aquel reino, llamado Luis de Salinas, el cual porque le riñó un día por no haber hecho cierta cosa que le había mandado, se desdeñó de manera, que fué a su casa, y llamó otro indio compañero suyo, y dándole una hacha puso una mano en el umbral de la puerta y le dijo que se la cortase de un golpe, lo cual hizo luego el comedido compañero; y cortada la mano le rogó que la envolviese en un poco de yerba, y que se la

llevase a su amo que estaba en la plaza, y le dijese que buscase quién le sacase oro. El mensajero fué tan puntual en ésto, como había sido obediente en lo primero, pues estando el capitán en una conversación de amigos, llegó y le puso en las manos el presente dándole la embajada, el cual desenvolviendo la yerba y visto la mano, causó a él y a los circunstantes la admiración que es de creer. Pasó luego la palabra de la notable osadía del indio, y sabiéndolo el corregidor, envió luego a prenderlo para ahorcarlo, pero entendiéndolo el amo, envió por otra parte a hacerlo esconder, por haberlo criado en su casa, por lo que no pudo tener efecto el tan merecido castigo.

Otros indios hay también que se ahorcan y se desesperan, como fué uno que estando yo para partir de aquel reino, él mismo se dió garrote al pié de una cruz. Y esto bien podía suceder alguna vez por maltratamiento, pero no se ha de creer que comunmente sea la causa; porque aunque el servicio destos indios es tan ruin y caro, tal cual es a falta de otro mejor lo estiman más los amos y lo sufren y sobrellevan, porque en fin de su trabajo comen y visten como tengo dicho en el Desengaño de las campeadas, por lo que los andan templando y aún regalando lo que pueden, guardándose de darles disgustos; pues sería peligroso el darlo a gente que está tan cerca del poderles volver las espaldas, cuanto de la retirada o huída a sus montes para perderlos de todo punto.

Bien sé que les pesará a los españoles de Chile, que no haya yo sido sabidor como ellos de otros atroces hechos destos indios para traerlos a este propósito; para que sean conocidos sus ánimos basta lo dicho, y lo que tengo referido de sus crueldades en la Relación cuarta.

CAPÍTULO V

Que en los negros no se hallan semejantes malos ánimos

Veamos ahora si por ventura se oyen de los negros en común maldades iguales a las que he apuntado de los indios, no trayéndose a este propósito algún osado delicto que haya cometido algún negro, el cual si se averigua, sería bozal recién traído de la bruta vida de su tierra, en la cual son semejantes a las irracionales bestias, puesto que yo no trato de singulares ánimos para tales hechos de indios, ni de negros, sino de los que en común los tienen malos o buenos. Pues particulares hechos malos aún entre españoles se halla quien los cometa, y otros como ellos de las demás naciones políticas y cristianas de Europa, sin ser bárbaros ni esclavos, pues tengo dicho desde el principio, que hablo en general y no en particular de los indios y de los negros, significando sus inclinaciones; y que las obras que he dicho, no son de indios bárbaros acabados de traer de sus tierras como los negros, porque en la brutalidad dellas poco difieren los unos de los otros, pues hablo de indios adotrinados entre españoles, y aún nacidos y criados en sus mismas casas, en que se descubre cómo de todas maneras siguen su perversa naturaleza.

CAPÍTULO VI

Humor y condición de los indios

Son los indios en común naturalmente melancólicos y taciturnos, por lo cual hablan poquísimo, tanto que a los más ladinos es menester (como se dice) sacarles con garabato las respuestas. Ríense muy de raro, y cuando lo hacen es las más veces de falso. Tiénese a maravilla que haya alguno preguntador de las muchas cosas que ignoran, que deberían ser para ellos exquisitas y nuevas. Saben hacerse de rogar y vender caros, cuando mas ven que sus amos tienen necesidad dellos; desampáranlos en las mayores necesidades: son en todo extremo sujetos al beber, tanto que se topan de noche y de día tendidos por las calles, y para tener que dar por vino, no están muy seguros de muchos dellos las alhajas de las casas de sus amos, para lo cual los que dan en ser ladrones, lo son tanto como borrachos. No son amigos de inquirir secretos, ni de aprender de su voluntad cosa que les aproveche, y si algo aprenden es cuando saben que se gana con ello dinero para comprar vino. Son tristes en el semblante, y la mayor parte de rostros atraidorados. Si obedecen es con zuño. Parece que nunca entra en ellos contento. Por maravilla miran al rostro del español, que habla con ellos. Si beben en presencia de sus amos o de otro cualquier español, es siempre a espaldas vueltas, aunque les den en su mano la bebida. No se abstienen en comer cosas asquerosas y aún ponzoñosas: el más limpio indio o india se come los piojos propios y ajenos cuando se espulgan unos a otros como las monas. Y es de notar que siendo en extremo sucios y groseros en su comer, por la mayor parte se muestran delicados en el tomar con la mano la vianda, porque lo hacen con sólo dos dedos, cerrado con los demás el puño; no sé si esto lo usan sólo en nuestra presencia. No son aficionados a música; cantan todos generalmente a un mismo tono, más triste que alegre; no se aficionan a instrumentos de placer, sino a bélicos, funestos y lastimeros, que son roncos tamboriles y cornetas hechas de canillas de españoles y de otros indios sus enemigos que resuenan con doloroso y triste clamor.

CAPÍTULO VII

Humor y condición de los negros

Los negros son al contrario alegres, risueños, placenteros, chocarreros y decidores, amigos de agradar y dar placer. Aplícanse a nuestras costumbres, como si el haber venido a ser esclavos, hubiera sido para serlo de sólo españoles. Y en todo son mansos, pacíficos y tratables. Son dóciles y ingeniosos amigos de aprender habilidades. Inclinados a cantar,

y entre ellos se hallan muy buenos tonos bajos, y a tocar instrumentos alegres, como sonajas, tamboriles y flautas, y aficionadísimos a guitarras, pues aún en sus tierras las hacen, aunque de estraña forma y manera de tocarlas, fuera del uso de todo instrumento. Son aseados en el vestir y componer sus personas. No son dados a la embriaguez, de manera que se tiendan por las calles, porque son vergonzosos. Presumen, se entonan y hacen piernas. Son más templados que glotones en el comer, en lo que son limpios y en guisar, pues dellos se ven muy buenos cocineros. Y en suma, son en todo leales, fieles y agradecidos.

CAPÍTULO VIII

Efectos de a lo que llega el trabajo o labor de los indios

Ya he dicho en general las calidades y condiciones de los indios y negros, en que se habrá visto bien claro lo que en bondad hacen ventaja los negros a los indios. Resta ahora saber si serán los negros para tanto trabajo como los indios, pues no se podrá llamar en esclavos circunstancia de sus calidades, si no calidad principal, dado que el ser para trabajo, es el fin para que se buscan y compran. Para el cual examen podré excusar el declarar, que tan trabajadores son los indios, pues los tiene tan bien sabido nuestra nación en Chile, que es a lo que mas conviene satisfacer con lo que probare. Y pues tienen tan experimentado lo que en tal caso valen los indios los estancieros o capataces, que son los que más tratan con ellos, dado que aunque sean mestizos o mulatos, y aún sus mismos amos, mil veces pierden la paciencia con ellos, así para sacarlos de sus ranchos o chozas para el trabajo, como para que usen de alguna diligencia en lo que se les manda, lo cual se echa bien de ver en la obra y cuidado de comenzarla tarde y dejarla temprano. Y en fin es en todo tan ruín servicio el de los indios, que por el mismo caso que conocen la necesidad que tienen dellos sus amos, les dan primero mil disgustos, para lo que han de hacer. Y si algún día les inovan algo en ello, comutando una obra en otra, o por alguna urgente necesidad se les alarga cualquiera poca cosa, para lo primero no faltan dificultades, y para lo segundo no basta razón que les obligue a que salgan un punto de su tarea, a semejanza de los camellos que por muy poco que les echan más de su acostumbrada carga, se echan con ella en el suelo, sin que haya remedio de que se levanten hasta que se les quita, ni para que caminen más de la ordinaria jornada aunque los maten a palos.



CAPÍTULO IX

Si los negros son esclavos para trabajo

En cuanto a los negros digo, que aunque en Chile tienen hecha experiencia de su trabajo, con todo ello para que se conozca cuanto más son para él los negros que los indios podrá servir de muchos ejemplos sólo uno que daré, porque no siento que se pueda hallar otro de más prueba para acreditar los negros de grandes trabajadores, diciendo que tengo para mí que en ninguna parte se compran tantos, ni se aprovechan más de su trabajo que en el Brasil, ni aún entiendo que son más maltratados, pues ni les dan sus amos de vestir ni de comer, ni aún lugar para dormir, siendo solo liberales con ellos en darles castigo harto inhumano: excesos todos nacidos de la avaricia en lo que saben bien los desapasionados y ajenos della en la misma tierra la necesidad que hay de ponerse remedio en esto; pues en fin son prójimos y cristianos, y que en su tierra ni fuera della el más nocivo es innocente y manso en el hacer mal a los españoles respeto de los indios de Chile. Digo, pues, que en el Brasil se vé usar los negros de todo el trabajo que pueden sufrir cuerpos humanos, a causa de que aunque en aquel estado los ocupan en los oficios que diré, y principalmente los aplican en el trabajo de los muchos ingenios de azúcar que hay en toda aquella tierra, es de notar que aún las noches dedicadas para el reposo de todo animal, a ellos no se les concede, pues se les señala las mismas tareas para ellas, que para los días, donde es cosa maravillosa el ver los negros estar trabajando en pié moliendo la caña de azúcar sin parar, y junto con ello durmiendo, que parecerá a quien no lo hubiere visto cosa que repugna a todo natural uso.

Indios hay esclavos en aquel estado de aquellos camineros y belicosos de la misma tierra, aunque en cuanto a valientes son ovejas respeto de los de Chile, que para lo que toca al trabajo estiman en más los portugueses un negro que cuatro indios, que es razón que confirma el ser los negros para mucho trabajo. Y no sólo se lo dan a los negros en lo que he dicho, pero a otros en andar días y noches en barcones tragineros a que los alquilan cargando y descargando navíos, y asimismo serviendo de mulas de alquiler para llevar pocas o muchas leguas y a bien apresurado paso, hombres en hamacas, que son unas blanquísimas redes de algodón en que los llevan tendidos, que atadas por los dos extremos de los remates de un grueso y liviano palo, y en el medio flojas, llevan un hombre entre dos negros cargando los cabos del grueso palo sobre los desnudos hombros, pendiendo una red o hamaca y persona que en ella va asentada o echada; y de tal manera caminan con ella con tan apresurado paso, que no les queda hueso a los negros, que no haga prueba de lo que pudieran si fueran de hierro.

Y porque dije arriba que junto con el trabajo no dan los amos de comer a los negros, digo que usan con ellos de la avaricia que he dicho, los

señores de ingenios de azúcar, porque tanto más les crezcan las rentas dellos, ahorrando el dar de comer a doscientos o trescientos negros, que sustenta cada ingenio, y así viéndose apurados de hambre, van a buscar las siestas, yerbas y frutos silvestres para sustentarse, y las noches andan a hurtar no sólo puesto a mal recaudo, pero trepanan o horadan las paredes de las casas de los pueblos para robarlas; con que todos viven en aquella tierra con recato y cuidado de los negros, sin que se ponga remedio en ello, porque son los ricos los señores de los ingenios. Muchos de los cuales negros se huyen a los espesos montes, porque saben que no empeorando en ellos de comida, se ahorran el trabajo y castigo de sus amos, porque no hay señor de negros que no tenga buena parte dellos, hechos salvajes en los montes respeto del número que sustenta.

Esto bastará para que dello se pueda conjecturar, que serán los negros esclavos de más trabajo que los indios de Chilo. Los cuales negros a buen seguro que servirían con más voluntad en Chile, donde en comparación de los del Brasil son los trabajos, no sólo moderados pero muy livianos, y donde a lo menos no les faltará el comer en tierra que tan poco cuesta, y tanto sobra de las fronteras adentro a donde ellos han de estar, por lo que le fuera partido al que se sirviera en Chile de los negros que he dicho del Brasil.

CAPÍTULO X

Qué causas hay para que en Chile no se huigan los negros al monte como en otras partes

Algunas razones hallo a mi parecer bastantes, para que los negros no tengan ocasión de huirse al monte en Chile como hacen en otras partes.

La primera de las cuales es, que no son los trabajos en que los han de emplear en aquella tierra tan intolerables, que su demasiada carga les ocasione a huir dellos; pues no hay hombre tan desconsiderado que no repare en ver, que no menos en su hacienda los negros comprados (donde se venden a tan subido precio como diré) cuanto lo es la misma hacienda que han de beneficiar. Por lo cual será propio interés de los amos el conservar sus esclavos con proporcionado trabajo, que es el que dura, por lo que los han de dar lugar para que lo que obraren sea con gusto sin apurarles con excesivas demasías.

La segunda, que el reino de Chile es tan barato de mantenimientos fuera de la guerra donde ellos han de servir, que casi son de balde (como ya dije) y por ello no les ha de faltar el necesario sustento y aún mucho más. Y pues es lo que principalmente ayudaba a llevar cualquier trabajo, cierto es que lo han de tomar con gana, para no tener por ello ocasión de huirse.

La tercera, que siendo naturalmente los negros friolengos, no dejarán el poblado por los desabrigados montes de tierra fría, pues las partes a

donde se pueden huir, o ha de ser la Cordillera entre la nieve, o a mayor altura de tierra, partes que son siempre más frías que la que habitan los españoles, y que no les ha de ser tan conforme a su natural, como el Pirú y Brasil a los que allá se huyen por ser tierras calidísimas y sin invierno, donde pueden andar desnudos por los montes, como lo hacen en su natural tierra. Demás de que cuando bien se huían en Chile a las dichas tierras frías, en rompiéndoseles el vestido que llevaren, es imposible el conservarse en tan riguroso temple. Y cuando alguno o algunos intentasen el querer hacer experiencia de la vida campestre, dejado a parte lo que les obligaría el frío a retirarse, el acordarse de domésticas y sobradas comidas, les haría fuerza a no permanecer en vida do no habían de tener tantas ni de tanta sustancia como las que comían en sus casas de sus amos, lo que no tienen que echar menos los negros que se huyen en el Brasil.

Pues supuesto que se fuesen al monte en tiempo que hallasen indios de guerra, harían muy mala vida con ellos, porque los negros naturalmente aborrecen a los indios y los estiman en poco, y habíanse de querer servir los indios dellos, cosa que no llevarían bien los negros, especialmente que tienen entendido y no se engañan, que los indios se los comerían, y cuando hubiesen de vivir con ellos, no les podrían dar los indios el vestir mas abrigado del que ellos mismos usan, como acostumbrados a él, que para los negros no sería suficiente, puesto que el indio que más ropa trae, como tengo dicho en otras partes, anda en piernas y descalzo con solo unos pañetes, y de la cinta arriba vestida sobre las carnes una sencilla camiseta o almilla delgada como una carpeta de lana dejando los brazos desnudos, que para lo que sienten los negros el frío, fuera lo mismo que andar en carnes.

Finalmente, cuando lo que digo del no tener causas los negros en Chile para huirse, tuviese contradiciones, débese tener en lo general tal estilo en la conservación de los negros, que en cada pueblo o distrito señalado, se les dé iglesia donde sustenten y administren cofradía, porque las fiestas las tengan ocupadas en ejercicios de devoción con sacerdote que les señale el obispo de la diócesis que les diga misa, de manera que en esto y en sus procesiones anden a tiempos ocupados los días de fiesta, y a tiempos también los mismos días se les dé lugar para sus bailes y danzas y pasatiempos, que no son perjudiciales, ni de borracheras como las de los indios, que aunque lo primero que dije es de obligación el imponerlos en ellos para que sean como deben cristianos, a lo que ellos se aplican con la voluntad que tengo mostrado; lo segundo ha de servir de cebo para que tomen amor a la vida en que les ocuparen en servicio de sus amos, siguiéndola con aficion y gusto, porque de tal manera no la trocaran por otra ninguna. Y cuando con todo esto presupongo que se huiga alguno, no se perderá mucho de vista por lo dicho. No será de maravillar, pues no hay género de esclavos seguros de fuga, mayormente que el suceso que en esto hubiere en los esclavos negros, no igualará con el de los esclavos indios que es sin esperanza de cobrarlos.

CAPÍTULO IX

Si es temple saludable para los negros el de la tierra de Chile

No creo que me ha quedado cosa de las importantes que poder decir para la suficiencia y seguridad de los negros, si no es solamente averiguar, si será favorable el temple de la tierra de Chile a su complesión para poder permanecer en ella, así en la duración de la vida, como en la conservación de la salud, que son dos cosas que más deben importar en los esclavos. Para lo cual digo, que aunque los negros son nacidos en tierra tan cálida, que no consiente algún género de vestido, con todo ello bien sabemos lo mucho que se conservan aún en las tierras más frías de nuestra España y aún fuera della en otra mayor altura, así como las monas y papagayos, según lo cual siendo lo habitado del reino de Chile más templado que España, pues por maravilla nieva en él, aunque se vé nevar en su vecina cordillera, síguese que más templado clima será para los negros el de aquella tierra, que el de España. Más porque no tiene tanta fuerza esta conjetura, ni satisface ni desengaña tanto como la experiencia, sepamos como lo pasan en aquel reino los negros, que al presente hay en él, pues no son tan pocos que no pueda aprovechar para lo que es este argumento. Para lo cual digo, que como ha algunos años que nuestros españoles han tenido poca confianza de la seguridad de los indios, hubo algunos advertidos al principio que compraron negros, y como aprobaban bien en aquella tierra, vino de aquí a que otros se fueron animando a comprar otros, de manera que por estar ya ciertos de cuan conforme y saludable les es aquel temple, y juntamente han ido conociendo cuanto mejor les es el servicio de los negros que el de los indios, a los cuales negros tienen los nuestros por propios, y a los indios como prestado por su poca seguridad, así de mano en mano se van empeñando para comprar negros, hasta enviar por ellos al Río de la Plata, con haber cerca de trecientas leguas de camino de tierra, como lo hacía un alguacil mayor de la ciudad de Santiago llamado Alonso del Campo y otros, de manera que estiman ya tanto el servicio de los negros por la poca estabilidad de los indios, que es la cosa de que más se trata. Y aunque otros tienen mayor número de negros, me acuerdo de ver *(sic)* un mercader, no de los más hacendados de aquel reino, llamado Martín García, que demás de otros negros que tenía también a su servicio, lo acompañaban diez dellos las fiestas todos vestidos de paño azul, librea que no cuesta poco en aquella tierra. De los cuales negros se van apercebiendo, porque ven cuan seguros y leales son, haciendo una cuenta, que cuando les falte el servicio de los inconstantes indios, les quedará el firme y seguro de los negros, con quien descansan más los amos, y los gobiernan con menos trabajo, por ser más humildes, mas tímidos y en todo mas bien mandados que los indios, y los españoles teniéndolos en sus casas, duermen sin el recelo que tienen de los indios. Demás de que son los negros tanto mas capaces de razón que ellos, cuanto se manifiesta

en que algunos españoles de los que tienen cantidad de indios encomendados o esclavos en sus labranzas, les dan por capataz un solo negro para que los gobierne a todos, y les reparta las tareas de sus ejercicios en los cortijos, estancias o alquerías donde los tienen todos, los cuales indios obedecen y respetan aquel solo negro. Aunque es verdad que no todos los negros son a propósito para saber tener tal cuenta y razón, por lo que se aventajan unos más que otros en ser de más recaudo.

Con lo dicho queda probado ser no sólo favorable el temple de aquella ierra para los negros, pero aún más que para los indios con ser su natural tierra. Lo que no es de maravillar, pues los españoles idos a aquellas provincias, como tengo dicho en la excelencia de aquel reino, es cosa averiguada que se conservan más sanos generalmente, y viven más larga vida que los que allá descienden dellos.

CAPÍTULO XII

Qué medio se podrá tener para que nuestros españoles puedan ser cómodamente proveídos de esclavos negros

Paréceme que he bien especificado las partes y condiciones de los indios encomendados, yanaconas y esclavos, que toda esta ruín casta es la familia que martiriza y tiene en cuidado a nuestros españoles con su caro servicio, y juntamente he dado a entender lo que he conocido de los humores de los negros, que a buen seguro que cuando no fueran tan aventajadas y agradables sus partes propuestas en tan oportuna ocasión, ternán los nuestros por muy acertado el hacer con ellos conchavo (como allá dicen) trocando por los negros sus indios, por lo que no dudo de que serán los negros bien recebidos en Chile. Mas porque solo los que tienen más posibilidad en aquella tierra, podrán tener medios para proveerse dellos, como lo han comenzado a hacer. según tengo dicho, ninguna cosa habrá aprovechado a los que poco pueden, lo que me he detenido en abonarles los negros, si no doy orden o traza, por donde se puedan proveer de los que les bastare, para pasar la vida con alguna comodidad; pues será ya tiempo que puedan dormir seguros de la inquietud y cuidado que causan tan desconocidos y sospechosos huéspedes, como lo son los indios, por lo que y por las demás razones que tengo dadas, no será menos importante este socorro, aunque negro, en la presente sazón, que cuantos se han enviado de blancos a aquel reino para continuar su conquista. Y pues sólo Su Magestad es a quien principalmente ha convenido que hayan ido como quien solo ha podido enviarlos con celo de socorrer sus necesitados vasallos, y juntamente dar fin a aquella guerra, de la misma manera también sólo Su Magestad podrá y estará obligado a enviar este alivio y descanso a su pueblo, por el modo que aquí facilitaré. Pues será también importante para mudar aquella guarnición amotinada y peligrosa, que son los esclavos indios, pues tal se puede llamar gente tan mal intencionada, considerando que es el único medio que sólo hay



para limpiar della aquel reino (como diré), y gozarle Su Magestad con seguridad, y sus vasallos con el descanso y quietud de que tantos años há que carecen.

Para esta obra tan útil digo ante todas cosas, que no ha de intervenir algún gasto de la Real Hacienda, pues antes ha de ganar en ella, dado que sólo ha de consistir esta ayuda y favor en una permisión que Su Magestad dé para que por su cuenta entren por el Río de la Plata y Buenos Aires navíos cargados de negros, de la manera que se les ha solido dar licencia a particulares mercaderes para meterlos por aquel puerto, de donde se han llevado a vender a Potosí y otras partes del Pirú harto más apartadas que Chile, en las cuales tienen más precio los negros que en otra ninguna de las Indias. Y porque poco menos valor tienen en Chile, a donde comunmente se vende cada negro bozal a doscientos y cincuenta y a trescientos pesos de a ocho reales, y a más según la bondad de los negros, del cual precio no sólo habrá para restaurar la principal compra que se hubiere hecho dellos en la costa de Guinea, donde valen de cuarenta a cincuenta pesos cada uno, pero habrá para poderse pagar los fletes y demás costas que hubieren hecho hasta ponerlos en Chile, y sobrará mucho dinero. Podránse llevar desde el desembarcadero del Río de la Plata y Buenos Aires por tierra a Chile, que hay menos de trescientas leguas de la manera que los llevan los mercaderes de Chile que he dicho. Desde el cual Río de la Plata se llevan también por tierra, como dije, a Potosí, que hay más de quinientas leguas también por tierra; donde llegados a Chile muy gran parte de los negros pagarán al principio de contado, los que tuvieren posibilidad, y a los que no la tuvieren, se podrá fiar para los plazos que se obligarán debajo de fianzas. Lo cual se podrá hacer con intervención de la nueva Real Audiencia, o de otros ministros, que para esta comisión se diputaren, según mejor se asentare la orden para ello; de manera que todos se vayan remediando con los negros, lo cual ternán a muy grande alivio, y habrá siempre dellos muy buena venta por muchos que se metieren en aquel reino, ni que falte jamás quien los compre. En lo cual demás de que haría Su Magestad tantas particulares buenas obras con un tal principal beneficio a la prosecución de aquella conquista, terná remedio y facilidad la urgente necesidad que hay de que se eximan los nuestros de los esclavos indios, cuya general rebelión de su gran número en aquella tierra sería la destrucción total de aquel reino dándose la mano con los de guerra. Demás de que no ha de perder nada (como he dicho) la Real Hacienda en mandar enviar esta tan importante provisión a aquel reino, sino ganar mucho en ello, considerada la mucha diferencia que tengo dicho de los precios de a donde se han de comprar los negros, a aquella a donde se han de vender. Y que pues en ello ganan los particulares mercaderes, que tienen por granjería el enviar desde Chile por los negros hasta el Río de la Plata con la costa que se puede considerar de tan largo camino (como ya dije), averiguada cosa es que ganará mucho más la Real Hacienda en ella, llevándose por cuenta de Su Magestad, que tiene todos los medios de su parte para ello, que le han de excusar las costas que hacen los particulares que dije.

EJECUCION TERCERA[1]

En qué cosas han de ser más amparados los indios encomendados, y la órden que se ha de tener con los amigos soldados, y cuán importantes son a nuestros españoles los unos en la paz y los otros en la guerra

CAPÍTULO I

Cuán grande beneficio será para el amparo y conservación de los indios encomendados el darles un solo juez, y de qué manera lo podrán tener

Bien sabemos cuán dificultoso es el poderse sustentar ninguna república sin la ayuda de labradores: solamente lo son en el reino de Chile los indios de paz encomendados, porque los españoles idos de España a aquellas provincias, aunque más haya entre ellos de los que en su tierra hacían tal oficio, no van allá con pensamientos tan humildes, que le pase por el pensamiento el volverlo a ser en aquellas partes; y como los que dellos allá decienden, en su vida vieron a españoles ocuparse en ejercicios de tal jaez, piensan que en todo el mundo pasa lo que hallaron en el suyo desde que nacieron. Quiero decir, que tienen por cierto que en todas partes se sirven de indios o esclavos, así en el ministerio de la cultura del campo, como en las crianzas o beneficio de los ganados y otros oficios de jornal. De donde nace el maravillarse mucho aquellos criollos que después vienen a España cuando llegados a ella ven a españoles arar, cavar, segar o guardar ganado. He dicho esto para que se vea de cuanta importancia son en aquel reino los indios de paz encomendados, pues generalmente todos nuestros españoles comen del labor y trabajo de sus manos, y sustentan con su sudor todo lo que en el Desengaño de las campeadas tengo referido. Y pues reciben de los indios de paz tan señalados y no excusados beneficios, fuera de los cuales aún bastaba para obligar a los nuestros a procurar tenerlos gratos al ver que no son (como pudie-

1 El camino que se ha de tener para conducir los negros a Chile, y el remedio contra los fraudes que en ello puede haber, se declara adelante.

ran) del número de los que tanta guerra les hacen, según la cual deuda será muy debido que se ponga cuidado en su conservación y amparo. Para lo cual yo hallo, que aquello de que hay más necesidad que se provea, y aquello en que se les puede hacer mayor beneficio, es en lo que toca a su justicia, porque dudo que tengan jamás los indios encomendados seguro recurso, a donde con la rectitud que se debe sean oídos en sus agravios, y se les haga la justicia, que no deja de padecer su parte en tanto que esté remitida a jueces que tengan a cargo otro gobierno público; porque siempre se ha tenido la causa de los indios por accesoria y las demás a su respeto por principales, por lo que les es mucho peor administrada cuando tienen diferentes jueces que conozcan de su justicia, causa para que en ninguno la hallen cumplida. Digo esto, porque entre el Gobernador, el teniente general y el protector general que llaman de los naturales (que es de los mismos indios) los corregidores de los pueblos y de los partidos de los indios, y aún los administradores entre todos estos que he dicho, está repartida esta jurisdición de los naturales. Por lo que el particular juez que sólo había de ser (que es el protector dellos), no la tiene por entero reducida en sí, que todo viene a redundar en daño de los indios, y el mismo protector viene a no tener más de solamente el nombre de tal protector, con el salario del sudor de los indios, harto más cierto y seguro, que la debida administración de su cargo. Lo que convendría es que solo se les dé un conocido y particular juez, que no tenga a cargo más de la jurisdición general de los indios de paz de aquel reino, eceto la de aquellos que llamamos amigos, que sirven en la guerra (de quien diré después), a los cuales indios de paz se les dé a entender y conocer donde han de tener su tribunal, a donde han de ser oídos y desagraviados.

CAPÍTULO II

Que sólo el protector debe ser supremo juez de los naturales, y qué partes y autoridad debe tener para serlo

El protector de los naturales debe ser sólo el juez de los indios de paz, elegido por el Virey del Pirú y por término de tres años, pues Lima, donde reside el Virey, está tan cerca de Chile de donde se debe enviar, y esto se hará porque sin mirar a respetos ni a contemplaciones de amigos ni parientes, pueda como forastero, rectamente administrar justicia; pues por tal consideración se proveen en las ciudades de España y de otras provincias las justicias de fuera dellas, cosa que no importará poco en Chile. Debe tener su asesor o lugar-teniente letrado, que sepa la lengua de los indios de Chile, y en su poder las órdenes reales que están declaradas en lo que toca a los tributos de los indios y demás cosas a ellos pertenecientes.

Que traigan vara el protector con su asesor o teniente, y tenga dos alguaciles con ellas, que con él tengan autoridad para poder prender al

que cometiere delicto contra algún indio o indios, y asimismo a ellos en lo que delinquieren.

Que todos los indios de paz que sirven a sus encomenderos, yanaconas y esclavos, estén sujetos a la jurisdición del protector.

Que puedan apelar a la Real Audiencia de Chile los españoles, que tuvieren alguna sentencia en el tribunal del Protector, pareciéndoles se les hace agravios.

Que se les señale al protector y ministros el salario conveniente de las haciendas de los mismos indios que administran, como es costumbre, o como mejor pareciere.

Que cumplido el plazo referido de la administración del cargo del Protector y sus ministros, les tome residencia la Real Audiencia de Chile.

Que se publique una muy rigurosa pena para el que hiciere alguna ofensa a indios, por razón de haberse querellado de cualquier agravio, cosa que será bien necesaria.

Todas las referidas circunstancias son importantísimas para la recta administración de la justicia de los naturales, pues debe ser tenida en cuenta de una particular república, considerada el ser tan importante a aquel reino, como tengo mostrado. Porque hasta ahora el más señalado juez que tienen los indios de su parte, es sola una particular persona de capa y espada, sin vara, teniente ni otros ministros, y sin residencia; pues sólo le toma cuentas el que le sucede en el oficio, siendo todos de una tierra, todos conocidos y compadres, que es el protector que dije, el cual elige el Gobernador con título de protector general de los naturales con seiscientos pesos de oro cada año de salario, que son de a diez y seis reales, el cual cobra de las mismas haciendas que administra de los indios, oficio codiciado de muchos: podría ser que fuese, por ser mas provechoso para el cuerpo que para el alma; y junto con ello tienen los indios todos los demás jueces que dije al principio.

Con lo que he mostrado, evitará Su Magestad muchos agravios de la máquina más oculta y solapada en que más se podrá descargar la conciencia de Su Magestad en aquel reino, que será lo que a mi ver les bastará a los indios y será mas debido que el hacerles exentos del servicio personal. Para la justificación de lo cual, me ofrecería a dar bastantes y suficientes razones, siéndome pedidas.

CAPÍTULO III

Que es imposible acabarse la guerra entre los rebelados, sin ayuda de aquella parte de indios que son nuestros amigos, y que no deben ser en demasía

Siete medios hallo que son necesarios para la particular prosecución de la conquista de Chile, tan importantes, que si faltase cualquiera dellos, tengo por imposible que jamás pueda tener fin de buen suceso. Los cuales medios son:

Gobernador de experiencia.
Ministros soldados.
Cuidado.
Españoles bien sustentados.
Indios amigos desagraviados.
Caballos.
Y frontera de fuertes bien guarnecida.

Y porque sólo se puede dejar de entender entre todos estos indios la importancia de el de los indios amigos desagraviados que dije, por ser de lo que hasta ahora menos he tratado, aunque es entre los referidos medios uno de los más principales, me ha parecido dar a entender como no sólo es necesario su medio en aquella guerra, pero inexcusable y forzoso en la manera que diré, haciendo para ello un símil o comparación que será del cuerpo humano al cuerpo de la gente española que asiste en la conquista de Chile, diciendo que así como el cuerpo humano un poco de veneno no le mata, porque veneno es lo que se da en las purgas, y por ser cantidad proporcionada al buen efecto que se pretende que haga, viene a que no solo no daña, pero es eficaz remedio para recuperar la salud perdida, y por consecuencia es también parte para conservarla y alargar la vida, por manera que los indios de Chile son en general semejantes al veneno, pues supuesto que dándonos la paz se la recebiésemos a todos los rebelados, considerada la fortaleza de su tierra, sería peligrosa la demasía de toda su cantidad superior y cuidadosa en hacer daño al descuidado cuerpo de nuestra gente en la confianza de su paz, y al contrario, una parte moderada de todo el veneno (como llamo al número entero de los indios) será un medio tan provechoso al cuerpo de nuestros españoles, que con él podrán no sólo prometerse el recuperar lo perdido de aquel reino, pero el acabarlo de ganar del todo y gozarlo con seguridad. Y para mostrar de cuan grande importancia será, considerado que los esenciales proveimientos que se hacen para la prosecución de la conquista de Chile son:

El dinero;
La gente española;
Las armas;
Los caballos;

Y el bastimento general para todo, que son los nervios que se requieren para acabar cualquiera dificultosa guerra. Digo, que para la de Chile serán vanos e inútiles, consideradas las dificultades de su conquista que tengo bien declaradas, si también con ellos no se junta la referida cantidad proporcionada de indios, cuya inexcusable ayuda me conviene decir para cuantas cosas nos es, no sólo útil y necesaria en aquella guerra, pero tan forzosa cuanto se verá por las cosas en que nos aprovechan y ayudan, que son las que se siguen.

CAPÍTULO IV

En cuantas cosas son útiles y provechosos a los nuestros en la guerra los indios amigos

Los indios amigos en la cantidad dicha, lo primero, sustentan en la guerra nuestros caballos, son los que fabrican nuestros fuertes y barracas, y los que atrinchean y fortalecen nuestros cuarteles. Son seguros y diligentes mensageros para despachar cartas por tierras peligrosas, en casos de avisos importantes. Pasan a nado caudalosos ríos, sin mojar las cartas, llevándolas levantadas en alto con la mano o palo hendido. Son los más capitales enemigos que tienen los indios rebelados o de guerra, y de quien reciben los mismos rebelados mayores ofensas, demás de ser con ellos cruelísimos, porque como ladrones de casa, saben la tierra y a donde los han de hallar. Son sueltos y diestros en andar por los montes como criados en ellos, a donde siguen y dan alcance a los contrarios, mejor que nuestros españoles, a los cuales son diestras y seguras guías en sus corredurías y trasnochadas. Abren pasos con hachas a nuestro campo, haciendo camino en lo cerrado de boscaje. Son fieles centinelas y atalayas en las emboscadas que hacen nuestros españoles, y en las que ellos ponen, son muy sufridos y cuidadosos. No hay langosta, tempestad, ni el mismo fuego que así destruya y abrase las mieses y casas de los enemigos, cuanto lo son ellos cuando marchan por sus tierras; y en suma, pelean con valor hasta morir por los nuestros. Todos estos oficios hacen estos amigos en nuestra ayuda y favor, especialmente si no se les hacen agravios de nuestra parte. De los cuales oficios saben nuestros españoles que si en cualquiera dellos faltasen, no sería posible suplir ellos su falta ni otra ninguna gente.

Esto digo para que se considere qué efectos no se harán de nuestra parte, si en todo lo referido nos ayudan estos amigos. Acerca de lo cual quiero hacer una consideración, por lo mucho que me causa maravilla en aquella tierra, la cual es el ver que teniendo los indios de Chile por tan grandes enemigos a los españoles por razón de serles extranjeros, y lo que solicitan el privarlos de la libertad de su larga y viciosa vida en que están criados en su misma tierra, en cuya defensa son tan prontos en unirse y juntarse contra los nuestros, todos de un corazón y de una voluntad, sin cabeza que para ello les mueva y rija o gobierne; es cosa que admira, que tras todo esto, en indios que tan mal nos quieren, defendiendo entre todos una misma causa, pues a todos igualmente comprende, haya parte dellos que de su voluntad, no sólo se contente de pasarse de nuestra parte, pero tan en nuestro favor y ayuda, que negando su misma nación, amigos y parientes, les hagan tan cruel guerra cuanto tengo referido. Y sobre todo, es mucho más de considerar que siendo aquella nación de su natural, en todo extrema, falsa y engañosa, sin honra y sin palabra, y tan traidora a los suyos mismos, con todo ello hace

el oficio que he dicho entre los nuestros, guardándonos tanta lealtad y fe, que con haber habido de nuestra parte destos amigos en nuestra ayuda desde que se comenzó aquella guerra, a tiempos tan grande número dellos que excedía con gran demasía al de nuestros españoles, no se sabe hasta ahora que hayan vuelto las armas contra los nuestros, acompañándolos en la guerra, donde ven cada día mil ocasiones de descuidos en nuestra gente cansada y dormida, confiada en su lealtad, así de noche como de día, entre sus espesos montes de las tierras de guerra, donde podían, muy a su salvo, en un repentino acometimiento, hacer la suerte que quisiesen en los nuestros, y ponerse luego en cobro, contrariedades que yo no hallo razón en qué fundarlas, sino es decir, que es uno de los misterios por donde Dios favorece los españoles en aquella guerra con especial amparo. Y vuelto a mi propósito digo que tengo por imposible el poder conquistar aquel reino toda la potencia de España, sin la ayuda que tenemos en aquellos naturales. Porque las razones que yo podré dar para las causas que pueden obligarlos a hacer lo que vemos, no me parecen bastantemente poderosas para vencer su mala naturaleza y causas que tienen para aborrecernos. Con todo lo cual diré las que presumo, que los pueden obligar a lo que he dicho, aunque en otras partes las he apuntado para lo que conviene que se sepa, que es aquella nación (según entiendo) la que en el mundo tiene más amor a su tierra, y junto con ella, siendo tan esforzada en defenderla, es por extremo medrosa para salir della; pues son en esto tan pusilánimes que les parece que si de su tierra (digo de aquel reino) hiciesen ausencia, la habían de hacer también del mundo; porque tienen creído que luego se han de morir. Deste amor que tienen a su patria, les nace el tenerlo cada uno tan grande a su particular districto donde se ha criado, que el tiempo que se hallan ausentes dél, vienen como colgados de los cabellos, especialmente cuando por razón de andar rebelados, se hallan en tierras de otros dueños, donde ven que al fin son mirados y aún tratados de los otros en sus tierras como forasteros y huéspedes en casa ajena (que no ha sido la menor razón que en su rebelión los ha ido obligando a mostrar el valor que se ha visto en recuperar, como lo han hecho, tantas partes de las tierras que los nuestros les tenían ganadas) y como a aquellos indios a los cuales les ha faltado por cobrar las que al presente les tienen los nuestros, que es lo que les ha quedado en posesión, les dan los demás indios mil baldones, diciendo, que no han sido para tanto como ellos en saber restaurar sus tierras, y que hasta cuando piensan que los han de tener en las suyas. Demás de lo cual, como pasan todos la vida en ociosidad, y en lo que más la emplean es en los bailes y borracheras, donde no dejan, aunque bárbaros, de tener sus puntos en las preeminencias de sus asientos o lugares que en ellas ocupan. En estas ocasiones es donde menosprecian los forasteros, y donde se hallan ellos en tales tiempos corridos, y otras veces sentidos, así por despreciarlos en los dichos asientos, como por títulos que les suelen dar de cobardes. De aquí nace, pues, a mi ver, que viéndose tan desestimados en tierras ajenas, juntándoseles con esto el natural amor y recordación de las donde nacieron y se criaron, todas las cuales razones les obliga a resolverse a pasarse de nuestra parte a gozar

de sus propias tierras, teniendo por mejor el verse restituídos en ellas sirviendo a sus enemigos, que sufrir de los suyos tales denuestos. De todo lo cual, como si hubiesen mudado de naturaleza y ley con los suyos, toman venganza en hacerles cruel guerra como renegados, ayudando a los nuestros con la fidelidad y constancia que he dicho, como hombres resueltos a pasar la vida ya sin la amistad y comunicación de los suyos que sustentan la guerra, contentándose de no querer, mas bien que gozar de sus tan amadas sierras, las cuales la mayor parte son de las nuestras que hacen frontera con la de los enemigos. Aquí se ha de notar una cosa que debe ser entendida, y es que aquellos indios de tal manera reducidos, que poseen sus tierras entre los nuestros, dó tienen sus familias y asiento de propósito, cuanto más cercano viven de los nuestros, tanto más les guardan mayor lealtad, como hombres que tienen sus tan caras prendas en nuestro poder, y para gozar dellas procuran acreditarse mostrándolo en la guerra en nuestra ayuda contra los rebelados, donde les hacen las obras que tengo referidas, haciéndose aborrecer de los que permanecen rebelados. He dicho esto para que se entienda la razón, porque son estos tales indios los de mayor confianza, y los que nunca han vuelto las armas contra nosotros, a los cuales llamamos amigos; porque otros indios dan también la paz, que son de tierras no tan vecinas a las nuestras, como las de los que he dicho, de los cuales no se hace tanta confianza, y así se ha de entender también que los indios más belicosos de aquel reino son aquellos que participan más de nuestra comunicación y disciplina, que son los que dije son mas nuestros vecinos. Y por esta misma razón, y también por la que a ella debe de ayudar la diferencia de climas de tierra, vienen a ser menos osados los que más distan de nuestra frontera la vuelta del Sur, según dije donde traté la segunda mudada de nuestra frontera. Y volviendo a los amigos más vecinos, digo, que por ello son en extremo temidos de los rebelados, contra los cuales son atrevidos y arriesgados, donde se ven, y los he visto muchas veces, no sólo recibir y dar heridas, pero morir peleando con valor en diversas partes al calor de los nuestros y aún apartados dellos, a cuyos rebatos o armas que se tocan salen con maravillosa presteza, dó se arrojan entre los enemigos con grande ánimo y valor. Finalmente, digo, que hacen en defensa nuestra todo cuanto pueden hacer los rebelados en la de su patria, por lo que soldados que tal prueba hacen de su esfuerzo, contándonos que tanto más acometen y se empeñan en las ocasiones, cuanto menos son agraviados de los nuestros, justo será el procurar tenerlos contentos, defendiéndolos también nosotros a ellos y amparándolos, estorbando las demasías que entre los nuestros les suelen hacer, especialmente mestizos, por ser gente, aunque indiana y bárbara, que siente en extremo las sinrazones y agravios, porque no ignoran lo que nos importa en aquella guerra su ayuda, y el ver que no la estimamos, haciendo por los nuestros tanto cuanto es morir por ellos. Por lo que no dejan de desdeñarse entibiándose en las ocasiones, como yo lo he visto, de manera que vuelven sus veras en burlas, yendo a la guerra con los nuestros, más por cumplimiento, que con el usado ánimo de hacer con los suyos lo que de otra manera hicieran tan en nuestro provecho. También se ha de enten-

der que demás de estos indios reducidos a nuestra amistad que nos sirven de amigos, hay otros que juntos con ellos hacen el mismo oficio, que nunca se rebelaron, por tener sus tierras más al calor de los nuestros, metidas entre los presidios de nuestras fronteras, con los cuales no pudieron tanto los de la general rebelión, que hiciesen que se rebelasen con ellos como a los primeros que dije, que aunque nuestros vecinos alindan también sus tierras con las de los rebelados y fueron desamparados de algunos presidios nuestros, que se retiraron más temprano de lo que debieran en la ocasión de la rebelión, y por ello les fué fuerza el rebelarse, y estos tales, vueltos a reducir, vuelven también a ser tan fieles amigos como de antes, así como lo hicieron los coyuncheses y otras parcialidades.

Todo lo que hasta aquí he referido destos indios amigos, ha sido para que se conozca por entero, que sin la ayuda de los indios no será posible jamás acabarse la guerra de los indios, ni ser de provecho todos los demás medios que en ella se ponen, sin el de los amigos. Por lo cual en favor de soldados tan importantes, razón será que diga el que se les debe hacer en su amparo, que aunque no será a medida de lo que merecen, será el que les ha de bastar como a indios para tenerlos contentos, y para que renueven el ánimo y brío entibiado, viendo que, defendiéndolos, estimamos sus servicios. Cuya falta de estimación sé que los tiene al presente no poco desconsolados y aborridos, y aún a peligro de pasarse a los de guerra, donde por ser tan valientes, no hay duda en que se reconciliarían tan presto con los rebelados, cuanto estimarían su importante socorro. Pues está llano, que no harán mucho de estimar los de su misma nación, considerado que se valen y favorecen para contra nosotros, de los fugitivos españoles que de nuestra parte se pasan a ellos (con aborrecerlos en todo extremo) como se valdrían de cualesquiera hombres de mundo, que supiesen eran nuestros enemigos, pues demás de las causas que tengo dicho que tendrían para estimar sus indios, los estimarían mucho más por la falta que tienen bien conocido que nos habían de hacer.

He anticipado a los apuntamientos que se siguen, la importancia destos indios amigos en aquella guerra, por lo que ha de pertenecer a ellos la mayor parte de lo que en los mismos apuntamientos dijere, para que se vea la justificada razón en que fundo lo que digo converná se haga con ellos, pues he dicho también hasta aquí mi parecer de las demás cosas importantes de aquel reino. Con lo que habrá sabido Su Magestad que tiene en aquellos indios amigos los soldados más baratos del mundo, para con su ayuda dar fin a aquella conquista, pues ni llevan algún sueldo, ni aún hay necesidad de cuidar de su sustento, haciéndose con ellos lo que diré, que será un gasto mucho más liviano del que otros han propuesto, con el cual se conservarán contentísimos, según se verá en los apuntamientos que se siguen.



EJECUCION CUARTA

Apuntamientos militares con las razones de lo que han de importar, por cuyo medio podrá quedar el reino de Chile generalmente pacífico

ARTÍCULO I

Que sólo los indios amigos que han de hacer oficio de soldados, han de estar a orden del Gobernador y distribución del maestre de campo; y cómo los ha de disponer para aplicarlos al ministerio de la guerra; y lo mucho que conviene hacerlos francos y libres de tributo

Digo, pues, para lo que toca a la buena orden que en esta guerra se ha tener, que han de estar sólo a la del Gobernador los indios amigos soldados, para lo que toca al mandarles todas las cosas que pertenecieren al uso de la guerra; y que como tales soldados conocen el auditor general de sus diferencias, pleitos y agravios, y sólo ellos estén fuera de la jurisdicción del protector, que arriba dije de los naturales, porque es bien que se comprendan entre la gente de guerra. Y así digo, que pues ha de ser el servicio que hicieren a Su Magestad en la guerra los indios amigos tan importante como tengo mostrado, será tan justo como necesario, que los haga esentos del tributo que por razón de estar encomendados, están obligados a pagar a sus encomenderos, pues habiendo de servir al rey en el ejercicio de la guerra como soldados, mal podrán servir a satisfación a dos señores, dejado aparte que aún se les debría tal galardón, por los servicios que tienen hechos en nuestra ayuda. Pues por el mismo respeto en consideración de otros semejantes que hicieron en favor de nuestros españoles, les fué dada libertad y otros privilegios en la Nueva España a los indios trascaltecas, que hasta hoy los gozan; puesto que así como así, con los bríos que tienen de soldados estos indios de Chile se aplican mal a otros trabajos de que puedan tributar a sus amos, por lo que de cualquiera manera les son de poco provecho. Con todo lo cual se les podrá comutar a los encomenderos su tributo en otra merced, como será dándoles negros o repartiéndoles otras encomiendas, pues

por saber que ternán tal merced por más segura, se contentarán con cualquiera que en nombre de Su Magestad se les hiciere, aunque en precio de tan buenos soldados cualquiera fuera bien empleada.

Estos indios amigos, cuyo servicio he dicho ha de tener el Gobernador a su cargo, serán los que tienen sus tierras en nuestras fronteras, como tengo dicho, que según los nombres dellas se llaman coyuncheses, gualques, quilacoyas, reres, quechureguas, talcaguanos, andalicanes y araucanos, que son las provincias de indios amigos que dejé de paz cuando salí de aquel. Y porque naturalmente aplace mucho a los indios, aunque bárbaros, la buena orden en el trabajo que se les reparte, sin que unos sean más agravados que otros, el cual igual repartimiento de trabajo es a lo que allá dicen: trabajar por mitas, y también por demoras; y asimismo para que a su milicia se le dé particular aliento con orden y reglas, de manera que no se hayan de servir dellos los nuestros, como se ha hecho hasta ahora sin consideración, obligándolos a desiguales trabajos y excesos, que es la cosa que más aflige y desespera a los indios; por tanto convendrá que de todos los referidos amigos se haga particular milicia. Para lo cual digo, que habiéndoles hecho Su Magestad la dicha merced de libertarlos, hará el Gobernador llamamiento de todos sus caciques en la ciudad de la Concepción más vecina a sus tierras, donde juntos les declarará la merced que Su Magestad les ha hecho a ellos y a todos los indios, de haberlos hecho libres de todo tributo y servicio personal, en consideración de sus servicios y de los que espera le harán durante aquella guerra, porque desocupados de otras obligaciones acudan a servirle en ella, como tan valientes soldados, la cual merced se la confirma no sólo por el tiempo que durare aquella guerra, pero para después della por todos sus días y de sus decendientes. En el cual tiempo se emplearán (puesto que no ha de haber guerra) en hacer oficio de labradores libres, que ganen su vida con los frutos de sus tierras, vendiéndolos en los pueblos de los españoles, lo cual y las demás cosas en que en su servicio se emplearen, les será muy bien pagado, con lo que ternán ganados, haciendas y tierras, donde se les ha de mantener toda justicia, así como se les mantiene en el Pirú y Nueva España, a todos los naturales después que en aquellas tierras se acabó la guerra. Habiéndoseles declarado la dicha merced, de que los indios quedarán sumamente contentos, se dará orden a su milicia en esta manera.

ARTÍCULO II

Milicia de los indios amigos

Ordenada segun diré la milicia de los indios amigos, se podrá llamar milicia amiga, así porque comunmente llaman los nuestros amigos a los tales indios, porque ayudándonos también como lo hacen en la guerra, harto amigos son los que ponen la vida en nuestra defensa, como ya dije.

Estos amigos se deben dividir en compañías, una de los de cada parcialidad o tierra que habitan, o dos o tres más conforme se aventajaren en número los amigos dellas, que a lo menos, pues son ocho las tierras o comarcas de los de más confianza, según las tengo nombradas, estarán divididos en ocho partes y en tantas compañías como fueren aquellas en que se dividieren. A todas las cuales les podrá señalar el Gobernador por su particular protector al maestre de campo, que lo ha de ser de toda la gente española de la frontera, para que como persona que ha de asistir siempre a las cosas de la guerra, disponga dellos en los efectos della, y los defienda, ampare y haga justicia en sus diferencias, juntamente con el auditor, que lo más ordinario será en las presas y percances de la guerra, según los especifico adelante y a cada compañía dará un capitán mestizo de los mejores respetos, para que les hagan mejor tratamiento del que les suelen hacer otros; porque siendo, como son, los mestizos de aquella tierra animosos soldados, capitanearlos han acompañando gente nuestra en sus salidas que hicieren de la frontera, y haciéndolas asimismo cada uno solo con su compañía o juntos, según se les ordenare, harán famosos efectos en aquella guerra.

No he dicho que se les dé cargo alguno a los indios que son conocidos por más antiguo, en nuestra ayuda, y que más fidelidad han mostrado en ella, y que por ello son tenidos por de más confianza y opinión de cuantos hay entre los mismos amigos, así como son Aynavillo, Paylaeco, Panianga, Longotegua, Longomilla y Navalguala, y otros que yo conocí y dejé vivos, valientes caciques y capitanes, y por ello respetados y temidos de los de guerra, lo cual me parece no se debe hacer, por razón que tienen sus puntos y presunciones, y sería causar entre ellos discordias no pequeñas.

Viendo los amigos que ya no tienen que tratar sino de armas, que es a lo que naturalmente son más inclinados, redoblarán con nuevas veras y bríos sus hechos, siempre estarán desocupados para emplearse en perseguir a los indios de guerra por diferentes modos, de suerte que de nuevo se hagan temer dellos por todas partes.

Una de las principales cosas para que habrá servido el haber hecho compañías de los amigos, será para que mediante las partes que dellos estarán hechas, descansen y trabajen por igual, pues tengo dicho lo mucho que agrada a los indios la buena distribución y orden en el mandarlos, con lo cual siempre los hallarán gustosos y alentados para cualquiera salida o empresa. Dado que aunque apetezcan tanto estos amigos el ejercicio de la guerra, requieren los cuerpos descanso para durar después en el trabajo con nuevo aliento. Demás de que los más molestados sienten mucho que sobrelleven a otros más que a ellos, lo cual se ha hecho siempre por tener los nuestros su número confuso, sin haber hecho partes distintas ni diferencia alguna dellas. Y pues todos los amigos de las ocho tierras o comarcas nombradas, serán a mi parecer seis mil a poco más o menos, podránse hacer dellos treinta compañías de a docientos soldados, que serán bastantes para que las que pareciere allá dellas, se empléen cada mes o cada dos meses en hacer salidas por diferentes partes en el servicio de la frontera con nuestra gente, o que los seis

mil soldados se repartiesen en dos partes, y que la mitad, que serian los tres mil, holgasen un año, y que los otros tres mil sirviesen repartidos cada mil dellos que asistiesen cuatro meses en la frontera, en que se ocuparian los tres mil cada año, con que descansarian de manera que desearían el ir a la guerra, y así acudirían a sus sementeras. Y esta distribución y partición mejor se verá allá de la manera que sea más conveniente, porque yo sólo he apuntado esto para decir cuanto importará el tener con buena orden siempre bien dispuestos los amigos, para acudir con voluntad a lo que se les mandare, sin agravios. Porque como quiera que en este nuevo estilo de guerra no se ha de salir ya de propósito a las públicas campeadas que se acostumbraban, sino a repentinas salidas, no será menester para ellas tanto número de amigos, y para lo que fuere alguna entrada extraordinaria que convenga sea reforzada, bien se podrá prevertir el orden que he dicho, por lo que será de tarde en tarde, dándoles aviso a los amigos, para que se junte el demás número que le tocare descansar aquel año.

ARTÍCULO III

Si será acertado en el discurso de aquella guerra el recebir a nuestros indios de paz

Paréceme que para ayudarnos en la guerra contra los indios rebelados, que tienen al presente los nuestros suficiente número de indios amigos, y estos ya conocidos y experimentados por leales en paz y guerra, que son los de las tierras referidas en el precedente capítulo, los cuales tienen hechas muchas pruebas de lealtad y valor, como tengo declarado; y asimismo la razón por qué son más belicosos y leales que otros indios. Por manera que estos amigos, aunque son pocos, valen por muchos de nuestra parte; por lo cual ni tengo por acertado, ni hay necesidad de que se aumente su número con el de otros indios, a quien de nuevo se reciba la paz, puesto que no puede prometer la seguridad ni valor, que los que tengo dicho. Demás de que siendo recién llegados, claro es que no pueden haber dado las muchas ocasiones que los amigos antiguos para haberse empeñado o enemistado tanto como ellos con los rebelados, y sobre todo no es bien mezclarlos con ellos, porque como recién reducidos tardan mucho en trabar amistad con los amigos antiguos, los cuales los consideran todavía por enemigos. Y como de nuestra parte se ha usado hasta agora hacerles buen agasajo a los nuevamente reducidos, para que más se confirmasen en nuestra amistad y dar ánimo con ello a otros, a que por su ejemplo dieran también la paz (por causa de la inútil pretensión de acabar aquella guerra por vía de paces) han nacido dello grandes sentimientos y celos en los amigos antiguos de que yo he sido testigo, habiéndolos oído quejarse con estas palabras: «¿Como a estos perros que están hartos de matar españoles, y llegan ahora a dar la paz, les haceis la misma honra que a nosotros, que ha tantos años que

estamos en vuestro servicio ofreciendo cada día las vidas en vuestra defensa, perdiéndolas los muchos que mueren en ella de los nuestros, y los que nos hallamos vivos habiendo derramado tantas veces nuestra sangre?»

Estas y otras palabras semejantes suelen decir los amigos antiguos con no poco sentimiento, y dellos nacen no pequeños desdenes, envidias y rencores; y pues no hay ya necesidad de hacer lo que hasta aquí, pues se ha de haber puesto punto en el procurar acabar aquella guerra, por el devaneo de las falsas y peligrosas paces, que no podian sino obligar a cuidado y gasto de presidios, sin poder jamás tener por acabada aquella guerra, aunque todos los indios dieran la paz, no se ha de tratar ya de recebir paces que den cuidado. Pues para los amigos antiguos no habrá mayor gloria que el ver que no se recibe más paz a ningún indio, porque aún ellos mismos tienen por sospechosos y se burlan de los recién reducidos a nuestra amistad; porque piensan también que vienen de falso a tomar alguna venganza dellos, por lo cual lo miran de tan mal ojo, que entiendo, que si no fuesen por respeto de nuestros españoles, los matarian a todos. Y por otra parte, si no es mezclando los recién reducidos entre los amigos antiguos, para que también ellos nos sirvan de amigos en la guerra, no se pueden poner en partes entre nuestras tierras, que no den cuidado, y si es fuera dellas, no están ellos seguros de los rebelados si han venido con buen intento a dar su paz. Por lo que vuelvo a decir, que viéndose los amigos sin ellos, servirán y pelearán, y asimismo nuestros españoles sin recelo dellos. Mas, porque para el mismo efecto de acabar más presto a los rebelados, conviene dejar alguna puerta abierta, no para recibir la paz a parcialidades enteras, por sólo que se determinen a darla, a que estamos ciertos que los ha de obligar más la necesidad que la buena intención, fuera de que no será injusticia el no quererla de indios que tantas veces la han dado y rompido y engañado con ella, con todo ello, para que no entiendan que del todo se les niega la paz y se disponga mejor la guerra, se podrá recibir a los que las dieren, con las condiciones que se siguen.

ARTÍCULO IV

Paces particulares de indios: con qué condiciones se deben recebir

Los indios que en el discurso de la guerra que se hiciere desde la nueva frontera vinieren a dar paz, no se les recibirá, mas de aquellos que trujeren española o español de cualquiera edad de los que se hallan cautivos entre los de guerra. Y dije de cualquiera edad, porque suelen traer para rescatar sus parientes, que les tienen los nuestros cautivos, niños y niñas hijos de españoles, de los que tengo dicho en la quinta Relación que han nacido entre ellos de las cautivas que llevaron preñadas, y otros de teta. Y asimismo se le recibirá la paz al que trujere caballo y dos pares de hierros de lanza. Porque habiendo cesado las campeadas con el

nuevo estilo de guerra, y por ella la provisión de caballos y espadas para los hierros de sus lanzas, que cada año les llevaba nuestro campo, como se declaró en su lugar, faltándoles esta fuente y origen de donde les nacía el armarse y el aumentarse su caballería, ¿qué duda hay si no que se les irán acabando las armas y caballos, con que habrán quedado, yéndolas trayendo los que se recibieren de paz, con que se servirán los nuestros de sus caballos, deshaciendo su caballería, y desarmándoles de las armas más ofensivas que tienen contra los nuestros, que son sus lanzas y picas? Porque al indio que hubiere echado su cuenta que le está bien pasarse a los nuestros por asegurar su vida (porque muchos se andan a viva quien vence) no se lo estorbará la tal condición, ni le faltará manera como hurtar caballo y lanzas a los que dejare allá de guerra; pues siendo tan grandes ladrones para hurtar caballos a los españoles sus enemigos, con menos riesgo los hurtarán a sus amigos, que se fiarán dellos, juntamente con los hierros de las lanzas. Y esta obligación de la traída de los hierros y caballos, se podra desde el principio o con el tiempo ir aumentando a mayor número, según allá mejor pareciere, hasta que en sazón discreta no se reciba la paz a ningún indio, que no trujere cabeza de otro, pues habrá tiempo que se verán tan acosados y constreñidos a dar la paz, viéndose echados de sus propias tierras, que guardándose entre ellos la poca lealtad que se guardan, no repararán mucho en cortar la cabeza dormiendo al más amigo y aún pariente. Tanto les tiene facilitado y hecho común la costumbre en que se han criado en su bárbara vida, este uso de la crueldad, especialmente el cortar cabezas, que será evidente causa para que más presto se consuman y acaben.

ARTÍCULO V

Lo que se les debe conceder a los indios amigos

Aunque el haberles dado libertad a los indios amigos, según dije, habrá sido el mayor beneficio que se les podrá haber hecho, con todo ello conviene se les señale cosa que les sea muestra de algún interés, el cual esperen se les ha de seguir en el tiempo que sirvieren, como será:

Que a cada un cacique de los indios amigos, para tenerlos gratos, se les dé cada dos años una capa de paño azul, y un sombrero de fieltro, que demás de ser pocos los caciques, de tanto a tanto tiempo como he dicho, costará poco, y ellos lo tienen por adorno grande y autoridad cacical, y dello redundará mucho provecho, para que tomen más amor a las cosas de nuestro servicio, y sean] parte para que fielmente lo continúen los indios a ellos sujetos. Y dije que sean las capas azules, porque es el color que más agrada a los indios, que para significarlo, diré lo que me sucedió en el castillo de Arauco, cuando se puso de paz su estado, y fué, que pidiéndome un indio de los recién reducidos un herreruelo de paño azul por un muy hermoso caballo, y hallándome con sólo un

pedazo de bayeta azul que tenía para cierto aforro, se lo mostré diciéndole, que era aquel el paño fino de que entre nosotros se vestían los grandes señores, y enamorado de su color, por ser azul, me pidió que le hiciese dél un herreruelo; y habiéndolo hecho hacer con el cuello de tafetan verde, quedó muy contento, y como saliese con él puesto no poco ufano, y campeaban los dos colores, se llevaba trás si todos los indios, de los cuales y de los que vinieron después de ido a su tierra, fueron tantos los que llegaron a preguntarme si tenía más de aquel paño de los señores, prometiéndome a porfía que me traerían otros mejores caballos, con tanta solicitud, que a tener más de la tal bayeta, pienso que los dejara a todos a pié, aunque a todo se alargan con la esperanza de que nos han de volver a hurtar luego los caballos, como lo hacen cuando se rebelan, y aún antes de rebelarse. Y volviendo al propósito, digo, que así como se dará una capa y sombrero cada dos años a cada un cacique según dije, se les podrá dar a cada uno de sus indios que tomaren armas un sombrero azul cada año, con los cuales parecerán muy bien cuando marchen juntos, lo cual les será un modo de paga, que para lo que es aquella nación que no está acostumbrada a recibir alguna, ni remuneración de otro ningún género mayor ni menor, estimarán estos sombreros en mucho y andarán muy ufanos y contentos con ellos, maravillados de tal largueza y novedad que con ellos se usa. Porque lo que es darles vestidos de paño y aunque no sea más de capotillos solos, dejado aparte que costarán mucho en aquella tierra, será ponerlos en malas costumbres, puesto que según escribió el gobernador de aquel reino Alonso García Ramón al Virey del Pirú, en respuesta de los apuntamientos que le envió el año de mil seiscientos y nueve en el Punto quinto que trata acerca del vestir los amigos, diré, que costarán cada año sólo los vestidos siete mil y docientos pesos, costa excusada y excesiva, pues teniendo como tienen la lana entre los nuestros tan de balde que no cuesta dinero, pues queman el ganado, como en otras partes tengo dicho, donde toma cada uno la que quiere, quiero decir, que sus mujeres y parientas de los amigos, les tejen a su usanza lo que visten, sino considérese quien los ha vestido por lo pasado, y así se podrá dejar esto como ha estado hasta ahora. Demás de que también se vestirán con las ganancias y percances de la guerra, habiéndoles de dejar gozar dellas libremente, como se muestra adelante.

Los sombreros se podrán dar a aquella parte de los amigos que les tocare por sucesión el ir a asistir entre los fuertes de la frontera, según la orden que dije arriba, siempre que fueren a mudar los que han asistido en ella, lo cual les servirá también de cebo para ir con codicia a ello. Y si han de servir la mitad de los amigos cada año, como ya dije, de tal manera verná a que sólo se darán los sombreros un año a la mitad de los amigos, y otro año a la otra mitad, con que se irán igualando y será menos el gasto. La razón de lo barato que cuesta la lana en aquella tierra, muestra cuan poca costa harán los sombreros que he dicho, y el poderse hacer en el mismo reino, donde hay sombrereros. Los cuales sombreros se podrán hacer y teñir azules sin dificultad, de los cuales se terná de respeto cantidad en el almagacén de la ropa que se da para vestir

los soldados españoles. Los sombreros bastará que tengan por adorno toquillas de vidrios de colores, que estiman en mucho los indios, y también se podrán traer los sombreros de Lima de la color dicha, con los demás que se traen cada año con la munición de la ropa del situado para el mismo efecto de vestir los soldados españoles, haciéndose mandato expreso que ningún español traiga sombrero azul, porque esta librea sea sola dedicada para los indios amigos.

ARTÍCULO VI

Que será acertado el señalar algunos premios que serán al Rey de poquísima costa y de estima grande para aquellos indios amigos que hicieren en la guerra servicios señalados.

Demás de las capas para los caciques que se les han de dar cada dos años, y de los sombreros que tengo dicho se den a los amigos cada año, porque tal merced servirá como de paga que se les da como a soldados que sirven a Su Magestad en la guerra y porque también no hacen caso de dinero, como no enseñados al uso dél, por lo cual será cosa conveniente que para ayudar nuestro intento y por ser estos indios no menos vanagloriosos que arrogantes, se les señale alguna divisa para premios de particulares servicios, que les sea de estima y honra y a nosotros de poca costa. Y porque ninguna tienen en mayor precio, que cosas tocantes a armas, seria muy acertado que se lleven a aquel reino cantidad de celadas, pues se podrán aumentar para este efecto, en lo que tocare a celadas, el número de las armas que suelen llevar de España al Pirú y a aquel reino, o que se lleven de Lima al mismo Chile, aunque más sean de las antiguas de cresta, porque estoy informado haber allí una armería antigua de las tales celadas, para que los gobernadores puedan dar de su mano una celada por premio al indio que hiciere los servicios que diré. Pues tales armas no son de importancia ni ofensivas, aunque hubieren de pasarlas los amigos a los indios de guerra, mayormente que ellos ternán harto cuidado de guardarlas, porque demás de lo ufanos que estarán con ellas, verán que les han de ser útiles contra los contrarios macanazos; y los servicios particulares que los amigos hicieren, nos podrán importar harto más de lo que valieren las celadas. Los cuales servicios seran éstos:

Al que por su persona libertare español o española cautiva.

Al que diere aviso a los nuestros de algún trato, conjura o rebelión de indios de paz, probado ser verdad.

A aquel que cautivare o trujere cabeza de indios señalado de los capitanes que hay entre ellos, que sustentan la guerra sediciosos, valentones, crueles y más que otros perjudiciales, que entre los nuestros son conocidos par sus obras y nombres.

Al que hubiere llegado a cautivar cincuenta enemigos, y no digo que hubiere muerto, porque no podrá probar los muertos, así como los pri-

sioneros, los cuales se podrán averiguar por los que hubieren vendido a los diputados de los esclavos que parecerá por sus libros, según digo adelante.

Al que hiciere otro algún servicio señalado de los que suelen encomendar los gobernadores en algunas importantes coyunturas, donde prometiéndoles el tal premio, se aventurarán más a cualquiera hecho. Con lo cual, fuera de que envidian los indios mucho nuestras celadas de hierro, que les serán de la defensa dicha, honrarse han con ellas, sabiéndose entre ellos, que se les dan por trofeo de su valor y valentía, y crecerles han los ánimos para hacer obras por donde las merezcan, y de tal manera los indios que se admitieren por soldados amigos de los que dieren de nuevo la paz en la manera advertida, por su ejemplo se acreditarán cada día más en las ocasiones, para merecer la tal insignia y honra que a los demás amigos antiguos vieren se les hace.

ARTÍCULO VII

Contra los agravios de los indios amigos

Que el soldado que quitare a indio amigo, esclavo, caballo o otra alguna presa que hiciere en la guerra, incurra en pena de la vida, hallándose testigos de haber rompido el bando que para lo dicho se echa, y no habiendo testigos, basta el dicho del indio, para darle tratos de cuerda y desterrarlo por un año a la isla de Santa María[1] ; pues se presume de la condición de los indios, que en tal caso no ha de mentir el que diere tal queja; porque si por mal fundadas pruebas de testigos se ha de castigar tal delicto, las más veces no se hallarán, puesto que en los montes donde usan los mestizos y demás soldados españoles de tales violencias con los indios amigos, que es en la ocasión que hacen ellos las presas, no hay otros testigos que los árboles, que puedan dar testimonio dello; y cuando haya algún mestizo o español que lo vea, no condenará el mestizo al mestizo, ni el español al español, y así se quedará sin remedio negocio que tanto lo requiere, donde demás de que los tales indios amigos no es razón que pierdan tan merecido premio de su trabajo y riesgo con que lo procuran, considerando que no tienen otra paga ni sueldo más de lo que ganan en tales tiempos por sus puños, quitándoselo con violencia, se entibian (como ya tengo dicho) y aún desdeñan en las ocasiones, como lo he visto yo muchas veces, que dejan perder coyunturas, donde podrían hacer presas, dando larga para que se escapen a los que pudieran cautivar, especialmente a mujeres, viendo que de hacer aquello a que su ruín naturaleza los inclina contra los suyos, no se les ha de seguir provecho ninguno dello.

1 *Al margen se lee:* Esta isla está cinco leguas del castillo de Arauco, poblada de indios de paz con presidio nuestro.

Que todas las veces que saliere de la frontera cualquiera ministro o capitán por caudillo a hacer alguna fación de guerra con indios amigos, esté obligado, teniéndolos juntos con los soldados españoles, a notificarle por medio de algún faraute de alguno de los indios ladinos que hay entre ellos, que le den aviso de la persona o personas que en aquella salida les hiciere la sobredicha fuerza y agravio, para que él lo deshaga y castigue al que lo hiciere, lo cual servirá de animar a los amigos a que hagan su deber, y de poner freno en los mestizos y soldados españoles refrescándoles en su presencia la referida pena.

Que los caballos que ganaren los amigos en la guerra, como suelen, no pueda comprarlos alguna persona, pena de perderlos, y lo dado por ellos, si no fuere el Gobernador, y que se les pague a precio de ovejas, según la bondad del caballo, que será paga fácil, y a los amigos es siempre de estima y paga acostumbrada en aquella tierra la de las ovejas.

Que a la cantidad que pareciere de los amigos más antiguos y de más confianza, se les den caballos porque no deja de ayudarnos mucho su caballería contra la de guerra.

ARTÍCULO VIII

Lo tocante a los rescates

Que no se dé libertad a ningún indio o india prisionera de cualquier edad que sea por rescate de caballos que den por él los de guerra, pues de maravilla traen uno que sea bueno para tal efecto. Y aunque lo sea, no conviene, porque se ha de haber acabado la vieja intercesión para con los gobernadores de que hasta ahora usan los lenguas del campo, con que no les lucían a los soldados sus ganancias, las cuales se llevan los cohechados intercesores. Demás de lo cual, mal se acabarán los rebelados, si se vuelven a enviar con ellos los prisioneros por tan livianos precios, y los indios se atreverán a lo que quisieren, seguros de que si los cautivaren, han de alcanzar libertad por cosa de tan poco valor.

Que si pretendieren los indios de guerra rescatar algún prisionero, no se les dé, si no fuere por precio de español o española de las que tienen cautivas entre ellos, de cualquiera edad.

ARTÍCULO IX

Lo tocante a los indios que solamente se han de tomar a vida

Que no se tome en la guerra indio a vida de diez y seis años arriba, si no fueren caciques o indios conocidos o principales, y estos sólo a fin de que se pongan a recaudo para rescates de españoles, advirtiendo que las mujeres se cautiven de todas edades.

ARTÍCULO X

Lo tocante a los diputados que ha de haber para la cuenta y razón de los esclavos

Que se elijan diputados personas de confianza, los cuales residan en la ciudad de la Concepción, que será el pueblo más cercano a la frontera, donde tengan sus libros reales, para que por cuenta de Su Magestad tengan la razón de los esclavos, que han de comprar y vender, según se dirá.

ARTÍCULO XI

Lo tocante a la tasa y venta de los esclavos

Que se tasen generalmente todos los esclavos que se tomaren en la guerra, así hombres como mujeres, según sus edades, el mejor a cuarenta ducados, y los demás respetivamente, y que no se puedan vender a más precio.

Que todos los esclavos que se fueren cautivando, los compren por cuenta de Su Magestad los sobredichos diputados, y tengan cargo de pagar cada esclavo según la tasa de las edades, librándose el precio luego de contado y en mano propia al que lo vendiere.

Que sólo los aventureros que de fuera de aquel reino fueren a aquella guerra, puedan llevarse los esclavos que cautivaren por sus personas, sin obligación de venderlos a los diputados, por lo mucho que ha de ayudar a despoblar el reino de indios, y a que vengan muchos forasteros a ello.

Que se tenga en la Concepción cárcel particular y segura junto al cuerpo de guardia o en el fuerte que tengo dicho se haga en aquella ciudad, con cepos y otras prisiones fuertes, y carcelero asalariado que dé fianzas, y que tome a su cargo o cuenta persona que le ayude, para que se tengan con seguridad los tales esclavos que compraren los diputados por cuenta de Su Magestad, porque aunque han de ser tan muchachos como he dicho y mujeres, habrá entre ellos capitanes y caciques (de los que dije), los cuales no se deben entregar en cuerpos de guardia a soldados, de donde por pasar por muchas manos se huyen cada día.

Que ninguna persona de cualquiera calidad que sea pueda vender esclavo a otro que a los diputados, ni trocarlo o comprarlo del que lo hubiere ganado en la guerra, si no fueren los dichos diputados, so pena de perder esclavo y de su sueldo otro tanto como su valor; y si allá pareciere, se aumente esta pena, aplicada a la caja de los tales diputados, por lo mucho que importa esta orden.

Que ninguna persona pueda vender un esclavo a los diputados si no fueren los mismos que los hubieren cautivado en la guerra, y que sea con fé del maestre de campo y auditor de cómo él le cautivó, y que no le ha comprado de otro, y las señas y edad del esclavo, ora sea indio amigo o español el que lo vendiere, por el inconveniente que adelante se dirá.

Que ninguna persona pueda jugar esclavo, porque los soldados se puedan aprovechar de la venta que se ha dicho dellos, haciéndoles sus capitanes comprar caballo o vestido o lo que hubieren menester del dinero de la venta, y si se jugare alguno, lo pierde el que lo ganare, y de su sueldo otro tanto como su valor, aplicándose la dicha pena a la caja de los diputados de los esclavos, con la cual ninguno jugará para pretender ganar, pues sabrá que de cualquiera manera ha de aventurar a perder y no a ganar.

Que ningún ministro, capitán ni persona de otro oficio, ni soldado pueda servirse de esclavo en la guerra, ni tenerlo en su fuerte de ocho días arriba, so pena de perder el esclavo, porque todos han de ir a poder de los diputados, lo cual se hará por razón de que muchos se huyen de los fuertes, y por otros inconvenientes.

Que los diputados de los esclavos tengan un oficial o comisario que resida en la frontera en el fuerte del maestre de campo, con colleras y otras prisiones, para que conforme a la tasa vaya comprobando los esclavos que se trujeren cautivos, y que el capitán de campaña con escolta los vaya llevando a la Concepción a entregarlos a los diputados que los han de aprisionar.

Que a sólos los indios amigos les paguen los diputados por cada esclavo la cuarta parte de su valor, según la tasa, y el tal precio se les dé luego en mano propia en la ropa que quisieren de la munición; y digo la cuarta parte de la tasa, porque para los indios es mucho más que para los españoles el pagárselas por entero, con que estarán muy contentos y les basta; pues no han de querer lo demás sino para emplearlo en vino: y dije también se les pague en ropa, porque no lo beban todo y se aprovechen de algo para mejorar su vestido.

ARTÍCULO XII

Que se han de herrar los esclavos

Que como fueren comprando los esclavos los diputados los manden luego herrar en su presencia con fuego, a los hombres en la pantorrilla derecha, por ser parte carnuda, y que no la cubren los indios con calza ni bota, pues andan siempre en piernas, y también según los visten los nuestros; con pena de azotes o de cortarle el cabello, que para ellos es gran afrenta, al indio que de industria trajere cubierto el tal lugar del hierro, el cual ternán los diputados, y ha de ser muy conocido y por lo menos de tamaño de un real de a ocho. Porque en el Brasil a los fugitivos negros que no lo merecen tanto, los hierran los portugueses en los

pechos, donde hay menos carne (porque andan todos desnudos) con hierros mayores que herraduras de caballos, tanto que les suele durar muchos meses fresca la fealdad de la ulcerada quemadura, antes que se cure y cicatrice.

Que las mujeres esclavas se hierren con el mismo hierro en el molledo del brazo derecho en la mitad de entre el codo y la mano, a la parte de fuera, lugar que a su usanza tampoco no le cubren con manga, y si lo hicieren, incurran en la pena de los esclavos, y si pareciere, se podrán herrar también los esclavos en el mismo brazo, porque aunque esclavos y esclavas se pudieran herrar en el rostro, como se hierran en España los esclavos blancos, es hierro pequeño que con facilidad se puede falsificar con otro de algún particular, y conviene que sea como se ha dicho, para que se conozca por hierro real, y con ello se excusarán los fraudes que podrá haber, como adelante se dirá.

Que las personas del reino que quisieren comprar esclavos, lo puedan hacer solamente de los diputados, y habiendo de ser para quedar sirviendo en aquella tierra, que sea desgarronándole de un pié, aunque sea mujer o muchacho, porque los muchachos se hacen hombres, y aún de muchachos se huyen, y las mujeres de muchas leguas, y no vayan a parir más enemigos a su tierra. Y tal manquera (como allá dicen a la de desgarronar, que es la manera que adelante se declara) es para impedir la fuga, y no para estorbar el común trabajo de casa, ni el de la labor del campo, y que todos se vendan con el dicho hierro real, no embargante que el que le comprare, lo pueda herrar después a su voluntad en el rostro, como a esclavo ya suyo y venderlo ya desgarronado a otro. Porque haberlos de castrar como algunos han propuesto, demás de que no los asegura de las fugas, por ser daño sólo para impedir la sucesión, es también inhumano y peligroso para la vida.

Que todos los que en aquel reino tuvieren esclavos o esclavas de los antiguos de antes de la publicación destos apuntamientos, se les requiera con pena que dentro del plazo que se les señalare, prueben como son esclavos presos en la guerra, para deshacer injusticias, y los presenten para que sean señalados en la pierna siniestra, y a las esclavas en el brazo también siniestro, contrario a donde se dijo se han de herrar los cautivados de nuevo, lo cual se hará con el mismo dicho real hierro, porque se conozca en el tenerlo en las tales partes siniestras, que no son de los cautivados de la publicación destos apuntamientos, para que no los acusen, por no estar desgarronados, como lo han de estar los cautivados de nuevo que quisieren comprar los españoles, sólo para que queden en aquella tierra, como ya se dijo, por ser cosa que importa para que sea precisa y clara esta distinción. Y porque también no haya en el reino esclavo que no quede señalado con el tal hierro, y de tal manera sean conocidos en todas partes los que fueren esclavos, y se conozcan también los que son indios de paz, encomendados y libres, pues no ternán hierro, y para que por tal señal los puedan vender sus dueños, o trocarlos por negros de la manera que diré adelante, serviendo de fé el tal hierro cómo son esclavos, para evitar que algún desalmado no venda al que no lo fuere a los mercaderes que vernán de fuera del reino.

Que el que fuere osado de falsar el tal hierro real de los esclavos, incurra en pena de la vida.

Que se compela a todos los que tuviesen esclavos de los antiguos, que serán los que estarán por desgarronar, a que se vayan vendiendo o trocando por negros (de la manera que se dirá) todos los que tuvieren de diez y seis años arriba, dentro de un año, y de allí adelante los de la dicha menor edad, porque sean los más peligrosos los primeros que se sacaren del reino.

Que los diputados tengan en sus libros la razón de la compra y venta de los esclavos, y declarado en la compra de cada uno lo que costó, y sus señas, y edad y de qué tierra es, para averiguar diferencias que se pueden ofrecer, y el nombre del español o indio amigo que lo vendió, y de que tierra o población es el amigo, para que también cuando quisieren, puedan averiguar los españoles los esclavos que han cautivado, para que siendo número de consideración, puedan representarlo por servicio, y los amigos pretender premio de celada, como arriba se dijo, habiendo llegado a número de cincuenta, los que hubieren cautivado y vendido.

Que cada seis meses den cuenta los diputados a la Real Audiencia de los esclavos que hubieren comprado y vendido, porque también se averigüe qué número de enemigos se saca cada año de las tierras de los rebelados, con el nuevo estilo de guerra, y se vaya haciendo relación al Virey, y él la pueda hacer a Su Magestad.

Que los diputados de los esclavos los vendan en doblado precio de como los hubieren comprado, conforme a la dicha tasa, que en aquella tierra no serán caros, según es costumbre venderse.

Que del dinero que en la venta de los tales esclavos se granjeare por la razón dicha, se paguen los sueldos de los diputados de los esclavos y carcelero, y costas que los mismos esclavos hubieren hecho en su sustento de la prisión hasta haberse vendido, y lo demás se aplique para remedio de míseras viudas y pobres huérfanas, que lo están por causa de los mismos indios, pues será esta la más justificada y pía obra, que se puede hacer en aquel reino, con lo cual rogarán a Dios por los buenos sucesos de aquella guerra.

Estos apuntamientos que he procurado declarar con la distinción que me ha sido posible, podrá mandar Su Magestad se publiquen y guarden en aquel reino, si parecieren tan útiles a su real servicio, cuanto yo me persuado.



EJECUCION QUINTA

CÓMO SE HA DE LIMPIAR DE INDIOS ESCLAVOS EL REINO DE CHILE, Y QUÉ CAMINOS SEAN LOS MÁS ACERTADOS

CAPÍTULO I

En cuanto extremo aborrecen nuestros españoles el servicio de los indios, y que por necesidad se sirven dellos

Para que se conozca cuanto aborrecen ya los españoles en Chile el servicio de los indios, por lo que está en razón que les han de ser aceptos los negros, diré cómo acostumbraban muchos encomenderos hasta muy pocos años há, una cosa que no era de pequeño inconveniente a los efectos o faciones de aquella conquista. Lo cual era que cuando sabían que nuestra gente de guerra se apercibía para ir a dar alguna trasnochada a los rebelados, enviaban de secreto a avisar a sus indios (que en tiempo de paz les habían dado por encomienda, y se hallaban a la sazón rebelados) a amonestalles que se pusiesen en cobro; y aunque con esto impedían los efectos de aquella conquista, hacíanlo con esperanza que tenían de que sus dichos indios rebelados podría ser volviesen algún día a reducirse dando la paz, y que ternían algún provecho dellos, la cual esperanza perdían si se los mataban nuestros soldados, teniendo más cuenta de su particular necesidad que del bién público. Pero como el tiempo les fué dando ocasión para mudar de intento, fuélos desengañando de la poca esperanza que había ya de paces de los indios, pues eran tan poco estables las que daban cuanto ordenadas para nuestro daño. Y conociendo por otra parte lo mucho que iban prevaleciendo en fuerzas con sus muchas victorias, y que ya de su particular comodidad que buscaban, se les iba ordenando un total daño, pues al fin de fuerza habían de ser comprendidos en la general pérdida que se temía de lo que había quedado por nuestro en aquel reino, por lo cual mudaron de parecer, menospreciando el accesorio interés del provecho que esperaban de sus indios, por el principal que importaba la seguridad de sus vidas; y así no sólo dejaron de allí adelante de avisarles que se pusiesen en salvo, como solían, pero deseaban con grande extremo que no dejase nuestra gente de guerra ninguno dellos a vida. A lo cual iban muchos encomen-

deros y quisieran ir los que no podían a dar cabo de todos ellos por poder vivir fuera de tal cuidado, seguros de tan peligroso y caro servicio, teniendo en tal caso por más descanso gozar y pisar sus tierras (aunque nunca tuvieran indios que se las cultivaran) libres de los rebatos y sobresaltos que tan desasosegados los traía. Estas razones que digo soy testigo que se las oí decir muchas veces en aquella tierra en conversaciones a muchos de los que tenían sus haciendas en indios rebelados, y en este último parecer los dejé a todos en aquel reino, que por no haber mejoría en su estado, es de creer que aún permanecerán al presente en su deseo. Lo cual será cosa bien creíble a quien conoce los indios, por ser gente de quien se puede temer más que del fuego, el cual se puede poner en partes que no dé cuidado, pero los indios en toda parte lo dan, pues en la guerra les son enemigos declarados, en la paz disimulados, en el campo les dan sospecha y en casa son peligrosos. De manera que aunque los nuestros han siempre conocido estos enemigos no excusados, hánse valido de su servicio a falta de otro más seguro. Y pues estamos todavía en tiempo que tanto desean los nuestros no ver indios en aquella tierra, aunque (como también los he oido decir) ellos y sus hijos aren y siembren, digo que será ocasión oportuna esta para que huelguen de recibir otros esclavos en lugar de los indios tan buenos, como muchos tienen sabido por experiencia y queda averiguado que son los negros, según tengo ya dicho. De los cuales negros dicen más, que por pocos que tuviesen se los prestarían de muy buena gana unos a otros para sus labranzas, a trueco de verse libres de indios, de quienes son mucho más esclavos, que los indios lo son dellos.

CAPÍTULO II

Que para que los indios tomen sin estorbo o impedimento las cosas de la fé, es el más cierto y seguro medio el desnaturalizarlos de su tierra

Para que de nuestra frontera a dentro no queden enemigos que puedan perturbar con rebeliones nuestras tierras de paz, y se limpien de tan mal género de esclavos, por ser en su número conocidamente peligrosos, se podrán ir sacando del reino con la ocasión y suplemento del socorro de los negros. Y esto converná que se haga tomándose para ello la tan necesaria resolución, que por el mismo respeto de asegurar a España tomó Su Magestad en mandar echar los moriscos della, cuya loable obra, digna de eterna recordación, se comenzó por el mes de Septiembre del año de mil y seiscientos y nueve, la cual con el felice suceso que tuvo quedó limpia de tan sospechosos e indignos vasallos, conociéndose dellos no menos mal intento del que tienen en aquel reino los esclavos indios. Pues para tal efecto se puede advertir, que demás del evadirse los nuestros de tan conocidos enemigos, el agravio que se puede pensar que en sacarlos de sus tierras se les hará, considérese que no ha de ser sino mucho ma-

yor beneficio, del que se les pueda hacer en dejarlos en su naturaleza. Porque si se aguarda experiencia, ¿qué más larga que la de sesenta años? Pues tanto tiempo han sido en ellos tan desaprovechadas las contínuas cristianas enseñanzas y amonestaciones, y el inútil gasto de sus amos en sustentarles religiosos doctrineros en sus pueblos, cuanto tengo mostrado lo poco que luce en ellos lo que han tomado de nuestra religión, por lo que solo se [debe poner la mira en la principal obligación que redunda en servicio de Dios, puesto que será obra no poco meritoria en sacar los indios de Chile, considerando que si por la misma razón de asegurar a España se halló ser justo el haberse mandado llevar tantos moriscos a Berbería entre los de su seta, ocasión para poderse confirmar más en ella, que a ellos no los han de llevar a tierras de otros bárbaros dó sigan su perdición, puesto que no han de ir a parte que no sea a donde vivan entre españoles (según mostraré). De manera que divididos y apartados de la comunicación de los suyos, es evidente que tomarán mejor que en su tierra las cosas de la fé, dó no ternán quien se las contradiga, y más los que se hallaren de poca edad, pues estarán apartados de los malos ejemplos, hasta de sus mismos padres, y de los muchos que hay entre ellos envejecidos en vicios; por lo que valdrá más que vivan en otras partes esclavos de cristianos, que en su tierra cautivos del demonio. El cual aprovechamiento y fruto de sus almas, afirmo que ha de ser mayor y más seguro que ninguno de cuantos les procura el cristiano zelo de Su Magestad en sus mismas tierras con las predicaciones que dije, y largas rentas que para tal fin da con sancta liberalidad a los prelados de aquellas partes, donde hallándose juntos los indios en el uso de sus tan arraigadas cuanto detestables costumbres convertidas ya en naturaleza (según largamente tengo mostrado en el segundo capítulo de la Ejecución primera) no ha de hacer en ellos tal cuidado más efecto que el que en tantos años se ha visto. Para lo cual torno a decir, que ningún remedio hay más eficaz que el apartarlos de la ocasión, que es de aquel recetáculo de la multitud de sus torpes deleites. Porque cuando no se sacaran los esclavos para asegurar de su mal intento a aquel reino y a nuestros españoles, tengo por cierto que hiciera Su Magestad una muy cristiana obra en ello, y a Dios un muy grato servicio. Todas las cuales razones presumo dejan de saber los teólogos por mal informados, cuando hacen escrúpulo en dar parecer para que se desnaturalicen los indios de Chile, porque los miden con la medida que a los domésticos y dóciles del Pirú, cuyos ánimos son tan de cera para imprimir en ellos cualquiera cosa de virtud, cuanto los de Chile los tienen de diamante para resistir todo género della.

CAPÍTULO III

Que se podrán sacar con facilidad los esclavos de Chile, sin que haya para ello impedimento que lo contradiga

Volviendo, pues, a la orden que se ha de tener en sacar los esclavos de aquel reino, digo, que en los que tuvieren comprados los comisarios por cuenta de Su Magestad, se ha de ganar mucho en la saca que dellos se hiciere de la manera que diré. Y los dueños que poseyeren esclavos de los antiguos, de antes de la publicación de los referidos apuntamientos, no perderán nada en deshacerse dellos, pues les estará tan bién que ellos mismos lo procurarán por su interés, aunque no se les apremie a ello. Con lo cual conseguirán lo que tanto les conviene y importa a la seguridad de sus vidas y conservación de aquel reino, sin que en lo general ni particular haya agravio ni pérdida en ninguno que poseyere esclavos, lo cual se hará de la manera que se sigue.

Es tan sobrado el número de indios esclavos que hay repartidos éntre los nuestros en aquel reino, como muchas veces tengo dicho, que si se quedan en él, sin duda no dejará de verse alguna novedad, perturbando el sosiego y quietud que se pretende, siguiéndose dello la pérdida de aquel reino, pues en los nuestros siempre tienen cierto el aparejo del descuido, y por ello sazones acomodadas para poner por obra el deseo de su libertad, levantando para ello los indios de paz encomendados. Porque es de creer que no hay esclavo que aún dormiendo, no sueñe siempre en su libertad, cuanto más cuidar della velando hasta ponerla en ejecución, representándosele siempre a la memoria aquella vida larga y holgazana de sus tierras y borracheras, y demás vicios sensuales que se pierden, donde no hay preceto que los vede ni ponga límite en cosa que apetezcan, ni quien en cosa alguna les vaya a la mano, ni se la afee. Demás, que cuando supuesto que no se rebelasen tan presto, cierto es que multiplicaría esta mala semilla entre los nuestros (más de lo que cunde en aquella tierra la yerbabuena, trébol y mostaza, que tanto destruyen muchos fértiles campos y posesiones) por no ponerse de nuestra parte remedio en este antevisto daño de los esclavos, considerando que la total pérdida de aquel reino no consiste en más que en una rebelión general en tiempo que tan flaco se halla el cuerpo de nuestra gente con las pérdidas pasadas, cuanto el del enemigo pujante y victorioso. Así que, el quitar la ocasión con tiempo de males tan grandes, es siempre el consejo más sano, porque aunque no dudo sino que la quitarán los fuertes que dije se deben hacer en Sanctiago, Concepción y Chillán, fundados para tal efecto, con todo ello, no es bien que dure toda la vida el cuidado de tener fuertes en aquel reino, pues el fin a que se endereza la guerra es para que por su medio se establezca, consiga y confirme la paz; pues para lo que tengo dicho se hagan los fuertes, no es más de para que acabados de fundar, se haga la evacuación de los esclavos con la seguridad

de tales resguardos, puesto que si en lugar del destierro de los esclavos, se trata del desgarronar los antiguos de antes desta nueva guerra, (que como ya dije en los apuntamientos pasados que lo declararía) digo, que es cortarles un nervio del juego de la parte delantera de la garganta del pié, como se suele hacer en aquella tierra a los fugitivos, falta que les impide el caminar largo camino,[1] y especialmente el andar por sus montes. El cual remedio digo que si se tomase para asegurar los nuestros a sus esclavos antiguos, téngolo por cosa muy peligrosa, porque demás de no quedar los nuestros del todo seguros dellos, no pudiendo esto hacerse generalmente en un día, y aunque se hiciese, sería rebelarlos luego nosotros mismos a ellos, y aún a los indios amigos soldados de nuestra frontera, y a los demás de paz encomendados, porque como sospechosos y gente que se halla en poder de sus enemigos, entenderian que era este principio para hacer luego lo mismo de todos ellos. Por manera que por todos caminos ningún medio hay más cierto para asegurarnos de tan mal intencionada gente, como es el de irla enviando fuera del reino, como a los dichos moriscos, pues será camino sin peligro y más sierto, haciéndose poco a poco con suavidad, sin que casi se sienta, hasta que se acaben, especialmente de noche.

CAPÍTULO IV

Primer camino para sacar los esclavos de Chile

Que todos los navíos de Su Magestad y de particulares, que fueren de los puertos de Chile al Pirú, lleven por cuenta de Su Magestad la cantidad de los esclavos que se les ordenare, de los nuevamente tomados en la guerra, y comprados por los diputados, para que se vendan allá según los precios que se les impusiere, que será en aquella tierra mucho más que el doble de aquello en que se hubieren comprado, conforme a la tasa dicha, los cuales se enviarán herrados con el real hierro que se dijo en su lugar. Y asimismo pueden ir enviando a vender las personas particulares los esclavos antiguos que tuvieren o parte dellos, reservando los que quisieren, para trocarlos por negros, en cumplimiento de lo que en el siguiente capítulo se declara. Y esto verná a ser en muy oportuno tiempo por razón de las partes a donde se ha prohibido en el Pirú el servicio personal, cuya falta obligará a los encomenderos de aquella tierra, a que compren de buena gana muchos de los esclavos dichos, y aún vendrán a comprarlos a Chile muchos mercaderes por mar y tierra. También se podrán en el Pirú aplicar a las minas, cuyo trabajo será empleado en ellos en remuneración de sus delictos, harto más bien que en los mansos, humildes y obedientes indios del Pirú. Dícese que los de Chile se tornan desde el Pirú a su tierra por aquella larga costa; pero es tan dificultoso,

1 *Al margen se lee:* Caminan los de tal manera desgarronados, zapateando a cada paso con el pié estropeado, como suelto del nervio cortado que antes lo sostenia.

que se puede tener por imposible, pues no es creíble que por tal camino se les vuelva en libertad la esclavitud que dellos se pretende; y así tengo por cosa incierta el emprender vuelta de tan gran rodeo y estéril de mantenimientos, y tan larga que no tiene menos de dos mil leguas, con otros mil inconvenientes que hay en sus casi inmensos despoblados. Demás de que hasta ahora no se ha averiguado que se haya vuelto del Pirú algún indio de Chile, de tantos esclavos como de aquel reino se han acostumbrado a enviar a menudo presentados, y a vender a la ciudad de los Reyes.

CAPÍTULO V

Segundo camino para sacar los esclavos de Chile, y en su lugar proveerse los nuestros de negros

Los negros que se fueren metiendo en Chile por cuenta de Su Magestad, que se podrán llevar con mucha comodidad por el Río de la Plata y Buenos Aires hasta aquel reino, de la manera que declaré en el capítulo último de la Ejecución segunda, se podrá hacer con orden que los primeros se den a trueco de los esclavos antiguos de las personas particures que los tuvieran, porque serán de más edad que los que se cautivaren de nuevo, pues, según tengo dicho, han de ser de diez y seis años para abajo, y para ello serán los antiguos como más hombres, más sospechosos y marcados, porque juntamente con el conseguirse tan principal y importante intento, ganará la Real Hacienda en ello; puesto que los mismos comisarios que hubieren conducido los negros a Chile, podrán sacar los indios y llevarlos en colleras hasta el embarcadero de Buenos Aires, y de allí en navíos por el Río de la Plata a vender al Brasil, donde tantos esclavos se compran para los ya dichos ingenios de azucar; pues no hay duda de que en aquella y otra cualquiera tierra, aunque sea en España, especialmente para mozos de caballos y lacayos, harán de sí famosa prueba, así como en otro cualquier trabajo, como sean mandados sacar de su tierra; y en el Brasil, así por la diferencia de lengua, como porque no se los coman, como tan cebados a carne humana los indios naturales de aquel Estado, estarán seguros de huirse al monte, y será la parte más cómoda para deshacerse destos esclavos de Chile, a causa de ser donde se han de comprar o trocar por los negros, que se han de llevar a Chile, por traerse allí muy a menudo a vender navíos cargados de negros de Angola y otras partes de aquella costa de Guinea, a dó se podrá también desde el Brasil ir a comprarlos, travesía que se hace al Este facil y no costosa.

El trueco que en Chile se hiciere durante el limpiar aquella tierra de esclavos, podría hacerse dando dos o tres indios por un negro, con que se satisfaciese su precio; y acabados los esclavos indios, se podrán fiar y vender en Chile los demás negros que se llevaren, según dije en su lugar donde mostré de la manera que se han de llevar.

CAPÍTULO VI

Contra los fraudes que pueda haber en el conducir los negros y indios esclavos

Porque en todo el mundo reina tanto la codicia que muchos hombres aplican sus ingenios a ordenar trazas y fraude, usando aun en las cosas que se les confía de engaños, para reparo de los que podría haber en la conducta de los negros a Chile y de los indios a Buenos Aires, como sería que los comisarios que han de conducir los negros, diesen por muertos a los que les pareciere enviarlos a vender al Pirú, desde el mismo camino de aquellos despoblados antes de llegar a Chile, lo cual podrian hacer por valer en el Pirú los negros más caros que en Chile (como ya dije), digo, que se podrá estorbar este engaño, con que se registren los negros que se desembarcaren en el Río de la Plata y Buenos Aires ante los oficiales reales de aquella ciudad, y llevándolos desde allí por tierra con el testimonio del registro hasta Chile, si alguno se muriere por el camino, se les ordene que puedan complir con llevar la mano derecha de cada negro muerto, pues no habiendo pueblos por tan grandes despoblados, no podrán llevar otro más cierto testimonio, haciendo también lo mismo en el llevar los indios de Chile a Buenos Aires. Y aunque en lo que toca a las manos de los esclavos indios que murieren, podría haber fraude acertando a morirse por el camino algún otro indio libre y de servicio de los conductores de los esclavos, o algún mestizo o español con cuyas manos pudiesen hacer engaño, digo que para haber de suceder esto último, ha de ser por maravilla, y así no puede ser mucho el engaño.

Y porque también ayudará a la evacuación que se pretende de los tales esclavos, se dará entrada en aquel reino a todos los españoles que de cualquiera parte vinieren a él por mar o por tierra; pues vendrán mercaderes a comprar esclavos entre los que vernán como aventureros a obligar a Su Magestad con sus servicios en la nueva guerra de la frontera. Entre los cuales aventureros vendrán también muchos a quien traerá la codicia de llevar esclavos, y estos postreros servirán sin sueldo con solas las raciones del sustento, si pretendieren llevar los que ganaren. Por lo cual se les permitirá que puedan sacar del reino solamente 'os esclavos que probaren haber cautivado por sus personas, dándoselos por premio de sus servicios, digo, a los que pasaren a aquella guerra con tal intento, así como los mamelucos del Brasil que ya dije. Y también podrán llevar los demás esclavos que quisieren, como sean comprados de los diputados, o de los demás esclavos antiguos, que tuvieren personas particulares, con testimonio o pasaporte de los que de una y otra manera llevaren con sus señas, para que se los dejen embarcar o sacar por tierra del reino, y no lleven otros mal llevados. Esta libertad y ejecución servirá para que por ella vengan otros al tal cebo, porque como sea a limpiar aquel reino de tan perversos naturales, que

será como el libertarlo, se dará franca entrada a todos para ello, trayendo caballos de los muchos de su tierra, los que vernán por ella para trocar por indios.

Porque tengo la gente española de Chile por tan variable y poco constante, que aunque reclama y pide con gran vehemencia remedio, como quien está ya del agua a la boca, para verse libre de sus tan temidos enemigos, y gozar su tierra en paz; con todo ello, imagino que por el mismo caso que vieren se le va entablando lo referido, que al presente es su singular y mayor deseo, se han de ir entibiando, de suerte que han de venir a estimar en poco cuanto en tanto beneficio suyo vieren encaminado, para no curar con las veras que sería razón de dar fin a tan importante reparo. Por tanto converná que se interponga rigurosa orden de Su Magestad, para que se prosiga hasta el fin el irse deshaciendo de los esclavos antiguos, gozando de la ocasión que tanto se les facilitará, con el llevarles el remedio a sus casas, que es los negros, pues tanto interesa a Su Magestad en asegurar aquel reino para siempre.

Lo que hasta aquí queda dicho tocante a la orden que se ha de tener en el evadirse los nuestros en Chile de los esclavos, se ha de ir poniendo en efecto, primeramente en la ciudad de Sanctiago, y después en los más principales pueblos de aquel reino, por orden de su Real Audiencia, en tanto que se hace la guerra a los rebelados desde la frontera, que será hacerla por todas partes, habiéndose hecho primero los fuertes en las ciudades que tengo dicho, con lo cual se irá acabando aprisa aquella conquista, mediante lo que promete todo lo hasta aquí referido; considerando que en el inter se ha de ir ganando siempre, quitadas las ocasiones de perder, pues no se podrá negar que con la nueva frontera, estará toda la gente della a buen recaudo, y lo de paz a sus espaldas amparado, que es lo que no tiene al presente alguna seguridad, por estar sujeto cada día a más peligro, a causa del estilo con que se hace aquella guerra. Por lo cual, cuando no prometiera esta nueva manera de proseguirla, la plenitud de cuanto se procura, habrá sido de singular beneficio este tan importante remedio que ofrece la frontera, si se advierte cuanto tengo referido de aquel reino y su presente estado. El cual confío en Dios se verá tan en breve, como tengo dicho, convertido en el felice que se desea.

Con la distinción y claridad que me ha sido posible he escrito este tratado; mas, por haber en él tanta variedad de cosas particulares a que mirar (si bien se endereza a un sólo fin), no dudo que se hallarán algunas inadvertencias. Podrálas enmendar el advertido que las notare, y recibirse mi buen deseo, que en lo que todos desean acertar, es bien de creer que habrá sido mi intento de no dejar mi trabajo sujeto a ajena enmienda.

FIN

TABLA DE LOS CAPITULOS DESTE TRATADO

Págs.

LIBRO PRIMERO

RELACION PRIMERA

DESCRIPCIÓN DEL REINO DE CHILE



RELACION SEGUNDA

EXCELENCIAS DEL REINO DE CHILE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

PÁGS.

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

RELACION TERCERA

DE LAS VERDADERAS PARTES Y CALIDADES DE LOS INDIOS

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

RELACION CUARTA

CRUELDADES DE LOS INDIOS

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

Pág.

CAPÍTULO III

RELACION QUINTA

SUCESOS DE LA GUERRA DE CHILE DEL AÑO DE 1598, Y EL ESTADO EN QUE SE HALLABA EL DE 1607

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

Págs.

CAPÍTULO VIII

LIBRO SEGUNDO

PUNTO PRIMERO

PUNTO SEGUNDO

LAS MAÑOSAS ASTUCIAS, ESTRATAGEMAS Y SAGACIDAD CON QUE HACEN LA GUERRA LOS INDIOS A LOS NUESTROS

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

PUNTO TERCERO

LA GUERRA QUE HACEN LOS INDIOS A LOS ESPAÑOLES, CON LA GRAN VENTAJA QUE LES TIENEN EN NÚMERO DE CABALLERÍA

CAPÍTULO I

Págs.

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

PUNTO CUARTO

LIBRO TERCERO

DONDE SE MUESTRAN CINCO PRINCIPALES DESENGAÑOS DE COSAS QUE CONTRADICEN LOS BUENOS EFECTOS DE AQUELLA CONQUISTA

DESENGAÑO PRIMERO

CUÁN GRANDE ENGAÑO ES ESPERAR DE LOS INDIOS FIJA Y ESTABLE PAZ

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

Págs.

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

DESENGAÑO SEGUNDO

CON CUÁNTO ENGAÑO ADMINISTRAN SU OFICIO LOS FARAUTES QUE SUSTENTA ASALARIADOS NUESTRA GENTE DE GUERRA

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

DESENGAÑO TERCERO

DE LOS MUCHOS Y GRANDES DAÑOS DE QUE SON CAUSA LAS CAMPEADAS

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

DESENGAÑO CUARTO

DE LAS SEMENTERAS Y GANADOSDE LOS INDIOS

DESENGAÑO QUINTO

DE LOS FUERTES QUE SUSTENTAN LOS NUESTROS EN CHILE

LIBRO CUARTO

DISCURSO PRIMERO

QUE PERSUADE DE LA MANERA QUE SE DEBE HACER LA GUERRA EN CHILE, A DIFERENCIA DE LA QUE SE HA HECHO POR LO PASADO

DISCURSO SEGUNDO

PROSIGUE EL NUEVO ESTILO DE HACER LA GUERRA

Págs.

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

LIBRO QUINTO Y ULTIMO

EJECUCION PRIMERA

DE LO QUE CONVIENE A LA PERFECCIÓN DEL NUEVO ESTILO DE LA GUERRA

PÁGS.

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

EJECUCION TERCERA

EN QUE COSAS HAN DE SER MÁS AMPARADOS LOS INDIOS ENCOMENDADOS, Y LA ORDEN QUE SE HA DE TENER CON LOS AMIGOS SOLDADOS, Y CUAN IMPORTANTES SON A NUESTROS ESPAÑOLES LOS UNOS EN LA PAZ Y LOS OTROS EN LA GUERRA.

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

EJECUCION CUARTA

APUNTAMIENTOS MILITARES CON LAS RAZONES DE LO QUE HAN DE IMPORTAR, POR CUYO MEDIO PODRÁ QUEDAR EL REINO DE CHILE GENERALMENTE PACÍFICO

Págs.

Págs.

ARTÍCULO XI

ARTÍCULO XII

EJECUCION QUINTA

CÓMO SE HA DE LIMPIAR DE INDIOS ESCLAVOS EL REINO DE CHILE, Y QUE CAMINOS SEAN LOS MAS ACERTADOS PARA ELLOS

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

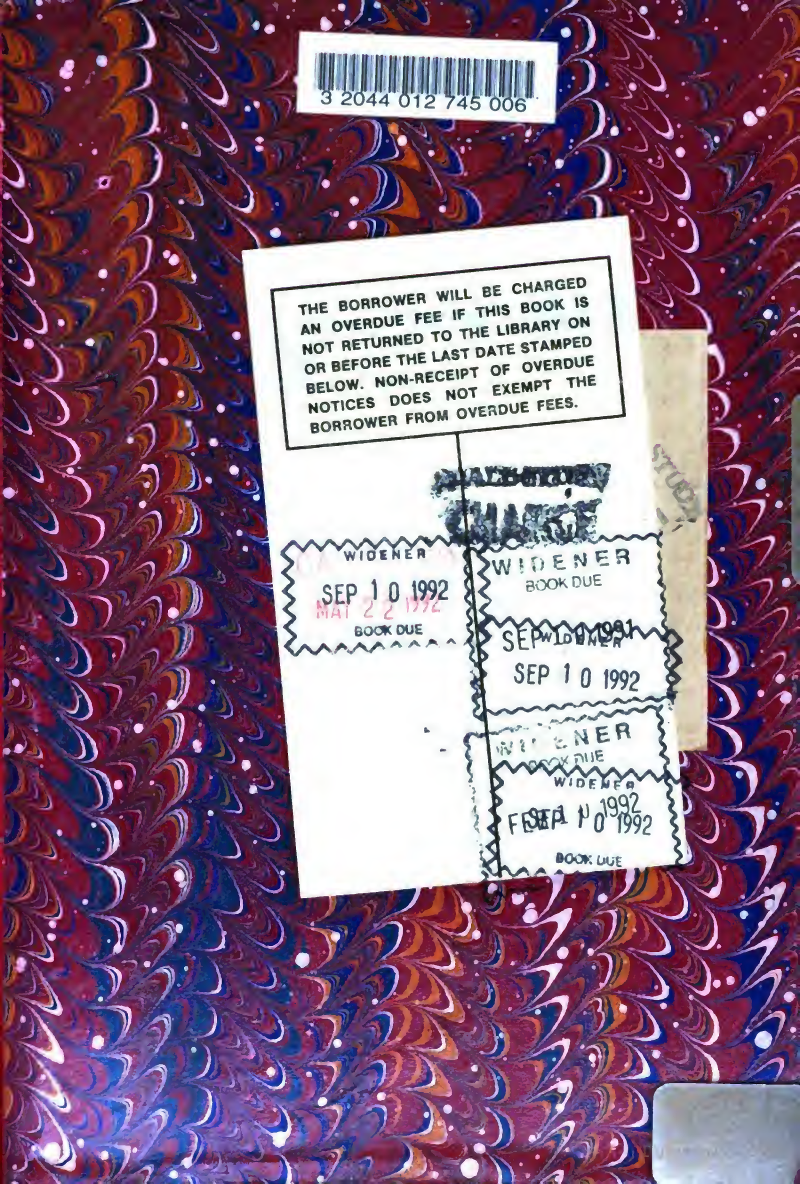
ÇAPÍTULO VI

FIN

Después se lee:

No se pone la tabla de las cosas señaladas prometida en el título deste libro, por cierto inconveniente. Pondráse cuando se estampe.




3 2044 012 745 006
THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.
WIDENER
SEP 1 0 1992
BOOK DUE
WIDENER
BOOK DUE
SEP 1 0 1992
WIDENER
SEP 1 0 1992
BOOK DUE

